







DGCL
A

BIBLIOTECA DEL SIGLO.

SAN PEDRO DE CASTILLA

• T. 160785
C. 1203574

BIBLIOTECA DEL SIGLO.

**HISTORIA DE
DON PEDRO DE CASTILLA.**

HISTORIA DE

DON PEDRO DE CASTILLA.

HISTORIA

DE

DON PEDRO DE CASTILLA,

por

M. PROSPER MERIMEE.

TRADUCCION DE F. DE V.

TOMO I.

MADRID:

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DEL SIGLO.

calle de Cervantes, núm. 6.

1848.

HISTORIA

de

DON PEDRO DE CASTILLA.

por

M. PROSPER MERIMEE.

TRANSLACION DE F. DE A.

TOMO I.

MADRID:

IMPRESA DE LA BIBLIOTECA DEL SIGLO.

calle de Gerentes, núm. 2.

1848.



R. 128928

HISTORIA DE

DON PEDRO I, REY DE CASTILLA.

PERO Lopez de Ayala nos ha trasmitido las noticias mas interesantes y circunstanciadas que poseemos sobre el reinado de D. Pedro. Contemporáneo de este príncipe, colocado por su nacimiento y por los importantes empleos que desempeñó en situacion de ver y de estudiar de cerca los sucesos, dotado de un talento de observacion notable, madurado por la esperiencia de los negocios y preparado por el cultivo de las letras, parece que Ayala ha reunido todas las condiciones que pueden hacer particularmente recomendable el testimonio de un historiador. Sin embargo, los autores modernos le han acusado, no solo de parcialidad, sino tambien de mala fe, y yo pretendiendo demostrar la injusticia de esta imputacion. Si llego á probar la veracidad del autor que muchas veces he tomado por guia habré tal vez inspirado alguna confianza en mi propio trabajo.

Muy imperfectamente conocida es la vida de Ayala, y esto por algunos pasajes de sus propios escritos. Su padre, D. Fernando Perez de Ayala, adelantado del reino de Murcia, era amigo ó cliente de D. Juan de Alburquerque, ministro omnipotente en Castilla durante los primeros años del reinado de D. Pedro. Pero Lopez era paje de este rey en 1353, y en el año siguiente, en la conferencia de Tejadillo, Fernando Perez fue el orador de los ricos-homes insurrectos, y su hijo asistió á la misma entrevista como paje ó escudero del infante D. Fernando de Aragon, uno de los principales jefes de los rebeldes. Algunos años despues de la guerra civil, en 1359, vemos á Pero Lopez de capitan de la escuadra castellana dirigida contra las costas de Aragon, y embarcado á bordo de la galera real, de lo cual puede inferirse que desde entonces tenia un cargo en la casa de D. Pedro.

Sirvióle fielmente hasta 1366. Viendo entonces que su soberano abandonaba la España y buscaba un refugio en la Guyena Pero Lopez se creyó libre de sus juramentos y fue á ofrecer su espada á D. Enrique de Trastámara, usurpador afortunado de la corona de Castilla. Combatió á sus órdenes en la batalla de Navarrete y fue hecho prisionero por los ingleses; pero habiendo recuperado su libertad por un considerable rescate volvió á unirse con D. Enrique, probablemente antes de su entrada en España (1), y siempre fue tratado por este príncipe, lo mismo que por sus sucesores, con particular benevolencia. En el reinado de D. Juan I Pero Lopez de Ayala, alférez mayor ó porta-estandarte de la orden de la Banda, fue hecho otra vez prisionero en la batalla de Aljubarrota; despues ejerció las funciones de gran canciller de Castilla y mu-

(1) En 1367 estaba en Búrgos al lado de D. Enrique.

rió de una edad muy avanzada á principios del siglo XV.

Ayala ha dejado numerosas obras; las mas importantes, y segun mis noticias las únicas que se han impreso, son sus *Crónicas de Castilla*, que comprenden los reinados de D. Pedro, D. Enrique II, D. Juan I, y una parte del de D. Enrique III (1). Tradujo algunos autores latinos, especialmente á Tito-Livio, á quien trató de imitar escribiendo la historia contemporánea en el castellano grosero de su época. Aun tenemos de él un tratado de cetrería muy estimado, porque juntaba al saber de un clérigo los conocimientos mundanos que estaban de moda entonces entre los grandes señores. Se dice que su experiencia en el noble arte de la caza contribuyó no poco á conciliarle la buena gracia de los cuatro monarcas en cuyos tiempos vivió.

Este favor constante de Ayala en tiempo de D. Enrique y de sus sucesores es, á decir verdad, el único motivo que se alega para acusarlo de calumnia con respecto á don Pedro; pero nadie ha podido convencerlo de haber falseado la verdad en sus escritos á ciencia cierta y con maligna intencion; por el contrario, los mismos autores que lo han combatido se han servido de su obra, y por citar á uno solo vemos que el principal apologista de D. Pedro, el conde de la Roca, lo ha copiado sin cesar, acusándolo al mismo tiempo de mentira. Ya examinaré la absurda compilacion que se ha opuesto á la historia de Ayala; mas por el momento solo me ocuparé de responder á la acusacion general de parcialidad con que se ha pretendido poner en sospecha á nuestro cronista.

(1) Es dudoso sin embargo que Ayala sea autor de la «Cronica de Enrique III.» Véase sobre esta cuestion la «Bibliotheca Hispana» de D. Nicolás Antonio. Lib. X.

Un cargo que no se funda en ningun hecho preciso es por su misma vaguedad difícil de refutar. Sin duda que Ayala, espectador y actor en una gran revolucion, proscrito por D. Pedro y tratado con favor por D. Enrique, no ha podido menos en algunos casos de dejar ver de qué parte estaban sus afecciones; pero ¿ha intentado jamás disfrazar las faltas ó los crímenes del príncipe por el cual combatía? Los escritores que han hecho el mas severo juicio sobre D. Enrique, ¿han tenido necesidad de buscar sus argumentos y sus pruebas en otra parte que en la misma crónica de Ayala? El escribió la historia como se escribia en el siglo XIV, refiriendo sin pretender juzgar á los hombres. Muy raro es que se demuestre su opinion personal en medio de sus relaciones, y si alguna vez se deja arrastrar á cortas reflexiones siempre el sentimiento que manifiesta es el de un hombre honrado, y apelo para ello á todo lector imparcial. No disiento de que se le pueda reprender haber sido el eco de rumores acreditados en su tiempo, y que nosotros creemos sospechosos; pero se advertirá que en todas ocasiones no afirma nada, sino que cita sus autoridades, si puede darse este nombre al rumor popular. Y ademas, ¿es extraño que la verdad se altere al penetrar en un campamento enemigo? En mi sentir debe mas bien admirarse que se haya tomado tanto cuidado por descubrirla, y que tan pocas huellas hayan dejado en su obra las pasiones de su época y de su partido.

Tal vez es esta la ocasion de indicar algunas variantes notables que existen entre las diferentes ediciones, ó mas bien entre los manuscritos de la crónica de Ayala. Se conocen dos copias principales que designaré, segun los autores españoles, con los nombres de *Vulgar* y de *Abreviada*. A pesar de su título la *Abreviada* es la mas antigua, y

segun toda probabilidad nos presenta la primera redaccion de Ayala. En ella se encuentran muchos pasajes suprimidos en la *Vulgar*, evidentemente con una intencion política; que estas supresiones sean obra del mismo Ayala ó, como parece mas verosímil, que lo sean de algun copista cortesano, ello es que tienen su importancia, por cuanto demuestran hasta dónde podia llegar en el siglo XIV la libertad de escribir, toda vez que ese pequeño número de cambios, que por otra parte no alteran de una manera material los hechos principales, ha satisfecho la susceptibilidad de un usurpador. Y si el mismo Ayala retocó su primera redaccion por espíritu de lisonja, se convendrá en que el oficio de cortesano era mucho mas fácil en la edad media que lo que ha sido después.

Los cargos dirigidos al cronista se explicarán, en mi concepto, si se nota que versan menos sobre pretendidas inexactitudes en sus narraciones que sobre la opinion que da del carácter de D. Pedro al lector de nuestros dias. Una larga série de asesinatos inexorablemente adicionados es lo que muchas gentes encuentran en la *Crónica de D. Pedro*, y esto es mas de lo que se necesita al juzgar á este príncipe con las ideas de nuestro tiempo para colocarlo en el rango de los mas crueles tiranos que hayan afligido á la humanidad. ¿De dónde viene que en las leyendas populares, aun tan vivas en Andalucía y en los poetas, estos elocuentes oradores del pueblo, se vean referidos los mismos asesinatos, los mismos crímenes, y sin embargo aparezca D. Pedro bajo diverso aspecto y hasta el punto de inspirar un verdadero interes? De acuerdo sobre los acontecimientos, la leyenda y la crónica dejan sin embargo una impresion muy distinta, y la causa de esta variedad existe, en mi sentir, en el carácter particular de estos dos géneros de composiciones. El historiador de la

edad media, tan descuidado para el bien como para el mal, seó muchas veces en su concision y siempre friamente exacto, ha contado para los hombres de su tiempo acciones que son apreciadas en muy diferente edad; por el contrario, la leyenda popular, parcial y apasionada, juzga primero y cuenta en seguida para justificar sus juicios, arrastrando por lo que tiene de maravilloso y seduciendo por sus romancescos colores. El pueblo de Castilla, con un instinto singular de sus intereses, apreció los esfuerzos de D. Pedro para combatir á la anarquía feudal, y le fue muy grato que quisiera sustituir el órden de un despotismo ilustrado á la tiranía turbulenta y sin sistema de los ricos-homes. Ayala, que pertenecía á la casta dominadora, solo vió en D. Pedro el destructor de los privilegios de la nobleza, pero el pueblo lo tuvo un instante por su libertador.

En resúmen, el testimonio de Ayala debe ser aceptado por la historia; pero el testimonio mas sincero tambien debe ser pesado por ella con cierta reserva. Ayala nos ha hecho conocer fielmente las acciones de D. Pedro y á nosotros toca explicarlas; hoy no tenemos que hacer cuenta ni con las costumbres de su tiempo ni con las dificultades que encontró. Nosotros debemos apreciar sus intenciones y los proyectos de sus adversarios, exámen preciso antes de formar un juicio; tal es el objeto del trabajo que emprendo.

La autoridad de Ayala parece fue atacada por la vez primera en España, en tiempo de los Reyes Católicos. Ya habia dado un gran paso la civilizacion. El principio que habia sucumbido con D. Pedro triunfaba con Isabel y Fernando: aquella independendencia de los señores feudales querida de un cronista, caballero del siglo XIV, comenzaba ser vista de distinto modo por reyes que acababan de

destruir la anarquía feudal. Ya no se decia en la corte de Toledo *D. Pedro el Cruel*, sino *D. Pedro el Justiciero*, y entonces fue cuando *Pedro de Gratia Dei*, heraldo de las armas de los Reyes Católicos, compuso una vida de D. Pedro, ó mas bien una refutación de Ayala. Basta derramar la vista sobre esta compilación indigesta (1) para ver cuán merecia su autor el cargo de ignorancia que le dirige el sabio Argote de Molina. En tanto cuanto puede juzgarse hoy, Gratia Dei tenía un doble objeto al componer su obra: primeramente complacer á sus amos justificando á D. Pedro, y además lisonjear el orgullo de algunas grandes casas refiriendo su genealogía á la de un rey de Castilla; así es que la mayor parte de su libro está consagrada á seguir sin hablar de la autoridad en que se funde la descendencia de D. Pedro. En cuanto á los sucesos que refiere muy sucintamente ha tomado por guía una crónica oscura del siglo XV, que el marques de Mondejar atribuye á Juan Rodriguez de Cuenca, y conocida con el nombre de *Sumario de los reyes de España*. Sea quien fuere el autor de este compendio, no hubiera podido suministrar á Gratia Dei los argumentos que buscaba si un interpolador anónimo no hubiese rehecho ciertas partes de la historia de Juan Rodriguez, y especialmente todo el reinado de D. Pedro, cuyas alteraciones tambien es probable hayan sido dictadas por la vanidad de algunas familias. La ignorancia profunda de su autor y su credulidad ó su amor por lo maravilloso acabaron por introducir en él los cuentos mas absurdos, pues imaginando sin duda que no existia sobre el reinado de D. Pedro ninguna escritura ni documento histórico, ha ultrajado groseramente

(1) Impresa por la vez primera en 1790 en el «Semanario erudito de Valbárcenes».

la historia y la cronología: de este modo hace durar tres años el cautiverio de D. Pedro en Toro, y otros tres su destierro en Inglaterra, errores que bastan para demostrar lo que debe pensarse de esta informe rapsodia. Contiene sin embargo un pasaje, del cual han pretendido sacar un gran partido los apologistas de D. Pedro. «Existen dos crónicas de D. Pedro, dice el interpolador: una verdadera y otra falsa, compuesta espresamente esta última para justificar su asesinato.» Un glosador de Gratia Dei, llamado D. Diego de Castilla, dean de Toledo según algunos eruditos, y que tal vez se llamaria á sí propio originario bastardo de D. Pedro, ha comentado esta frase, y á creerlo el autor de la crónica verdadera seria un D. Juan de Castro, primero obispo de Jaen y despues de Palencia, el cual por miedo de comprometerse conservó en secreto su historia; pero un Sr. Carvajal, consejero de Felipe V, habiendo descubierto el manuscrito de Juan de Castro en el monasterio de Guadalupe se lo llevó sin querer devolverlo; los monjes lo reclamaron despues de su muerte, mas los herederos de Carvajal les enviaron otro, pues el primero estaba destruido según se supone (1). El conde de la Roca añade aun algunos rasgos de su propia cosecha á este cuento maravilloso. Según este autor el obispo de Jaen ó de Palencia, á quien llama D. Juan Rodríguez y á quien parece confundir con el autor del *Sumario de los reyes de España*, habia escrito dos crónicas, una verdadera y otra falsa, trabajando así para todos los gustos, á ejemplo de Procopio, que despues de haber hecho un panegirico de Justiniano compuso contra él una sátira. ¿Pero quién ha

(1) «Semanario erudito.» D. Nicolás Antonio prueba muy bien que este pretendido manuscrito del obispo de Jaen no es otra cosa que la crónica «Vulgar» de Ayala.

visto jamás esa *crónica verdadera*, á menos que se dé este nombre á la interpolacion absurda de que acabo de hablar? Y aun admitiendo que haya existido, ¿qué confianza deberá tenerse en un autor que escribe ya lo verdadero, ya lo falso, segun su provecho? Otra consideracion hará justicia de estos pretendidos documentos, cuya existencia es incierta aun y su autoridad inadmisible en presencia de un monumento como el de Ayala, confirmado por tantos testimonios auténticos. Menos de veinte años despues de la muerte de D. Pedro su nieta doña Catalina se casó con el nieto de Enrique de Trastamara, y reuniendo este matrimonio los vástagos de las dos ramas rivales hacia cesar legalmente la usurpacion. Nada impedía en esta época que se hiciese justicia á D. Pedro: poco despues una de sus nietas, doña Constanza, le hacia levantar en Madrid un sepulcro magnifico, y otro de sus descendientes, D. Francisco de Castilla, hacia públicamente su elogio en malos versos dirigidos al obispo de Calahorra, del mismo modo oriundo de D. Pedro (1). ¿Si hubiera realmente existido una *crónica* respetable por su memoria, no habria sido conservada con cuidado? ¿No habria sido publicada? Y el obispo de Palencia ó sus herederos, por mas prudencia que se les suponga, ¿hubieran corrido el menor riesgo en hacer aparecer una justificacion del abuelo de su soberana?

Solo tengo que decir algunas palabras sobre los dos apologistas modernos de D. Pedro. El primero, el conde de la Roca, compuso en 1648 un reducido volumen, titulado: *El Rey D. Pedro defendido*, que no es verdaderamente mas que un extracto de Ayala escrito en términos bas-

(1) «Práctica de las virtudes de los buenos reyes de España en versos de arte mayor.»—Záragosa, 1552.

tante malos, y acompañado de reflexiones bastante nimias.

Después de este caballero viene el licenciado D. Josef Ledo del Pozo, profesor de filosofía en Valladolid y autor de un libro intitulado: *Apología del rey D. Pedro, conforme á la crónica de D. Pero Lopez de Ayala*, que apareció á fines del siglo último. Como se ve por el título el licenciado no ataca la veracidad de Ayala, pues solo interpreta las acciones de D. Pedro y llega á esta conclusion: «Que fue un legislador integro, un capitan valiente, un cristiano perfecto, un juez austero, un padre tierno, un monarca *apetecible*, un rey que no cede á ningun otro y digno de los renombres de Bueno, Prudente y Justiciero.» Se dice que hay una esplicacion de esta enorme y pesada apología. El señor licenciado habia tenido la desgracia de disgustar á la inquisicion ó á los ministros de S. M. católica: sospechoso de opiniones volterianas y filosóficas estaba amenazado de perder su cátedra, y para conjurar la tormenta hizo sus pruebas de servilismo.

Yo no he emprendido el defender á D. Pedro; pero me ha parecido que su carácter y sus acciones merecian ser conocidas mejor y que la lucha de un genio enérgico como el suyo contra las costumbres del siglo XIV era digna de un estudio histórico.

Cito con cuidado las obras que principalmente me han servido para mi trabajo. Esperaba encontrar documentos preciosos en la biblioteca de la Academia de la Historia en Madrid, y especialmente el apéndice anunciado por Llaguno, editor de Ayala, y que nunca ha sido impreso; pero me ha sido imposible descubrirlo. En mis notas indico el escaso número de documentos que he encontrado en la biblioteca de la Academia, cuyo acceso me fue proporcionado con la mayor liberalidad. Mas afortunado fui

en Barcelona, pues durante mi permanencia en esta ciudad pude tomar conocimiento de un gran número de piezas muy importantes, analizadas algunas por Zurita, y otras completamente inéditas segun creo. Séame permitido atestiguar aquí mi reconocimiento al señor archivero de la corona de Aragon, D. Próspero de Bofarull. Los archivos de Barcelona contienen una cantidad innumerable de cartas y de manuscritos clasificados en un orden perfecto por los cuidados del modesto sábio que hace treinta años dirige este establecimiento; pero la misma riqueza de este depósito hubiera sido un embarazo para mí si D. Próspero y su hijo D. Manuel, archivero adjunto, no me hubiesen dirigido en mis investigaciones con una complacencia que nunca olvidaré. Déboles la indicacion de todos los registros y de todos los pergaminos que podian ofrecerme datos útiles; y como era necesario descifrar los registros, los señores de Bofarull han tenido á bien darme lecciones de paleografía aragonesa y de lengua catalana. Con maestros tan hábiles debian ser rápidos mis progresos, y si esta historia tiene el mérito de algun discernimiento en la eleccion de las escrituras originales y de alguna exactitud en el empleo que he hecho de ellas lo debo particularmente á D. Próspero y á D. Manuel de Bofarull.

situacion de España al advenimiento de D. Pedro.—
1350.

I.

A mediados del siglo XIV, y en el momento en que don Pedro subia al trono de Castilla, se dividia la península ibérica en cinco monarquias, que eran los reinos de Castilla, Aragon, Navarra, Portugal y Granada.

La mas vasta de todas, la de Castilla, tuvo un origen humilde: la provincia que le dió su nombre habia pertenecido por mucho tiempo á los árabes, y despues de haber defendido trabajosamente su independencia contra la invasion mulsumana los cristianos de Asturias salieron de sus inaccesibles rocas para conquistar palmo á palmo un territorio rico en el centro de España. Guerras afortunadas y alianzas mas afortunadas aun habian reunido sucesivamente bajo la dominacion de los príncipes asturianos Leon, Galicia, las provincias Vascas, las dos Castillas, Murcia, Estremadura y una gran parte, en fin, de Andalucía. Los reyes de Castilla poseian toda la costa del Norte de España; al Sur se estendian desde la em-

bocadura del Guadiana hasta Tarifa, ciudad la mas meridional de Europa; y dueños de Jaen y de Murcia envolvian casi completamente el reino musulman de Granada, como una presa que no podia escapárseles.

Desde la reunion de Murcia á la Castilla los reyes de Aragon, posesores de las hermosas y fértiles provincias del Este de la península, habian perdido la esperanza de estender sus dominios á espensas de los árabes; pero lo dilatado de sus costas, sus puertos escelentes, y sobre todo el carácter aventurero de sus súbditos catalanes, valencianos y baleares, abrian un ancho campo á su ambicion. Sus navíos, unas veces guerreros y otras mercantes, aparecian en todas partes sobre el Mediterráneo; habian conquistado la Cerdeña, la Sicilia, la Morea, hacian temblar á los emperadores griegos y disputaban el imperio de los mares á los genoveses y á los venecianos.

No obstante la poca estension de su territorio y lo reducido de su poblacion el reino de Navarra tenia sin embargo una importancia considerable, porque dominaba en los *puertos* ó pasos principales del Pirineo. Protegido por sus ásperas montañas y por su misma pobreza el navarro tenia, por decirlo así, las llaves de España entre sus manos, y veia su alianza buscada por la Castilla y por el Aragon que podia abrir á los ejércitos de la Francia y de la Inglaterra.

Portugal tenia en el siglo XIV los mismos límites, poco mas ó menos, que los que hoy lo separan de España, y su marina estaba aun muy lejos de haber adquirido aquella audacia y habilidad que la ilustraron despues. Una estensa frontera, vulnerable por casi todos sus puntos, esponia al Portugal á las empresas de los soberanos de Castilla, y por eso se ve á sus reyes buscar en alianzas extranjeras una proteccion contra tan peligrosos vecinos.

Arrojados sucesivamente los moros de todas las provincias de la península, aun se sostenían al Sud-este de la Andalucía. Granada era la capital de un imperio que, después de haberse extendido hasta mas allá del Pirineo, apenas podia abrigarse ahora bajo la alta barrera de las Alpujarras y de la Sierra-Nevada. La vecindad de Africa y los socorros que los musulmanes andaluces pedían á las poblaciones guerreras de las costas de Berbería les permitían sostener todavía por algun tiempo una lucha desigual; pero un desaliento fatal se habia apoderado ya de los príncipes granadinos; parecían prever su suerte y se resignaban á ella como á un decreto del cielo. Muchos habian pretendido desarmar á los reyes de Castilla reconociendo su soberanía y pagándoles tributo, y para sustraerlos á este yugo humillante era preciso que nuevos aventureros, viniendo de las costas de Africa lanzados por el fanatismo y por la esperanza del botin, viniesen á proclamar la guerra santa y á encender algunos vestigios de un ardor sofocado por sostenidos reveses.

II.

Las instituciones políticas de los cuatro reinos cristianos tenían entre sí grande analogía. La autoridad real estaba templada en ellos por el poder de los grandes vasallos y por el de los comunes ó *concejos* de las ciudades. Los reyes no tenían mas renta que su propio patrimonio y las contribuciones libremente votadas por las ciudades para un objeto determinado (1).

En España, como en todo el resto de la Europa, los gran-

(1) Marina; «Teoría de las cortes.»—Cortes de «Medina del Campo, petición 56.»

des vasallos ó *ricos-homes* estaban exentos de la mayor parte de los impuestos (1), aunque debían prestar al rey un servicio militar. En todas las circunstancias importantes reunía el monarca en asamblea nacional á los diferentes órdenes del estado para esponerles sus proyectos y para pedirles los medios de ponerlos en ejecución, y entonces era cuando los miembros de cada orden le manifestaban sus deseos y le entregaban unos memoriales que contenían sus quejas ó sus demandas: cuando la respuesta del rey era conforme al voto manifestado se convertía en ley del estado. En estas grandes asambleas nacionales, llamadas *cortes*, los ricos-homes y los miembros principales del clero, por sí ó por sus mandatarios, fueron al principio los únicos consejeros del monarca; pero pronto fueron llamados á ellas los diputados de las ciudades: desde entonces comenzaron á hacer en las mismas el papel mas notable y su presencia fue considerada como esencial para la validez de esas grandes reuniones. Ya no se trataron sin su concurso los negocios del estado; antes bien ellos únicamente con el rey fueron los que los discutían, pues la intervención de los ricos-homes y de los prelados no fue mirada en Castilla como absolutamente indispensable para la constitucion regular de las cortes (2). Ordinariamente no tomaban asiento en ellas sino en virtud de órdenes espresas del soberano, aunque conservaban el derecho de presentar sus reclamaciones particulares y de seguir la discusion. No sucedia lo mismo con los diputados de los comunes, pues como representantes

(1) «Cortes de Valladolid.—Ord. de fijosdalgo, peticion 8.

(2) En Aragon y Cataluña, por el contrario, si uno de los tres «brazos» no estaba representado no podia tomar la asamblea ninguna decision legal.—Capmany, «Mem. históricas.»

de la parte de la nacion sujeta al impuesto podian y debian autorizar solos las contribuciones y suministrar recursos nuevos en las calamidades públicas. A los tres brazos, pero sobre todo á los comunes, correspondia el examen de los derechos de sucesion á la corona, y segun una costumbre que se pierde en la noche de los tiempos los reyes designaban su heredero en las cortes y pedian á los brazos reunidos que lo reconociesen en esta cualidad.

La importancia política adquirida desde muy antiguo por las ciudades de España se esplica naturalmente por la historia del pais. Cuando los cristianos, acosados por los moros en las montañas de Asturias, se sintieron bastante fuertes para tomar la ofensiva, comenzaron aquella lenta serie de conquistas que no debia terminar sino con la espulsion completa de los musulmanes; la lucha fue encarnizada, y cada palmo de terreno fue comprado con duros combates. Los príncipes, ó mas bien los capitanes cristianos, no tenian entónces para recompensar á sus soldados mas que esa misma tierra robada al enemigo; de modo que cuando las divisiones españolas hacian huir delante de sí á la poblacion musulmana ellas se establecian al instante en las ciudades desiertas; por eso las palabras de *conquista* y de *poblacion* son sinónimas para los antiguos autores. Domiciliados en las ciudades tomadas á los árabes, los nuevos colonos no dejaban de ser soldados, conservaban sus costumbres militares, debian proteger la *Estremadura*, que cada dia se retiraba mas, y aun salian á buscar al enemigo conducidos por jefes que ellos mismos se daban. Muchas veces habia alianzas de ciudad á ciudad, asociaciones ó *hermandades*, por medio de las cuales se confederaban muchos comunes para garantizarse reciprocamente su independendencia. En un principio no tenian mas objeto que el de reunirse para rechazar á los

árabes; pero luego fue su pensamiento defender las libertades y los privilegios comunales contra todo opresor, quien quiera que fuese. Siempre armado el pueblo español, constituía necesariamente un poder considerable en el estado, y con tanta mas facilidad respetado por los reyes, cuanto que su interés manifiesto era contemplar á hombres que no tenían ni la ambicion ni las exigencias de la alta nobleza y del clero.

La eleccion de los diputados á las cortes no era directa, pues eran nombrados por los concejos ó municipalidades de las ciudades, cuyos mismos miembros eran elegidos por el sufragio de los vecinos (1). En el origen no parece que el privilegio de un voto en la asamblea nacional dependiese de la voluntad del soberano, pues por el contrario hay motivos para creer que todo comun, es decir, toda ciudad independiente de un señor temporal ó eclesiástico, podia enviar sus diputados á las cortes, llevar á ellas su voto, ó mas bien expresar sus deseos, y consentir, en fin, ó negarse á las demandas de los príncipes. Pero no todas las ciudades apreciaban igualmente las ventajas de tal representacion, y los gastos que llevaba consigo el mantenimiento de los diputados parecian á muchos concejos una carga pesada que no compensaba la gloria de participar de las grandes deliberaciones políticas (2). En tal caso entregaban sus memoriales á la diputacion de otra ciudad, á quien encargaban defender sus intereses; de suerte que un comun que no tenia mas que un voto en las cortes llevaba sin embargo á ellas los deseos y reclamaciones de otros muchos. Los reyes, obligados al principio

(1) Capmany, «Práct. de las cortes.»—Marina.

(2) Sempere, «Historia de las cortes.»

á intimar á las ciudades que enviasen sus mandatarios á las cortes, pretendieron despues el derecho de designar las que habian de gozar de este privilegio, desde que comenzó á ser estimado en su justo valor. De aquí una representacion irregular de la clase media, fundada en precedentes mas ó menos contestables, y muchas veces sin consideracion alguna á la riqueza, poblacion é importancia relativas de las diversas ciudades.

III.

Por opuestas que fuesen las pretensiones de los comunes y las exigencias de los reyes, las reunia frecuentemente un peligro comun; pues el carácter turbulento de los ricos-homes espantaba á los concejos de las ciudades al mismo tiempo que insultaba la autoridad real. Preciso es representarse los señores de esta época como otros tantos déspotas casi independientes, siempre dispuestos á invadir el territorio de las ciudades inmediatas, perturbando su comercio, poniendo á rescate sus mercaderes y no obedeciendo por otra parte al soberano sino en tanto que encontraban en ello alguna ventaja.

Esta independendencia puede apreciarse por la timidez de las medidas tomadas para reprimirla. Las antiguas leyes de Castilla prohibian á los nobles pillar, maltratar ó matar á sus enemigos personales *antes* de haberles declarado la guerra, y nueve dias despues de esta declaracion se hacia legítimo todo acto de hostilidad (1). Asi es que el de-

(1) El emperador D. Alfonso estableció en las cortes de Nájera que ningun «fijodalgo» hiriese á otro, ni lo matase, ni corriese su tierra, ni le causase daño ó deshonor, á menos de retarlo antes y de renunciar á su amistad. Y aquel que hiriese ó matase antes del término

recho de paz y guerra, que habia sido por largo tiempo privilegio esclusivo del monarca, pertenecia entonces á todo señor feudal. Y no se estrañen estas concesiones arrancadas á la debilidad de los soberanos, porque habia ricos-homes que por la antigüedad de su origen y por sus riquezas podian disputar la autoridad de los reyes: algunos poseian territorios considerables en diferentes reinos de la península, y nominalmente súbditos de los príncipes no eran en realidad vasallos de nadie. Castillos situados sobre rocas inaccesibles (1), fortificados con cuidado, siempre provistos para un largo sitio y guardados por bandas de mercenarios ejercitados en las armas, les permitian desafiar el resentimiento de uno de sus soberanos, al mismo tiempo que reclamaban la proteccion de otro príncipe. Los medios de que disponia un rey de España para ganar á sus grandes vasallos eran tan insuficientes como sus fuerzas materiales, y se reducian á la distribucion de algunos cargos de su corte mas ó menos lucrativos y en la particion de tierras originarias, ya de sus conquistas, ya de las confiscaciones, ya en fin del patrimonio real.

Nada mas oscuro ni mas difícil de definir que las relaciones de soberanía y de vasallaje entre los monarcas y los ricos-homes. Habia una soberanía *natural* y otra *por homenaje*; la casualidad del nacimiento daba un señor *natural*, y un *homenaje rendido*; es decir, un pacto contraído libremente comprometia en calidad de vasallo á

de nueve dias, á contar desde el reto, debia ser tenido por «alevosos» y podia ser acusado como tal ante el emperador ó el rey.—«Ordenamiento de Alcalá.—Fuero viejo.»

(1) Estas fortalezas son designadas en las antiguas cartas y crónicas con los nombres de «rochas, peñas bravas, casas fuertes» etc.

todo el que aceptaba un terreno ó un empleo concedido por un rey ó por un señor. Por esto la mayor parte de los nobles reconocia muchos soberanos: primeramente el rey en cuyos estados habia nacido, y luego los señores de quienes tenian en feudo alguna propiedad, causa de que muchas veces fuera una cuestion difícil de resolver á cuál de estas dos autoridades se debia obedecer con preferencia. Los ricos-homes sostenian la pretension de no estar obligados al rey sino por un lazo voluntario y esencialmente revocable, y no contentos con poder romper á su antojo el tratado de homenaje creian tambien poder desprenderse de sus deberes para con su pais natal, bastando para ello el cumplimiento de algunas ceremonias frívolas. El derecho de la edad media era muy fecundo en formas simbólicas: el rey hacia un rico-home dándole un *pendon* y una *caldera* (1), aquel para guiar á sus soldados y esta para alimentarlos. El rico-homé cambiaba de patria permaneciendo nueve dias en una tierra extranjera y haciendo estender por cualquier notario un acta que probase renunciaba á su primer soberano. Esta accion, frecuente en el siglo XIV, se espresaba con la estraña palabra de *desnaturalizacion*, como si el noble descontento cambiase en efecto de naturaleza segun su capricho.

Los mas poderosos entre los grandes vasallos por la estension de sus dominios y la fuerza militar de que disponian eran los jefes ó *maestres* de las órdenes de caballería establecidas en España hácia mediados del siglo XII como una milicia permanente siempre dispuesta á entrar en campaña contra los enemigos de la fe; pero ya hacia mucho tiempo que habian aprendido á batirse

(1) «Dar pendon y caldera.»—Ayala.

contra los cristianos. Pertenecian á estas órdenes innumerables castillos y ciudades, poseian riquezas inmensas y una clientela muy numerosa, porque la mayor parte de las familias nobles tenian en ellas algun afiliado. Un *maestre* ejercia sobre los *hermanos* de su orden una autoridad mas absoluta que la de cualquier otro jefe militar, porque el espíritu de cuerpo y los juramentos pronunciados al pie de los altares le aseguraban la obediencia pasiva de una asociacion numerosa, unida ademas por intereses comunes. El poder de estas *caballerias* se aumentaba tambien por las alianzas que hacian entre sí, pues, á ejemplo de las ciudades, las diferentes órdenes militares se comprometian con juramentos solemnes á prestarse socorro y reunir todas sus fuerzas para asegurar el mantenimiento de sus privilegios y la conservacion de sus ricos patrimonios (1). Segun el testo de su constitucion los caballeros debian elegir libremente sus maestros; pero los reyes intentaron desde un principio ejercer influencia en estos nombramientos, de lo cual resultaron cismas, divisiones intestinas en las órdenes y por último la guerra civil, conclusion ordinaria en la edad media de todas las dificultades inherentes á instituciones defectuosas (2).

(1) Hé aqui algunos pasajes de un tratado de alianza entre los tres maestros de Santiago, Calatrava y Alcántara, fechado en la Puebla de Chillon á 2 de abril de 1318... «Ordenamos y establecemos que estaremos unidos y de acuerdo para pedir á nuestro señor el rey D. Alfonso que mantenga nuestras libertades, privilegios, usos y costumbres, y las franquicias de nuestras tierras... Que si alguno, «de cualquier condicion que sea», emprende contra uno de nosotros, ó contra uno de nuestros hermanos, ó contra nuestras tierras y nuestros vasallos, ó contra cosa que nos pertenezca haciéndonos tuerto é injusticia, nos reuniremos todos para desafiario, hacerle frente é impedir que nos dañe.»—«Coleccion diplomática de Abella.»

(2) Muchas veces habia dos maestros elegidos á un tiempo por dos partidos que se hacian la guerra.—Rades, «Crón. de las tres órdenes.»

En cada reino de España habia sus caballerías particulares. Las mas célebres, Santiago, Calatrava y Alcántara, tenían sus ciudades capitales en Castilla y podian ser consideradas como súbditas de esta corona; pero tambien tenían en los otros reinos posesiones de mucha consideracion. A la órden de Santiago, por ejemplo, pertenecian muchas encomiendas importantes en Aragon y especialmente en el reino de Valencia, y cuando la bandera de la órden marchaba contra los infieles todos los caballeros, cualquiera que fuese su patria, debian montar á caballo al llamamiento de su *maestre*; pero el caso de guerra contra príncipes cristianos no habia sido previsto por los estatutos de la fundacion y entonces era preciso optar entre la fidelidad debida al rey de quien eran súbditos y la obediencia de que habian prestado juramento al jefe de su órden. En todos tiempos la eleccion para estas encomiendas extranjeras se hacia el motivo de vivas contestaciones entre las coronas interesadas y amenazaba escitar los mas serios conflictos.

Al lado de los ricos-homes los *fidalgos* ó caballeros tenían un rango análogo al de aquellos con respecto al príncipe. Cada señor tenía en su dependencia cierto número de caballeros que le rendian homenaje y cuyas tierras tenían en feudo, y á su vez estos caballeros tenían tambien vasallos; de suerte que el labrador tenía muchos soberanos, cuyas órdenes eran las mas de las veces contradictorias. Vese, pues, que las instituciones de la edad media daban lugar á complicaciones estrañas, cuyo desenlace solo podia producir la violencia. Sin embargo de esto las leyes y las costumbres nacionales prescribian al vasallo, cualquiera que fuese su condicion, obedecer antes que todo á su señor inmediato; así es que un simple caballero no incurria en la pena de traicion si se armaba contra

el rey en virtud de las órdenes del rico-home á quien prestaba homenaje. En 1333 el rey D. Alfonso de Castilla hizo juzgar á un escudero acusado de alevosía por una especie de jurado compuesto de ricos-homes, de caballeros y de doctores instruidos en las leyes y en los privilegios del reino. El escudero, gobernador de un castillo que tenia de su señor inmediato, habia rehusado abrir sus puertas al rey, y con solo confesar que este señor no le habia dado orden espresa para obrar de aquella manera fue condenado á muerte. Este juicio, dice un cronista, tuvo por efecto obligar á los gobernadores de los castillos á hacerse autorizar por sus señores para recibir en ellos al rey todas las veces que se presentase (1). Es curioso oponer á esta sentencia, pronunciada como parece con solemnidad extraordinaria, un rasgo de la vida del mismo príncipe, igualmente relativo al punto delicado de la obediencia feudal. Preparábase Alfonso en 1334 á reducir á uno de sus grandes vasallos rebelados y á sitiario en su villa de Lerma: García de Padilla, caballero adicto al rebelde, viendo que era imposible todo acomodamiento, pidió atrevidamente á D. Alfonso un caballo y una armadura para ir á pelear bajo la bandera de su señor. El príncipe mandó sobre la marcha que le entregasen las armas y el caballo, advirtiéndole sin embargo que si era cogido pagaria con la cabeza su fidelidad al Sr. de Lerma (2). Me parece ver en la accion y en las palabras de D. Alfonso el contraste del caballero y del rey reunidos en la misma persona: uno cede por entusiasmo á sus preocupaciones de honor caballeresco, y el otro quiere hacer respe-

(1) Crónica de D. Alfonso XI.

(2) Ibid.

tar los derechos de su corona. Las costumbres y la política se combatían en el corazón del generoso monarca.

IV.

El feudalismo en el siglo XIV no tenía en España el carácter que se le ve en la misma época en el resto de Europa. Las causas que en un principio habían dado á las grandes ciudades instituciones municipales y una importancia política habían establecido entre los nobles y los villanos relaciones mas fáciles y mas dulces que en ningún otro país (4). Para explicarse las costumbres de la península es preciso referirse siempre á los primeros tiempos de la conquista de las provincias ocupadas por los árabes. Nobles ó plebeyos, ricos ó pobres, todos los españoles que se habían establecido en el territorio libertado del yugo musulmán eran soldados de una misma raza y conquistadores de una tierra despoblada. Entre los mas poderosos y los mas miserables de estos colonos había sin duda esas relaciones de subordinación que la desigualdad de fortuna marca en todas las sociedades, y el nombre de rico-home indica bien claro una superioridad enteramente material. En España no se encontraban al frente dos pueblos enemigos, uno abusando de su victoria y otro llorando su derrota; pues el rico-home era para su vasallo lo que un capitán para un soldado: compañeros de armas, el uno manda y el otro obedece, pero se respetan sintien-

(4) D. Lope de Estúñiga, rico-home castellano de la primera nobleza del reino, consentía en 1434 en justar en un torneo contra un campeón que no podía probar que fuese «hidalgo.» Creo que solo en España se encontrará en esta época un ejemplo de igual condescendencia. «V. Passo honroso de Suero de Quiñones.»

do la necesidad mútua que los liga. Esa afabilidad de los grandes y esa libertad de lenguaje ordinaria en las gentes del pueblo no es cosa nueva en este país, pues tales relaciones datan de tiempo inmemorial. En la época en que comenzamos nuestra historia es verdad que los nobles poseían la mayor parte de las tierras; pero también debían un salario á los hombres que las cultivaban, y la condicion de estos últimos parece haber sido la de unos colonos que gozaban, pagando cierto tributo, del producto de los campos labrados por ellos mismos, y libres, por otra parte, para romper el contrato cuando en él encontrasen onerosas condiciones (4).

En Castilla existían instituciones muy antiguas que parecían fundadas en oposicion directa con las del feudalismo, tal como se nos presentaba en el Norte de Europa. En cierto número de distritos, denominados *behetrias*, la tierra era propiedad de los paisanos; pero como entonces no se concebía que pudiese existir un pueblo sin señor, los habitantes de las *behetrias* elegían uno á quien por precio de su proteccion le pagaban un cánón que, por punto general, consistía en la prestacion de algunos productos y en pagarle los gastos cuando visitaba el pueblo, solamente un corto número de días cada año; y aun algunos de estos territorios estaban exentos de esta débil

(4) Las cortes de Valladolid de 1351 fijaron el precio de los jornales y el salario de los labradores y artesanos («Ordenamiento de Menestrales»); de donde puede inferirse que antes podían poner á su trabajo el precio que les conviniese. El art. 4.º del «Ordenamiento de Prelados» promulgado en las mismas cortes ha sido interpretado como una prohibicion hecha al labrador de cambiar de señor; pero yo creo que esa prohibicion solo se aplica á los pequeños propietarios, vasallos por homenajede señores eclesiásticos.

prueba de su vasallaje, ó bien su tributo era completamente ilusorio. La mayor parte de las *behetrias* tenían el derecho de cambiar de señor cuando lo tuviesen por conveniente, hasta *siete veces al día*, segun el testo poético de algunas antiguas cartas (1): algunas podian elegirlo en ciertas familias nobles del país, y otras podian buscarlo *de mar á mar*; es decir, en toda la Castilla. Se conoce, pues, que en un país donde existian tales instituciones hubiera sido muy difícil contener el contagio del ejemplo entre las provincias menos favorecidas, si el régimen feudal no hubiera sido muy dulce. Por otra parte, el carácter de la nacion española orgulloso, susceptible é impaciente á las injurias, aun contribuia á mantener entre el señor y el vasallo los miramientos naturales en hombres que mutuamente se estiman.

V.

Aunque los códigos autorizasen la esclavitud en España, y aunque hiciesen de ella la pena de ciertos crímenes, no habia en este país mas esclavos que musulmanes prisioneros de guerra, empleados en el servicio doméstico y protegidos por leyes muy antiguas y mas humanas tal vez que las que rigen hoy día en muchas colonias europeas.

Cuando los moros y los judíos habian obtenido de sus vencedores el permiso de residir en el país en que nacieran eran considerados legalmente mas bien como extranjeros que como siervos. Salvo algunas débiles res-

(1) Ayala.—Catálogo manuscrito de behetrias; Biblioteca de la Academia de la Historia.

tricciones gozaban del libre ejercicio de su culto, podían poseer tierras, nombraban sus magistrados, y aun al juez castellano, por ante el cual se defendían en sus contestaciones con los cristianos (1). Los primeros reyes españoles haciendo huir delante de ellos á la poblacion mulsulmana la habian despojado enteramente; pero mejor ilustrados sus sucesores sobre sus verdaderos intereses permitieron á los infieles que se convirtiesen en súbditos suyos, y muchas veces tuvieron cuidado de garantizarles de la manera mas formal el goze completo de sus propiedades (2).

Grandemente se engañaría quien diese á la España del siglo XIV las pasiones religiosas y la intolerancia que la animaron en el XVI, pues en las guerras continuas entre los moros y los cristianos era antiguo que la política tuviese mas parte que el fanatismo. Notoriamente estaba en decadencia el islamismo, ya no hacia prosélitos, y su estinción definitiva en la península podia ser prevista y por decirlo así calculada con exactitud. Ya eran enemigos demasiado débiles para ser temidos, y las batallas de las Navas y del Salado habian saciado la sed de venganza que en otro tiempo escitara la derrota de Jerez. Las relaciones del comercio y las necesidades de la política, estableciendo un contacto íntimo entre los dos pueblos, habian acercado sus costumbres: los moros an-

(1) «Ordenamiento de Prelados.—Cortes de Valladolid.»

(2) Especialmente cuando la toma de Toledo. Ayala.—A fines del siglo XVI habia aun tantos musulmanes en las provincias del Norte de España que ofrecieron á Enrique IV un ejército de ochenta mil hombres si queria ayudarles á sacudir el yugo que los oprimia.—«Mémoires du marechal de La Force» publicadas por el marqués de Lagrange.

andaluces dejaban á sus mujeres una libertad desconocida en los otros países musulmanes, y los celos de los españoles tenían cierto carácter africano. Divertimientos y ejercicios guerreros (1) eran comunes á las dos naciones, y siempre irresistible el amor bajo un cielo ardiente triunfaba de las preocupaciones religiosas. Mas de un caballero castellano llevaba los colores de una dama musulmana, y las orgullosas bellezas de Sevilla y de Córdoba no eran insensibles á los homenajes de los jóvenes emires granadinos. La lengua y la literatura árabes se cultivaban en escuelas fundadas bajo el patronato eclesiástico, y en la frontera la mezcla de los dos idiomas había formado un dialecto muy estendido y que favorecía las comunicaciones (2). Los reyes cristianos llamaban á su corte á los médicos, los geómetras y los astrólogos árabes que gozaban de toda la consideración que el saber podía llevar consigo en tiempos tan groseros. La nobleza castellana no tenía dificultad en conceder el *don* á los caballeros moros, y aun los ricos banqueros judíos obtenían esta distinción todavía muy rara en esta época (3). Por todas partes triunfaban las costumbres y las ideas caballerescas de las pasiones religiosas y políticas, y no era raro que guerreros árabes se hiciesen dar el espaldarazo que confería el título de caballero por un español

(1) Las danzas y las carreras de cañas. Creo que los moros andaluces son los únicos musulmanes que hayan tenido bailes nacionales (zambra) en los que tomaban parte los dos sexos.

(2) «Algarabía.» En «El Conde Lucanor» puede verse lo que la literatura árabe estaba estendida en España en el siglo XIV.

(3) D. Farax, D. Reduan, D. Simuel, en Ayala, que solo concede el «don» á los príncipes de la sangre, á algunos ricos-hombres muy poderosos, á ciertos grandes oficiales de la corona y á los maestros de las órdenes militares.

con quien acabase de romper lanzas sobre un campo de batalla (1). En la guerra se picaban de cortesía, y en la paz las relaciones de hospitalidad y aun de amistad verdadera unian algunas familias nobles de las dos religiones. Cuando los monarcas cristianos se indisponían entre sí era buscada sin escrúpulo la alianza del soberano de Granada; muchos ricos-hombres descontentos, y aun príncipes de sangre real, encontraban un asilo en los muros de la Alhambra, al paso que los cadíes rebeldes eran acogidos en la corte de Toledo. En 1324 se vió á un infante de Castilla, rebelado contra su soberano, combatir á sus compatriotas bajo el estandarte de un rey moro, mientras que un príncipe granadino juntaba sus armas á las de D. Alfonso (2). En los cronistas contemporáneos no se advierte ni sorpresa ni indignación contra semejantes alianzas, y si alguna vez espresan disgusto solo acusan á la deslealtad y no á la irreligión.

Sin embargo de esto hacia mas de un siglo que la inquisición estaba establecida en España; pero su poderío estaba muy lejos de ser entonces lo que llegó á ser en lo sucesivo, y apenas se descubren algunas huellas de su existencia. Verdad es que en el reino de Aragon se encuentran tribunales especialmente instituidos para conocer del crimen de heregía; mas es probable que este país se hubiese hecho sospechoso á la Santa-Silla desde que un rey de Aragon habia tomado las armas en favor de los albigenses; pero sin embargo, parece que los procesos eran muy raros, y casi únicamente intentados contra reformadores entusiastas y furiosos que querían hacer prosélitos,

(1) En 1274 Mohamed II, rey de Granada, fue armado caballero por Alfonso X.—Conde «Hist. de los Arabes.»

(2) «Crón. de D. Alfonso XI.»—Mariana.

ó mas bien perturbar el culto de sus conciudadanos. En cuanto á los judíos y los moros, lejos de ser objeto de alguna persecucion solo se hacian justiciables del santo oficio cuando por sus palabras ó por sus escritos intentaban separar á los cristianos de la fe de sus padres, y aun en este caso era preciso que los reyes autorizasen formalmente los enjuiciamientos; pero se mostraban por punto general tan poco dispuestos á dejar tomar al clero una influencia dominadora, que en 1350 se ve á Pedro IV, rey de Aragon, prohibir rigurosamente á los eclesiásticos que usurpasen la jurisdiccion secular. Castilla habia permanecido exenta de la heregia albigense y solo en el nombre tuvo inquisidores, y si se encontraban hereges en este reino tenian por jueces á los obispos que procedian segun el derecho canónico y no á los monjes dominicos, como sucedia en Aragon (1). Por lo demas, no parece que la conversion de los infieles se prosiguiese en España con mucho calor, bien fuese por medio de medidas rigurosas, bien poniendo en práctica la persuacion. ¿Qué interes podian tener los reyes en favorecer el celo apostólico que tendia á disminuirles sus rentas? Porque los moros y los judíos pagaban un tributo algo mas fuerte que los cristianos. Si la fe no era ardiente en España, la religion tampoco tenia en ella contradictores declarados. Quizás deba atribuirse á esta tibieza general el papel secundario del clero en todos los debates políticos del siglo XIV, y debe observarse ademas que los altos dignatarios eclesiásticos que pertenecian al orden de la nobleza y propietarios como los ricos-homes de ciudades y de castillos, tenian tambien los mismos intereses, las mismas pasiones, y eran por

(1) Llorente. «Hist. de la inquisicion.»

consecuencia poco á propósito para pretender el papel de árbitros en las frecuentes discordias entre los reyes y los grandes vasallos. El clero inferior, viviendo y reclutándose entre el pueblo, participaba de la misma ignorancia y grosería, y era tal el desarreglo de las costumbres que un gran número de sacerdotes mantenían concubinas que hacían gala del carácter de sus amantes y pretendían particulares distinciones. La conducta de estos eclesiásticos no causaba escándalo; pero alguna vez el lujo desplegado por sus queridas escitaba la envidia de las ricas paísanas y aun de las nobles señoras. En muchas ocasiones, y siempre inútilmente, lanzaron las cortes decretos para reprimir la insolencia de las *barraganas de los clérigos* que formaban una casta aparte con sus peculiares privilegios, y bastante numerosa para que fuese preciso inventar para ella leyes especiales (4).

A pesar del retiro á que estaban condenadas las mujeres era estremado el relajamiento de las costumbres en todas las clases de la sociedad. Las seducciones eran fáciles para los reyes, ricos-homes y prelados, que traían siempre enrededor una turba de vasallos interesados en corromperlos. La querida de un grande vivía muchas veces bajo el mismo techo que su mujer legítima, y los hijos de ambas, educados juntos, no eran distinguidos por la pública opinion. Lejos de ser un oprobio el título de bastardo era llevado con orgullo, no cerraba ninguna carrera, y se le ve figurar en un gran número de documentos públicos.

(4) «Cortes de Vall.» La palabra «barragana» no tenía nada de deshonroso en la edad media. «Barragan» en masculino designaba un caballero joven, un hombre de honor, y este es el sentido de esta palabra en el «Romancero del Cid.»

Si es preciso caracterizar el siglo XIV en España por el vicio mas general no deberá citarse ni la brutalidad de costumbres, ni la rapacidad, ni los hábitos de violencia inveterados en cualquiera que se sentia con fuerza. En mi concepto el rasgo mas característico de este triste periodo es la falsedad y el engaño, pues jamás ha registrado la historia tantas traiciones ni tantas perfidias. Esté siglo, tan grosero en todo, solo se muestra ingenioso en el arte de engañar y en todos los compromisos, y hasta en el código del honor caballeresco oculta equívocos que el interes sabe hábilmente explotar. Los juramentos prodigados en todas las transacciones, acompañadas de las ceremonias mas solemnes, solo son vanas formalidades consagradas por la costumbre. El que da su fe con la mano puesta sobre los Santos Evangelios no será creído de nadie sino da en rehenes su mujer y sus hijos, y sobre todo si no entrega sus fortalezas, única prenda que es considerada como segura. La desconfianza es general, y todos ven un enemigo en su vecino: los grandes no se aventuran fuera de sus castillos á no ir rodeados de numerosos vasallos, y los labradores van á los campos con la lanza al hombro, porque todo transeunte, y especialmente todo compatriota, es con justicia sospechoso (1): necesario es temer á quien se ha ofendido, quizás mas aun á quien se ha colmado de beneficios, y la prudencia es la única virtud que se practica. Los hombres del siglo XIV viven aislados como los animales salvajes, y esta energía y fuerza de voluntad, que aun hoy admiramos en ellos, la deben tal vez á la conciencia de su propia maldad, que les demuestra sin cesar no pueden ni deben contar con nadie sino con ellos mismos.

(1) «Cortes de Valladolid. Orden contra los ladrones y malhechores.»

II.

Reinado de Alfonso, padre de D. Pedro.—1309-1350

I.

DON Alfonso de Castilla, XI de este nombre, y padre de D. Pedro, fue un gran rey. Desde la muerte de San Fernando habia sido Castilla presa de una continua anarquía, porque príncipes débiles y largas minorías habian llevado al último extremo la audacia de los ricos-homes. Mientras que se batian entre sí y mientras se disputaban el poder, es decir, el privilegio esclusivo de poner á pillaje el pais, el pueblo de las ciudades y los campesinos, exasperados por el esceso de sus males, se sublevaban en todas partes y ejercian sangrientas represalias contra sus opresores. Hé aquí el cuadro que un autor contemporáneo nos ha dejado de la situación en que se hallaba Castilla al advenimiento de D. Alfonso:

«Sabed que habia cierta causa y manera para que las ciudades del rey y las otras ciudades del reino recibiesen gran daño y fuesen destruidas del todo; porque ricos-ho-

mes y caballeros vivian de robos y pillajes que hacian en la tierra, y los tutores del rey daban mano á ello, cada cual por tenerlos en su auxilio. Que si alguno de estos ricos-homes ó caballeros renunciaba á la amistad de uno de los tutores al instante este, sintiéndose abandonado, le destruia ciudades y vasallos, diciendo que le pagaba á buen derecho el mal que el traidor habia causado cuando estaba á sus espensas. Considerad que cuando era de sus privados todo le era permitido y lícito. Ademas de esto las gentes de las ciudades estaban divididas en facciones enemigas, tanto en las ciudades que tenian por los tutores, como en las otras que les eran contrarias. De las ciudades obedientes á los dichos tutores las que tenian mas poder oprimian á las otras, tanto por procurarse medios de hacerse independientes como por deshacerse de sus enemigos particulares. De las ciudades que no querian reconocer á los dichos tutores, como estos tenian la autoridad se apoderaban de las rentas del rey y mantenian con ellas gentes de guerra para oprimir al pobre pueblo y abrumarlo con impuestos sin piedad. De donde vino que en tales ciudades y por las causas susodichas se levantaron muchas gentes del pueblo al grito de ¡comun! que mataron á los que los oprimian y les tomaron su haber. En ninguna parte del reino se administraba la justicia como es derecho; de modo que la gente no se atrevia á salir por los caminos sino muy bien armados y en gruesas compañías para defenderse de los ladrones. En los lugares que no estaban bien murados no vivia nadie, y en los lugares cerrados la mayor parte vivian de robos y pillajes, á lo cual se prestaban fácilmente muchos hombres de las ciudades, lo mismo la gente de oficios que los caballeros; y era tan grande el mal en todo el pais, que nadie se admiraba de encontrarse hombres muertos por

los caminos: así es que menosse admiraban de los robos, latrocinios, daños y males de toda especie que se hacian en las ciudades y en los campos. Los tutores, sin embargo, imponian diariamente nuevas contribuciones é impuestos muy pesados, por lo cual vinieron á quedar desiertas las buenas ciudades, lo mismo que las de los ricos-homes y caballeros» (1).

Tal era el triste estado de Castilla cuando D. Alfonso comenzó á gobernar por si mismo: sintióse con valor é inteligencia y quiso ser rey; mas no existiendo partidos se vió obligado á echarse en brazos de una de las facciones que destrozaban su reino, tomando fuerza de ella para destruir á las otras, y cuando los grandes vasallos que le habian suministrado armas para hacer respetar su autoridad exigieron recompensas superiores á su servicio, ya se encontraba bastante fuerte para mandar la obediencia en lugar de comprarla. Uniendo á propósito el rigor y la clemencia hizo un ejemplar con los mas facciosos y se apresuró á perdonar á los otros desde que les hubo probado su superioridad y reducido á demandar gracia; pero sus primeros triunfos no le cegaron sobre la gravedad del mal que pretendia estirpar. Comprendió que era preciso dar curso al humor inquieto y turbulento de su nobleza, pues conspiradores incorregibles sus ricos-homes durante la paz, eran dóciles soldados en la guerra; lanzólos contra los moros de Granada y volvió en provecho de su gloria y del engrandecimiento de su reino las armas que únicamente se habian ejercitado hacia mucho tiempo en las discordias civiles. Al acercarse la formidable tempestad que iba á caer sobre los moros andaluces llamaron en su so-

(1) Crónica de D. Alfonso XI.

corro á sus hermanos de Africa. Habia entonces en Berbería un príncipe poderoso, Abdul-Hasan, que, despues de haber sometido á todos los reyezuelos musulmanes sus vecinos, pensaba en llevar sus armas mas allá del estrecho, y que mandó un ejército africano á la Andalucía mucho mas numeroso que aquel que cinco siglos antes habia subyugado toda la península. Alfonso se mostró digno sucesor de Pelayo y de San Fernando. En el peligro general el valor y la audacia obtienen la mas absoluta obediencia, y los comunes de Castilla, libertados por su rey de la guerra civil y de las exacciones de los ricos-homes, le dieron sus soldados y le suministraron generosamente todos sus recursos para la terrible lucha que iba á decidir de nuevo de la suerte de España. A ejemplo de Cárlos Martel no vaciló Alfonso en exigir del clero sacrificios que en cualquier otro tiempo hubieran comprometido la tranquilidad del reino; pero su causa era justa, el pueblo lo amaba, y ni una voz sola se alzó para resistirlo (1). De sus vecinos los reyes de Portugal y de Aragon solo obtuvo débiles recursos; pero siguiendo sus banderas á las de Alfonso parecian rendirle homenaje como vasallas y reconocer la supremacia de Castilla. El 29 de octubre de 1340 se encontraron los dos ejércitos no lejos de Tarifa, á orillas del Rio-Salado, y la victoria se declaró por los cristianos. Doscientos mil africanos, se dice, quedaron en el campo de batalla, y la España quedó libre para siempre del temor de una invasion musulmana. Prosiguiendo Alfonso el curso de sus victorias atacó y tomó despues de un largo sitio la plaza de Algeciras, y tambien quiso apoderarse de Gibraltar, primera conquista de los infieles, que les asegu-

(1) «Cortes de Vall.» Ord. de Prelados.

raba sus comunicaciones con Africa. Pero desgraciadamente cuando ya se creia dueño de este último baluarte del poderio árabe una enfermedad epidémica, la famosa *peste negra*, que hacia muchos años azotaba á la Europa (4), se declaró en su ejército con una violencia extraordinaria. El rey de Castilla, que participaba de todas las fatigas del soldado, fue acometido del azote y sucumbió en medio de su campamento, en la flor de la edad, el Viernes Santo, 27 de marzo de 1350. Su muerte llenó de desolacion á la España entera, y los mismos musulmanes manifestaron su admiracion por su temible enemigo, cesando toda hostilidad contra el ejército que se apartaba de sus muros llevando el ataud de su rey, y accediendo á una paz ventajosa para los cristianos, dictada por el terror del nombre de Alfonso, y que se concluyó casi inmediatamente despues del levantamiento del sitio de Gibraltar (2).

II.

Para apreciar las consecuencias de esta muerte es necesario conocer quiénes eran los principales personajes llamados á representar un papel con motivo de tan grande acontecimiento. Alfonso no dejaba mas que un hijo legitimo, D. Pedro, que entonces tenia quince años y algunos meses, y cuya madre, doña Maria, era una infanta de Portugal, hija del rey D. Alfonso IV, apellidado *el Bravo*. La política habia formado esclusivamente esta union que no fue feliz. Poco tiempo despues del matrimonio, del rey (3)

(4) Ayala, «Crón. de D. Pedro.»

(2) Ayala, «Abreviada.»

(3) En 1329. «Crón. de D. Alfonso XI.»

doña Leonor de Guzman, jóven viuda originaria de una familia ilustre de Sevilla, habia tomado sobre el ánimo del rey el imperio mas absoluto. Desde que la reina doña María hubo dado un heredero á Castilla en 1334 fue completamente abandonada por su marido, y doña Leonor, por el contrario, era la confidente de todos los proyectos de Alfonso, habitando públicamente con él. Los oficiales de justicia y de la cancelleria despachaban todos los negocios en su presencia y le daban cuenta de ellos en ausencia del rey: un cronista dice que daba su mano á besar como si hubiera sido *señora propietaria* del reino de Castilla (1). Por la elevacion de su talento y por la fuerza de su carácter la favorita no se mostró indigna de su alta posicion, y tal vez debió el rey á sus sábios consejos una buena parte de sus triunfos. Habia tenido cuidado de rodearlo de sus parientes y de sus aliados, entre cuyas manos estaban los principales cargos del estado, habiendo obtenido para sí propiedades inmensas, fuertes castillos y numerosos vasallos, y desde la muerte de su hermano D. Alonso Mendez, maestre de Santiago, disponia del sello de la órden y administraba todos sus negocios (2). Perez Ponce, uno de sus parientes, era maestre de Alcántara, y de este modo tenia siempre á su disposicion dos pequeños ejércitos.

Leonor habia tenido diez hijos del rey, nueve varones y una hembra, y todos fueron ricamente dotados. D. Enri-

(1) E quando el rey ia fora do reino os officiaes de justiza e da chancellaria ficavam com ella como senhora do stado de Castella et faziaõ ó que ella mandava... E como as mais das mulheres saõ naturalmente vaas e ambiciosas, moormente as daquelle stado de vida errada, asi dava e mao á beisar como senhora proprietaria de reino de Castella.— «Chronicas dos reis de Portugal» de Duarte Nuñez de Lio.

(2) «Bulario de Santiago.»—Ayala.

que, primogénito de esta numerosa línea de bastardos como nacido en 1332, fue educado para ser el primer súbdito del rey de Castilla, pues siendo aun muy niño ya tenía una casa de príncipe, el magnífico dominio de Trastámara (1), y llevaba el título de conde, muy raro en esta época y casi exclusivamente reservado á los miembros de la familia real. Su hermano D. Fadrique apenas tenía diez años y ya había sido nombrado maestre de Santiago; Alfonso había querido al arrancar esta eleccion á los caballeros de la orden asegurar á su hijo una posición elevada en el reino y agregar á su corona una orden poderosa, que le hubiera podido causar sombra dirigida por un jefe ambicioso.

D. Enrique y D. Fadrique acompañaban á su padre en su expedición contra Gibraltar, haciendo á su vista sus primeros ensayos de armas, mientras que el infante D. Pedro, el heredero legítimo del trono, permanecía en Sevilla, lejos del ruido de las armas, testigo de las humillaciones que afligian á su madre, y abandonado él mismo por los cortesanos, siempre dispuestos á arreglar su conducta tomando por ejemplo la del rey. Hubiérase dicho que era hijo de uno de esos déspotas orientales, destinado á pasar tristemente su vida en el recinto de una prision dorada. Veía á sus dos hermanos, cubiertos de brillantes corazas y seguidos de sus banderas y de sus hombres de armas, tomar parte en los trabajos y en las glorias de la guerra, mientras que él se consumía, ocioso en medio de una corte desierta, en llorar los ultrajes de su madre y los suyos. Las impresiones de la adolescencia son indele-

(1) Este nombre está escrito de diversos modos en los manuscritos. En las cartas conservadas en los archivos de Aragon se ve «Trestamera, Trastamera y Trastamena.»

bles, y los primeros sentimientos que experimentó don Pedro fueron la envidia y el odio: criado por una mujer débil y ofendida, solo recibió de ella lecciones de disimulo, y solo aprendió á formar proyectos de venganza.

La edad de D. Alfonso, su vigor y su temperamento endurecido en las fatigas le prometian una larga vida, y engañando á todos su muerte despertó de subito todas las ambiciones. Segun las leyes de Castilla, que fijaban á los quince años la mayor edad del rey, D. Pedro sucedia inmediatamente á su padre; pero incapaz de gobernar aun por sí mismo no podia menos de dar á sus consejeros la autoridad de verdaderos tutores. ¿En qué manos caería el poder? ¿Quién sería el venturoso ministro destinado á reinar en nombre del jóven principe? Estas preguntas agitaban á toda la nobleza que, contenida largo tiempo por la firmeza de D. Alfonso, se preparaba á sacudir el yugo confiando en la debilidad de su sucesor.

D. Alfonso era demasiado prudente para no retener á su lado, y particularmente mientras las expediciones militares, á los ricos-homes mas poderosos y peligrosos: asi es que su campamento delante de Gibraltar reunia todos los personajes que, por la estension de sus dominios y el número de sus vasallos, ocupaban el primer rango entre la nobleza castellana, y á quienes la opinion pública designaba para tomar á su cargo la direccion de los negocios. Eran los principales D. Juan Alfonso de Alburquerque y D. Juan Nuñez de Lara, señor de Vizcaya. El primero, rico-home sin patria porque tenia tierras en muchos reinos, nacido en Portugal y emparentado con la casa reinante, habia abandonado su pais y el servicio de su natural soberano para ofrecer su espada y sus consejos á D. Alfonso en el momento en que este principe, determinado á hacer entrar en su deber á los grandes vasallos, comen-

zaba por atacar á D. Juan Nuñez de Lara, que era el mas poderoso de todos. En esta época aun no habia revelado D. Alfonso su genio, y la fortuna parecia flotar incierta entre el rey de Castilla y los ricos-hombres rebelados: sin calcular si la eleccion de Alburquerque habia sido determinada por un motivo generoso ó por un presentimiento politico, D. Alfonso no olvidó jamás el auxilio útil que de él recibiera; le colmó de bienes, le encargó de la educacion de su heredero presuntivo, y le admitió en el número de sus consejeros mas íntimos. Nombrado gran canciller y ministro principal del rey de Castilla, el portugues se habia abstenido siempre, con una prudencia rara, de tomar abiertamente un partido entre la reina y la favorita. A pesar de sus contemplaciones era considerado por Leonor como un adversario peligroso; pero evitando entrar con ella en una lucha que el afecto del rey habria hecho desigual, hacia el papel de protector cerca de la reina abandonada, que le concedia toda su confianza.

D. Juan Nuñez de Lara pertenecia á la casa real de Castilla como hijo del infante D. Fernando de la Cerda, nieto de D. Alfonso X (1). De su mujer, hija tambien de un infante de Castilla, habia recibido en dote el señorío

(1) El hijo primogénito de Alfonso X, Fernando de la Cerda, debía este sobrenombre á una señal cubierta de vello que tenia en la espalda. Murió en vida de su padre dejando dos hijos, D. Alfonso y D. Fernando, que llevaron el mismo apellido. D. Sancho, hijo segundo de Alfonso X, reclamó el título de heredero presuntivo del trono en perjuicio de los infantes de la Cerda, sus sobrinos y representantes de su padre. Sus intrigas, sus cualidades personales, el arbitraje de los reyes de Aragon y de Portugal y una decision solemne de las cortes de Segovia de 1273 le dieron la corona. Después de algunas tentativas para hacer valer sus derechos, el infante D. Alfonso de la Cerda consintió en una renuncia formal en 1305

de Vizcaya, provincia considerable y separada de lo restante del reino por las costumbres, las leyes y la lengua de sus habitantes. Al principio se habia puesto al frente de la nobleza rebelada contra D. Alfonso; pero despues de la leccion severa que castigó esta tentativa se habia hecho un súbdito fiel y parecia haber perdido el humor turbulento de su juventud. Conmovido de la generosidad con que el rey usó de su victoria se adhirió francamente á su persona; la fuerza habia vencido su resistencia, y las virtudes caballerescas de D. Alfonso acabaron su derrota seduciéndole (1). Su nueva adhesion llegó hasta el punto de olvidar el orgullo de su raza, pues habia consentido en casar á su sobrina doña Juana de Villena con D. Enrique de Trastamara, y á su hija primogénita con D. Tello, hijo tercero de doña Leonor.

Allado de estos dos señores, ya en la madurez de la edad, hábiles capitanes y profundos políticos, venia á colocarse un jóven, á quien su alto nacimiento mucho mas que su mérito personal llamaba á representar un papel en las revoluciones que podian preverse. Era este D. Fernando, infante de Aragon, marques de Tortosa y señor de Albarracin, hijo de doña Leonor, hermana de Alfonso de Castilla y segunda mujer del difunto rey de Aragon, Alfonso IV. Despues de algunas tentativas impotentes para crearse un partido en Aragon se habia hecho sospechoso á su hermano Pedro IV, rey reinante y retirado á Castilla con su madre y un hermano germano llamado D. Juan. Cuando en 1347 el reino de Valencia y algunas otras provincias se rebelaron contra Pedro IV, D. Fernando se habia presentado

(1) Cuando Nuñez de Lara se rebeló contra el rey D. Alfonso fue sitiado por este en su castillo de Lerma y obligado á rendirse á discrecion en 1335. «Crón. de D. Alfonso XI.»

como jefe á los rebeldes; pero vencido en la batalla de Epila (1) tuvo la fortuna de ser hecho prisionero por castellanos auxiliares de Pedro IV, quienes en vez de entregarlo á su hermano lo condujeron á la corte de D. Alfonso. Etrangero en Castilla por su nacimiento y en Aragon por el destierro á que fuera condenado despues de sus impotentes empresas, era sin embargo el pretendiente remoto á estas dos coronas, y podia hacerse ilusion sobre su importancia viendo á todas las facciones dispuestas á servirse de su nombre para sus propios intereses.

El advenimiento de un rey de quince años (2) debia aumentar la autoridad de Alburquerque, que gobernaba á la reina madre. Apartado D. Juan de Lara de las provincias del Norte, donde se hallaban la mayor parte de sus dominios y donde particularmente ejercia su influencia politica, no estaba en situacion de disputarle el poder en Andalucia. Ademas, D. Juan Nuñez estaba cansado de la guerra civil, y seguro de que su independencia seria respetada por un gobierno débil y rodeado de peligros no

(1) Muchas grandes ciudades, entre otras Zaragoza y Valencia, como tambien un número considerable de ricos-homes aragoneses ó valencianos, habian formado una liga que se llamó «La Union,» para garantizarse mutuamente sus derechos y sus privilegios. Los valencianos reclamaban instituciones tan libres como eran entonces las de Aragon. Todos los coaligados, acusando al rey de parcialidad por sus súbditos catalanes, le obligaron á desterrar del consejo á D. Bernal de Cabrera, su ministro, y á sus mas fieles servidores, y á reconocer á D. Fernando por su heredero con perjuicio de su propia hija. Por algun tiempo lo tuvieron prisionero en los muros de Valencia; pero durante su cautiverio Pedro IV tuvo el arte de ganar á los principales jefes de la Union, y en cuanto pudo escaparse se apresuró á revocar todas las concesiones que le habian arrancado, destruyendolo luego completamente á los rebeldes en la batalla de Epila.

(2) D. Pedro nació en Búrgos el 30 de agosto de 1333.

pensó absolutamente en suscitar nuevas dificultades al hijo de un príncipe de quien había sido el admirador y el súbdito mas adicto. Alburquerque, en fin, pretendia abiertamente su alianza y le ofrecia dividir con él la autoridad que la muerte de D. Alfonso ponía entre sus manos.

El destino a que fuere condenado después de sus infortunios, era sin embargo el pretendiente temido, estas dos coronas, y podía hacerse ilustre sobre su infortunio viendo a todas las facciones dispuestas a servirle de su nombre para sus propios intereses.

El adelantamiento de un rey de quince años (2) habia presentado la autoridad de Alburquerque, que gobernaba la reina madre. Apartado D. Juan de Lara de las provincias del Norte, donde se hallaban la mayor parte de sus dominios y donde particularmente ejercia su influencia política, no estaba en situación de disputar el poder en Andalucía. Además, D. Juan Núñez estaba cansado de la guerra civil, y seguro de que su independencia seria respetada por un gobierno débil y rodeado de peligros no

(1) Muchas ciudades, entre otras Xátiva y Valencia, no tardaron en unirse al partido de D. Alfonso, y a las ciudades, habian formado una liga que se llamó «los catalanes manteniendo sus derechos y sus privilegios. Los catalanes no reconocían más señores que los reyes de Aragón. También exigían, respecto al rey, la facultad por una parte, de elegir a los reyes, y de elegir a los reyes, y a reconocer de la corona, su ministerio, y a sus mas altas autoridades, y a reconocer a D. Fernando por su heredero con potestad de su propia liga. Por algún tiempo, los catalanes permanecieron en las lides de Valencia, pero durante un castro de Pedro IV tuvo el arte de llevar a los catalanes lejos de la lida, y en cambio pudo escapar de su poder. En un lugar las fortificaciones que se habían construido durante el tiempo de su independencia, en la batalla de Colla.

(2) D. Pedro nació en Burgos el 30 de agosto de 1292.

III.

Advenimiento de D. Pedro.—1350.

Todos los partidos estaban de acuerdo contra la favorita y su familia, y la amenazaban con lasmas terribles reacciones. Apenas hubo dado D. Alfonso el último suspiro cuando doña Leonor, que probablemente lo había seguido al campamento de Gibraltar, debió pensar en huir de la venganza de la reina madre. Persuadida de que D. Juan de Alburquerque se creería ya dispensado de guardarla miramientos imploró desde luego la proteccion del señor de Lara; mas fue acogida con frialdad, y por única muestra de interes le aconsejó que procurase por su seguridad personal retirándose á una de las plazas fuertes que recibiera del difunto rey. Al instante corrió á Medina-Sidonia, y mientras ella se encerraba en el castillo entraba en la parte baja de la ciudad el ejército que conducía desde Gibraltar á Sevilla el cuerpo de D. Alfonso. Entonces pudo medir la favorita el cambio que un solo día causaba en su fortuna. El gobernador de Medina-Sidonia, quien,

para servirme de la espresion consagrada en la edad media, *tenia* la fortaleza por doña Leonor, parienta suya, le pidió ó mas bien le intimó que aceptase su renuncia del homenaje que le habia rendido como á señora propietaria del castillo: esto era anunciarle claramente que su causa era perdida. Sin embargo, el gobernador de Medina-Sidonia, Alonso Fernandez Coronel, era un noble caballero, famoso por sus proezas y por su lealtad, y por otra parte adicto personalmente á la faccion de los Lara; pero en vano intentó Leonor contenerlo. No solo no pudo hacerle cambiar de resoluciones, sino que, entre tantos ricos-homes y caballeros como en vida de D. Alfonso rivalizaban en adhesion hácia ella, ni uno solo encontró que quisiese aceptar el gobierno de su castillo. Llegábanle al mismo tiempo y de todas partes las mas alarmantes noticias. Alburquerque haria arrestar á sus dos hijos don Enrique y D. Fadrique para sacrificarlos tal vez al odio de la reina Maria, y algunos enemigos suyos la acusaban de conspirar contra el nuevo rey y de querer reivindicar la corona para su hijo primogénito en virtud de un pretendido matrimonio con D. Alfonso (4). Espantada de su aislamiento súbito y temblando por sus hijos ofreció entregar su castillo á don Juan de Alburquerque, limitándose á pedir como precio de su sumision un salvo-conducto para marcharse á Sevilla. Al momento le fue concedido, y accediendo á sus deseos el señor de Lara salió garante de que seria

(4) Rades, «Crón. de Alcánt.,» atribuye este proyecto estravagante á doña Leonor; mas me parece evidente que solo fue una invencion de sus enemigos, porque en lo sucesivo nunca pretendió don Enrique hacer valer los derechos que hubiera tenido como hijo legítimo de D. Alfonso.—Torres y Tapias, «Crón. de Alcántara.»

respetado. Tal vez esperaba desarmar á su antigua rival humillándose á sus pies, ó mas probablemente querria poner en salvo las sumas de dinero y las ricas pedrerías que obtuviera de D. Alfonso y que estaban depositadas en Sevilla. Los bastardos, que habian acompañado al fúnebre cortejo desde Gibraltar hasta Medina-Sidonia, acometidos de un terror repentino abandonaron el ejército en secreto, y seguidos tan solo de algunos clientes adictos, sin concertarse con su madre, corrieron á refugiarse en el castillo de Moron perteneciente al maestre de Alcántara, Perez Ponce, pariente suyo. Desde este punto y despues de una corta deliberacion D. Enrique llegó precipitadamente á Algeciras, cuyo gobernador era el señor de Marchena, Pero Ponce, hermano del maestre de Alcántara. Don Fadrique salia al mismo tiempo para Montanches, castillo de la órden de Santiago, y cuyas puertas se hizo abrir en calidad de maestre. Alvar de Guzman, primo de Leonor, se encerraba en Olvera, y Perez Ponce reunia sus caballeros y sus vasallos en Moron para sostener un sitio ó para intentar desde alli alguna expedicion, y todos los parientes de la favorita se fortificaban apresuradamente reuniendo sus hombres de armas y preparándose lo mejor que podian á la guerra civil. Por otra parte, Alburquerque y la reina madre, despues de haber celebrado los funerales de D. Alfonso, proclamaron á D. Pedro rey de Castilla y se apresuraron á componer su casa y á proveer los cargos de la corte (4).

(4) Hé aquí, segun Ayala, los nombres de algunos grandes oficiales de la corona al advenimiento de D. Pedro: D. Juan Nuñez de Lara, alférez mayor; D. Garcel Laso de la Vega, adelantado mayor de Castilla en reemplazo de Fernan Perez Portocarrero, nombrado mayordomo mayor; Gutier Fernandez de Toledo, guarda mayor en reemplazo de

II.

Al principio hubo pocos cambios, pues acercándose una guerra civil que parecia inevitable hubiera sido peligroso discontentar á la nobleza, todavía indecisa, por un trastorno general. La mayor parte de los grandes oficios fueron conservados á sus titulares, y solo fueron reemplazados aquellos que su ausencia de Sevilla en el momento de los funerales del rey hacia justamente sospechosa su lealtad. Los favores fueron repartidos con bastante igualdad entre los clientes de las casas de Alburquerque y de Lara, y se notó que el antiguo gobernador de Medina-Sidonia, Alonso Coronel, obtuvo el señorío de Aguilar con el título y privilegios de rico-home, recompensa evidente por su presteza en resignar el homenaje que debia á doña Leonor. Confiriéndole las insignias de su nueva dignidad probaba Alburquerque á todos que estaba de acuerdo con D. Juan Nuñez para debilitar la faccion de la favorita caída, y la alianza política de los dos señores mas poderosos de Castilla hacia prever fácilmente el mal éxito de todas las tentativas de los descontentos. El infante de Aragon no fue olvidado en la reparticion de los altos empleos, pues recibió el mando de la frontera de Andalucía,

Lope Diaz de Almazan: Alonso Fernandez Coronel, copero mayor: Pero Suarez de Toledo, camarero mayor: Pero Suarez de Toledo, el joven, repostero mayor: D. Fernando de Aragon, adelantado de la frontera de Granada en reemplazo de D. Fadrique: D. Fernando Manuel de Villena, adelantado de Murcia: D. Juan Alonso de Alburquerque, gran canciller y tesorero.—El señor de Villena, Garci Laso y Alonso Coronel eran criaturas de D. Juan Nuñez: los otros podian ser considerados como mas ó menos abiertamente adictos á D. Juan de Alburquerque.

cargo importante que ponía á sus órdenes un considerable número de tropas. Bajo el reinado de D. Alfonso pertenecía nominalmente á D. Fadrique, y revestido el infante con sus despojos se declaró abiertamente contra la faccion de los bastardos.

Mientras que la nobleza corria de todas partes á las armas, acordándose el pueblo de las desgracias de la guerra civil que habia desgarrado al reino durante la minoría de D. Alfonso miraba con indignacion las tentativas contra el mantenimiento de una paz á tanto precio comprada; así es que los hijos de Leonor encontraron pocas simpatías en las ciudades. D. Enrique fue acogido friamente por los habitantes de Algeciras; en vano pretendió hacerles sospechosas las intenciones del nuevo soberano, ó mas bien las de su ministro, y fue necesario el terror inspirado por los hombres de armas que llevaba en su comitiva para obligar á los vecinos á que hiciesen algunos preparativos de defensa. Entre tanto un escudero del rey, despachado de Sevilla, se introdujo secretamente en Algeciras, y, burlando la vigilancia de los mercenarios del conde de Trastamara, consiguió concertarse con los mas principales vecinos, y obtuvo la promesa de que se pronunciarían á la primera ocasion. Estando guardadas todas las puertas de la ciudad se deslizó una noche, auxiliado de una cuerda, por las murallas y volvió á Sevilla anunciando que bastaria desplegar el estandarte real ante los muros de Algeciras para echar de la plaza á los rebeldes. Pocos dias despues aparecieron inopinadamente en el puerto algunas galeras mandadas por Gutier Fernandez de Toledo. Al grito de *¡Castilla por el rey D. Pedro!* lanzado por las tripulaciones respondieron los habitantes con entusiasmo y salieron con armas á las calles, no dejando al conde de Trastamara mas que el tiempo preciso para

montar á caballo y salir á campo raso (1). Los puentes levadizos de los castillos se bajaban ante la bandera real, y los hijos de Leonor reconocían un poco tarde que era imposible la guerra civil. Al cabo de algunos días de duda y perdiendo toda esperanza de crearse un partido, don Enrique, D. Fadrique y el maestre de Alcántara solo pensaron ya en obtener su perdón y en hacer olvidar su imprudente revuelta.

Alburquerque no era todavía bastante poderoso para atreverse á castigar rigurosamente á los hijos de su bienhechor, ó tal vez no los creyó bastante peligrosos para mostrarse implacable. En vista de las disposiciones benévolas del ministro, D. Enrique y sus parciales entraron en Sevilla y fueron admitidos sin dificultad á rendir su homenaje al nuevo soberano (2); D. Fadrique envió su sumisión y fue autorizado para residir provisionalmente en Llerena, ciudad perteneciente á su órden. Prometiéndose á los rebeldes arrepentidos olvidar lo pasado, se les conservaron sus pensiones y sus empleos, y no hubo ni multas ni confiscaciones: tan solo exigió Alburquerque la entrega de algunos castillos, y entre otros el de Moron, que el maestre de Alcántara se vió obligado á ceder á un gobernador secular (3). Además los caballeros de Alcántara debían prestar juramento de no recibir en las fortalezas de la órden á su maestre Perez Ponce sino con expreso consentimiento del rey (4). Despreciando Alburquerque la juventud de D. Enrique y de D. Fadrique afectaba no ver en ellos mas

(1) Ayala.

(2) Julio de 1350.

(3) Las rentas de esta plaza, un momento secuestradas, le fueron devueltas cuando hizo su sumisión. Rades, «Crón. de Alcánt.»

(4) Rades, «Crón. de Alcánt.»—Ayala.

que dos aturridos á quienes bastaría una reprimenda por castigo, y reservaba sus rigores contra su madre doña Leonor, que fue encerrada en el alcázar de Sevilla y tratada como prisionera de estado, con desprecio del salvoconducto que obtuviera. Cerca de ella se hallaba doña Juana de Villena, sobrina de D. Juan Nuñez, y prometida al conde de Trastámara; matrimonio en el que doña Leonor fundaba la esperanza de unir irrevocablemente la poderosa casa de los Lara á la fortuna de sus hijos. Pero el señor de Villena, sobrino de D. Juan Nuñez, pensaba romper la alianza proyectada en tiempo del último reinado, y pretendía dar su hermana, bien al infante D. Fernando de Aragón, ó bien al mismo rey de Castilla. No olvidando Leonor la grandeza de su familia, desde el fondo de su cárcel tuvo el arte de desbaratar estos proyectos. Ejercía un imperio absoluto en el ánimo de la jóven heredera de Villena, acostumbrada desde muy antiguo á considerarla como á madre, y no le fue difícil obtener de ella la obediencia y el secreto. El matrimonio de D. Enrique y de doña Juana fue celebrado y consumado en el mismo palacio que servía de cárcel á Leonor antes que de él fuesen instruidas ninguna de las partes interesadas en evitarlo(4). Algunas horas despues hacían estallar su cólera la reina y D. Juan de Albuquerque viéndose burlados de este modo por su cautiva, redoblando su rigor contra ella y separándola de su hijo para conducirla al castillo de Carmena. El conde D. Enrique estaba prevenido y no esperó la venganza de sus enemigos, saliendo secretamente de Sevilla y llevándose gran cantidad de pedrería que su madre había llegado á poner en sus manos. Marchando á grandes

(4) Ayala.

jornadas seguido de dos caballeros fieles, Pero Carrillo y Men Rodriguez de Sanabria, cubiertos los tres el rostro con máscaras de cuero, segun costumbre del tiempo, atravesaron toda la España sin ser arrestados ni reconocidos, y despues de muchas fatigas entraron por fin en Asturias, donde creian encontrar alguna seguridad en medio de vasallos adictos (1).

III.

La paz estaba restablecida en Castilla, y la impotencia de los esfuerzos intentados por los bastardos parecia no haber tenido otro objeto que afirmarla mas; cuando un acontecimiento inesperado vino á arrojar de nuevo la turbacion en el reino y á despertar las rivalidades de las facciones que se dividian el poder. Pocas semanas despues de su advenimiento fue atacado el jóven rey de una enfermedad grave que puso sus dias en peligro. Su muerte, mirada como inevitable; la falta de heredero directo de la corona, y la incertidumbre ó la oscuridad de las leyes y usos relativos á la sucesion del reino, abrian camino á muchas ambiciones y hacian presagiar sangrientas contiendas. Ya los ricos-homes y los comunes se dividian en dos campos ó se preparaban abiertamente á la guerra, y solo un resto de respeto hacía un rey moribundo impedía que los partidos viniesen á las manos.

En todo el tiempo que duró la enfermedad de D. Pedro no hubo, por decirlo asi, gobierno en Castilla. Alburquerque y la reina madre solo pensaban en juntar soldados, y sobre todo en reunir dinero para las eventualidades de

(1) Ayala.

una lucha que podia estallar de un momento á otro. Como todos los pagos afectos á la caja del rey estaban en suspenso no habia ninguna obediencia ni respeto á la autoridad, y los grandes oficiales de la corona se apoderaban de los caudales públicos para indemnizarse, segun decian, de las retenciones que injustamente se les hacia sufrir (4). El pillaje era general, y aunque todavia no hubiese ejércitos en campaña las bandas de merodeadores recorrian por todas partes el pais y se entregaban impunemente á las mas criminales violencias.

Los pretendientes declarados al trono de Castilla eran D. Fernando, infante de Aragon, y D. Juan Nuñez de Lara. El primero alegaba los derechos de su madre doña Leonor, hermana primogénita del difunto rey D. Alfonso y solemnemente reconocida por las cortes antes del nacimiento de este último como heredera presuntiva del trono de Castilla: por parte de su madre era en efecto el primer heredero en la línea colateral. Resucitando don Juan de Lara pretensiones ya condenadas por la fortuna de la armas y por las decisiones de las asambleas nacionales recordaba que era biznieto del rey Alfonso X y el representante legitimo de los infantes de la Cerda, descendientes del hijo primogénito de este principe, y desposeidos por su inmediato D. Sancho y demas reyes sucesores de él. En esta época no se habia fijado el derecho político, y aunque las costumbres góticas atribuyesen esclusivamente á las cortes el derecho de designar el heredero de la corona, comenzaba á establecerse la opinion popular de que debia transmitirse en la línea directa. El infante y D. Juan de Lara solicitaban la mano de la reina

(4) «Cortes de Vall., Ord. de fijosdalgo.»

María, madre de D. Pedro, porque también tenía sus derechos que hacer valer, siendo nieta de D. Sancho y biznieta de Alfonso X (1). Por este matrimonio esperaba D. Fernando asegurarse el apoyo del rey de Portugal, padre de la reina; y el señor de Lara, reuniendo los dos vástagos de la línea de Alfonso X, pretendía resolver definitivamente la cuestión de la legitimidad de los reyes de Castilla, cuestión que, aunque largamente debatida, permanecía sin embargo indecisa en el espíritu de los pueblos y subsistía siempre como una causa permanente de revoluciones intestinas. Por mas legítimos que pareciesen los derechos de D. Fernando de Aragon, pues se fundaban en una decisión de las cortes y en la renuncia de los infantes de la Cerda, su cualidad de príncipe extranjero hacia impopular su causa, por mas que estuviese ardientemente sostenida por Alburquerque, celoso del señor de Lara, é interesado además en poner sobre el trono un príncipe débil á quien dirigiera á su gusto. Las provincias del Norte se mostraban favorables á las pretensiones de D. Juan Nuñez. Búrgos y muchas ciudades de Castilla la Vieja, adictas en otro tiempo al partido de los infantes de la Cerda, esperaban con impaciencia el mo-

(1) Véase para mas claridad el árbol de la descendencia de Alfonso X:

Alfonso X, llamado el Sabio.—Yolanda de Aragon.			
1. D. Fernando de la Cerda.		2. D. Sancho.	
Blanca de Francia, hija de San Luis.		Doña María de Molina.	
D. Alfonso de la Cerda.	D. Fernando de la Cerda, casado con doña Juana de Lara.	D. Fernando IV, casado con doña Constanza de Portugal.	Doña Beatriz, casada con D. Alfonso IV de Portugal.
	D. Juan Nuñez de Lara.	D. Alfonso XI.	Doña María.
		D. Pedro I.	

mento de declararse por el heredero de una casa que siempre habian querido. Garci Laso de la Vega, adelantado de Castilla y uno de los ricos-homes mas influyentes en esta provincia, era en el Norte el agente mas activo del señor de Lara, mientras que D. Alonso Coronel en Andalucía y en la misma Sevilla se ponía á la cabeza de sus partidarios y le reclutaba abiertamente un ejército. Por el número de señores, la importancia de las ciudades, la fortaleza de los castillos y por la abundancia de recursos de todo género, el partido de los Lara tenia incontestablemente la ventaja y se preparaba al combate como á una victoria segura.

El restablecimiento inesperado de D. Pedro hizo desvanecer estas esperanzas; pero tal vez no hubiera impedido que las dos facciones enemigas ventilasen su querella por medio de las armas si la muerte súbita de D. Juan Nuñez y la de su sobrino, el Sr. de Villena, no hubiera privado á un mismo tiempo al partido de los Lara de sus dos reconocidos jefes. Verosimilmente uno y otro sucumbieron á la epidemia que entonces asolaba la península (4). En otro momento cualquiera el fin prematuro de estos dos hombres en la fuerza de la edad hubiera hecho surgir sin duda odiosas sospechas contra sus adversarios. Sin embargo, en ningun autor contemporáneo encuentro la menor insinuacion contra Alburquerque, desembarazado de este modo en un solo dia del obstáculo que pudiera detener el vuelo de su ambicion. Este respeto general hacia un personaje, blanco de tantos celos y ódios, es un testimonio honroso que se debe registrar como una es-

(4) D. Juan Nuñez murió en Burgos, donde probablemente habria ido para sublevar la Castilla la Vieja, muy adicta á su casa.—Ayala.

cepcion rara en las costumbres del siglo XIV, y que seria estremadamente injusto pretender invalidarlo hoy.

Librado de D. Juan Nuñez y dominando al infante de Aragon y á la reina madre, Alburquerque pudo creerse desde entonces el único dueño en Castilla, pues el jóven rey no tomaba ninguna parte en el gobierno. No conocia mas ocupacion que la caza y pasaba dias enteros á caballo siguiendo á sus halcones y á sus perros, indiferente al bien y al mal que en su nombre podia hacer su ministro. Nadie conocia aun su carácter, y sin duda lo ignoraba él mismo; educado en el retiro no se le conocia ninguna passion ni gusto decidido si no es el de los ejercicios violentos, tan comun en su edad. Apenas tenia diez y seis años.

IV.

Gobierno de Alburquerque.—1350—1351.

I.

SEGUN una costumbre antigua, convertida en ley del estado, las cortes debían reunirse al principio de cada sucesión. El nuevo rey, que las presidía, se enteraba por medio de cuadernos que sometían á su exámen de los abusos que se habían introducido en tiempo de su predecesor y de las necesidades de los pueblos que iba á gobernar. Desde el momento en que estuvo restablecido D. Pedro fueron convocadas las cortes en Valladolid, y no sin intención había señalado Alburquerque esta ciudad para tener en ella la asamblea, pues de este modo tenía que atravesar el rey las provincias señaladas por su adhesión á don Juan Nuñez de Lara. Importaba al ministro presentarse en ellas acompañado de su soberano para probar su autoridad, hacerse temer y tal vez para llevar á cabo algunas particulares venganzas. La vecindad de Asturias, donde el conde de Trastámara había encontrado, según se decía, un gran número de partidarios, justificaba la ostentación

de fuerzas considerables que debía tener lugar, según sus órdenes, con motivo del viaje del rey.

Saliendo de Sevilla al comenzar la primavera de 1354 el rey se dirigió primero hacia Estremadura (4), á fin de recibir el pleito homenaje de su hermano D. Fadrique, que aun no se habia presentado en la corte, si bien enviara su acta de reconocimiento al mismo tiempo que D. Enrique iba en persona á solicitar su perdon. La entrevista tuvo lugar en Llerena, una de las principales encomiendas de Santiago, donde prevenidos con anticipacion se habian reunido un gran número de caballeros de todas las partes del reino. El maestre recibió á su hermano con todas las demostraciones de respeto, y le ofreció la magnífica hospitalidad que podia esperarse de la órden poderosa de que era jefe. Allí se exigió á los comendadores de Santiago el juramento de fidelidad y de homenaje prestado pocos meses antes en Sevilla por los caballeros de Alcántara y que contenia la misma cláusula, nueva aun en esta época, á saber: que el maestre no seria recibido en las fortalezas de la órden sino con el permiso del rey (2). Una tendencia monárquica comenzaba ya á modificar las instituciones feudales, y poco á poco el poder de los maestros iba á reducirse á la autoridad frívola de un cargo de corte. Los caballeros habian perdido el derecho de elegir á sus maestros, y se queria que estos maestros no fuesen mas que lugartenientes del rey.

(1) Probablemente subsistian en esta época bastante bien conservados los caminos romanos para establecer fáciles comunicaciones entre las grandes ciudades de España. Por el itinerario de Antolin se ve que una de las carreteras principales entre las provincias del Mediodia y las del Norte sale de «Itálica» para unirse en «Emerita Augusta» (Mérida) con la que conduce á los Pirineos.

(2) Ayala.—Rades. «Crón. de Santiago.»

D. Pedro, ó mas bien Alburquerque en su nombre, después de haber asegurado á D. Fadrique de sus buenas disposiciones lo *dispensó* (asi habla el cronista) de asistir á las cortes convocadas en Valladolid (1). Bien se atribuya su alejamiento de esta asamblea á una eleccion libre del maestre de Santiago ó bien á sospechas del ministro, siempre tendremos en esta decision real una prueba de que la presencia de los jefes de las órdenes militares en las cortes era de uso recibido, aunque tambien puede inferirse que dependia bajo cierto aspecto de la voluntad del soberano.

La reina María acompañaba al rey en este viaje, arrastrando en su séquito á la infortunada doña Leonor. D. Fadrique pidió y obtuvo el permiso de verla: en presencia de los carceleros la madre y el hijo, tan decaidos de su alta fortuna, se arrojaron mutuamente en sus brazos, y durante una hora que les fue concedida para pasar juntos lloraron sin decirse una palabra siquiera. En seguida llegó un paje y dijo á D. Fadrique que se presentase en el cuarto del rey, y después del último abrazo dejó á su madre para no volverla á ver mas (2). Estaba resuelta la suerte de la infeliz: por orden de Alburquerque fue conducida desde Llerena al castillo de Talavera, perteneciente á la reina madre y guardado por Gutier Fernandez de Toledo, uno de sus deudos. Leonor no padeció allí mucho tiempo, pues á los pocos dias de su llegada un clérigo de la reina remitió al gobernador una orden de muerte. La ejecucion tuvo lugar con misterio, y es cierto que don Pedro fue completamente extraño á ella. Sin duda habia

(1) Ayala.

(2) Ayala.

exigido la reina de Alburquerque el sacrificio de su rival, á quien ya no protegía la piedad de D. Juan Nuñez de Lara; obtuvo sus despojos de la debilidad del rey, y los inmensos dominios que D. Alfonso diera á su querida fueron entregados á la que acababa de pronunciar su sentencia de muerte. «Muchos en el reino, dice Ayala, fueron pesarosos previendo que de tal hecho nacerían guerras y escándalos, por cuanto Leonor tenía hijos ya grandes y muy bien emparentados.» Pero la hora de la venganza no había sonado aun, y los hijos de Leonor inclinaban la frente ante sus asesinos.

Prosiguiendo su marcha con rapidez llegó D. Pedro á Valladolid antes que los diputados de las ciudades. So pretexto de dejarles tiempo para reunirse Alburquerque condujo á su pupilo con un pequeño ejército á muchas provincias de sus estados. Primeramente fue á Palencia, en el reino de Leon, acercándose de este modo á D. Tello, tercer hijo de Leonor y niño de quince años apenas, que á ejemplo de sus primogénitos estaba separado de la corte y encerrado en el castillo de Palenzuela. Temíase al parecer que hiciese alguna resistencia y se le envió para evitarla á D. Juan García Manrique, rico-home de Castilla, con el encargo de tranquilizarlo sobre las disposiciones de D. Pedro y al mismo tiempo de ganarse los caballeros que lo dirigían. Manrique salió adelante con su misión y condujo á D. Tello á Palencia: instruido por su guía corrió D. Tello á besar la mano de su hermano.—D. Tello, le preguntó el rey, ¿sabeis que ha muerto vuestra madre doña Leonor?—Señor, respondió el niño ya cortésano, yo no tengo mas madre ni mas padre que vuestra buena merced (1).»

(1) Ayala.

II.

Alburquerque necesitaba ahora ensayar su poder contra adversarios mas temibles, y especialmente contra el rico comun de Búrgos, á quien mas amenazaba su venganza. Los vecinos de esta ciudad, la mas importante de toda Castilla la Vieja, y los ricos-homes confederados con ellos, no ocultaban su odio contra su gobierno; y cuando la enfermedad de D. Pedro habia revelado los sentimientos de todo el reino con respecto á los pretendientes de la corona, Búrgos se habia pronunciado abiertamente por D. Juan Nuñez de Lara. Uno de los principales adherentes de este jefe sentido, D. Garci Laso de la Vega, se hallaba en este momento en Búrgos con una tropa numerosa de clientes y de vasallos, y al acercarse el rey salió á su encuentro cerca de un pueblo llamado Celada. En su orgullo feudal Garci Laso marchaba acompañado de una escolta de príncipe, en la que sus dos yernos, Rui Gonzalez de Castañeda y Pero Ruiz Carrillo (1), y su nieto Gomez Carrillo, conducian una multitud de caballeros y de escuderos, parientes pobres en su mayor parte, que viviendo de su amplia hospitalidad siempre estaban dispuestos en cambio á sostener sus querellas y habituados á obedecerle como á un jefe de guerra y á un padre de familia. No faltó quien hiciera notar al rey este aparato que parecia destinado mas bien á desafiarlo que á ofrecerle honor. Desde la primera entrevista Manrique, que era criatura de Alburquerque y enemigo particular de Garci Laso, cambió publicamente con este señor palabras altaneras y se em-

(1) Probablemente el mismo que acompañó en su fuga á D. Enrique.

peñó en la misma presencia del rey una querella ruidosa, prevista sin duda y preparada por el ministro. El rey impuso silencio á los dos adversarios, que por esta vez tuvieron por conveniente obedecer; pero á la mañana siguiente, al tiempo de salir para Búrgos, Garcí Laso y los suyos aparecieron armados y más numerosos que la vispera. Ya Manrique y los caballeros de su comitiva se revestían de sus armaduras con presteza y las dos tropas tenían trazas de querer cargarse, cuando acudiendo el rey en persona evitó otra vez el conflicto mandándoles caminar en dos pelotones distintos y bastante separados uno de otro para prevenir toda ocasion de desórden. Entre tanto se habian instruido de estas querellas los vecinos de Búrgos y enviado á Celada una diputacion para representar al rey el peligro que corria la ciudad recibiendo á un tiempo á las dos facciones enemigas, para suplicarle que sólo entrase en ella con una escolta poco considerable, y añadiendo que los habitantes verian con disgusto en sus muros la presencia de Alburquerque, cuyas malas disposiciones con respecto á ellos conocian. Aunque presentadas con todas las fórmulas del respeto y de la humildad, estas demostraciones demasiado libres desagradaron á un príncipe jóven, ignorante de los privilegios y franquicias de los comunes, é iustruido por su madre y su ministro en creer que todo debia plegarse á su voluntad. Alburquerque no tuvo el menor trabajo en traducir en amenazas facciosas el mensaje del consejo de Búrgos, y era necesario, dijo, dar una leccion á estos plebeyos arrogantes haciendo un escarmiento para intimidar á los que quisiesen imitarlos. En nombre del rey respondió á la diputacion que no pertenecia á los comunes arreglar la escolta de un rey de Castilla, é inmediatamente marchó D. Pedro á la ciudad lanzas arriba y banderas desplegadas.

Precediale Manrique con una vanguardia, y ya se habia alojado militarmente en la Juderia, barrio separado segun costumbre del resto de la ciudad por una fuerte muralla y que formaba una especie de ciudadela interior. Los vecinos no hicieron por su parte la menor tentativa de resistencia, y solo algunos de los mas comprometidos, alarmados por el gran número de soldados introducidos en sus murallas, se aprovecharon de la noche para buscar su salvacion en la fuga dispersándose por las cercanías. Confiando Garci Laso en su inmensa popularidad y en la adhesion de sus vasallos, quiso permanecer en Búrgos y se aposentó muy cerca del rey en uno de los palacios del arzobispo. D. Pedro con su madre ocupaba otro: Alburquerque tambien tenia su cuartel asignado, y Manrique la Juderia. De este modo habia cuatro campamentos en Búrgos, y parecia que todas las facciones del reino se habian dado allí cita para ventilar sus diferencias.

La misma noche de la entrada del rey un escudero de la reina madre pasó secretamente á la posada de Garci Laso y le llevó de parte de esta princesa una advertencia estraña: «Cualquiera invitacion que recibiese debia guardarse de aparecer delante del rey.» El orgulloso castellano no hizo el menor caso de esta revelacion caritativa, y lejos de atribuirla á un sentimiento de interes hácia su persona se persuadió de que sus enemigos, temiendo una lucha abierta, querian alejarlo de allí para acusarlo en su ausencia. Muy de mañana entró en el palacio seguido de sus yernos, de su nieto y de algunos caballeros y vecinos, acompañamiento ordinario en esta época de los grandes señores: las puertas estaban ocupadas por una guardia numerosa, y en todo el palacio podia notarse un movimiento estraordinario y preparativos misteriosos. Esperábalo el rey en el gran salon, sentado en su trono y rodeado de

escuderos al servicio de Alburquerque, armados de espadas y de puñales y con cotas de malla debajo de sus vestidos. Apenas se presentó Garci Laso salió precipitadamente la reina madre muy turbada y seguida del obispo de Palencia, su canciller, como para evitarse el espectáculo de una escena de violencia de que ya estaba prevenida. Su salida fue como una señal para obrar: al instante se apoderaron algunos hombres de armas de tres vecinos que habian ido con Garci Laso y los arrastraron fuera de la sala. Alburquerque, que estaba en pie al lado del rey, dijo dirigiéndose á un alcalde de corte llamado Domingo Juan: «Alcalde, ¿sabeis lo que teneis que hacer?» Adelantándose entonces el alcalde hácia el rey y hablándole en voz baja, pero siempre observado por el ministro, le preguntó: «Señor, ¿me lo mandais? Sin orden vuestra no puedo.» El rey, con voz turbada, y como si repitiese una leccion aprendida, exclamó: «¡Ballesteros, prended á Garci Laso!» Tres escuderos de Alburquerque se apoderaron del señor de la Vega que, viendo su suerte decidida y demasiado orgulloso para demandar gracia, dijo al rey: «Señor, os suplico tengais la merced de darme un sacerdote á quien pueda confesarme.» Y volviéndose en seguida á uno de los hombres que lo tenian agarrado, le dijo: «Rui Fernandez, amigo mio, hacedme la merced de ir en busca de doña Leonor, mi mujer, y pedidle aquella indulgencia del papa que conserva.» El escudero rehusó encargarse del mensaje; pero enviaron al prisionero un sacerdote que se encontró en el palacio, y ambos fueron conducidos por los ballesteros á un corredor estrecho que daba á la calle, en el cual recibió el clérigo la última confesion que le hizo este viejo guerrero lleno de vida que iba á morir. En este mismo instante fueron presos y encerrados en un departamento del palacio los yernos y el nieto de Garci La-

so, en tanto que Alburquerque contaba los momentos que dejaba respirar á su víctima. Ya impaciente de aguardar advirtió al rey que era tiempo de dar las últimas órdenes: acostumbrado D. Pedro á repetir las de su ministro encargó á dos caballeros de Alburquerque que fuesen á decir á los guardias del preso que lo despachasen al instante. Los ballesteros, ciegos ejecutores de las voluntades del rey, dudaron de una orden que les era comunicada por servidores de Alburquerque, y como el alcalde Domingo quisieron recibirla de los mismos labios de su señor: uno de ellos fue á preguntarle qué había de hacerse con Garci Laso: «¡Que lo maten!» respondió el rey. Sin dudar ya corrió el ballestero al preso, le dió un golpe con la maza en la cabeza y sus camaradas lo remataron con la daga. El cuerpo de Garci Laso fue arrojado á la plaza Mayor, donde se celebraba la entrada del rey, á usanza de Castilla, con una corrida de toros. Estos animales patearon el cadáver y lo levantaron muchas veces sobre los cuernos, hasta que se les arrancó para esponerlo sobre un estrado á las miradas de la multitud, donde estuvo por espacio de un día entero. Depositáronlo, en fin, en unas andas que fueron colocadas sobre la muralla de Comparanda, tratamiento reservado á los restos de los grandes malhechores (1).

Aquella misma semana, estando el rey comiendo con Alburquerque, vió pasar á los tres vecinos arrestados con Garci Laso, á quienes conducian al suplicio. Asi era como enseñaban á reinar al infeliz D. Pedro. El implacable ministro tambien hizo encarcelar á doña Leonor de Córna-go, esposa de Garci Laso; pero habia tenido tiempo para

— (1) Ayala.

confiar su hijo á algunos servidores fieles, que consiguieron llevarlo á Asturias al lado del conde de Trastámara. Reinaba el terror en Búrgos, y todo el que habia alzado la voz para defender los privilegios del comun ó para sostener los derechos de D. Juan Nuñez no creía poder encontrar un retiro bastante seguro para ocultar su cabeza. Espantado el mismo D. Enrique no se atrevió á permanecer por mas tiempo en las Asturias y fue á buscar un refugio en el territorio portugues. Despues de las ejecuciones vinieron las recompensas, y por premio de su adhesion al ministro obtuvo Manrique el puesto de adelantado de Castilla que poseia Garcí Laso.

No era bastante para Alburquerque aminorar y disolver la faccion de los Lara; queria esterminar toda la raza de su enemigo. D. Juan Nuñez dejaba dos hijas, una de ellas prometida á D. Tello, como ya hemos visto, y un hijo, llamado D. Nuño, que entonces contaba tres años solamente. Confiado á los cuidados de doña Mencía, señora de una familia notable de Vizcaya, el niño era criado en Paredes de Nava, en el reino de Leon; y cuando el rumor del asesinato de Garcí Laso se estendió por aquella provincia, comprendiendo doña Mencía los peligros que amenazaban al heredero de su señor se apresuró á ocultarlo de sus enemigos. Parecióle el mas seguro asilo la Vizcaya, porque sus habitantes, celosos de su independencía, eran muy adictos á la memoria de su antiguo jefe, y porque su marido, Martín Ruíz de Avendaño, habia ejercido en ellos una influencia notable. Allí condujo á su pupilo lo mas secretamente que le fue posible; pero ya corrían sobre sus huellas los emisarios de Alburquerque, y el mismo rey, cuya actividad irreflexiva siempre estaba dispuesta á secundar los proyectos crueles de su ministro. Persiguiendo D. Pedro al noble niño con el ardor de un caza-

dor que sigue la pista á su presa, pensó alcanzarlo en el paso del Ebro; pero felizmente los fugitivos llevaban algunas horas de anticipacion, y habiendo conseguido romper un puente llegaron ya sin inquietud al puerto de Bermeo, donde en caso necesario hubieran podido embarcarse para la Guyena ó para el reino de Francia. Entre tanto murmuraban los vizcainos conmovidos al ver proscrito y perseguido el hijo de su antiguo señor, y un hijo de doña Mencía, Juan de Avendaño, llamando á las armas á sus compatriotas comenzó por fortificarse en sus ásperas montañas, ciudadelas inconquistables de las libertades de Vizcaya. Era una grave empresa y casi temeraria, aun para un rey de Castilla, atacar un pueblo valeroso, apasionado por su antigua independendia y siempre adicto á sus jefes nacionales. Alburquerque debió renunciar á seguir al jóven Nuño y condujo al rey á Castilla, dejando á D. Lope de Rojas, con el título de *prestamero mayor*, el cuidado de negociar la estradicion ó el alejamiento del heredero de los Lara. Al mismo tiempo algunas tropas levantadas en los dominios del rey vecinos á la frontera avanzaban á ella para apoyar las negociaciones: los montañeses respondieron con orgullo, y fue preciso venir á las manos, aunque ni por una ni por otra parte fue sustentada la guerra con vigor. Pero al cabo de algunos meses y despues de varias escaramuzas sin resultado, el niño, causa de la guerra, murió inopinadamente en Bermeo. Mucho tiempo hacia que las dos hijas de D. Juan Nuñez estaban en poder de Alburquerque, y los vastos dominios de Lara secuestrados en provecho de la corona: desde entonces ya no tuvieron las hostilidades ni objeto ni pretesto, y los vizcainos desanimados depusieron las armas y reconocieron la autoridad del rey.

Cortes de Valladolid.—1351.

Aux estaba lejos de haberse apaciguado el levantamiento de la Vizcaya cuando D. Pedro, de vuelta en Valladolid, abrió las cortes en persona. Las transacciones de esta asamblea, que se prolongó hasta concluido el año de 1351, han sido en parte conservadas y forman uno de los monumentos mas curiosos para la historia de esta época. Segun costumbre cada órden presentaba sus memoriales, que despues de la legislatura eran espedidos en forma y acompañados de las decisiones reales. Los votos espresados por los diputados y las respuestas dadas en nombre del soberano iban á ocupar un puesto entre las leyes del estado con el título de *ordenamientos*.

Las reformas reclamadas por los tres brazos y las satisfacciones ó las promesas dadas por la corona hacen conocer con bastante exactitud la situacion de Castilla. Los

cuadernos de los órdenes están escritos en lengua castellana, que habia reemplazado al latin en los actos públicos desde los sabios ordenamientos de Alfonso X; mas para estar redactados en una lengua viva no dejan de tener bastantes oscuridades que muchas veces resultan del uso de términos cuya significacion exacta es mal conocida hoy, y otras de falta de detalles en la esposicion de las demandas presentadas al rey. En efecto, la redaccion es por lo general tan sumaria y tan vaga, que debe considerarse la peticion escrita como el simple resumen de una representacion verbal, ó como una especie de *memorandum* destinado á recordar un discurso extenso ó una discusion profunda.

Si estos documentos han llegado á nosotros en su integridad, como hay motivos para creer, debe sorprendernos primeramente no encontrar en ellos ninguna alusion á los acontecimientos políticos que habian señalado la subida de D. Pedro al trono. El asesinato de Garcí Laso; el secuestro de los dominios de Lara; la proscripcion de su hijo, y la guerra de Vizcaya no parecen haber sido objeto de ninguna representacion por parte de los ricos-hombres; y el suplicio de los vecinos de Búrgos y la violacion de sus libertades tampoco producen quejas de parte de los diputados de los comunes. Solo como una mera fórmula debe considerarse la demanda de confirmar las antiguas franquicias y los privilegios existentes que precede á los cuadernos de cada orden, y seria darle una importancia demasiado exagerada tomarla por una protesta contra los últimos actos del gobierno, actos, no solamente contrarios á las libertades de cada brazo, sino tambien á todas las leyes del país. Del silencio extraño de la asamblea debe presumirse, en mi concepto, la aprobacion tácita de las medidas violentas tomadas por Alburquerque, ó reco-

nocer una prueba del miedo que este ministro habia conseguido introducir en el partido de los Lara.

II.

Las esposiciones del clero solo comprenden veinte y un artículos, quejas en su mayor parte contra usurpaciones ó exacciones cometidas por los ricos-homes ó por los oficiales del fisco; y los prelados, sobre todo, reclaman con fuerza algunos de sus derechos feudales hollados en provecho de la corona por el difunto rey D. Alfonso. Sabido es que la invasion de los moros africanos le habia obligado á servirse de una parte de las rentas eclesiásticas para las necesidades de la guerra, y que no habia hecho ninguna restitucion despues de la victoria del Salado. Las respuestas del rey á estas reclamaciones son en general evasivas, y aun alguna vez opone una negativa absoluta fundado en la penuria del tesoro: declara, por ejemplo, muy esplicitamente que piensa conservar las salinas arrebatadas á las iglesias, asimilándolas en un todo al patrimonio real (1). Nótese que las peticiones del clero, con una sola escepcion, son todas relativas á sus intereses temporales, como si los eclesiásticos no se sentasen en las cortes mas que en calidad de señores feudales, y cuando hablan en nombre de la religion es para levantarse contra el escándalo causado por los judíos y por los moros que trabajaban públicamente el domingo. Por la moderacion singular de los términos en que está concebida esta peticion puede calcularse la tolerancia religiosa que reinaba entonces en Castilla (2).

(1) «Cortes de Vall. Ord. de Prelados.»

(2) «Ord. de Prel.» Piden que los judíos no puedan trabajar en la calle, sino en sus casas, con la puerta cerrada, sopena de diezmaravedis de multa.

III. *Los señores de las rentas de las ciudades.*

Los cuadernos de la nobleza parecen igualmente dictados por un interes personal: dirigiéndose á la *merced* del rey pide le conceda privilegios, pensiones y socorros pecuniarios, en consideracion á las grandes pérdidas que le ha hecho experimentar la última epidemia, arrebatándole los brazos que cultivaban el suelo. Los labradores, cuyo número era escaso, ponian sus servicios á un precio exorbitante, de donde resultaba que no pudiendo pagar los caballeros veian sus propiedades trocadas en desiertos. Probablemente no era exagerado el cuadro de estas miserias, porque, tomándolo en consideracion el gobierno, promete aplicar todos sus esfuerzos para calmar la afliccion de los pobres caballeros; asegurándoles su proteccion les hace esperar auxilios de dinero, y á fin de proveer á lo mas urgente fija por un ordenamiento especial el precio de los salarios y el de los objetos de uso comun (1). En estremo difícil es hoy apreciar semejante medida; justa ó injusta en sus detalles, parece haber sido dictada por una necesidad imperiosa.

Ya hemos notado los desórdenes á que habia dado lugar la enfermedad de D. Pedro, y especialmente el pillaje de los caudales públicos por los nobles asalariados del rey. La nobleza pide una amnistía completa para todos los actos de violencia cometidos en esta época, protestando contra una investigacion sobre los derechos de los que, apoderándose de las arcas reales, habian pretendido pagarse los atrasos de sus sueldos, y acordando el rey la amnis-

(1) «Ord. de Menestrales.»

tia se reserva examinar los títulos de estos pensionistas impacientes y llevar á cabo el reembolso de las cantidades tomadas sin legítimos créditos.

— Una ley muy notable del último reinado prohibía á los eclesiásticos que recibiesen por testamento donaciones de tierras, fundándose en que, entre otros graves abusos, podría resultar de la libertad de testar en favor de las iglesias el empobrecimiento de las familias nobles. Parece que esta ley fue mal observada, porque se reclama su ejecución con nuevas instancias, y el rey promete ponerla en vigor autorizando la devolución de las tierras enagenadas con desprecio de los ordenamientos de su antecesor (1).

— La existencia de las *behetrias*, pequeñas repúblicas, cuyo principal privilegio era cambiar de señor segun la eleccion de sus habitantes, era para la nobleza castellana una ocasion de incesantes querellas. En un tiempo en que solo la fuerza era respetada, la voluntad de estos paisanos privilegiados no poseia realmente un señor sino cuando estaba apoyada por las armas de aquel á quien elegían para sucederle. De aquí guerras y combates continuos. Cuando los señores poseedores temporales de *behetrias* comparaban la reducida estension de sus derechos y su incertidumbre con el poder pleno de los propietarios de feudos sus vecinos, prorumpian en quejas contra instituciones tan humillantes para su orgullo, pedían su abolicion y reclamaban la particion de las *behetrias* en nombre de la paz del reino. Los debates á que dió lugar la cuestion de las *behetrias* fueron largos y animados, y no parece que los

(1) «Ord. de Fijosdalgo.»

habitantes de estos pueblos tuviesen en las cortes otros representantes que sus señores, pues consultar á paisanos sobre sus intereses y su suerte no era una idea que pudiesen concebir los legisladores del siglo XIV. Alburquerque apremiaba la particion de las *behetrias* por un motivo de codicia personal, teniendo como tenia por parte de su mujer un patronato inmenso sobre estos territorios privilegiados; pero otros señores, propietarios como él, temieron su parcialidad en la reparticion de las tierras y en el exámen difícil de los derechos alegados por los numerosos pretendientes, y gracias á su oposicion quedaron las cosas bajo el pie que antes. Esta envidia inquieta, particular á la nobleza de la edad media, hacia que los ricos-homes sacrificasen sus ventajas personales por el temor de verlas compartidas por sus vecinos. Al voto manifestado por los señores interesados en la supresion de las *behetrias* habia respondido el rey, instigado por el ministro, admitiendo la medida en principio, y aun se comprometia á renunciar el derecho de justicia que le pertenecia sobre estos pueblos, con exclusion de los señores propietarios; sin embargo, la solucion definitiva debia aplazarse hasta que se hiciera una investigacion sobre los derechos de los interesados, á cuyo efecto se nombraron comisarios especiales; mas parece no tuvo ningun resultado por las rivalidades de los señores.

Deben notarse dos artículos de los cuadernos de la nobleza como prueba del acuerdo de los órdenes entre si. El primero manifiesta el deseo de que no tenga lugar en las cortes ninguna decision relativa á uno de los tres brazos en ausencia de los representantes del que fuere interesado: el segundo solicita en favor de los diputados de los comunes una indemnizacion por los gastos de residencia durante la legislatura. Pronto veremos que los comunes

no se quedaron atras en punto á buenos miramientos para con la nobleza (1).

IV.

Examinando las peticiones dirigidas al rey por los diputados de las ciudades se reconoce el papel importante que entonces hacian en las asambleas nacionales. En efecto, solo en sus cuadernos se encuentran tratadas las cuestiones mas elevadas é interesantes para la prosperidad del pais, presentando la mezcla, natural en la época en que fueron redactadas, de ideas grandes y generosas y de mezquinas preocupaciones; y si se comparan las opiniones manifestadas en las cortes de Valladolid con las que dominaban entonces en el resto de Europa, la barbarie de ciertas instituciones de Castilla causará menos sorpresa que admiracion la sabiduría de algunas otras. ¿A quién extrañará ver en 1351 á los diputados de los comunes pedir para los deudores cristianos la autorizacion de hacer bancarota con respecto á sus acreedores judios, ó bien querer prohibir á estos últimos el derecho de poseer bienes raices concediéndoles el de prestar á usura? Lo que sorprende es que en esta misma asamblea se reclama y se obtiene la abolicion de las *maestrías* de los oficios y la libertad mas completa en el ejercicio de todas las profesiones; que se estipula la inviolabilidad de los diputados; que se piden garantías para la libertad individual, y que se arranca, en fin, á la corona la promesa de revocar aquellas inmunidades escandalosas que, dispensando del impuesto á ciertas ciudades privilegiadas, hacian su peso intolerable para las otras (2).

(1) «Ord. de Fijosdalgo.»

(2) «Cortes de Valladolid.»

La mitad de las reclamaciones presentadas por los comunes tiene por objeto la reforma de los abusos existentes en la reparticion de los pechos; y por el número y gravedad de las quejas puede juzgarse cuál era la estension del desórden en esta parte de la administracion. Entre las medidas provocadas por las cortes debemos citar la de un nuevo censo general para establecer la base de la reparticion, medida que se habia hecho absolutamente necesaria despues del azote que tantos estragos acababa de hacer en la península, y el establecimiento de una intervencion particular para reprimir las exacciones que ordinariamente cometian entonces los oficiales del fisco. Esta última institucion recuerda bajo ciertos aspectos la de los *Missi dominici* de Carlo-Magno.

La administracion de justicia daba igualmente lugar á numerosas quejas; pero se perciben en ellas la ciega envidia y rivalidades de las diversas provincias de la monarquía, demasiado recientemente reunidas para haber olvidado ya sus antiguas antipatías hasta el punto de formar un cuerpo de nacion. Cada ciudad queria que sus magistrados fuesen elegidos en su territorio y no miraba como un conciudadano, sino casi como un enemigo, á cualquiera que hubiese nacido fuera de sus muros.

Una reclamacion mas justa y mas ilustrada obtiene de la corona que nadie será sustraído á sus jueces naturales, y que comisarios régios vigilarán sobre los oficiales de justicia; y como último recurso contra la prevaricacion de los magistrados, que todo castellano podrá presentar sus querellas por ante el rey en persona (1).

La audacia de los bandidos que infestaban los caminos

(1) «Cortes de Valladolid.»

y que saqueaban las aldeas y ciudades reclamaba las medidas mas enérgicas para su destruccion. A propuesta de los diputados el rey ordena la institucion de una guardia cívica encargada de la policía y particularmente de la persecucion de los malhechores, y toda la poblacion de Castilla se pone sobre las armas. En cada ciudad ó aldea está siempre dispuesta una cuarta parte de sus habitantes para correr al alcance de los facinerosos, fijándose la distancia á que debe estenderse la persecucion, y disponiendo á los hombres de tal modo, que se sucedan unos á otros hasta la captura ó esterminio de los bandidos. Pero no es solamente contra los ladrones de los caminos contra quienes debe obrar esta milicia, pues ademas está encargada de combatir á los rebeldes al gobierno, y requiriéndose especialmente sus servicios para la destruccion de las *casas-fuertes*, nombre con que eran designadas las guaridas de aquellos caballeros enemigos de las leyes, tan numerosos entonces en España. Para sitiar estas fortalezas los tenientes del rey podian convocar las milicias de cinco leguas á la redonda y llevar consigo la mitad de los hombres útiles. A estas disposiciones debemos añadir algunas penas impuestas á los mendigos y vagabundos, entre los cuales se reclutaban ordinariamente los enemigos del sosiego público.

Tambien entraban en la competencia de las cortes generales las relaciones de Castilla con los reinos vecinos. Los comunes reclaman contra una tarifa de aduanas establecida por la Navarra, y piden la revocacion de un convenio comercial entre Castilla y Aragon, oneroso á la primera de estas dos potencias: vemos tambien á las ciudades marítimas de Vizcaya solicitar la ratificacion de un tratado que habian concluido con la Inglaterra, de su propia autoridad segun parece, pues las ciudades mercanti-

les gozaban entonces de una singular independencia (1). Sabido es que dos siglos después el Portugal, en paz con el rey de Francia, tenía que sostener una guerra activa contra un vecino de Dieppe (2).

Durante los viajes de un rey de Castilla, frecuentes en una época en que la corte no tenía residencia fija, las ciudades y las órdenes militares estaban obligadas á costearlos, como también los de su comitiva. Debíaseles lo que se llamaban *yantares*, y el gasto era á veces tanto mas considerable cuanto que los oficiales del rey lo aumentaban con sus exigencias. A petición de los comunes se fijó la cantidad de gastos y se estipuló que únicamente el rey y la reina tuviesen derecho á exigir los de recepción durante sus viajes (3).

En vano buscaremos entre las numerosas peticiones dirigidas al rey por los diputados de los comunes algunas quejas contra las violencias de los ricos-homes; este acuerdo entre los dos brazos no deja de ser notable en una época en que tan frecuentes eran las colisiones entre la nobleza y los comunes. Tal es su convenio en las cortes de Valladolid, que los diputados de las ciudades recomiendan al rey los cuadernos de los otros dos brazos, y llaman particularmente su interés sobre la situación de los caballeros arruinados por la epidemia. De aquí se deduce que mediaban conferencias entre las diferentes clases de diputados, y que cierto número de negocios discutidos en comisiones mistas no eran presentados al rey cuando los debates terminaban por un acomodamiento

(1) «Cortes de Valladolid.»

(2) Francisco I respondía á los embajadores portugueses: «Id en busca de Anjo y arreglaos con él.» Vitet, «Hist. de Dieppe.»

(3) «Cortes de Valladolid.»

amigable. Solo un artículo manifiesta disidencia entre los comunes y el clero: los primeros suplican al rey reprima los abusos de la ex-comunion lanzada por los eclesiásticos y limite las multas en que incurrian las personas heridas por los rayos de la iglesia.

Tampoco descuidaron las cortes de Valladolid los intereses de la agricultura y del comercio, como se prueba por muchos artículos notables, como son aquellos en que se arreglan un gran número de cuestiones relativas al tránsito y al derecho de pasto de los rebaños trashumantes, y á la esportacion de los granos, de los caballos, de las maderas de construccion y de los metales preciosos; otros ordenamientos tienen por objeto prevenir la destruccion de los bosques que ya era tan temida en Castilla en el siglo XIV, y restablecer leyes suntuarias de los reinados precedentes, siempre destinadas á permanecer sin ejecucion.

V.

Por este breve resumen puede el lector formar una idea de los trabajos en que se ocuparon las cortes de Valladolid; y tal vez no sea fuera de propósito decir aqui algunas palabras sobre la forma en que eran sometidas al rey las peticiones de la asamblea, observando al mismo tiempo que de la misma fórmula usaban los tres órdenes sin distincion. Dirigiéndose todos al soberano como á un señor absoluto le *pedian por merced* (1) que remediase tal abuso ó accediese á tal reclamacion. En esta fórmula, que es tal vez de la mayor antigüedad, creo no debe verse una práctica servil, sino por el contrario

(1) «A lo que me pidieron por merced» etc.

un principio de esa ficción legal de los gobiernos representativos que, colocando la responsabilidad al pie del trono, pone á la majestad real fuera de todos los tiros. En apoyo de esta opinion pudiera citar un artículo notable del cuaderno de los comunes, que bien entendido no es otra cosa que una demanda de garantía para la libertad individual: «Pedimos al rey que no salga de su cancellería ninguna orden para matar ó prender á ninguno de sus súbditos ó para confiscarle sus bienes; y en el caso de que semejante orden sea espedida no se ejecute hasta que consultado el mismo rey sea confirmada.» De este modo se finge que el rey no puede querer ningun acto ilegítimo, apelando á su persona de los decretos sorprendidos por sus ministros.

Las respuestas de la corona son por punto general cortas y precisas: *A esto respondo que lo tengo por bien é mando que se guarde*; tal es la fórmula que se reproduce la mayor parte de las veces, y si alguna vez opone el rey una negativa á las peticiones de las cortes preciso es convenir en que casi siempre lo hace con derecho y á pretensiones exorbitantes ó injustas. En lo relativo á los moros y judíos, por ejemplo, rehusa con razon sancionar las leyes escepcionales reclamadas contra ellos, y cuando niega las instancias del clero para volver á entrar en posesion de las rentas que la corona se habia apropiado en perjuicio suyo lo hace invocando las necesidades del tesoro y las leyes libremente votadas en las cortes reunidas en el precedente reinado (1). Las promesas reales para la cumplida administracion de justicia, disminucion de los impuestos y respeto á todas las libertades son nume-

(1) «Cortes de Vall., Ord. de Prelados.»

rosas y esplicitas y como pueden esperarse de un príncipe que acaba de subir al trono. La continuación de esta historia demostrará cómo fueron cumplidas tan magníficas promesas.

IV.

Gobierno de Alburquerque.—Tratado con Aragon.— Rebelion de Alonso Coronel.—1352—1353.

I.

LAS sesiones de las cortes se prolongaron hasta la primavera del año 1352, y á fin de marzo salió el rey de Valladolid para acercarse á la frontera de Portugal. Su abuelo Alfonso IV, padre de la reina María, le habia pedido una entrevista, que tuvo lugar en Ciudad-Rodrigo con grandes demostraciones de ternura por una parte y otra. Habiéndole suplicado el rey de Portugal que perdonase al conde de Trastamara, entonces refugiado en sus estados, D. Pedro se apresuró á consentir en ello, ya fuese porque sorprendido en cierto modo por una peticion imprevista no tuviese tiempo de consultar á su madre ó á su ministro, ya porque envanecido con una solicitud Augusta aprovechase con alegría la ocasion de ejercer un acto de autoridad. Sea de esto lo que quiera, y por mas sincera que fuese la amnistia concedida á D. Enrique, es lo cierto que este no juzgó á propósito todavía presen-

tarse delante de su hermano y volvió á Asturias sin perder nada de sus disposiciones facciosas, pues se le ve reclutando hombres de armas y trabajando sin descanso en crearse un partido. Gracias á la intervencion del rey de Portugal acababa de obtener el alzamiento del secuestro que pesaba sobre sus bienes y sobre los de su esposa doña Juana de Villena (4), de cuyos nuevos recursos se sirvió para aumentar el número de sus criaturas y para tratar de fundar en Asturias una soberanía independiente. Probablemente no iban aun mas lejos sus sueños de ambición.

Despreciando Alburquerque los manejos oscuros de D. Enrique en el Norte vigilaba no sin inquietud los preparativos mas amenazadores de algunos ricos-homes de Castilla, antiguos partidarios de la faccion de los Lara. Despues de la muerte trágica de Garci Laso D. Alonso Fernandez Coronel aspiraba á ser el jefe de este partido vencido, pero no anonadado. Ya vimos á este señor abandonar á la favorita de Alfonso XI inmediatamente despues de la muerte de este, y por premio de su pronta defecion obtener gracia de Alburquerque, recibiendo con el pendon y la caldera de rico-home el vasto señorío y el fuerte castillo de Aguilar, productos de una confiscacion ordenada por el difunto rey. Coronel pretendia que habia pagado con demasiadas creces estos favores al mi-

(4) Véase el preámbulo de una carta de D. Enrique, referida por Pellicer: («Informe de la casa de los Sarmientos de Villamayor.») D. Enrique reconoce que el rey le ha perdonado todos sus «maleficios», y que le devuelve sus bienes y los de doña Juana su mujer. Gijón 16 de junio, año de la era 1390 (1352.) Ayala. Nota de Elaguno.

nistro para estar dispensado de todo reconocimiento (1); y de simple caballero que era, convertido en rico-home, de nombre y de hecho, se habia unido con mas celo que nunca á la causa de D. Juan Nuñez, empleándose durante la enfermedad de D. Pedro en sostener con un ardor imprudente sus pretensiones tanto en Castilla como en Andalucía. El restablecimiento del rey y la muerte del señor de Lara habian desconcertado por un momento sus proyectos, y ya sospechoso al nuevo gobierno habia creído prudente no presentarse en las cortes de Valladolid. Advertido por el homicidio de Garci Laso de la suerte que el ministro entonces omnipotente reservaba á sus enemigos, estaba muy resuelto á no imitar la loca confianza de sus hermanos de armas y se preparaba con anticipacion á una vigorosa resistencia. Mientras que ponía en estado de defensa sus castillos de Castilla y de Andalucía pretendia entablar relaciones con D. Enrique y don Tello, quienes, sospechosos como él á D. Juan de Alburquerque, le parecían aliados naturales. Poco escrupuloso en la eleccion de sus protectores, tambien pretendió tratar con el rey moro de Granada y solicitaba hasta de los árabes de ultramar. Grande facilidad le ofrecia para dirigir estas negociaciones el castillo de Aguilar, situado en la frontera de Granada, y en él se habia encerrado con su yerno D. Juan de la Cerda, señor poderoso de Castilla, reuniendo lo mas adicto de los vasallos de entram-

(1) Ayala.—El castillo de Aguilar habia pertenecido á D. Gonzalo Fernandez y entrado despues en el patrimonio real. Ayala refiere que Coronel lo habia obtenido de Alburquerque, prometiéndole en cambio el castillo de Burguillos, que despues no quiso entregar.

bos: desde esta fortaleza tendian una mano á todos los descontentos y se esforzaban por reunir los restos de la faccion de los Lara.

Alburquerque no se disimulaba ni el odio que le habia suscitado su elevada fortuna ni el número y fuerza de sus enemigos, y su resolucion natural, de acuerdo con su política, le aconsejaba dirigirse primero al mas temible, seguro de que un ejemplar intimidaria al resto de los facciosos. Juró la pérdida de Alfonso Coronel, y con este designio, despidiéndose del rey de Portugal, salió de Ciudad-Rodrigo y condujo al rey á Andalucia, esperando desconcertar las intrigas de los rebeldes por la rapidez de su marcha. En algunos dias reunió en Córdoba un pequeño ejército enrededor del estandarte real y avanzó contra el castillo de Aguilar, precediéndole Gutier Fernandez de Toledo, camarero mayor, y Sancho Sanchez de Rojas, jefe de los ballesteros de la guardia, encargados de intimar á Coronel que abriese sus puertas al rey. Coronel, que sin duda no esperaba verse atacado tan pronto, respondió con alguna turbacion que segun los términos de su carta de investidura, otorgada por el mismo rey, estaba dispensado de hospedar á su soberano, sobre todo cuando se presentaba con una comitiva tan considerable; pero volviendo pronto á su franqueza militar confesó que la presencia de Alburquerque, su enemigo declarado, era lo único que le impedia cumplir con su deber, y que en tanto que este ministro ejerciese su dominacion tiránica se veria obligado, á pesar suyo y para su mayor seguridad, á desobedecer las órdenes de su rey. Entre tanto un gran número de caballeros, amigos suyos secretos ó declarados, habian corrido á las trincheras con la esperanza de arreglar un acomodamiento, y todos, aun aquellos á quienes él miraba como confederados ó cómplices, le

aconsejaban la sumision inmediata, conjurándole á reservarse para tiempos mas felices y á no precipitar su ruina por una resistencia sin esperanza. Decianle que si consentia en entregar el castillo obtendria permiso para salir del reino, y satisfecho el monarca con un destierro de algunos meses pronto le concederia una amnistia completa y el alzamiento del secuestro que pesaba sobre sus dominios. Aunque sorprendido Coronel de oir semejante lenguaje en boca de aquellos de quienes esperaba socorros efectivos, no por eso perdió nada de su resolucion y permaneció inflexible respondiendo: «El rey está en poder de Alburquerque y jamás me entregaré, como Garci Laso, á mi enemigo mortal.» Durante estas conferencias se acercaba D. Pedro, y para concluir con ellas se desplegó el estandarte real de Castilla y algunos ballesteros hicieron ademán de asaltar las trincheras. A este alarde, que solo tenia por objeto probar la rebelion, la gente de Aguilar respondió por el grito de guerra de su señor acompañado de un diluvio de dardos, y despues de una corta escaramuza se tocó retirada. El jefe de los ballesteros corrió á enseñar al rey la bandera de Castilla desgarrada por las flechas arrojadas desde el castillo: á este espectáculo fue general la indignacion, y los amigos de Coronel, que un momento antes eran sus intercesores, callaron y lo abandonaron á su suerte. El mismo dia fue declarado rebelde y traidor, y se proclamaron confiscados sus bienes y devueltos á la corona. Aguilar estaba bien fortificado, provisto de viveres y municiones, y el ejército real, poco numeroso por otra parte, no tenia máquinas para establecer el sitio. Dejando Alburquerque un cuerpo de tropas en observacion delante de la plaza condujo al rey á Castilla para la mas fácil conquista de las otras fortalezas pertenecientes al rebelde; ademas, su presencia en el Norte

se habia hecho necesaria, porque comenzaban á presentarse los aliados de Alonso Coronel.

El conde de Trastamara acababa de entrar por un golpe de mano en la ciudad de Gijón, en Asturias, de la cual parecia querer hacer su plaza de armas, y por otra parte su hermano D. Tello, que apenas tenia diez y seis años, desplegaba su estandarte y comenzaba por una de las empresas ordinarias á los héroes de su tiempo. Saliendo de Aranda de Duero, ciudad que formaba parte de su patrimonio, habia destrozado no lejos de Búrgos un gran convoy de mercancías que iba á la feria de Alcalá de Henares, y despues de este golpe, asustado á la vista de las milicias que acudian de las ciudades vecinas, corrió apresuradamente á su castillo de Monteagudo, situado en la frontera de Aragon; mas no creyéndose seguro en este sitio imploró la proteccion de Pedro IV y le prestó homenaje, comprometiéndose á no hacer ni paz ni tregua con el rey de Castilla sin el consentimiento de su nuevo soberano (4).

Siempre guiado por Alburquerque, el jóven monarca se dirigia á Asturias; pero durante el camino se apoderó de muchos castillos ó casas fortificadas que Coronel poseia en Castilla, cuya mayor parte se rindieron sin hacer formal resistencia. Solo el castellano de Burguillos sostuvo un asalto. Era este un valiente escudero, llamado Juan de Cañedo, á quien ni la presencia del rey ni las promesas de

(4) «Archivo general de Aragon,» pergamino 1676, fechado en Lérida á 14 de junio de 1352. Aunque este documento tenga la firma de D. Tello no se sabe si él mismo prestó el juramento de homenaje en manos del rey de Aragon. Del tenor del acta parece resultar que el homenaje fue prestado en nombre del jóven principe por su mayordomo Pero Ruiz de Villegas.

Albuquerque pudieron obligar que entregase la plaza encomendada á su custodia. Despues de haberse batido á la desesperada fue cogido vivo y el vencedor le hizo cortar las dos manos. Dejando á los descontentos de Castilla meditar sobre este ejemplo terrible entró en Asturias el pequeño ejército real, y al acercarse D. Enrique abandonó á Gijón y se metió en las montañas con algunos amigos adictos. Al mismo tiempo que se ocultaba á las persecuciones de su hermano protestaba su fidelidad, y los gobernadores de Gijón y de los otros castillos de su pertenencia se comprometían por orden suya á no guerrear, con tal que el rey consintiese en perdonar á su señor. Concluyóse una especie de tregua y Albuquerque, aceptando el juramento ofrecido por los gobernadores, prometió tratar con dulzura á D. Enrique. Esta expedicion fue un paseo, porque en ninguna parte se encontraron enemigos; y tranquilo por esta parte el ministro llevó de nuevo rápidamente al rey á Castilla para reducir á las plazas ocupadas por los vasallos de D. Tello. La mayor parte fueron tomadas casi sin combate. La principal de sus fortalezas, que era Monteagudo, podia hacer una resistencia larga; pero el gobernador pidió y obtuvo una capitulacion, ó mas bien una suspension de armas, semejante á la que acababa de concederse á los tenientes de D. Enrique; es decir, la promesa de una amnistía para su señor, á condicion de que entre tanto se abstendria de toda hostilidad (1). Era evidente que los descontentos de las provincias del Norte no se atreverian á emprender nada antes de saber cuál era el éxito de la intentona de Alonso Coronel en Andalucía. Separados los unos de los otros y divididos en inte-

(1) Ayala.

reses, los enemigos de Alburquerque no habian podido concertarse; apenas se conocian; cada cual creia tener que habérselas con todas las fuerzas del rey, y no pensando mas que en su seguridad personal hacia buena venta de sus confederados. Esas estrañas convenciones entre un soberano y sus súbditos rebeldes, convenciones exactamente observadas por una parte y otra segun parece, prueban cuál era entonces la opinion general con respecto á la obediencia debida por un vasallo á su señor inmediato. Los gobernadores de D. Enrique y de D. Tello conciliaban la fidelidad jurada á su señor y el respeto á la majestad del trono, estipulando una amnistia para aquel y prometiendo por otra parte no atacar á las tropas reales: sin duda que hubiera sido demasiado exigir pretender su sumision pura y simplemente. Los vasallos no podian ser jueces en una diferencia entre su señor y el rey, y esperando que tuviese lugar un arreglo su neutralidad parecia suficiente homenaje rendido á la corona. Por otra parte el designio de Alburquerque era aislar á Coronel, contra el cual queria llevar todas sus fuerzas, y por estas convenciones consiguió su objeto, reservándose sin duda el castigar en su dia á estos tímidos cómplices; mas por el momento afectaba encontrar una gran diferencia entre los bastardos, culpables únicamente de demasiada desconfianza hácia su rey, y el rico-home de Aguilar, en insurreccion abierta y declarado ya traidor y rebelde. Esta era la causa de su facilidad en tratar con los castellanos de Gijon y de Monteagudo y su crueldad con respecto al de Burguillos.

II.

Al marchar sobre Monteagudo en la estremidad de Castilla Alburquerque no habia tenido únicamente por objeto

intimidar á D. Tello y detener su insurreccion. Dábale algun cuidado la actividad del rey de Aragon y habia entrado en deseos de conocer sus intenciones antes de volver á Andalucía para anonadar á Coronel. Aunque Aragon y Castilla estuviesen en paz hacia muchos años, las relaciones de los dos países no eran nada menos que amigables. Al morir Alfonso IV, su segunda mujer, doña Leonor, infanta de Castilla y tia paterna de D. Pedro, indispuesta hacia largo tiempo con Pedro IV, su hijastro, habia abandonado el Aragon en el momento en que subia al trono este príncipe, y retirada en Castilla con sus dos hijos, los infantes D. Fernando y D. Juan, no habia dejado de sostener relaciones con los enemigos declarados ó secretos del nuevo rey. D. Fernando habia sido reconocido durante algunos meses por el jefe de los rebeldes del reino de Valencia, y cuando la liga de los señores y de los comunes, que tomó el nombre de la Union, tuvo un momento en su poder á Pedro IV, lo habia obligado á reconocer por su heredero presuntivo á este hermano á quien odiaba; pero la batalla de Epila habia hecho justicia á estas pretensiones y obligado al infante á volver humillado á Castilla. El secuestro de sus bienes y de los de doña Leonor habia castigado su tentativa; pero el asilo que encontrara en Castilla, el rango que ocupaba y su alianza con el ministro omnipotente de D. Pedro eran para Pedro IV motivos incasantes de irritacion y de inquietud. La acogida hecha á D. Tello y la prontitud del rey en aceptar su homenaje era un acto de represalia, y cubriendo con su proteccion á los rebeldes de Castilla queria Pedro demostrar que le era posible de allí en adelante combatir al castellano con armas iguales y hacerle todo el daño que de él podia temer. Por una singular coincidencia ambos reyes encontraban aliados en la familia de su adversario y cada uno de ellos

tenia á su disposicion los medios de encender la guerra civil en los dominios de su vecino. La indisposicion creciente entre las dos cortes se irritaba aun mas por la inquieta ambicion de D. Fernando, que, despues de haberse creído por un instante rey de Castilla y muerta ya esta esperanza, ahora volvía sus ojos al reino de Aragon: atribuíasele el designio de renovar la tentativa que tan mal le habia salido algunos meses antes, y andaba errante por la frontera pretendiendo reanimar el antiguo foco de la liga valenciana. Instruido el rey de Aragon de estos proyectos habia reunido en el reino de Valencia un considerable cuerpo de tropas, dispuesto á rechazar un ataque ó tal vez á prevenirlo. Tal era la situacion de las cosas cuando Alburquerque apareció delante de Monteagudo.

Alburquerque deseaba la paz porque nada tenia que ganar en la guerra mas que el engrandecimiento del infante de Aragon, del cual se cuidaba poco: su odio y su interes le ordenaban igualmente concentrar todos sus esfuerzos contra el último jefe de la faccion de Lara, y para consumir con seguridad su venganza era necesario que se viese libre de la inquietud de una guerra extranjera. Su primer cuidado fue, pues, abrir negociaciones con el aragonés, que se prestó á ellas con prontitud. El ministro que hacia entonces cerca de Pedro IV el mismo papel que Alburquerque cerca de D. Pedro, D. Bernal de Cabrera, era un enemigo declarado de Alonso Coronel (4), y el deseo de perder á un hombre á quien detestaba contribuyó no

(4) D. Bernal de Cabrera tenía pretensiones sobre el señorío de Aguilar. D. Alfonso habia indemnizado á Cabrera y á Coronel reuniéndolo al dominio de la corona; pero ellos no se habian dado por satisfechos y subsistia su animosidad entera. Zurita, «Anales de Aragon.»—Ayala.

poco sin duda á apresurar la concordia entre las dos coronas. Abiertas en la ciudad de Agreda á mediados del otoño, pronto terminaron las conferencias por un tratado de alianza concluido en el castillo de Atienza el 29 de octubre de 1352. Teniendo los dos reyes los mismos agravios y temores, hacian los mismos sacrificios para asegurarse una dominacion tranquila, y se juraron perdonar á los príncipes de sus casas que estaban en hostilidad declarada ó secreta contra sus gobiernos. D. Pedro se comprometió á devolver su gracia y sus bienes á su hermano bastardo D. Tello, y Pedro IV concedió una amnistia á los dos infantes, sus hermanos consanguíneos, prometiendo restituirles, lo mismo que á la reina doña Leonor su madre, los dominios que les habia secuestrado; al mismo tiempo ambos reyes salian garantes de la conducta de aquellos cuyo perdon acababan de obtener, y salvo algunas escepciones por ambas partes se estendia la amnistia á los personajes subalternos vasallos de los infantes ó de D. Tello. Debe notarse una cláusula singular de este tratado. Estipulóse que los adherentes de los infantes de Aragon no serian perseguidos por sus actos de hostilidad contra Pedro IV á menos que anteriormente á la convencion de Atienza se hubiese pronunciado contra ellos sentencia de traicion; y aun en este caso no podrian ser perseguidos en las ciudades que formaban parte del dominio personal de los infantes (1). Un artículo semejante arreglaba la suerte de los partidarios de D. Tello. De este modo cada monarca, reconociendo la independendencia de un señorío que provenia del suyo, permitia que existiesen en su reino plazas de seguridad contra sus propios de-

(1) «Arch. gen. de Aragon.»—Zurita.

cretos. Tal era el régimen feudal y la impotencia de la monarquía. Sin embargo, mientras que los dos ministros hacían esta brillante concesión á las exigencias de la nobleza, no descuidaban tomar algunas medidas para restringir sus privilegios en lo sucesivo. A continuación del tratado de paz se fijaron las bases de un convenio de estradición, acto muy extraordinario para esta época, según el cual los dos reyes debían entregarse mutuamente los culpables de traición contra los cuales se hubiera pronunciado sentencia posteriormente al tratado de Atienza (4). Es muy probable que este convenio publicado solemnemente por los dos reyes no fuese jamás ejecutado con rigor, pues lastimaba todas las preocupaciones de la época; mas puede verse en él una primera tentativa para disminuir esa independencia de que tan celosos se mostraban los grandes vasallos. Alburquerque y Cabrera, ministros absolutos, pretendían aumentar su poder sosteniendo la causa de la autoridad real: creían no trabajar sino por ellos mismos, y solo sus amos se aprovecharon de su política.

III.

Tranquilo sobre los intentos del aragonés tomó Alburquerque con el rey el camino de Andalucía; la querrela entre el ministro y los ricos-homes facciosos iba á decidirse en los muros de Aguilar.

Ya no se trataba esta vez de un reconocimiento: tropas numerosas, máquinas de guerra y todo el material de un sitio se dirigían contra la plaza. Durante la ausencia de

(4) «Arch. gen. de Arag.»—Este tratado de estradición está citado sin fecha en un documento que lleva la de 2 de junio de la era 1397 (1359.)

Alburquerque, penetrando Coronel por medio de los reducidos cuerpos de observacion que le rodeaban habia llevado muchas veces sus correrias hasta las puertas de Córdoba; y su yerno, D. Juan de la Cerda, habia pasado á Granada, y de aquí á Africa, contando con proporcionarse recursos, aunque sus esfuerzos no tuvieron resultado. La terquedad de Coronel solo servia para probar su verdadera pequeñez y su aislamiento. Exasperadas las ciudades vecinas por los pillajes de sus hombres de armas enviaban á porfía sus banderas al ejército real, y la alianza del rey moro, que abiertamente solicitaba el rebelde, indignaba á toda la Andalucía, arrasada muchas veces por los árabes, y escandalizaba al clero, que nombraba á Alburquerque el defensor de la religion y de la patria. En fin, la neutralidad de los dos bastardos obtenida por una simple demostracion probaba que los descontentos no estaban unidos entre sí y que obraban sin plan concertado, bastando comparar las fuerzas de los dos partidos para presagiar el éxito de la lucha.

Desde que el rey se presentó delante de Aguilar se redoblaron los ataques con vigor. Primero se defendieron los sitiados con bravura y fueron necesarios muchos meses para apoderarse de las obras exteriores, nivelar el terreno y hacer adelantar las máquinas hasta el pie de los muros. En seguida comenzó á batirse la brecha y el desaliento se apoderó de la guarnicion. Ningun socorro llegaba; los moros de Granada renovaban sus protestas pacíficas al rey de Castilla y los de ultramar no mostraban menos repugnancia á romper las treguas. Los muros iban pronto á ceder al ariete y á la zapa y se calculaba el momento en que la brecha estaria practicable. Mientras que los soldados mercenarios de Coronel solo pensaban en escaparse de una plaza imposible de defender, y en tanto

que imploraban la gracia del sitiador numerosos desertores, el antiguo gobernador de Burguillos, Juan Fernandez de Cañedo, se presentó atrevidamente delante de D. Pedro. Restablecido apenas de la horrible mutilacion que padeciera venia á pedir al rey con increíble audacia el permiso de entrar en Aguilar para morir allí al lado de su señor. Esta gracia le [fue concedida, y su fidelidad heroica arrancó la admiracion de sus mismos enemigos, que envidiaban á Coronel la gloria de inspirar sacrificios semejantes. Todos esperaban con ansiedad los últimos instantes de un hombre á quien toda Castilla estaba acostumbrada á mirar como un modelo exacto del cumplido caballero.

Todo estaba preparado para el asalto, los puestos asignados y fijada la hora para subir á la brecha. Durante la especie de tregua tácita que precede á un combate decisivo el mayordomo del rey, Gutier Fernandez, antiguo amigo del señor de Aguilar, distinguió á este sobre la muralla ocupado en dar las últimas órdenes. Adelantose y cuando estuvo al alcance de la voz le dijo: «Compadre (1), mucho me entristece ver vuestra terquedad. — ¿Y qué remedio tiene hoy? respondió Coronel. — ¡Ay! repuso Gutier, al punto á que hemos llegado yo no veo ningun remedio.» Entonces dijo Coronel con una voz grave: «Amigo Gutier, os engaÑais; para mí todavia queda un recurso, que es morir como buen caballero.» Separáronse en seguida con lágrimas en los ojos, y Coronel fue á vestirse una cota de malla, entrando luego en la capilla del casti-

(1) No sé si Gutier Fernandez sacó de pila á un hijo de Coronel. La palabra «compadre» era un término de amistad muy usado en la edad media, y aun hoy es muy frecuente en Andalucía, sin que se le dé el sentido propio.

llo para oír la misa. En medio del sacrificio se precipita un escudero en la nave y esclama: «¿Qué haceis, D. Alonso? ¡Están forzando la brecha y el comendador de Alcántara, Pero Estébañez, está en la ciudad con buen número de gente de armas! —¡Llegue quien pueda! dijo Coronel distraído en su piadosa meditacion: primero veré á Dios.» Y permaneció inmóvil de rodillas hasta despues de la consagracion. Entonces salió de la capilla; pero encontrándose con las gentes ya dueñas de las murallas entró en el torreón que aun estaba por él. Reconociendo desde allí á Diaz Gomez, jefe de los escuderos de la guardia, le llamó y le dijo: «Amigo Diaz Gomez, ¿me llevareis vivo delante del rey mi señor?—No sé si podré, respondió Gomez; pero contad con que haré un esfuerzo. —Pues conducidme, dijo el vencido entregando su espada; y os suplico mandéis á vuestros hombres que busquen á mis hijos en su departamento, y si pueden que los preserven de toda mala ventura.» A fuerza de trabajo fue conducido á presencia del rey por medio de una soldadesca furiosa, y en cuanto Alburquerque apercibió á su enemigo exclamó: «¡Cómo, Coronel traidor en un reino donde se le hacen tantos honores! —D. Juan, dijo Coronel, somos hijos de esta Castilla que eleva á los hombres y los precipita. Nadie puede vencer á su destino; y la gracia que os pido es que me hagais morir pronto, como hoy hace catorce años hice yo morir al maestre de Alcántara (1).» El rey estaba presente á esta entrevista con la visera baja sin darse á conocer

(1) En 1339, habiéndose rebelado contra D. Alfonso D. Gonzalo Martinez, maestre de Alcántara, fue sitiado y cogido en su castillo de Valencia, presidiendo Coronel á su ejecucion. «Crónica de D. Alfonso XI.» Este maestre murió, segun parece, á instigacion de doña Leonor de Guzman, de quien Coronel era entonces deudo.

admirando sin duda la sangre fria de D. Alonso; pero habituado á dejar obrar á su ministro permanecía impasible sin dar ninguna orden. A una seña de Alburquerque fue conducido Coronel algunos pasos mas lejos y decapitado con muchos caballeros de su comitiva, entre ellos Alfonso Carrillo, bravo caballero de una familia adicta á los Lara, y en otro tiempo gobernador por doña Leonor de Guzman de los castillos de Lucena y de Cabra. Compadre y hermano de armas de Coronel, habia venido á encerrarse en Aguilar tan pronto como supo la desesperada situacion de su amigo (1).

Así pereció despues de un sitio de cuatro meses este puñado de valientes caballeros, cuya heroica resistencia igualó á su temeridad, y faltaba un gran nombre á la faccion de Lara para reunir sus restos. Enrique de Trastámara, marido de la sobrina de D. Juan Nuñez, no tenia mas de veinte años y la España ignoraba aun su audacia y su genio.

(1) Ayala.

VII.

Reconciliacion de D. Pedro con sus hermanos.—Influencia de doña Maria de Padilla.—1353—1354.

I.

HEMOS visto que hasta este momento no tenia D. Pedro mas voluntad que la de su ministro; pero se acercaba el momento en que iba á cesar esta dominacion. Habiendo resuelto Alburquerque y la reina madre casar al jóven príncipe, habian puesto los ojos en la casa de Francia para la union que proyectaban, y durante las sesiones de las cortes de Valladolid habian salido embajadores encargados de pedir, en nombre de D. Pedro, la mano de Blanca, sobrina del rey Juan, é hija del duque de Borbon, que apenas contaba entonces quince años. Por todas partes se ponderaba su belleza, su dulzura y sus cándidas gracias, y solemnemente prometida al rey de Castilla solo aguardaba la princesa para pasar á España el fin de las turbulencias que obligaban á D. Pedro á recorrer sus provincias á la cabeza de un ejército. Pero al mismo tiempo que el ministro trataba de esta alianza ilustre no

desdeñaba ocuparse en secreto de una negociacion menos honrosa, pero cuyo éxito, segun sus cálculos, debia asegurarle la continuacion de su alta influencia. El humor altivo del jóven rey se habia revelado ya muchas veces por veleidades de independencia rápida comorelámpagos, pero alarmantes sin embargo para un viejo político acostumbrado á leer en el corazon de su señor, y comprendia que para desviarle de querer gobernar por sí mismo ya era tiempo de darle distracciones mas poderosas que los placeres de la caza. El reinado de D. Alfonso habia probado todo lo que puede una querida, y el prudente ministro no queria abandonar á la ventura la eleccion de la mujer destinada á representar un papel tan importante. Temiendo á una rival quiso tener una aliada, ó mas bien una esclava; pero se engañó torpemente. Creyó encontrar la persona mas á propósito para servir á sus intentos en doña María de Padilla, jóven noble, educada en la casa de su mujer, doña Isabel de Meneses, y huérfana oriunda de una familia ilustre adicta en otro tiempo á la faccion de los Lara y arruinada por las últimas guerras civiles (1). Dicese que su hermano y su tio, pobres y ambiciosos, se prestaron á este vergonzoso tráfico. Persuadido Alburquerque de que doña María, criada en su casa, lo miraria siempre como un señor, llamó sobre ella la atencion de D. Pedro y arregló él mismo su primera entrevista, que tuvo lugar durante la expedicion de Asturias (2). Doña María de Padilla era pequeña de cuerpo, bonita, viva y llena de esa gracia voluptuosa particular á las mujeres del Me-

(1) «Crónica de D. Alfonso XI.»—Argote de Molina, «Nobleza de Andalucia.»—La casa de Padilla está mencionada en un privilegio del año 1033.

(2) Ayala.—«Sumario de los reges d'Espana.»

diodia: su talento no se conocia aun sino por su jovialidad, que divertia á la gran señora en cuya casa vivia en situacion casi servil, y siendo de mas edad que el rey tenia sobre él la ventaja de haber podido ya estudiar á los hombres y observado la corte confundida entre la multitud. Pronto demostró que era digna de reinar.

Créese que al entregarse á D. Pedro esta jóven no cedió únicamente á cálculos de ambicion. El rey no tenia mas que diez y ocho años, era de figura arrogante, ardiente, magnífico, estaba verdaderamente enamorado, y sin duda habria bastado esta pasion para seducir á doña María, aun cuando no hubiera estado realzada por el prestigio de una corona. Sus protectores y su familia conspiraron para triunfar de sus escrúpulos, y pronto se rindió, exigiendo tal vez del rey una promesa de matrimonio, ó, como suponen algunos autores, la celebracion de ceremonias religiosas que en todo caso se harian con el mas profundo misterio (1). Si en efecto tuvo lugar este matrimonio toda España lo ignoró, y doña María pasó por mucho tiempo por la querida del rey. Su mismo tio, Juan Fernandez de Hinestrosa, la condujo á San Fagund, donde paró D. Pedro á su vuelta de Asturias, y la puso, por decirlo así, entre sus brazos (2). Esta complacencia fue recompensada régicamente, y saliendo poco á poco de la oscuridad con los otros parientes de la favorita aparecieron en la corte y comenzaron á mezclarse en los consejos del jóven monarca.

(1) Ya examinaremos esta cuestion.

(2) Probablemente seria entonces cuando Hinestrosa recibió el cargo de «alcalde de los fidalgos,» título que se da en el tratado de Atienza, del cual fue signatario por Castilla.—Arch. gen. de Aragon.—Ayala.

Separado D. Pedro de su querida durante el sitio de Aguilar corrió despues de su rendicion á encontrarla en Córdoba. Acababa de darle una hija, cuyo nacimiento fue celebrado con fiestas magníficas, y cuyo patrimonio se formó de la mayor parte de los dominios de Alonso Coronel, distribuyéndose el resto entre los oficiales de la casa del rey. Notóse que D. Juan de Alburquerque no tuvo esta vez ninguna parte en los despojos de su enemigo: guardando el rey todas las apariencias comenzaba á tratarlo con alguna frialdad, pues su querida le escitaba en secreto á desembarazarse de una tutela importuna y á tomar en su mano las riendas del gobierno. Envanecido por los elogios de una mujer querida, animado por los consejos de los Padilla, y trabajado, en fin, por un vago deseo de mostrar su energía y su carácter, aun flotaba en la irresolucion contenido por la costumbre de dejarse dirigir por su ignorancia de los negocios y por el respeto y aun especie de temor que le inspiraba un viejo servidor de su padre: no osando dar un golpe de autoridad el rey conspiraba contra su ministro. Ayudado por los Padilla habia entrado en una negociacion conducida con reserva profunda, cuya tendencia era nada menos que destruir todos los planes políticos de Alburquerque: tratábase de una franca y completa reconciliacion con sus hermanos don Enrique y D. Tello. Con su asistencia y la del partido de Lara, que el conde de Trastamara debia arrastrar consigo, no dudaba D. Pedro poder mandar en jefe y doblegar todas las voluntades. Esto era una conjuracion de escolares contra su pedagogo: créese que el mismo rey concibió el proyecto, persuadido, en medio de su inespriencia, de que no podia encontrar amigos mas adictos que sus hermanos ni consejeros mas desinteresados que los jóvenes de su edad. Parece que un complot semejante no es-

taria por mucho tiempo oculto á la perspicacia del viejo ministro; pero no fue así sin embargo: el secreto fue admirablemente guardado, y todo salió según el deseo de estos conspiradores novicios. Alburquerque cayó en el primer lazo que le tendieron aceptando una misión frívola cerca del rey de Portugal: dejar la corte era dejar el campo libre á sus enemigos. Durante su ausencia un caballero, llamado Juan Gonzalez de Bazan, adicto á la casa del conde D. Enrique, sirvió de intermediario entre el rey y los dos bastardos, y la concordia se concluyó con el mismo secreto que habia cubierto las primeras negociaciones.

Entre tanto ya estaba en Castilla Blanca de Francia con un gran número de señores franceses, y los embajadores que fueran á pedirla al rey su tío, la madre de D. Pedro y la reina doña Leonor se habian adelantado hasta Valladolid para recibirla. En esta ciudad debia celebrarse el matrimonio, y en ella moraban hacia muchos meses sin que D. Pedro pareciese pensar en presentarse: libre de su ministro y separado de su madre creíase verdaderamente rey y se habia establecido en Torrijos, cerca de Toledo, dando fiestas y torneos á su querida, mas enamorado de ella que nunca (1). Embriagado con las diversiones y lisonjas de su joven corte parecia haber olvidado la alianza que acababa de contratar, y solo se ocupaba de inventar nuevos placeres. En medio de las alegres pompas de Torrijos apareció de repente un rostro severo: era Alburquerque, llamado de improviso por el escán-

(1) D. Pedro fue herido de gravedad en un brazo en un torneo, y tal vez contribuyó esta herida á prolongar su residencia en Torrijos.

dalo público. Su lenguaje fue triste y mesurado, representando la afrenta hecha á la casa de Francia y la ansiedad de toda Castilla, que aguardaba del matrimonio de su rey una garantía de tranquilidad para el porvenir. Por las turbulencias que habia ocasionado su enfermedad el año primero de su reinado podia presentir D. Pedro cuál pudiera ser la situacion del reino si la muerte llegaba á sorprenderlo antes de haber dejado un heredero directo. El respeto debido á un tratado solemne, el porvenir del pais y el honor de la corona le obligaban á marchar sin tardanza al lado de la princesa su prometida. Convencido D. Pedro por la evidencia y subyugado por el ascendiente de su austero ministro, consintió en ir á Valladolid, y á principios de mayo de 1353 dejó á María de Padilla en el fuerte castillo de Montalvan, bajo la guardia de un hermano bastardo de ella, llamado Juan García de Villagera. Todas las medidas que puede sugerir el amor fueron tomadas para poner este retiro el abrigo de un ataque, y á nadie ocultaba el rey que le parecian necesarias tantas precauciones contra la malevolencia de Alburquerque. Triste y mal resignado encaminóse á Valladolid.

II.

Casi al mismo tiempo advertidos D. Enrique y D. Tello por Gonzalez de Bazan, encargado oficialmente de convidarlos á las bodas del rey y de llevarles un salvo-conduto para ello, se habian puesto en marcha con una comitiva tan numerosa que se la hubiera podido tomar por un ejército. Llegaron á Cigales, á dos leguas de Valladolid, y acamparon con seiscientas lanzas y mil quinientos hombres de á pie asturianos, publicando que iban á las bodas del rey, pero que no entrarian en la ciudad á me-

nos que su escolta no penetrase tambien con ellos; recordaban el asesinato de Garci Laso de la Vega y declaraban que no se dejarían sorprender como él por las falaces promesas de Alburquerque.

Pocos dias despues hizo el rey su entrada en Valladolid acompañado de toda su corte: á la mañana siguiente salió el ministro con el rey y tropas bastante numerosas con la intención de atacar á D. Enrique y á D. Tello en Cigales, pues en su concepto no venían los bastardos sin malos designios seguidos de una poderosa escolta, armados de todas armas y con banderas desplegadas; y puesto que se atrevían á presentarse en campo raso era preciso aprovecharse de la ocasión para esterminarlos. Aunque el rey supiese mejor que su ministro los verdaderos intentos de sus hermanos no puso la menor dificultad en marchar á su encuentro, y ya caminaban hácia Cigales cuando se presentó un escudero de D. Enrique armado de pies á cabeza y portador de un mensaje de su señor. «El conde, dijo el escudero, os besa las manos y se apresura á obedecer vuestras órdenes viniendo á vuestras bodas; os suplica no os sorprenda que se presente tan bien acompañado, sabiendo que no lo está menos su enemigo don Juan de Alburquerque, y creed que mi señor está dispuesto á ponerse á vuestra merced desde el momento que os digneis darle garantías contra las empresas de un hombre de quien tiene motivos para temer su resentimiento y poderio.» El rey escuchó con frialdad este discurso, y, bien fuese por disimulo, bien por costumbre de abandonar todas las decisiones á su ministro, se volvió hácia este y le dijo sonriendo: «Ya habeis oido al embajador del conde y de D. Tello; eso es cosa vuestra.» Al instante exclamó Alburquerque que el conde y su hermano escusaban mal su audacia en presentarse en armas de-

lante de su rey, como si dudasen de que supiese mantener el orden y la paz en su corte. ¿No habian recibido cartas de seguridad? Mirarlas como insuficientes era un acto de rebellion, y en tanta insolencia reconocia los perversos consejos de Pero Ruiz de Villegas, confidente de los dos hermanos (4). D. Pedro despidió entonces al escudero encargándole dijese al conde que sobre la marcha despidiera á sus hombres de armas y se presentase á su gracia; y añadió algunas palabras benévolas para asegurar que sus hermanos no tenian nada que temer á su lado.

El secreto habia sido guardado tan bien por parte de D. Enrique como del rey, y toda su comitiva ignoraba aun las negociaciones conducidas por Gonzalez de Bazan. Cuando volvió el emisario dividiéronse las opiniones, aconsejando muchos una retirada inmediata y proponiendo otros entregarse á la clemencia del rey: tentar la fortuna de las armas parecia á todos una loca temeridad. Sin escuchar á nadie D. Enrique ordenó á sus gentes en batalla, y esperó inmóvil al pequeño ejército de Valladolid, que pronto tomó posicion en frente de los asturianos. Entre las dos divisiones corria un riachuelo profundo que hubiera sido un difícil obstáculo para el que se decidiese primero á tomar la ofensiva; pero ni el rey ni su hermano tenian el menor deseo de venir á las manos, y solo Alburquerque incitaba comprometer el combate prometiendo la victoria. Mientras que tomaban aliento los soldados del rey, fatigados de una larga jornada, comenzaron los parlamentos entre los dos partidos. Por orden del rey Diego Garcia de Pádilla, hermano de su querida, y Juan de Hines-

(4) Mayordomo de D. Tello y signatario del acta de homenaje al rey de Aragon, firmada el año antes en Lérida.

trosa fueron á conferenciar con el conde de Trastamara; la eleccion de semejantes mensajeros probaba bien que D. Pedro no seguiria los belicosos consejos de su ministro.

No puedo menos de citar aquí una anécdota que pinta la etiqueta y cortesía caballeresca de la época. En el frente de batalla de D. Enrique distinguió el rey á un caballero que llevaba sobre la loriga una sobrevesta escarlata y una banda dorada, que eran las insignias de una orden de caballería muy considerada entonces, instituida por el difunto rey D. Alfonso. Los *caballeros de la Banda* no debian ser elegidos mas que entre los vasallos del rey ó los del infante, su presuntivo heredero, y D. Pedro quiso saber quién era el que llevaba la insignia. Dijéronle que se llamaba Pero Carrillo, adicto servidor del conde de Trastamara y pariente de aquel Alonso Carrillo, decapitado con Coronel en la toma de Aguilar. El rey le envió uno de sus pajes, que era Pero de Ayala, autor de la crónica que transcribo, para preguntarle cómo no siendo su vasallo tenía la osadía de llevar la banda dorada. Pero Carrillo se despojó de ella á vista de los dos ejércitos, recordando sin embargo que la había recibido del rey D. Alfonso por haber defendido contra los moros la brecha de Tarifa (1), y añadiendo que, puesto que así lo quería el rey, no usaria de allí en adelante la banda sin su espreso consentimiento. La obediencia de Carrillo agradó á D. Pedro, mas sensible aparentemente á la usurpacion de una insignia que á una rebelion á mano armada (2).

Continuaban las conferencias á despecho de la impa-

(1) «Crónica de D. Alfonso XI.»

(2) Ayala.

ciencia de Alburquerque, que en vano habia manifestado ser ya la hora de vísperas y que el conde solo esperaba la noche para escaparse; mas conteniendo D. Pedro á sus soldados esperaba con la mayor calma el resultado de las negociaciones. En fin, al declinar el dia vióse que se acercaban el conde D. Enrique, D. Tello y unos treinta caballeros, todos á pie y sin armas, que venian á entregarse á la merced de D. Pedro. Este permaneció á caballo con su comitiva, y por entre una multitud de hombres de armas se acercaron los dos bastardos á su estribo, besándole el pie y la mano derecha, primero D. Enrique y despues don Tello (1). Apeándose entonces el rey los condujo á una ermita cercana, donde estuvo encerrado algun tiempo con ellos y muchos señores de los dos partidos. El conde, por sí y en nombre de los caballeros que seguian su bandera, protestó de su sumision escusando su conducta pasada por el temor legitimo que le inspiraban los poderosos enemigos que, segun decia, le calumniaban cerca de su señor. «Conde, hermano, respondió el rey, estoy contento de veros confiar hoy á mi fe, lo mismo que á nuestro hermano D. Tello; y estad seguro de que recibireis de mí tales favores, que os dareis por satisfecho de ellos.» Entonces prometieron los dos bastardos entregarle todas sus fortalezas, y sobre la marcha pusieron en manos de su alguacil mayor muchos rehenes importantes, entre otros el jóven hijo de Garci Laso (2). La presencia de este

(1) Sigo aquí el testo de una de las copias de la crónica de Ayala, que impropriamente se llama «Abreviada.» Si en las copias subsiguientes se suprimieron estos detalles fue sin duda por creerlos humillantes para el príncipe, que habia concluido por apoderarse del trono de Castilla.

(2) Ayala.

niño en las tropas del conde de Trastámara probaba bastante que su expedición había sido concertada de antemano con D. Pedro y que debía tener un resultado pacífico. El pueblo acogió con alegría la noticia de esta reconciliación y solo Alburquerque se mostró afligido viendo, y con razón, en este desenlace una prueba del influjo de los Padilla y un descalabro humillante para su autoridad. A su despecho se juntaba la vergüenza de haber sido burlado él, viejo político, por niños á quienes había creído dominar.

III.

El matrimonio de D. Pedro con la princesa de Francia fue celebrado el 3 de junio, casi inmediatamente después de la entrevista de Cigales. Tanta irresolución y lentitud como el rey había mostrado en un principio, tanta impaciencia atestiguaba ahora por concluir el negocio; pero nadie podía atribuir este cambio á la impresión que le hubieran causado los atractivos de Blanca. El rey parecía siempre insensible y apenas la miraba; pero convencido de que su matrimonio era un deber y una necesidad se apresuraba á llevarlo á cabo para alcanzar el reposo. Los dos desposados fueron conducidos con gran pompa á la iglesia de Santa María la Nueva, y el orden del cortejo estaba arreglado de modo que podía probar á los ojos de todos que las discordias de Castilla habían terminado para siempre. El conde de Trastámara, don Tello, Alburquerque, los infantes de Aragón y la mayor parte de los ricos-homes que habían representado un papel en las últimas turbulencias acompañaban la regia procesion, sorprendidos tal vez de encontrarse juntos en otra parte que no fuese un campo de batalla. Marchaban primero D. Pedro y Blanca de Borbon, caballeros en pala-

frenes blancos y vistiendo ropas de brocado de oro forradas de armiño, traje que estaba reservado entonces á los soberanos: Alburquerque era el padrino del rey, y la reina viuda de Aragon, doña Leonor, servia de madrina á la jóven desposada. Notose que su dama de honor era doña Margarita de Lara, hermana de D. Juan Nuñez, y como si Blanca hubiera arrastrado en pos de sí á todos los proscriptos serviale de escudero el conde de Trastámara, que llevaba la brida de su caballo: el infante don Fernando conducia el de su madre doña Leonor, y su hermano D. Juan desempeñaba el mismo oficio con la reina María. De modo que en este acompañamiento el bastardo D. Enrique iba delante de los infantes de Aragon, honor que algunos encontraron esceseivo y que otros atribuyeron á la sinceridad de la reconciliacion entre los hijos de D. Alfonso. Un torneo, carreras de cañas y una corrida de toros siguieron á la ceremonia religiosa y se renovaron al dia siguiente; pero en medio de estas fiestas todos los ojos se fijaban con curiosidad en los nuevos desposados. Cada cual leia en el aspecto del rey su frialdad y aun su aversion hácia su jóven compañera, y como era difícil esplicarse que un hombre de su edad, ardiente y voluptuoso, se mostrase insensible á los atractivos de la princesa de Francia, murmuraban muchos en voz baja que habia sido fascinado por Maria de Padilla, y que encantados sus ojos por arte mágica le hacian ver un objeto repugnante en la jóven hermosura que acababa de conducir al altar (1).

(1) El encantamento de D. Pedro por la Padilla fue la tradicion popular en Andalucia, diciéndose que era una reina de «gitanas», muy consumada en el arte de preparar filtros; pero desgraciadamente los gitanos no aparecieron en Europa hasta un si-

La aversion, como la simpatia, tiene sus misterios inexplicables, y sin embargo, autores graves antiguos y modernos han querido encontrar un motivo real y plausible en la indiferencia de D. Pedro con su mujer. No teniendo los últimos como sus antecesores el cómodo recurso de la magia, han adulterado sin escrúpulo por una odiosa calumnia el carácter de la joven reina que respetaron todos sus contemporáneos. Hase pretendido que D. Fadrique era uno de los embajadores encargados de pedir al rey de Francia la mano de su sobrina, y que durante el viaje de París á Valladolid habia sucumbido Blanca á las seducciones de su cuñado (1). De este modo seria preciso atribuir á celos la repugnancia del rey hacia su esposa y su odio contra D. Fadrique; mas todas estas suposiciones son absolutamente falsas. D. Fadrique no hizo parte de la embajada castellana ni se movió de la península en la época de las negociaciones entre la Francia y la corte de Castilla, pues atestiguan documentos auténticos su permanencia en el Mediodia de España durante los primeros meses del año 1353, y no habia visto

glo mas tarde.—El autor de la «Primera vida del papa Inocencio VI» cuenta gravemente que habiendo Blanca hecho presente á su esposo de un cinturón de oro, la Padilla, ayudada de un judío, brujo insigne, lo convirtió en serpiente. Puede calcularse cuál seria la sorpresa del príncipe y de la corte cuando el cinturón comenzó á agitarse y á silbar; en lo cual halló pie la Padilla para persuadir á su amante de que Blanca era una hechicera, que queria hacerlo morir por sortilegio.—Baluze, «Hist. de los papas de Aviñon.»—Ayala.

(1) V. Gratia Dei, en el «Semanario erudito» de Valladares, y el conde de la Roca en «El Rey D. Pedro defendido,» donde dice: «Si D. Fadrique tardó un año ó mas, como se pretende, en conducir á la reina Blanca desde Francia á Valladolid, probará que los caminos estaban muy malos ó que no tomaron el mejor.»

aun á su cuñada en la época del matrimonio del rey (1). Añádase que si hubiera existido algun motivo para romper este matrimonio, algun agravio real ó solamente un pretesto que alegar contra Blanca, D. Pedro se habria aprovechado de la ocasion, mucho mas cuando desembarazado de la tutela de su ministro y subyugado por el amor de doña Maria solo pretendia dar pruebas de su autoridad y de su fuerza.

Nadie ignoraba en Valladolid los sentimientos del rey, y se habia esparcido el rumor de que próximamente iba á marcharse al lado de su querida. El 5 de junio, es decir, dos dias despues de la celebracion del matrimonio, estando D. Pedro comiendo solo en su palacio (2) entraron su madre y su tia con las lágrimas en los ojos y le pidieron hablarle en secreto. Levantose el rey de la mesa y las condujo á un gabinete. «Señor, dijo la reina madre, nos han dicho que quereis dejarnos para volver al lado de doña Maria de Padilla: venimos á conjuraros no hagais tal cosa y que considereis la afrenta que eso será para el rey de Francia, que acaba de enviaros á su sobrina con tantos honores. ¿Podreis abandonarla así en el momento en que acabais de unirlos ante los santos altares, en presencia de todos los grandes de vuestro reino? ¿Qué pensarán todos nuestros ricos-homes, venidos de tan le-

(1) Este contrato existe en los archivos de Francia, fechado en París á 2 de julio de 1352 y firmado por los dos embajadores de Castilla, D. Juan Sanchez de las Rodas, antiguo arzobispo de Sevilla, electo de Búrgos, y por D. Alvar García de Albornoz.—Segun toda apariencia D. Fadrique no salió de Llerena antes del matrimonio del rey, al cual no asistió por otra parte.—V. en Ayala la nota de Llaguno, y la «Apología del rey D. Pedro,» por don Josef Lledo del Pozo.

(2) Entonces se comia de nueve á diez de la mañana.

jos por haceros honra, si os alejais de esa suerte, sin darles las gracias y sin dirigirles una palabra de agradecimiento?...» El rey la interrumpió diciendo que le sorprendia diesen fe á frívolos rumores, y se apresuró á despedirlas despues de haberles repetido que no pensaba en salir de Valladolid. Una hora despues pidió mulas anunciando que iba á visitar á su madre; pero salió en efecto de la ciudad acompañado únicamente del hermano de su querida y de otros dos caballeros de sus privados. Habíanse preparado caballerías de refresco de distancia en distancia; fue á dormir á diez y seis leguas largas de Valladolid, y al dia siguiente encontraba á doña María en la Puebla de Montalvan, donde esta habia salido á esperarle (1).

Preveíase este golpe, y sin embargo fue grande la sorpresa en Valladolid, aunque mas bien fingida que real por parte de los dos bastardos, ya unidos á los Padilla por un odio comun contra Alburquerque. Dos dias despues de la partida del rey se marcharon D. Enrique y D. Tello á Montalvan, seguidos inmediatamente por los infantes de Aragon y por la mayor parte de los señores jóvenes, entre los cuales se contaba el yerno de Coronel, D. Juan de la Cerda, llamado hacia poco de su destierro (2). Grande era la premura por volverse hácia el sol que se levantaba, y solo un corto número de ricos-homes, anunciando que este escándalo atraeria grandes desgracias, iban á encerrarse en sus castillos en vez de seguir á la corte. Asi lo exigia la prudencia cuando eran de temer las discordias ci-

(1) Ayala.

(2) El rey de Portugal obtuvo su perdon y D. Juan habia vuelto á la corte de Castilla con Alburquerque, reconciliado al parecer con él.
—Ayala.

viles. La connivencia de los bastardos se hacia evidente al mismo tiempo, porque de órden del rey eran puestos sus rehenes en libertad, y alzando la cabeza el partido de Lara anunciaba con embriaguez que habia cesado la odiosa dominacion de Alburquerque.

IV.

Pasado el primer momento de estupor se presentó Alburquerque á las tres desoladas reinas acompañado de su íntimo amigo el maestre de Calatrava, D. Juan Nuñez de Prado. No menos irritado que ellas, pero habiendo tenido tiempo para tomar su aire de autoridad y de mesura, les juró que su causa era la suya, y no vaciló en prometerles reducir á D. Pedro en pocos dias, despues de haber castigado á los insolentes aventureros que lo habian envenenado con sus pérfidos consejos. Inmediatamente salió para Toledo, donde ya se encontraba el rey con los Padilla, sus hermanos y los infantes de Aragon, con una comitiva de mas de mil quinientos caballeros montados unos en caballos de batalla y otros en poderosas mulas. A los caballeros de su casa y á sus clientes ordinarios se habia agregado un gran número de gentiles-hombres, vasallos ó pensionados del rey, inciertos aun de si caminaban á engrosar la corte ó si permanecerian fieles al ministro, y deseando todos ver las cosas de cerca, estudiando por sí mismos el aspecto del rey y el poder de sus nuevos consejeros. El historiador Lopez de Ayala y su padre eran del viaje.

Halláronse á poca distancia de Toledo al judío D. Simuel el Leví, tesorero mayor, gran favorito de doña Maria de Padilla, y convertido por ella en uno de los mas íntimos consejeros del monarca, que venia de órden de

su amo á traer palabras de paz al ministro desgraciado. «El rey, decía D. Simuel, hace siempre el mayor caso de vuestra antigua experiencia, y ahora, como en todas ocasiones, cuenta con vuestros buenos servicios: podeis presentaros con toda seguridad á su presencia; pero le sorprende traigais tan numerosa comitiva, y os invita á despedirla.» Despues de haber hablado de este modo en nombre del monarca añadió el judío algunas palabras de parte de los Padilla, que, segun ellas, nada deseaban mas que entrar en negociaciones, asegurando que una sola entrevista bastaria para llegar á una reconciliacion sincera. No habia llegado solo el tesorero de D. Pedro, y mientras él conversaba con Alburquerque los caballeros que lo habian acompañado desde Toledo hablaban con sus amigos recién llegados de Valladolid. No ocultaron algunos que en Toledo se estaban haciendo grandes preparativos de guerra; que todas las puertas, á escepcion de una sola, estaban tapiadas, y que el alguacil mayor, encargado de la policia de la ciudad, acababa de ser destituido y reemplazado por una criatura de los Padilla. Estas confidencias turbaron un poco la tranquilidad de Alburquerque, que hizo alto y tuvo consejo con sus amigos, á tiempo que llegó un nuevo mensaje del rey instándole de una manera que pareció sospechosa á que se presentase inmediatamente en el alcázar: unido todo esto á nuevos avisos enviados por sus partidarios secretos en Toledo aumentaron su desconfianza y le hicieron temer algun oculto lazo. Desde el momento en que su irresolucion manifestó sus alarmas, temblando todos sus servidores por su seguridad le conjuraron no se pudiese á merced de un príncipe débil dominado por una faccion pérfida. Como Alburquerque podia temer crueles represalias, y como habia enseñado á sus enemigos á burlarse de sus juramen-

tos, siguió los consejos de la prudencia y torció el camino despues de haber despachado al rey á su mayordomo Rui Diaz Cabeza de Vaca, portador de este altanero mensaje: «Señor, dijo, D. Juan Alonso os besa las manos y se recomienda á vuestra merced, y estaria él mismo en este momento en vuestra presencia si no hubiera sabido que lo han calumniado malvados consejeros. Bien sabeis, señor, todo lo que D. Juan Alonso ha hecho por vuestro servicio y por el de la reina vuestra madre: él ha sido vuestro canciller desde el dia de vuestro nacimiento, y siempre os ha servido lealmente, como sirviera al difunto rey vuestro padre. Por vos se ha espuesto á grandes peligros en tiempo en que doña Leonor de Guzman y su facción tenían todo el poder en el reino. Mi señor ignora aun los crímenes que se le imputan; hacédselos conocer y él los purgará; pero entre tanto, si algun caballero duda de su honor y de su lealtad, yo, vasallo suyo, estoy dispuesto á defenderlo por mi cuerpo y con las armas en la mano.» D. Pedro escuchó friamente la orgullosa arenga de Cabeza de Vaca y el reto que la terminaba, y respondió en pocas palabras que si Alburquerque daba fe á vanos rumores era libre en retirarse donde mejor le pareciera; pero que si era prudente debía ponerse á su real merced (1). En seguida despidió al mensajero ocultando mal su alegría de verse libre de un censor incómodo, y dándole tal vez rubor de destituir al fiel consejero de su padre veía con vivo placer que Alburquerque tomaba por sí mismo el partido de la retirada. Ya no guardó ningunos miramientos, y retirando á los titulares todos los oficios dados durante el favor del ministro los distribuyó entre

(1) Ayala.

los partidarios de los Padilla: la reaccion fue completa, y para incurrir en la desgracia del rey bastaba solo haber sido distinguido por Alburquerque.

Con la rabia en el corazon este último volvía á tomar con su ya reducida escolta el camino de Valladolid, despues de haberse detenido algunos momentos en Ferradon para consultar con su amigo el maestre de Calatrava. Ambos estuvieron de acuerdo en que por el pronto era imposible la resistencia y en la necesidad de esperar con paciencia un cambio de fortuna viviendo lejos de la corte y estando prevenidos el uno en la frontera de Portugal en medio de sus vastos dominios y el otro en uno de los castillos de su órden rodeado de sus caballeros. Antes de marcharse quiso Alburquerque despedirse de las tres reinas y darles sus últimos consejos, y reuniendo en seguida los tesoros que guardaba en sus castillos de Castilla fue á encerrarse en la fortaleza de Carvajales, designada á sus aliados como punto de reunion. Ademas de las gentes de su casa, que siempre lo acompañaban, habíase engrosado su escolta durante la marcha con un gran número de caballeros resueltos á seguir su fortuna; y todos ellos, creyendo encendida la guerra civil, pillaban y devastaban el territorio á su paso. Esta era la manera mas usada que tenia un señor feudal de atestiguar su descontento; y si Alburquerque no incitó á estos escesos tampoco tomó ninguna medida para reprimirlos, satisfecho sin duda de comprometer á sus parciales y de asegurarse su fidelidad por el temor de las venganzas que se estaban atrayendo en su servicio.

Entregado á sus amores no pensaba D. Pedro en perseguir al fugitivo y celebraba con corridas y fiestas lo que él llamaba su verdadero advenimiento al trono. Mientras que toda la jóven corte se divertía á costa del ministro

desgraciado, satisfecha doña María de Padilla de haber demostrado la estension de su poder daba un ejemplo singular de moderacion aconsejando al rey volviese á Valladolid por algun tiempo y volver á ver á su esposa, á fin de evitar el escándalo y guardar las apariencias. Obedeciendo D. Pedro con una repugnancia marcada volvió á Valladolid y permaneció dos dias en el mismo palacio que la reina Blanca; pero como si estuviera cansado de esta comedia que tan mal representaba volvió al instante al lado de su querida. En vano le suplicaron los Padilla que prolongase allí su residencia, pues no pudieron conseguir que se detuviera ni una hora mas. Esta fue la última vez que vió á su esposa, que abandonada de nuevo tan bruscamente parecia inferirle otro sangriento ultraje. El vizconde de Narbona y los señores franceses que habian acompañado á la reina Blanca á Castilla se marcharon indignados sin despedirse del rey, y la reina madre condujo á la esposa abandonada á Tordesillas, en las márgenes del Duero y á poca distancia de Valladolid, que era la residencia, ó mas bien el destierro, que le habia asignado D. Pedro.

El sueño de los ministros desgraciados es creer que una revolucion será la consecuencia de su retirada. Encerrado en su castillo de Carvajales veia Alburquerque con despecho la indiferencia de Castilla, pues aunque generalmente se censuraba la conducta del rey con respecto á su mujer tambien se le aplaudia el generoso intento de gobernar por sí mismo, y se le habia visto con placer reconciliarse con sus hermanos, y sobre todo devolver su favor al partido de los Lara, cuyo nombre era siempre popular en la mayor parte de las provincias. María de Padilla se mostraba dulce y servicial, queriendo ocultar su poder ó no revelándolo sino por beneficios; sus parientes eran há-

biles y todo el mundo estaba de acuerdo en que servian bien al rey. ¿Qué importaba á los comunes y á la mayor parte de la nobleza que algunos cargos de la corte estuviesen ocupados por las criaturas de Alburquerque ó por los parientes de la favorita? Salvo un corto número de ricos-homes personalmente interesados en su desgracia, Alburquerque se sentia abandonado del pueblo lo mismo que del rey, y desesperando ey de volver á adquirir el mando comenzaba á temer por sus inmensas riquezas; sus vastos dominios escitaban fuertes tentaciones y no faltarian pretextos para apoderarse de ellos. De todas partes se alzaban quejas contra los desórdenes cometidos por sus partidarios, cuya conducta, tan imprudente como culpable, podia dar á su retirada cierto color de rebellion, y era preciso pensar seriamente en desarmar la ira del rey: la mala fortuna habia humillado pronto su orgullo y se apresuraba á aceptar la especie de tratado que se le ofrecia en nombre de su soberano. El consentia en entregar en rehenes á su hijo y en dar caucion por la buena conducta de sus vasallos, y en cambio prometió el rey conservarle todas las tierras que poseia en Castilla, y le concedió desde luego permiso para ir á residir en Portugal. El infante D. Fernando de Aragon recibió la investidura de gran canceller.

Envanecido D. Pedro por haber humillado al mas poderoso de sus grandes vasallos no quiso destruirlo del todo: respetaba los prolongados servicios de Alburquerque en tiempo del rey D. Alfonso, y tal vez le argüia la conciencia por haberse separado de él en el momento en que le daba los mas sabios consejos. Pero si escusaba el humor del ministro desgraciado y aun el vandalismo de algunos vasallos indisciplinados, miraba como una imperdonable traicion la conducta de ciertos caballeros que, unidos por sus

destinos á su persona, en vez de seguirle á Toledo se habian agregado á los partidarios de Alburquerque, ofreciendo á este sus servicios contra su señor. D. Pedro habia aprendido de su padre y del mismo Alburquerque que el mas grande de los crímenes era la desobediencia á la doble autoridad de rey y de señor feudal, y siendo jóven é imperioso hasta la dureza queria hacerse temer, sobre todo de aquellos ricos-homes colocados tan cerca del trono, en quienes creia ver otros tantos rivales. En voz alta anunciaba su intencion de hacer pronta y severa justicia.

Cuando se retiró D. Juan de Alburquerque á su castillo de Carvajales lo habian abandonado la mayor parte de los caballeros vasallos inmediatos del rey para volver al lado de su señor; pero otros, aunque en corto número, se habian asociado valerosamente á su destierro voluntario, formándole hasta entonces una especie de corte que tenia su esplendor, y sorprendidos de la sumision inesperada de su jefe no les quedaba ya mas partido que implorar á su vez la clemencia del soberano. Salieron, pues, de Carvajales con el hijo de Alburquerque, prenda de la fidelidad de su padre; pero en lugar de trasladarse directamente á Olmedo, donde entonces se encontraba el rey, osaron detenerse en Tordesillas y presentarse á la reina madre y á la princesa de Francia. Sin duda se pintó allí la ira de D. Pedro, su carácter implacable, sus amenazas y los cadalsos que hacia levantar, pues espantados la mayor parte con estas confidencias y desesperando obtener su perdon solo pensaron ya en tomar la fuga, á escepcion de dos caballeros que, mas atrevidos ó mas confiados, se aventuraron á continuar su camino hácia Olmedo; eran estos Alvar Gonzalez de Moran y Alvar Perez de Castro, hermano de aquella Ines, querida del infante D. Pedro de Portugal, tan famosa despues por su horrible muerte y

por los honores que su amante tributó á su memoria. Naturalmente humana y compasiva, doña María de Padilla quiso salvar á estos valientes caballeros, contra los cuales demostraba el rey una animosidad particular, haciéndoles advertir que no tenían un momento que perder si querían sustraerse al suplicio que ya se preparaba. Viniendo el aviso de semejante origen era demasiado cierto para ser desdeñado, é inmediatamente se volvieron atras, hallando en Medina del Campo caballerías preparadas por los cuidados de la reina María, socorro que no tardó en serles muy necesario. Ardientemente perseguido Castro solo debió la salvacion á la extraordinaria ligereza de su caballo; pero menos afortunados que él la mayor parte de sus compañeros, que habian escapado de Tordesillas, fueron presos por los oficiales del rey y conducidos á Olmedo con la cadena al cuello. Aguardábanse suplicios; pero la cólera del rey no resistió á las súplicas y lágrimas de su querida, y despues de algunos dias de detencion todos estos desgraciados alcanzaron la libertad.

Estando en esto el maestre de Santiago, D. Fadrique, que desde la muerte de su madre no habia visto al rey, se presentó en la corte y fue acogido con los brazos abiertos: hubiérase dicho que D. Pedro queria reunir enrededor suyo á todos sus hermanos para asociarlos á su gobierno. A ejemplo de D. Enrique y de D. Tello el jóven maestre de Santiago buscó la amistad de los parientes de la favorita, y á una insinuacion del rey quitó la gran encomienda de Castilla á Rui Chacon para dársela á Diego García de Villagera, hermano bastardo de María de Padilla, recibiendo en cambio de esta complacencia algunos derechos disputados á su orden por la corona (4). D. Tello por su

(4) Bulario de Santiago, citado por Llaguno en Ayala.

parte, aprovechándose de las buenas disposiciones de su hermano, obtuvo su consentimiento para concluir un matrimonio ventajoso: en tiempo del difunto rey y siendo muy niño aun habia sido desposado con doña Juana de Lara, hija primogénita de D. Juan Nuñez, ahora heredera del señorío de Vizcaya; pero la desconfianza de Alburquerque se habia opuesto siempre á esta union y hecho poner en secuestro los bienes de doña Juana, entrando la Vizcaya en los dominios de la corona. Como si D. Pedro hubiera querido seguir en todo una marcha contraria á la política de su ministro, él mismo presidió al matrimonio de la heredera de Lara, restituyéndole todo su patrimonio; é inmediatamente despues de las bodas, que fueron celebradas con gran pompa en Segovia, D. Tello salió para Vizcaya para tomar posesion de la rica dote que le llevaba su mujer, y que era un reino pequeño. Tambien el rey salió de Castilla, tomando con toda su corte el camino de Andalucía, donde contaba pasar lo que restaba de otoño y el invierno; pero antes, irritado de la parte que las dos reinas habian tomado en la evasion de Alvar de Castro, separó á Blanca de Borbon de la reina María, á cuyo lado viviera siempre desde su llegada á Castilla. La jóven princesa, tratada ya como prisionera, aunque le hubiese conservado una pequeña corte y una casa real, fue conducida al castillo de Arévalo y confiada á la vigilancia del obispo de Segovia. La reina madre recibió permiso ó quizás órden de ir á residir en Portugal al lado del rey su padre. Estas rigurosas medidas iban acompañadas de nuevas persecuciones contra los amigos de Alburquerque: el rey quitó el cargo de camarero mayor á Gutier Fernandez de Toledo para dárselo á Diego de Padilla; todos los parientes de aquel compartieron su desgracia, y destituidos de sus oficios vieron dividir sus despojos en-

tre la familia de la favorita y los clientes de los bastardos, colmados ahora de honores como en tiempo del último rey. Perez Ponce, maestro de Alcántara y tío de doña Leonor de Guzman, que habia incurrido en el secuestro de sus castillos de Andalucía por haber sido el primero en tomar las armas al advenimiento de D. Pedro, adquirió de nuevo sus fortalezas, y el mismo rey lo puso solemnemente en posesion de ellas (1). En una palabra, todo era inexorablemente cambiado, como si el rey hubiese tomado por tarea el borrar todos los recuerdos de la administracion de Alburquerque.

V.

Por actos semejantes de autoridad habia preludiado don Alfonso su glorioso reinado, y D. Pedro pretendia imitarlo en todo. Acusando á su antiguo ministro de parcialidad y de injusticia anunciaba, tal vez con demasiada seguridad, que ahora que reinaba solo ni el rango ni el favor encontrarían acceso á su lado. La mejor cumplida de las promesas hechas en las cortes de Valladolid fue la de escuchar todas las quejas elevadas al pie de su trono: afable con los pequeños, duro y altivo muchas veces con los grandes, queria estar instruido y verlo todo por si mismo. A ejemplo de los califas, cuyas leyendas habian sin duda entretenido su infancia (2), se complacia en disfrazarse y en recorrer solo de noche las calles de Sevilla, ya para sorprender los sentimientos del pueblo, ya para

(1) Ayala.—Rades, «Crón. de Alcánt.»

(2) Es probable que D. Pedro no supiese árabe; mas puede verse en «El Conde Lucanor,» cuán familiares eran á los castellanos los romances árabes.

buscar aventuras ó vigilar sobre la policía de esta gran ciudad. Estas expediciones misteriosas han suministrado á los romanceros y poetas el testo de mil cuentos dramáticos, poco dignos de crédito en su mayor parte, pero notables por su conformidad sobre el carácter que atribuyen á D. Pedro, ecos en esto de la tradicion popular, que no deja de tener algun valor para el cronista. En efecto, si el pueblo altera los hechos, juzga á los hombres con exactitud: para él fue D. Pedro el protector de los oprimidos, el enderezador de los entuertos y el enemigo ardiente de todas las iniquidades del régimen feudal. Verdad es que el pueblo se contenta con poco; pero la justicia de D. Pedro, hecha proverbial, fue la de los soberanos musulmanes, pronta, terrible, casi siempre apasionada, y muchas veces estraña en su forma.

Perdóneseme referir aqui una anécdota singular sobre las correrias nocturnas del rey, pues consagrada por un monumento que todavia existe en Sevilla y admitida por los mas graves autores creo no debe ser desechada por la critica moderna, solo por los colores romancescos de que la ha revestido una larga tradicion popular.

Cuéntase que paseando el rey una noche solo y disfrazado por una de las calles de Sevilla armó querella con un desconocido por un motivo frívolo (4); sacaron las espadas y el rey mató á su adversario, tomando la fuga al acercarse los agentes de la justicia y entrando en el Alcázar creyendo no haber sido conocido. En seguida se formó una sumaria; el único testigo del combate era una

(4) La tradicion, que nunca es escasa de circunstancias minuciosas, cuenta que el desconocido guardaba la calle, es decir, que impedia entrar en ella á los transeuntes, ya por hablar con libertad á una mujer, ya porque lo hiciera un amigo.

vieja, que á la luz de una lamparilla habia visto confusamente la trágica escena, y segun su deposicion los dos caballeros tenian oculto el rostro con sus capas conforme á la costumbre de los galanes de Andalucía; pero uno de ellos, el vencedor, producía al andar un extraño ruido crugiéndole ligeramente los huesos; y sabiendo todo el mundo en Sevilla que el rey tenía ese crugido particular en sus rodillas por defecto de conformacion, aunque no le impedía ser ágil y diestro en todos los ejercicios del cuerpo, creyóse que él habia sido el autor de la muerte. Un poco confusos los alguaciles con su descubrimiento no sabian si castigar á la vieja ó comprar su silencio: el rey hizo darle una porcion de dinero y se confesó culpable, aunque era difícil encontrar una pena. La ley era terminante, debiendo ser decapitado el asesino y espuesta su cabeza en el lugar del crimen: D. Pedro ordenó que tallada en piedra la suya y coronada fuese colocada en un nicho en la misma calle, teatro del combate. Este busto, lastimosamente restaurado en el siglo XVII, aun se ve hoy en la calle del *Candilejo* de Sevilla (1).

Esta sutileza, conforme á las costumbres de la edad media, prueba mas bien la fértil imaginacion que la imparcialidad del rey. El rasgo siguiente dará una idea mejor de sus juicios: Un sacerdote que disfrutaba un pingüe beneficio habia hecho una grave injuria á un zapatero, y llevado ante un tribunal eclesiástico, único que podia juzgarlo, fue suspenso por algunos meses de sus funciones sacerdotales. Poco satisfecho el artesano de la sentencia se encargó de castigar el ultraje por sí mismo, y esperan-

(1) Probablemente se daría este nombre á esta calle en memoria del candil que alumbró el duelo.—Zúñiga, «Anales eclesiásticos de Sevilla.»

do á su enemigo le aplicó una fuerte correccion manual; pero en seguida fue preso, juzgado y condenado á muerte. El artesano apeló al rey, y como la parcialidad de los jueces eclesiásticos habia producido algun escándalo parodió su sentencia condenando al zapatero á que se abstuviera de hacer zapatos en el término de un año. Esta anécdota, aunque atestiguada por Zúñiga, autor prudente y respetable, se resiente demasiado de leyenda popular para ser aceptada por la historia; mas no obstante recibe una especie de confirmacion por una ley notable añadida en la misma época á las *ordenanzas* ó código particular del comun de Sevilla. «Considerando los numerosos ultrajes cometidos por eclesiásticos (asi se espresa el legislador), que hacen uso de armas prohibidas sin temor de Dios ni reverencia por su carácter, de donde viene que los legos se venguen por medios semejantes, y en atencion á que los jueces eclesiásticos no castigan á los delinquentes de su órden ni hacen un ejemplar de ellos, como es de derecho, ordeno y establezco por la presente ley que en lo sucesivo todo lego que mate, hiera ó deshonne á un eclesiástico, ó le cause cualquier otro mal en su persona ó en sus bienes, sea castigado con la misma pena en que incurriria el eclesiástico haciendo cosa semejante contra un lego. Y quiero que mis alcaldes, ante quienes pase el negocio, apliquen la dicha pena y no otra... Todo sin ir contra las libertades de la iglesia y sin relevar al lego culpable del hecho sacrilego ó del castigo de excomunion (1).» Como se ve la anécdota del zapatero ha provocado tal vez esta ley estraordinaria para la época en que fue dictada; pero tambien es posible que solo sea

(1) Zúñiga, «An. ecles. de Sevilla.»

un comentario de la ley, ó una ficción popular destinada á perpetuar el recuerdo de la justicia de D. Pedro.

Este menosprecio por las inmunidades eclesiásticas, que en este tiempo podía pasar por impiedad, no impedía que D. Pedro meditase en una cruzada, proyecto digno de su edad y natural en un príncipe español. Cuéntase que un cierto Abdallah, rey de Tlemecen, ostigado por los Beni-Merin de Fez habia prometido á D. Alfonso durante el sitio de Gibraltar abrazar la religion cristiana y hacerle homenaje de sus estados si le concedia algunos socorros para defenderse contra sus vecinos. D. Pedro habia anudado las negociaciones comenzadas por su padre y pedia al papa Inocencio VI un subsidio, indulgencias y el estandarte de la iglesia para emprender una expedicion á Berbería (1). Que la conversion del príncipe africano fuese real ó solo sirviese de pretesto para obtener los subsidios de la Santa-Silla, D. Pedro se entretuvo algun tiempo en estos preparativos guerreros, aunque pronto vinieron á distraerlo otros cuidados que le proporcionaron demasiadas ocupaciones en su reino para pensar en conquistas mas allá del Estrecho.

VI.

Durante la permanencia del monarca en Sevilla muchos partidarios de Alburquerque, que habian salido del reino cuando su desgracia, se aventuraron á reaparecer en Castilla persuadidos de que algunos meses de destierro habrian bastado para hacerlos olvidar. El maestre de Calatrava, D. Juan Nuñez de Prado, confidente principal del antiguo ministro, habia buscado un asilo en Aragon,

(1) Rainaldi, «Ann. eccles.»—Ayala.

en la encomienda de Alcañiz, dependiente de su órden, porque entonces aunque la caballería de Calatrava tuviese su residencia y su maestre en Castilla poseía sin embargo establecimientos considerables en los otros reinos de la península. Bajo la protección del aragonés habría podido Nuñez de Prado desafiar la ira de D. Pedro, ó cuando menos proporcionarse una amnistía especial; pero adquiriendo pronto confianza y engañado tal vez por pérfidas promesas (1), después de una ausencia de ocho meses entró en Castilla y se fijó en la encomienda de Almagro. En el momento en que el rey estuvo informado de ello corrió precedido por D. Juan de la Cerda, que se había hecho uno de sus favoritos desde la caída de Alburquerque, y reuniendo la Cerda á los hombres de armas que llevaba la milicia urbana de Ciudad-Real se apresuró á embestir al castillo de Almagro. Uno de los hermanos de Calatrava, pariente del maestre, le aconsejaba salir sobre la marcha con ciento cincuenta caballeros que se hallaban reunidos en la encomienda y penetrar á la cabeza de esta tropa valiente y adicta por entre las milicias bisoñas de la Cerda. «Si los batimos, decia, tenemos abierto el camino de Aragon; si no moriremos con las armas en la mano como prohombres.—No, respondió Nuñez, jamás se me echará en cara haber sido desleal á mi soberano; que se presente él mismo y me entregaré á su merced.» Al acercarse el rey se abrieron las puertas del castillo y el mismo maestre fue á presentarle las llaves. Entonces fue arrestado (2); el rey lo depuso é inti-

(1) Rades, «Crón. de Calatrava.»

(2) Ayala.—Rades.—Este último pretende que Nuñez fue arrestado mientras comía con el rey; pero no citando ninguna autoridad parece mas verosímil la version del primero.

mó á los caballeros de la órden que le diesén por sucesor á Diego de Padilla; y como no admitía ninguna excusa, la farsa de eleccion fue consumada en el mismo acto. Cuando Padilla recibió el sello de la órden y el juramento de los hermanos el rey le entregó el infeliz Nuñez de Prado convertido en simple caballero, y como tal justiciable del nuevo maestre, que lo hizo conducir al castillo de Maqueda, donde recibió la muerte pocos dias despues. Se dice que el rey censuró esta crueldad inútil, de la cual no fue instruido sino cuando ya era tarde para oponerse á ella.

Nuñez de Prado no era amado ni estimado en su órden, y su muerte fue considerada como un castigo justo de su conducta pasada. Por sus intrigas y por su insubordinacion habia arrebatado el cargo de maestre á su antecesor D. Garci Lopez de Padilla, que le habia dado el hábito de Calatrava incurriendo en la ex-comunion de un legado del papa encargado de poner fin al cisma que dividía á los caballeros (1); pero á los ojos de D. Pedro su crimen principal consistia en su adhesion á D. Juan Alonso de Alburquerque, estando tambien animado contra él por Diego de Padilla (2), que preparando sin duda de antemano su eleccion se habia formado un partido poderoso en la órden de Calatrava, haciendo entrar en ella por su influencia un gran número de sus criaturas y adictos.

(1) Rades, «Crón. de Calatrava.»

(2) La conformidad de nombres hace suponer que Diego de Padilla, hermano de la querida del rey, era pariente del antiguo maestre de Calatrava, suplantado por Nuñez de Prado.

VIII.

Guerra civil.—Cautiverio de D. Pedro. —1354.

I.

EL encarnizamiento del rey contra los amigos de Alburquerque debia escitar necesariamente una violenta sed de venganza en el alma altiva del rico-home portugues; pero secontuvo, no obstante, y nada indica que desde su destierro tomase una parte activa en los negocios de Castilla. Mas su moderacion no fue imitada por todos sus clientes: las violencias de los Padilla trajeron consigo otras violencias que dieron pretesto al rey para romper la convencion que acababa de concluir y para atacar al mismo jefe de la faccion, objeto de sus resentimientos. Al principio del año 1354 D. Pedro se presentó de repente con un reducido ejército delante de Medellin, ciudad de Estremadura, de la cual era señor Alburquerque. Los habitantes acogieron al rey con entusiasmo; pero los hombres de armas permanecieron fieles á su señor y se retiraron al castillo, donde, no estando en estado de defenderse por mucho

tiempo, obtuvieron una especie de capitulacion muy usada en la edad media; se les permitió que hicieran conocer á su señor la estremidad en que se hallaban para que pudiera socorrerlos en un plazo convenido; pero al espirar este término podia cualquier vasallo sin infringir su fe entregar la plaza que se le habia confiado. Habiendo respondido Alburquerque que no podia entrar en campaña fue entregado al rey el castillo de Medellin, y al instante lo hizo dismantelar (1).

Despues de esta victoria marchó rápidamente D. Pedro contra la villa de Alburquerque, señorío principal de don Juan Alonso, cuyo apellido llevaba. Encontrábase bien aprovisionada y defendida por una guarnicion numerosa á las órdenes de un caballero portugués, llamado Botelho, que habia recibido en este momento como un amigo y quizas como un ausiliar útil al comendador de Calatrava, Pedro Estébañez Carpentero, sobrino del último maestre, cuyo trágico fin acabo de referir. Tanto mas irritado el rey al ver los preparativos para una vigorosa resistencia, cuanto que no tenia un ejército suficiente para tomar la plaza á viva fuerza, hizo dar sentencia de alta traicion contra el gobernador y contra Carpentero. Segun el derecho de la edad media era abusiva esta sentencia; porque por una parte Carpentero alegaba que estaba en los muros de Alburquerque como refugiado para sustraerse á los malos intentos de los enemigos de su tío, y no como rebelde hostilizando á su soberano; Botelho por otra parte y con mas razon aun sostenia que siendo súbdito del rey de Portugal y servidor de Alburquerque no debia homenage al rey de Castilla, y por consiguiente no podia incurrir en el car-

go de alevosía resistiéndose á sus armas. A mayor abundamiento su buen derecho estaba sostenido por fuertes murallas y era gente que haria comprar cara su derrota. Pareciendo que el sitio debia ser muy largo, D. Pedro dejó delante del castillo á sus dos hermanos D. Enrique y D. Fadrique con D. Juan de Villagera, y volvió á Castilla despues de haber despachado embajadores al rey de Portugal para pedir la estradicion de Alburquerque.

Alfonso IV, abuelo del rey de Castilla, se encontraba entonces en Evora con toda su corte para las bodas de su nieta, prometida de D. Fernando, primogénito de los infantes de Aragon. En medio de las fiestas celebradas con ocasion de este matrimonio obtuvieron su audiencia los enviados castellanos; pero antes que tomasen la palabra, y conociendo Alburquerque el objeto de su mision, suplicó al rey que lo escuchase. En un discurso llenó de fiereza espuso la conducta que habia observado en Castilla mientras estuvo á la cabeza de los negocios, y despues de haber recordado con destreza los numerosos servicios prestados por él á la reina Maria, hija de D. Alfonso, sacrificada por su marido á una rival indigna, pretendió justificar en estos términos los actos de su administracion, ó mas bien hizo de ella este elogio magnífico: «He libertado á mi rey de una faccion temible y le he proporcionado una alianza ventajosa con la casa de Borbon, alianza que hoy se esfuerzan en romper pérfidos consejeros. Yo he cimentado la union de Castilla con todos los reinos cristianos de la España, y por precio á mis servicios no he querido ni dinero ni tierras. El rey ha dispuesto á su agrado de los bienes de Garci Laso y de Alonso Coronel, y yo he rehusado aprovecharme de estas confiscaciones. ¿Se me acusa de haber malversado alguna cosa del tesoro real

confiado á mi custodia? Que se examinen mis cuentas y se verá cuál ha sido mi integridad. Tengo la gloria de que durante mi administracion ninguna nueva gabela se ha impuesto al pueblo de Castilla; y si alguno pretende que he sido desleal para con mi señor el rey estoy dispuesto á probar mi inocencia por mi cuerpo, si lo permitís, señor, y si me dais el campo cerrado, porque en Castilla no tendré seguridad. Si el conde D. Enrique y el maestre de Santiago quieren presentarse como sostenedores de su hermano acepto el combate, hombre por hombre, hasta ciento contra ciento. Yo responderé en persona al conde, y D. Gil de Carvalho, maestre de Santiago de Portugal, me secundará contra D. Fadrique (1).»

A este discurso soberbio respondieron los enviados de Castilla con viveza que antes de estallar en bravatas debía Alburquerque justificarse ante su soberano, que era su único juez; y de parte de su amo pidieron al rey de Portugal que obligase al acusado á volver á Castilla. Por una parte el maestre portugués de Santiago sostenia altivamente á Alburquerque, y por otra los caballeros castellanos que habian ido á las bodas del infante de Aragon tomaban partido por los embajadores de su soberano. Calentándose la querella hubo injurias y provocaciones mútuas, y sin la prudencia del rey de Portugal quizás hubieran venido á las manos los dos bandos en su presencia. Queriendo ganar tiempo Alfonso respondió que Alburquerque se justificaria sin duda, y que por su parte iba á enviar al rey de Castilla, su sobrino, embajadores que arreglasen un acomodamiento.

(1) Ayala.

II.

Mientras que las hostilidades se proseguían débilmente en la frontera de Portugal, descansando D. Pedro en sus dos hermanos el cuidado de apretar el sitio de Alburquerque olvidaba su reino y su venganza por un nuevo amor. Ahora parecía que María de Padilla había perdido el imperio que antes ejerciera en su corazón: padeciendo hacia algún tiempo y tocando el término de un embarazo trabajoso anunciaba su intención de abandonar la corte y el mundo para retirarse á un claustro. Ignórase, aunque poco importa saberlo, las querellas de amantes que hubiesen provocado esta resolución violenta; pero es cierto que D. Pedro lejos de oponerse al proyecto de su querida apresuró su ejecución, y aun escribió al papa solicitando las autorizaciones necesarias para la fundación de un convento de mujeres con la advocación de Santa Clara, del cual debía ser María de Padilla la superiora y donde debía pronunciar sus votos (1). La ruptura declarada y publicada parecía irrevocable: el rey estaba enamorado de doña Juana, hija de D. Pedro de Castro, apellidado *de la Guerra*, y viuda de D. Diego de Haro, descendiente de los antiguos señores de Vizcaya (2). Tan virtuosa como bella, doña Juana se mostraba insensible á todas las se-

(1) Estas autorizaciones fueron acordadas por Inocencio VI.

(2) D. Pedro Fernandez de Castro de la Guerra había tenido cuatro hijos, dos legítimos de su matrimonio con doña Isabel Ponce de Leon (prima de doña Leonor de Guzman), que eran D. Fernando y doña Juana, y otros dos que tenían por madre á Aldonza de Valladares, y eran D. Alvar Perez de Castro y doña Inés, querida del infante D. Pedro de Portugal.

ducciones, é irritándose la pasión del rey con los obstáculos habló de matrimonio y ofreció su mano y su corona á la joven viuda. Por mas estraña que parezca esta proposicion los parientes de doña Juana comprendieron que todo podia esperarse de un príncipe violento é impetuoso como D. Pedro. Este pretendió que su matrimonio con Blanca de Borbon era nulo, y dió sobre este punto delicado esplicaciones que han permanecido en secreto, pero que satisficieron á Enrique Enriquez, marido de una tia de doña Juana, y á Men Rodriguez de Senabria, caballero gallego, encargados en calidad de árbitros de hacer una especie de indagatoria sobre la posicion del rey. Fácil es adivinar los argumentos empleados para convencerlos, viendo á Enriquez obtener como seguridad para la ejecucion de la promesa de matrimonio hecha por el rey la entrega de los castillos de Jaen, de Dueñas y de Castrojeriz, y es probable que la complacencia de Men Rodriguez fuese pagada de la misma manera. Fuerte con su aprobacion D. Pedro pasó al instante á Cuellar, residencia de la hermosa Juana; pero aun exigia esta un testimonio para vencer sus últimos escrúpulos. Dos prelados, los obispos de Salamanca y de Avila, mandados por el rey é intimados á que atestiguasen que era libre para contraer matrimonio, no vacilaron en confirmar la declaracion de los primeros árbitros, ya porque cediesen á las amenazas, ya porque se hubiesen dejado ganar por presentes. Entonces se rindió doña Juana y el matrimonio fue celebrado en la iglesia de Cuellar, donde el obispo de Salamanca bendijo á los esposos.

Por mas ciegas que pudiesen ser las pasiones de un rey de diez y ocho años apenas puede esplicarse un hecho de bigamia tan escandaloso. ¿Podrá admitirse un error del mismo D. Pedro con respecto á la validez de su enlace con

Blanca de Borbon? El historiador Ayala, que es el único que suministra algunas noticias sobre este hecho extraño, refiere que el rey, para probar la nulidad de su matrimonio con la princesa de Francia, habia invocado ciertas protestas hechas por él en Valladolid en el momento de sus bodas; pero no queda lo menor huella de estas protestas y jamás fueron reproducidas mas tarde. ¿Qué coaccion podia haber dado lugar á ellas? En la época en que D. Pedro llegó al lado de Blanca la autoridad, ó si se quiere la dominación de Alburquerque acababa de ceder al ascendiente de María de Padilla; es decir, de la persona mas interesada en encontrar argumentos ó pretextos contra ese matrimonio; y se ha visto, por el contrario, intervenir á María de Padilla para efectuar una especie de reconciliacion entre su amante y la jóven reina. ¿Qué momento mas favorable hubiera podido encontrar D. Pedro, no para protestar contra su matrimonio, sino para romperlo, que el de su llegada á Valladolid cuando, sostenido por las fuerzas de D. Enrique y de D. Tello, acababa de sacudir el yugo de su madre y de su ministro? No obstante todas estas consideraciones yo no creo que se deba poner absolutamente en duda la realidad de una protesta secreta hecha por el rey: cediendo á las instancias de su madre y de algunos de sus consejeros quiso tal vez tambien invocar la nulidad de una union que no contraía sino con la mayor repugnancia, y quizas las reservas que pudo hacer entonces solo debian aprovechar segun sus cálculos á María de Padilla. Su duplicidad con respecto á doña Juana se hizo bien pronto manifiesta. Todo prueba que enardecido por un despecho amoroso contra María de Padilla pretendia darle una rival, ó demostrarle tan solo que podia amar á otras. Encantado un momento por la hermosura de doña Juana é irritado por su resistencia

recurrió para triunfar de sus escrúpulos á una comedia sacrilega. Nada perdona para satisfacer su pasión: gana á los parientes de doña Juana, corrompe ó intimida á los obispos, pronuncia todos los juramentos que se exigen de él, y va hasta el estremo de celebrar un matrimonio impio. Pero apenas ha disfrutado su nueva conquista deja caer la máscara: al dia siguiente de sus bodas, ya puede juzgarse de su buena fe, revoca la entrega de castillos estipulada con Enrique Enriquez y abandona á doña Juana para no volverla á ver jamás, dejándole únicamente la fortaleza de Dueñas como indemnizacion que no puede rehusar á su víctima (4). El sacrilegio del doble matrimonio no ha detenido á D. Pedro un solo instante, pues sabe que toda la odiosidad debe recaer sobre los obispos que lo han autorizado. La edad del rey y su gusto desenfrenado por los placeres no permiten dar á esta circunstancia los cálculos de una política astuta, aunque por otra parte lo hemos visto en Sevilla humillando al clero con sus decretos: tal vez se aplaudia en Cuellar de comprometer á prelados ilustres, persuadido de que el escándalo de su complacencia resaltaria sobre toda la iglesia, á cuyo menoscabo de poder conspiraba.

III.

El mismo dia del matrimonio de D. Pedro con Juana de Castro llegó á sorprenderle en Cuellar una noticia inesperada. Llegando apresuradamente de la frontera uno de

(4) Ayala.—En lo sucesivo conservó doña Juana el título de reina, de lo cual mostró disgusto D. Pedro, aunque no tomó ninguna medida para obligarle á renunciar á él.

los caballeros de su casa le anunció que el conde de Trastámara y D. Fadrique habían alzado el estandarte de la insurrección y que, ligados ahora con D. Juan de Alburquerque, se aprestaban á entrar en Castilla.

¡Es imposible dejar de experimentar un sentimiento de disgusto al ver á príncipes jóvenes de veinte años, y tratados por su hermano con la confianza mas noble, fingir una adhesión sin límites, adular á sus favoritos, humillarse á los pies de su querida, alimentar la debilidad y los desórdenes de su soberano, y algunos dias mas tarde, despreciando sus juramentos, coaligarse con el asesino de su madre contra su bienhechor! ¡Qué contraste se presenta entre este disimulo precoz y la fiereza caballeresca del viejo ministro llamando á los dos bastardos á un campo cerrado ante el rey de Portugal! Mientras que Alburquerque injustamente atacado se preparaba desde su destierro á una guerra abierta contra los jóvenes príncipes, en todo tiempo objetos de su odio, D. Enrique calculaba friamente las ventajas de la lealtad y de la traición. Sin duda que no pensaba arrancar desde luego la corona á su hermano; mas previendo su engrandecimiento personal en una guerra civil quiso, para hacer su rebelión mas temible, procurarse el apoyo del único hombre que entonces se atrevia á resistirse á D. Pedro. Ayala, que no puede ser sospechoso de calumnia contra un príncipe cuya causa servía con las armas en la mano, afirma sin reserva que el primer pensamiento de esta alianza fue concebido por el conde de Trastámara.

Después del matrimonio del infante de Aragon y de su salida para Castilla la corte de Portugal estaba en Estremoz, donde la habia seguido D. Juan de Alburquerque, cuando recibió inopinadamente un mensaje del conde don Enrique, llevado por el hermano Diego de Rivadeneyra,

confesor del joven príncipe. Este monge proponia primeramente en términos generales una alianza ofensiva y defensiva, y anunciaba luego los grandes designios que don Enrique y su hermano se reservaban comunicar á D. Juan de Alburquerque cuando estuvieran ciertos de su fe. Por mas sorpresa que experimentase Alburquerque al oir proposicion semejante la oferta de los bastardos servia demasiado bien á sus proyectos para que no se apresurase á aceptarla. Al instante convinieron en una entrevista, y para probar la sinceridad de su defeccion D. Enrique y D. Fadrique comenzaron por prender al hermano de Maria de Padilla, Juan de Villagera, que mandaba juntamente con ellos las tropas reunidas en Estremadura. Despues de este golpe los nuevos confederados se encontraron en Riba de Cayo, aldea situada en la frontera de Castilla y Portugal, y allí sellaron su alianza con los juramentos usados entonces en ocasiones semejantes. Alburquerque entregó inmediatamente á los bastardos una suma de doscientos mil maravedís á título de subsidios para sus hombres de armas, y les entregó como prendas de su fe muchos de sus castillos, entre otros el mismo cuyo sitio les habia encargado el monarca. D. Enrique espuso en esta conferencia el plan que habia concebido. Tratábase de destronar á su hermano, ó de suscitarle al menos un competidor poderoso, que en su concepto debia arrastrar al rey de Portugal en su coalicion, pues era al infante Pedro de Portugal á quien D. Enrique queria proclamar rey de Castilla. Nieto de D. Sancho por parte de su madre doña Beatriz, el infante estaba un grado mas próximo al tronco real que D. Pedro, hijo de Alfonso y biznieto de D. Sancho. En esta época en que el derecho de sucesion al trono no estaba aun fijado de una manera irrevocable la trasmision de la corona al primogénito del

tronco real estaba aceptada por las costumbres y sancionada por los precedentes. La exclusion de los infantes de la Cerda y el reconocimiento de D. Sancho por las cortes autorizaban hasta cierto punto las pretensiones del príncipe portugues, y los confederados podian lisonjearse de hacerlos admitir por unas nuevas cortes. Semejante plan debia agradar al orgullo de los nobles y de los comunes, pues era de creer, en efecto, que llegando Castilla á su grandeza por la reunion de muchas coronas acogeria con favor á un pretendiente que le llevaba en dote una vasta monarquía. Este proyecto, admitido inmediatamente por Alburquerque y transmitido al infante de Portugal por su favorito Alvar de Castro, no tuvo siquiera un principio de ejecucion, gracias á la resistencia enérgica que encontró por parte del rey D. Alfonso IV. No solamente lo desaprobó, sino que tambien apartó de la frontera al príncipe su hijo, prohibiéndole seguir en correspondencia con los conjurados, cuyas promesas lo habian un instante seducido.

En el momento en que se concluía la alianza entre Alburquerque y los bastardos de Castilla, la reina María, madre de D. Pedro, dejó precipitadamente la corte de Portugal, queriendo sin duda huir de la sospecha de complicidad con los rebeldes, dando un gran rodeo para entrar en Castilla á fin de evitar encontrarse con ellos. Si hemos de creer al cronista lo dilatado del viaje no estuvo sin encantos para ella: Martin Alfonso Telho, caballero portugues, «llevaba la brida de su montura por los caminos» y enteramente ocupada del amor que le habia inspirado buscaba la soledad en vez de tomar parte en los grandes acontecimientos políticos que se preparaban (1).

(1) Ayala.

Apenas instruido de la traicion de sus hermanos, confirmada por Juan de Villagera que habia logrado escaparse, D. Pedro abandonó para siempre al siguiente dia de su matrimonio á doña Juana de Castro, y corrió á Castrojez que habia señalado como punto de reunion á sus vasallos inmediatos: tambien envió allí á sus dos primos los infantes de Aragon, que ya habian vuelto de su viaje á Portugal. Entre tanto se habia estendido la conjuracion de los bastardos mas allá de Estremadura: al saber D. Tello la rebelion de sus hermanos intentó insurreccionar la Vizcaya y se puso á levantar tropas en los vastos dominios de su mujer, la heredera de los Lara. Esta era una nueva traicion que demostraba á D. Pedro qué clase de hombres eran aquellos á quienes habia colmado de sus beneficios. Con la esperanza de hacer una division poderosa en Vizcaya el rey casó inmediatamente al infante D. Juan de Aragon con doña Isabel de Lara, hija segunda de D. Juan Nuñez, y desheredando por su autoridad privada á la primogénita de las dos hermanas, casada con D. Tello, dió al príncipe aragonés el título de señor de Vizcaya y de Lara (4), oponiendo de este modo los infantes de Aragon á los bastardos, contando con una fidelidad que tan magníficamente recompensaba de antemano. A pesar de la traicion de sus hermanos D. Pedro creia aun en la fuerza de los lazos de la sangre: ahora ponia su confianza en la adhesion de sus primos; pero estaba destinado á crueles esperiencias antes de perder sus ilusiones de jóven.

— En medio de estos preparativos de guerra, á que se en-

tregaba con una actividad sin igual, supo que doña Maria de Padilla lo habia hecho padre por segunda vez: sin duda que se habian reconciliado los dos amantes desde que Juana de Castro era abandonada como Blanca de Borbon. El rey dió á su hija el nombre significativo de Constanza, en lo cual me parece ver una promesa hecha á Maria de Padilla, cumplida mas fielmente que los juramentos otorgados al pie de los altares.

Los confederados no le dejaron tiempo para celebrar con fiestas el nacimiento de su hija. D. Fadrique fue el primero que se puso en campaña; saliendo de la ciudad de Alburquerque entró en Castilla y se presentó sucesivamente delante de muchos castillos pertenecientes á la órden de Santiago, que los comendadores no tuvieron ninguna dificultad en entregarle. Uno solo, Pero Ruiz de Sandoval, gobernador de Montiel, quiso conciliar la obediencia debida á su gran maestre con el juramento que prestára en otro tiempo en manos del rey. Recuérdese que los caballeros de Santiago reunidos en Llerena dos años antes habian hecho al rey homenaje de sus castillos y jurado no recibir en ellos al maestre de su órden sino con el permiso del monarca. Cuando D. Fadrique se presentó delante de Montiel con la bandera de Santiago Sandoval entregó el mando de la plaza á un escudero lego despues de haberle tomado juramento de defenderla y de no entregarla sino al mismo rey; y saliendo él del castillo con sus caballeros fue á ofrecer *su cuerpo* á D. Fadrique, dispuesto á obedecerlo en todo como á jefe de su órden. Esta distincion sutil entre el religioso militar y el gobernador de una fortaleza que debia homenaje al rey pareció entonces el mas bello rasgo de honor caballeresco, y se hizo uno de esos precedentes ó *fazañas* que hacian autoridad para el porvenir entre los que ambicionaban el dic-

tado de *pro-hombres* (1). Desgraciadamente para D. Pedro los escrúpulos de Sandoval no encontraron imitadores, y el juramento de Llerena no retuvo en su deber á ningun otro de los comendadores de Santiago.

Entre tanto el rey, á la cabeza de algunas tropas reunidas apresuradamente, guerreaba en los dominios de Alburquerque. Primero intentó sorprender á Montealegre, plaza importante donde D. Enrique y D. Juan Alonso habian encerrado sus mujeres y su caja militar; pero la ciudad estaba bien defendida, y despues de algunas escaramuzas en las trincheras se vió obligado D. Pedro á alejarse para buscar mas fáciles conquistas. Apoderóse sucesivamente de muchos castillos ó casas fortificadas, que se rindieron la mayor parte sin oponer seria resistencia.

IV.

Cada dia revelaba al rey la grandeza del plan formado por los bastardos y su connivencia con todos los descontentos de Castilla. En el Norte se declaraba por ellos un aliado poderoso, que era D. Fernando de Castro, hermano de aquella doña Juana, esposa de un dia, que D. Pedro acababa de abandonar: D. Fernando tenia numerosos vasallos y una clientela casi regia en Galicia, y ademas de la afrenta hecha á su hermana tenia otro motivo para unirse á los facciosos. Amaba á doña Juana, hija natural de D. Alfonso y de doña Leonor de Guzman, y el conde de Trastamara le hacia esperar la mano de su hermana como precio de su defeccion: la venganza y el amor, las dos grandes pasiones caballerescas, lo distinguian del res-

(1) Ayala.

to de los rebeldes, movidos únicamente por la ambición y por la codicia. Fernando de Castro no era menos exagerado que Sandoval en materias de honor, y antes de tomar las armas érale preciso poner en reposo su conciencia. El código feudal le suministraba medios para ello, y hé aquí el espediente que empleó para deshacerse del homenaje debido al rey. Pasó el Miño, que separa á Castilla de Portugal, y fue á acampar en Monzon, en el territorio portugués. Despues de haber oido misa todos los dias atravesaba el Miño y entraba en Salvatierra, primer pueblo de Castilla viniendo de Monzon, y delante de un notario público pronunciaba estas palabras: «Tomo licencia del rey D. Pedro, rey de Castilla y de Leon, y me *desnaturalizo* por las causas siguientes: en primer lugar porque el rey ha querido hacerme morir en un torneo en Valladolid cuando su matrimonio con Blanca (4); y en segundo lugar porque ha ultrajado á mi hermana diciendo primero que la tomaba por esposa y por reina, y abandonándola en seguida, despues de haberla tratado con desprecio.» De cada una de estas declaraciones recibia un documento auténtico estendido por el notario, y provisto ya de nueve actas creyóse libre D. Fernando del juramento de homenaje, saliendo de Portugal y armando á sus vasallos con presteza y reclutando soldados. Pronto se vió á la cabeza de cerca de setecientos caballos y mil doscientos hombres de á pie: invadió el Norte del reino de Leon y se apoderó de Pontferrada, donde se estableció para aguardar á sus aliados, que ya estaban en marcha hácia la provincia de Salamanca.

Sin entretenerse en vanas formalidades Alburquerque

(4) Ignoro absolutamente en qué se fundaba esta acusacion.

y D. Enrique habian pasado el Tajo por el puente de Alcántara despues de haber devastado todas las cercanías de Badajoz, y obligados á dejar guarniciones en una multitud de pequeñas fortalezas solo tenian en campaña un cuerpo de cuatrocientos caballeros; pero en ninguna parte encontraban enemigos. Con este débil destacamento se presentaron delante de Ciudad-Rodrigo, esperando arrastrar á su partido al maestre de Alcántara, Perez Ponce, que tenia allí su residencia. Ciertó es que el maestre no los acogió; pero olvidando los favores que en otro tiempo recibiera del rey no hizo ningun movimiento para oponerse á su marcha, y guardando una neutralidad completa esperaba que la fortuna se declarase para tomar un partido.

Engañados en su tentativa sobre Ciudad-Rodrigo el conde de Trastámara y Alburquerque prosiguieron su marcha hácia el Norte, sin encontrar en ninguna parte enemigos que combatir, y pasaron el Tormes, no lejos de Salamanca, sin que los infantes de Aragon, que ocupaban esta ciudad por el rey con fuerzas considerables, hiciesen la menor demostracion para atacar su reducida tropa. Para aventurarse de esta suerte es muy probable que los dos jefes conociesen bien las disposiciones secretas de los infantes de Aragon, y ciertos de que permanecian inmóviles en Salamanca continuaron entrando mas y mas en las provincias del Norte. Alburquerque se unió en Barrios de Salas con Fernando de Castro, y el conde penetró en Asturias para insurreccionarla y reclutar soldados. D. Fadrique por su parte atravesando audazmente toda la Mancha en su mayor latitud se dirigió á Segura de la Sierra, plaza muy importante en aquella época, situada en el límite de los reinos de Murcia y de Jaen, y una de las principales encomiendas de Santiago. Este

movimiento atrevido interceptaba las comunicaciones del rey con la Andalucía, podia provocar levantamientos en las provincias neutrales ó fieles, y permitia que los confederados entablasen relaciones con el aragonés y con los moros de Granada. Los rebeldes buscaban aliados en todas partes, ya fuesen castellanos ó extranjeros, cristianos ó musulmanes.

Lejos de sospechar D. Pedro los motivos de la inaccion de los príncipes aragoneses, y creyéndolos con intenciones de oponerse á los proyectos de Alburquerque, habia vuelto todos sus esfuerzos á la parte del Mediodia, caminando apresuradamente hácia Segura para impedir que esta plaza cayese en poder de D. Fadrique, ó al menos para sitiario en ella si no llegaba á tiempo. Antes de emprender esta expedicion habia dado orden de trasladar á la reina Blanca del castillo de Arévalo al alcázar de Toledo, pues temia no sin razon que una sorpresa la pudiese en manos de los rebeldes, que podrian hacer de ella un instrumento peligroso. La ejecucion de esta orden fue confiada al tio de Maria de Padilla, Juan de Hinestrosa, á quien acababa de nombrar su mayordomo en reemplazo de D. Diego de Padilla, elegido como hemos visto maestro de Santiago. Toda la nobleza de Toledo se llenó de indignacion á esta noticia: entregar la reina al tio de la favorita era segun decian condenarla á muerte, y nadie dudaba que el rey tuviese contra ella los mas siniestros designios, considerando ya á la desgraciada Blanca como una víctima predestinada. Cuando Hinestrosa se presentó en las puertas de Toledo conduciendo á su prisionera, á quien se esforzaba por tranquilizar rodeándola de señales de respeto, todos los corazones se sintieron conmovidos de lástima y de cólera: las damas especialmente se hacian notar por su exaltacion acusando á

los hombres de debilidad y pidiendo en nombre de la caballería vengadores para su reina ultrajada, que entró en la ciudad por medio de una multitud apiñada, que unas veces saludaba á la princesa con sus aclamaciones y otras prorumpia en gritos amenazadores contra su escolta. El obispo de Segovia, que acompañaba á la cautiva, pidió para ella el permiso de entrar en la catedral con el objeto de orar allí delante de la famosa piedra que conservaba la huella del pie de la Virgen y que es venerada de la España entera (4). Era Hinestrosa demasiado cortés para negarse á ello, y Blanca entró en la iglesia, quedándose fuera la mayor parte de los soldados á quienes rodeaba una multitud que iba engrosando por instantes. Fastidiado de esperar, y temiendo alguna colision entre el pueblo y sus gentes, Hinestrosa advirtió respetuosamente á la reina que ya era tiempo de pasar al alojamiento que le habia hecho preparar en el alcázar; pero Blanca se negó á salir del santuario, donde la rodeaba todo el clero de Toledo: la multitud habia invadido la catedral, y el mayordomo de D. Pedro, viéndose con poca gente y repugnándole ademas el papel de carcelero, no se atrevió á emplear la violencia para arrancar á la reina de su asilo, y despues de largas conferencias con los prelados y con los principales habitantes consintió en que tomase posada en el recinto de la catedral hasta que el rey dispusiese otra cosa: en seguida reunió todos los caballeros toledanos que quisieron seguirle, volvió en busca del rey delante de Segura, llevando la esperanza de que la ciu-

(4) «Los Reyes Nuevos,» por D. X. Lozano.—Sobre esta piedra puso los pies la Santa Virgen cuando se apareció á San Ildefonso y le dió una casulla de «tela del cielo,» segun este grave autor.

dad privada de una parte de su nobleza joven permanecería sumisa y tranquila; pero no fue así. La reina era visitada sin cesar en su retiro por una multitud de damas que iban á condolerse de su suerte y á prodigarle ofertas de servicios; y las mujeres de su servidumbre, con especialidad su camarera mayor, doña Leonor de Saldaña, esposa del señor de Haro, imploraba la piedad de sus huéspedes suplicándoles salvaran á la inocente princesa. «El rey, decía, está engañado por consejeros pérfidos; el alcázar de Toledo será el sepulcro de nuestra reina, y pronto vereis llegar al tío de la Padilla con los verdugos que la sacrificarán al odio de una rival indigna. ¿Dejará cometer la caballería de Toledo tan cobarde atentado?» Blanca no profería ninguna queja; pero sus temores y sus lágrimas al solo nombre de su marido hablaban por ella con bastante elocuencia; su edad y su hermosura encantaban á los nobles jóvenes; su dulzura y su piedad conmovían al pueblo, y todos juraban protegerla contra sus enemigos. De pronto se esparce el rumor de que Hines-trosa vuelve á Toledo: caballeros y artesanos corren á las armas; crúzanse cadenas por las calles; en un momento está sublevada la ciudad y el alguacil mayor y los alcaldes en prision. El pueblo en masa se dirige contra el alcázar, derriba sus puertas, echa fuera la guarnición, y aquella cárcel que destinaba el rey para su esposa se convierte en su palacio y en su fortaleza, donde es llevada en triunfo con las mujeres de su servidumbre. Después de la rebelión vienen las inquietudes: ya es demasiado tarde para ablandar al rey; es preciso concertarse con los rebeldes, y escriben á D. Fadrique para pedirle socorros (1).

(1) Ayala.

Entre tanto se habia retardado D. Pedro en su marcha, y el maestre de Santiago se presentó antes que él en Segura, haciendo que le entregasen la plaza. Al llegar al pie de las murallas hizo el rey llamar al gobernador, don Lope de Bendaña, uno de los comendadores principales de la órden, y le intimó que abriese las puertas en los términos de sus juramentos; pero la conciencia del castellano de Segura era menos severa que la del comendador de Montiel, y aunque tenia sin embargo sus escrúpulos no osaba hacer públicamente un acto de rebelion. Valiose pues de un espediente que pinta las costumbres de la edad. A la intimacion del rey apareció D. Lope en las almenas acompañado de algunos soldados y llevando una cadena al cuello: «Mi señor el maestre, dijo, ha entrado en el castillo sorprendiendo mi buena fe, y estando prisionero de órden suya no puedo cumplieros mi juramento ni recibir al rey en esta fortaleza como me lo prescribe el homenaje que le he prestado (1).» Aunque D. Pedro no fue engañado por esta comedia no creyó debia dictar sentencia de traicion contra el comendador, y despues de insignificantes escaramuzas contra la guarnicion y el castillo, advertido por Hinestrosa de que la reina se habia escapado de sus manos, dejó algunas tropas delante de Segura y partió al instante para Toledo. Al mismo tiempo que caminaba reunió en Ocaña un capítulo de los caballeros de Santiago que habian permanecido fieles, y les obligó á deponer á D. Fadrique pa-

(1) Ayala.—Hijos.—Crón. de Sant.—Este último llama al comendador de Segura de la Sierra D. Lope Bendaña.

ra reemplazarlo inmediatamente por Juan de Villagera, hermano bastardo de su querida, por mas que este caballero fuese casado en contra de los estatutos de la órden; mas por viciosa que fue esta eleccion se convirtió sin embargo en un precedente que hizo autoridad en lo sucesivo (1).

La insurreccion de Toledo daba un golpe funesto á la causa del rey, pues al estenderse la noticia de que se habia sublevado la primera ciudad del reino un gran número de ricos-homes y de caballeros que aun estaban indecisos se unieron á los rebeldes. Los infantes de Aragon creyeron llegado el momento de levantar la máscara, y declararon que hacian alianza con Alburquerque y el conde D. Enrique, y muy pronto su madre, doña Leonor, tia del rey, se les agregó en Cuenca de Tamariz, que acababan de conquistar. En esta ciudad se reunieron la mayor parte de los jefes, y en ella fue donde se concertaron y sellaron su alianza; hasta entonces cada uno de los rebeldes habia hecho la guerra en su nombre y por su propia cuenta, pues cada cual tenia sus agravios que vengar y sus venganzas que satisfacer. Alburquerque se quejaba de la usurpacion injusta de sus dominios; Fernando de Castro alegaba el ultraje hecho á su casa; los vecinos de Toledo declaraban que se habían levantado para defender á su reina, y los bastardos y los infantes de Aragon querian instruir á Castilla de los cargos que pudieran hacer á un rey pródigo de favores para ellos. Bajo la presidencia de la reina viuda de Aragon se reunieron los confederados en Cuenca de Tamariz, escogieron una bandera y

(1) Ayala.—Rades, «Crón. de Sant.» Este último llama al comendador de Segura de la Sierra D. Lope Sanchez de Avendaño.

redactaron un manifiesto. La simpatía del pueblo, tan vivamente escitada por las desgracias de Blanca, les advertía que nada pudieran hacer mejor que dar su nombre á su causa; así es que se declararon sus protectores, y enviaron un heraldo al rey para intimarle despidiese á su querida, viviera como esposo fiel al lado de su mujer legítima y tomase otros consejeros. En efecto, ya estaban en el caso de poder dictar condiciones á su soberano. Las tropas dejadas en observacion delante de Segura, compuestas en su mayor parte de milicias toledanas, habian llevado á cabo su defeccion y llevaban á D. Fadrique como á un libertador á la capital de Castilla la Nueva; los comunes de Córdoba, Jaen, Cuenca, Talavera, Úbeda y Baeza enviaban diputados á Toledo para conferenciar con sus habitantes, y todos los días abandonaba al rey algun señor para correr á reunirse con los rebeldes. Casi todas las provincias del Norte eran insurgentes; Alburquerque dominaba en el reino de Leon, Castro en Galicia, el conde de Trastamara en Asturias, y D. Tello, despues de haber sublevado la Vizcaya, conducia tropas á los infantes de Aragon, dueños ya de una parte de Castilla. Todos juntos habian escrito á la reina Blanca asegurándole su adhesion, y esparciendo por todas partes el fuego de la revuelta pretendian ejecutar sus órdenes: sus tropas reunidas ascendian á seis ó siete mil hombres de armas, sin contar la infantería (1), y el rey apenas conservaba alrededor de su persona seiscientos caballeros, completamente desalentados por la continúa serie de reveses y defecciones.

En esta estremidad el primer pensamiento de D. Pedro

(1) Rades da siete mil caballos solo al maestre de Santiago.

fue para la salvacion de su querida, á quien condujo apresuradamente, lo mismo que á la reina Maria, al fuerte castillo de Tordesillas, situado en medio de un pais difícil, donde contaba poder resistir largo tiempo á los rebeldes si llevaban la audacia hasta el punto de atacarlo en este sitio. Esta fortaleza, la gran ciudad de Toro, y algunas plazas vecinas sobre el Duero, eran las únicas que aun reconocian su autoridad. Pronto fue seguido, aunque de lejos, por los rebeldes, reforzados con una nueva defeccion, la de D. Juan de la Cerda, porque el mismo partido de Lara abandonaba al rey para unirse con sus antiguos adversarios: la Cerda pactaba con Alburquerque olvidando la muerte de su padrasto Alonso Coronel, como los bastardos olvidaban la de su madre doña Leonor. Los confederados trabajaban sin descanso en estrechar el cerco con que rodeaban al rey, como los cazadores acosan y fuerzan á una bestia salvaje, y al mismo tiempo que lo acometian hasta sus últimas defensas renovaban frecuentemente sus protestas de fidelidad, aunque insistiendo cada vez con mas fuerza en las pretensiones contenidas en su manifiesto. La misma reina viuda de Aragon fue en persona á llevar al rey proposiciones de acomodamiento, ó mas bien á esponerle las condiciones con que únicamente podria conservar la corona: eran estas el destierro de Maria de Padilla á un convento de Francia ó de Aragon, el alejamiento de sus parientes y que el rey volviese al lado de su esposa legitima, porque desde la insurreccion de Toledo afectaba la liga no haber tomado las armas sino para vengar las injurias de Blanca. A este precio, decia doña Leonor, ya no encontrará el rey mas que súbditos sumisos y dispuestos á obedecerle; pero D. Pedro se mostró inflexible á pesar de su mala fortuna, y respondió con arrogancia que jamás

trataria con los confederados si antes no deponian las armas demandando su merced. Al mismo tiempo escribía al infante de Aragon, En Pero (1), regente entonces de este reino en ausencia de Pedro IV, para pedirle socorros que desesperaba encontrar en sus propios estados. Su carta, que hace conocer el estilo diplomático de la época, revela algunos rasgos del carácter del joven rey, y merece ser referida:

«D. Pedro, por la gracia de Dios rey de Castilla etc., á vos, infante D. Pedro de Aragon, salud como á quien amamos, estimamos y deseamos ventura y honor. Nos os hacemos saber que los infantes D. Fernando y D. Juan, nuestros primos y hermanos del rey de Aragon, viviendo con Nos y en nuestro reino, siendo nuestros vasallos y teniendo de Nos grandes cargos en nuestra casa y en nuestro reino, donde el infante D. Fernando es adelantado mayor de la frontera y gran canceller, y el infante D. Juan nuestro porta-estandarte mayor, uno y otro, teniendo de Nos grandes tierras con que nos deben servir, y recibiendo ademas sueldo de nuestro tesoro para ayudarnos en la guerra que tenemos contra el conde (2) y D. Fernando de Castro; mientras que pensando únicamente en servirnos de ellos los teníamos á nuestro lado ellos se han marchado en secreto para juntarse al dicho conde, á D. Juan Alonso (3) y á D. Fernando, llevándose

(1) Entonces estaba Pedro IV en Cerdeña.—Zurita, «Anales de Aragon.»—Conservo la forma catalana de este nombre para distinguirlo de sus homónimos el rey de Castilla, el de Aragon, el infante de Portugal etc.

(2) D. Enrique siempre es llamado de este modo y firma «Yo» el conde, pues entonces era el único conde en Castilla: los ricos-hombres aun no llevaban títulos.

(3) Alburquerque.

á D. Tello (1), y habiendo tratado y pactado todos juntos de estar contra Nos. Desde luego han comenzado todos y cada uno á causar males sin número en este país y á mover en él la guerra; y aunque con la gracia de Dios pudiésemos restablecer el orden y hacer un ejemplar en los que han tomado parte en esta gran maldad y abandono de su señor y rey, nos ha parecido bueno instruiros de ello, seguro de que lo tendreis por bien y nos ayudareis contra los dichos infantes. Por esto os suplicamos esteis con Nos contra ellos y sus adherentes, les hagais todo mal y daño en sus tierras, y les tomeis cuanto tienen, hasta que ya no les quede ni medio ni poder para hacernos mal servicio jamás. En lo cual hareis lo que es razón y lo que Nos haríamos por vos si por mala fortuna os halláseis en tal necesidad. De Tordesillas á 28 de octubre, año de la era 1392 (1354) (2).» Bien se ve que esta carta está impregnada de una firmeza tranquila y no sin grandeza. La última injuria es la mas sensible para don Pedro: toda su cólera se vuelve contra los infantes de Aragon y olvida á sus hermanos: ni una palabra amarga contra D. Enrique; no habla de D. Fadrique, y si nombra á D. Tello es para escusarlo en cierto modo y para hacer pesar sobre pérfidos consejeros la parte que toma en la rebelion. Su carácter enérgico aun no está agriado por la desgracia; indignanle tantas traiciones; pero todavía no tiene ese ódio implacable que le dará mas tarde la triste experiencia de los hombres de su tiempo.

(1) Por el contrario, D. Tello habia ido á buscar á los infantes á Castilla. Mas de una vez advertiremos las consideraciones de don Pedro hácia D. Tello.

(2) Zurita, «Anales de Aragon.»

Segun los términos del tratado de Atienza la corte de Aragon debia socorrer al rey de Castilla; pero sin duda miraba entonces con un placer secreto los desórdenes de este reino infortunado y el decaimiento de un vecino temible. Su respuesta fue evasiva y abandonó á su aliado al rigor de su mala fortuna.

VI.

A pesar de la superioridad de sus fuerzas no se atrevian los confederados á dar batalla al rey ni á sitiario en una de las plazas que le permanecian fieles. A escepcion de algunos jefes la mayor parte de los ricos-homes respetaban aun la majestad del trono y tenian repugnancia á una violencia abierta; y los comunes sobre todo, cuyas milicias componian en su mayor parte el ejército de la liga, se inclinaban á la moderacion, esperando ademas que el cansancio y la falta de recursos reducirian pronto á don Pedro á admitir sus condiciones. Asi es que sin pretender empeñar un combate, cuyo éxito no podia ser dudoso, solo se aplicaban á seducir sus soldados y á tomarle una tras otra todas las ciudades que aun reconocian su obediencia. La mayor parte de ellos, aun los mas apartados del teatro de la guerra, trasmitieron su adhesion á la liga al saber los últimos acontecimientos; y encerrándose algunos en una neutralidad prudente no enviaban ni tropas ni subsidios al rey y rehusaban admitir á los confederados en sus muros. De este número fueron Valladolid y Salamanca, cuyos concejos propalaban pretensiones de independencia, pues en la anarquía general cada provincia, cada ciudad se creaba su administracion aparte y queria fundar como una pequeña república. Esta tendencia al aislamiento siempre fue fatal á la España, y se ha reproducido perpétuamente en todas las revoluciones de este pais.

Forzados los de la liga á contemporizar con los comu-

nes poderosos no vacilaban en emplear la fuerza abierta para reducir á las ciudades de menor importancia, y tomaron por asalto y entregaron al pillaje á Medina del Campo despues de haber intimidado en vano que les abriesen sus puertas; pero allí tuvieron una pérdida irreparable. El hombre mas á propósito para mantener la union entre esta multitud de señores animados de intereses opuestos, Alburquerque, murió casi repentinamente en Medina, pocos dias despues de la toma de esta plaza, al principio del otoño de 1354. Recayeron sospechas sobre su médico, maese Pablo, italiano adicto á la casa del infante D. Fernando, de haber mezclado un veneno sutil al brebaje que le prescribió para una indisposicion ligera en apariencia, y la acusacion se remontó hasta el mismo rey, interesado mas que nadie en la muerte de Alburquerque. En lo sucesivo justificó D. Pedro demasiado las imputaciones de sus enemigos haciendo á este hombre regalos magníficos que menos parecian la recompensa del saber que el salario de un crimen. Alburquerque no desmintió en sus últimos momentos la firmeza de su carácter; próximo á espirar reunió todos sus vasallos y les hizo jurar que no harian ni paz ni tregua con el rey antes de haber obtenido satisfaccion de sus agravios, mandando al mismo tiempo que su cuerpo fuese llevado á la cabeza de su batallon todo el tiempo que durase la guerra, como si hubiera querido no deponer su odio ni su autoridad sino despues del triunfo. Desde el fondo de su ataúd parecia presidir aun los consejos de la liga, y cada vez que se deliberaba sobre los intereses comunes interrogaban á su cadáver, respondiendo en su nombre su mayordomo Cabeza de Vaca (1).

(1) Ayala.

Poco despues de su muerte el maestre de Santiago, don Fadrique, se unió al ejército principal de la liga, llevando de Toledo un cuerpo de quinientos á seiscientos caballos, todo el dinero cogido en las arcas de D. Simuel el Leví, tesorero del rey, y ademas una suma considerable que la misma reina Blanca le habia remitido. Este socorro llegaba muy á tiempo para contener en su deber á las bandas de mercenarios, sobre los cuales fundaban su autoridad los jefes de los coligados. De una parte y otra se habia resuelto prolongar la guerra; los bastardos porque veian aumentarse cada dia los apuros del rey, y D. Pedro porque su única esperanza era dividir á sus adversarios tratando separadamente con algunos de ellos. En efecto, las conferencias eran continuas y los caballeros de ambos campos se encontraban con una cortesía que atestiguaba demasiado su indiferencia por las querellas de sus jefes. Un dia se hallaba el rey en Toro y recibió á dos enviados de la liga. Antes de oir las proposiciones de que eran portadores el rey debió, segun la etiqueta de la época, señalarles alojamiento en casa de uno de los señores de su corte, pues esta hospitalidad era entonces tenida á grande honor. Fernando Alvarez de Toledo y Alfonso Jufré Tenorio se disputaron ágríamente el privilegio de alojar á los diputados enemigos: de las palabras injuriosas vinieron á los puñales, y llamando cada cual en su auxilio á sus amigos se empeñó á vista misma del rey una especie de combate, en el cual hubo muertos y heridos. Don Pedro habia demostrado alguna parcialidad por Alvarez, por lo cual Tenorio, que lo habia servido hasta entonces con adhesion constante, se tuvo por ultrajado y abandonó inmediatamente á Toro con todos sus clientes para pasar al campo de los rebeldes. Tal era la susceptibilidad de esta nobleza feudal, siempre dispuesta á rom-

per con el soberano por los motivos mas frívolos (4).

La embajada de la liga, causa involuntaria de esta escena deplorable, habia venido á renovar al rey las mismas proposiciones reproducidas tantas veces. Este pareció escucharlos con menos impaciencia, pidió tiempo para preparar su respuesta, y ofreció conferenciar él mismo con los jefes principales. Fijóse sitio para una entrevista, y á fin de prevenir toda traicion fue convenido que se encontrarian en campo raso veinte caballeros de cada parte, armados de todas piezas, y que ninguno llevaria lanza (2), salvo el rey y el infante de Aragon, colocado naturalmente por su nacimiento á la cabeza de los confederados. El dia fijado se hallaron las dos tropas frente á frente cerca de Tejadillo, aldea situada á igual distancia de Toro, que estaba por el rey, y de Morales, pueblo ocupado por el ejército de la liga. Todos los jefes de los confederados estaban presentes, revestidos sobre sus armaduras de sobrevestas blasonadas, viéndose á su cabeza los dos infantes de Aragon, el conde D. Enrique, don Fadrique, D. Tello, D. Fernando de Castro y D. Juan de la Cerda, sin olvidar á Fernando Perez de Ayala, padre de nuestro cronista, y tampoco á este último, que muy

(4) Ayala.

(2) Difícilmente comprendo el objeto de esta restriccion si se trataba de la lanza, arma ordinaria de los caballeros en el Norte de Europa; pero creo que debemos entender por «lanza» la javalina ó venablo, arma de tiro muy en uso entre los caballeros españoles.—Sobre el número de caballeros presentes á la entrevista hay una variante en los dos principales manuscritos de Ayala. La «Crónica Vulgar» dice cincuenta, y la «Abreviada», que copio como mas antigua, veinte solo. Es probable que la vanidad de algunas grandes casas se haya complacido en aumentar el número de los representantes de los dos partidos.

jóven entonces servia de paje al infante y llevaba su lanza. Todos saludaron al rey y le besaron la mano, segun era costumbre. Es probable que al proponer esta entrevista D. Pedro querria ensayar el efecto que produjera su presencia en hombres habituados á respetarlo; pero sea que padeciese su orgullo en tratar de igual á igual con súbditos armados contra él, sea que se creyese menos ligado por promesas dadas por otra boca que no la suya, es lo cierto que encargó á Gutier Fernandez de Toledo que llevase la palabra en su nombre. Tenia este motivos de queja contra el rey por haberlo privado de su destino de camarero; pero sin embargo le permanecia fiel, y al escogerlo D. Pedro por su orador tal vez queria presentarlo como ejemplo á los rebeldes. Gutier Fernandez comenzó por deplorar el estravío de tantos buenos caballeros, que olvidando los beneficios de su príncipe affligian al reino con su desobediencia, y en seguida declaró que «bajo el vivo interes que demostraban por la reina Blanca el rey no habia tenido trabajo en descubrir su envidia contra los parientes de María de Padilla; que esto era, lo confesasen ó no, la verdadera causa de su rebellion; pero debian saber que los reyes eran libres en elegir sus consejeros, y que á ellos solos correspondia recompensar los servicios de sus vasallos. Además el rey tenia favores para todos sus súbditos fieles, y nombrándolos para los grandes oficios de su corona haria ver muy bien su munificencia y su imparcialidad. En cuanto á la reina Blanca el monarca se comprometia á tratarla con honor, como á su esposa y como á reina de Castilla.» Tales fueron las únicas promesas, ó mas bien las esperanzas que consintió dar D. Pedro, reservándose tal vez interpretarlas un dia á su manera, y se congratulaba con que satisfarian á la mayor parte de los confede-

rados, á lo menos á los que no habian perdido todo el respeto á la autoridad real. Al terminar su discurso Gutier Fernandez de Toledo se dirigió al rey y le preguntó: «Señor, ¿es esto todo lo que me mandais decir?» El rey contestó afirmativamente, y entonces se apartaron un momento los jefes de los confederados para deliberar entre sí. Esperaban ellos que el rey se explicaria por sí mismo, y sorprendidos y resentidos sin duda al ver que para ello se habia remitido á uno de sus caballeros para hacer conocer sus intenciones, quisieron igualmente que otro de su comitiva se encargase de su respuesta, recayendo la eleccion de este en Fernando Perez de Ayala, cuyo discurso, que nos ha conservado su hijo, prueba que los confederados no presumieron demasiadamente del talento de su orador. Contemplando con destreza el orgullo del rey Ayala se esforzó por justificar el alzamiento de los coligados; evitó con intento explicarse sobre la despedida de la favorita y sus parientes, y con mas cuidado todavía pasó sobre las pretensiones de los que aspiraban á reemplazar á los Padilla en el timon de los negocios; pero insistió con mucha fuerza sobre la afrenta hecha á tantos ricos-homes convocados en Valladolid para el matrimonio del rey, quienes salieron garantes de él en cierto modo con respecto á la Francia. Recordó la deposicion y la injusta muerte del maestre de Calatrava, Nuñez de Prado, y la agresion sin motivo contra Alburquerque cuando por amor á la paz habia consentido en dar en rehenes á su hijo único y en desterrarse él mismo. Este tratamiento contra dos súbditos fieles despues de tantos servicios prestados al principe y al pais habia debido asustar á toda la nobleza, que ya temia á su rey, ó mas bien á los consejeros que eligiera: que el rey se dignase tranquilizarla, y volveria á hallar en sus ricos-homes la lealtad y el amor

que siempre le conservaban como á su señor natural. Fernando Ayala concluyó proponiendo remitir la solución definitiva de la controversia á ocho caballeros nombrados por las dos partes, y á ejemplo del orador del rey preguntó á los señores que lo rodeaban si habia espresado con fidelidad su pensamiento. Todos respondieron que aprobaban sus palabras y ratificaban sus proposiciones, y habiendo prometido D. Pedro nombrar sus cuatro árbitros el infante D. Fernando y sus compañeros se despidieron de él con las mismas señales de respeto que habian manifestado á su llegada (1).

Así terminó la solemne entrevista de Tejadillo, que como vemos no producía ningún cambio en la situación. Probablemente el rey se habia imaginado que los rebeldes iban á caer á sus plantas entregándose á su merced, como en Cigales; mas viendo decaída esta esperanza solo conservó de la conferencia recuerdos amargos y un odio mortal contra todos los hombres que con las armas en la mano le habian dado austeros consejos y dirigido demostraciones libres. Los nombres de estos veinte caballeros súbditos suyos que se habian colocado frente á frente de su soberano poniendo condiciones á su obediencia no salieron jamás de su memoria, y tal vez este mismo día hizo el juramento de tomar una venganza terrible. De regreso á Toro lejos de nombrar los árbitros como habia prometido solo pensó en proseguir las negociaciones secretas entabladas ya con algunos de los coligados, y acercándose entre tanto el invierno se congratulaba con que conseguiría la disolución del ejército enemigo. Estaba el país devastado, y de una parte y otra se hallaban tan poco dis-

(1) Ayala.

puestos como antes á poner fin á esta guerra sin combates, que arruinaba á Castilla tanto como una invasion extranjera.

VII.

El rigor de la estación y la falta de viveres obligaron á los confederados á abandonar su posicion de Morales para dirigirse á la parte de Zamora, y su ejército desfiló al frente de las murallas de Toro con lentitud y en buen orden, demostrando el crecido número de sus banderas; mientras que el rey, fuera de las trincheras y con un corto número de caballos, la observaba y parecia pasarle revista. El batallón de los vasallos de Alburquerque atraía todas las miradas. Fieles á su juramento llevaban en medio de sus estandartes el cuerpo de su señor en un féretro cubierto de un paño de oro, y al pasar por delante de los muros de Zamora la mayor parte de los jefes echaron pie á tierra y llevaron el féretro en pompa sobre sus hombros, como para insultar al rey por este honor rendido á los restos de su enemigo. En cuanto se perdió de vista el ejército, persuadido D. Pedro de que se habia desembarazado de él por largo tiempo galopó con un centenar de caballos solamente hasta el castillo de Uruña, donde habia establecido á su querida; porque en aquellas circunstancias evitaba presentarse públicamente con ella en una gran ciudad, dejando en Toro sus arcas y su pequeño ejército á las órdenes de su madre, que desde su vuelta de Portugal siempre permanecia á su lado. En todas ocasiones debia ver el desgraciado príncipe engañada su confianza. Hacia algun tiempo que la reina madre andaba en tratos con los jefes de la liga, y apenas supo la marcha del rey para Uruña cuando informó de ella á los infantes de Aragon, invitándolos á que fuesen lo mas pronto posible,

con la promesa de entregarles la ciudad. Era esto concluir la guerra, porque Toro encerraba los últimos recursos del rey: los coligados no perdieron un momento, y una marcha nocturna los llevó delante de la plaza, cuyas puertas se abrieron al instante. Sin almacenes y sin dinero solo tuvo desde entonces D. Pedro un centenar de soldados por ejército y por asilo un castillo que no podía sostener un sitio de algunas semanas. Llenos de confianza los confederados viendo á la reina madre declararse por ellos contra su propio hijo ya renunciaban á esos respetos que siempre habian demostrado en sus negociaciones con el rey, á quien enviaron, no ya proposiciones de acomodo, sino la intimacion de presentarse sobre la marcha en Toro para arreglar allí los negocios del reino (4).

Desanimado por esta última traicion y viéndose, por decirlo así, entregado por su madre á los rebeldes, D. Pedro tuvo consejo con el pequeño número de servidores que no lo habian abandonado; eran estos D. Diego de Padilla, maestre de Calatrava y hermano de la favorita, Juan de Hínestrosa, su tío, y Gutier Fernandez de Toledo. Parecia imposible prolongar la lucha; casi todo el reino estaba sublevado, y si algunas ciudades diferian aun su adhesion á la liga era dudoso que quisiesen acoger al rey presentándose como fugitivo delante de sus puertas. Padilla y Gutier Fernandez le aconsejaban sin embargo intentarlo todo antes de entregarse á merced de los coligados, quienes en la embriaguez de su triunfo podian lanzarse á los mayores excesos: uno y otro rehusaban ademas seguirlo á

(4) Ayala.—«Sumario de los reyes de España.»—Gratia Dei, en el «Semanario erudito.»

Toro, porque el primero habria tenido que responder del asesinato de Nuñez de Prado, su predecesor, y el otro temia que D. Enrique vengase en él la muerte de su madre, asesinada en el castillo de Talavera cuando él era su gobernador. Hinestrosa habló el último: «Los consejeros del rey, dijo, no piensan mas que en sí mismos cuando se trata de la salvacion de nuestro comun señor. Al punto á que han llegado las cosas todo es posible á los rebeldes; el reino es de ellos y pueden darlo al infante de Aragon, golpe que es necesario prevenir á toda costa. Que el rey conserve su corona con las condiciones que le dicten y que no piense en nosotros, pues tal vez su presencia en Toro imponga á los rebeldes, divididos ademas en objeto é intereses. Que trate de ganarse algunos para que le sirvan de apoyo contra los demas, y en cuanto á mi, que aconsejo al rey presentarse en Toro, yo lo acompañaré, y sea cual fuere el peligro que amenace al tio de doña María de Padilla jamás se dirá que ha vacilado en seguir á su señor (1).»

D. Pedro elogió su generosidad y siguió su consejo. Despues de haber procurado cuanto pudo para la seguridad de María de Padilla partió para Toro, acompañado únicamente de Hinestrosa, de su tesorero Simuel Leví y de su canciller privado Fernando Sanchez: entre todos los señores que formaban la pequeña corte de Urueña estos fueron los únicos que consintieron en seguirlo, y un centenar de oficiales inferiores ó de criados compusieron su escolta, todos sin armas y montados en mulas.

Instruidos de la marcha de este triste cortejo los jefes de los confederados salieron muy lejos á su encuentro, bien

(1) Ayala.

montados y revestidos con trajes magníficos, bajo los cuales dejaban ver sus armaduras, como para contrastar por este aparato guerrero con el humilde séquito del monarca vencido. Después de haberle besado la mano le condujeron á la ciudad con grandes gritos de alegría, haciendo corbetas enrededor suyo, persiguiéndose los unos á los otros y lanzándose cañas á la usanza morisca (1). Dícese que cuando D. Enrique se aproximó á su hermano para saludarle no pudo contener las lágrimas el infeliz monarca. «¡Que Dios os haga merced! exclamó: en cuanto á mí os perdono (2).» La reina madre y doña Leonor le aguardaban en el monasterio de Santo Domingo, donde le condujeron sobre la marcha sin atravesar la ciudad, temiendo sin duda que el pueblo se conmoviese al espectáculo de su rey prisionero. Acogióronlo las dos reinas como á un niño rebelde que vuelve á la casa paterna resignado á la correccion que espera por su desobediencia. «Sobrino, dijo la reina de Aragon: muy bien os sienta presentaros así en medio de todos los grandes de vuestro reino, no ya como antes, errando de castillo en castillo por huir de vuestra esposa legítima; pero no es vuestra la falta, jóven en años como sois, sino de esos malvados que se han apoderado de vos: de un D. Juan de Hinestrosa que veo aquí; de un D. Simuel Levi, y de otros semejantes suyos: ahora se dará buena orden para alejarlos y para colocar cerca de vos gentes de bien que cuiden de vuestro honor é interes (3).» El rey exclamó al instante que Juan de Hinestrosa no habia hecho mal alguno y que esperaba tratasen bien á un hombre que venia bajo su salvaguar-

(1) «Sumario» etc.

(2) «Sumario» etc.

(3) Ayala.

dia; pero fueron inútiles estas protestas. A la vista misma de D. Pedro arrestaron á sus fieles servidores en la mala fortuna: Hinestrosa fue remitido al infante D. Fernando y el judío á D. Tello. Al mismo tiempo significaban á D. Pedro que ya estaban provistos todos los oficios de su casa: D. Fernando de Aragon era gran canceller, y sobre la marcha se intimaba á Sanchez entregar los sellos de la corona: el infante D. Juan volvía á su cargo de alférez mayor de Castilla, haciéndose entregar los estandartes reales. El título de mayordomo mayor se habia devuelto á D. Fernando de Castro, que desde algun tiempo no hablaba de las injurias de su hermana, y D. Fadrique tomó el cargo de camarero, ó mas bien de carcelero del rey. Hasta entonces jamás se habian dado estas funciones á un personaje de su rango, y al confiarlas al maestre de Santiago demostraban los de la liga que querian poner á su cautivo un vigilante incorruptible. Despues de este repartimiento de los despojos del rey separaron á este de los oficiales ordinarios de su casa y le condujeron á un palacio del obispo de Zamora, cuya custodia encomendó D. Fadrique á D. Lope de Bendaña, aquel comendador de Santiago que algunos meses antes rehusaba recibir al rey en el castillo de Segura. Un escudero del maestre se acostaba todas las noches en la cámara de D. Pedro; sus guardias tenian orden de no perderlo de vista un solo instante, y nadie era admitido en su presencia sino con la autorizacion de don Fadrique. Desde este mismo dia fueron repartidos todos los empleos públicos entre los principales coligados, pues cada cual queria una recompensa y la demandaba con arrogancia como su parte de botin. D. Fernando de Castro ya habia hecho conocer la suya, que era la mano de doña Juana, hija natural del rey D. Alfonso y de doña Leonor de Guzman. En vano fue que D. Pedro protestase contra

esta unión, y tal vez el orgullo de los bastardos no sufría menos que el del rey; pero ejercía aun D. Fernando tanta influencia entre los confederados que hubiera sido peligroso faltarle á la palabra. El conde de Trastámara, como jefe de familia, dispuso de su hermana, y el matrimonio fue celebrado con gran pompa en la catedral de Toro. Casi inmediatamente despues tuvieron lugar con la misma magnificencia las exequias de Alburquerque, cuyos manes vengados ya podian al fin hallar el reposo despues de la victoria. La reina viuda de Aragon, D. Tello y una multitud de señores siguieron al fúnebre cortejo hasta el monasterio designado por el mismo Alburquerque para lugar de su sepultura (4).

La concordia que habia subsistido entre los conde y las señoras tuvieron un ensayo que combatió no podia de-
 ritarlo tiempo cuando ya solo se trataba de dividir
 las frutas de la victoria. Por mas cuidado que habian
 puesto en apartar del rey todos los hombres que le con-
 servaban una adhesion sincera pronto habia encontrado
 el medio de estar en correspondencia secreta con muchos
 de sus amigos: entre los nombres confederados habia mas
 de uno que tocado de lastima ó creyéndose mal recom-
 pensado de su rebelion pensaba en prepararse contra un
 cambio de fortuna y en hacer un mérito de su arrepenti-
 miento. Pastores algunos de los jefes de ver espantar su
 autoridad con la guerra civil conocian un poco tarde
 que era mas cómodo y mas seguro obtener la segunda
 plaza bajo el mando de un rey que la primera entre sus
 iguales. Por otra parte los condes aristocratas

IX.

Evasion de D. Pedro; conquista su autoridad.—1354—1356.

I.

LA concordia que habia subsistido entre los coligados mientras tuvieron un enemigo que combatir no podia durar largo tiempo cuando ya solo se trataba de dividirse los frutos de la victoria. Por mas cuidado que hubiesen puesto en apartar del rey todos los hombres que le conservaban una adhesion sincera pronto habia encontrado el medio de estar en correspondencia secreta con muchos de sus amigos: entre los mismos confederados habia mas de uno que tocado de lástima ó creyéndose mal recompensado de su rebelion pensaba en prepararse contra un cambio de fortuna y en hacer un mérito de su arrepentimiento. Pesarosos algunos de los jefes de ver espirar su autoridad con la guerra civil conocian un poco tarde que era mas cómodo y mas seguro obtener la segunda plaza bajo el mando de un rey que la primera entre sus iguales. Por otra parte los comunes, arrastrados un mo-

mento en la revuelta general, reconocian que nada habian ganado en destruir á favoritos odiosos, pues el poder no habia hecho otra cosa que pasar á mas codiciosas manos. Declarándose contra el rey habian aumentado la fuerza de los hombres á quienes con razon miraban como los enemigos mas peligrosos de sus antiguas libertades, y ahora se encontraban sin protectores, espuestos á la insaciable ambicion de la nobleza feudal. En cuanto á la reina Blanca, cuyo nombre servia poco antes de grito de guerra, ahora estaba olvidada por todos estos cumplidos caballeros que pretendian haberse armado únicamente por ella: el pueblo hubiera querido verla interceder por su esposo y ganar su amor y confianza; pero Blanca permanecia en Toledo. Era un niño que solo repetia palabras aprendidas, y nadie se cuidaba ya de hacerla representar un papel. En medio de esta multitud llena de ambicion y codicia se mostraba el rey arrogante y tranquilo; la desgracia le habia dado dignidad, y por todas partes comenzaban á sentirlo, á echar de menos su justicia y á escusar sus errores pasados; de modo que apenas parecia irrevocablemente perdida la causa real tomaba de nuevo su ascendiente en la pública opinion. Todos los partidos volvian sus miradas hácia D. Pedro, y aunque cautivo ejercia un poder que jamástuviera cuando todavia mandaba un ejército fiel.

Habíase dividido la liga en dos facciones; en la una estaban los infantes de Aragon y su madre, y en la otra los tres bastardos y su cuñado D. Fernando de Castro; y la reina madre, incapaz de mandar, por nadie era respetada. El espectro de doña Leonor de Guzman se elevaba entre don Pedro y sus hermanos como una barrera, obstáculo para toda reconciliacion. No eran los mismos motivos de odio los que alejaban del rey á los príncipes aragoneses, pues

ellos veían con ojo envidioso la creciente fortuna de los bastardos, y D. Juan sobre todo, casado con la hija segunda de D. Juan Nuñez, codiciaba la rica herencia de los Lara, poseída por D. Tello. Considerados un momento como jefes de la liga mientras que esta había tenido necesidad de oponer un gran número á las fuerzas del rey, no eran ya en tiempo de paz otra cosa que unos extranjeros que querían enriquecerse á espensas de Castilla. Todo indicaba al rey que debía volver sus ojos hácia los infantes de Aragon para buscar en ellos los instrumentos de su libertad; desde las primeras proposiciones que hizo los encontró dispuestos á separarse de sus aliados, y muy pronto solo tuvo que pensar en saber el precio que ponían ellos á su defección. De cuando en cuando era permitido al rey salir de la ciudad para cazar con halcones, y á pesar de la vigilancia de sus guardias el desórden inseparable de estas diversiones le proporcionaba recibir las cartas de sus partidarios y las ofertas de los señores descontentos de la liga. Su tesorero Levi, puesto duramente á rescate por D. Tello, había obtenido á precio de oro el permiso de volver á ver á su amo, y aun de acompañarlo en sus partidas de caza. Los diamantes que el judío había tenido el arte de salvar y los tesoros ocultos que todo el mundo le daba hacían de él un personaje importante en las negociaciones secretas que se arreglaban en la corte de Toro; no le faltaba tampoco ni valor ni destreza, y estando sinceramente unido á D. Pedro era por lo mismo el mas hábil y el mas activo de sus agentes. Gracias á sus cuidados se concluyó en los últimos dias del año 1354 un tratado entre los infantes de Aragon, la reina doña Leonor y el rey prisionero, en virtud del cual se comprometían aquellos á armarse contra los bastardos por precio de ciertos castillos y ricos domi-

nios. Antes de todo era preciso poner al rey en libertad. Aprovechándose D. Pedro de una espesa niebla salió muy de mañana de Toro con un halcón en el puño, como para ir de caza, acompañado de Leví y de su escolta ordinaria; es decir, de unos doscientos caballeros. Sea que estuviesen ganados sus guardias, sea que el rey imaginase algun medio para alejarlos de su persona, lo cierto es que pronto se encontró solo con el judío, y corriendo á escape por el camino de Segovia se hallaron en pocas horas fuera de alcance. Preténdese que este día mandaba D. Tello la escolta del prisionero y que favoreció su evasión seducido por magníficas promesas (4). Aunque esta version venga de una fuente justamente sospechosa es probable que se funde en alguna tradicion contemporánea, y en lo sucesivo la conducta de D. Pedro con respecto á D. Tello, á quien distinguió siempre de sus hermanos, da lugar á creer que recibió de él, en efecto, un señalado servicio. Por lo demas el número de señores ganados por el oro del judío y por las promesas de D. Pedro era ya bastante considerable, y vagamente instruidos los bastardos de estas negociaciones ya no sabian á quién fiarse, ni apenas osaban comunicarse sus inquietudes.

Al echar pie á tierra en el alcázar de Segovia, donde sin duda lo esperaban fieles servidores, el rey escribió á la reina madre pidiéndole su cancelleria y los sellos de la corona que se viera obligado á poner en sus manos; añá-

(4) «Sumario» etc.—Segun algunos el rey habia dado á D. Tello el señorío de Vizcaya, Aguilar de Campos y Asturias de Santillan. Pero D. Tello ya poseia la Vizcaya por parte de su mujer doña Juana de Lara. Para que la anécdota sea mas romancesca añaden que el rey escribió la donación sobre un pedazo de papel en una ermita cuando estaba de caza.

diendo con arrogancia que si rehusaban devolverlos él tenia dinero y hierro para fabricar otros nuevos (1). La reina María no se atrevió á desobedecer; ademas la alarma era muy grande en Toro, y cada cual atribuia la fuga del rey á una traicion. El tratado concluido con los infantes de Aragon era todavia un misterio; pero todos los jefes tenian sospechas los unos de los otros y se imputaban á porfia los proyectos mas pérfidos; ignorando por último los planes del rey, é inciertos ademas de sus recursos, se exageraban la importancia y la grandeza de ellos.

II.

No tardaron en revelarse á toda la España las condiciones del contrato concluido entre D. Pedro y sus carceleros. Al comenzar el año 1355 la reina doña Leonor salió bruscamente de Toro con sus hijos en direccion á la villa de Roa, de la cual tomó posesion en virtud de una orden del monarca: al mismo tiempo recibian los infantes el homenaje de muchas ciudades ó castillos segregados del dominio de la corona, todo lo cual era el rescate del rey que se les pagaba fielmente. En cambio cedieron ellos á D. Pedro las plazas de Orihuela y Alicante en el reino de Valencia, cesion en apariencia puramente nominal, porque desde muy antiguo inquietaba el rey de Aragon á sus hermanos en su derecho de soberanía sobre estas ciudades, por mas que les permitiese ejercerlo (2). Probablemente esperarían los infantes ocultar por esta preten-

(1) Ayala.

(2) Zurita.—Ayala.—Parece que los artículos del tratado de Atienza, relativos á los infantes de Aragon, jamás fueron fielmente observados por Pedro IV.

dida permuta su vergonzoso tratado con el rey de Castilla, y tal vez por una prevision singular el rey D. Pedro, que aun erraba fugitivo en sus propios estados, pensaba ya en ensancharlos á espensas de sus vecinos: ya veremos cómo supo mas tarde revindicar esta donacion que parecia irrisoria. Al mismo tiempo que los principes aragoneses un gran número de señores castellanos recibieron feudos, castillos y vastos dominios, y los mejor dotados fueron aquellos de quienes tenia el rey mas motivos de queja: Juan de la Cerda y Alvar de Castro, hermano de D. Fernando, obtuvieron donaciones inmensas, y todos estos ricos-homes, desertores de la liga como lo habian sido de la causa real, corrian ahora á Segovia con los infantes á su cabeza protestando su fidelidad y jurando obedecer en todo á un principe tan magnífico. Pero don Pedro no fundaba sus esperanzas en esta fidelidad tan caramente comprada, pues encontraba mas patentes y generosos recursos en los comunes unidos con franqueza y lealtad á su soberano. Pocos dias despues de su evasion convocó en Búrgos á los diputados de la nobleza y del pueblo: acompañado de los infantes y de los coligados convertidos se presentó en la asamblea, y despues de haberse quejado del tratamiento indigno que le habian hecho sufrir los rebeldes de Toro pidió que le ayudasen con hombres y dinero para reducir á la obediencia á la reina madre y á los bastardos, que turbaban con su rebellion la paz del reino y que habian osado atentar contra la libertad de su soberano.

Un gran cambio acababa de experimentarse en los ánimos: las desgracias del rey, su juventud y su firmeza prevenian á la asamblea en su favor. La mayor parte de los castellanos habian visto con indignacion la conducta de los confederados, y su gobierno de algunos dias bastó

para hacerles echar de menos el de los Padilla; de modo que los diputados reunidos en Burgos se mostraron solícitos en conceder al rey todas sus demandas, y es verosímil que los comunes obtuviesen en cambio una estension de sus privilegios y nuevas franquicias. ¿Podía mostrarse menos generoso para con las ciudades de su reino que para con sus grandes vasallos, de quienes tantas quejas tenía?

En vano se han buscado algunos detalles sobre las transacciones políticas que tuvieron lugar en Burgos, y no sé si esta reunion debe ser considerada como una asamblea solemne de las cortes, pues no se presentaron en ella los diputados del clero. En el momento en que por un cambio extraño de la opinion pública el pueblo se pronunciaba tan claramente en favor de este rey tan vergonzosamente abandonado poco antes, llegaba á España un legado del papa, portador de un breve apostólico que ponía en entredicho á Castilla y pronunciaba la ex-comunion contra D. Pedro, María de Padilla y Juana de Castro, como tambien contra los fautores de su comercio adúltero (1). Los obispos de Salamanca y Avila por haber sancionado un matrimonio sacrilego eran citados para ante la Santa-Silla, donde debian responder de su conducta. La ex-comunion, que fue fulminada en Toledo el 19 de enero de 1335, no parece haber alterado en nada las disposiciones del pueblo con respecto al monarca, escitando por el contrario la indignacion ahora que ya estaba reconciliado con sus súbditos; porque en todos tiempos han visto los españoles con repugnancia que los extranjeros se mezclen en sus negocios. Por otra parte, desde la traslacion á Avi-

(1) Rainaldi. «Ann. eccles.»

non de la Santa Sede habia perdido mucho de su prestigio á los ojos de la Europa, á mas de que sus rayos nunca fueron temidos en la península. La censura del papa tuvo probablemente por resultado impedir que los prelados del reino tomasen parte en las deliberaciones de Burgos; pero ni hizo perder al rey uno solo de sus partidarios ni disminuyó en nada el nuevo celo que en todas partes se manifestaba por su causa. D. Pedro respondió á la ex-comunion apoderándose de los bienes del cardenal Gilles de Albornozy y de los de algunos otros prelados; y devolviendo amenaza por amenaza anunció la intencion de confiscar las propiedades de los obispos que vacilasen entre él y el papa (1).

La rebelion de los coligados, la guerra de traiciones que fue su consecuencia, el corto cautiverio del rey, y los medios á que habia tenido que recurrir para obtener su libertad no podian menos de ejercer una influencia decisiva en su carácter. Las desgracias maduran á los hombres antes de tiempo, y la prision de Toro valió á don Pedro años de experiencia: vendido por todos sus parientes y por su misma madre se hizo suspicaz y desconfiado para todo el resto de su vida. De su cárcel sacaba odio y desprecio para toda esta nobleza, que despues de haberlo vencido se dejaba comprar bajamente el fruto de su victoria; pero tambien habia aprendido á conocer el poderio de sus adversarios, y todas las armas le fueron ya buenas para combatirlos: la astucia y la perfidia le parecieron represalias. Hasta entonces se habia mostrado violento é impetuoso; ahora supo ya componer su rostro y fingir olvido de las injurias hasta el momento de tomar

(1) Rainaldi.—Ayala.

de ellas venganza. Otras veces queria ser tan leal como justo; ya creyó que todo le era permitido contra grandes culpables. Una fuerte conviccion en la bondad de su causa hace que los hombres sean indiferentes en la eleccion de los medios para hacerla triunfar, y el rey tomó muy pronto por equidad lo que era odio. Las feroces costumbres de la edad media y la educacion que recibiera en medio de la guerra civil habian endurecido sus nervios al espectáculo y á la idea del dolor: con tal que fuese obedecido y temido poco le importaba ganarse la estimacion de hombres á quienes despreciaba. Destruir el poder de los grandes vasallos y elevar su autoridad sobre las ruinas de la tiranía del feudalismo, tal fue el objeto que se propuso y que prosiguió con terquedad inflexible.

III.

Los pueblos, como los individuos, parecen sometidos á crisis que la prudencia humana puede prever, pero que no sabria conjurar, y la historia ofrece una reproduccion tan frecuente de los mismos acontecimientos y de las mismas revoluciones que nos parece ver en ella el resultado de ciertas leyes fatales. Pocos años habian trascurrido desde que el fuego de la insurreccion se estendiera con espantable furia por todo el reino de Aragon; los ricos-hombres se habian coligado con los comunes contra su jóven soberano, y Pedro IV habia sido, como D. Pedro, prisionero de sus súbditos, y obligado como él á comprar su libertad á la avaricia de sus nobles. Fugado de su prision en un momento habia encontrado nuevas fuerzas, y el efímero triunfo de los rebeldes fue seguido casi al instante de su decaimiento, pues el poder real se acrecentó con esta prueba terrible. Ahora presentaba Castilla un espectáculo semejante: las mismas causas habian producido los mismos efectos, y los dos dramas que en sus peripecias

presentaban tantas conformidades debian tambien tener el mismo desenlace.

Apenas habian pasado tres meses desde que D. Pedro salió de Toro fugitivo acompañado de un solo servidor, y ya se veia á la cabeza de un ejército fiel y numeroso. Despues de haber despedido á los diputados reunidos en Búrgos tomó el mando de sus tropas y marchó derecho á los rebeldes, reducidos ahora á la faccion de los tres bastardos. En Medina del Campo preludió el rey aquella larga serie de venganzas, que sin duda habia meditado desde lo profundo de su prision: durante la semana de Ramos, dias que los cristianos consagran al arrepentimiento y á la penitencia, dos ricos-homes que habian formado parte de la tropa de los coligados en las conferencias de Tejadillo, Pero Ruiz de Villegas y Sancho de Rojas, fueron presos en su palacio á la hora de la siesta y asesinados inmediatamente sin forma de proceso: algunos otros que tomáran partido con los rebeldes, aunque sin representar un papel importante, fueron reducidos á prision y despojados de todos sus bienes. Lanzando esta declaracion de guerra á su nobleza facciosa avanzó el rey contra Toro y mandó el ataque de las trincheras, pudiendo conocer allí que el ejemplar terrible que acababa de hacer no bastaba para destruir inveterados hábitos de desobediencia. Uno de los caballeros de su casa, Fernando Ruiz Giron, murió en la primera escaramuza, y su hermano, Alfonso Tellez, reclamó como una herencia debida el empleo que el difunto obtuviera; pero el rey habia dispuesto ya de él, y furioso con su negativa Tellez Giron desertó del campo y se metió con sus gentes en la ciudad sitiada (1).

(1) Ayala.

Cuando Juan de Hínestrosa, que estaba prisionero en Toro, supo la marcha del rey, ofreció á la reina madre y al conde de Trastámara su intervencion para arreglar un acomodamiento pacífico, obteniendo salir de la ciudad, pero dejando en rehenes á muchos caballeros parientes suyos. Pero viéndose libre y en medio del ejército real olvidó su promesa y solo pensó en servir al resentimiento de su amo, sin cuidarse de los infelices que dejaba á merced de los coligados. La reina madre se mostró generosa y los envió á su hijo sin usar contra ellos de los rigores autorizados entonces por el derecho de la guerra.

Toro estaba demasiado bien fortificada para sucumbir á un ataque brusco, y despues de algunos dias de escaramuzas sin resultado, advertido el rey por sus adictos de que una parte de los vecinos de Toledo estaban dispuestos á declararse en su favor, levantó el sitio inopinadamente para correr hácia esta parte con el grueso de sus fuerzas, contando con ocultar el objeto de su marcha á los rebeldes y con llegar á las puertas de Toledo cuando todavía creyesen que estaba en el reino de Leon; pero penetrando D. Enrique el motivo de esta repentina retirada se puso al instante en campaña con un centenar de caballos. Demasiado débil para emprender nada contra el ejército del rey quiso unirse primero con D. Fadrique, que ocupaba á Talavera; mas para ir á esta necesitaba atravesar las elevadas gargantas de la cadena de Guadarrama, pasos siempre difíciles, y sobre todo á principios de mayo, época del deshielo. Los montañeses le prepararon una emboscada y lo atacaron de improviso en un peligroso desfiladero; muchos de sus ginetes fueron muertos ó cogidos, y el mismo conde no llegó á abrirse paso con espada en mano sino despues de un terrible combate. Pero tomó venganza á la mañana siguiente: reunido á

los caballeros de Santiago sorprendió y saqueó el pueblo de Colmenar, cuyos habitantes lo habían maltratado mucho en el encuentro de la vispera. Todos estos infelices fueron impiamente pasados á cuchillo, y al retirarse los dos hermanos solo dejaron un monton de cenizas. Así se vengaban los ricos—hombres de los pobres campesinos que defendían sus cabañas (1).

El rey por una parte y el conde y D. Fadrique por otra se dirigian á Toledo, cuyos habitantes estaban divididos: unos llamaban á D. Pedro y otros á los bastardos; pero la gran mayoría de ellos deseaba permanecer neutral y cerrar sus puertas á entrambos partidos. Retirada en el alcázar la reina Blanca veía con terror que se acercaba su marido, y probablemente favorecía con su influencia á la faccion adicta á la liga. Como el rey y el conde de Trastámara salieron casi al mismo tiempo de Toro se encontraron uno y otro en los primeros dias de mayo acampados á poca distancia de Toledo, el primero en Torrijos y el otro en Talavera. Espiando cada cual á su adversario esperaba sorprender la plaza por medio de las inteligencias que mantenía dentro de ella.

Circunda á Toledo por tres partes el Tajo, que corriendo por un canal muy profundo describe una especie de herradura alrededor de sus murallas. Dos puentes echados sobre el rio dan acceso á la ciudad, uno al Oeste, llamado de San Martín, y al Este el de Alcántara, contruidos ambos de piedra y coronados de tres altas torres, por las cuales es preciso pasar sucesivamente para llegar á las puertas principales del recinto murado. Cubiertos por el Tajo el conde y el maestre de Santiago, y

(1) Ayala.

ocultando su marcha á favor de las tinieblas, se presentaron al alba delante del puente de San Martín diciendo que iban á defender la ciudad amenazada por el rey. Preciso fue parlamentar con los vecinos que guardaban las torres; y despues de alguna vacilacion, fiel á su politica el consejo del comun envió refrescos á los dos bastardos y á su tropa, pero rehusando admitirlos en la ciudad. Ellos protestaron que su intencion era proteger á la reina Blanca de los furors de su marido; pero el concejo insistió en prohibirles la entrada en las murallas. «Nada tiene que temer la reina en medio de nosotros, decian los magistrados de Toledo; nuestras murallas son altas y sabremos guardarlas bien nosotros solos; ademas, ya hemos enviado diputados al rey, y no trataremos con él sin estipular para vosotros honrosas condiciones.» Estas conferencias duraron bastante tiempo á la entrada del puente, y entre tanto muchos caballeros toledanos de la comitiva del conde, abocándose con los habitantes de su partido, formaban el complot de sorprender la ciudad por otra parte. Al ponerse el sol hizo D. Enrique ademan de retirarse; pero haciendo un largo rodeo en un profundo silencio fue á emboscarse en la Huerta del Rey, delante del puente de Alcántara, cuya guardia habian tenido el arte de hacerse confiar sus adictos. Al dia siguiente, 7 de mayo, á la hora de la siesta, cuando el calor retenia á casi todos los habitantes en sus casas, los hombres de armas del conde se precipitaron á la entrada del puente de Alcántara, cuyas torres les entregaron al instante: la puerta de la ciudad estaba abierta ó tan negligentemente guardada que fue sorprendida al mismo tiempo, y á escepcion de los habitantes que estaban en el complot nadie sospechó este atrevido golpe de mano hasta que los soldados de los bastardos se estendian por las calles con

banderas desplegadas y dando su grito de guerra. Al instante se levantó un espantoso tumulto: algunos vecinos se unen á las tropas del conde, otros se precipitan en el alcázar ó se parapetan en la Judería, separada segun costumbre del resto de la ciudad por una alta muralla, y los partidarios del rey le despachan apresuradamente correos á Torrijos para que al instante volase en socorro de su capital amenazada de las mas terribles desgracias. Entonces presentaba Toledo un extraño espectáculo. Cada uno de sus barrios estaba en poder de una faccion: la reina Blanca, perdida en el alcázar, no osaba dar orden alguna, ni podia contar tampoco con la obediencia de los habitantes refugiados cerca de ella y llenos de indignacion por la sorpresa de su ciudad. En vano pretendieron los dos bastardos apoderarse de los puestos que resistian aun, pues apenas entraron en la ciudad sus feroces soldados cayeron como un torrente sobre la Alcana, barrio poblado tambien por los muchos israelitas que habitaban en Toledo. Pasaban los judios por ser adictos á la causa del rey y estar favorecidos por él, quizás porque tenia un tesorero de su religion; pero su mayor crimen se fundaba en ser comerciantes y en tener dinero y preciosas mercancías. Conducidos por el populacho cristiano los mercenarios del conde y del maestre destruyeron las tiendas saqueándolas, y sacrificaron á todos los que se presentaban á su rabia sin distincion de sexo ni de edad. En algunas horas, segun se dice, mil doscientos judios fueron degollados de este modo en la Alcana; pero entre tanto los de la gran Juderia, ayudados por algunos caballeros ó vecinos cristianos, permanecian firmes detras de su muralla, y el resto del dia y toda la noche se pasaron en un desorden horrible.

Al primer aviso de sus partidarios salió el rey de

Torrijos con su pequeño ejército, y marchando toda la noche despues de haber vadeado el Tajo llegó el 8 de mayo al amanecer al puente de San Martín, frente á la Gran Judería. Este puente estaba en poder de los coligados, y habiendo cesado el saqueo á causa del peligro habian ya volado en su defensa. En este momento estaban muy bajas las aguas del Tajo á consecuencia de una sequedad estraordinaria, y disminuida ademas la anchura del rio por muchas máquinas colocadas en la orilla opuesta á la ciudad que servian para el riego. Desde lo alto de sus muros los judíos arrojaban cuerdas á los soldados del rey que las fijaban en estas máquinas, y agarrándose á ellas pasaban el rio, aunque lentamente y uno por uno. Al mismo tiempo hacia D. Pedro atacar la cabeza del puente. Desde que el vigía señaló la proximidad del rey, D. Enrique y D. Fadrique corrieron á las torres de San Martín para animar á los soldados con su presencia y con su ejemplo; pero no teniendo la torre principal ni almenas ni parapetos no podia proteger á sus defensores contra los ballesteros de D. Pedro, quienes en algunos instantes barrieron la plataforma. En vano intentaron los mas valientes caballeros de Santiago y de Calatrava mantenerse firmes entre un diluvio de flechas, pues heridos la mayor parte se vieron obligados á abandonar un puesto tan peligroso. Mientras que se encarnizaba el combate en la cabeza del puente de San Martín trescientos hombres de armas del rey habían pasado el Tajo de la manera dicha; y recibidos en la Gran Judería hacian una brecha en el muro y se disponian á caer por la espalda sobre la tropa del conde, que ya desanimada comenzaba á retroceder y á buscar un asilo en las iglesias. Nadie se atrevia ya á sostenerse en la torre, pues la puerta maciza, contra la cual habian apiñado los realistas sarmientos y leña seca, es-

taba incendiada y pronto iba á proporcionárles paso. Los dos bastardos entonces, viéndose á punto de ser forzados tocaron retirada, y á la cabeza de cerca de ochocientos ginetes reunidos con precipitacion salieron de Toledo por la puerta de Alcántara en el momento mismo en que el rey penetraba en la ciudad por el puente de San Martin con dos mil quinientos hombres de armas, poco mas ó menos, y seiscientos ginetes. Quería atravesar rápidamente la ciudad y destruir á sus hermanos antes que la noche, que se venia á mas andar, cubriese su retirada; pero no habia mas disciplina en su ejército que en el de los rebeldes; desbandados sus hombres forzaban las casas y se entretenian en saquear en vez de perseguir á los fugitivos. Poco acompañado el rey buscaba á su enemigo en las tortuosas calles de Toledo, queriendo absolutamente combatir.

Entre tanto los dos bastardos se retiraban sobre Talavera, obligados á describir alrededor de la ciudad un semicírculo que los llevaba al mismo camino que habia traído el ejército real. A la entrada del puente de San Martin vieron los bagajes del rey todavía fuera de las torres y escasamente guardados, porque no esperaban ver que el enemigo apareciese por el lado en que acababa de ser batido. Inmediatamente se precipitaron sobre aquella masa confusa de carros y de bestias, desbarataron la escolta, y despues de algunos momentos dados al pillaje continuaron su retirada con la mayor precipitacion. El rey los persiguió algun tiempo y no volvió á Toledo sino ya muy cerrada la noche, furioso por no haber podido alcanzarlos (1).

(1) Ayala.

Dueño ya de la ciudad, porque el alcázar al instante se habia declarado por él, D. Pedro se mostró tan inexorable como lo habia sido en Medina del Campo. Fernando Sanchez de Rojas, uno de los veinte coligados de la entrevista de Tejadillo, que fue herido en el ataque del puente de San Martin, y Alfonso Gomez, comendador de Calatrava, que no habia podido huir de Toledo, fueron asesinados en el momento de ser reconocidos: toda la gente herida que el enemigo habia abandonado en las casas fue degollada, y muchos nobles de Toledo enviados cautivos á fortalezas lejanas, lo mismo que el obispo de Sigüenza, D. Pedro Barroso, cuyo palacio fue entregado al saqueo. Todos los bienes de los prisioneros fueron confiscados y veinte y dos vecinos fueron públicamente decapitados como fautores de la rebelion. En el número de los infelices condenados á muerte se contaba un platero de mas de ochenta años de edad, y su hijo se arrojó á los pies de D. Pedro suplicándole morir en lugar de su padre. Si hemos de creer á Ayala esta permuta horrible fue aceptada por el rey y por el mismo padre.

Las primeras órdenes de D. Pedro fueron para hacer ocupar el alcázar por sus soldados y para asegurarse de la persona de la reina Blanca, á quien no quiso ver; y como si temiese que una casualidad lo llevase á su presencia se hospedó en una casa de la ciudad. Pocos dias despues conducia Hinestrosa á la infortunada Blanca al castillo de Sigüenza, del cual era señor desde que los dominios del obispo Barroso fueron confiscados y repartidos entre los favoritos del rey. Mientras que la reina cambiaba de cárcel escribia D. Pedro al padre santo para informarlo del éxito de sus armas, diciéndole que se habia unido á su esposa y que la trataba con honor. Es-

ta mentira impudente parece haber engañado al papa, que le contestó con una carta afectuosa exhortándolo á continuar por tan buen camino (4); y para dar el rey mas apariencia á su engaño ponía el mayor cuidado en no presentarse en público con Maria de Padilla. Ya no le seguia esta en sus expediciones; vivia retirada afectando una gran reserva, y satisfecha de la realidad de su poder ocultaba con cuidado las demostraciones exteriores: de este modo la esperiencia precoz que dan las revoluciones habia enseñado la hipocresía á estos jóvenes de veinte años.

Batidos en Toledo D. Enrique y su hermano no se creyeron seguros en Talavera y fueron á encerrarse en los muros de Toro, llamados ademas por la reina Maria, que juzgaba no tardaria mucho el rey en volver sus armas hácia esta parte. «Yo os recibí en mi ciudad hace algunos meses, les escribia la reina: por vosotros me he perdido para con mi hijo, y justo es que ahora vengais á socorrermé.» En efecto, dejando D. Pedro á Toledo, espantado de sus terribles venganzas, tomaba lentamente la vuelta á Toro con fuerzas considerables, deteniéndose en el camino delante de Cuenca, ciudad de alguna importancia ocupada por Alvar de Albornoz, ayo de D. Sancho, hijo natural del difunto rey D. Alfonso y de doña Leonor, niño entonces de catorce años. El rey quiso que se lo entregasen; pero despues de un sitio de quince dias y apremiado por el tiempo se contentó con exigir de Albornoz el juramento de no tomar parte alguna en las hostilidades: con esta promesa continuó su marcha y se presentó á mediados del verano delante de Toro, donde los dos

(4) Breve de Inocencio VI de 8 de julio de 1355.—Ayala.

bastardos habían concentrado la mayor parte de sus fuerzas. Allí se habían dado cita de todos los ángulos del reino un gran número de ricos-homes y de caballeros que aun estaban por la liga, y entre los cuales se notaba Rui González de Castañeda, cuñado de Garci Laso de la Vega, jefe de la facción de Lara, Pero Estébanez Carpentero, elegido maestro de Calatrava después de la muerte de Nuñez de Prado, su tío, por algunos caballeros de la orden, que protestaban de este modo contra el nombramiento de Diego de Padilla; el portugués Martín Telho, que pasaba por el afortunado amante de la reina María, y, por último, Alfonso Tellez, desertor reciente del ejército real. Todos los que se hallaban demasiado comprometidos para esperar su perdón del rey no habían creído poder encontrar otro asilo mas seguro: sus tropas reunidas ascendían á cerca de mil doscientos hombres de armas, sin contar una infantería numerosa y los vecinos de la ciudad. La ciudad era fuerte, defendida por el Duero, bien provista, y todo anunciaba una resistencia larga y obstinada.

IV.

Eran menester en esta época mucho tiempo y gastos para reunir el material de un sitio; es decir, madera para las máquinas, instrumentos de pico, efectos de campamento y provisiones de guerra y boca: nada de esto podia improvisarse, especialmente en la situacion del erario del rey. Siguiendo las prácticas de la guerra en la edad media fue á establecerse en Morales, aldea poco apartada de Toro, donde los confederados habían tenido su cuartel general cuando bloqueaban esta plaza. Desde aqui enviaba sus caballeros á *hacer armas*; es decir, á escaramucear en las trincheras de Toro, y muchas veces guiaba él

mismo pequeñas expediciones contra los castillos de las cercanías ocupados por los rebeldes; unas veces vencedor y otras rechazado engañaba su impaciencia por estas incasantes correrías; dos veces por semana (1) desplegaba todas sus fuerzas delante de los muros de Toro, cambiábanse algunas flechas, se rompían lanzas durante algunas horas, y por la noche se tocaba retirada por ambas partes; esto se llamaba hacer la guerra. Por otra parte, ninguna medida se había tomado para estrechar á los rebeldes ni para interceptarles sus comunicaciones, pues recibían refuerzos y enviaban partidas á talar los campos bastante lejos de su fortaleza. Durante una ausencia momentánea del rey salió D. Enrique para Galicia, donde hacía muchos meses que le precediera Fernando de Castro, que ahora parecía muy indiferente hácia la liga y que vivía en mala inteligencia con sus cuñados, porque, según decía, trataban de romper su matrimonio. D. Enrique anunciaba que volvería pronto conduciendo á sus aliados un ejército numeroso; pero los que conocían la prudencia precoz del joven príncipe sospechaban que, confiando poco en las fuerzas de su partido, solo pensaba en sí mismo y no quería encerrarse en una plaza que los azares de la guerra podían hacer caer de un momento á otro en manos del rey. Ya cuando D. Pedro se había dispuesto á atacar á Gijón en 1352 en vez de esperarlo el conde se había retirado á las montañas, cuidando tener siempre una retirada segura; y persuadido de que no hay plazas inexpugnables miraba como ley no confiar jamás su fortuna á las murallas.

Mientras que así guerreaban alrededor de Toro, el in-

(1) Ayala.

fante de Aragon, D. Juan, atacaba á D. Tello en Vizcaya. Aunque el infante estuviese personalmente interesado en la conquista de esta provincia, porque casado con la segunda hija de D. Juan Nuñez de Lara se congratulaba con que el señorío de Vizcaya le seria devuelto si llegaba á arrojar de él á D. Tello, las operaciones militares fueron conducidas flojamente y las tropas reales no obtuvieron ninguna ventaja. Compuestas en su mayor parte de caballería (1) tenian una gran desventaja en un pais de montañas, cuyos habitantes, naturalmente atrevidos y belicosos, eran invencibles cuando combatian por sus hogares. Pero el mayor obstáculo á los progresos del rey era el mal estado de su hacienda. Simuel el Leví tuvo el arte de crear nuevos recursos á su amo, y á pesar del general desórden consiguió procurarle dinero y aun reunirle un tesoro, lo cual pasaba en esta época por la mayor prueba del genio de un financiero. La anécdota siguiente referida por Ayala hará conocer los medios bastante vulgares empleados por el judío para llenar las arcas del rey.

D. Pedro se divertia una mañana en jugar á los dados en su cuartel de Morales. Delante de él estaba abierta su caja militar, que tambien era su bolsa de juego, y que contenia veinte mil doblas. «Oro y plata, dijo el rey con tono melancólico: hé aqui todo mi haber.» Concluido el juego Simuel llamó aparte al rey y le dijo: «Señor, hoy me habeis hecho una afrenta delante de toda la corte; pues siendo yo vuestro tesorero, ¿no es una vergüenza para mí que mi señor no sea rico? Pero hasta el presente vuestros arrendadores han contado con vuestra indulgencia y facilidad; mas ya que estais en edad de reinar por vos mismo;

(1) Ayala.

ya que toda la Castilla os ama y os teme, tiempo es de poner fin al desórden. Autorizadme únicamente para tratar con vuestros hacendistas; confiadme dos de vuestros castillos, y os garantizo que antes de mucho tendreis en cada uno un tesoro que valdrá mas que el contenido de esa cajita.» Nadie dudará que D. Pedro se apresuró á dar á Simuel sus plenos poderes y los castillos que demandaba, no sin razon, porque entonces era necesaria una fortaleza bien murada para guardar un tesoro. Hé aquí cómo cumplió su palabra el judío: Era costumbre pagar las rentas de los oficios de la corte y las pensiones en libranzas contra los arrendadores del rey; pero estos no satisfacian de ordinario mas que una parte de la suma, y cuando las reclamaciones para obtener el resto no estaban apoyadas por la fuerza siempre eran completamente vanas. Sostenido Levi por su amo, teniendo hombres de armas, carceleros y verdugos á sus órdenes, exigió los atrasos sin admitir excusa alguna; y por medio de astucias ó amenazas consiguió el pago íntegro, mas pronto de lo que podia esperarse. Al mismo tiempo ofrecia á los acreedores del rey la mitad de sus atrasos con la condicion de que darian finiquito del resto; y la mayor parte de ellos, que para siempre creian perdidas aquellas cantidades, aceptaban con alegría el partido propuesto, teniéndose por muy afortunados con obtener la mitad de sus créditos. Este medio, que hoy se calificaria de bancarota fraudulenta, pero sobre cuya lealtad nadie disputaba entonces, produjo en poco tiempo al rey considerables sumas y le dió la mas alta opinion de su tesorero. Simuel el Levi supo ademas restablecer el órden en la administracion, dando los cargos de arrendadores á judíos inteligentes que al instante le hicieron adelantos enormes: en poco tiempo se puso la hacienda de D. Pedro bajo un nue-

vo pie y se vió el soberano mas rico de toda la España.

V.

Solo despues de dos meses y medio pasados en Morales fue cuando, terminados ya todos los preparativos, pudo el rey aproximarse á Toro y comenzar el sitio: este retardo no habia sido inútil, pues la guarnicion estaba sensiblemente disminuida, primero por la retirada del conde don Enrique y luego por deserciones continuas. Ademas de esto entre los ricos-homes encerrados en la plaza habia un gran número que alarmados por los progresos del rey se mostraban dispuestos á tratar de su capitulacion particular. Estando así las cosas vino el ejército real á situarse en la orilla izquierda del Duero, enfrente de un puente fortificado que daba acceso á la ciudad y defendido por la parte del campo por una gruesa torre. Levantáronse rápidamente fortificaciones para envolver esta obra avanzada, y balistas, catapultas y todas las máquinas de guerra que se usaban en esta época fueron colocadas en batería para rendirla.

Entre tanto continuaba la guerra de escaramuzas, no solamente alrededor de Toro, sino tambien en Vizcaya, en Estremadura, y sobre todo en las cercanías de Talavera, encomienda importante de Santiago ocupada por los caballeros que obedecian á D. Fadrique y atacada por aquellos que reconocian á García de Villagera por jefe de la órden. De este modo se veian á un tiempo dos maestros de Santiago y otros dos de Calatrava, y divididas estas órdenes como todo el reino se hacian una guerra cruel.

Rara vez eran afortunadas las armas del rey cuando no estaban sostenidas por su presencia. Juan Rodriguez de Sandoval, lugarteniente suyo delante de Palenzuela, fue

batido y muerto en una emboscada, y poco tiempo despues perdió Villagera la vida en un encuentro contra Gonzalo Mexia delante de Talavera. Llamó la atencion que el rey no quisiese darle sucesor por el momento, y dejando vacante la plaza de maestre de Santiago parecia anunciar la esperanza de reducir á su hermano á la obediencia, puesto que en cierto modo era dejar la puerta abierta á un arreglo el no disponer de un cargo, objeto de tantas ambiciones. D. Pedro pretendia siempre ejercer la misma influencia en las elecciones de las órdenes militares, y habiendo muerto el maestre de Alcántara, Perez Ponce de Leon, á principios del otoño de 1355 obligó á los comendadores á que nombrasen á Diego de Zaballos, pariente de Hinestrosa, por mas que no fuese caballero de la orden (1). Sin embargo, dos meses despues se arrepintió de esta eleccion, y aprovechándose del rumor de que Zaballos trataba con los rebeldes de Palenzuela lo hizo prender, rompiendo al instante la eleccion, dándole por sucesor á Suero Martinez, claverero de la caballería de Alcántara (2).

A fin de noviembre de 1355, y en el momento en que los sitiadores redoblaban sus trabajos con la mayor actividad, el cardenal Guillermo, diácono de Santa María in Cosmedin, llegó al campamento del rey con plenos poderes del padre santo, no solo para efectuar una reconciliacion entre el monarca y su esposa, sino tambien para terminar

(1) La hija de D. Diego de Zaballos, doña Elvira, era madre del cronista Pero de Ayala. «Torres y Tapia, Crón. de Alcánt.»

(2) Despues de detenido Zaballos algun tiempo en un castillo custodiado por Hinestrosa llegó á escaparse refugiándose en Aragon. —Rades, «Crón. de Alcánt.—Ayala.—Segun Torres y Tapia Zaballos volvió á la gracia de D. Pedro y obtuvo otro empleo.

por medio de una paz durable la guerra civil que desgarraba á Castilla y para reclamar la libertad del obispo de Sigüenza, cautivo en el castillo de Aguilar desde la toma de Toledo. Aunque recibido con grandes honores no tardó el legado en conocer que el rey, á pesar de toda su deferencia afectada por el enviado de la Santa-Silla, estaba resuelto á no admitir ninguna intervencion extranjera entre sus súbditos rebelados y su soberano. Al mismo tiempo que rechazaba de una manera perentoria las ofertas hechas por el legado de interponer su autoridad para conseguir la sumision de los rebeldes, se complacia en demostrar los mayores miramientos hácia su carácter y su persona. Concedió sin reparo alguno la libertad del obispo de Sigüenza, pero intimándole la orden de salir del reino; y en cambio obtuvo del cardenal el alzamiento de la ex-comunion y entredicho fulminados en Toledo (1). La presencia del legado en nada contuvo las operaciones del sitio, pues por el contrario parecia que las apresuraba con mayor vigor. La torre que defendia el puente del Due-ro fue arruinada el 4 de diciembre por los ingenieros del sitiador y tomada despues de un encarnizado combate, donde se distinguió D. Diego de Padilla, que al escalar la brecha tuvo un brazo roto por una piedra lanzada, segun se dice, por su rival Estébanez Carpintero, que se llamaba á si propio maestro de Calatrava (2). Tomada la torre comenzaron los sitiados á perder el valor. Los soldados extranjeros encerrados en la plaza estaban mal pagados y mantenidos, y los vecinos que vendian á exorbitante precio las provisiones almacenadas en abundancia murmu-

(1) Ayala.—Rainaldi, «Ann. eccles.»

(2) Ayala.—Rades, «Crón. de Calatrava.»

raban en voz alta de la obstinacion de los señores, cuya codicia prolongaba una guerra desastrosa y arruinaba al pais. Entre los jefes de los coligados, unos, en pequeño número, insistian en prolongar la resistencia; otros opinaban por implorar la clemencia del rey, y algunos escribian secretamente á sus amigos ó parientes del ejército real solicitando su perdon y prometiendo entregarse tan pronto como estuviesen ciertos de una amnistia. D. Pedro otorgaba fácilmente cartas de gracia á los caballeros y aun á los ricos-homes; pero siempre con la condicion de que se entregasen al instante á su merced. Cansados por su parte los vecinos de Toro y temiendo la furia del vencedor trataban de negociar su paz particular á espaldas de la reina madre y de los jefes de la liga. Un mercader, capitán de la guardia cívica, llamado Garci Triguero, ofreció al rey entregarle una puerta de la ciudad mediante la promesa de una amnistia para si y para sus conciudadanos. La proposicion fue aceptada y solo se aguardaba el momento fijado por Triguero para la ejecucion de su proyecto.

Aunque estas transacciones permaneciesen todavía ocultas á la reina y á D. Fadrique, el desaliento de la guarnicion, las murmuraciones de los habitantes y el abatimiento de la mayor parte de los jefes los llenaban de inquietudes. Vagos rumores les hacian temer á cada instante que una traicion pusiese la ciudad en poder de D. Pedro. El invierno no habia interrumpido los trabajos de los sitiadores. Era el 24 de enero de 1356, dia en que Triguero guardaba una de las puertas, y habia avisado al rey que estaba dispuesto á entregársela. La señal estaba convenida y dadas las órdenes para una sorpresa nocturna: algunas horas antes del ataque proyectado y al caer el dia, el rey, que se paseaba á caballo por la orilla del Duero,

distinguió en una de las islas del rio de que aun eran dueños los sitiados á su hermano D. Fadrique, acompañado de cinco ó seis caballeros. Reconociéronse las dos tropas, y llegando Juan de Hinestrosa hasta la orilla del rio, que no era bastante ancho que se perdiese la voz, llamó al maestre de Santiago conjurándole que se acercase para oír lo que tenia que decirle. «Señor maestre, dijo Hinestrosa, cuando el difunto rey D. Alfonso vuestro padre, á quien Dios haga misericordia, arregló vuestra casa antes de que fuéseis maestre de Santiago, os dió por vasallos caballeros y escuderos; yo fui del número y obtuve de vos ciertos favores. Así, escepto en lo tocante al servicio del rey mi señor, Dios es testigo que no hay hombre en el mundo á quien esté mas obligado que á vos. Para atestiguaros mi reconocimiento nada hubo que no hiciese, salvo faltar á la lealtad debida al rey vuestro hermano. Estábais en gran peligro y delante de esos caballeros que os acompañan os conjuré siguiéseis mi consejo, á fin de que, sino haciais caso de él, nadie pudiese decir que habia contribuido á vuestra pérdida. Ahora soy libre con respecto á vos, y sin embargo he llenado el deber que me competia como vasallo vuestro que he sido en otro tiempo.»

—Muy turbado por estas palabras misteriosas, á las cuales daba todavía mas peso el alto favor de Hinestrosa, el maestre respondió al instante: «Juan Fernandez, siempre os he tenido por buen caballero, y mientras fuisteis de mi casa siempre me servisteis lealmente; pero ¿qué consejo me dais? ¿Puedo yo abandonar á la reina mi señora que está puesta bajo mi proteccion, á mi hermana doña Juana, la mujer de mi hermano D. Enrique, y á tantos buenos caballeros y escuderos que están en la ciudad? Yo no sabré tratar sin ellos; pero vuestro deber, Hinestrosa,

seria representar á vuestro señor cuánto importa á su servicio recibir en su gracia y merced á la reina y á la buena gente que la rodea.—Señor maestre, repuso Hines-trosa, yo cumplo con mi deber, y teneos por advertido de que si ahora mismo no implorais gracia del rey os vereis en peligro de muerte. No puedo decir mas; ¡pero tomo por testigos á todos los que me escuchan!» Mas y mas sorprendido D. Fadrique le preguntó si podia asegurarle que el rey le concedería su merced. Entonces exclamó don Pedro con voz fuerte: «Hermano mio, Hines-trosa os aconseja como pro-hombre: entregaos á discrecion y os perdono á vos y á los caballeros que os acompañan en la isla. ¡Pero nada de tardanza! ¡Venid al instante!» Ya no vaciló D. Fadrique, y atravesando el rio fue á echarse á las plantas del rey y le besó la mano (1).

Desde lo alto de las murallas de Toro una multitud de habitantes seguia con la vista esta escena estraña, sin poder oir las palabras que se decian los dos hermanos. Cuando vieron á D. Fadrique caer á las plantas del rey elevóse repentinamente un grito en todas las calles: «¡Traicion! ¡Traicion! ¡El maestre nos abandona!» Eran tan grandes el temor y el tumulto como si el ejército enemigo hubiese dado el asalto: la reina, la condesa de Trastamara y los principales jefes corrieron á encerrarse en el castillo, no creyéndose ya seguros en la plaza. Algunos intentaron fugarse por el campo; pero todas las salidas estaban guardadas por las tropas reales: nadie daba ya órdenes; cada cual pensaba únicamente en su propia seguridad ó se abandonaba á la desesperacion no sabiendo á qué partido resolverse. Cerrada la noche hizo D. Pedro

(1) Ayala.

tomar las armas á todas sus tropas, y pasando el Duero en el mayor silencio se presentó en la puerta de Santa Catalina, donde Triguero estaba de guardia. Abrióse á la señal convenida, y entrando los soldados del rey en buen orden ocupan las torres, los muros y todos los puestos, á escepcion del castillo, cuyas avenidas se atacaron al instante.

Los habitantes del castillo, prevenidos ya por el extraordinario ruido que oyeran en la ciudad, distinguieron al amanecer el ejército del rey formado en batalla delante de sus trincheras y preparándose á dar el asalto. Nadie hablaba de resistir ni aun de solicitar una capitulación, pues ya solo se trataba de obtener gracia de la vida; pero todos se excusaban de salir para implorar la clemencia del rey temiendo su primera furia. De repente un caballero navarro, llamado Martin Abarca, que en las últimas turbulencias había tomado partido por los bastardos, se aventura en una poterna llevando en sus brazos un niño de doce á trece años, hijo natural del rey D. Alfonso y de doña Leonor. Reconoce al rey en sus armas, lo llama y grita: «¡Señor, perdonadme y corro á echarme á vuestros pies y á entregaros á vuestro hermano D. Juan!—¡Martin Abarca, dijo el rey, perdono á mi hermano don Juan; pero para tí nada de gracia!—¡Pues bien, dijo el navarro atravesando el foso, haced de mí lo que querais!» Y sin soltar al niño fue á prosternarse delante del rey, que conmovido de este atrevimiento de la desesperación le hizo gracia de la vida con aplauso de todos sus caballeros.

Entre tanto permanecía cerrada la puerta del castillo. D. Pedro hizo avisar á la reina, su madre, que acudiese á su presencia; pero respondió pidiendo un salvo-conduto para ella y para los señores de su séquito. «¡Que

venga al instante! exclamó el rey con impaciencia: yo sé lo que tengo que hacer.» Todavía vacilaban en obedecer; pero Rui Gonzalez de Castañeda, uno de los veinte coligados de Tejadillo que secretamente habia solicitado y obtenido algunos dias antes una carta de amnistia, la manifiesta á sus compañeros y les escita á rendirse, asegurándoles que nada tienen que temer. Su confianza les da algun ánimo; y pareciendo un augurio favorable la clemencia del rey para con Abarca bájase al fin el puente levadizo y se presenta la reina acompañada de la condesa de Trastámara y de los cuatro jefes refugiados con ella, que eran el portugués Martin Telho, Estébañez Carpintero, maestre *intruso* de Calatrava, Gonzalez de Castañeda, y por último Tellez Giron, que pocos meses antes se habia desertado de las banderas reales. Carpintero y Castañeda sostenian cada uno por un lado á la reina, que iba temblando; este último elevaba en el aire la carta de amnistia desplegada, y los otros se estrechaban alrededor de las dos mujeres, á quienes consideraban como su salvaguardia, agarrándose á sus vestidos. Todos buscaban algun señor notable, algun jefe del ejército real, del cual pudiesen implorar la proteccion. Para llegar hasta el rey este lúgubre cortejo tenia que atravesar una masa compacta de hombres de armas que lo esperaban con las espadas desnudas, pasar el puente levadizo y entrar por una calle de soldados. Mostrando Castañeda el pergamino y el sello del rey gritaba que tenia su perdon, olvidándose de que habia dejado trascurrir el plazo fijado para someterse. Avanzaban lentamente en medio de los alaridos é injurias de la multitud, sin que pareciese el rey, cuando á pocos pasos del puente levadizo, reconociendo á Carpintero un escudero de Diego de Padilla por las insignias de Calatrava, hiende la multitud y le asesta en la cabeza

un golpe con la maza que lo tiende á los pies de la reina (1): en seguida lo acabaron á puñaladas, y esta fue la señal del sacrificio. En un instante Castañeda, Martín Telho y Tellez Giron caen heridos de mil golpes é inundan con su sangre los vestidos de las dos mujeres, desmayadas á la vista de tan terrible espectáculo. Al volver á su conocimiento la reina, sostenida en brazos de algunos soldados feroces y con los pies en un lago de sangre, vió al instante los cuatro cadáveres mutilados, ya despojados y desnudos: entonces le dieron fuerzas la desesperacion y el furor, y con voz entrecortada por gritos y sollozos maldijo á su hijo, acusándolo de haberla deshonrado para siempre. Lleváronla á su palacio, donde fue tratada con los mismos respetos irrisorios que un año antes habian demostrado los de la liga para con su regio cautivo, y la condesa de Trastamara, separada al instante de la reina, fue guardada desde este momento con el mayor rigor. No era costumbre de D. Pedro dejar para mañana la ejecucion de sus terribles decretos, y aquel mismo dia fueron ejecutados públicamente algunos señores cogidos en el castillo ó en la ciudad. Aquí se detuvieron sus venganzas, pues satisfecho con la muerte de los principales jefes perdonó á los caballeros oscuros que habian sido arras-trados. Con respecto á los vecinos observó fielmente la promesa hecha á Triguero, y la ciudad no fue saquedada ni perdió tampoco ninguno de sus privilegios (2).

Esta sangrienta ejecucion no debe juzgarse con nuestras ideas modernas: preciso es remontarse á las costumbres

(1) Rades, «Crón. de Calat.» pretende sin autoridad alguna que el rey lo mató por su propia mano delante de la reina. Pero solo merece crédito la version de Ayala que he seguido.

(2) Ayala.—Rades. «Crón. de Calat.»

de la edad media, no para justificarla, sino para examinar si lo odioso de este asesinato debe recaer sobre el príncipe que lo ordenó ó sobre la época que presencié tantas otras escenas semejantes. Es indudable que segun las leyes y usos de Castilla en el siglo XIV los vasallos rebeldes eran considerados como traidores, á quienes un súbdito fiel podia y debia matar impunemente. Intimidados repetidas veces á rendir las armas y á aceptar la amnistia de su señor se habian aferrado en la revuelta hasta el momento en que la resistencia dejó de ser posible. Al tomar Carpentero el título y las insignias de maestre de Calatrava se ponía en hostilidad contra su rey y contra su órden, y si se recuerda que fue muerto por un escudero del maestre legítimo, Diego de Padilla, puede suponerse que recibió la muerte en calidad de hermano insubordinado de la órden. Al crimen de rebellion contra su soberano unia Tellez el delito de desercion al enemigo, y Castañeda hacia el odioso papel de traidor á todos los partidos: asistiendo al consejo de los coligados trataba á sus espaldas con el rey; hacia que le otorgasen una amnistia personal, y pretendia no servirse de ella sino cuando hubiera perdido toda esperanza en el triunfo de sus compañeros. En cuanto á Martin Telho, súbdito portugués y vasallo de la reina madre, no podia ser considerado como culpable de alta traicion; pero el golpe que lo hirió iba dirigido contra la reina misma, pues no pudiendo D. Pedro castigar á su madre satisfacía su venganza en su consejero, ó en su amante segun el rumor popular. Segun las costumbres de la edad media era justa su venganza, porque á él correspondia castigar todo atentado contra el honor de la casa, de la cual era el jefe, y dos siglos mas tarde aun existia en España esa tiranía ó ese despotismo autorizado del jefe de la familia, pues por satisfacer á las leyes del honor

un caballero debía dar de puñaladas sobre la plaza á todo hombre á quien encontrase solo en casa de una de sus parientes. Seguro es que nadie hubiera disputado á D. Pedro el derecho de hacer un castigo ejemplar en los rebeldes de Toro; pero ¿qué hemos de pensar de esta carnicería de gente sin defensa que venian conducidos por dos mujeres á implorar su piedad? El crimen de los cuatro ricos-homes estaba manifiesto; el castigo empleado contra ellos admitido por las costumbres, y tal vez no era entonces posible ningun otro. En efecto: ¿ante qué tribunal podia juzgarse á un rico-home, especie de soberano independiente y superior á las leyes como el mismo rey? En tales ocasiones, como en todas las cuestiones políticas en la edad media, los precedentes ó *fazañas* hacian autoridad, y no faltaban por desgracia ejemplos de ejecuciones sin juicio. Asi fue como el rey D. Alfonso habia hecho justicia del maestre de Alcántara, Gonzalo Martinez, y asi fue como D. Juan de Alburquerque hizo decapitar á Alonso Coronel. Entonces no era una vana fórmula la que obligaba á todos los súbditos leales á correr tras de un rebelde y darle la muerte; valientes caballeros no rehusaban hacer el papel de verdugos, y matar un proscripto era en esta época, como hoy en Oriente, una accion que no llevaba consigo deshonor. No hace muchos años que el instrumento del suplicio no era el mismo en España para el noble que para el plebeyo, y un rico-home castellano del siglo XIV abandonaba su cabeza á la maza de un caballero con menos sentimiento que al hacha del verdugo.

Los acontecimientos subsiguientes probaron que el ejemplar de Toro habia hecho una impresion saludable en esta nobleza, siempre enemiga de las leyes y de la tranquilidad pública. Al saber la rendicion de su mas fuerte baluarte se dispersó casi inmediatamente el resto

de confederados que quedaba en Castilla, en Estremadura y en el reino de Leon. Gonzalo Mexia, comendador de Santiago, que acababa de batir á los realistas cerca de Talavera, se apresuró á salir de España, refugiándose primero en Francia y luego en Aragon; Albornoz huyó de Cuenca llevándose á Zaragoza al jóven D. Sancho, su pupilo; Palenzuela se rindió á discrecion despues de algunos dias de sitio; D. Tello, que hasta entonces se habia mantenido completamente independiente en Vizcaya, solicitaba merced, y el mismo D. Enrique, por último, perdiendo toda esperanza de prolongar una lucha demasiado desigual, suplicó al rey le concediese un salvo-conduto para salir de Castilla y pasar á Francia, donde iba á aceptar el sueldo y la condicion de capitan de aventura (1). La autoridad de D. Pedro era reconocida desde los Pirineos hasta el Estrecho de Gibraltar; esa nobleza que poco antes lo retenia cautivo humillaba ahora su orgullo delante de su poder; la iglesia, que habia puesto su reino en entredicho, se contentaba con una satisfaccion frivola, y no obstante una guerra ruinosa el rey se encontraba poseedor de un tesoro considerable, dueño absoluto en sus estados y temido por todos sus vecinos.

VI.

Refiriendo Ayala los últimos acontecimientos de la guerra civil de Castilla imputa á D. Pedro el proyecto de una traicion, sin alegar ninguna prueba grave, y que parece demasiado improbable por tener solo un testimonio, sea cualquiera la veracidad que se le conceda. Du-

(1) Ayala.

rante el sitio de Palenzuela, dice el cronista, vió don Pedro reunidos en su campamento á los dos infantes de Aragon, á D. Fadrique y á D. Juan de la Cerda, jefes poco antes de la liga: habia resuelto deshacerse de ellos; mas para hacer su venganza mas completa queria tambien otra victima. Ya habia enviado su sumision D. Tello y Juan de Avendaño, su principal consejero y el hombre mas influyente en Vizcaya: ganado por el oro del rey prometia determinar al jóven principe á venir en persona en busca del perdon por su completa obediencia. Manifestando entonces el rey su pensamiento á Juan de Hinestrosa le pidió consejos sobre la manera mas segura de hacer morir á todos sus enemigos á un tiempo. Hinestrosa le pidió consejos sobre la manera mas segura de hacer morir á todos sus enemigos á un tiempo. Hinestrosa, como leal caballero que era, tuvo horror á esta perfidia; pero conocia demasiado á su señor para oponerse abiertamente á su venganza: tenia ademas sus particulares designios y pensaba sobre todo en salvar á dos valientes escuderos que se defendian en Palenzuela como hombres que han hecho ya el sacrificio de su vida. «Señor, dijo Hinestrosa, perdonad por el momento á las gentes que se defienden en la ciudad, pues lo importante para vos es entrar en ella lo mas pronto posible, y cuando seamos dueños de ella dadme á guardar el castillo. Allí me fingiré enfermo y vendreis á verme acompañado de esos señores enemigos vuestros, so color de jugar á los dados en mi habitacion; y como entrarán en el castillo con escasa compañía no podrán escaparse.» Este plan fue muy del gusto del rey; pero fracasó por la prudencia de D. Tello, que no pudo decidirse á abandonar la Vizcaya. «El rey se disgustó mucho, añade Ayala, y en lo sucesivo contó delante de sus familiares cómo por tales

medios trató de hacer morir esta vez á cinco de sus mas irreconciliables enemigos.»

Notemos en primer lugar cuán poca probabilidad hay en que por hacer dar cuartel á dos caballeros oscuros se viese obligado Hinestrosa á consentir ó á parecer consentir en tan odioso atentado. Además, ¿es verosímil que en el momento en que por confesion del rey acababa de salvar la vida á D. Fadrique le encargase aquel inventar un proyecto de asechanza para hacerlo perecer? Y si se atribuye á D. Pedro el cálculo de no herir á sus enemigos hasta tenerlos reunidos á todos, sin duda para que la muerte de uno no sirviese de advertencia á los otros, ¿cómo suponer que no hiciera los mayores esfuerzos por atraer al lazo al conde de Trastámara, mucho mas peligroso que D. Tello? Supónese que se habria contentado con cinco cabezas y que cuatro no nubieran podido satisfacerle. ¡Qué precision y medida en la venganza! ¡Que D. Pedro, á pesar de sus juramentos, conservase su odio y sus sospechas contra los bastardos y los ricos-homes que lo habian ofendido, es cosa por desgracia demasiado probable; pero no se puede creer que en un momento en que las turbulencias del reino aun no estaban apaciguadas fuese á encender de nuevo el fuego de la guerra civil por un crimen execrable é inútil además mientras que viviese D. Enrique! A pesar de tantas inverosimilitudes no puedo imputar al sabio Ayala una calumnia gratuita. Probablemente D. Pedro, acordándose de que un dia tuvo en su poder á sus mas mortales enemigos, demostró públicamente pena por no haberse aprovechado de la ocasion que le ofrecia la fortuna, y de aquí tal vez el origen de la fábula que acabo de referir. Añadamos que D. Tello, enterado de la correspondencia que su consejero Avendaño mantenía secretamente con el

rey, lo hizo asesinar poco tiempo despues de la toma de Palenzuela, por lo cual dice nuestro cronista quedó don Tello mas señor de Vizcaya que antes lo era (4). Debe suponerse que el jóven príncipe, para justificarse de este asesinato, fingió creer á Avendaño mas culpable de lo que en realidad era, y que acreditó los rumores de traición meditada contra sus amigos y contra él mismo.

No creo que se deba dar mas crédito á otro proyecto de asesinato tramado por el mismo tiempo contra don Fadrique; solo que, segun Ayala, debia ser muerto en un torneo celebrado en Tordesillas delante de Maria de Padilla; pero añade cándidamente que falló el golpe por no haber querido el rey descubrir el secreto á los que debian llevar á cabo el negocio (2). Si es preciso buscar un sentido á esta frase supongo que se trataba de dar á los adversarios del maestre algun arma ilegal, como el florete envenenado en el *Hamlet* de Shakespeare. No sé si debo detenerme en justificar á D. Pedro de un crimen que no fue consumado y cuya defensa hace difícil la vaguedad misma de la acusacion; me contentaré pues con oponer á una imputacion tan ligeramente admitida un hecho citado por el mismo Ayala, y que demuestra toda la inverosimilitud de aquella. Inmediatamente despues del torneo de Tordesillas fueron presos y entregados á muerte por los alguaciles de corte dos hombres adictos á la persona de D. Fadrique, uno vecino de Valladolid y el otro de Toledo, que habian tomado parte en las últi-

(4) Pronto veremos que nuestro cronista se equivoca mucho sobre las consecuencias de este asesinato.

(2) Pero non se pudo facer, ca non les quiso el rey descubrir este secreto á los que entraron en el torneo, que avian de facer esta obra, e por tusto cesó.—Ayala,

mas turbulencias y señaládose entre los mas facciosos.

Si realmente pensaba D. Pedro entonces en hacer morir al maestro de Santiago pronto olvidaba aquella política pérdida que se le atribuía hace un instante, pues por el suplicio de servidores subalternos de su hermano obligaba á este á temer por sí mismo, y le advertía en cierto modo que viviese prevenido. ¿No es evidente, por el contrario, que castigando á facciosos oscuros no tenía el rey otra intencion que la de probar su poder y demostrar á los grandes de su reino, especialmente á D. Fadrique, el premio que reservaba á la rebelion? D. Pedro gustaba de hacerse temer, y D. Fadrique se habia hecho bastante culpable para merecer una leccion mas severa que la que recibia por el suplicio de sus parciales.

Castilla estaba pacífica y ya no inspiraba inquietudes la situacion de las provincias del Norte, aunque D. Tello siempre encontraba pretextos para permanecer en Vizcaya. Cansado de esperarlo, pero satisfecho ó fingiendo estarlo por las seguridades reiteradas de sumision que de él recibia, marchó el rey con toda su corte á Sevilla, que por su ventajosa situacion y por la industria de sus habitantes era ya la ciudad mas importante de su imperio. Esta era su residencia predilecta; complaciase en embellecerla con monumentos magníficos, en dar en ella fiestas y en desplegar un lujo desconocido aun á los soberanos de Castilla: allá lo siguió María de Padilla y fue á ocupar un departamento en el alcázar. D. Pedro habia arrojado la máscara concluidas que fueron las turbulencias; trataba á su querida como á reina, y los pueblos se habituaban á respetar su eleccion.

HISTORIA DE
DON PEDRO DE CASTILLA.

ASTORIA

OF

THE PORT OF ASTORIA

IN PROGRESS

ASTORIA

ASTORIA

THE PORT OF ASTORIA

THE

THE

THE

THE

HISTORIA
DE
DON PEDRO DE CASTILLA,

por
M. PROSPER MERIMEE.

TRADUCCION DE F. DE V.

TOMO II.

MADRID:
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DEL SIGLO.
calle de Cervantes, núm. 6.

1848.

HISTORIA DE DON PEDRO I, REY DE CASTILLA.

X.

Primera guerra de Aragon.—1356—1358.

I.

EL tratado de Atienza, tan mal observado por Castilla como por Aragon, no habia podido establecer relaciones amigables entre las dos cortes, pues se habian aumentado la frialdad y la desconfianza desde la retirada de Alburquerque. Entre dos reyes vecinos, ambos jóvenes, ambiciosos, entusiastas y con tendencias á la dominacion absoluta, un conflicto era siempre inevitable, y sin duda hubiera tenido lugar mas pronto si Pedro IV no se hubiese visto obligado á fijar su atencion en la Cerdeña sublevada,

al paso que la guerra civil ocupaba únicamente á don Pedro. Por ambas partes eran graves las quejas. El aragonés veía con disgusto á sus hermanos consanguíneos, D. Fernando y D. Juan, acogidos en la corte de Castilla y hechos poderosos, gracias á las discordias civiles de este país. La cesion de las plazas de Alicante y Orihuela hecha por D. Fernando á D. Pedro parecia revelar proyectos de agresion que Pedro IV se habia esforzado en desviar, trabajando en secreto por desprender á los infantes del servicio de Castilla para atraerlos al suyo bajo grandes promesas (4). En efecto, la posesion de dos ciudades tan importantes abría al castellano el reino de Valencia y parecia invitarle á su conquista. El rey D. Pedro alegaba por su parte los mayores motivos de queja: primeramente el asilo concedido por Pedro IV á los señores proscriptos despues de la conquista de Toro; en segundo lugar la comandancia de Alcañiz, situada en el reino de Valencia, pero propiedad de la órden de Calatrava, habia sido dada por el aragonés á un caballero rebelde á su jefe, ó al menos Pedro IV habia reconocido aquel hermano insubordinado concediéndole su proteccion: las mismas reclamaciones se presentaban con respecto á la comandancia de Montalvan, dependiente de la órden de Santiago, y usurpada, á pesar de la prohibicion espresa de D. Fadrique, desde su reconciliacion con su hermano; por último, corsarios catalanes cruzando en las costas de Andalucía habian causado grandes pérdidas al comercio de esta provincia. So protesto de perseguir á los navios genoveses

(4) El señor de Híjar era el intermediario de esta negociacion en 1355.—Véase la carta de Pedro IV al señor de Híjar, fechada en Castel de Caller á 4.º de julio de 1355.—«Arch. general de Aragón.»

habian capturado ó saqueado un gran número de buques cargados de granos, y se atribuia á sus violencias el hambre desastrosa que hiciera estragos en el Mediodia de la península (1). A estos patentes agravios, que daban lugar á comunicaciones diplomáticas muy poco amigables, se unia la sospecha de intrigas secretas mantenidas por el rey de Aragon con todos los descontentos de Castilla, pues las tentativas recientes que habia hecho por atraer á su servicio á D. Fernando y á D. Juan, á quienes consideraba D. Pedro como vasallos suyos, habian parecido á este último una seduccion culpable. En efecto, proponiendo Pedro IV una reconciliación á sus hermanos no tenia mas objeto que recuperar las plazas de Alicante y Orihuela, prendas de la fidelidad de los infantes, tan caramente comprada por el rey de Castilla; y tampoco se ignoraba en Sevilla que el aragonés tenia ademas otras correspondencias misteriosas con D. Tello, D. Enrique y los refugiados en Francia. Por ambas partes era estremada la desconfianza y se atribuian los mas pérfidos designios. En una palabra: el rompimiento era inevitable, cuando un acontecimiento fortuito vino á precipitarlo.

Habíase embarcado D. Pedro en Sevilla y bajado el Guadalquivir hasta San Lúcar de Barrameda para asistir á la pesca del atun en la almadraba, y en el momento en que entraba en el golfo arribaba tambien á él, viniendo de Barcelona, una escuadra de diez galeras catalanas. Estos buques, mandados por un almirante célebre, llamado Francés de Perellós, estaban al sueldo del rey de Francia, quien, con el consentimiento del rey de Aragon, los habia hecho armar para cruzar contra los ingleses sobre las cos-

(1) Zurita. «Anales de Aragon.»—Ayala.

tas del Océano. Perellós, corsario por afición y por costumbre, aunque de una familia considerable y adicta á la casa del rey de Aragon (1), daba caza á tres barcas de Placencia (2) cargadas de aceite, y las había seguido hasta la rada de San Lúcar. Por mas que arbolasen el pabellon castellano, que estuviesen en un puerto amigo y en las aguas mismas de la galera montada por el rey de Castilla, los catalanes se apoderaron de ellas, pretendiendo estaban cargadas de mercancías genovesas, toda vez que el rey de Aragon estaba en guerra con la republica de Génova. Al instante mandó D. Pedro hacer representaciones al almirante aragonés, advirtiéndole que violaba las leyes de la mar y que faltaba al respeto debido á su persona; mas Perellós respondió insolentemente que á nadie tenia que dar cuenta de su conducta mas que á su amo el rey de Aragon. D. Pedro, que en este momento no tenia en la rada un solo buque de guerra, no se encontraba en estado de hacer respetar su pabellon; mas sin embargo hizo entender de nuevo á Perellós que, á falta de una satisfaccion inmediata, haria responsables de su atentado á los negociantes catalanes establecidos en Sevilla, á quienes haria secuestrar sus bienes. Sintiéndose el mas fuerte el almirante rehusó soltar su presa y vendió su botin; y á mas de esto osó remontar el Guadalquivir, y cometió algunas depredaciones en sus riberas, virando luego de bordo, entrando en el Océano, y prosiguiendo su ruta hácia las costas de Francia (3).

(1) Zurita.

(2) Placencia, en Vizeaya, á cuatro leguas de Bilbao. El conde de la Roca supone, mal á propósito en mi concepto, que estas barcas venian de Plasencia, en Italia.

(3) Ayala.

Trasportado de furor corrió D. Pedro á Sevilla, y sin querer escuchar ninguna representacion ordenó encadenar á todos los súbditos catalanes, secuestrar sus propiedades, vaciar sus almacenes y vender sus mercancías; y armando apresuradamente aquel mismo dia siete galeras se embarcó con toda la nobleza jóven de Sevilla (1) y salió en persecucion de Perellós. Cuando llegó á Tavira en las aguas de Portugal supo que los catalanes habian caminado mucho para que pudiese esperar alcanzarlos, y le fue forzoso dar la vuelta á Sevilla sin haber tomado venganza del insulto hecho á su pabellon. Mas irritado aun por el mal éxito de su crucero envió embajadores á Barcelona para presentar sus quejás, y al mismo tiempo hizo partir algunos buques con orden de bogar hácia las Baleares y de capturar los navíos catalanes que encontrasen en estos parajes (2); de suerte que el rey de Aragon debia saber el principio de las hostilidades antes que el atentado que les servia de pretesto. Ayala supone que el rey fue escitado á estas violencias por los parientes de Maria de Padilla, que sintiendo disminuirse su crédito quisieron, dice, hacerse necesarios incitando á su amo á una guerra peligrosa; pero el carácter altivo de D. Pedro, sus antiguos agravios y el insulto personal que acababa de sufrir bastan en mi concepto para esplicar su conducta (3).

Mientras que las galeras castellanas insultaban las costas de las Baleares llegaban á Barcelona los embajadores de

(1) Zúñiga, «An. ecles. de Sevilla,» hace notar que D. Pedro fue el primer rey de Castilla que se embarcó para una expedicion marítima.

(2) Ayala.—Zurita.

(3) Ayala.

D. Pedro con las instrucciones siguientes: debian pedir la deposicion de los comandantes de Alcañiz y de Montalban; el castigo de los corsarios que habian perturbado el comercio de las ciudades de Andalucía; la estradicion de los castellanos refugiados en Aragon, y especialmente del obispo de Sigüenza y de Peralonzo Aljofrin, quienes cuando la entrada de D. Fadrique en Toledo se habian apoderado de las cajas reales; y exigir por último que Francés Perellós fuese entregado al rey de Castilla para recibir el castigo que tuviese á bien imponerle. Y si el aragonés rehusaba hacer justicia á estas demandas tenían orden los embajadores de declararle la guerra, *de desafiarlo*, segun el formulario diplomático de la edad media.

Pedro IV, que queria ganar tiempo, respondió con moderacion y ofreció poner la comandancia de Alcañiz á disposicion del maestre de Calatrava desde el momento que pudiese indemnizar suficientemente al poseeder actual. Decia tambien que la comandancia de Montalban era un negocio pendiente ante la corte de Aviñon, y que al padre santo pertenecia pronunciar sentencia entre el maestre y los caballeros: estos últimos alegaban con alguna apariencia de razon que su eleccion era regular y conforme á los estatutos de Santiago, porque habia tenido lugar durante el entredicho del reino de Castilla, que suspendia la autoridad de los maestres. El rey de Aragon se encontraba dispuesto á espulsar de sus estados á los refugiados castellanos y aun á entregar á Peralonzo Aljofrin en los términos de la convencion de Atienza, pues habia incurrido en sentencia de traicion por haber robado el tesoro de su señor; pero se negaba á hacer prender al obispo de Sigüenza por escrúpulos religiosos reales ó fingidos, que contrastaban mucho con la impie-

dad notoria de D. Pedro. En fin, al mismo tiempo que espresaba un vivo disgusto por el ultraje cometido por Perellós declaraba que en su cualidad de rey y de señor él era el solo juez de su vasallo; que examinaria el negocio, y que si lo encontraba culpable haria de él tan cumplida justicia que el rey de Castilla quedase por satisfecho (1).

A esta respuesta se retiraron los enviados de Castilla, no sin dejar ver que su amo no se contentaria con ella. Entre tanto Pedro IV, como para atestiguar su amor á la paz, hizo mandar públicamente á Gonzalo Mexía y á Gomez Carrillo, amigos conocidos del conde de Trastamara, y á los mas ilustres de los refugiados castellanos, que abandonasen inmediatamente el reino de Aragon. Al instante los hizo partir para la Francia; pero al mismo tiempo que afectaba tratarlos con rigor les encargaba que negociasen con D. Enrique y que le ofreciesen servicio en sus estados (2). No era hombre D. Pedro que se contentase con tan pequeña satisfaccion; asi es que replicó con un mensaje mas imperioso que el primero. Despues de haber renovado sus quejas con mas altivez que nunca escribió al rey de Aragon: «Buscad ahora otro amigo; yo he dejado de serlo vuestro, y con mis propias manos lavaré la mancha que habeis impreso en mi honor (3).» Aun antes que esta carta fuese entregada ya comenzaban las hostilidades por muchos puntos á la vez.

(1) Ayala.—Zurita.

(2) «Arch. gen. de Arag.» Instrucciones á mosen Francesch de Perellós, probablemente el almirante de este nombre, enviado del rey de Aragon en Francia.

(3) Zurita.—Memorias de Pedro IV, en Carbonell, «Chronica d'Espanya.»

Las posesiones de los reyes de Aragón en España se componían del Aragón, propiamente dicho, de la Cataluña y del reino de Valencia; tres provincias distintas por su administración, por sus costumbres y aun por la lengua de sus habitantes, pero reunidas bajo el mismo cetro hacia bastante tiempo para constituir un estado políticamente homogéneo. Limitrofe de Navarra, de las dos Castillas y del reino de Murcia, el territorio aragonés no tiene fronteras fijamente trazadas por la naturaleza. Su mayor estension es de Norte á Sur, y es sabido que en la península las altas cadenas de montañas se estienden del Este al Oeste; tal es tambien la direccion de los principales rios que desembocan en el Mediterráneo. Tres grandes cadenas sensiblemente paralelas entre sí penetran desde Castilla en Aragón, y son, comenzando por el Norte, la sierra de Moncayo, la de Molina ó de Albarracin y la sierra de Albacete. Pueden compararse á otras tantas barreras perpendiculares á los límites del Aragón y de Castilla; pero á entrambos lados de estas barreras se estienden anchos valles que solo están separados por una línea ideal, y que sirven de comunicaciones abiertas á los castellanos y á los aragoneses para la guerra y para el comercio. Estos vastos conductos estaban defendidos en el siglo XIV por la parte de Aragón por Tarazona, ciudad situada al Norte de los montes de Moncayo, limitrofe á la vez de Castilla y de Navarra; al Sur de estos montes Calatayud y Daroca servían de baluarte al Bajo-Aragón, y entre la cordillera de Molina y la de Albacete el reino de Valencia, casi enteramente abierto á las incursiones por una estensa frontera, no presentaba mas plaza importante que su capital y la fortaleza de Murviedro. La estremidad meridional de este reino, aislada por las montañas de Albacete, estaba guardada por tres plazas, consi-

deradas entonces como muy fuertes, Alicante, Orihuela y Guardamar, ocupadas en el momento en que estalló la guerra por guarniciones castellanas ó por los vasallos particulares del infante D. Fernando de Aragon, de quien eran patrimonio.

Por la parte de Castilla una línea semejante de ciudades fortificadas protegía el espacio intermedio entre las tres cadenas de montañas. Al Norte, en la extrema frontera, alzábase Agreda, opuesta á Tarazona; presentábanse en seguida, bajando hácia el Sur, Almazan y Soria, colocadas en el ángulo entrante de la sierra de Moncayo; Medina-Celi y Molina entre esta cordillera y los montes de Albarracin; Requena en el límite occidental del reino de Valencia, y por último, Murcia y las ciudades del infante al Sur de la tierra de Albacete. Solo indico por ambas partes las principales plazas de armas, las que podian servir de base á grandes operaciones militares, y paso en silencio una multitud de castillos mas ó menos bien fortificados que escalonaban de Norte á Sur esta estensa frontera.

Cada una de las ciudades de Castilla que acabo de nombrar tenia una guarnicion ó milicias bastante numerosas y bastante ejercitadas en las armas para poder hacer incursiones en sus vecinos. Diego de Padilla, con los caballeros de Calatrava y la bandera de Murcia, entró en el reino de Valencia (1), donde penetraban al mismo tiempo por la otra parte de los montes de Albacete las milicias de Castilla la Nueva que salieran de Requena. Al Norte,

(1) Arrasó el territorio de Castalla y de Homil, mas sin poder tomar estas dos ciudades por falta de máquinas.—Cascales.—«Hist. de Murcia.»

saliendo de Molina, Gutier Fernandez marchaba sobre Daroca y Calatayud (1), poniendo á sangre y fuego cuanto encontraba á su paso. Las bandas de Castilla, sin disciplina alguna y llamadas tumultuariamente á las armas por sus señores, arrasaban el territorio enemigo con esa animosidad que casi siempre se nota entre los habitantes de las fronteras contra sus extranjeros vecinos. Sorprendido por este brusco ataque el rey de Aragon se apresuró á ponerse en defensa. Fue su primer cuidado reparar las fortificaciones de Valencia y poner en ellas una guarnicion considerable; llamó á la nobleza á las armas, y aun pidió la asistencia de sus vasallos extranjeros, el conde de Foix y el infante Luis de Navarra. Pronto respondieron devastadoras incursiones á las correrías de los castellanos, y en toda la frontera no se veian mas que incendios y pillajes. ¡Desgracia inmensa para las cabañas y ciudades sin murallas!

II.

Los señores castellanos, espulsados de Aragon, ó mas bien enviados á D. Enrique, lo encontraron ya á sueldo del rey de Francia y próximo á salir de Paris para reunirse al numeroso ejército que poco tiempo despues debia ser destruido en las llanuras del Poitou. Las ofertas del rey de Aragon cambiaron al instante los proyectos del conde, incitado á renunciar á su papel de capitán de aventureros para convertirse en jefe de los descontentos de Castilla. Aceptando sin vacilar las condiciones que le presentaban salió de Francia y apareció al instante en el tea-

(1) Fue rechazado y batido por el conde de Luna.—Ayala.

tro de la guerra con una comitiva numerosa de desterrados adictos á su persona. Segun los términos del tratado que concluyó en Pina (1) con Pedro IV á su entrada en Aragon, le rendia homenaje y se comprometia á servirle fielmente como á su señor natural. En cambio debia recibir la investidura de todos los dominios pertenecientes á los infantes de Aragon, actualmente al servicio del rey de Castilla, á escepcion del señorío de Albaracin que Pedro IV se reservaba espresamente. Ademas de estas posesiones inmensas, pero que era preciso conquistar, obtuvo D. Enrique inmediatamente muchos castillos en los estados del rey (2), como tambien la mayor parte de las tierras confiscadas por este principe á su madrastradoña Leonor. A estos dones magníficos fue agregada una asistencia anual de ciento treinta mil sueldos barceloneses (3), sin contar el sueldo de seiscientos hombres de armas y otros tantos ginetes (4), de los cuales tendria el mando particular á razon de siete sueldos diarios á cada hombre para los primeros y de cinco para los segundos. Comprometiase tambien Pedro IV á no concluir jamás paz ni tregua con el rey de Castilla sin el consentimiento del conde de Trastamara, y no debo olvidar un artículo del

(1) Zurita.—Segun este autor el tratado de Pina es de 8 de noviembre de 1356.

(2) En Cataluña, Montblanch, Járrega y Villagrasa; en Aragon, Tamarit, Rida y Epila; y en el reino de Valencia, Castellon del campo de Burriana y Villareal.—«Memorias de Pedro IV, en Carbonell.»—Parece que los habitantes de Castellon y Villareal se negaron largo tiempo á reconocer á D. Enrique por su señor, á pesar de las órdenes reiteradas del rey de Aragon.—«Arch. gen. de Aragon.»

(3) Sesenta y ocho mil ochocientos treinta y tres reales.

(4) «Caballs armats é caballs alforrats.» Los primeros estaban enjaezados de hierro y los segundos de gualdrapas de cuero picado.

tratado de Pina que indica muy claramente las armas de que pensaban hacer uso los nuevos aliados. Estipulaba que si D. Fadrique pasaba al servicio del rey de Aragon rindiéndole homenaje tendría la investidura de todos los bienes pertenecientes á la órden de Santiago y dependientes de esta corona (1). Imposible es saber si esta cláusula fue introducida con consentimiento ó ignorancia de D. Fadrique; pero hay grandes apariencias para creer que jamás habian estado completamente interrumpidas las relaciones entre los dos hermanos. Sea de esto lo que fuere, si este artículo llegó á conocimiento de D. Pedro debió acrecentar su desconfianza y sus sospechas contra el maestre de Santiago, á quien creía en inteligencia con sus enemigos.

Mientras que Pedro IV atraía á su servicio á los emigrados castellanos estaba puesta á prueba la fidelidad de

(1) He referido, segun Zurita, el tratado de Pina, cuyo original no he podido encontrar en los archivos de Aragon, sino solamente una convencion nueva recordando la de Pina y fechada en Zaragoza á 20 de enero de 1337. Segun un tercer tratado, fecho en Zaragoza el 30 de agosto del mismo año, se subia á ocho sueldos el de los hombres de armas y á seis el de los ginetes. El conde de Trastamara podrá conservar en tiempo de paz cuatrocientos hombres de armas á espensas del rey, á razon de tres sueldos y medio. Añade el rey de Aragon que en el caso en que su tesorero rehusase pagar al conde los subsidios prometidos se compromete á satisfacerlos de su caja particular quince dias despues de la primera peticion. Debe notarse que en este último tratado de Zaragoza no se habla de D. Fadrique ni de los bienes correspondientes á los infantes de Aragon, donados al conde de Trastamara, y es de creer que en esta época (agosto de 1337) ya trataba el rey secretamente con estos príncipes. «Arch. general de Aragon.»—En 1336 aun no habia podido reunir D. Enrique el número de hombres estipulado, pues solo tenia, segun las «Memorias de Pedro IV,» trescientos hombres de armas y otros tantos ginetes.—Carbonell.

sus súbditos. A fines de 1336 D. Pedro envió al reino de Valencia al infante D. Fernando, que acababa de *desnaturalizarse*; es decir, de renunciar solemnemente al homenaje que debía al rey de Aragon como á su señor natural (1). Esperaba D. Pedro que el infante conseguiria reunir los restos de los confederados de la Union; pero los tiempos estaban muy cambiados y no aparecia ningun vestigio de las violentas pasiones que nueve años antes habian agitado al pais. Despues de algunas escaramuzas insignificantes se vió obligado á replegarse vergonzosamente sobre Murcia, delante de las tropas conducidas por don Pedro de Exerica y por el conde de Denia, y parecia no haber entrado en el reino de Valencia sino para hacer brillar la fidelidad del pueblo que pretendia corromper. Alicante, la mas fuerte de sus plazas, arrojó á la guarnicion castellana que la ocupaba desde la cesion hecha por el infante á D. Pedro, y los aragoneses se apresuraron al instante á aumentar sus fortificaciones y á ponerla al abrigo de cualquier insulto (2).

La guerra, que hasta entonces solo habia sido una continuacion de rápidas incursiones, ó mas bien de pillajes, parecia deber tomar una faz nueva al comenzar el año de 1337. Una y otra parte habian empleado el invierno en grandes preparativos. Para procurarse dinero D. Pedro habia recurrido á los negociantes de Sevilla, que le hicieron considerables anticipos, y no temia, para aumentar sus recursos, apoderarse de los ricos ornamentos que decoraban los sepuleros de San Fernando, de la reina Beatriz y de su hijo D. Alfonso X (3). Estos objetos, mucho mas pre-

(1) Cascales.—«Hist. de Murcia.»

(2) Zurita.—Cascales.—«Hist. de Murcia.»

(3) Zurita.—Véase en el apéndice la descripcion de los sepuleros.

ciosos por el trabajo que por la materia, desaparecieron desde entonces, sin que el clero se atreviese á presentar el mas pequeño obstáculo: el rey publicaba que era preciso no dejar tantas riquezas espuestas á la codicia de los ladrones en un paraje tan mal guardado. Tal fue el frívolo pretesto de este sacrilegio que hoy deploran las artes.

Hacia la misma época; es decir, en los primeros dias de enero de 1337, la reina María, madre de D. Pedro, murió en Evora despues de una corta enfermedad. Ya hemos visto que abandonó á Castilla poco despues de la toma de Toro y que se habia refugiado en Portugal, donde vivió algun tiempo, estraña al parecer á toda intriga politica, y mas ocupada, como parece, de dar un sucesor á Martin Telho que en disputar el poder á su hijo. Segun el rumor público el veneno abrevió sus dias, y algunos escritores modernos han acusado á D. Pedro de haber castigado con un parricidio la parcialidad que la reina habia mostrado por la causa de los coaligados (1). Creo inútil justificarlo de una acusacion que no descansa en ningun fundamento y que ningun testimonio contemporáneo confirma. La reina María era demasiado generalmente despreciada para poder reunir á ninguna de las facciones que dividian á Castilla, y es sabido que era incapaz de representar ningun papel politico; solo la casualidad habia puesto un instante entre sus manos los destinos del reino cuando durante la ausencia de su hijo entregó la plaza de Toro á los confederados. Basta atribuir á D. Pedro las acciones mas atroces para imputarle hasta crímenes completamente inútiles. Si no fue natural la muerte de la reina María, la opinion de los mas graves autores contemporáneos hace

(1) Ayala.

recaer la responsabilidad de ella en el rey de Portugal, su padre, irritado, según se dice, del escándalo de sus nuevos amores. Refiriendo Ayala el hecho como acreditado en su tiempo no manifiesta ni piedad hacia la víctima ni vituperio hacia su verdugo. Rey y padre usaba Alfonso de Portugal de un derecho vengando el honor de su casa, y casi cumplía con un deber, según las ideas de la edad media (1).

Aun duraba el invierno cuando D. Pedro salió de Sevilla para ir á tomar en Molina el mando de las tropas que estaba reuniendo allí de todas partes; pero antes de poner el pie en el territorio enemigo una nueva defección vino á sorprenderle y á alarmarle en medio de sus proyectos de conquista. Durante su permanencia en Sevilla se había prendado de la rara belleza de doña Aldonza, hija del famoso Alonso Coronel y mujer de D. Alvar Perez de Guzman: las atenciones de un rey de veinte y tres años, conocido ya por el arrebató de sus pasiones, debían asustar al marido de doña Aldonza. No menos habían inquietado á los parientes de María de Padilla, y ya he referido que se habían atribuido sus belicosos consejos al deseo de apartar al monarca de Sevilla. Declarada la guerra D. Alvar recibió orden de marchar á la frontera de Aragon con su cuñado D. Juan de la Cerda, donde debía mandar un reducido cuerpo de tropas acantonado en Seron, y rumores alarmantes sobre su honor llegaron allí á llenarlo de indignacion y de ira. Persuadidos de que el rey quería aprovecharse de su ausencia para hacerles el mas sangriento ultraje, los dos cuñados abandonaron precipitadamente el puesto que se les había confiado, y ha-

(1) Ayala.—«Apologia del rey D. Pedro.»

biendo llamado D. Alvar á su esposa á su lado pasó la frontera y ofreció sus servicios al aragonés, mientras que, mas atrevido D. Juan de la Cerda, se encerró en el castillo de Gibraleon, cuya investidura habia recibido por el tratado secreto concluido en Toro entre los coaligados y el rey prisionero. Dueño de esta fortaleza y heredero de los bienes y de los clientes de Alonso Coronel creia poder hacer una diversion poderosa y aun escitar la guerra civil en el corazon de la Andalucía (1). A la noticia de estos movimientos el rey vaciló un instante sobre el partido que debia tomar; por un momento estuvo á punto de volver á Sevilla; pero instruido muy pronto de las disposiciones manifestadas por los ricos-homes y los comunes determinose á seguir adelante y á penetrar en Aragon.

III.

Entre tanto el cardenal Guillermo, que habia corrido al teatro de la guerra con la mision de interponer la autoridad de la Santa-Silla entre los dos príncipes rivales, se habia aprovechado de la primera impresion producida en D. Pedro por la rebelion de la Cerda para obtener una tregua de quince dias, que habia sido firmada en Deza, y cuyo plazo empleaba el cardenal en negociaciones, ofreciéndose como árbitro á los dos reyes, y conjurándolos á que remitiesen su querella á la decision del padre santo. Aun no habia espirado la tregua, cuando seguro D. Pedro sobre la situacion de Andalucía franqueó bruscamente la frontera y marchó sobre Tarazona, ciudad rica en esta época, pero medianamente fortificada. Desde el momento

(1) Ayala.

que habia reconocido el recinto hizo dar el asalto por el barrio de los moros, donde las murallas eran menos elevadas, por los caballeros de Santiago, á las órdenes de su maestre D. Fadrique. Después de un combate corto, aunque sangriento, penetraron en la ciudad; pero una parte de la guarnicion pudo refugiarse en otro barrio llamado la Azuda, que rodeado de una muralla formaba como una ciudad distinta, por lo cual tenia su señor feudal, Guillermo de Lorriz, consejero del rey de Aragon y gobernador de Valencia. Hallábase este ausente, y su mujer, temblando en su castillo, no tenia ni el poder ni la energia necesarios para prolongar la resistencia. La noche habia interrumpido el ataque; pero á la mañana siguiente se rindieron los sitiados de la Azuda por una capitulacion que merece ser referida, porque demuestra cuál era en esta época el derecho de la guerra. Fue convenido que los habitantes de Tarazona saldrian de la ciudad *con sus cuerpos* y con lo que pudiesen llevar sobre sus hombros, concediéndoles el vencedor un salvo-conduto y una escolta para conducirlos á Tudela de Navarra á cuatro leguas de distancia; pero las casas y los inmuebles debian pertenecer al rey de Castilla (1). De modo que en el siglo XIV en España la guerra se hacia entre los cristianos como en la época de la espulsion de los árabes, ó como en Italia en los primeros tiempos de Roma: arrojábanse á los habitantes de sus moradas y la tierra era dividida entre los soldados del ejército victorioso, con la condicion de cultivarla y defenderla.

(1) Ayala.—Zurita.—El rey de Aragon, en sus memorias, acusa al gobernador de Tarazona, Miguel de Gurrea, de haber entregado la plaza á los castellanos «por gran malicia.»—Carbonell.

Dueño de Tarazona sitió D. Pedro y tomó rápidamente muchas pequeñas plazas circunvecinas. En el castillo de los Fayos se vió en presencia de aquel Martin Abarca perdonado por él en la toma de Toro; pero era inútil implorar dos veces su clemencia, y Abarca fue condenado á muerte.

Los triunfos del rey y la division del territorio de Tarazona escitaron un vivo entusiasmo en Castilla, y toda la nobleza, vasallos fieles, ó coaligados arrepentidos, acudieron á la bandera real. El infante D. Juan de Aragon y D. Fernando de Castro, mortalmente enemistados con los bastardos, condujeron numerosos refuerzos, y el mismo D. Tello, determinándose al fin á salir de Vizcaya, llegaba al campamento del rey con sus vasallos y mucha infantería ligera, al mismo tiempo que algunos extranjeros venian á ofrecer sus servicios. El señor de Albret, sabiendo que su enemigo particular el conde de Foix estaba á sueldo del rey de Aragon, pasó los Pirineos para ponerse á las órdenes de D. Pedro con una division de hombres de armas aguerridos por sus largas campañas en Francia (1). La guerra era entonces un oficio lucrativo y la ocasion de grandes fortunas: el rico-home esperaba ganar en ellas tierras y castillos; el simple escudero contaba con que su lanza le valdria algun caballero que poner á rescate, alguna buena armadura ó algun caballo de batalla, y todos pensaban en el pillaje de las ciudades sin defensa. Pocos dias despues de la toma de Tarazona se vió D. Pedro á la cabeza de siete mil hombres de armas y de dos mil ginetes, sin contar la infantería, muy poco estimada entonces para

(1) Era vasallo del rey de Inglaterra. Froissart cita muchas veces su nombre.

que los autores de la edad media se tomasen el trabajo de referir su número (4). Las del aragonés eran muy inferiores en fuerza, aun despues de la llegada de sus auxiliares ultramontanos y de los caballeros de D. Enrique. Animados sin embargo por la presencia de su rey avanzaron atrevidamente hasta Borja, á cuatro leguas del grueso del enemigo. Lleno de confianza D. Pedro presentó al instante la batalla; pero el aragonés era demasiado prudente para aceptarla, y permaneció inmóvil al pie de los baluartes de Borja, satisfecho con cubrir esta plaza importante y con impedir que el castellano le pusiese sitio. Entonces era la estrategia un arte olvidado, y un general creía haber hecho bastante por su gloria con presentar la batalla en campo raso, no sospechando siquiera que por medio de maniobras llegaria á obligar á su contrario. En presencia uno de otro los dos ejércitos por espacio de algunas horas fueron testigos inmóviles de insignificantes escaramuzas que muy pronto terminó el sofocante calor. Por ambas partes cayeron muchos soldados muertos de sed ó abrasados por los rayos del sol (2). Desde que fue evidente que los aragoneses no se aventurarian en la llanura y que los castellanos no los atacarían estando al abrigo de los muros de Borja tocóse retirada, y ambos reyes creyeron haber hecho una campaña, volviendo don Pedro á Tarazona y Pedro IV á Zaragoza. Esto era dejar

(1) Ayala.

(2) Ayala.—Pedro IV pretende que presentó la batalla y que no la aceptó el rey de Castilla.—Carbonell.—Segun Zurita la intervencion del cardenal Guillermo habria impedido el combate.—La superioridad de los castellanos, la posicion defensiva de los aragoneses y la retirada de Pedro IV sobre Zaragoza me ha parecido que confirmaban la version de Ayala, y por eso la he seguido.

el campo libre al legado, que renovó con mas fuerza que nunca sus instancias para un acomodamiento.

IV.

Sea que el orgullo de D. Pedro satisfecho por el éxito de esta expedicion se hubiese hecho mas tratable, ó bien, como puede presumirse, que su desconfianza le mostrase en lo interior de su reino peligros de los cuales él solo tenia el secreto, pareció que aceptaba con placer esta vez la mediacion de la Santa-Silla, y á ejemplo del rey de Aragon se apresuró á nombrar plenipotenciarios para tratar de la paz: una ciudad neutral, Tudela de Navarra, fue destinada para las conferencias, que debia presidir el cardenal legado. Castilla estaba representada por Juan de Hinestrosa, Juan de Benavides é Iñigo Lopez de Orozco; y Aragon por Bernal de Cabrera, Pedro de Exerica y Alvar Garcia de Albornóz (1), súbdito castellano este último, que sin duda habia sido elegido para sostener los intereses del conde de Trastamara y de los otros desterrados. El 10 de marzo de 1357 se reunieron al aire libre, segun antigua costumbre española, debajo de un olmo, fuera de las puertas de Tudela (2). El cardenal, que queria sobre todas las cosas evitar la efusion de sangre, insistió porque se pactase una tregua entre las dos potencias beligerantes, y de tal duracion que permitiese resolver por medio de negociaciones las numerosas dificultades que preveia. Preciso es recordar que ambos monarcas tenian aliados

(1) Zurita.

(2) Aun hoy dia se celebra la reunion de los diputados de la confederacion vasca bajo un árbol en Guernica.

comprometidos en su querella, vasallos poderosos cuyas pretensiones particulares se habian comprometido á sostener. El rey de Aragon estaba ligado con D. Enrique por las convenciones de Pina y de Zaragoza, que le prohibian tratar, sin su consentimiento, con el rey de Castilla; y en cambio este último debia tomar en consideracion los intereses de la reina viuda de Aragon, su tia; de los dos infantes, sus primos, y de los desterrados aragoneses que se habian acogido á su proteccion.

Despues de algunos debates estipulóse que el rey de Castilla alzaria el secuestro puesto á los bienes de don Enrique y de sus parciales, y que concederia una amnistia á todos sus súbditos emigrados, salvo aquellos que en el reinado precedente hubiesen incurrido en sentencia de alta traicion. El rey de Aragon por su parte debia devolver á su madrastra doña Leonor á los hijos de esta princesa, y á sus partidarios las propiedades de que se habia apoderado, y publicar, en fin, una amnistia con reservas análogas á las precedentes. Ambos reyes, cada cual en sus contestaciones con los miembros de sus familias, debian recurrir al arbitraje del legado.

Igualmente se convino que en el término de un mes recibiria el legado á título de depósito las ciudades cuya posesion se disputaban los reyes de Aragon y de Castilla; es decir, Tarazona por una parte y por la otra Alicante y algunos castillos en la frontera de Murcia. Desde el dia que se firmase el tratado hasta la Pascua debian presentar los plenipotenciarios los títulos de sus señores y hacer valer sus derechos; pues pasado este término sin acuerdo amigable entre ellos ya correspondia al legado pronunciar en último recurso, para lo cual se le concedia un nuevo plazo de seis meses; y sin embargo de que los dos reyes no rectificasen su sentencia no podian volver á rom-

perse las hostilidades hasta pasado un año, con lo cual resultaba que la tregua debía durar dos y algunos meses mas. A estos artículos se añadieron cláusulas penales contra las infracciones, como eran la ex-comunion y el entredicho, y una multa de cien mil marcos de plata; la mitad para la corte apostólica y la otra mitad para la parte que permaneciese fiel á los convenios firmados (1).

A pesar de la igualdad aparente de estas estipulaciones la tregua era en realidad desventajosa para el rey de Castilla, pues le obligaba á detenerse en medio de sus prosperidades y viéndose á la cabeza de un ejército numeroso ya establecido en el pais enemigo. Por otra parte tampoco tenia deseos de reconciliarse con su hermano, mientras que el rey de Aragon al tratar continuaba públicamente las negociaciones entabladas en secreto para el mismo resultado. Sin desaprobár á sus plenipotenciarios D. Pedro no quiso ratificar las convenciones estipuladas por ellos; en cuanto á Tarazona pretendia que debía pertenecerle á título de conquista y que no existia ninguna paridad entre sus derechos á esta plaza y los que el rey de Aragon alegaba sobre la de Alicante. Por una sutileza digna de aquel tiempo sostenia que Tarazona, aunque atacada durante la precedente tregua de quince dias, no habia sido tomada sino despues de espirar esa misma tregua, y que estaba por consiguiente legitimamente ganada (2). Para probar ademas sus intenciones sobre este punto nombró á Juan de Hinestrosa gobernador de la ciudad, dándole el encargo de establecer en ella una especie de colonia militar. El territorio y las casas de Tarazona

(1) «Arch. gen. de Aragon.—*Pacium et Treugarum.*»

(2) Ayala.—Cascales.—«Hist. de Murcia.»

fuieron repartidos á trescientos caballeros castellanos (1).

El legado, como puede presumirse, se quejó vivamente de esta falta de fe. Despues de tres meses de reclamaciones inútiles y habiendo agotado las amenazas y las suplicas lanzó contra D. Pedro una sentencia de ex-comunion y puso entredicho á su reino (2). Pero D. Pedro estaba aguerrido contra los rayos de la Santa-Silla; sentíase fuerte: sus súbditos habian aprendido á temer mas su cólera que las censuras apostólicas, y de hecho ningun síntoma alarmante para su autoridad siguió á la sentencia del legado. Solo en un punto fue ejecutada la convencion de Tudela: en que las hostilidades permanecieron suspendidas.

Pero el rey de Aragon se aprovechaba de este momento de descanso para suscitar nuevos enemigos á don Pedro y para reclutar auxiliares hasta en su mismo campo. Desde algunos meses antes habia entablado Pedro IV una correspondencia secreta con su hermano el infante de Aragon, y este principe, siempre voluble é inconstante, se habia dejado ganar por sus promesas. En el mes de diciembre de 1357 apareció de repente D. Fernando en el reino de Valencia, y despues de haberse desnaturalizado públicamente por segunda vez por una de aquellas comedias tan frecuentes entonces (3), devolvió al aragonés la plaza de Orihuela y los otros castillos que poseia en esta provincia, y por los cuales ya habia prestado homenaje al rey de Castilla. Nombrado inmediatamente procurador general del reino armó á sus vasallos

(1) Ayala.

(2) «Arch. gen. de Aragon.—Pac. et Treug.»—La sentencia de ex-comunion está fechada en Tudela á 26 de junio de 1357.

(3) Zurita.—«Hist. de Murcia.»—Carbonell.

aragoneses y juntó á ellos una tropa bastante numerosa de castellanos adictos á su persona. Por un tratado de paz y de reconciliacion que fué firmado en Cañada del Pozuelo el dia 7 de diciembre de 1357 se obligó Pedro IV á devolverle todos sus dominios, á tener á sueldo á los castellanos que pudiera atraer á su servicio, y á no hacer ni paz ni tregua con D. Pedro sin su asentimiento (1). Esta última condicion era como se ve una fórmula inútil de todos los tratados concluidos con los tráfugas; y en cuanto al infante D. Juan, enemistado hacia mucho tiempo con su hermano, y adversario de los bastardos á causa de sus pretensiones sobre el señorío de Vizcaya, permaneció al lado de D. Pedro y tratado en apariencia con el mismo favor, pero en realidad objeto de desconfianza y aversion para todos los partidos.

En este mismo tiempo la condesa de Trastamara, que estaba prisionera hacia mas de un año á consecuencia de la toma de Toro, consiguió escaparse y penetrar en Aragon. Gomez Carrillo, mayordomo de D. Enrique, habia dirigido al rey de Castilla poco despues de la proclamacion de la tregua de Tudela ofertas de sumision que fueron aceptadas. Volvió á la corte, fue bien acogido, y aun obtuvo la investidura de la ciudad de Tamariz, por la cual se reconoció obligado del rey; pero su defeccion era fingida y no tenia mas objeto que el de acercarse á la condesa de Trastamara. Mientras que afectaba el mas ardiente celo por su nuevo señor preparaba con profundo secreto la fuga de la cautiva, despues de haber encontrado un medio de instruirla de sus verdaderas intenciones; y cuando se presentó una ocasion favorable des-

(1) «Arch. gen. de Aragon, autógrafos. Segona Caixa.»

apareció con la condesa, arrebatando de este modo al rey el mas importante de sus rehenes y el mas comprometido despues de la alianza declarada entre Pedro IV y D. Enrique (1).

V.

La relacion de los acontecimientos que siguieron á la expedicion de D. Pedro al Aragon no me ha permitido referir en su fecha los que al mismo tiempo pasaban en Andalucía, provincia que dejamos agitada por la insurreccion de Juan de la Cerda. El rey habia juzgado muy bien la situacion del pais al abandonarlo á sus propias fuerzas contra el alzamiento intentado por este jefe audaz. Despues de algunos estragos ejercidos en las cercanías de Gibraltarleon, su plaza de armas, la Cerda dió la batalla á las milicias de Sevilla, sostenidas por los hombres de armas de Perez Ponce, señor de Marchena; del genoves Gil de Bocanegra, almirante de Castilla, y de algunos ricos-homes; pero los rebeldes fueron derrotados y su jefe conducido prisionero á Sevilla y encerrado en la torre del Oro. Al anunciar esta victoria á D. Pedro se le pedia hiciese conocer sus intenciones con respecto al cautivo. No se hizo esperar la respuesta; un ballestero de la guardia salió sobre la marcha de Tarazona para Sevilla con orden de hacerse entregar á D. Juan de la Cerda y de darle muerte. Casi al mismo tiempo la mujer de este señor, doña Maria Coronel, dama tan célebre por su virtud como por su rara hermosura, corrió desde Sevilla al campamento del rey y se arrojó á sus pies pidiéndole gracia para el culpa-

(1) Ayala.

ble. Conmovido de sus lágrimas D. Pedro le concedió decreto de perdon, incierto sin embargo de si podria servirle. En efecto, por mas diligencia que tuvo la desgraciada no llegó á Sevilla sino ocho dias despues de la muerte de su marido (1). Acusóse al rey de haber concedido la gracia del rebelde solo por estar cierto de que no podia ser conocida en Sevilla á tiempo de poder prevenir su muerte. Esta suposicion es injusta en mi sentir: la condenacion de Juan de la Cerda era rigurosa tal vez, pero seguramente legal. Cogido con las armas en la mano y rebelde por segunda vez, ¿podia esperar su perdon de un principe que le habia colmado de beneficios? Ni aun siquiera tenia para escusar su rebellion el pretesto de la envidia que habia determinado la defeccion de su cuñado D. Alvar de Gúzman. Espedida la sentencia de muerte el rey vió á sus pies á la infortunada doña Maria y no tuvo valor para resistirse á sus súplicas; pero estando dadas casi al mismo tiempo las dos órdenes contradictorias solo dependia la suerte del prisionero de una especie de azar, y el rey no podia hacer que retrocedieran las pocas horas que se habia adelantado su ballestero á doña Maria Coronel. Cuando menos se concedieron algunos dias de esperanza á la suplicante, y es soberanamente injusto trocar en un refinamiento de crueldad lo que sin duda fue un movimiento generoso de compasion y de clemencia. Viuda á los veinte años doña Maria se retiró al convento de Santa Clara de Sevilla, donde profesó, y de donde no salió hasta 1374 para fundar el monasterio de Santa Ines en la misma ciudad, muriendo en él venerada como santa.

La tradicion popular en España, y sobre todo en Andalu-

(1) Ayala.

cia, ha conservado el nombre de María Coronel asociado al de D. Pedro en cierta relacion trágica. Por una de esas confusiones tan frecuentes en las leyendas históricas, que transmitidas de boca en boca se embellecen sin cesar por adiciones romancescas, el amor del rey hacia doña Aldonza Coronel, mujer de Alvar Perez de Guzman, ha sido trasportado á su hermana doña María, viuda de D. Juan de la Cerda. Segun una leyenda, convertida en historia por los habitantes de Sevilla, doña María, tan hermosa como casta, siempre rechaza con indignacion los homenajes de D. Pedro. En vano es que oponga las rejas del convento de Santa Clara como un muro á la pasion impetuosa del tirano. Advertida de que sus satélites se disponen á arrancarla del santo lugar hace abrir apresuradamente en el jardin del monasterio una ancha fosa, en la cual se acuesta, dando orden de que la cubriera con ramas de árbol y con tierra. Pero esta tierra recientemente movida la denunciaria sin duda; mas sobreviene un milagro muy á propósito: apenas se ha metido en esta especie de tumba cuando se cubre de yerbas y de flores, y nada la distingue ya del césped inmediato. El amor del rey se irrita con estos obstáculos; sospecha que la hermosa viuda ha burlado la vigilancia de sus ministros, y va él mismo al convento de Santa Clara para robarla. Esta vez ya no es un milagro, sino una estratagema heroica lo que salva á la noble matrona; detestando aquella fatal belleza que la espone á tan indignos ultrajes agarra con mano firme un vaso lleno de aceite hirviendo, lo vierte sobre su rostro y sobre su cuello, y cubierta de llagas horribles se presenta al rey, á quien hace huir espantado, declarándole que está acometida de lepra. «Sobre su cuerpo, milagrosamente conservado, dice Zurita, aun se ven las huellas del hirviente liquido, y puede tenersele con razon por un cuer-

po santo (4).» He referido estensamente esta leyenda, desconocida á los autores contemporáneos, para dar una idea de las trasformaciones que la historia de D. Pedro ha sufrido por la tradicion y colores poéticos que le ha dado la viva imaginacion del pueblo español. Pero despues de la relacion maravillosa viene la sencilla verdad de la historia.

Inmediatamente despues de la conclusion de la tregua con el aragonés volvió á Sevilla D. Pedro para activar la construccion y el armamento de una poderosa flota. Los insultos de los corsarios catalanes le hacian sentir amargamente la inferioridad de su marina, y su imaginacion, siempre seducida por proyectos audaces y gigantescos, aspiraba á la gloria de vencer á su enemigo sobre un elemento donde hasta entonces dominaba sin rival. Propóniase llevar la guerra al centro mismo de las provincias aragonesas; sitiar su capital tan pronto como pudiese comenzar las hostilidades, y al mismo tiempo pretendia arrastrar al príncipe Luis de Navarra en una coalicion contra Pedro IV, prometiéndole en cambio *desafiar* al rey de Francia, su enemigo, y llevar la guerra mas allá de los Pirineos (2). En medio de estos preparativos y de estas negociaciones; es decir, al comenzar el año 1358, doña Aldonza Coronel llegó á Sevilla para solicitar como su her-

(1) Zúñiga, «Anales de Sevilla.»—El pueblo cuenta que Maria Coronel, perseguida por D. Pedro en el arrabal de Triana, metió la cabeza en una sartén donde freía buñuelos una gitana. Me han enseñado la casa ante la cual tuvo lugar este suceso, y me hicieron notar que esa casa aun está habitada por gitanos.

(2) El rey de Navarra estaba entonces prisionero del de Francia. El príncipe Luis, regente de Navarra, era solicitado al mismo tiempo por el rey de Aragon, y por ambas partes hacía promesas que no tenia intenciones de cumplir.—Zurita.—Carbonell.

mana el perdón de su marido Alvar de Guzman, refugiado en Aragon (1). Primeramente vivió al lado de doña María en el convento de Santa Clara, y por algun tiempo pareció inaccesible á las pruebas de amor que le daba D. Pedro; pero vencida al fin dejó voluntariamente el monasterio y aceptó un alojamiento que le tenía preparado el rey en la torre del Oro, situada á orillas del Guadalquivir. Pronto tuvo allí una casa real, una especie de guardia, caballeros y escuderos para defenderla en caso necesario, y, en una palabra, fue á los ojos de todos la querida favorita del rey de Castilla. Ayala refiere que D. Pedro, siempre exagerado en sus amores, habia mandado al alguacil mayor de Sevilla que obedeciese como á él mismo las órdenes dadas en su ausencia por doña Aldonza y trasmitidas por los caballeros agregados á su guardia, pues segun toda apariencia la favorita era invisible como una sultana de Oriente. Entre tanto María de Padilla ocupaba siempre el alcázar ó castillo real en la misma ciudad, donde tenia su casa de reina, su corte y su guardia de caballeros. Imitador de los príncipes musulmanes, tal vez era un honor para D. Pedro tener como ellos muchas mujeres rivales en fasto y en poderio. Mientras que la antigua y nueva querida parecían desafiarse cada una en su castillo fuerte, las frecuentes ausencias del rey, á quien su afición á la caza alejaba alguna vez muchos dias de Sevilla, podian dar lugar á graves conflictos entre dos mujeres celosas que dividian la corte en dos bandos enemigos.

Durante una de estas ausencias del rey llegó á Sevi-

(1) ¿Qué pensar de D. Alvar, que enviaba á su esposa á solicitar del rey, enamorado de ella?

lla Juan de Hinestrosa de vuelta de una misión á Portugal, trayendo la promesa de Alfonso IV de cooperar, enviando una escuadra, á la expedición que contra el Aragón se preparaba. D. Pedro, que estaba de caza en las cercanías de Carmona, acababa de mandar llamar á su lado á doña Aldonza, y esta marcada preferencia fue al instante interpretada como la señal de la completa desgracia de María de Padilla. Su tío Hinestrosa, considerado como jefe de la familia, era odiado por una parte de la corte, y confiados en el favor brillante de Aldonza Coronel, los enemigos de los Padilla creyeron sin duda prevenir los secretos designios del príncipe asestando un golpe al ministro, pariente de la querida abandonada. El gobernador de la torre del Oro, instigado tal vez por Aldonza y cómplice ó instrumento de una intriga de corte, mostró la firma en blanco del rey al alguacil mayor, notificándole hiciese arrestar á Juan de Hinestrosa. La orden fue ejecutada sobre la marcha, y el mismo día fue conducido á prision con Diego de Padilla. Al ver la facilidad con que estos dos hombres, poco antes tan poderosos, caían desde la altura de las grandezas á la oscuridad de un calabozo, sin que se alzase una voz para defenderlos; al ver la obediencia ciega que encontraban las órdenes mas extraordinarias dadas en nombre del rey, se reconoce cuán detestados eran los Padilla, y sobre todo cuán absoluto y temido era D. Pedro en sus estados, donde dos años antes solo encontraba rebeldes. Pero si María de Padilla no podía evitar las infidelidades de su amante pronto se vió que solo ella tenía su confianza y que era peligroso provocar á aquella reina indulgente. Instruido por ella de la prision de Juan de Hinestrosa y de su sobrino estalló la indignación del rey: se apresuró á volver al lado de María de Padilla y se esforzó en tranquilizar á sus

parientes por medio de nuevos favores. Bruscamente abandonada en Carmona doña Aldonza pronto se vió obligada á ocultar su vergüenza en el convento de Santa Clara, donde segun se dice acabó su vida en el arrepentimiento. No se sabe que el alguacil mayor sintiera ningun efecto de la cólera del rey; solo era culpable por exceso de obediencia, y esta es una falta que perdonan fácilmente los déspotas (4).

(4) Ayala.—Por mas estraña que parezca esta anécdota no he vacilado en referirla segun la autoridad de Ayala, que tal vez fue testigo de esta intriga de corte. Probablemente estaba entonces en Sevilla, de donde pronto lo veremos salir con la escuadra del rey. Es notable que Zúñiga haya guardado silencio sobre este suceso, despues de haber dado un lugar á los cuentos de María Coronel.—«Anales de Sevilla.»

XI.

Venganzas de D. Pedro.—1358.

AL odio implacable que D. Pedro encerraba en su corazón contra los ricos-homes que habian tomado parte en la liga se juntaban sospechas incesantes contra todo lo que le rodeaba: desconfianza escusable y tal vez demasiado justificada despues de la triste prueba de la inconstancia de sus súbditos. El tratado concluido en Pina entre el rey de Aragon y D. Enrique, y especialmente la cláusula que preveia y aun suponía en cierto modo la traicion de don Fadrique, no habian podido permanecer en secreto largo tiempo; por otra parte, la reciente defeccion del infante D. Fernando, la de Gomez Carrillo, la rebellion de D. Juan de la Cerda y la de Alvar de Guzman le parecían otras tantas pruebas de una inmensa conjuracion urdida contra su autoridad y contra su misma vida por enemigos á quienes no habian podido seducir sus beneficios ni intimidar sus rigores. En la última campaña de Aragon habia visto

por un instante reunidos enrededor de su bandera á D. Fadrique, á D. Tello y al infante D. Juan, y se dice que desde entonces habia concebido el proyecto de hacerlos perecer á todos (1); pero la inmediacion del ejército aragonés y el gran número de vasallos adictos que los jóvenes príncipes llevaban en su comitiva le habian obligado á aplazar la ejecucion de sus siniestros designios. Entre tanto estos hombres á quienes aborrecia acababan de dar pruebas de celo á su servicio: D. Fadrique se habia distinguido en el asalto de Tarazona; pero en presencia de los caballeros de su órden, colocado entre el temor de pasar por cobarde y la necesidad de mostrarse soldado fiel, no podia menos de combatir, y su bravura solo parecia un cálculo para preparar su desercion. D. Tello habia llevado poderosos refuerzos al ejército castellano; pero en su afectacion de aparecer únicamente rodeado de sus fieles vizcainos, y en la desconfianza injuriosa que no se tomaba el trabajo de ocultar, creia el rey sorprender la confesion de proyectos culpables, y atribuia su llegada al teatro de la guerra mas bien al deseo de espiar una ocasion para venderle que una adhesion sincera á su persona. Por otra parte: ¿no habia hecho asesinar D. Tello muy recientemente á Juan de Avendaño, emisario secreto de D. Pedro en Vizcaya? ¿No habia aconsejado, lo mismo que D. Fadrique, devolver la plaza de Tarazona al rey de Aragon? ¿Cómo esperar que los hijos de Leónor se hiciesen guerra entre sí, que olvidasen á su madre asesinada y á sus amigos sacrificados en Toro? En una palabra; que sus hermanos estuviesen animados de sentimientos generosos ó arrastrados por una ambicion culpable, D. Pedro solo veia

(1) Ayala.

enemigos en ellos y su propio odio le revelaba el que él debía inspirarles.

Pero fiel á sus hábitos de disimulo les ocultaba con cuidado sus inquietudes, y D. Fadrique particularmente parecía que gozaba de su mas alto favor. Tenia un mando muy importante en la frontera de Murcia, y el rey le habia dado sus plenos poderes para la solucion de las dificultades pendientes entre Castilla y Aragon con respecto á la fijacion de límites. D. Fadrique por su parte afectaba la mas completa adhesion á su hermano y no perdía ninguna ocasion de demostrárselo. El castillo de Jumilla, en el territorio disputado entre los reinos de Murcia y de Valencia, habia sido ocupado por un rico-hombre aragonés, del cual pretendia ser propietario, mientras que los embajadores castellanos reclamaban esta fortaleza como comprendida en los dominios de su señor (1). Sin esperar el resultado de las negociaciones muy activas sobre este punto don Fadrique se apoderó de Jumilla por un golpe de mano, haciendo arbolar en él la bandera de Castilla. D. Pedro no se engañó sobre el motivo que habia inducido al maestro de Santiago á este acto de hostilidad, y no vaciló en atribuirlo á las intrigas del conde de Trastamara, interesado en que se rompiese la tregua. D. Fadrique estaba ademas rodeado de espías, y al paso que demostraba sacrificarlo todo por agradar al rey se descubria que estaba en correspondencia secreta con D. Enrique y el rey de Aragon. Gonzalo Mexia, comendador de Santiago, era su agente intermediario, y á fines del año 1357 habia salido de Ca-

(1) Carbonell.—«Arch. gen. de Aragon.» Véanse varias cartas de Pedro IV relativas á sus derechos sobre esta plaza, y especialmente su consulta al doctor Ramon Castellan.

riñena encargado de un mensaje secreto para el maestro (1), que no tomó á Jumilla sino despues de una conferencia tenida con el comendador. Siempre vivamente irritado D. Pedro contra el rey de Aragon, y acusando ademas de parcialidad al legado, estaba muy resuelto á romper la tregua y á requerir las armas; pero antes de comprometerse en una guerra extranjera queria desarraigar enrededor suyo la guerra civil.

Con este intento se franqueó con el infante D. Juan de Aragon, príncipe débil y malvado, á quien profesaba tanto desprecio como odio; pero al mismo tiempo lo consideraba como un instrumento manuable, y tenia por el último refinamiento de la política armar á sus enemigos unos contra otros. El 29 de mayo de 1358, instruido el rey de la llegada del maestro de Santiago, á quien habia mandado venir á Sevilla, hizo llamar muy de mañana á su palacio al infante D. Juan y á Diego Perez Sarmiento, adelantado de Castilla. Encerrado en su gabinete presentóles un Crucifijo y los Evangelios, y les hizo prestar juramento de guardar un secreto inviolable sobre lo que les iba á descubrir. Dirigiéndose en seguida al infante le dijo estas palabras: «Primo: sabeis y yo tambien sé que el maestro de Santiago, mi hermano D. Fadrique, os quiere mal y que vos le correspondeis; tengo pruebas de que me hace traicion y quiero matarlo hoy. Os pido que me ayudeis, y haciéndolo me prestareis servicio. Muerto él salgo inme-

(1) Pasaporte concedido á Gonzalo Mexia por el rey de Aragon para ir de parte del conde de Trastamara á conferenciar con el maestro de Santiago sobre «ciertos negocios», válido para una ó muchas veces, «siendo ó viniendo por unas ó muitas vegadas del dito conde al dito maestro, et del dito maestro al dito conde.» Carriñena 28 de diciembre de 1357.—«Arch. gen. de Aragon.»

diatamente para Vizcaya, donde cuento tratar del mismo modo á D. Tello, y entonces os daré su tierra de Vizcaya y de Lara; porque casado como estais con doña Isabel, hija de D. Juan Nuñez de Lara, os corresponde en todo derecho este rico dominio.» Sin mostrarse sorprendido de esta confianza horrible, y no pensando mas que en la inmensa fortuna que siempre habia codiciado, el infante respondió con presteza. «Señor: estoy muy obligado á vuestra confianza en revelarme vuestros secretos designios: verdad es que odio al maestre de Santiago y á sus hermanos, y que ellos me aborrecen por el amor que os profeso; por eso estoy contento al saber que habeis resuelto deshaceros del maestre, y si es vuestro gusto yo mismo lo mataré.» Entonces contestó el rey: «Primo infante: os doy gracias y os suplico que lo hagais como lo decis.» Indignado Perez Sarmiento de la bajeza del infante prorumpió en tono severo: «Monseñor, dijo á D. Juan: gozaos enhorabuena de la justicia que va á hacer nuestro señor el rey; pero creed que no faltarán ballesteros para despachar al maestre.» Estas palabras desagradaron á D. Pedro y no las olvidó en lo sucesivo.

Algunas horas despues de esta conversacion entraba en Sevilla D. Fadrique, viniendo de Jumilla. Se dice que fuera de las puertas un clérigo, tal vez apostado por Sarmiento, le advirtió en términos misteriosos que le amenazaba un gran peligro; pero el maestre no hizo cuenta de sus palabras ni quizás comprendió su sentido (1). Atravesando la ciudad sin detenerse entró en el alcázar con una comitiva numerosa de caballeros de su orden y de su casa,

(1) «Romances sobre el rey D. Pedro.»—Rades.—«Hist. de la orden de Sant.—Hist. de Murcia.»—Ayala no habla de esta circunstancia.

y encontró al rey jugando á las damas con uno de sus cortesanos. Muy maestro D. Pedro en el arte de fingir recibió á D. Fadrique con aire franco y la sonrisa en los labios, le dió su mano á besar, é interrumpiendo el juego le preguntó cuál habia sido su último descanso y si estaba contento con su alojamiento en Sevilla. Respondió el maestre que acababa de hacer una tirada de cinco leguas, y que en su vivo deseo de presentar sus homenajes al rey aun no se habia informado de su alojamiento. «Pues bien, dijo D. Pedro que veia muy acompañado á D. Fadrique, ocupaos primero del alojamiento y despues volvereis á verme.» Y despues de haberle hecho una seña de adios amigable volvió á emprender su juego. D. Fadrique pasó en seguida á ver á María de Padilla, que ocupaba con sus hijas un departamento del alcázar, que era una especie de harem con su etiqueta puramente oriental. En este momento despidió á los caballeros de su comitiva y entró solo con Diego de Padilla, maestre de Calatrava, que no sabiendo nada de lo que se tramaba habia salido á su encuentro por hacerle honor como á su colega. Dulce y buena la favorita recibió á D. Fadrique con las lágrimas en los ojos, y demostró tanta angustia á su vista que el maestre se sorprendió un poco, aunque muy distante sin embargo de sospechar la causa de la emocion extraordinaria causada por su presencia: la favorita conocia los designios del rey, y en vano habia pretendido ablandarlo. Despues de haber abrazado á las hijas de María, á quienes llamaba sus sobrinas, el maestre de Santiago bajó al patio del alcázar, donde esperaba encontrar á su gente y su cabalgadura; pero los porteros habian recibido orden de evacuar el patio y de cerrar las puertas. Persuadido de que no podia comprenderle esta consigna estaba pidiendo que le acercasen su mula, cuando uno de sus caballeros,

llamado Suero Gutierrez, advirtiéndole en todo el palacio un movimiento desusado, se acercó al maestro y le dijo: «¡Monseñor, la poterna está abierta; salid! Ya fuera del alcázar no os faltarán las mulas.» Estándole apremiando de este modo llegaron dos caballeros de la casa y le advirtieron que el rey le mandaba llamar. D. Fadrique obedeció al instante y se encaminó hacia el departamento del rey, que ocupaba entonces uno de los edificios comprendidos en el recinto del alcázar, y que se llamaba el Palacio de Hierro (1), á cuya puerta estaba Pero Lopez Padilla, jefe de los maceros de la guardia, con cuatro de sus gentes. Abrióse una sola de las hojas y distinguióse al rey, que gritó al instante: «¡Pero Lopez, prended al maestro!—¿A cuál de los dos, señor? preguntó el oficial, vacilando entre D. Fadrique y D. Diego de Padilla.—¡Al maestro de Santiago!» respondió el rey con voz tonante. Inmediatamente dijo Pero Lopez á D. Fadrique agarrándolo por un brazo: «Sois mi prisionero.» D. Fadrique aterrado no hacia la menor resistencia, cuando exclamó D. Pedro: «¡Maceros, matad al maestro de Santiago!» La sorpresa y el respeto hacia la cruz roja de Santiago tuvo por un instante inmóviles á estos hombres, hasta que uno de los caballeros de la casa dijo acercándose á la puerta: «¡Traidores! ¿Qué haceis? ¿No oís que el rey manda que mateis al maestro?» Ya levantaban los maceros su arma cuando desasiéndose D. Fadrique con vigor de Pero Lopez se lanzó al patio y quiso ponerse en defensa; pero la cruz de la espada que llevaba sobre el gran manto de su orden se había enredado en el cinturón y no pudo desenvainarla. Per-

(1) O de estuco. Los manuscritos ofrecen esta variante: «hierro» ó «yeso.»

seguido por los maceros corrió en diversas direcciones por el patio evitando sus golpes y sin poder conseguir tirar de la espada, hasta que uno de los guardias del rey le alcanzó con un golpe en la cabeza y le desplomó, acometiéndole en seguida sus compañeros con golpes redoblad^{os}. Tendido estaba por tierra y bañado en su sangre cuando D. Pedro bajó al patio buscando con la vista alguno de los caballeros de Santiago á quienes habia resuelto hacer morir con su jefe; pero ya hemos visto que mientras D. Fadrique visitaba á Maria de Padilla los porteros habian hecho evacuar el patio á toda su comitiva. Solo quedaba allí el primer escudero del maestre, Sancho Ruiz de Villegas, quien al apercibir al rey se precipitó en las habitaciones de Maria de Padilla y agarró en sus brazos á la mayor de sus hijas pretendiendo escudarse con ella contra los asesinos. D. Pedro, que le seguia con la daga en la mano, le hizo arrancar á la infanta y le dió el primer golpe, siendo acabado inmediatamente por uno de sus cortesanos, enemigo particular de Sancho de Villegas. Dejando la cámara de su querida inundada de sangre volvió el rey á bajar al patio y se acercó al maestre que yacia inmóvil en el suelo, pero respirando aun. Entonces entregó su puñal á un esclavo africano (1) para dar el golpe de

(1) «Un moro de su cámara.»—Ayala.—Llaguno ha preferido la version «mozo de su cámara» que dan algunos manuscritos. Pero el «Abreviado» y las mejores copias dicen «Moro.» Me parece verosímil que D. Pedro, como todos los déspotas, gustase de rodearse de servidores extranjeros, y ya se verá mas tarde que dió el mando de los maceros de su guardia á un georgiano. A pesar de los detalles circunstanciados que suministra Ayala sobre este acontecimiento no están de acuerdo los anticuarios de Sevilla sobre el lugar preciso donde fue muerto D. Fadrique. Segun la tradicion conservada por los porteros del alcázar el maestre debió ser asesinado en la sala de los «Azu-

gracia al moribundo. Asegurado entonces de su venganza pasó á una sala á dos pasos del cadáver de su hermano y se sentó á la mesa (1).

D. Pedro podía comer delante de su enemigo muerto, pero sus comidas no se parecían á las de Vitelio; érale preciso tomar fuerzas, porque tenia rudas fatigas que sostener; un momento despues ya estaba á caballo corriendo hácia el Norte, aunque antes se habia tomado tiempo para despachar maceros á los principales partidarios de D. Fadrique. En Córdoba, Salamanca, Mora, Toro y Villarejo estos mensajeros de la muerte iban á ejecutar con puntualidad sus órdenes terribles. La hora de la venganza habia sonado, y la implacable memoria de D. Pedro iba á castigar todas las ofensas que hasta entonces habia disimulado, pues no olvidó á Alfonso Tenorio, que habia tirado de la espada en su presencia en las conferencias de Toro (2), ni á Lope de Bendaña, aquel comendador de Santiago que se burlára de él cuando llegó á las puertas de Segura (3). Estas fueron sus mas ilustres victimas. Las otras, agentes mas ó menos oscuros de D. Fadrique ó del conde de Trastamara, eran los intermediarios de su correspondencia con los descontentos de las principales ciudades de Castilla. Creyéndose ya seguro D. Juan de Aragon de obtener el señorío de Vizcaya habia resignado en manos del rey su cargo de adelantado de la frontera, que

lejos,» donde todavia enseñan las huellas de su sangre como se mostraba en Blois la del duque de Guisa. Ayala dice positivamente que el maestre fue muerto en el patio y que D. Pedro comió en la sala de los «Azulejos.»

(1) Ayala.

(2) Ayala.

(3) Ayala.

al instante fue conferido á Enrique Enriquez, alguacil mayor de Sevilla, y Garci Gutier Tello, caballero de nacimiento ilustre, reemplazó á este último en las difíciles funciones de magistrado supremo de la ciudad mas grande de todo el reino. Las órdenes de muerte y los diplomas de investidura estaban espedidos de antemano, y no detuvieron á D. Pedro ni un instante en Sevilla. Siete dias le bastaron para trasladarse á Aguilar del Campo, en el reino de Leon (1), donde esperaba sorprender á D. Tello, su hermano, antes que el rumor de la muerte de D. Fadrique le hubiera obligado á prevenirse. Una diligencia tan extraordinaria en esta época supone caballos de refresco enviados de antemano, y prueba suficientemente que la muerte del maestre de Santiago solo era el principio de un plan vasto, largamente meditado y preparado con singular prevision. Hacia mucho tiempo que D. Pedro no tenia mas pensamiento que el de fundar el despotismo real sobre las ruinas del poder aristocrático. Una casualidad salvó á D. Tello. Cuando el rey entraba en Aguilar fue conocido por un escudero, que al momento corrió á avisar á su señor, que estaba de caza, y D. Tello huyó á rienda suelta sin volver la cara hácia atras. No pretendió siquiera sublevar la provincia de Vizcaya, donde dos años antes habia rechazado victoriosamente las fuerzas del rey, ni se detuvo un instante para reunir sus vasallos y darles alguna orden, pues solo pensaba en interponer el mar entre su hermano y él, y el 7 de junio se embarcaba en Bermeo en una lancha para arribar á Bayona. Pocas horas despues entraba D. Pedro en Bermeo, y arrojándose en el primer buque que encontró le dió caza hasta la altura

(1) Ayala.

de Lequeitio, donde los vientos contrarios y la mar amenazadora le obligaron á renunciar á su persecucion. Menos afortunada que su marido, doña Juana de Lara, mujer de D. Tello, habia quedado prisionera en el castillo de Aguilar (1).

Difícilmente se explica la conducta de los vizcainos á la llegada de D. Pedro. Ni una espada se desenvainó para defender los derechos del heredero de Lara, y aquellos atrevidos montañeses, que poco antes se levantaban en masa para rechazar la invasion de un ejército castellano, parecían acoger ahora sin oposicion y aun mas con alegría á D. Pedro, persiguiendo á su señor con algunos ballesteros. Sin duda el gobierno de D. Tello habia indispuerto al pueblo vasco, tan celoso de sus antiguas libertades. Aquel Avendaño que primero condujo á sus compatriotas contra las tropas del rey, y que despues habia muerto asesinado por orden de D. Tello, parece haber sido el alma de esta enérgica resistencia. En él debe verse uno de esos grandes ciudadanos; uno de esos jefes nacionales apenas conocidos fuera de su provincia, pero quienes, representantes de los intereses populares, ejercen sobre sus compatriotas una autoridad sin limites. Atrayéndose á este jefe D. Pedro habia preparado la conquista de la Vizcaya; ahora se presentaba como su vengador, y por eso fue recibido con los brazos abiertos. Fue su primer cuidado rodearse de los principales ciudadanos del señorío de Vizcaya; presentes, adulaciones y promesas, nada perdonó el rey para ganárselos, para lo cual el medio mas seguro y el que hábilmente puso en práctica fue afectar el mayor respeto hácia su inde-

(1) Ayala.

pendencia. Así publicaba que despues de haber libertado á los vizcainos de un señor que los oprimia dejaba á la asamblea nacional el cuidado de elegir uno nuevo; pero entre tanto habla á los diputados de la provincia, y cómico tanto mas hábil cuanto que el papel que representaba no era enteramente fingido, se muestra á sus ojos como el vengador del pueblo y el enemigo de los tiranos feudales, cuyo poder tanto habia reducido ya. Un príncipe jóven, lleno de ardor y de entusiasmo, charlando familiarmente de sus proyectos con aquellos libres montañeses, ganó con facilidad su confianza. Por otra parte don Juan de Aragon, que seguia al rey desde Sevilla engañado por sus promesas, reclamaba con instancia el señorío de Vizcaya y le apremiaba para que hiciese reconocer sus derechos. Pródigo en juramentos el rey le repetia que no habia ido allí con otra intencion, y le aseguraba que el consentimiento de la junta no era mas que una vana formalidad, y que estaba seguro de obtenerlo. Al instante convoca en Guernica á los diputados vizcainos, y él mismo asiste á la reunion, siempre celebrada al aire libre debajo de un árbol, objeto de una veneracion casi supersticiosa para los habitantes de Vizcaya. El rey, en un discurso estudiado, reconociendo primero la independencia absoluta de la junta, le habló de los derechos que D. Juan tenia por su mujer segunda, hija de Nuñez de Lara, y su heredera despues de la destitucion de don Tello y de doña Juana, y concluyó preguntando á los diputados si querian reconocer á D. Juan por su señor. Apenas hubo acabado levantose un grito que decia: «Jamás tendrá la Vizcaya otro señor que no sea el rey de Castilla. ¡No queremos otro de ningun modo!» Este grito dado por diez mil voces era la espresion del orgullo y del buen sentido nacional. Ya que era preciso tener un

señor los vascos querian que este señor no fuese vasallo de nadie (1). Afectando D. Pedro sorpresa dió las gracias á la asamblea, y sin explicarse sobre la oferta que le hacian demostró lo grato que le era un homenaje que tan lejos estaba de esperar; pero el infante comenzaba á conocer que el rey lo habia engañado, y le hacia multitud de cargos sobre ello. Para tranquilizarlo prometió tentar el último esfuerzo, y le dijo: «Reunida la junta apresuradamente en Guernica solo ha manifestado el voto de algunos cantones; pero en Bilbao, la ciudad principal del señorío, obtendré mas fácilmente que los vizcainos os rindan homenaje: segun los privilegios de la provincia solo en esta capital es donde debe hacerse el reconocimiento del señor (2).

Quince dias habian trascurrido desde la muerte de don Fadrique y seis desde la fuga de D. Tello, y ya D. Pedro sin ejército alguno era dueño de toda la Vizcaya. Al dia

(1) Segun la tradicion recibida en Vizcaya el señorío habia estado gobernado por la misma familia desde el siglo IX hasta el XIV. Lope de Zuria, que habia defendido con éxito la provincia contra Alfonso, rey de Aragon, fue elegido señor en 860, y su raza se estinguió con doña Juana de Lara, mujer de D. Tello. Dicese que Lope de Zuria fue el primero de los señores de Vizcaya que prestó solemnemente juramento de observar las franquicias del pais. Uno de los primeros articulos es este: «Toda orden del rey ó del señor que sea ó pueda ser contraria á las franquicias de la Vizcaya, «será obedecida y no cumplimentada.» Esta es una ficcion constitucional, como este testo de la «Magna Charta: The king cannot be wrong.»

(2) Segun los usos de Vizcaya el señor debia prestar juramento de guardar los privilegios: 1.º, en manos del «regimiento» de Bilbao; 2.º, en la iglesia de San Emeterio de la misma ciudad; 3.º, so el árbol de Guernica; y 4.º, en la iglesia de Santa Eufemia, en Bermeo.

siguiente de su llegada á Bilbao mandó llamar al infante, que acudió al palacio seguido de dos ó tres escuderos que la etiqueta debía detener á las puertas de la cámara del rey. El infante no llevaba espada, sino solamente una daga en la cintura, que examinada por algunos cortesanos que lo rodearon en tono de chanza se la quitaron. De pronto lo agarró por el cuerpo un gentil-hombre, y al mismo tiempo un ballestero de la guardia, llamado Juan Diente, uno de los que habian muerto á D. Fadrique, le asestó por detras con la maza en la cabeza. Aturdido del golpe se desase D. Juan de los brazos que lo sostenian y se acerca vacilando á Hinestrosa, que le presenta la punta de su espada gritándole que no se mueva. Entonces los maceros, redoblando sus golpes, lo tiraron por tierra y lo acabaron. La plaza que habia delante del palacio estaba inundada de pueblo; ábrese una ventana y arrojan el cadáver en medio de la multitud, gritando al mismo tiempo: «¡Vizcainos, ahí teneis el que pretendia ser vuestro señor!» Y la multitud encontró que el rey habia hecho justicia y que sabia defender los fueros de Vizcaya (1).

II.

Apenas habia dado el infante el último suspiro cuando Juan de Hinestrosa montaba á caballo y salia para Roa, ciudad que el rey, durante su cautiverio en Toro, habia cedido á su tia la reina viuda de Aragon. Ignoraba esta la muerte de su hijo D. Juan, y vivia sin desconfianza con su nuera doña Isabel de Lara, cuando Hinestrosa, habiéndose hecho entregar en nombre del rey las llaves de la ciu-

(1) Ayala.

dad, se presentó á ella y se aseguró de su persona. Don Pedro, que lo seguía de cerca, llegó al día siguiente para ordenar que las dos princesas fuesen trasladadas al casti-
llo de Castrojeriz, que habia dado en feudo á Hinestrosa. La adhesion del castellano le respondia de que estaban seguras sus prisioneras. De Roa salió el rey para Búrgos, donde permaneció corto tiempo, mientras que del Norte y del Mediodia le llevaban sus ballesteros colgadas del ar-
zon de sus sillas las cabezas de los caballeros que habia proscrito al salir de Sevilla (1). Solo D. Tello habia esca-
pado á su venganza; pero aun no estaba satisfecha, y ya se preparaba á salir para Valladolid, soñando nuevas ejecu-
ciones, cuando supo que el conde de Trastamara, al sa-
ber la noticia de la muerte de su hermano, habia comen-
zado las hostilidades en la provincia de Soria (2), y ade-
mas el infante D. Fernando, que ocupaba las plazas de Alicante y Orihuela, hacia correrías hasta en la llanura de Murcia (3).

A pesar de la inejecucion de los artículos firmados en Tudela, la tregua entre Aragon y Castilla no habia sido denunciada, ni seguida de represalias hasta entonces la toma de Jumilla por el maestre de Santiago. Las incursio-
nes de D. Fernando y de D. Enrique, ejecutadas sin auto-
rizacion de Pedro IV, eran como un reto lanzado por ellos al asesino de sus hermanos. Saliendo D. Pedro pronta-
mente de Búrgos marchó en persona hácia la frontera de Soria; pero ya el conde, despues de haber incendiado al-
gunas aldeas, habia vuelto al Aragon, al primer elemento

(1) Ayala.

(2) Ayala.

(3) Ayala.—Carbonell.

de resistencia que habia encontrado. Tampoco habia obtenido mas ventajas D. Fernando en el reino de Murcia, y despues de un ataque inútil contra Cartagena se habia retirado con algun botin, conduciendo moros y judios que se vendian como esclavos cuando no era posible sacar de ellos rescate. Despues de haber escrito el rey á Pedro IV para quejarse de la invasion de D. Enrique y de la ruptura de la tregua (1), dejó algunas tropas de observacion en la frontera y dió la vuelta á Sevilla para acabar el armamento de su escuadra. En contra de los usos diplomaticos de la época un simple ballestero de su guardia fue quien llevó su carta al rey de Aragon, olvido de fórmulas que parece ofendió vivamente á este último. Despues de haber respondido por amargas recriminaciones envió al rey de Castilla un cartel caballeresco, desafiándolo á un combate en campo cerrado, veinte contra veinte, ó ciento contra ciento: porque no es razon, decia, que los reyes combatan solos (2). Segun Tomich, autor catalan muy exacto, temiendo Pedro IV, débil y pequeño de cuerpo, la fuerza y la destreza de D. Pedro, habia encargado á Bernard Galceran de Pinos, caballero aragonés, célebre por sus proezas y por su vigor, que desafiase á su rival por ante el papa, pues con tal segundo se creia invencible el aragonés. Galceran habitaba entonces en Aviñón, desterrado de Barcelona á causa de un homicidio; y aceptando con alegría esta mision honrosa hizo proclamar por muchos dias consecutivos que su señor acusaba al rey de Castilla de traicion, y lo desafiaba á combate con

(1) «Arch. gen. de Aragon, autógrafos.» Almazan 40 de julio, era 1396 (1358.)

(2) Zurita.

el segundo que le agradase escoger (1). Cualquiera que fuese la forma del cartel D. Pedro no hizo el menor caso de ella, pues era á la cabeza de un ejército poderoso como queria presentarse á su adversario.

(1) Zurita.—Las memorias de Pedro IV (en Carbonell) no mencionan esta anécdota, á la que parece dar crédito Zurita. También es referida por Abarca. «Anal. de Aragon.»

XII.

Espediciones marítimas contra Aragon.—1358—1359.

I.

AL comenzar el verano de 1358 doce galeras castellanas estaban en el Guadalquivir dispuestas á darse á la vela. Con esta pequeña escuadra, reforzada con otras seis galeras genovesas que tenía á su sueldo, D. Pedro hizo rumbo hácia las costas de Valencia, mientras que un cuerpo de seiscientos hombres de armas, saliendo de Murcia, avanzaba para sostener sus operaciones. Llegado á la vista de Guardamar, ciudad perteneciente al infante de Aragon, desembarcó el rey sus tripulaciones, y habiéndolas reunido á sus tropas de tierra, exactas á la cita, hizo dar el asalto con extraordinario vigor. Lanzados los sitiados del recinto exterior por un diluvio de flechas se refugiaron al castillo, donde se hicieron firmes; pero mientras que el rey se preparaba á forzarlos, prosiguiendo su primera fortuna, levantóse de pronto una borrasca

y echo contra la costa á sus navios, que privados de una parte de sus tripulaciones y fuera de estado de poder maniobrar la mayor parte fueron á estrellarse en la playa, sin que pudieran tomar el puerto de Cartagena mas que una galera genovesa y otra castellana. Perdiendo D. Pedro con su flota el material de sitio, y desesperando tomar el castillo por asalto, se retiró á Murcia; pero no sin haber descargado su furor sobre la ciudad de Guardamar, que entregó á las llamas (1). Los reveses irritaban su alma enérgica en lugar de abatirla. Sobre aquella ribera cubierta de despojos pensaba en una expedicion mas poderosa, y al ruido de la tempestad dictaba órdenes para el armamento de una nueva escuadra. Mandó que se hiciesen en Sevilla grandes provisiones de madera; apremió á los reyes de Portugal y de Granada para que le suministrasen buques, y escribió á los concejos de las ciudades marítimas de Galicia, de Asturias y de Vizcaya que se pusiese embargo en todos los buques que se hallasen en estado de salir á la mar, y que se los enviasen á Sevilla (2), donde pretendia reunir en menos de seis meses la escuadra mas numerosa que se hubiese visto en ningun puerto de España. Entre tanto algunas correrías en el reino de Valencia, y el sitio de muchas fortalezas, entre otras la de Monteagudo, que quitó á su hermano D. Tello (3), ocuparon su actividad y engañaron su impaciencia hasta la entrada del invierno. Entonces volvió á Sevilla, donde su presencia dió una actividad nueva á los preparativos marítimos, pues todos los dias visitaba los arsenales, inspeccionaba los buques y ejercitaba á la chusma prodigando

(1) Ayala.

(2) Ayala.

(3) Ayala.

el oro y no perdonando nada para escitar el ardor de los trabajadores y de los marineros.

No obstante las expediciones de que acabo de hablar, no estaban enteramente interrumpidas las conferencias diplomáticas, y aun, según los casuistas políticos de la edad media, la tregua de Tudela podia considerarse todavía como existente, pues solo habían tenido lugar las hostilidades entre D. Pedro y sus enemigos particulares, el conde de Trastámara y el infante D. Fernando. Pero el rey de Aragón quiso tomar venganza del incendio de Guadamar, y en el mes de marzo de 1359 entró en Castilla con un numeroso ejército, quemó la ciudad de Haro é hizo ademán de sitiar á Medina-Celi (1). Después de esta incursión de algunos dias, y alarmado de los grandes armamentos que se hacian en Sevilla, volvió precipitadamente á Aragón y no se ocupó mas que de poner en estado de defensa las costas de Valencia y de Cataluña.

En el momento en que la escuadra castellana, perfectamente armada, se preparaba á salir del Guadalquivir, el cardenal Guy de Bolonia llegaba á España con una misión del padre santo. Venia á renovar las tentativas de intervención pacífica en que había fracasado su antecesor el cardenal Guillermo. Instruido de que D. Pedro echaba en cara á este último su altanería, y sobre todo su parcialidad por el aragonés, creyó ser mas feliz afectando seguir una diversa política, y comenzó por acariciar aquel orgullo, tan fácilmente irritable. «El papa, dijo á D. Pedro,

(1) Zurita.

considera al rey de Castilla como el escudo de toda la cristiandad, y gime al verle volver sus armas contra un príncipe católico en vez de imitar á sus gloriosos antepasados, que tan valerosamente combatieron contra los enemigos de la fe. El padre santo siente no poder venir en persona á terminar una guerra tan cruel y tan dañosa para la religion (1).» Cualquiera que fuese su impaciencia por entrar en campaña D. Pedro no se mostró insensible á tan diestras adulaciones, y fue á recibir al legado á la frontera, en la ciudad de Almazan, donde le hizo la acogida mas grata; pero lejos de aminorar algun tanto sus pretensiones las elevó todavía mas, pidiendo siempre la entrega de Perellós y la espulsion de los emigrados castellanos, entre los cuales se encontraba ahora D. Fernando, hermano del rey de Aragon. Ademas de esto reclamaba las plazas de Alicante y Orihuela, como tambien algunas otras fortalezas, fundándose en que habian hecho en otro tiempo parte del reino de Murcia, y en que le habian sido cedidas ó vendidas por D. Fernando, que era su señor, cuando el tratado de Toro; y por última condicion exigia que el rey de Aragon le pagase los gastos de la guerra, estimados por él en quinientos mil florines.

Sin admirarse de la exageracion de esta demanda y satisfecho el cardenal de haber retardado con solo su presencia la invasion inminente de los castellanos, trasmitió á Pedro IV las proposiciones que acababa de recibir. Protestando el aragonés contra toda cesión de territorio negaba absolutamente los derechos alegados por D. Pedro sobre las plazas del reino de Valencia; pero decia sin embargo que por su amor á la paz consentiria en atenerse

(1) Ayala.

sobre este punto á la decision de la Santa-Silla, encargando provisionalmente á un doctor que defendiese su causa ante el legado. En cuanto á entregar á su vasallo Perellós por una simple acusacion á la justicia de un principe extranjero, era cosa que no le permitia el honor de su corona; solamente renovaba la promesa de hacerlo juzgar, y en el caso en que los tribunales lo hallasen culpable ofrecia ponerlo en manos del monarca ofendido. Mas perentorias aun eran sus negativas con respecto á las indemnizaciones reclamadas por el rey de Castilla, agresor segun él, pues no era razonable poner los gastos de la guerra á cargo de quien habia rechazado una invasion injusta. El único punto sobre que Pedro IV se manifestaba fácil era en la espulsion de los emigrados castellanos, y parecia haber olvidado sus recientes convenciones con el conde de Trastamara; pero hacia una reserva con respecto al infante D. Fernando, quien, principe aragonés y heredero eventual de su corona, no podia de ningun modo ser asimilado á los otros refugiados, súbditos de D. Pedro (1).

Entre estas pretensiones tan opuestas presumió el legado que el debate seria largo y obstinado; asi es que su primer cuidado fue pedir á los dos principes una tregua de un año por lo menos para examinar con despacio las piezas de este gran proceso, recibir consejos del padre santo, y arreglar las cosas conforme á la equidad. A esta proposicion exclamó D. Pedro que seria insensato conceder una tregua en el momento en que su escuadra, armada con gastos enormes, estaba dispuesta á darse á la vela, y cuando sus tropas, ya reunidas y asalariadas, se encontraban á punto de pasar la frontera. Todo lo que podia

(1) Ayala.—Zurita.

conceder por espíritu de conciliación y como testimonio de su deferencia por el enviado del pontífice era reducir sus demandas á la entrega de las plazas en cuestión y á la espulsión inmediata de los emigrados castellanos. Sobre estos dos puntos siempre sería inflexible.

Haciendo un buen mercado el aragonés de sus juramentos hubiera espulsado con gusto sobre la marcha al conde de Trastámara y á sus compañeros; pero insistía en conservar á Alicante y Orihuela hasta la decisión del papa. En definitiva propuso reducir la tregua á seis meses y remitir la solución de todas las dificultades pendientes á los plenipotenciarios, entre los cuales haría el legado el oficio de árbitro supremo. Cuando el legado comunicó esta respuesta le dijo D. Pedro: «Cardenal: que no se me hable mas de tregua; todas esas proposiciones no tienen mas tendencia que la de hacerme perder mis ventajas; que las armas decidan ahora entre nosotros!» (4)

Durante estas pláticas inútiles continuaba la guerra de escaramuzas y de pillaje, mantenida especialmente por los emigrados castellanos al servicio del conde de Trastámara y del infante de Aragón. Omíto una multitud de combates oscuros, sitios ó sorpresas para referir una singular anécdota atestiguada por un autor grave, Alonso Martínez de Talavera, capellán de D. Juan II, rey de Castilla, y autor de una crónica apreciable. Dice que habiéndose presentado D. Pedro delante del castillo de Cabezón, perteneciente al conde de Trastámara, intimó en vano al gobernador para que le rindiese la plaza. Fiel este á su señor no se dignó responder al heraldo, que le hacía magníficas promesas, y aun se negó á una entrevista que le

(1) Ayala.

solicitaba el rey. Toda la guarnición del castillo constaba sin embargo de diez escuderos, desterrados castellanos; pero detras de altas y espesas murallas, en un torreón construido sobre rocas cortadas á pico, y adonde no podían conducirse máquinas de guerra, diez hombres resueltos no tenían gran trabajo en defenderse contra un ejército, pues solo tenían que ceder al hambre. El sitio debía ser largo, porque estaba bien provista la plaza. Sin embargo, los diez escuderos, todos ellos jóvenes, eran sin duda gentes para rechazar con valor un asalto, pero no para sufrir con paciencia las incomodidades de un bloqueo: éranles necesarias distracciones y pedían con insolencia al castellano mujeres que les hiciesen compañía en sus nidos de águilas; pero como no había en Cabezón mas mujeres que la castellana y su hija, dijeron al gobernador que si no se las entregaba para hacer de ellas su gusto todos abandonarían la fortaleza, ó lo que es mas aun, abrirían su puerta al rey de Castilla. En tal estremidad era preciso recurrir al código del honor caballeresco. Intimidado Alonso Pérez de Guzmán en el sitio de Tarifa que rindiese la ciudad so pena de ver sacrificar á su vista á su propio hijo, respondió á los moros arrojándoles su espada para que degollasen al niño (4). Esta accion, que valió al gobernador de Tarifa el sobrenombre de Guzmán el Bueno, era una *fazaña* y uno de los precedentes históricos que todo hombre bueno debía imitar. *Permittitur homicidium filii potius quam deditio castelli*, es el axioma de un doctor caballeresco de esta época. El castellano de Cabezón, tan magnánimo á su manera como Guzmán el Bueno, hizo que su guarnición no pensase mas en abandonarlo; pero dos escuderos, me-

(4) En 1294.—Mariana. *Historia de España* (1)

nos perversos que sus camaradas, tuvieron horror á su traicion y se escaparon del castillo, y conducidos al rey le contaron la revuelta de que habian sido testigos y cuáles habian sido sus consecuencias. Indignado D. Pedro suplicó al instante al gobernador que le permitiera hacer justicia de los culpables, dándole en cambio de estos canallas diez caballeros de su ejército que no entrarían en Cabezón sino despues de haber prestado juramento de defender el castillo contra todo el mundo, contra el mismo rey, y morir en su puesto con el comandante. Aceptada esta proposicion el rey hizo descuartizar á los traidores, cuyos miembros fueron en seguida entregados á las llamas (1). Bajo los colores conque una imaginacion romancesca ha iluminado esta aventura es difícil distinguir hoy la verdad de la ficcion; pero al menos se ve la opinion del pueblo sobre el carácter de D. Pedro, mezcla estraña de sentimientos caballerescos y de amor á la justicia, llevado hasta la ferocidad.

Atribuyendo D. Pedro la negativa dada por el aragonés á su ultimatum á las intrigas de los emigrados castellanos y de los descontentos de su reino, solo respiraba venganza, y en la misma presencia del legado dió sentencia de alta traicion contra el infante D. Fernando, Enrique de Trastamara, Pedro y Gomez Carrillo, y algunos otros refugiados, caballeros de distincion. Esto, segun Ayala, fue una gran falta política, porque en este mismo momento muchos de los desterrados solicitaban secretamente su perdon y no aspiraban mas que á retirarse de una causa que creían perdida. Proscriptos por su señor natural y no teniendo ya esperanza mas que en el príncipe que les da-

(1) «Atalaya de las crónicas,» citada por Llaguno.—Ayala.

ba asilo, desplegaron en servirlo una adhesion fatal á la Castilla (1). El furor de D. Pedro no se contentó con una formalidad vana; necesitaba sangre, y desgraciadamente tenia entre sus manos prendas queridas de sus enemigos, como eran la reina Leonor, madre de D. Fernando, prisionera en el castillo de Castrojeriz; su nuera doña Isabel de Lara, mujer de D. Juan de Aragon, degollado en Bilbao, y doña Juana de Lara, mujer de D. Tello. Leonor fue la primera víctima: dícese que no habiendo osado ningun castellano poner manos en la hermana del rey D. Alfonso unos esclavos africanos fueron los encargados de darle la muerte (2). Poco despues terminó sus dias doña Juana en un torreón de Sevilla, envenenada, segun se dice, por órden del rey. Su hermana Isabel, presa algun tiempo en Castrojeriz, fue trasladada al castillo de Jerez, donde pronto tuvo por compañera de cautiverio á la reina Blanca, trasladada de Sigüenza. Estas dos infelices no debian salir vivas de su prision (3).

Despues de la ejecucion de estas órdenes crueles, que escitaron un sentimiento de horror en toda Castilla, salió D. Pedro de Almazan para ir á tomar el mando de su escuadra, dejando en la frontera de Aragon cinco cuerpos de ejército escalonados desde Castilla la Vieja hasta Molina, en el reino de Murcia. Tres de estos cuerpos, el principal de los cuales estaba á las órdenes de Juan de Hínestrosa, estaban acantonados en la provincia de Soria y destinados á operar contra las tropas del conde de

(1) Ayala.—Uno de los glosadores de Gratia Dei pretende que Pero López de Ayala fue del número de los proscriptos; pero esta asercion está desmentida por el testimonio del mismo Ayala.

(2) Carbonell.

(3) Ayala.

Trastámara: los otros estaban opuestos al infante D. Fernando, que ocupaba á Orihuela, en la estremidad meridional del reino de Valencia. Estas cinco divisiones presentaban un total de cinco mil hombres de armas, sin contar los ballesteros y las milicias de los comunes (1). Entre los nombres de los jefes escogidos para mandar estos diferentes cuerpos se encuentra, no sin sorpresa, el de D. Fernando de Castro, hermano de aquella doña Juana, reina de un día, abandonada con tanto ultraje por D. Pedro al principio de la última guerra civil. Ya lo hemos visto renegar solemnemente del homenaje debido al rey y tomar la parte mas activa en las turbulencias del año 1354. Casado con doña Juana, hija natural del rey don Alfonso y de doña Leonor de Guzman, habia salido de Toro poco despues del cautiverio de D. Pedro para trasladarse á Galicia, donde tenia grandes posesiones y una clientela inmensa, permaneciendo desde este instante extraño á las turbulencias civiles del reino. Al principio de la guerra de Aragon, despues de la toma de Tarazona, llevó refuerzos al campamento de Castilla, y desde entonces se convirtió en un vasallo fiel, siendo tratado por el rey con la mayor confianza: distincion merecida sin duda, porque su adhesion sufrió la prueba de la mala fortuna. A falta de datos precisos que expliquen un cambio tan completo se han supuesto en D. Fernando de Castro miras interesadas que lo unian á D. Pedro. Segun algunos autores su hermana doña Juana habia tenido un hijo del rey, y cualquiera duda que pudiese ocurrir sobre la legitimidad de este niño siempre seria este un pretendiente eventual á la corona de Castilla: en esta hipótesis don

(1) Ayala.

Fernando habria cambiado de partido solo con la esperanza de obtener el reconocimiento de su sobrino. Pero en primer lugar la existencia de ese niño no está atestiguada por ningun documento contemporáneo, y ademas la continuacion de esta historia probará que D. Pedro reservó toda su ternura para los hijos que habia tenido de María de Padilla. Si D. Fernando tuvo algunas ilusiones sobre este punto solo debieron ser de corta duracion, y es mucho mas verosímil que una ofensa del conde de Trastamara encendiese en su alma altiva un ódio mortal contra sus antiguos aliados. D. Enrique, que le habia concedido á su hermana cuando tuvo necesidad de sus servicios, hizo romper el matrimonio desde que se creyó bastante fuerte para pasarse sin él (1); la obligó á volver á su lado, y despues de la dispersion de los rebeldes la llevó á Aragon, donde se volvió á casar en seguida (2). Segun todas las apariencias Fernando de Castro conservó tan vivo resentimiento de este ultraje, que olvidando sus antiguos agravios contra el rey solo pensó ya en vengarse de D. Enrique; y para asegurar su venganza se alió francamente al implacable enemigo de este últi-

(1) Ignoro en qué época precisa tuvo lugar esta ruptura. Llaguno supone que el rey D. Pedro hizo romper el matrimonio por indisponer á D. Fernando con D. Enrique. Si el rey tomó realmente parte en esta intriga preciso es creer que su intervencion fue muy secreta, pues D. Fernando llevó todo su resentimiento contra el conde de Trastamara. El pretexto para la disolucion del matrimonio fue que ambos esposos eran parientes en grado prohibido y que no habian obtenido dispensa: eran primos nacidos de primos hermanos. Doña Isabel Ponce de Leon, madre de D. Fernando, era prima hermana de doña Leonor de Guzman, madre de doña Juana.

(2) Con un señor aragonés, llamado D. Felipe de Castro.

mo. Cualesquiera que fuesen los motivos de su cambio él fue el único de los jefes de la liga con quien D. Pedro se reconciliara de un modo franco y duradero.

III.

La escuadra reunida en Sevilla no esperaba mas que la llegada del rey para darse á la vela. Componíase de veinte y ocho galeras castellanas, dos galeazas, cuatro barcos de velas y cubierta, llamados *leños*, y ademas ochenta buques mercantes, armados para el combate; es decir, cada uno con un castillo elevado en la proa. En el puerto de Algeciras debia reunirse á tres galeras armadas por el rey moro de Granada, debiendo ser reforzada ademas con otras diez galeras y una galeaza enviadas por el rey de Portugal. El navío que montaba D. Pedro era el mas grande que hubiesen visto los mares; era una galera llamada *Uxel* (4), apresada en otro tiempo á los moros, que llevaba tres castillos ó torres con muchos pisos, donde se colocaban los ballesteros, quienes dominando los buques enemigos combatian desde lo alto con ventaja. El entrepuente contenia una cuadra para cuarenta caballos, y ademas de los marineros necesarios para la maniobra su tripulación se componia de ciento sesenta hombres de armas y de ciento veinte ballesteros. El historiador Pero Lopez de Ayala estaba á bordo de este navío mandando el castillo de popa; y entre los capitanes

(4) «Que decian Uxel.» Segun esta espresion de Ayala podría creerse que Uxel era el nombre del navío; pero en algunas piezas de los «Arch. de Aragon,» he encontrado el nombre de «Oxeles» en plural, lo cual prueba que este era un nombre genérico para designar cierta clase de buques.

de los otros buques se notaban algunos genoveses, considerados como los mas hábiles hombres de mar de aquella época, y que, del mismo modo que el almirante Gil de Bocanegra, estaban hacia mucho tiempo al servicio de Castilla.

A fines de abril de 1359 entró esta gran escuadra en el Mediterráneo, despues de haber esperado en vano durante dos semanas á los bajeles portugueses en la rada de Algeciras, y el 7 de mayo se encontraba á la altura de Cartagena, donde descansó tambien algunos dias (1). El rey habia anunciado que queria terminar la guerra por una batalla decisiva, y Barcelona, centro del comercio y del poder naval de los monarcas aragoneses, debia ser el objeto de sus esfuerzos. En esta época esta ciudad, todavia mal fortificada, contaba para su defensa, como Atenas en otro tiempo, con el número de sus bajeles y con el valor de sus marinos. Era, pues, importante no dejar espacio al enemigo para organizar una resistencia vigorosa; pero sin embargo, el rey perdió mucho tiempo en cruzar delante de Algeciras, despues delante de Cartagena, y por último ante Guardamar, teniendo esta vez la satisfaccion de tomar el castillo, testigo el año precedente de su desastre. Costeando la ribera de Valencia y esparciendo por todas partes la alarma llegó á reunirse en la embocadura del Ebro con la escuadra portuguesa. El legado, que se hallaba entonces en Tortosa, se hizo conducir á bordo al instante para suplicar al rey, siempre sin éxito, que concediese algunos dias de tregua. El rey

(1) «Arch. gen. de Aragon, autógrafos.»—Carta del infante don Fernando á Pedro IV, fecha en Valencia á 7 de mayo de 1359, anunciándole la próxima llegada de la escuadra portuguesa.

lo acogió con distincion y lo sentó á su mesa, pero desechó muy lejos todas sus proposiciones.

Una flotilla de siete galeras que precedia á la escuadra castellana, buscando inútilmente los navios aragoneses, condujo á Cartagena al cabo de algunos dias de crucero una carraca veneciana capturada á la altura de las Baleares. El rey de Castilla estaba entonces en paz con la república; pero, dice Ayala, era usanza de los principes quando tenian una armada en los mares llevarse de grado ó por fuerza todos los buques neutrales que encontrasen. Tal era entonces el derecho marítimo de la Europa. La carraca, ricamente cargada, fue declarada buena presa; mas, sin embargo, algun tiempo despues fue devuelta en virtud de las reclamaciones de los cónsules venecianos.

Barcelona, la ciudad mas comercial y mas rica de España en el siglo XIV, está construida en una ensenada abierta al Sud-Sud-Este, en el Mediterráneo. Enfrente de la ciudad una lengua estrecha de tierra, donde hoy está situado el arrabal de la Barceloneta, protege el fondeadero por la parte del Este, al paso que una cadena de montañas poco apartada de la costa la defiende de los vientos del Oeste y del Norte. Por la parte del Sur está muy cerrada la entrada del puerto por rocas ocultas bajo el agua y por bancos de arena que se llaman en catalan *tasques*. En la actualidad van los buques á echar anclas en la península de la Barceloneta, porque por la parte de la ciudad el agua es poco profunda y el puerto tiende á cegarse, y aun resulta de documentos auténticos que hace menos de tres siglos amarraban las galeras cerca de la Lonja; es decir, que el mar cubria el sitio de muchas calles modernas. En 1359 no tenia la ciudad murallas por la parte de la ribera, ni existian tampoco for-

tificaciones regulares que la pusiesen al abrigo de un desembarco. Pero corriendo á Barcelona el rey de Aragon habia hecho proclamar en antiguo usaje, *princeps namque* (1), que obligaba á toda la poblacion á tomar las armas y á formar la milicia tumultuaria que aun conserva el nombre de *somatenes* (2). Hiciéronse desaparecer cuidadosamente las balizas y señales que marcaban los pasos por entre las *tasques*, y en estos mismos pasos se arrojaron áncoras enormes para destruir los costados de los buques castellanos que sin precaucion se aventurasen en ellos. Diez galeras bien armadas, algunas de ellas con bombardas, formaron una especie de línea de anclaje que hacía el Sur se apoyaba en las *tasques* á la altura de Montjuich y se prolongaba hacía el Norte hasta el convento de los Menores (3), cubriendo de este modo la entrada de las principales calles que desembocaban en el puerto. Cuatro máquinas, llamadas *bricoles*, probablemente de la especie de las catapultas conducidas sobre ruedas, estaban en la orilla dispuestas á dirigirlas sobre el punto que asaltase el enemigo; además de las galeras habia otra porcion de buques por marineros y flecheros. Por

(1) Carbonell.—Estas son las dos primeras palabras de la ley que da al principe ó al magistrado supremo el derecho de convocar á todos los hombres en estado de combatir cuando la ciudad está en peligro.

(2) Nombre dado á las levas en masa de Cataluña. La etimología mas probable es la siguiente: Los heraldos encargados de convocar á los milicianos gritaban delante de las casas: «¡Via fora!» Los habitantes salian con sus armas respondiendo: «Som atents.»

(3) Este convento no existe ya; en su lugar hay un almacén de carbon. El monasterio estaba situado precisamente enfrente de Atarazanas y á la izquierda de la rampa que conduce á la muralla del mar.

último, detras de esa linea de anclaje y en la misma arena los habitantes de Barcelona habian improvisado una especie de muralla con barcas tiradas boca abajo, detras de la cual se formaron todos los gremios de los oficios, cada cual con su estandarte, sostenidos por los *somatenes* de la campaña que habian sido llamados por el toque de rebato de la catedral. Apenas se habian terminado estos preparativos cuando apareció mas allá de las *tasques* la escuadra castellana, fuerte de cuarenta y una galeras, sin contar los otros buques de velas.

Tal vez hubiera experimentado grandes averías al aventurarse imprudentemente en los pasos, si un esclavo, escapándose de la ciudad á nado, no hubiese revelado á los almirantes de D. Pedro la existencia de los lazos submarinos de que acabo de hablar. Era preciso destruirlos antes de emprender nada contra la plaza, y durante dos ó tres dias se destacaron las chalupas para levantar las anclas dispuestas en los pasos; mas separado este obstáculo toda la escuadra avanzó en buen orden la mañana de Pentecostes, 10 de junio de 1359, y se ordenó en batalla paralelamente á la linea de anclaje aragonesa. Todo el dia se combatió desde lejos y sin hacerse gran daño, pues aquello fue mas bien un reconocimiento que un ataque formal: por la tarde se retiraron los bajeles castellanos y fueron á fondear mas allá de las *tasques*. Durante la noche estrecharon los catalanes su linea de anclaje y se acercaron á la ciudad con el objeto de poder ser sostenidos por sus máquinas y por los flecheros que guarnecian la ribera. La mañana siguiente fue mas formal el empeño: los navios castellanos llevaban en sus castillos de popa catapultas que lanzaban piedras enormes; pero ya fuese que sus ingenios tirasen desde demasiado lejos, ya que estuvieran mal dirigidos, su efecto fue casi nulo; y viendo los cata-

lanes caer las piedras en el agua respondian con silbidos á estas descargas inútiles. Su artillería por el contrario, que estaba mejor servida, produjo algun desórden entre los agresores. El hecho siguiente, referido por el rey de Aragon en su memorias, prueba que ya se sabia entonces apuntar los cañones con alguna precision y cargarlos con bastante rapidez (1). El esfuerzo principal de los castellanos se dirigia contra el primer buque de la derecha de la linea de anclaje, contra el cual destacaron al mayor de sus navios, armado de una catapulta enorme. «Cuando iba á tirar, dice Pedro IV, nuestro buque lanzo una bombarda, cuya piedra, dando en el castillo de popa del castellano, hizo en él grandes averias y mató un hombre. En seguida la susodicha bombarda lanzó otro tiro que lastimó el árbol de la nave enemiga, sacando grandes astillas e hiriendo á muchos marineros (2).»

Maltratados en todos sus ataques, y desesperando forzar la linea enemiga, los almirantes castellanos dieron la señal de retirada despues de algunas horas de combate, y toda la escuadra, virando de bordo, tomó la mar y comenzó á bogar hacia las Baleares. D. Pedro se hizo desembarcar en Ibiza y puso sitio á la capital de la isla; de modo que en vez de aprovecharse de la gran superioridad de sus fuerzas navales para destruir los buques dispersos del aragonés empleaba su inmenso armamento

(1) Los cañones se componian entonces de barras de hierro forjado, unidas como las duelas de un tonel, ligadas con círculos de hierro. La culata estaba abierta, y para tirar se metia un bote cilindrico lleno de pólvora. Los cañoneros tenian cierto número de estos botes ya cargados que colocaban sucesivamente en la pieza, sin necesidad de limpiarla con el escobillon como se hace hoy.

(2) Carbonell.—Ayala.—Zurita.

contra una plaza mediana. Una falta tan grosera no se escapó al rey de Aragon, y llamando al instante todas las galeras que se hallaban armadas en sus puertos formó una escuadra de cuarenta velas que él mismo condujo á Mallorca. Las instancias de sus capitanes, que le suplicaban no se espusiese en una batalla naval, le determinaron á permanecer en la isla, entregando el mando de aquella á su almirante D. Bernal de Cabrera, con el encargo de abastecer la plaza sitiada.

A la primera noticia de la reunion de una flota aragonesa, D. Pedro, en medio de su ardor por combatir, salió precipitadamente de Ibiza, abandonando sus ingenios y su artillería; se hizo á la vela hácia la costa de Valencia, y fue á echar anclas delante de Calpe, cerca de la embocadura del río Denia. Cubria sus bajeles la península de Calpe cuando se divisó la escuadra de Aragon; por el número y la fuerza de los buques la ventaja estaba de parte de los castellanos, pues Cabrera solo tenia cuarenta galeras, al paso que D. Pedro mandaba cuarenta y una y mas de ochenta barcos de vela; mas para que estos últimos pudiesen tomar parte en el combate era preciso un viento favorable, y en el momento en que se descubrieron ambas flotas hacia una calma extraordinaria. Túvose consejo: el genovés Bocanegra, almirante de Castilla, aconsejaba á D. Pedro que saltase en tierra, demostrándole era indigno de él combatir en persona en una batalla donde no se presentaba el rey de Aragon. Tal vez queria Bocanegra declinar la responsabilidad de la vida del rey; una imprudencia, una falsa maniobra ó los azares de la mar podian exponer su navio á una destruccion inevitable; ó quizás pretendia el almirante reservarse para sí el honor de la victoria. Proponia ademas que las galeras llevasen á remolque diez de los buques de mayor tamaño y los pusiesen en línea en

medio de ellas; y en cuanto á los otros barcos de vela que la calma condenaba á la inmovilidad queria que durante el combate destacasen contra el enemigo todas sus chalupas llenas de ballesteros. Pero D. Pedro se obstinaba en permanecer á bordo, y se perdió mucho tiempo en deliberar y despues en prepararse á la batalla. Mientras que se remolcaban con trabajo los buques de velas, las galeras aragonesas, que habian reconocido la superioridad de los castellanos, hacian fuerza de remos y llegaban á entrar en el rio Denia, bajo la proteccion de los fuertes y de las milicias valencianas que habian corrido á la playa, y se desesperó poderlas forzar en esta retirada.

Durante dos dias D. Pedro les presentó en vano la batalla, y Cabrera permaneció inmóvil en el rio, donde el rey no osó aventurarse. Cansado de este bloqueo inútil, y sin esperanza de atraer al enemigo al combate, tomó D. Pedro el camino de la retirada y caminó lentamente, hacia Cartagena, despues de haber hecho cerca de Alicante una demostracion de desembarco que fue rechazada. Las galeras portuguesas, que segun lo tratado solo debian estar tres meses á las órdenes del rey de Castilla, lo abandonaron estando en Cartagena para entrar en sus puertos, y esta fue la señal para la general dispersion. Los navios mercantes despedidos entraron en el Océano; las galeras castellanas fueron á desarmar en Sevilla, y los buques moros en Málaga (1). Por su parte el rey salió de Cartagena para correr al castillo de Tordesillas, donde María de Padilla iba á darle próximamente un hijo, y tal fue el fin de esta grande expedicion, en la cual habia fundado el rey tan elevadas esperanzas. Despues de tantos prepa-

(1) Ayala.

rativos y de tantos gastos, esta escuadra, que debía conquistar la Cataluña, entraba en sus puertos conduciendo por todo trofeo la carraca apresada á los venecianos. Esta captura habia escitado la codicia de los capitanes castellanos, y representaron á D. Pedro que habiéndose atraído ya la enemistad de la república apoderándose de un buque era preciso recoger el provecho de una ruptura que era ya inevitable. Doce bajales de Venecia, que venian de Flandes ricamente cargados, iban á pasar al Estrecho de Gibraltar, y se propusieron detenerlas al paso. Se dice que este acto de piratería contra neutrales fue aprobado por D. Pedro, que dió orden á veinte galeras de que cruzasen en el Estrecho para sorprender á los venecianos; pero la mar era decididamente contraria á don Pedro, y la escuadra de la república atravesó el Estrecho sin obstáculo y hasta ignorando el peligro que la amenazaba, gracias á un golpe de viento que arrastró á las galeras del rey hasta el cabo Espartel (1). Poco despues de la retirada de los castellanos la escuadra de Aragon entró en sus puertos y desarmó, y solo algunos buques quedaron en la mar y fueron á insultar las costas de Andalucía.

(1) Ayala.

XIII.

Continuacion de la guerra contra Aragon.—Asesinatos de muchos ricos-homes.—1359—1361.

L.

DIFÍCILMENTE puede explicarse cómo el ejército castellano, reunido en las fronteras de Aragon, no hizo ningun movimiento ni demostracion alguna para sostener las operaciones de la escuadra, pues no se puso en campaña hasta principios del otoño, y esto para rechazar una invasion. Habiendo entrado en Castilla por la parte de Agreda el conde de Trastamara y D. Tello, con cerca de ochocientos hombres de armas, se encontraron en presencia de D. Fernando de Castro y de Juan de Hínestrosa á la cabeza de un cuerpo de tropas dos veces mas considerable que el suyo. La accion se comprometió en el valle de Araviana, al pie de los montes de Toranzo y de Tablado, y á pesar de la ventaja del número fueron deshechos al primer choque los tenientes de D. Pedro. Aquello fue menos un combate que una derrota, y por am-

bas partes hubo pocos muertos; pero él perdió algunos de sus mas fieles servidores, y entre ellos á Hinestrosa, cuya adhesión jamás se habia desmentido y cuyos consejos le habian sido muchas veces útiles (4).

No pudiendo admitir el orgullo castellano que los aragoneses, inferiores en número, hubiesen alcanzado lealmente la victoria, la sospecha de traicion alcanzó á muchos jefes, y es probable que esto no fue sin fundamento. La mayor parte de los caballeros que acompañaban á Hinestrosa habian cumplido mal con su deber abandonándolo vergonzosamente en lo mas encarnizado del combate. En el momento de marchar contra el enemigo, Hinestrosa habia dado orden á Diego Perez Sarmiento y á D. Alonso de Benavides para que se le agregaran con todos sus hombres de armas; y aunque sus acantonamientos estuviesen muy cerca de Araviana, obedecieron con tanta lentitud que ya estaba concluido el negocio cuando aparecieron en el campo de batalla; y en vez de tomar, con sus tropas frescas, un desquite brillante sobre el enemigo fatigado, solo pensaron en retrincherarse sobre una altura, sin reunir siquiera á los fugitivos. Muchos los acusaban de haberse dejado seducir, no habiendo apariencia de que el conde, tan prudente de ordinario, se hubiera aventurado en medio de muchos cuerpos considerables á no estar en inteligencia con sus jefes: otros atribuian, con mas razon quizás, la conducta de los tenientes de Hinestrosa á los celos que tenian de un hombre colmado de los favores del rey. Pronto se confirmaron las sospechas de D. Pedro. Dos ricos-homes que habian asistido al combate, Pero Nuñez de Guzman, adelantado del reino de Leon, y Pero Álvarez

(4) Ayala.

Osorio, abandonaron bruscamente el ejército con todos sus vasallos, publicando que iban á sus tierras en busca de refuerzos. Entonces ya no dudó el rey de que hubiesen vendido su general al conde de Trastamara, y que marchaban á preparar una revuelta en el corazón de su reino: su cólera se exhaló en amenazas contra los tenientes de Hinestrosa, y se conocían demasiado los efectos de ella para no prevenirla por una pronta fuga. Benavides se ocultó y Sarmiento pasó la frontera, llegando á ofrecer sus servicios á D. Enrique. Tal vez solo eran culpables de haber dudado de la justicia de su señor.

No podia saber D. Pedro la defeccion de uno de sus ricos-homes sin creer en una conjuracion de toda la nobleza, y entonces su furor solo le mostraba enemigos por todas partes. Necesitaba absolutamente cortar cabezas, como si se hiciera un cargo por no haber sabido hacerse temer lo bastante. Hacia muchos meses que tenia cautivos en el castillo de Carmona á los dos últimos hijos de doña Leonor de Guzman, uno de ellos de edad de diez y nueve años, llamado D. Juan, y á quien ya hemos visto en Toro, y el otro nombrado D. Pedro, que apenas contaba catorce; pero el rey se acordaba de que á los diez y nueve años ya era D. Enrique un jefe de partido temible, y resolvió al instante la pérdida de estos principes infortunados. Un ballestero de la guardia, portador de una órden secreta, se hizo abrir las puertas de la prision y los mató á entrambos. «Todos los que amaban el servicio del rey, dice Ayala, supieron con dolor esta ejecucion sangrienta; porque para morir de este modo, ¿qué habian hecho estos jóvenes principes? ¿Cuándo habian faltado á su hermano ó desobedecido á su rey?»

Estas violencias detestables servian tan bien al conde de Trastamara como la fortuna de las armas: ya tenia nu-

merosos partidarios en toda la Castilla, y la mayor parte de los nobles veían en él el campeón de sus franquicias y de su independencia. El rey no contaba menos enemigos entre el clero, cuyos privilegios disminuía y cercenaba en toda ocasión, pues siempre indócil á las órdenes de la iglesia rechazaba como atentados contra su autoridad las pretensiones de la Santa Sede, admitidas sin oposición en todos los estados de Europa (1). La misma justicia que tan rigurosamente quería mantener entre todos sus súbditos, sin distinción de rango y de religión, le era imputada como crimen por aquellos que se creían por cima de las leyes; es decir, por cualquiera que tenía un feudo, una prebenda ó vasallos, cuyo número era muy grande en Castilla. Trataba con humanidad á los judíos, ocupando muchos de ellos cargos elevados en su corte, y probablemente había concedido á este pueblo desgraciado algunas franquicias que no gozaban en tiempo de sus predecesores; porque, como ya hemos tenido lugar de ver, los judíos se habían declarado enérgicamente en su favor en todos los disturbios civiles. No era menester más para autorizar los rumores más absurdos sobre su impiedad. Si acogía á un sábio árabe ó si se mostraba afable para con un negociante judío, cuya industria enriquecía el estado, se murmuraba unas veces que era musulmán, otras que era judío y que solo pensaba en destruir el cristianismo en su reino: en efecto, más de una vez le habían oído repetir que no tenía más súbditos leales que los moros y los hebreos. Estos rumores eran particularmente propagados

(1) Habiendo el papa exigido por una bula un diezmo sobre los bienes pertenecientes á las órdenes militares, D. Pedro prohibió cumplimentarla por un rescripto fechado en Olmedo á 5 de julio de la era 1397 (1359).—Bulario de Calatrava.

por los eclesiásticos; y aunque en esta época no llegase su poder hasta el punto de destronar reyes, no por eso dejaban de ser agentes peligrosos que favorecian los intentos del conde de Trastamara y derramaban en toda Castilla un germen de desafeccion contra D. Pedro.

A la irreligion de este comenzaba á oponerse la piedad verdadera ó fingida de D. Enrique. Nadie conocia aun los proyectos de este jóven príncipe; y fuese cualquiera su ambicion seguramente estaba todavia lejos de aspirar á la conquista de una corona; pero por todas partes ponderaban su mérito y lo comparaban á D. Pedro. De capitán de aventuras al servicio de un rey extranjero se habia hecho en poco tiempo el jefe y la esperanza de una multitud de descontentos, conformes todos en considerarlo como un libertador: cada falta de su hermano lo elevaba un grado mas, por decirlo así, y si aun no veia claramente en el porvenir al menos tenia ya la conciencia de una gran misión, para ejecutar la cual no le faltaban ni el valor, ni la audacia, ni la prudencia. Las esperanzas de sus partidarios habian crecido prodigiosamente despues del combate de Araviana: incitado por los emigrados que mandaba y por los descontentos ocultos, con quienes mantenía una correspondencia activa, solo pensaba en una invasion en Castilla, y solicitaba del rey de Aragon que le confiase un ejército, asegurándole que su presencia bastaria para determinar un alzamiento general: «Una sola batalla, decia, terminará una guerra tan costosa para vuestros estados.» Pero mas prudente, y tal vez mejor instruido del verdadero estado de las cosas, Pedro IV no participaba de su confianza, á la cual trataba de temeridad. Además, la rápida fortuna del conde de Trastamara habia escitado en su misma corte bastantes rivalidades y celos. El infante D. Fernando, que se conceptuaba siempre el heredero presuntivo de la

corona de Castilla, veía con despecho la ambición creciente de un hombre á quien la desgracia de su nacimiento colocaba en un rango tan inferior al suyo. Nieto del rey D. Alfonso, ¿podía sufrir que un bastardo le disputase el papel principal? El también tenía sus partidarios secretos en Castilla; pretendía ser llamado á libertarla de D. Pedro, y pedía á Pedro IV el mando de ese ejército que debía conquistar un reino. D. Enrique declaraba por su parte que no pasaría de la frontera si le daban un superior: súplicas, intrigas y amenazas, nada perdonaba para alejar á su rival de una presa que ya creía tener asida; pero entre las pretensiones de un hermano á quien detestaba y las del aventurero cuyos servicios ya le habían sido tan útiles, el rey de Aragon no podía vacilar largo tiempo. Cualquiera que fuese el odio que profesara á D. Pedro jamás hubiera querido ver la ruina de este príncipe si habría de servir á la elevación de D. Fernando. A sus ojos todavía era el infante un enemigo, un rebelde, y jamás había olvidado el recuerdo de su alianza con los sublevados de la Union: darle un reino era armar contra sí un rival quizás mas peligroso que el mismo D. Pedro, y por el contrario, en el conde de Trastámara solo veía un soldado de fortuna, instrumento dócil de sus designios, y cuya ambición subalterna siempre sería fácil contentar. Por esto dió á D. Enrique el mando de la expedición contra Castilla. Al título de su *procurador* juntó los mas amplios poderes para tratar con los ricos-homes y los comunes, empeñando su palabra real de no hacer paz ni tregua con D. Pedro sin estipular en favor de los aliados que se apiñasen enrededor de su bandera (1). Mientras que D. En-

(1). «Arch. gen. de Aragon.» Instrucciones y poderes dados al conde de Trastámara. Tarazona 4.º de marzo de 1360.

rique reunia sus tropas en el Bajo-Aragon Pedro IV retenia al infante en la frontera de Murcia, entreteniéndolo con la esperanza de otra expedicion mas importante y mas digna de él.

II.

En medio de estos preparativos y continuas escaramuzas de que era teatro la frontera el cardenal Guy de Boloña proseguia su mision de paz con una perseverancia infatigable; contando con que la derrota de Araviana habria inspirado á D. Pedro saludables reflexiones redobló con él sus instancias y concluyó por obtener que nombrase dos plenipotenciarios para tratar de un avenimiento con el rey de Aragon. Este designó tambien sus apoderados, y sin embargo no cesó de suministrar dinero y soldados al conde de Trastamara; pero justo es decir que no se habia estipulado tregua durante las negociaciones que iban á abrirse bajo los auspicios del cardenal legado.

Las conferencias tuvieron lugar en Tudela de Navarra, y comenzaron con el año 1360. Pronto conoció Gutier Fernandez de Toledo, plenipotenciario de Castilla, que el enviado del rey de Aragon solo trataba de ganar tiempo mientras que D. Enrique terminaba sus preparativos, y que sus numerosos emisarios iban á tentar la fidelidad de los ricos-homes y de los gobernadores del rey. Fernandez tuvo, como es natural, frecuentes ocasiones de ver á muchos emigrados con quienes habia tenido en otro tiempo relaciones de amistad, comprendiendo sus esperanzas y designios, que por otra parte no eran un misterio. Supo todo lo que esperaban de la entrada de D. Enrique; las pro-

mesas de sus adherentes ocultos, y las seducciones ejercidas con éxito cerca de algunos deudos de su señor. Sorprendido de encontrar siempre solo á D. Enrique á la cabeza de estas tramas se abocó con algunos caballeros adictos al infante de Aragon, y pronto por su medio entró en relaciones con este príncipe. Ignórase cuál era su intento: si hemos de creer á Ayala limitábase á hacerle ofertas de perdon y promesas si queria dejar el servicio del aragones y volver á Castilla, esforzándose en escitar su envidia y en persuadirlo de que era sacrificado por el rey de Aragon á un aventurero intrigante. De este modo Fernandez habria empleado contra los enemigos de don Pedro las armas de que ellos hacian contra él tan peligroso uso, teniendo por objeto debilitarlos dividiéndolos. Sin embargo; es duro creer que se entregase á estas tenebrosas maquinaciones sin un pensamiento culpable, pues no se comprende por qué habia de ocultar á su señor las aperturas de acomodo que en su nombre hacia. Sea lo que fuere de ello estas intrigas no pudieron ser conducidas con tanto misterio que D. Pedro no se instruyera al instante de ellas; pero al principio se guardó muy bien de demostrarlo, y continuó manifestando la misma confianza á Fernandez, en tanto que se veia en disposicion de castigarle: ademas, la próxima expedicion del conde de Trastámara reclamaba ahora toda su atencion. Precipitadamente salió de Sevilla, publicando que iba á Búrgos; pero, siguiendo su costumbre, antes de defender sus fronteras contra un enemigo declarado no quiso dejar detras de si enemigos secretos. Hacia algun tiempo que vigilaba con la vista todos los pasos de Pero Nuñez de Guzman y de Alvarez Osorio, aquellos dos ricos-homes que tan pronto habian abandonado sus banderas despues del combate de Araviana; y en vez de tomar el camino derecho de Búrgos,

marchando con la celeridad maravillosa que le diera tan buenos resultados, apareció de repente en el reino de León y en los dominios de Pero Nuñez, antes que este pudiera sospechar que se acercaba. Avisado en el último momento por un escudero fiel solo tuvo este señor el tiempo necesario para montar á caballo y llegar corriendo á escape á su castillo de Aviados, perseguido hasta orillas del foso por el rey, á quien no habia podido cansar una tirada de veinte y cuatro leguas por ásperas montañas. No teniendo ni ocasion ni medios para sitiario el rey lo abandonó por algun tiempo y solo pensó en apoderarse de Alvarez Osorio, su cómplice, recurriendo á la astucia, porque sabia estaba prevenido. Su primer cuidado fue tranquilizarlo y persuadirlo de que estaba satisfecho de las excusas con que coloraba su especie de desercion; y fingiéndose engañado por él le prometió el cargo de adelantado de León, de que Pero Nuñez acababa de ser desposeído. Era tal la inconstancia y la codicia de estos ricos-hombres, que Osorio no vaciló en aceptar los despojos de su cómplice, y fue á besar la mano al rey, siguiéndole á Castilla. Ya sabia D. Pedro componer tan bien su rostro que engañaba hasta á sus familiares mas íntimos; nadie dudó que hubiese devuelto á Osorio su gracia, y toda la corte comenzaba á tratarlo como á un favorito. A pesar de su privanza con el rey el mismo Diego de Padilla no estaba mejor instruido de sus designios, y parece que debió esta feliz ignorancia á la opinion que habia inspirado de su franqueza y carácter leal. Había convidado á comer al nuevo adelantado en un descanso que la comitiva real hacia á pocas leguas de Valladolid, donde iba, cuando llegaron de repente dos ballesteros, Juan Diente y Garci-Díaz, ministros ordinarios de las venganzas del rey, y delante de Padilla, acometido de horror y de espanto, asesinan á Osorio y le

cortan la cabeza (1). Este asesinato fue seguido bien pronto de otras ejecuciones no menos sangrientas; pues don Pedro hacia arrestar en su rápida marcha á todos aquellos á quienes habia convencido ó sospechado de inteligencia con el conde de Trastamara. Entre el número de las víctimas debemos contar á un eclesiástico, el arcipreste Diego de Maldonado, acusado de haber recibido una carta de D. Enrique (2).

Tantos rigores no hacian mas fiel á la nobleza. Mientras que el rey hacia rodar cabezas en Castilla, Gonzalo Gonzalez Lucio, gobernador de Tarazona, entregaba esta plaza al rey de Aragon. Hacia dos años que este caballero, teniente de Hinestrosa, trataba en secreto con Pedro IV y dejaba poner precio á su fidelidad; pero fue preciso sin embargo un pretexto para colorar su traicion, y se hizo autorizar para ello por el legado, que siempre habia hecho protestas contra la ocupacion de Tarazona, atacada como hemos visto durante una tregua. Un presente de cuarenta mil florines y la mano de una rica heredera de Aragon acabaron de destruir sus escrúpulos (3).

(1) Ayala.

(2) Ayala.

(3) Ayala, Zurita y Carbonell refieren que la rendicion de Tarragona tuvo lugar á principios del año 1360. Una carta del rey de Aragon á Diego Perez Sarmiento, fecha 28 de febrero de 1360, anuncia la toma de esta plaza, en la cual acababa de entrar. «Arch. gen. de Aragon.» Pero el 3 de diciembre de 1357 escribia á Gonzalez Lucio, «vasallo del rey de Castilla,» y á Suer Garcia Suarez de Toledo, «escudero,» la promesa de cuarenta mil florines de buen oro, pagaderos en Tudela de Navarra, con la condicion de que le entregasen á Tarazona y por los grandes gastos que habian hecho y hacian en su servicio: «por raho de gran costa que havedes fecho e fazedes de cada dia en nuestro servizío. Archivo general.» Con la misma fecha promete el rey á Suer Suarez diez mil

Aun no habia llegado D. Pedro á Búrgos cuando supo que el conde de Trastamara y sus dos hermanos, D. Tello y D. Sancho, habian entrado en Castilla con mil quinientas lanzas y cerca de dos mil peones, la mayor parte emigrados ó vasallos del conde de Osuna, rico-home aragonés, hijo del ministro Bernal de Cabrera. Costeando este pequeño ejército la frontera de Navarra subió la orilla derecha del Ebro y avanzó hasta Pancorbo. Segun puede juzgarse en el dia la intencion del conde era insurreccionar el Norte de Castilla, reunir en las provincias vascas los partidarios de D. Tello y venir al reino de Leon á darse la mano con Pero Nuñez de Guzman. Mal pagados y sin disciplina sus soldados se entregaban en su marcha á los mas repugnantes excesos: en Nájera habian degollado á todos los judios de concierto con los habitantes cristianos, á quienes animaba el conde á esta carniceria con el objeto de unirlos á su causa comprometiéndolos (1). Algunos ricos-homes le abrieron sus castillos y otros vinieron á juntarse con sus hombres de armas; pero la masa de la poblacion acogia con repugnancia á un ejército que arrastraba en pos de sí el incendio y el pillaje. D. Pedro llegó enfermo á Búrgos y no podia tomar el mando de las tropas que estaba reuniendo enrededor de esta ciudad, y cuando sus lugartenientes no se hallaban á su presencia jamás se apresuraban á obrar.

La desgracia no habia unido á los hijos de doña Leonor. Ya hemos visto á D. Enrique y D. Tello engañarse

florines, probablemente por su parte en los cuarenta mil, precio de la rendicion de Tarazona.—Parece que el rey de Aragon, muy escaso de dinero, no pudo pagar á Lucio hasta el año de 1360.

(1) Ayala.

y hacerse traición mutua: estrechados alguna vez por un peligro comun obraban de concierto, pero siempre prestos á violar sus juramentos de alianza, segun sus particulares intereses. Envidioso D. Tello de su hermano mayor jamás habia tenido otro pensamiento que el de crearse una soberanía independiente, como la que en otro tiempo poseyera en Vizcaya, y en este mismo instante pretendia ocultamente reconciliarse con D. Pedro tratando del precio de su sumision, cuando D. Enrique fue informado de ello. Demasiado débil para castigarlo, ni aun se atrevió á echarle en cara su traición; pero lo envió con premura al lado de Pedro IV, con el pretexto de pedirle refuerzos, y D. Tello partió para Aragon, acompañado de algunos hombres adictos á su hermano, con el encargo de vigilar su conducta (1).

III.

Desde el momento en que D. Pedro se vió en estado de montar á caballo al instante se puso en campaña con todo su ejército, fuerte de cinco mil lanzas y diez mil hombres de á pie. Creyendo sin duda D. Enrique que aun estaba enfermo, é ignorando el número de sus tropas, se habia debilitado, destacando á su hermano D. Sancho con una partida contra la villa de Haro; pero al acercarse el enemigo salió de Pancorbo apresuradamente y se replegó sobre Nájera, donde hizo ademan de resistir atrincherándose en las afueras de la ciudad, sin duda para esperar á D. Sancho, que estaba en peligro de ser cortado. Avanzaba D. Pedro con lentitud, ejerciendo terribles

(1) Ayala.

venganzas en las ciudades y castillos que habian acogido á los rebeldes. En Miranda, donde el populacho incitado por los desterrados habia puesto á saco y degollado á los judíos, hizo prender á los jefes del tumulto, y en su misma presencia estos miserables fueron quemados vivos ó cocidos en calderas enormes: estos horribles suplicios estaban autorizados por antiguas leyes; pero hacia muchos años que no se hallaban en uso, y el horror de estos castigos hacia olvidar el crimen de los culpables.

Camino de Nájera, y hallándose el rey deliberando sobre combatiría, un sacerdote llegado de Santo Domingo de la Calzada se presentó ante él pidiendo hablarle en particular. «Señor, dijo, el señor Santo Domingo se me ha presentado en sueños, y me ordena advertiros que si no os encomendais vuestro hermano D. Enrique os matará por su propia mano (1).» Esta revelacion estraña, que en lo sucesivo pudo pasar por una profecía, no era probablemente mas que el sueño de un cerebro enfermo. El odio fanático que inspiraba á muchos sacerdotes y la pertinaz irreligion del rey habian exaltado sin duda á este visionario, y no es sorprendente que en la vispera de una batalla, donde los dos hermanos iban á encontrarse con la espada desnuda, predijese una muerte violenta á quien la iglesia ya tenia condenado. Turbado al principio el rey por el aire de inspiracion y seguridad del sacerdote

(1) Segun la tradicion popular este pronóstico fue dirigido al rey por el espectro de un sacerdote á quien habia muerto por su propia mano. El fantasma añadió en su estilo ordinario de oscuridad: «Tú serás piedra en Madrid.» En efecto, la estatua de D. Pedro, colocada sobre su sepulcro por su nieta, abadesa del convento de Santo Domingo, aun se ve hoy en Madrid. Esta tradicion que acabo de referir fue seguida por Moreto en su curiosa comedia «El Rico-home de Alcalá.»

pronto imaginó que era un emisario del enemigo enviado para introducir el desaliento entre sus soldados. Lo amenazó para obtener de él confesiones; pero fue en vano que le apremiasen á nombrar á los que le enviaban, pues á todas las preguntas respondia imperturbablemente que solo tenia su mision de Santo Domingo. Irritado D. Pedro por su obstinacion lo hizo quemar vivo á la cabeza de su campamento (4).

Aunque naturalmente supersticioso como todos los hombres de su tiempo, el rey temia mas la malicia de sus enemigos que la ira de los santos, y proseguia su marcha muy resuelto á combatir. Un viernes, á fin de abril de 1360, descubrió en batalla el ejército del conde formado sobre una colina delante de Nájera, y fuerte de cerca de tres mil hombres, una tercera parte de caballeria. En la eminencia ocupada por los rebeldes se distinguia la tienda del conde y su bandera flotante al lado de la de D. Tello, cuyos vasallos se habian quedado con su hermano. Sin aguardar el resto del ejército cargó impetuosamente la vanguardia del rey, ganando al primer choque la altura y apoderándose de las dos banderas: la tropa del conde huyó en el mayor desorden hácia Nájera y abandonando sus caballos la mayor parte de los hombres de armas se arrojaron á los fosos por estar el puente obstruido por los fugitivos; el mismo D. Enrique no pudo entrar en la ciudad sino por un agujero que practicaron en la muralla para recibirlo. La noche impidió que D. Pedro prosiguiese su triunfo y esterminase el resto de los rebeldes, y satisfecho de la jornada hizo tocar retirada y ganó su campamento, apartado algunas leguas de Nájera.

(4) Ayala.

Cuando á la mañana siguiente salia de él á la cabeza de su ejército para dar el asalto se encontró con algunos de sus ginetes que volvian de una escaramuza en las trincheras de la ciudad. El primer hombre que se presentó á su vista era uno de los escuderos de su casa que traia el rostro bañado en llanto y daba lastimeros sollozos: un tio suyo acababa de morir á su lado. El rey, padeciendo aun de su enfermedad y conmovido de la siniestra prediccion del sacerdote y de su perseverancia en nombrar á Santo Domingo en medio de las llamas, creyó ver un presagio funesto en el encuentro de este hombre desolado, y le abandonó de repente su firmeza. En vano fue que le representasen la situacion desesperada del enemigo, que no podia resistirse algunas horas en una ciudad desprovista y mal fortificada; un esfuerzo mas iba á poner al conde entre sus manos y á librarle para siempre del mas temible de sus adversarios. Pero D. Pedro no era ya el mismo hombre, y á todo se negó con la mayor obstinacion. En vez de atacar á Nájera, ó por lo menos embestirla, volvió bruscamente á Santo Domingo, sin duda con el intento de apaciguar por alguna espiacion la cólera del santo. D. Enrique y el conde de Osuna atribuian mientras su fortuna á la proteccion divina y se apresuraban á evacuar á Nájera para entrar en Navarra seguidos de D. Sancho, que al fin consiguió alcanzarlos. Su retirada fue penosa: la mayor parte de los hombres de armas estaban desmontados, y dificultaba su marcha el número de los heridos; es probable que si hubieran sido perseguidos con vigor ni uno solo de ellos habria repasado la frontera; pero D. Pedro permanecía inmóvil y al parecer olvidado de todo, hasta de su odio. Por un momento pareció salir de su letargo, y acometió á los fugitivos hasta Logroño; pero allí le salió al encuentro el cardenal Guy de Bolonia, y con una palabra

le detuvo. El ejército, que marchaba lleno de ardor, recibió orden de hacer alto y de no incomodar mas la retirada del enemigo (1), y desde el momento en que el territorio castellano fue evacuado por los rebeldes, continuando el rey siendo presa de una alucinacion estraña, se apresuró á dejar el teatro de la guerra y á dar la vuelta á Sevilla, dejando en la frontera la mayor parte de sus tropas al mando de los tres maestros de las órdenes militares y de Gutier Fernandez de Toledo, quien cuando la ruptura de las conferencias de Tudela por la invasion del conde D. Enrique se habia puesto á la cabeza de un cuerpo destacado en Molina.

La derrota de D. Enrique no habia alterado el favor de que gozaba con el rey de Aragon; pero hizo sentir á este principe la necesidad de poner un término á la rivalidad que reinaba entre sus lugartenientes. Habiendo reunido al infante y al conde de Trastamara pocos dias despues de la batalla de Nájera les obligó á jurarse paz y amistad, y segun la costumbre se otorgó un documento solemne en testimonio de esta reconciliacion: con las manos puestas sobre los Evangelios D. Fernando y D. Enrique se prometieron deponer sus rencores y no tener ya mas objeto que el servicio y el honor del rey de Aragon, comprometiéndose por el mismo tratado á revelarles todas las proposiciones que recibiesen del rey de Castilla, á quien harian de todo corazon todo el mal y deshonor que pudiesen (2). En cambio les renovó el rey de Aragon la seguridad de su proteccion y la promesa de no tratar jamás con

(1) Ayala.

(2) Juran de ayudar a fazer todo mal e danyo, desfacimiento e desonra al rey de Castiella bien e lealment. Pedrola 11 de mayo de 1360.
«Arch. gen. de Aragon.»

su enemigo sin estipular en favor de ellos las condiciones que exigiesen.

No tardó en ser puesta á prueba la sinceridad de Pedro IV. Al día siguiente de este convenio llegó Bernal de Cabrera, de vuelta de una misión cerca del rey de Castilla, con el ultimatum de este príncipe. Según el embajador aragonés una sola dificultad impedía la conclusión de una paz sólida; que era la revocación pedida por Pedro IV de la sentencia de alta traición pronunciada por D. Pedro contra el infante D. Fernando y D. Enrique de Trastámara. El rey de Castilla se negaba á su rehabilitación, y de tal modo se creía seguro de su derecho que había ofrecido á Cabrera poner en sus manos el juicio del negocio: había-le propuesto que designase seis árbitros á su elección entre los prelados ó los ricos-hombres de Castilla, y que revisase con ellos la sentencia de Almazán. Al hacer D. Pedro una proposición semejante tal vez contaba un poco con la enemistad patente que existía entre este ministro y los príncipes castellanos, y tal vez también, como se pretendió en lo sucesivo, se había apoderado del ánimo de Cabrera por medio de poderosas seducciones. El asunto fue llevado al consejo secreto de Pedro IV; pero al instante fueron cortados los debates por el rey, que recordó su juramento de no tratar jamás con el castellano sin estipular condiciones honrosas en favor de los desterrados. Cabrera, que siempre se había mostrado abogado de la paz, debió someterse á la resolución de su señor; pero pidió que su dictámen fuese registrado y que se le diese acta de sus esfuerzos para obtener un acomodo (4).

(4) «Arch. gen. de Aragon.» Sigilli secreti.—Atestado entregado á D. Bernal de Cabrera, «ad suam excusationem, et in testimonium veritatis;» 12 de mayo de 1360, sin indicación de lugar, aunque probable-

Esta fidelidad á sus compromisos y estos escrúpulos, completamente nuevos en Pedro IV, se esplican bastante bien por la esperanza que en este momento fundaba en una nueva alianza, pues trataba entonces con los moros de Granada y los determinaba á que hiciesen una diversion poderosa. De este modo contaba con dar al rey de Castilla tanta ocupacion en Andalucía que se viese obligado á abandonar la frontera de Aragon. La continuacion del relato demostrará que eran justos semejantes cálculos.

Entre tanto la fortuna parecia sonreir á D. Pedro, y sus armas eran tan venturosas en la mar como en tierra. Poco despues de su llegada á Sevilla un aventurero llamado Zorzo (1), capitan de los ballesteros de su guardia, y enviado por él de crucero á las costas de Berberia, condujo al puerto cuatro galeras aragonesas que habia capturado despues de un brillante combate. Despues del insulto hecho por Perellós á su pabellon el rey no queria ver mas que á piratas en los marineros aragoneses, y los hizo tratar como á tales. El capitan de las cuatro galeras, que era un caballero valenciano, fue condenado á muerte y con él una parte de sus tripulaciones (2).

mente en Pedrola, donde se celebró el tratado de reconciliacion entre el infante y D. Enrique.

(1) Ayala dice que este hombre habia nacido en Tartaria y sido esclavo en Génova. Segun Llaguno Zorzo es el nombre de Jorge en griego vulgar. Esto es un error, pues es un nombre del dialecto genovés. Si Ayala hubiese figurado la pronunciacion griega habria escrito «Yorios.»

(2) Estas crueldades proporcionaron represalias. El rey de Aragon escribia desde Barcelona á 12 de setiembre de 1360 al conde de Trastámara para que le entregase á Enrique Lopez de Orosco, caballero castellano, prisionero suyo; y por otra carta del mismo dia ordenaba á Jordan de Urries que hiciese decapitar á Orosco en cuanto el conde lo pusiese en sus manos. «Arch. gen. de Aragon.»—Sigilli secreti.

IV.

Alfonso, rey de Portugal, abuelo de D. Pedro, había muerto el año precedente, dejando la corona á su hijo Pedro I, y la alianza entre los dos reinos se habia hecho por esta causa mas íntima. Estrechamente ligado por la sangre y por la política con D. Pedro, el nuevo soberano de Portugal tenia con él una conformidad de carácter y de planes que debía estrecharlos mas aun. Como su sobrino, había sido ultrajado y vendido por sus ricos-homes, y como él había concebido el designio de reducirlos desde el momento que tuviese la fuerza en sus manos. Altivo, imperioso, implacable en sus resentimientos, y feroz en sus venganzas, recibió los mismos sobrenombres que había merecido su homónimo de Castilla. Para la nobleza que diezmó fue *Pedro el Cruel*: *Pedro el Justiciero* para el pueblo, á cuyos opresores castigó muchas veces.

«Como si hubiera temido que le faltasen verdugos, dice un cronista portugues, y para no ser cogido desprovisto de él, llevaba siempre uno en su séquito en todos los viajes. Muchas veces se vió á él mismo castigar por su mano á los culpables ó acusados, y llevaba un azote en el cinto para tenerlo siempre dispuesto y no tomarse el trabajo de buscarlo (1).» Tal era el nuevo rey de Portugal. ¿Quién no conoce la trágica historia de Inés de Castro, su amada querida? Celosos algunos señores del influjo que el amor de Pedro, entonces infante de Portugal, proporcionaba á los parientes de Inés, arrancaron su sentencia de muerte al

(1) Na cinta trazia o aqonte por não haber dilação em o buscar Duarte do Liao. «Chronicas dos reis de Portugal.»

rey D. Alfonso y ellos mismos se hicieron sus verdugos (1). Aunque el infante habia jurado solemnemente renunciar á la venganza los asesinos de Inés se apresuraron á buscar un refugio en Castilla desde el momento que ciñó la corona; pero este asilo estaba mal escogido. Renovando el rey de Portugal con su sobrino la alianza de los dos estados le escribió secretamente para pedirle la estradicion de los asesinos de su querida, y en cambio le ofreció algunos refugiados castellanos que vivian tranquilos en su corte. En esta época de anarquia feudal la estradicion de los emigrados era una idea nueva y tiránica; y la nobleza, que pretendia tener el derecho de cambiar de patria segun sus intereses, no podia ver sin indignacion un ataque semejante dado á sus antiguos privilegios: por el contrario, los reyes, y los reyes absolutos como D. Pedro, no aspiraban mas que á destruirlos. La cruel permuta propuesta por el portugues y aceptada con júbilo por su aliado entregó á los mas horribles suplicios infelices que descansaban con confianza en el derecho de asilo. Entre los primeros reclamados por el rey de Castilla estaba Pero Nuñez de Guzman, en otro tiempo adelantado de Leon, que acababa de escapársele poco antes de la espedicion del conde de Trastamara, y que fue á morir á Sevilla despues de haber sufrido á los ojos mismos del déspota á quien habia ofendido horribles torturas que indignaron hasta á los mas fieles servidores de D. Pedro. Pedro de Portugal se mostró agradecido; le pagó la sangre que por su parte habia tenido el placer de

(1) Camoens.

«Contra una dama, o peitos carniceiros
Feros vos mostrais, e caballeiros?»

Lusiada, cant. III, v. 130.

derramar, y puso á su disposicion seiscientas lanzas para la campaña próxima contra Aragon (1).

V.

La batalla de Nájera, la derrota de D. Enrique, y sobre todo la activa perseverancia del cardenal legado, habian proporcionado una especie de suspension de armas tácita entre las dos potencias beligerantes. El cardenal habia obtenido de D. Pedro la promesa de continuar las conferencias de Tudela y nada olvidaba para reanudar las negociaciones dos veces interrumpidas ya. Aunque menos dispuesto que nunca á ceder nada de sus pretensiones, D. Pedro fingió alguna deferencia por la Santa-Silla, y designó á Gutier Fernandez por su plenipotenciario. No sorprenda nada que el rey, instruido como estaba entonces de la correspondencia de su ministro con el infante de Aragon, le confiase de nuevo una mision de esta importancia. El tenia sus designios: paciente para vengarse sabia acariciar hasta que llegase el momento de herir á golpe seguro. Por otra parte, hallándose Fernandez en Molina, sobre la frontera de Aragon, rodeado de sus vasallos particulares, hubiera podido fácilmente huir de su cólera, y era preciso antes de todo sacarlo de su fortaleza. Es-

(1) Ayala.—El rey de Portugal despues de haber hecho dar tormento en su presencia á Pero Coelho, uno de los asesinos de Inés, ordenó que le arrancasen el corazon. «Busca á la izquierda en mi pecho, dijo Coelho al ejecutor, y hallarás un corazon mas grande que un corazon de toro y mas leal que el corazon de un caballo.» «Collecção de ineditos de historia portuguesa.»—«Coelho» en portugués significa «conejo.» Este nombre proporcionó al rey una chanza espantosa que pinta las costumbres de la época. Al ver al prisionero exclamó: «Que traigan cebollas y vinagre y que me aliñen este conejo.»

cribióle el rey que marchase á Sadava para conferenciar con el cardenal Guy de Bolonia, y le recomendó se concertase en el camino con los maestros de las órdenes militares que le darian noticias y antecedentes útiles para las negociaciones que iba á dirigir. Sin desconfianza alguna Gutier Fernandez partió para Alfaro, punto designado para la entrevista con los maestros; pero habia sido precedido por Martin Lopez, sucesor de Juan de Hinestrosa en el cargo de camarero, quien bajo la salvaguardia del secreto venia á revelar á D. Gasci Alvarez, maestro de Santiago, las voluntades del rey. Fernandez halló la tropa sobre las armas al llegar á Alfaro; dijéronle que habiendo venido de un acantonamiento cercano los maestros de Santiago y de Alcántara iban á pasar revista á sus caballeros, y le suplicaron asistiese á los ejercicios militares que tenían lugar en semejante ocasión. Despues de la revista lo condujeron con honor los dos maestros á su alojamiento, acompañados de un gran número de sus caballeros y de sus hombres de armas. Entonces fueron cerradas todas las puertas y guardadas por soldados, y Martin Lopez le intimó que se preparase á morir. «¿Qué he hecho yo, exclamó Fernandez, para merecer la muerte?» Todos callaron, pues el rey no habia comunicado sus sospechas á nadie, y jamás se dignaba explicar sus mandatos. Martin Lopez intimó al preso que entregase todos sus castillos, en lo cual consintió sin vacilar; preguntó en seguida si le seria permitido escribir á su señor; concediéronle esta gracia, y habiendo venido un notario al efecto le dictó la carta siguiente:

«Señor: Yo, Gutier Fernandez de Toledo, os besa las manos y se despide para comparecer ante otro señor mas grande que vos lo sois. Señor, vuestra merced no ignora que mi madre, mis hermanos y yo fuimos gentes de vuestra car-

sa desde el día en que nacisteis; y no tengo necesidad de recordaros los males que padecimos y los peligros que nos fue preciso pasar en servicio vuestro cuando doña Leonor de Guzman tenia toda clase de poder en este reino. Yo, señor, siempre os he servido lealmente (1), y creo que me haceis morir por haberos dicho con demasiada libertad cosas que importaban á vuestros intereses. Cúmplase vuestra voluntad y que Dios os perdone, porque no he merecido mi suerte. Y ahora, señor, os digo en este momento supremo, y este será mi último consejo, que si no volveis el acero á la vaina; si no cesais de herir cabezas como la mía, perdeis vuestro reino y poneis en peligro vuestra persona. Pensad en vos; es un leal servidor quien os lo advierte en la hora en que no debe decir mas que la verdad.»

Después de haber sellado esta lastimera carta presentó Fernandez su cabeza al verdugo, que lo decapitó en una sala de la casa en que habia sido preso. Un ballestero de la guardia montó al instante á caballo y corrió á llevar su cabeza á Sevilla á los pies del rey (2).

Mientras que Gutier Fernandez espiaba en Alfaro su imprudencia ó su crimen D. Pedro ordenaba en Andalucía otra muerte, resuelta por sospechas aun mas inciertas, y preparada con no menos arte y disimulo. Gomez Carrillo, comandante de algunas fortalezas tomadas recientemente al de Aragon, era acusado por sus enemigos de mantener una correspondencia desleal con el conde de Trastamara. Indignado contra sus acusadores y creyén-

(1) Gutier Fernandez habia rehusado, sin embargo, acompañar al rey á Toro cuando se puso en manos de los rebeldes; si bien es cierto que lo mismo hizo Diego de Padilla.—Ayala.

(2) Ayala.—Cascales. «Hist. de Murcia.»

dose seguro de confundirlos marchó al instante á Sevilla y se presentó atrevidamente al rey pidiendo justificarse. Convino en que habia visto durante una suspension de armas á algunos de sus parientes emigrados en Aragon; pero negó formalmente que en estas conferencias hubiese hecho ni recibido ninguna proposicion contraria al servicio de su rey. Acogióle este con bondad; pareció escucharle con favor, y le aseguró que siempre tenia su confianza; mas que para imponer silencio á las calumnias y para evitar relaciones que podrian ser mal interpretadas queria alejarlo de la frontera de Aragon y darle el gobierno de Algeciras, que entonces era una de las plazas mas importantes del reino. Creyendo Carrillo recibir un favor señalado aceptó con reconocimiento y marchó al instante en una galera del rey para tomar posesion de su nuevo destino. Pero apenas estuvo en la embocadura del Guadalquivir el capitán de la galera le hizo cortar la cabeza. Al mismo tiempo, y en la otra estremidad de Castilla, eran arrestados por Martin Lopez su mujer y sus hijos (1).

Ayala esplica á su manera la muerte de Carrillo, que no atribuye á una causa política. Segun su relacion en una de las infidelidades frecuentes, pero siempre pasajeras, que el rey hacia á María de Padilla, puso los ojos en doña María de Hinestrosa, prima de esta y cuñada de Gomez Carrillo. Lastimado en su honor GarciLaso Carrillo, su marido, pasó á Aragon, dejando á su hermano el cuidado de velar sobre la conducta de su mujer; y por desembarazarse el rey de un vigilante incómodo habia ordenado la muerte de Gomez Carrillo. Confieso que tal suposición me

(1) Ayala.

parece poco probable, y es extraño que nuestro cronista no se haya tomado la tarea de justificarla mejor. Gomez no podia turbar los amores de D. Pedro desde la frontera de Aragon, y despues de todo vemos que no se mostraba demasiado celoso del honor de su familia cuando aceptaba los favores del rey, no ignorando la situacion de su cuñada en la corte.

Por mas indignacion y disgusto que se sienta al escuchar el relato de estas ejecuciones continuas es imposible atribuir las á una ferocidad irreflexiva ó á esa crueldad de temperamento que dan á D. Pedro la mayor parte de los historiadores para esplicar tantos homicidios ordenados y ejecutados uno tras otro: mas bien parecen la consecuencia fatal de la ambicion del rey en armonía con las costumbres de su época. El rasgo principal de su carácter es un amor violento á la dominacion, siempre suspicaz, siempre inquieto; todo esto, excusable hasta cierto punto en un príncipe de la edad media, que testigo largo tiempo de los males de la anarquía habia concluido por erigir su despotismo en una mision sobrehumana para regenerar su país. Engañado muchas veces y victima de los juramentos mas solemnes se habia acostumbrado á prejuzgar la traicion en todo lo que le rodeaba y á castigar antes de haberse verificado el crimen: la conciencia de un gran designio le hacia mirar como justicia sus rigores contra toda desobediencia á su voluntad. En aquellos tiempos desgraciados esta confusion de palabras y de ideas era aceptada por los pueblos, á quienes la ambicion de los señores feudales esponia sin cesar á los horrores de la guerra civil; matar á un rico-home era para el vulgo hacer justicia, era castigar á buen derecho. Asi se gloriaba de hacer justicia D. Pedro; pero como todos los déspotas creia que la desobediencia era el mayor de los crímenes. Tal

vez la conducta de Gutier Fernandez y de Gomez Carrillo fue siempre leal; pero las apariencias estaban contra ellos, como que uno y otro habian mantenido relaciones con hombres á quienes su señor habia proscripto, y que notoriamente trabajaban en seducir á sus vasallos: no era necesario mas para que sospechase una traicion, y una sospecha de D. Pedro era una sentencia de muerte. Acostumbrado á ver correr la sangre como un caballero de su época, y á contar por poca cosa la vida de los hombres, como la mayor parte de sus compatriotas, sin duda le costaba muy poco esfuerzo convertir sus sospechas en pruebas. Los reyes se creen inteligencias superiores á los otros hombres, y tal vez D. Pedro se consideraba infalible. Diré, no obstante, que no ordenaba los suplicios sin una conviccion profunda de su buen derecho, adquirido sin duda demasiado fácilmente; pero reflexiva, sin embargo, y sincera. Aplicábase de buena fe á distinguir el inocente del culpable, lo cual era mucho para un déspota en el siglo XIV, en el que era costumbre que todos los parientes de un rebelde fuesen envueltos en su castigo, y nadie se sorprendia de ver arrastrados á los hijos al cadalso de su padre. D. Pedro no imitó estas ciegas crueldades, y nada prueba mejor sus sentimientos de justicia, tomando esta palabra en la acepcion de la edad media, que su conducta con respecto á los parientes de Fernandez de Toledo. A la noticia de la muerte de este señor, D. Gutier Gomez, prior de San Juan, y Diego Gomez, sus primos, ambos encargados de defender la frontera de Murcia, creyéndose amenazados del mismo golpe que acababa de herir al jefe de su familia abandonaron sus puestos y tomaron la fuga, tratando el primero de penetrar en Granada y buscando el segundo un refugio en Valencia. Preso el prior en la frontera solo esperaba la muerte; pero el rey se apresu-

ró á tranquilizarlo; le devolvió sus honores y sus empleos, y continuó concediéndole su confianza: del mismo modo perdonó á Diego Gomez, por mas que hubiese ido á pedir un asilo á sus adversarios (4).

El disimulo profundo con que D. Pedro preparaba sus venganzas, ó si se quiere sus justicias, es en el dia para nosotros el rasgo mas odioso de su carácter y añade un grado mas de horror á los asesinatos que distinguieron su reinado. Creo que este disimulo fue mas bien una costumbre y quizás una necesidad de su tiempo que un vicio de su corazon; pues recuérdese lo que eran entonces los ricos-homes de Castilla, sus fortalezas inaccesibles y sus vasallos nutridos en las ideas de obediencia ciega, y se comprenderá cuán impotente era la fuerza abierta contra ellos. Antes de la perfeccion de la artillería habia en España una multitud de plazas inespugnables: tal señor, atrincherado en su torre construida mas alta que las nubes, con un centenar de bandidos y víveres para un año, se burlaba de los ejércitos mas numerosos, y muchas veces, á la cabeza de su reducida tropa, esparcía la desolacion por toda una provincia; para vencerlo era absolutamente necesario sorprenderlo lejos de su fortaleza y separado de sus hombres de armas, pues en este tiempo la guerra era en cierto modo el estado normal de la Europa, y la astucia y la perfidia la única táctica que entonces se conocia. La mayor parte de estos caballeros, á quienes nos acostumbramos demasiado á creer semejantes á los tipos dibujados por los poetas y romanceros, hacian un juego de sus juramentos, y no era posible encontrar en este triste periodo hombres que fuesen constantes en sus

(4) Ayala.

alianzas y fieles á sus amigos ó á los lazos de la sangre: solo se presenciaban traiciones y perjurios. ¿Y sorprenderá que un príncipe, educado en medio de la guerra civil, siempre rodeado de revueltas y conspiraciones, víctima de la traicion de sus hermanos y de sus primos, vendido por su madre y por su tia, volviese contra sus enemigos las armas cuyas peligrosas heridas habia sufrido ya? Yo no hago aquí la apología de D. Pedro; pero quiero probar cuán difícil es juzgar á los hombres de otro tiempo con nuestras ideas modernas: lo que hoy es un crimen á nuestros ojos solo era un rasgo de audacia para nuestros abuelos del siglo XIV, y si no puede decirse que la naturaleza humana se haya perfeccionado debemos al menos dar gracias á la civilización por haber disminuido la masa de infortunios materiales, disminuyendo el poder de hacer mal.

Poco despues de los sucesos que acabo de referir reunió D. Pedro en Almazan á sus principales capitanes, y en presencia de ellos tuvo á bien esponer sus agravios contra Gutier Fernandez y Gomez Carrillo. Dijo que el primero, durante su permanencia en Tudela, habia tenido relaciones culpables con muchos rebeldes, y especialmente con Perez Sarmiento, cuya traición habia causado el desastre de Araviana; y que ademas habia dirigido al infante de Aragon proposiciones contrarias á los deberes de un vasallo y peligrosas al estado. Carrillo tambien, colocado en un puesto de confianza sobre la frontera enemiga, no habia cesado de ver á sus parientes, servidores adictos al conde de Trastamara. Esplicándose de esta suerte delante de sus cortesanos no pretendia el monarca justificar su conducta: era una leccion que queria darles, y sobre todo intentaba demostrar que sus espías eran vigilantes y nada se escapaba á sus miradas.

D. Vasco, hermano de Gutier Fernandez, era arzobispo de Toledo, y creyéndolo el rey cómplice en la conspiración que pretendia haber descubierto le envió una orden de destierro. Era tal el terror que entonces inspiraba que ni una sola voz se alzó en Toledo para reclamar contra el extrañamiento de un pastor cuyas irreprehensibles costumbres y edificante piedad lo habian hecho querido de todo su rebaño. Las órdenes del rey comenzaban á ejecutarse con todo el rigor y con toda la puntualidad del despotismo musulman: á la salida de misa intimaron al prelado que tenia que salir sobre la marcha para Portugal, y sin dejarle tiempo para preparar algun equipaje lo condujeron fuera de la ciudad, y desde allí á la frontera á largas jornadas. Dos años despues murió D. Vasco en olor de santidad en Coimbra, en el monasterio de Santo Domingo, que eligiera por retiro; y accediendo el rey á la súplica de sus parientes permitió que su cuerpo fuese transportado á Toledo y recibiese sepultura en la catedral.

Cuatro dias despues de la marcha de su arzobispo la ciudad de Toledo fue testigo de otro reves de fortuna. El tesorero del rey, D. Simuel el Levi, en otro tiempo el compañero de su cautiverio en Toro, y despues su ministro y su confidente, fue encerrado de pronto en una prision: el mismo dia y en todo el reino eran presos sus parientes y sus empleados. El crimen de Simuel era su prodigiosa fortuna, y en un tiempo en que los recursos del comercio y de la industria eran tan mal conocidos un rey no podia creer que su tesorero se enriqueciese sino á costa suya. A ejemplo de los déspotas orientales D. Pedro habia permitido por mucho tiempo que todo lo hiciese su ministro, para exigir en seguida de él una cuenta terrible. Apoderáronse de todos sus bienes; pero desgraciadamente para él se le creia demasiado hábil para no

haber ocultado la mayor parte de sus tesoros. Conducido á Sevilla fue cruelmente torturado y espiró en medio de las mayores angustias. Se dijo que el rey encontró en sus arcas ciento sesenta mil doblas y cuatro mil marcos de plata que se apropió, ademas de muchas pedrerías y telas preciosas: una suma de treinta mil doblas fue igualmente hallada á los parientes del tesorero, que provenia de los impuestos cuya cobranza les estaba confiada, y fue tambien á llenar las cajas del rey. Motivos hay para creer que Levi fue la víctima de la ignorancia y de la codicia de un amo á quien habia servido bien.

Después las victorias de D. Alonso era tributario de Castilla el reino de Granada. Una de esas revoluciones de palacio tan frecuentes en los países musulmanes, arrojó de Granada al rey Mohamed-Ben-Jusel, protegido de don Alonso y hermano de D. Pedro, y puso en el trono á su hermano, llamado Ismail, que fue asesinado al cabo de algunos meses por su visir Abou-Said, el cual tomó el título de rey (1). Siempre se había mostrado Mahomet adicto á D. Pedro, y ya hemos visto que en los últimos años de su vida le había suministrado algunas armas para combatir contra Castaña le había suministrado algunos paños. Naturalmente el príncipe de Alhambra des-

(1) Ismail llamó al rey de Castaña para que le ayudase á combatir á su hermano Mohamed. El rey de Castaña le ayudó, pero Ismail le asesinó y se proclamó rey.

XIV.

Paz con Aragon.—1361.

I.

DESDE las victorias de D. Alfonso era tributario de Castilla el reino de Granada. Una de esas revoluciones de palacio, tan frecuentes en los países musulmanes, arrojó de Granada al rey Mohamed-Ben-Jusef, protegido de don Alfonso y despues de D. Pedro, y puso en el trono á su hermano, llamado Ismail, que fue asesinado al cabo de algunos meses por su visir Abou-Saïd, el cual tomó el título de rey (1). Siempre se habia mostrado Mohamed adicto á D. Pedro, y ya hemos visto que en las expediciones marítimas contra Cataluña le habia suministrado algunos bajeles. Naturalmente el príncipe destronado de-

(1) Mármol llama al rey destronado Abil-Gualid y al usurpador Mahamet. «Descripcion del Africa.»

bia buscar un apoyo en su soberano el rey de Castilla, y el usurpador por su parte esperaba interesar en su causa al rey de Aragon.

Pedro IV era demasiado hábil para rehusar una alianza tan ventajosa, pues el mal éxito de la expedicion dirigida por el conde de Trastamara no habia podido hacerle perder la esperanza de escitar una revolucion en Castilla; por esta parte creia mas vulnerable á D. Pedro, y despues de haber conocido la insuficiencia de uno de sus agentes se apresuraba á encomendar el negocio á otro. A su hermano D. Fernando era á quien queria confiar ahora una nueva expedicion, contando con que, mas afortunado que D. Enrique, reuniria los descontentos y conseguiria encender de nuevo el fuego de la guerra civil que tanta sangre vertida no habia podido apagar. Parece que la intencion de Pedro IV era proclamar la destitucion de D. Pedro y reconocer á D. Fernando como su sucesor desde el momento en que hubiera conseguido reunir enrededor suyo cierto número de insurgentes: para concebir tan atrevido proyecto era preciso que juzgase de la fidelidad de los castellanos con los mismos ojos que D. Pedro; pero probablemente se hacia en esto una ilusion y aun no estaba agotado el sufrimiento. Rodeado de emigrados siempre dispuestos á creer sobre el estado de su pais los rumores que adulaban sus pasiones, exageraba sin duda la aversion de la Castilla hácia su rey; pero las mismas inquietudes de D. Pedro y sus incesantes sospechas denunciaban su debilidad y señalaban el sitio por donde debian dirigirse los golpes. El rey de Aragon resolvió dar á D. Fernando subsidios considerables y ponerlo á la cabeza de un cuerpo de tropas de cerca de tres mil hombres de armas: ya no era una correría la que se trataba de conducir; era la conquista de un reino que se iba á in-

tentar, y ya Pedro IV se daba por asegurada una gran parte en los despojos del enemigo. El infante se comprometió por un acto solemne á ceder á su hermano *jure régio* el reino de Murcia, la provincia de Soria y muchas ciudades importantes; y en cambio le prometió el rey pagar la soldada de sus tropas por tres meses, á contar desde 1.º de febrero de 1364; y para el caso de que el infante tuviese una hija se estipuló su matrimonio con el duque de Gerona, hijo primogénito de Pedro IV y su heredero presunto (1). Vemos que nada se olvidaba en los contratos de este tiempo; esperando esta union proyectada desde tan lejos se daba impulso con mucha actividad, aunque en secreto, á los preparativos de la expedicion que debia conquistar á Castilla. Bien se concibe cuán importante era en este momento la alianza de los moros de Granada, y cuál debia ser la urgencia de Pedro IV en hacerles tomar las armas.

Ocupado hasta entonces D. Pedro en las turbulencias interiores de su reino y en los cuidados de la guerra contra Aragon habia prestado muy escasa atencion á los negocios de Granada; pero al comenzar el año de 1364 le fueron reveladas las negociaciones pendientes entre Pedro IV y Abou-Saïd por un rey moro de los Beni-Merín, Abou-Salem (2), á quien proponian tomar parte en la alcoalicion contra Castilla. Esta revelacion vino á sorprender á D. Pedro en el momento en que, á la cabeza de un ejército considerable, acababa de entrar en Aragon y de apoderarse de algunas plazas. La diversion de que estaba

(1) «Arch. gen. de Aragon.» Convencion entre Pedro IV y el infante de Aragon.

(2) Mármol le llama Abu-Henun, rey de Fez.

amenazado era muy peligrosa, porque la Andalucía se hallaba entonces á merced de los moros y la mayor parte de sus caballeros y de sus ginetes se encontraban reunidos lejos de sus hogares en el campamento del rey. La inminencia del peligro le obligó á enviar precipitadamente lo mas escogido de sus tropas á la frontera de Granada, viéndose precisado á abandonar el Aragon en el momento en que todo parecia ceder á sus armas: en esta perplejidad tomó D. Pedro su partido con su impetuosidad ordinaria. Del mismo modo que el leon olvida una primera herida para arrojarse sobre el cazador que le asesta el último golpe, así D. Pedro volvió todo su furor contra su nuevo enemigo. Su odio era demasiado violento para dividirse, y dirigiéndolo entero contra Abou-Saïd ningun sacrificio le costó tomar de él una brillante venganza. El cardenal Guy de Boloña, que no perdía una ocasion para reproducir sus proposiciones de paz, pronto se apercibió de este cambio y lo explotó en su provecho: este avenimiento, que poco antes parecia imposible, se terminó en algunos dias con una facilidad sorprendente. El aragonés solo aspiraba á ventajas materiales, y el castellano solo buscaba una satisfaccion de vanidad, ó mas bien solo pedia que le abandonasen el usurpador de Granada. Arbitro entre los dos soberanos, cuyo carácter habia tenido tiempo para estudiar á fondo, el cardenal propuso que el rey de Aragon retirase su proteccion al infante y al conde de Trastamara, y que D. Pedro devolviera todas las ciudades de que se habia apoderado. En cuanto á las pretensiones que ambos príncipes alegaban sobre Alicante y Orihuela, aplazando el cardenal toda discusion sobre este punto mantuvo el *statu quo* esperando que el negocio fuese examinado por el papa, que pronunciaria en último recurso. Aceptadas estas condiciones por entrambas partes la paz fue conclui-

da y firmada por los dos monarcas, y D. Pedro tomó en seguida el camino de Sevilla, pensando solo en publicar una cruzada contra los moros.

Tales fueron las bases del tratado de paz publicado á mediados de mayo de 1361 (1). Voy á esponer brevemente sus principales condiciones. Ya hemos visto que en las precedentes negociaciones cada cual de los dos reyes tenía á su sueldo uno ó muchos parientes de su adversario mandando cierto número de desterrados ó de descontentos. De esta singular coincidencia resultaba para ambos la necesidad de estipular en favor de extranjeros á su servicio, y sobre este particular siempre habian propuesto los plenipotenciarios por base de un acuerdo concesiones reciprocas. Ahora habia cambiado la situacion desde que el infante de Aragon, reconciliado con su hermano, estaba desterrado por el rey de Castilla, lo mismo que el conde de Trastamara. Era preciso dar una satisfaccion á D. Pedro y al mismo tiempo contemplar el amor propio de Pedro IV ahorrándole la humillacion de parecer sacrificar á hombres á quienes habia comprometido en su querrela. El legado resolvió ó eludió esta dificultad por los siguientes medios. Se recordará que desde el reinado de D. Alfonso de Castilla los maestros de Santiago y de Calatrava reclamaban dominios considerables y el derecho de nombrar para muchas encomiendas situadas en el reino de Aragon, pues los soberanos de este país se habian apropiado el derecho de investidura. El cardenal imaginó assimilar los dos maestros á los dos jefes de los emigrados castellanos, el infante D. Fernando y D. Enrique; y una

(1) Por el rey de Castilla, en Deza, el 13 de mayo de 1361, y en Calatayud por el de Aragon, el 14 del mismo.

vez adoptada esta ficcion fue fácil redactar estipulaciones, arregladas en apariencia bajo un pie de perfecta equidad. Fue convenido que el infante D. Fernando y el conde de Trastamara pasarian á la orilla izquierda del Ebro ocho dias despues de la publicacion de la paz, y que en lo sucesivo no podrian, ni poseer una fortaleza, ni fijar su residencia á menos de treinta leguas de las fronteras de Castilla; que les estaria prohibido reclutar soldados en Aragon, comprar armas ó viveres en este reino, y, en una palabra, hacer ningun preparativo militar en el mismo; que si entrasen al servicio de un principe extranjero enemigo del rey de Castilla no podrian ser recibidos en Aragon mientras durase la guerra; y en fin, que el rey de Aragon, en tanto que ellos permaneciesen en sus estados, saldria garante de su conducta, responderia de todas las empresas hostiles que pudiesen intentar, y pagaria en su caso indemnizaciones proporcionadas á los daños que semejantes tentativas pudieran ocasionar.

Los mismos compromisos y promesas se hicieron por parte de Castilla con respecto á los maestros de Santiago y de Calatrava, prestando igualmente D. Pedro caucion de la conducta de ellos. Ademas decidieron los dos reyes de comun acuerdo que se abstendrian de toda usurpacion y de todo acto de hostilidad contra las propiedades de estos cuatro personajes, colocados en cierto modo fuera del tratado; pero al mismo tiempo declaró D. Pedro que no reconocia á D. Enrique y á D. Fernando otras propiedades que las que poseian en Aragon, y Pedro IV hizo las mismas reservas con respecto á los maestros de Santiago y de Calatrava. Un artículo particular declaraba que la cuestion del derecho de nombramiento para las encomiendas aragonesas quedaba reservada para ser resuelta mas tarde por una sentencia del padre santo. No

se encuentra una cláusula análoga y respectiva á las propiedades de D. Fernando y del conde de Trastámara en Castilla; y aunque el legado se propusiera estatuir la, como conocia la irritabilidad de D. Pedro sobre este punto parece haber evitado con prudencia manifestar claramente sus intenciones. Por ambas partes se obligaron á restituir las ciudades tomadas y á devolver sin rescate los prisioneros de guerra detenidos en entrambos reinos; y en cuanto á los rescates ya satisfechos debian ser inmediatamente reembolsados: esta última cláusula es muy notable como acto de autoridad soberana contra los derechos y los usos feudales. Obsérvese que en este tratado todas las ventajas estaban por el aragonés, que ganaba un territorio muy considerable y buenas fortalezas, mientras que el rey de Castilla solo recobraba castillos sin importancia, si es que habia perdido algunos de ellos.

Al tratado de paz debia unirse una amnistia publicada por los dos monarcas en beneficio de sus súbditos que hubiesen llevado las armas contra ellos en la última guerra. Tampoco habia aqui ninguna paridad en la situación de los dos príncipes, porque D. Pedro solo tenia un número muy reducido de aragoneses á su servicio, al paso que Pedro IV asalariaba todo un ejército de desterrados castellanos. Por lo demás cada cual hizo sus reservas, tal vez á despecho del legado. El rey de Aragon escluyó de la amnistia á algunos desterrados comprometidos en otro tiempo en las turbulencias de la Union, y D. Pedro exceptuó á once personas, espresamente designadas, á cuya cabeza figuraban el infante y D. Enrique; despues Pero y Gomez Carrillo de Quintana (1), sus adversarios mani-

(1) Primo de Gomez Carrillo, decapitado el año precedente.

fiestos y muy recientemente complicados en la conjuración real ó pretendida de Gutier Fernandez de Toledo; en seguida Gonzalez Lucio, el gobernador de Tarazona que habia vendido esta plaza al rey de Aragon; Lopez de Padilla, antiguo jefe de los ballesteros de la guardia, á quien sorprende ver entre los emigrados despues de la parte que habia tomado en el asesinato de D. Fadrique; Suer Perez de Quñones, Diego Perez Sarmiento, Pero Ruiz de Sandoval, todos servidores adictos de D. Enrique y desertores de las banderas del rey; Alvar Perez de Guzman, marido de doña Aldonza Coronel, y Garcí Laso Carrillo, esposo de María de Hinestrosa, otra de las queridas de D. Pedro. Por un favor especial estos dos últimos debian recobrar el goce de sus bienes confiscados, á escepcion, sin embargo, de sus fortalezas, que eran devueltas á la corona. Un plazo de seis semanas fue fijado para la restitution de los bienes secuestrados á los comprendidos en la amnistia, y la inejecucion de esta cláusula debia arrastrar consigo el entredicho sobre la diócesis en que estos bienes estuviesen situados, ó la ex-comunion de todo el reino si su valor pasaba de cien mil maravedis.

Notese que D. Tello y D. Sancho, hermanos del rey, eran admitidos á gozar de los beneficios de la amnistia, por mas que hubiesen acompañado á D. Enrique en su incursion á Castilla. Al primero, sin embargo, se le declaraba decaído de sus pretensiones sobre el señorío de Vizcaya y sobre los otros dominios de su mujer doña Juana de Lara.

El asilo que el rey de Aragon concedia á los once personajes exceptuados de la amnistia era considerado como una disposicion temporal; porque los dos reyes se comprometieron para en lo sucesivo no recibir en sus

estados á ningun vasallo rebelde. Esto era renovar la convencion de Atienza, tan mal observada como hemos podido advertir.

Arbitro y signatario del tratado, el cardenal pronunció la anulacion de las sentencias dictadas precedentemente por D. Pedro contra los proscriptos ahora amnistiados, y al mismo tiempo la revocacion de la que el cardenal Guillermo habia lanzado contra el rey de Castilla, ex-comulgándolo y poniendo á su reino en entredicho. En la fórmula bastante vaga empleada por el cardenal Guy de Bolonia; en el cuidado que puso en asimilar y confundir en cierto modo la sentencia de su antecesor y el decreto del rey de Castilla, y en fin, en la afectacion que empleó en evitar los términos formales de *entredicho* y de *ex-comunion*, parece que la Santa Sede no aprobaba del todo el juicio del Legado Guillermo, ó que experimentaba alguna vergüenza en recordar el uso impotente que habia hecho de sus armas espirituales. Sin embargo, las palabras de ex-comunion y de entredicho aparecian en las cláusulas penales, y el cardenal tuvo el cuidado de añadir que solo él tendria el poder de reconciliar con la iglesia al príncipe que se hiciera culpable de una infraccion del presente tratado. A la pena religiosa tuvo la advertencia de añadir una multa de cien mil marcos de oro, mitad para el tesoro apostólico y la otra mitad para la parte fiel á sus compromisos.

Ambos reyes prestaron juramento en manos del legado de observar fielmente los anteriores convenios, y con ellos muchos ricos-homes; y algunos comunes, representados por sus procuradores, repitieron el juramento y pusieron sus sellos en las copias cambiadas por las cancelerias aragonesa y castellana. Esta intervencion de los comunes en un acto diplomático demuestra el poder de

la clase media en esta época y la parte considerable que le daban los reyes en los negocios políticos.

Pero juramentos y sellos no bastaban para asegurar la ejecucion de un tratado; era preciso por ambas partes dar rehenes y entregar castillos en manos de un tercero, y se convino que los rehenes permaneciesen durante cuatro meses en poder del rey de Navarra, autorizado para entregarlos a la parte perjudicada por una infraccion á las precedentes estipulaciones. En cuanto á los castillos debian ser puestos á disposicion del cardenal legado, investido del poder de nombrar sus gobernadores y de recibir su juramento y su acta de homenaje.

En vano buscaremos en el estenso documento que acabo de analizar algun artículo que se refiera al insulto hecho al pabellon de Castilla por el almirante Perellós; y parece que este ultraje, causa de una guerra encarnizada, estaba completamente olvidado. D. Pedro no pidió ni recibió ninguna satisfaccion, y los documentos históricos que he consultado solo recuerdan este suceso por una reclamacion de los negociantes catalanes, cuyas mercancías fueron confiscadas en represalias del atentado cometido por Perellós. Esta reclamacion fue desechada perentoriamente (1).

El tratado de paz pronto fue seguido de otro de alianza ofensiva y defensiva entre los dos monarcas, poco antes enemigos, por mas que estuviesen pendientes negociaciones delicadas y necesariamente de larga duracion con respecto á los límites de las fronteras y al cange de prisioneros. Cada cual prometió á su nuevo aliado ser *amigo*

(1) «Arch. gen. de Aragon.» Instrucciones á los embajadores aragoneses enviados á Castilla, el conde de Osuna, el vizconde de Rocafort, Gilberto de Centelles y Micer B. de Palou.

de sus amigos y enemigo de sus enemigos, y juraron además ayudarse en sus guerras con una escuadra de seis galeras armadas y pagadas por cuatro meses (1).

Animado por el feliz éxito de su empresa y viendo al rey de Castilla ocupado de su expedición contra los moros de Granada, el cardenal legado creyó la ocasión favorable para hacer un acto de autoridad y para juzgar, en virtud de los poderes que tenía de la Santa-Silla, las diferencias que existían entre D. Pedro y los príncipes de su familia. El tratado de paz entre Castilla y Aragón exceptuaba de la amnistia al infante D. Fernando, al conde de Trastámara y á algunos emigrados adictos á su fortuna, todos declarados reos de alta traición por una sentencia del rey. Este decreto era el que quería revisar el legado, y el momento estaba bien escogido para no temer ninguna contradicción. Por otra parte el legado tuvo la advertencia de establecer su tribunal en una corte neutral, en Pamplona, al lado del rey de Navarra, y su juicio podía pasar por imparcial dictado lejos de las partes interesadas y del príncipe que se había hecho su protector. El 18 de agosto de 1361 rompió solemnemente el cardenal la sentencia del rey de Castilla y rehabilitó á los dos príncipes, del mismo modo que á dos de sus servidores proscritos con ellos, Pero y Gomez Carrillo. Los motivos de esta sentencia deben ser referidos aquí, como que hacen conocer los principios del derecho feudal de esta época.

(1) El rey de Castilla declara que no ayudará al rey de Aragón en caso de guerra contra el de Portugal, y «viceversa,» el rey de Aragón no le dará socorros en caso de hostilidades contra la Sicilia. Este tratado fue publicado en Deza el 18 de mayo por D. Pedro, y el 22 en Calatayud por Pedro IV. «Arch. gen. de Aragón.»

La sentencia del rey de Castilla, dice el legado, en su considerando, ha sido dictada malamente: en primer lugar porque los señores declarados culpables de felonía se habían desnaturalizado de antemano por un acto solemne, según costumbre de España; porque habían elegido domicilio en los dominios del rey de Aragon, y porque eran notoriamente vasallos de este príncipe en el momento de su condenacion. En segundo lugar porque no han sido oídos sobre el hecho de rebelion que se les imputaba por su conducta cuando los sucesos de Toro en 1355, y en equidad no se puede dictar una condenacion contra acusados que no han sido defendidos. En tercer lugar porque habían sido amnistiados cuando la pacificacion del reino en 1356 por un acto auténtico, del cual pendia el sello del monarca, y porque la sentencia de traicion habia sido dictada en una época en que, habiendo incurrido don Pedro en la ex-comunion del cardenal Guillermo, se encontraba en un caso de incapacidad legal (4).

Por lo demas el juicio del legado no contenia ninguna cláusula para obligar á D. Pedro á devolver sus bienes á los proscriptos y á revocar su propia sentencia; nada cambiaba en los artículos del tratado que obligaban al infante y al conde de Trastamara á vivir lejos de las fronteras de Castilla, y todo se limitaba á una especie de reprobacion contra el rey, puesto que nada usurpaba á su autoridad real. Si este artículo fue notificado á D. Pedro nada se inquietó por ello, y el rey de Aragon, que ciertamente recibió una copia, continuó demostrando á su nuevo aliado el mayor deseo de consolidar la buena inteligencia entre sus dos coronas. Los artículos relativos á los persona-

(4) «Arch. gen. de Aragon.»

jes esceptuados de la amnistia fueron en efecto los primeros y mas fielmente cumplidos. El infante D. Fernando fue despojado de su oficio de *procurador general* y obligado á residir en Cataluña, y D. Enrique habia salido de España para volver en Francia á su antigua vida de aventurero, ofreciendo su lanza á quien le diese un salario y pillándolo todo siempre que su tropa de desterrados se encontraba con fuerza (1). Por último, el cange de los prisioneros se llevó á cabo con alguna lentitud, pero con arreglo á la letra de las convenciones, lo cual era obtener demasiada obediencia de gentes de guerra, acostumbradas á mirar á sus prisioneros, sobre todo á los moros y judios, como una propiedad, de la cual podian hacer un género de comercio.

II.

La historia no debe limitarse á la relacion de los sucesos politicos, y si estenderse á registrar los hechos que hacen conocer las costumbres y el carácter de los hombres de otro tiempo. Antes de relatar las consecuencias de la paz con Aragon referiré, segun Ayala, una anécdota notable, que dará una idea de lo que entonces era la justicia en España: anécdota singularmente contraria á las ideas romancescas que en general se tienen de la lealtad que presidia á los combates judiciales, y que ademas contiene una acusacion grave contra D. Pedro sobre un punto de su carácter, libre hasta entonces de todo cargo: sus sentimientos de caballero.

Estando el rey en Sevilla, poco despues de la muerte de

(1) Dom Vaissette. «Hist. du Languedoc.»

Gutier Fernandez, *dió campo*; es decir, autorizó un duelo á su presencia entre cuatro caballeros. Eran los demandantes dos escuderos leoneses, Lope Nuñez de Carvalledo y Martin de Losada, que acusaban de traicion á dos hermanos escuderos de Galicia, llamados Arias y Vasco de Baamonte. Decíase que esta provocacion era causada á instigacion del rey, y que el único crimen de los sostenedores era su lejano parentesco con Gutier Fernandez. Habiendo entrado en la liza los cuatro campeones con el camarero del rey, Martín Lopez, que desempeñaba las funciones de mariscal de campo, se vió á Lope Nuñez echar pie á tierra y correr por la arena como si buscase alguna cosa. Segun las leyes del duelo los combatientes podian servirse de todas las ventajas que se presentaran á su vista sobre el terreno, como por ejemplo, reunir piedras si las encontraban y lanzarlas contra el enemigo. Por una interpretacion judáica de este convenio, si se hallasen *fortuitamente* armas en el lugar del duelo podian ser añadidas á las que los campeones llevaban á la lid; pero ordinariamente se encontraban en un recinto enarenado y recorrido de antemano por el juez que presidia el combate, que debia asegurarse de que solo ofrecia ventajas ó desventajas iguales para las dos partes; era tambien su deber vigilar que ninguno de los espectadores fuese en socorro de los lidiadores, para cuyo efecto entraba con ellos en la arena. Pero esta vez no fue dudosa la parcialidad del mariscal, pues pareciendo que solo él comprendia la accion de Lope Nuñez, aun inesplicable para los concurrentes, caracoleaba en la liza, y cada vez que pasaba por cierto sitio golpeaba en tierra con un largo baston que tenia en la mano. No se escapó á Lope Nuñez; apartando la arena con las manos sacó cuatro javalinas, evidentemente enterradas á intento, y las lanzó desde le-

jos contra el caballo de Arias Baamonte. El animal, herido y furioso por el dolor, llevó al jinete fuera de las barreras; y como abandonar la liza, aun por caso fortuito, era ser vencido (1), los alguaciles se apoderaron de Arias, lo entregaron al verdugo, como declarado traidor por el juicio de Dios, y lo mataron sobre la plaza. Vasco de Baamonte permanecía entre tanto en la liza y se defendía heroicamente contra sus dos adversarios, que lo atacaban uno á caballo y el otro á pie. Adelantándose entonces hacia el estrado del rey, exclamó: «Señor, ¿qué justicia es esta?» El rey no respondió, y alzando Vasco la voz añadió: «Caballeros de Castilla y de Leon, ¿no os ruborizais de lo que pasa hoy aquí á los ojos del rey nuestro señor? ¿Qué! en un campo que él da, ¿se encuentran armas ocultas para matar á los que vienen aquí á defender su honradez y su noble sangre?» Y continuando batiéndose á la desesperada, dió tanto que hacer á sus dos enemigos, que estimando el rey su valor y avergonzado un poco tarde del papel que representaba ordenó separar á los campeones y los declaró prohombres á los tres. Así terminó este duelo que la opinion pública juzgó desleal, pero si la parcialidad del rey por los demandantes estuvo manifiesta, no es cierto que fuese cómplice en la traicion, y aun debe advertirse sobre este punto una variante notable en los manuscritos de Ayala. En los mas modernos se lee que las cuatro javalinas habian sido ocultas en la arena por orden del rey; mientras que este hecho se omite en los manuscritos mas antiguos, y por lo mismo es permitido creer en la interpolacion de algun copista malévolo.

(1) Véase en el «Romancero del Cid» el duelo de los hijos de Arias Gonzalo contra Diego Ordoñez.

Por las circunstancias del duelo que acabo de referir se comprende muy bien que Froissart, admirador entusiasta de los caballeros de Francia y de Inglaterra, trate de bárbaros en ciertos lugares de sus admirables crónicas á los caballeros del resto de Europa, y sobre todo á los españoles. Es probable que en esta época ninguna lid de Francia ó de Inglaterra hubiera presentado un espectáculo semejante al combate de Sevilla, y otro hecho del mismo género que siguió de cerca al precedente demuestra que se curaban poco en Castilla de esa lealtad caballeresca que, pretendiendo igualar las fuerzas de los campeones en los duelos judiciales, quitaba á estas absurdas pruebas alguna cosa de su atrocidad. El mismo año permitió don Pedro el combate en campo cerrado entre dos habitantes de Zamora, uno de ellos en la fuerza de la edad, llamado Pero de Mera, que acusaba de traición á un cierto Juan Fernandez, apellidado el Doctor, anciano septagenario y lleno de achaques. Ambos estaban á caballo; pero el Doctor no tenía espuelas, y no pudiendo dirigir su montura pretendió combatir á pie; mas se dejó caer al bajar del caballo, y estando en tierra inmóvil bajo el peso de su armadura llegó su adversario y lo degolló impiamente (1). Tales eran las costumbres de la edad media, cuando el barniz brillante del honor caballeresco no disfracaba á la barbarie.

(1) Ayala.

XV.

Guerra contra Granada.—1361—1362.

El usurpador de Granada, Abou-Said, no había ejercido ningún acto de hostilidad contra Castilla, y aun se apresuró, tan pronto como supo el acomodo entre el rey de Aragón y D. Pedro, á escribir á este último protestándole sus intenciones pacíficas y ofreciéndole el tributo que el desposeído Mohamed pagaba. Pero estas muestras de sumisión no pudieron calmar el resentimiento de D. Pedro, que volvió á Sevilla respirando guerra, pues no perdonaba al moro su alianza, ó mas bien sus negociaciones para una alianza con el aragonés. Por otra parte, segun el derecho de la edad media, en su cualidad de soberano debia socorro y protección á Mohamed como á vasallo suyo, y no le faltaban pretextos para atacar al usurpador. Retirado Mo-

hamed en Ronda, pequeño principado independiente de Granada, y anejo al reino africano de los Beni-Merin, tenía algunas tropas en campaña, y D. Pedro le prestó dinero con la promesa de un ejército: los cristianos y los moros, fieles al rey legítimo, debían obrar de concierto contra Abou-Sáid, conviniéndose en que las plazas que se rindiesen al rey de Castilla serían incorporadas á su corona, y que las que abriesen sus puertas á su antiguo amo pertenecerían á Mohamed. De este modo socorriendo á su aliado D. Pedro iba realmente á quitarle una parte de sus estados (1).

Al principio de la campaña obtuvieron algunos triunfos las armas castellanas. A la cabeza de las milicias andaluzas y de un gran número de voluntarios se apoderó el rey de muchos castillos y desbarató á los granadinos en dos encuentros; ventajas que sirvieron mal á la causa de Mohamed, porque la proteccion que le daban los cristianos lo hacia mas odioso á los musulmanes. Contra sus esperanzas ninguna defeccion tuvo lugar en su favor, y el único fruto que sacaba de su alianza era ver á sus súbditos llevados como esclavos, saqueadas sus ciudades, y sus mezquitas convertidas en iglesias. D. Pedro combatia unicamente por sus propios intereses. No entraré en los fatigosos detalles de esas cortas é incesantes incursiones que se llamaban entonces una guerra, tan diferentes de esas grandes operaciones combinadas por la ciencia estratégica que deciden la suerte de los imperios. Sin embargo, no debo dejar de referir un hecho que prueba la perseve-

(1) Ayala.—Segun los historiadores árabes no quiso Mohamed tomar parte por si mismo en esta guerra, y permaneció en la inaccion en Ronda esperando que el arrepentimiento de sus súbditos le devolviese la corona.—Conde. «Hist. de los Arabes.»

rancia inflexible de D. Pedro en sustituir sistemáticamente y en todas ocasiones la ley arbitraria de su despotismo á la licencia feudal. Hasta entonces los esclavos hechos en la guerra se convertían en propiedad del señor que los habia ganado por medio de sus armas ó por las de sus vasallos, y el rey quiso que en adelante le fuesen entregados todos los cautivos, tal vez con la intencion de devolverlos á Mohamed. Verdad es que D. Pedro prometió pagarlos segun una tarifa que fijó; pero por falta de sus tesoreros ó por la suya jamás fue pagado exactamente su rescate; de aquí quejas amargas y un vivo descontento entre la nobleza, acostumbrada á mirar la guerra como un oficio lucrativo.

Un reves inesperado sucedió á las correrías casi siempre felices de los castellanos. Diego de Padilla, maestre de Calatrava, y Enrique Enriquez, adelantado de la frontera, habian emprendido á principios del año 1362 una escursión por la parte de Guadix. Mandaban cerca de mil ginetes y dos mil peones; pero los soldados marchaban de mala gana á esta expedición, porque sabían que el provecho seria únicamente para el rey y porque eran desfavorables los augurios. En esta época de ignorancia y de credulidad los hombres que hacían el oficio de guías en estas guerras de sorpresas y de pillajes pasaban por hechiceros, y sobre todo en la Andalucía, provincia infectada de supersticiones musulmanas. Rara vez los *adalides*, que así se les llamaba, se ponían en camino sin haber antes sacado presagios. El vuelo de los pájaros, el encuentro de ciertos animales salvajes y alguna ceremonia mágica les indicaban á qué parte era preciso dirigirse y cuál seria el éxito de la empresa. Aunque condenados por la iglesia y despreciados por un corto número de gentes ilustradas, no por eso eran menos seguidos y respetados por el vul-

go, y los soldados se creían ya batidos cuando el *adalia* no prometía la victoria (4).

Llegados á vista de Guadix y no encontrando los cristianos ningun enemigo en campaña se dividieron en dos cuerpos, uno de los cuales permaneció no lejos de la ciudad, formado en batalla á orillas de un riachuelo, y el otro se encaminó hácia Alhama. Los moros tenían conocimiento de la expedicion y se habian preparado á recibirla estendiendo por todas partes la alarma: seiscientos caballeros granadinos y cuatro mil hombres de á pie habian llegado secretamente á Guadix para reforzar las milicias de la ciudad y de los contornos; y cuando se perdió de vista el destacamento enviado á Alhama los moros atacaron al maestro de Calatrava y á Enriquez, presentando al principio solo una parte de sus fuerzas. Las orillas del rio, cubiertas de espadañas y de arbustos, no permitian que los cristianos apercibiesen las bandas numerosas que salian de Guadix. Habia entre los dos ejércitos un puente con un arco muy elevado, segun el uso árabe, y allí comenzó la accion. Los ginetes granadinos pasaron el puente; pero fueron rechazados con vigor; y cerca de doscientos caballeros castellanos que los habian seguido al alcance muy de cerca cayeron en medio de la infanteria de la ciudad y fueron rechazados á su vez. Uniéronse á la entrada del puente y se mantuvieron firmes algun tiempo pidiendo socorros; mas Padilla y Enriquez, sin haber reconocido el número de los enemigos, tuvieron la imprudencia de abandonar el puente, persuadidos de que fácilmente arrojarían en el rio á los moros que se aventurasen á vadearlo de-

(4) Ayala condena esta supersticion: «lo qual daña mucho en tales fechos desde que los homes toman rescelo e miedo en las voluntades».

lante de ellos. El objeto de esta maniobra no fue comprendido por sus soldados de á pie, que viendo á los moros dueños del puente creyeron que todo estaba perdido; se desbandaron y tomaron la fuga, cuyo ejemplo siguió muy pronto una parte de los ginetes. Los caballeros de Calatrava pretendieron cubrir la retirada mientras que el enemigo se entretenia en saquear los bagajes; pero eran en demasiado corto número para luchar con la multitud siempre creciente de los vencedores; vino la noche, impidiendo que los cristianos reconociesen á sus jefes, y quitando á los débiles el sentimiento de la vergüenza hizo del todo imposible la reunion de los dispersos. Herido en un brazo Padilla en el desórden de un combate nocturno fue cogido con ocho de sus mas esforzados caballeros, y Enriquez consiguió ganar la frontera con los restos de su pequeño ejército (1).

Esta victoria inesperada asustó mas bien que reanimó las esperanzas de Abou-Saïd, pues preveia que irritado D. Pedro por este reves redoblaría sus esfuerzos para alcanzar la venganza. Sabia ademas que el ruido de una guerra contra los moros atraia á Castilla un grueso número de aventureros de todos los paises vecinos, y por tanto que no era solo con D. Pedro, sino con toda la cristiandad, con quien tenia que habérselas. La tregua entre la Francia y la Inglaterra dejaba en la ociosidad una multitud de caballeros para quienes la guerra era una pasion tanto como un oficio: corrian á una nueva cruzada arrastrados por el gusto de las aventuras y el deseo de *hacer armas*, móvil tal vez mas poderoso entonces que el celo reli-

(1) Ayala.—Rades. «Chron. de Calatrava.»—Suarez. «Hist. de Guadix.»

gioso. Véíase llegar del otro lado del Pirineo á un conde de Armagnac con numerosa comitiva, y de Guyena una compañía inglesa conducida por sir Hugo de Calverly (1), destinado á representar mas tarde un gran papel en las discordias intestinas de Castilla. El rey de Aragon, en fin, siempre dispuesto á sacrificar á sus aliados, enviaba cuatrocientas lanzas para combatir al desgraciado Abou-Saïd, á quien poco antes escitaba contra el castellano; pero Pedro IV no se habia decidido á enviar estas tropas auxiliares antes de muchas lentitudes y de largas tergiversaciones. Primero habia permanecido sordo á las intimaciones del rey de Castilla, que le recordaba sus nuevos compromisos; y apremiado á esplicarse se escusó con una enfermedad que no le habia permitido ocuparse de negocios y con la ausencia de su almirante, encargado de conducir al legado con dos galeras que debian estar detenidas por espacio de veinte dias entre Barcelona y Aviñon; mas por otro lado no cesaba de protestar de su fidelidad y de prometer su contingente; y al mismo tiempo que anunciaba á D. Pedro el pronto envio de una escuadra para combatir á los moros se esforzaba por justificarse con Abou-Saïd, dándole seguridades de su neutralidad. Un bravo caballero aragonés, Pedro de Exerica, arrastrado por el entusiasmo religioso ó por el amor á la gloria, acababa de salir de Valencia con una tropa de voluntarios para combatir con la bandera de Castilla: Pedro IV se apresuró á desaprobar el hecho diciendo que no era dueño de impedir á sus vasallos que hiciesen la guerra por su propia cuenta; pero que en cuanto á él

(1) Creo que esta es la ortografia inglesa de su nombre. En los manuscritos de Ayala está escrito «Caurely» ó «Cárbolay», y «Calvirley» en los registros de los archivos de Aragon.

tenia tomada su determinacion de no intervenir (1). Este doble lenguaje duró mientras que la situacion de Abou-Saïd no fue desesperada, pues entonces levantó la máscara é hizo marchar á Bernal de Cabrera y á Pedro de Luna con un fuerte destacamento para dar el golpe de gracia al vencido.

Tal vez hubiera prolongado su resistencia el usurpador si hubiese estado sostenido por el amor de su pueblo; pero afeminados los granadinos no sabian mas que murmurar, y le acusaban de haber atraído sobre su país una tempestad que no estaba en estado de conjurar, echando de menos en voz alta al rey Mohamed y la feliz tranquilidad de su reinado. Tambien mas allá del Estrecho se alarmaban los principes de Africa de los continuos progresos de los cristianos; mas como eran impotentes para oponerse á ellos maldecian la funesta ambicion de Abou-Saïd, que tal vez iba á hacer que el islamismo perdiese su último baluarte en España.

II.

Aborrecido de sus súbditos; abandonado de todos sus aliados, y desesperando poder continuar la guerra, Abou-Saïd no vió mas que un medio para desarmar á D. Pedro. «Besa la mano que no puedas cortar,» dice un proverbio árabe, y lo tomó por guía. Acogiéndolo á Padilla prisionero, no como á un enemigo vencido, sino como á un mediador que el cielo le enviaba, lo trató con las mayores consideraciones, le declaró que estaba libre lo mismo que todos sus compañeros, y acabó por conjurarle á que inter-

(1) Zurita.

cediese en su favor. Ganado por sus caricias y seducido tal vez por sus presentes el maestro de Calatrava le prometió defender su causa ante D. Pedro; pero advirtiéndole que el mejor medio de obtener su gracia era la sumisión mas pronta y mas completa. Se dice que conmovido por el buen proceder del moro le juró, según el uso del tiempo, ser en lo sucesivo *su amigo y su hermano* (1), y que, abusando él mismo de su influencia, salió garante de obligar al rey á que retirase su protección á Mohamed. Sea lo que fuere pocos dias después de su derrota salió Padilla de Granada con los otros prisioneros cristianos, despedidos sin rescate como él, y marchó á Sevilla publicando la generosidad del moro y su vivo deseo de obtener la paz.

D. Pedro no perdonaba fácilmente una derrota, y recibió á Padilla con frialdad, probándole pronto que solo los lazos de la sangre le impedían castigarlo. Poco después fue condenado á muerte un escudero, llamado Delgadillo, por haber entregado un torreón mal fortificado (2): la guerra continuó, y el mismo rey dirigió muchas escursiones en el reino de Granada.

Después de una de estas, cediendo quizás Abou-Saïd á los consejos de Padilla, á quien creía poderoso en la corte de D. Pedro, se determinó á ir por sí mismo á implorar la clemencia del rey y á merecerla por todas las humillaciones. Reuniendo sus tesoros salió en secreto de Granada, seguido únicamente de cuatrocientos ó quinientos caballos, y se presentó en las avanzadas castellanas. Anunciaba que venia á demandar gracia al rey, y pidió

(1) Rades. Crón. de Calatrava.

(2) Ayala.

que lo condujeran á su presencia. D. Pedro estaba en Sevilla, y recibió al príncipe musulman sentado en su trono, con todo el aparato de su poder, rodeado de su corte y de los jefes de su ejército.

«Señor, dijo el intérprete de Abou-Saïd: mi amo sabe que los reyes de Granada son vasallos y tributarios de los reyes de Castilla, y delante de su soberano trae mi señor su querella contra Mohamed, que se dice rey de Granada. A ti corresponde juzgar entre ellos. El objeto de su querella es que mal tratados los moros por ese Mohamed han elegido por su señor á Abou-Saïd, venido de reyes por su nacimiento, y por sus virtudes digno de serlo. Entre él y Mohamed solo no sería dudoso el debate; pero, ¿y los medios para resistir á tu poder? Además esto sería faltar á los deberes de vasallo. Por eso, señor, comparece mi amo delante de tí y se remite á tu justicia, persuadido de que tu sentencia hará ver la magnanimidad y la grandeza de tu corona.» Durante este discurso un viejo moro de barba blanca, llamado Edris, que pasaba por el mejor consejero de Abou-Saïd, tenía los ojos fijos en don Pedro y pretendía leer en su rostro la suerte que reservaba al vencido. Apenas hubo terminado el intérprete dijo Edris: «Seguramente que la sentencia del rey de Castilla hará brillar su clemencia y su equidad; mas si contra toda apariencia fuese favorable á Mohamed, mi amo Abou-Saïd espera obtener para sí y para su comitiva el permiso de pasar la mar para vivir en Africa en una condicion privada.»

D. Pedro respondió con la gravedad de un juez que Abou-Saïd había obrado sábiamente en someterse á su decision; que examinaria los titulos de los dos pretendientes, y que pronunciaria entre ellos conforme á justicia. A estas palabras se inclinaron todos los moros hasta el suelo y esclama-

maron en árabe: «¡Señor, que Dios te conserve! Estamos llenos de confianza en tu grande sabiduría y nos recomendamos á tu merced.» Después de esta corta audiencia Abou-Saïd con su comitiva fue conducido á la Judería de Sevilla, donde le habian preparado alojamiento. Estaba lleno de esperanzas; creia haber desarmado la cólera de D. Pedro y contaba con los tesoros que habia llevado para ganarse el favor de los grandes de la corte y aun el del mismo monarca.

Algunos dias despues Abou-Saïd y los principales emires granadinos fueron convidados á una comida de ceremonia en casa del maestre de Santiago. Aun estaban en la mesa cuando vieron entrar en la sala á la cabeza de los ballesteros de la guardia á Martin Lopez, camarero del rey y ejecutor ordinario de sus mas rigurosas órdenes. Pren- dió al rey moro y á los principales de sus consejeros, y al mismo tiempo se aseguraron en la Judería de los de su se- quito y se apoderaron de sus bagajes. Todos juntos fue- ron conducidos á la *Tarazana* despues de haberlos despo- jado de las magnificas pedrerías de que se adornaban ó que habian ocultado en sus vestidos, y confundidos en su calabozo esperaron dos dias la sentencia del rey. Pasados estos fueron á buscar al infeliz Abou-Saïd y lo revistie- ron por irrisión con una túnica encarnada. Montado en un asno y seguido de treinta y siete de sus emires fue llevado fuera de la ciudad, detras del alcázar, á un campo llama- do Tablada, que servia para los ejercicios militares. Allí fueron atados á unas estacas y gritó el pregonero: «Esta justicia manda hacer nuestro señor el rey con estos trai- dores que hicieron morir al rey Ismael, su señor.» Luego los hombres de armas, y aun los caballeros castellanos, ca- racoleando alrededor de los presos como en una justa de cañas los tomaron por blanco de sus dardos y los mataron

á todos. Se dice que el mismo D. Pedro arrojó la primera lanza contra Abou-Saïd, diciéndole: «¡Toma esto por cuanto me hicistes hacer mal tratado con el rey de Aragon y perder el castillo de Ariza!» Viéndose herido el rey moro respondió: «¡Oh qué pequeña caballeria hicistes!» Y espiró en seguida acribillado de dardos (1). Las cabezas de Abou-Saïd y de sus compañeros fueron llevadas á Mohamed como su regalo de investidura.

Ayala atribuye la muerte de Abou-Saïd á la avaricia de D. Pedro, inflamado á la vista de las ricas pedrerías que el príncipe musulman llevaba á Sevilla; pero estos rubies y estas perlas, de las cuales hace una exacta descripcion nuestro cronista, venia el moro á ofrecerlas á su juez, y por mas codicioso que quiera representarse al rey no tenia necesidad de derramar sangre para apoderarse de ellas. Sin duda habia aceptado seriamente el papel de juez entre los dos pretendientes al trono de Granada; soberano de Mohamed castigaba al usurpador del feudo de su vasallo; y por mas cruel que fuese el castigo ejercia un derecho reconocido por entrambos principes. La rebelion y la traicion de Abou-Saïd eran cosas averiguadas y quizás merecia su suerte; pero su valor y noble confianza debieron desarmar el rigor de su juez. D. Pedro recordaba con una especie de alegría feroz que el *rey Berméjo*, tal era el sobrenombre que los castellanos daban á Abou-Saïd, habia olvidado solicitar un salvo-conduto en regla antes de presentarse en su tribunal. De este modo, interpretando á su gusto el derecho de gentes, se valia de la omision de una formalidad para deshacerse de un enemigo demasiado confiado. En mi concepto dos causas decidieron la muerte

(1) Ayala.—Conde.

de Abou-Sáid: la primera la proclamaba el rey al herirle con su dardo; pues no le perdonaba la inquietud que habia sentido un momento ni el tratado que acababa de firmar con Aragon: la segunda era un cálculo político, porque repuesto Mohamed en el trono y debiéndolo todo á D. Pedro seria un aliado adicto, ó mas bien un esclavo fiel, cuya docilidad jamás faltaria. Los sucesos probaron que no se habia engañado.

III.

Para no interrumpir la relacion de los sucesos que pusieron fin á la guerra de Granada he diferido hasta ahora referir un crimen atribuido á D. Pedro y que ha dejado en su memoria la mancha mas odiosa.

Poco despues de la paz entre Castilla y Aragon, á mediados del año 1361, murió Blanca de Borbon en el castillo de Jerez (1), donde hacia muchos años que estaba cautiva: solo tenia veinte y cinco de edad, y habia pasado diez en prision. Todos los autores modernos, de acuerdo con las crónicas contemporáneas, imputan á D. Pedro su muerte, y algunos añaden que al ordenarla cedió á las instigaciones de su querida. Mas esplicito Ayala, y de mas grave autoridad que los otros, nombra á los ejecutores del asesinato y refiere algunas de sus circunstancias: segun su relacion el rey encomendó el crimen á Íñigo Ortiz de Estúñiga, castellano de Jerez; y un tal Alfonso Mar-

(1) La «Vulgar» de Ayala dice Medina-Sidonia, y muchos manuscritos Medina de la Frontera. Jerez se designa por algunos autores con el nombre árabe de Medina, y tal vez provenga de aqui la confusion de los dos nombres. El sepulcro de Blanca existia antes en Jerez de la Frontera.

tinez de Urueña, servidor del médico del rey, se encargó de la ejecución dando á Blanca un brebaje envenenado. Habiendo declarado Ortiz, como buen caballero que era, que mientras él mandase en el castillo no consentiría que se atentase contra la vida de su soberana, fue reemplazado por Juan Perez de Rebolledo, simple balletero de la guardia, y entregada á este miserable murió la reina muy pronto. Tal es la version de Ayala, repetida despues por la mayor parte de los historiadores españoles, y contra la cual no se podria invocar un testimonio contemporáneo (4).

Las desgracias de la jóven reina, su dulzura y su piedad escitaron á su muerte el interes general. Víctima predestinada, no conocía de la España mas que sus prisiones, donde tan largo tiempo habia desfallecido abandonada de todos, olvidada por su familia y por esa nobleza caballesca que por un momento hizo de su nombre un grito de alianza contra la autoridad del rey. Su muerte fue imputada á D. Pedro y debia serlo; pero la asercion de Ayala, por mas imponente que parezca á primera vista, se reduce, si se pesa con imparcialidad, á la opinion comun de sus contemporáneos. El humor sanguinario de D. Pedro autorizaba demasiado la suposicion de un nuevo asesinato; pero en mi concepto una consideracion grave debe suspender, sin embargo, el juicio de la historia. Por mas crueldad que se le atribuya es imposible negar que las sangrientas ejecuciones que ordenó siempre le fueron dictadas por la pasion de la venganza despues de graves ultrajes, ó por una politica proseguida sistemáticamente con el objeto unico de humillar á los grandes vasallos. Contra

(4) Ayala.—«Romances del rey D. Pedro.»

la desgraciada Blanca no tenía venganza que ejercer; y en el abandono en que yacía despues de tantos años, ¿qué interes político podia aconsejar su muerte? ¿Se atribuirá á celos de María de Padilla? Reina de hecho, ¿qué tenía que esperar del asesinato de su rival? Poner publicamente una corona sobre su cabeza, se responderá sin duda. ¿Pero cómo explicar entonces que hubiese esperado tanto tiempo para consumar un crimen que satisfacía toda su ambición? Recordemos que sus mismos enemigos no han podido menos de ponderar su dulzura: como favorita jamás se le echó en cara haber abusado de su ascendiente para hacer mal; muchas veces consiguió calmar los trasportes furiosos de su amante, y no se cita un solo rasgo de su venganza contra las rivales efímeras que le dió muchas veces la inconstancia de D. Pedro.

El momento de la muerte de Blanca es el que parece mas inútil para el déspota que la ordenara. Entonces estaba su poder demasiado firme y su nombre demasiado completamente olvidado para que se convirtiese en la señal de una revuelta: la paz con Aragon y la retirada del conde de Trastámara alejaban toda inquietud; y las mismas reclamaciones del soberano pontífice habian cesado mucho tiempo antes. Cuando el mundo entero se olvidaba de Blanca, ¿por qué cortar violentamente una vida oscura que se extinguía en una fortaleza?

Una hipótesis se presenta especiosa á primera vista, que explicaría el interes de D. Pedro en hacer morir á la inocente víctima. Es cierto que despues de la paz con Aragon se trató de completar por medio de un matrimonio la alianza de las dos coronas. Entabláronse negociaciones á este efecto, y se propuso primero la union de don Pedro con una infanta de Aragon y despues la del hijo de D. Pedro y de María de Padilla, niño entonces de diez y

ocho meses, con una hija de Pedro IV. No estando fijada por la historia con una precision rigurosa la fecha de estas proposiciones se tienen intenciones de colocarla inmediatamente despues de la muerte de Blanca, y entonces podria suponerse que D. Pedro comprase su libertad para casarse con la princesa de Aragon por medio de un horrendo crimen. Sin embargo, todo indica que el proyecto de matrimonio puesto en juego por el rey de Aragon siempre fue muy friamente acogido por D. Pedro, que jamás se reconcilió de corazon con este príncipe. La paz que acababa de firmar con disgusto no era á sus ojos mas que una tregua, de la cual queria aprovecharse para deshacerse de toda inquietud del lado de Granada; y la continuacion de los hechos probará que se habia propuesto abrir de nuevo la guerra cuando hallase ocasion favorable. Además, para que el rey recobrase su libertad era preciso, no solo que Blanca muriese, sino tambien Maria de Padilla con ella, tratada como reina por espacio de diez años y considerada por toda la corte como su esposa legitima. Y aunque la muerte de Maria siguiese muy de cerca á la de Blanca no sé que nadie hasta hoy haya tenido la opinion de imputarla á D. Pedro.

En resumen, si la vida de Blanca fue terminada por el veneno, seria este un crimen inútil, del cual se encontraria dificilmente otro ejemplo en la vida de D. Pedro; pero ¿por qué no creer que esta muerte fue natural? Por el mismo tiempo reapareció la peste negra en España y devastó la Andalucia. Y por otra parte: ¿no bastan diez años de cautiverio para explicar el fin prematuro de una pobre jóven, privada del aire natal, separada de su familia y acosada de humillaciones y de ultrajes? Mas sorprendente es que resistiera tanto tiempo á tantas desgracias, y por mas autoridad que á mis ojos tenga el testimonio de Aya-

la no puedo menos de creer que haya sido el eco de un rumor popular y que ha admitido demasiado fácilmente un crimen que, á mas de todo, estaba en la imposibilidad de probar. Mientras que la nobleza castellana olvidaba á la joven princesa, en otro tiempo su ídolo, la angelical dulzura y la piedad edificante de la cautiva habian inspirado al pueblo la mas viva compasion por sus desgracias. Viéndola sin cesar en oracion sus carceleros la miraban como una santa y la pintaban como tal á los habitantes de las cercanias (1). Un dia que el rey cazaba en los contornos de Jerez se le acercó un pastor con la familiaridad acostumbrada de los campesinos andaluces, y le dijo: «Señor, Dios me manda anunciaros que llegará un dia en que tendreis que dar cuenta del trato que dais á la reina Blanca; pero estad seguro de que si volvéis á ella, como es justo, os dará un hijo que heredará vuestro reino.» El primer pensamiento de D. Pedro fue que este hombre era un emisario de Blanca, y haciéndolo prender dió orden de que lo careasen con la prisionera. Encontráronla en su oratorio arrodillada delante de una imagen é ignorando completamente lo que pasaba fuera de los muros de su cárcel: fue probado que el pastor no la habia visto jamás, y que no hacia otra cosa que repetir con mas exalta-

(1) La inscripcion grabada sobre su sepulcro, aunque bastante tiempo despues de su muerte, confirma esta opinion de santidad.

CHRISTO. OPTIMO. MAXIMO. SACRUM
DIVA. BLANCA. HISPANIARUM. REGINA.
PATRE. BORBONEO. EX. INCLYTA. FRANCO-
RUM. REGEM. PROSAPIA. MORIBUS. ET-
CORPORE. VENUSTISSIMA. FUIT. SED. PRÆ
VALENTE. PELLICE. OCCUBVIT. IUSSU
PETRI. MARITI. CRUDELIS. ANNO SALUTIS.
MCCCLXI. ÆTATIS. VERO. SUE. XXV.

cion los discursos que oia expresar á todas las gentes del campo. Recuérdese que D. Pedro habia hecho quemar vivo á un avisador semejante; pero aquel era un sacerdote, y de gentes de su traje siempre esperaba el rey alguna traicion. Humanó para con los campesinos hizo poner al pastor en libertad (4).

Maria de Padilla no sobrevivió largo tiempo á la reina Blanca, y murió en Sevilla de una enfermedad repentina, tal vez por la epidemia que ejercia sus estragos al principio de la guerra contra Granada. El dolor del rey probó la sinceridad de su cariño: bizole funerales magnificos, y en todo el reino se celebraron exequias solemnes por el descanso de su alma con extraordinaria pompa. Maria fue sentida por el pueblo y por los grandes, porque siempre habia usado con moderacion de su alto favor, y muerta ya no tuvo un enemigo siquiera. Jamás se atribuyó á sus consejos ningun acto cruel, y si algunas veces probó su ascendiente sobre el ánimo de D. Pedro siempre fue para sacarlo de las violencias á que lo arrastraban sus implacables resentimientos. Entre todos los individuos de su familia Juan de Hínestrosa parece haber sido el único que obtuvo completamente la confianza de su amo, pues aunque tratado con el mayor favor Diego de Padilla jamás estuvo iniciado en sus proyectos. Recuérdese, por ejemplo, que ignoraba el lazo tendido á D. Fadrique, y que no fue advertido hasta el último momento del asesinato de Gutier Fernandez, de lo cual puede deducirse que el rey nunca fue dominado por los parientes de su querida. Es indudable que las importantes funciones de que se vieron revestidos fueron debidas al influjo de la favorita; pero

(4) Ayala.

no se mostraron indignos de ellas, y su nacimiento tambien les daba titulos para ejercerlas. Su elevacion no chocó con ninguna de las preocupaciones aristocráticas de la época.

XVI.

Renacimiento de la guerra contra Aragon.—1362—1363.

I.

La guerra contra los moros atrajo á Sevilla un gran número de caballeros y de ricos-homes ansiosos de tomar parte en esta especie de cruzada. Antes de despedirlos, despues que la muerte de Abou-Saïd y la restauracion de Mohamed hubieron restablecido la paz, tuvo el rey cortes generales en Sevilla, y en presencia de los tres brazos reunidos declaró que Blanca de Borbon no habia sido ni podido ser su esposa legítima, porque antes de la llegada de esta princesa ya habia contraído un matrimonio secreto con María de Padilla. Las turbulencias del reino le habian impedido, decia, hacerlo público, viéndose obligado á someterse á una farsa de matrimonio con Blanca. En apoyo de esta declaracion nombraba á los testigos que habian concurrido á la ceremonia religiosa de su verda-

dero enlace con María de Padilla, y eran Juan de Hines-trosa, Diego de Padilla, Alonso de Mayorga, canciller del sello privado, y Juan Perez de Orduña, su capellan.

Sabemos que el primero de estos testigos habia muerto; pero los otros tres, presentes en la asamblea, estendieron la mano sobre los Evangelios y atestiguaron que el rey decia la verdad. La legitimacion de los hijos de Maria de Padilla era la consecuencia natural de esta revelacion. D. Pedro presentó á las cortes á su hijo Alonso, que contaba entonces dos años; lo declaró heredero de su corona, y ordenó que en calidad de tal recibiese los juramentos de los ricos-homes y de los procuradores de las ciudades. Ya hacia algun tiempo que habian aprendido á obedecer en Castilla: ninguna reclamacion se hizo, y la ceremonia de la prestacion del juramento tuvo lugar en la forma y con la pompa acostumbrada. Un acompañamiento numeroso de damas y de caballeros fue despues á buscar el cuerpo de María de Padilla al monasterio de Astudillo (1), donde descansaba, y lo trasportó con el ceremonial usado en los funerales de las reinas á la capilla de los reyes de la iglesia de Santa Maria de Sevilla. No debo olvidar que el arzobispo de Toledo, primado del reino, predicó en esta ocasion delante de toda la corte, é hizo la apologia de la conducta del rey (2). Sucesor de Vasco Gutierrez, que habia muerto en el destierro, el nuevo arzobispo era buen cortesano, y se acomodaba á la mudanza de los tiempos. Aquella nobleza orgullosa, que diez años antes pretendia dominar á su soberano y registrar hasta los actos de su vida intima, diezmada ahora por el hacha del verdugo,

(1) Zúñiga.

(2) Ayala.

inclinaba la cabeza bajo el yugo y solo pensaba en desarmar á su inflexible vencedor por el servilismo de su obediencia.

No es fácil apreciar hoy la validez de la declaracion hecha por D. Pedro en las cortes de Sevilla: por una parte el juramento de los testigos pudo ser dictado por el interes ó por el temor; y el rey, que habia encontrado dos obispos para bendecir su union adúltera con Juana de Castro, no tendria falta de cortesanos ó de aduladores dispuestos á ser perjuros por agradarle. Tambien es sorprendente que esperase á la muerte de Blanca y aun á la de Maria de Padilla para hacer una confesion que la favorita y sus parientes tenian tanto interes en solicitar y que habia dejado de hacer peligrosa la sumision del reino; y por último, este acto notable, aconteciendo despues de la famosa rehabilitacion de Inés de Castro, hecha por el rey de Portugal, podrá tal vez parecer inspirado por un deseo de imitacion bastante natural. Cuando un déspota da un golpe de autoridad en sus estados incita en otro déspota deseos de hacer lo mismo. Tales son en resumen los motivos que pueden hacer sospechosa la realidad del matrimonio de D. Pedro con Maria de Padilla. Pero justo es tambien oponer á ellos otras presunciones no menos notables. Un testamento auténtico del rey, conservado original hasta nuestros dias, testamento escrito poco despues de la reunion de las cortes, repite en los términos mas precisos la declaracion hecha delante de esta asamblea. Trabajo cuesta tratar de falso un acto semejante, escrito en un momento solemne, y por decirlo así en presencia de la muerte; y necesario es añadir que el carácter de Juan de Hinestrosa, tal como la historia nos lo presenta, da alguna verosimilitud al matrimonio secreto de su sobrina con el rey. Repugna creer que el solo

caballero que no vaciló en seguir á su señor cuando se entregaba á los rebeldes de Toro hubiese prostituido á su sobrina por un cálculo de interes ó de ambicion. Un apologista de D. Pedro, admitiendo su matrimonio con María de Padilla, atribuye á sus escrúpulos de conciencia el desvío extraordinario que siempre demostró á la princesa de Francia. Pero suponer semejantes escrúpulos en D. Pedro, ¿no es desmentir el testimonio de toda su vida (1)?

II.

Al despedir á las cortes anunció el rey que probablemente tendria que recurrir pronto á la adhesion de la nobleza y de los comunes para rechazar un nuevo enemigo. En efecto, un peligro grave amenazaba no solo á le Castilla, sino tambien á toda la peninsula. La tregua concluida entre la Francia y la Inglaterra habia dejado sin ocupacion á un gran número de aventureros, que no conociendo mas oficio que la guerra la hacian por su propia cuenta cuando no encontraban príncipe que les diese un estandarte y un sueldo. Reunidos en bandas muy numerosas, ó mas bien en un grande ejército, que se llamaba *la compañía blanca* (2), saqueaban los campos y po-

(1) «Apología del rey D. Pedro,» por el licenciado D. Josef Ledo del Pozzo.

(2) Inútilmente he buscado la esplicacion de este nombre que se encuentra en Ayala; pero pueden presentarse varias hipótesis.—Los aventureros tenian tal vez una especie de uniforme; unas sobrevestas, «blancas» por ejemplo, para distinguirse de los otros hombres de armas que llevaban el blason de sus reyes ó de sus señores.—Otra esplicacion. Entonces se llamaban «armas blancas» las armaduras de planchas de hierro forjado por oposicion á las lorigas de mallas que comenzaban á desaparecer. Armado en blanco.

nian á rescate á las ciudades. Muchos de sus jefes, que habian venido á ofrecer sus servicios durante la guerra contra Granada, no eran, segun se decia, mas que espías encargados de reconocer el pais que se proponian invadir y devastar. A ejemplo de los cimbríos, sus predecesores, los aventureros no querian echarse sobre la España sino despues de haber saqueado á la Francia. Ya en 1361 un cuerpo considerable de estos bandidos habia insultado las fronteras de Aragon, siendo necesario proclamar el usaje *princeps namque* para contener este torrente destructor. Ellos anunciaban que vendrian pronto en mayor número y que sabrian abrirse un camino hasta Castilla.

Para contener este torrente de bárbaros se necesitaban fuerzas considerables, y la inminencia del peligro obligó sin duda á las cortes á suministrar al rey los recursos necesarios para un armamento general. Dirigió rápidamente la mayor parte de sus tropas sobre los confines del Aragon y de la Navarra, desembocadura probable de los aventureros que venian de Francia, porque la provincia de Guyena, gobernada por el belicoso Eduardo, príncipe de Gales, era respetada por los jefes de las compañías. Subditos ingleses en su mayor parte, y protegidos mas ó menos abiertamente por el rey de Inglaterra, no habia ni apariencia siquiera de que osasen atravesar la Guyena

ó cubierto de planchas de hierro eran palabras sinónimas; y pienso que los aventureros, mejor equipados en general que las milicias feudales, pudieron sacar el nombre de «compañía blanca» de sus armaduras, nuevas aun, y sobre todo en España. Cuvelier, autor de la crónica en verso de Du Quesclin, da otra explicacion, y es que los aventureros llevaban cruces blancas; pero segun el mismo no las tomaron hasta el año 1365, y vemos por la crónica de Ayala que el nombre de «compañía blanca» existia antes.

para atacar á Castilla por el Noroeste. D. Pedro publicaba que iba á concertarse con el rey de Navarra para llevar á cabo grandes medidas ordenadas por la comun salvacion. Hacia muchos meses que preocupaba todos los ánimos la aproximacion del azote que indicaba el rey, y nadie sospechó que tuviese otro motivo la concentracion de un ejército en el Nordeste de Castilla. La audacia de las compañías de aventureros era conocida en toda Europa, como tambien la habilidad de sus capitanes, pues soberanos de un pueblo de nómades intrépidos podian conducirlos al traves de todos los peligros, mostrándoles la esperanza de un rico botin. Tampoco se ignoraba que el conde de Trastamara habia formado estrechas alianzas con los jefes de las principales bandas; su nombre podia reunirlos en un ejército numeroso, y era de temer que el rey de Francia, interesado en alejar de sus estados estas hordas devastadoras, proporcionase al conde los medios de atraérselas y precipitarlas sobre Castilla.

Saliendo D. Pedro de Sevilla con un brillante séquito avanzaba á grandes jornadas hácia el Norte, precedido por sus embajadores, encargados de negociar con Carlos el Malo, rey de Navarra, una alianza ofensiva y defensiva. Ninguna oferta podia ser mas agradable á este principe en el momento en que estaba indispuerto con la Francia y amenazado de verse arrebatado por esta sus dominios en Normandía y en el Norte del Pirineo. Por otra parte, la Navarra propiamente dicha estaba mas espuesta que ninguna otra provincia de España á las incursiones de las compañías; asi es que Carlos suscribió con presteza á todos los artículos que le hacia proponer su poderoso vecino. El mismo marchó á Soria, en el territorio castellano, acompañado de los principales señores de su corte, entre los cuales se contaba Buch, capitan ilustre que se habia

distinguido combatiendo bajo las banderas inglesas. Aco-
gido con la mayor cortesania ratificó Carlos el tratado que
acababan de someterle los enviados de Castilla: los dos
reyes hicieron alianza y amistad, comprometiéndose por
juramentos solemnes á ayudarse mutuamente en todas sus
guerras, y, ¡cláusula notable! á entregarse recíprocamen-
te sus emigrados (1).

El navarro creía que el tratado era todo en ventaja su-
ya: soberano de un pais pobre y poco estenso adquiria
asi la proteccion del mas poderoso de toda la península.
Amenazado de una guerra con la Francia por un interes
particular á su casa comprometia en su querella á un
príncipe que tenia una marina formidable y tropas aguer-
ridas; pero no tardó en conocer el precio que D. Pedro
ponia á su proteccion. Despues del cambio ordinario de ju-
ramentos prestados con la mano sobre los Evangelios D. Pe-
dro llevó á Carlos á una sala de su palacio, y en presencia
de algunos señores confidentes íntimos de los dos princi-
pes le reveló bruscamente sus intenciones. «Rey, her-
mano, dijo: venimos de jurar que el primero de nosotros
que tenga guerra será ayudado por su aliado; pues sabed
que hoy reclamo de vos la ejecucion de vuestras prome-
sas. No ignorais que si di la paz al Aragon fue contra todo
mi gusto, pues atacado por el usurpador de Granada me
fue preciso consentir en una tregua con el aragonés para
salvar la Andalucia de los estragos de los moros que iban
á invadirla. Esta paz me ha costado cara, porque he teni-
do que entregar ciertas ciudades y castillos ganados por

(1) D. José Yanguas y Miranda. «Diccionario de Antigüedades de
Navarra.»—El tratado se firmó en Estella por los plenipotenciarios
el 22 de mayo de 1362, y lo ratificó D. Pedro en Carrascosa el 2 de
junio siguiente.

mis armas; pero pretendo recobrarlos. Yo quiero indemnizarme de lo que me ha costado esta guerra, y cuento con que fiel á vuestros juramentos me ayudareis en esta empresa con vuestras armas y con vuestro cuerpo.»

A estas palabras respondió el rey de Navarra turbado y balbuceando, pidiendo permiso para conferenciarlo con los señores de su consejo, y D. Pedro lo dejó solo con ellos. La deliberacion fue corta, porque no era libre y porque un ejército castellano estaba reunido alrededor de Soria y podia inundar en pocos dias toda la Navarra. Por otra parte, Carlos se sentia cogido en el lazo y entre las manos de un hombre audaz, acostumbrado á no sufrir contradicciones: no habia mas eleccion que la de obedecer ó perderse. Carlos tomó tristemente el primer partido: afectando D. Pedro no ver ni su vacilacion ni su pena le dió gracias como si su asentimiento no hubiera sido arrancado por el temor, y le dictó sobre la marcha la conducta que debia seguir. Despues de haberle espuesto en algunas palabras su plan de campaña le prescribió que reuniese las tropas navarras lo mas pronto posible y entrase en Aragon por la parte de Sos, mientras que el ejército castellano se dirigiria sobre Calatayud. El momento era bien escogido para una invasion. El rey de Aragon estaba en Perpiñan, en la estremidad de su reino, con casi todas las tropas que tenia disponibles. Enrique de Trastamara y los otros emigrados castellanos guerreaban en las orillas del Ródano á sueldo del rey de Francia; y D. Fernando de Aragon, abiertamente indispuesto con su hermano, se quejaba de haber sido sacrificado por el tratado de 1361. D. Pedro, por el contrario, se veia á la cabeza de un ejército numeroso, libre de sus enemigos interiores, obedecido de su pueblo y mandando la fidelidad de sus aliados: bien fuese por interes ó por temor acababa de reunir en

una liga, de la cual era el jefe, á todos los reyes de la España contra el Aragon (1).

Pocos dias despues de esta entrevista, y á mediados de junio de 1362, el rey de Navarra envió un beraldo al de Aragon para retarlo; es decir, para declararle la guerra, tal vez con el objeto de ganar tiempo ó de retardar la contienda á que le obligaban (2). El pretesto que alegaba era de los mas frivolos. Quejábase Carlos de que siendo prisionero del rey de Francia en vano se habia dirigido á Pedro IV para que hiciese una excursion en su favor, pues decia que segun los términos de los tratados el rey de Aragon debió haber declarado la guerra á la Francia, y que por su falta de fe habia roto su alianza con la Navarra (3).

D. Pedro no se cuidó de tales formalidades. Apenas se despidió del de Navarra puso en movimiento todas sus tropas, y en pocos dias estuvo invadido todo el Bajo-Aragon. Gran número de ciudades y de castillos se rindieron sin intentar defenderse ó fueron conquistados al primer ataque, siendo Calatayud la unica ciudad que se atrevió á resistir á pesar de no tener guarnicion; pero los vecinos era gente resuelta y vieron sin espanto al ejército castellano desplegarse alrededor de sus muros. Treinta mil hombres de á pie y doce mil caballos la envolvian por todas partes, y el tren de artillería, el mas considerable que se habia visto hasta entonces en España, compuesto de treinta y seis ingenios colocados á la vez en batería, hacia caer sobre la infeliz ciudad una lluvia de piedras y de balas. Sin embargo, se defendian con vigor los

(1) Ayala.

(2) El 14 de junio de 1362. Yanguas. Aut. de Navarra.

(3) Zurita.

vecinos de Calatayud; todos los días hacian salidas mortíferas, y era tal su audacia, que el rey de Aragon les envió á decir que no se espusiesen inútilmente de ese modo. Calatayud, como la mayor parte de las ciudades españolas, estaba dividida en dos facciones enemigas desde tiempo inmemorial; pero en el comun peligro se habian reconciliado y solo rivalizaban ya en heroismo y en valor (1). Sin embargo, debía rendirla el mayor número. Los castellanos se apoderaron de un convento en las afueras de la ciudad, se fortificaron en él, abrieron muy pronto una ancha brecha en el muro del recinto, y sus máquinas batieron la iglesia de San Francisco, donde los sitiados se atrincheraron despues de la destruccion del muro. Cada pulgada de terreno costaba un combate; pero los progresos de los castellanos eran continuos y avanzaban lenta, pero irresistiblemente, por en medio de las ruinas. Los desgraciados habitantes de Calatayud solo recibian de afuera tristes noticias. Cogido de improviso el rey de Aragon no tenia ni tropas ni dinero, y se veia amenazado por dos partes á la vez: el rey de Navarra atacaba á Sos y Salvatierra (2), y sus descubiertas iban saqueando é incendiando hasta las puertas de Jaca. Iñigo Lopez de Orozco con una fuerte division castellana marchaba sobre Daroca, y corria el rumor de que iba á ser seguido de cerca por un ejército ausiliario conducido por el rey de Portugal en persona (3). Al mismo tiempo muchos señores gascones, enemigos antiguos de Aragon, que querian tener su parte en el festin, se preparaban á pasar los mon-

(1) Zurita.

(2) Yanguas.

(3) Zurita.—El rey de Portugal no vino en persona, pero envió algunas tropas auxiliares.

tes y á invadirlo por el Norte. Todos los ojos se volvian con espanto hácia Calatayud y seguian con dolorosa ansiedad las peripecias de este sitio memorable. En esta época era un objeto de sorpresa para la nobleza que unos plebeyos se batiesen tan bien no teniendo ricos-hombres ni señores de nombradía á su cabeza. El conde de Osuna y algunos caballeros de las mas ilustres familias concibieron el atrevido proyecto de abrirse paso por el ejército castellano y encerrarse en la plaza sitiada para dirigir los esfuerzos de los habitantes, para lo cual salieron de Zaragoza con poco séquito para no ser notados; pero cuando ya iban á salvar las líneas del enemigo un guia infiel reveló sus designios, y atacados en una aldea fueron obligados á rendirse. D. Pedro los hizo conducir delante de la brecha, cuya anchura pasaba ya de cuarenta brazas, y les ofreció irónicamente dejarlos entrar en la ciudad para correr en ella la fortuna de sus conciudadanos. «Ya veis, les dijo, que mañana mismo si quiero un asalto me hace dueño de la plaza; pero veria con disgusto que una ciudad tan importante fuese saqueada y destruida. Consiento en recibir á los habitantes á merced y debeis exhortarlos á que no se empenen en una resistencia inútil.

A pesar de su situacion desesperada, y aunque advertidos por el conde de Osuna y sus compañeros de que no tenian ningun socorro que esperar, los valientes vecinos de Calatayud rehusaron rendirse antes de haber obtenido para ello el permiso de su señor. Sabiendo bien D. Pedro que si daba el asalto sus soldados no le dejarían mas que cenizas, permitió á los sitiados que enviasen á Perpiñan una diputacion para hacer conocer al rey de Aragon el estado de la plaza y para pedirle que relevase á los habitantes de su juramento de fidelidad si

no podia socorrerlos. La capitulacion de Calatayud merece ser referida. Estipulóse que si en un plazo de cuarenta dias no se presentaba un ejército aragonés para hacer levantar el sitio la ciudad seria entregada al rey de Castilla; que los habitantes tendrian la vida salva; que conservarían sus propiedades, y que no serian obligados á emigrar. Esta cláusula, que hoy parece estraña, demuestra cuáles eran entonces las leyes de la guerra, y ya hemos visto que pocos años antes fue espulsada en masa la poblacion aragonesa de Tarazona y reemplazada por una colonia castellana. Pero el vencedor rendia homenaje á la bravura de los vecinos de Calatayud. El rey de Aragon elogió su fidelidad y reconoció que habian hecho cuanto era posible á hombres valientes para conservarle la plaza. No pudiendo socorrerlos él mismo los escitó á que mirasen por la salvacion de sus personas y de sus bienes, y exonerándolos del homenaje prestado á su corona les permitió se hiciesen súbditos del rey de Castilla y le pres-tasen juramento como á su señor natural (1).

Las campañas eran siempre de corta duracion en la edad media, por cuanto no habia ejércitos permanentes. Los vasallos de los señores llamados á las armas por el rey y los contingentes suministrados por las ciudades no podian permanecer por mucho tiempo separados de sus trabajos ordinarios, y despues de una batalla ó de un sitio era costumbre despedirlos por algun tiempo á sus hogares. Las únicas tropas que merecian entonces el nombre de regulares consistian en la milicia de las órdenes militares y algunos pelotones poco numerosos mantenidos por los reyes y destinados á la guardia de sus personas.

(1) Ayala.—Zurita.

No debe, pues, sorprender que despues de la toma de Calatayud se disolviese el grande ejército castellano sin llevar mas adelante sus ventajas: el mismo rey fue á buscar algunos dias de reposo en medio de las delicias de Sevilla; y para observar la frontera y guardar las plazas conquistadas dejaba á los tres maestros con sus caballeros y dos mil hombres de infantería, lo cual era bastante para contener un enemigo que no osaba presentarse en campaña.

III.

Una grande afliccion esperaba á D. Pedro en esta capital. Su hijo Alfonso, á quien acababa de proclamar heredero de su corona, murió en sus brazos víctima de la terrible epidemia que desolaba á España. La peste negra, que tantos estragos habia hecho en 1350, y á la cual sucumbió D. Alfonso, reaparecia al cabo de doce años mas cruel que nunca, y se notó que hacia mayores destrozos en las provincias que habian sido teatro de la guerra. Calatayud sufrió mas que ninguna otra ciudad, cebándose indistintamente en la guarnicion castellana y en la poblacion diezmada por el sitio (1).

En los instantes de descanso que le dejaban el dolor de D. Pedro y la disolucion del ejército castellano el rey de Aragon se apresuró á llamar al conde de Trastamara y á solicitar socorros del monarca de Francia. Aunque don Enrique hubiese adquirido una triste experiencia de la fe que debia tener en las promesas de Pedro IV la fortuna habia unido demasiado intimamente sus intereses para que no cediese desde luego á las instancias de su antiguo

(1) Ayala.

protector. Capitan de aventuras á sueldo del rey de Francia no por eso habia abandonado sus proyectos sobre Castilla.

En el momento en que D. Pedro sitiaba á Calatayud, y sin duda antes que el rey de Aragon reclamase de nuevo sus servicios, ya el conde firmaba en Paris, con los ministros del rey Juan, un tratado notable, en el cual es fácil adivinar sus ambiciosos designios, pues se comprometia á llevar *fuera de Francia* las grandes compañías que desolaban el reino (1). ¿A dónde queria conducir las? Este era el secreto del conde y del delfin, regente del reino durante el cautiverio de su padre. Ningun hombre ha tenido en mas alto grado que D. Enrique el talento de ganarse la confianza de todo el que se le acercaba, y al llegar á Aragon, proscripto y vencido, se hizo en un momento el favorito de Pedro IV y el instrumento de todos sus proyectos. Supo sacar de este principe avaro considerables subsidios, y, aunque mal tratado por la fortuna, siempre conservó cerca de él la posicion de un soberano independiente, mas bien que la de un vasallo á su sueldo. Obligado á salir de Aragon consiguió D. Enrique, al cabo de algunos meses de residencia en Francia, atraerse un gran número de capitanes de aventura. Ningun trabajo le habia costado hacer odioso el nombre de D. Pedro en la corte de Francia; y, lo que era mas difícil aun, habia conseguido presentarse como su mas temible antagonista y como la única esperanza de Castilla. Sin embargo, un obstáculo desconocido, pero cuya naturaleza no era difícil adivinar, le impedia llevar entonces á España aquellas te-

(1) Paris 13 de agosto de 1362. • Archivos del reino. • Véase tambien «L'Hist. du Languedoc.» de dom Vaissette.

mibles bandas que esperaba armar contra D. Pedro. Ni la Francia ni el Aragon podian proporcionarle subsidios en este momento, y sin ellos era imposible hacerse seguir por los aventureros. No pudo, pues, llevar á Pedro mas que su comitiva ordinaria de emigrados, y sin embargo, cuando reapareció en España parecia que el destierro lo habia engrandecido. Ya no era como en otros tiempos un capitan de aventuras, y se presentaba como el predestinado á una corona vacilante que estaba dispuesto á asir. En 1357 habia entrado en Castilla con el titulo de procurador del rey de Aragon para ganarle tierras y ciudades; hoy venia á conquistar un reino para si, y el aragonés se convertia en ausiliar suyo. Los papeles habian cambiado, y ahora pedia Pedro IV un salario á su antiguo procurador. Desde su primera entrevista, que tuvo lugar en Monzon á principios del año 1363, se comprometieron á destronar á D. Pedro á gastos comunes y á repartirse la Castilla. Hé aqui el tratado, tan notable por la importancia de las estipulaciones como por la ausencia de todas las formas diplomáticas que entonces estaban en uso:

«El rey de Aragon: Nos prometemos á vos, D. Enrique, conde de Trastamara, ayudaros á conquistar el reino de Castilla bien y realmente, con la condicion de que nos dareis y estareis obligado á entregarnos libre y francamente con investidura real la sesta parte de todo lo que ganáseis en el reino de Castilla, alli donde Nos estemos en persona ó representado por uno de nuestros vasallos. Y del mismo modo que Nos estamos obligados á ayudaros á conquistar el dicho reino asi tambien vos estareis obligado á ayudarnos en contra de cualquier hombre del mundo con lo que habreis conquistado, y á ser el amigo de nuestros amigos y el enemigo de nuestros enemigos. Escrito de nuestra mano en Monzon el último dia de marzo del año 1363.—

Y yo, el conde D. Enrique, os prometo, señor rey, que haré á ciencia cierta todo lo que debo cumplir con respecto á vos, segun está por vos susodicho. Escrito de mi mano el dia susodicho.—*Rex Petrus*.—Yo, el conde (1). Este tratado, escrito de puño y letra de los dos principes, estaba sin duda destinado á permanecer secreto hasta el dia en que pudiese recibir ejecucion. Uno y otro tenian intereses en ocultarlo al conocimiento del público; D. Enrique para no arruinar su crédito en Castilla revelando las concesiones que hacia á un monarca extranjero; y Pedro IV para que no pareciese que rompía de una manera ruidosa con su hermano D. Fernando, cuyas pretensiones al trono de Castilla habia autorizado poco antes, y que lo sacrificaba á un aventurero enemigo suyo. El infante se habia opuesto con todas sus fuerzas al llamamiento del conde de Trastamara, siendo sostenido en el mismo consejo del rey por un gran número de señores aragoneses que veian con envidia el favor del bastardo castellano (2); pero sus esfuerzos habian sido inútiles y no ocultaba su despecho.

Necesitábase mucha seguridad y un atrevimiento en cierto modo profético para pensar en este momento en repartirse la Castilla, pues jamás ninguna conquista pareció mas lejos de realizarse. Por el contrario, el ascendiente de D. Pedro era mas irresistible que nunca, y mientras que el invierno tenia en suspenso las hostilidades él se habia procurado un ausiliar poderoso. Bastaba que la Francia se mostrase favorable al rey de Aragon para que la Inglaterra tomase celos de ello y estuviese dispuesta á sostener al enemigo declarado de este principe. A fines

(1) Arch. gen. de Aragon: legajo de autógrafos.

(2) Zurita.

del año 1362 se presentaron en Guyena unos embajadores castellanos cerca del príncipe de Gales con el pretexto de concertar con él medidas para rechazar la invasión de las compañías; pero en realidad para proponerle una alianza con su señor, que fue concluida en Burdeos al principio del año 1363. Por este tratado el rey de Castilla y el de Inglaterra se garantizaban mutuamente la integridad de sus posesiones y declaraban, según la fórmula caballeresca de la edad media, que se hacían amigos y se unían contra todos los hombres del mundo (1).

Fuerte con esta protección poderosa D. Pedro volvió á Calatayud y comenzó de nuevo sus correrías por el Bajo-Aragón tan pronto como la primavera le permitió emprender las hostilidades. No habiendo en campaña ningún ejército enemigo la guerra se reducía á una continuación de sitios, y multitud de ciudades pequeñas y de castillos cayeron en poder del castellano. Tarazona se rindió por capitulación y Cariñena fue tomada por asalto. Los cronistas aragoneses pretenden que el vencedor manchó su triunfo con horribles crueldades: según su relación, irritado D. Pedro de la heroica resistencia de los vecinos de Cariñena los hizo degollar á todos, reservando los principales de ellos para hacerlos morir á sangre fría en espantosos suplicios (2).

Permítaseme abandonar por un instante la relación mo-

(1) Rymer.—Ayala.

(2) Ayala.—Zurita.—Abarca atribuye la toma de Cariñena á des-inteligencia entre el infante D. Fernando y D. Enrique, que rehusaron reunir sus fuerzas para socorrer la plaza.

notona de una guerra de la edad media, para llamar la atencion del lector sobre un monumento curioso que hace conocer algunos rasgos del carácter de D. Pedro. Quiero hablar del testamento que hizo en Sevilla durante el invierno de 1362, mientras que se preparaba á comenzar la guerra en que lo dejamos empeñado. Este documento, que se conserva original aun, me parece digno de ser analizado, pues ningun otro revela mejor las miras y designios del principe, cuya vida me he propuesto escribir.

Despues de las fórmulas religiosas consagradas entonces para tales actos fija el rey el lugar de su sepultura, que debia ser colocada en la capilla nueva que hacia construir en Sevilla. A su derecha debia descansar Maria de Padilla, á quien llama la reina su mujer, y á su izquierda D. Alfonso, su hijo, á quien llama el infante. Despues arregla el órden de sucesion al trono. Primero llama á ella á Beatriz, su hija primogénita; á falta suya á Constanza, y por último á Isabel, todas tres hijas de Maria y calificadas de infantas de Castilla: últimamente llama á un hijo natural que no debe heredar la corona sino en el caso en que las tres princesas muriesen sin posteridad. El nombre de este hijo y de su madre son hoy un problema, y siempre que son mencionados en el acta original se observan las huellas de una alteracion evidente y poco diestra. El pergamino, arañado groseramente, roto en algunas partes, el color de la tinta y una ortografia sensiblemente moderna, denuncian la obra de un torpe falsario. A los nombres trazados originariamente se han sustituido los de D. Juan, hijo de doña Juana de Castro; pero la existencia de este hijo es mas que problemática, pues ningun autor contemporáneo ha demostrado su nacimiento. No es dudoso que el testamento ha-

ya sido alterado bastante tiempo despues de la muerte del rey, y segun toda apariencia con la intencion de embellecer alguna genealogia. Llaguno, escelente juez en estas materias, ha creído reconocer bajo las enmiendas que el nombre primitivamente escrito era el de D. Fernando, hijo de doña María de Hinestrosa, mujer de Garci Laso Carrillo. Esta conjetura es tanto mas probable quanto que los amores del rey con esta señora son atestiguados por Ayala, y ademas porque es natural suponer en don Pedro una preferencia hácia este hijo, perteneciente á la familia de los Padilla.

Llamando á sucederle en primer lugar á la infanta Beatriz le ordena que se case con el infante de Portugal, al cual la tenia ya prometida, y á quien designa para ser rey con ella. Aqui se presenta en mi sentir el pensamiento constante de D. Pedro: el engrandecimiento de Castilla, que solo debia ya formar un reino con Portugal. En defecto del infante de Portugal doña Beatriz es libre para elegir esposo; mas, sin embargo, sopena de maldicion y de desheredamiento su padre le prohíbe casarse ya con D. Enrique, con D. Tello ó con D. Sancho, cuyas traiciones é ingratitud recuerda. Esta prohibicion puede parecer singular, vistas las estrechas relaciones de parentesco que existian entre doña Beatriz y los tres bastardos hermanos del rey; pero tal vez tendria por objeto desbaratar algun proyecto concebido en esta época con el pensamiento de terminar las guerras civiles de Castilla por medio de una union entre los bastardos y la familia real.

Habiendo determinado asi el orden de sucesion se ocupa D. Pedro de la particion de su tesoro particular entre sus hijos: sus hijas son mejoradas y su hijo solo lleva un legado mediano. Hace seis partes de sus bienes muebles, entre los

cuales figura una gran cantidad de pedrerías: Beatriz lleva tres partes; Constanza dos, y solo una Isabel. El rey designa minuciosamente las perlas, las joyas, los objetos preciosos que lega á cada una de las infantas y las armas que reserva para su hijo. No lo seguiré en esta enumeracion, interesante para el anticuario, y pasaré á mas notables disposiciones. Segun la costumbre ordena algunas fundaciones piadosas por la salvacion de su alma, y especialmente una cosa que le hace honor: el rescate de mil cautivos cristianos de los moros. Inmediatamente despues de estas disposiciones, dictadas por un sentimiento religioso, se encuentran otras cuyo motivo es bien diferente sin duda. Cuatro mujeres que designa deben recibir dos mil doblas castellanas la primera, y las otras mil solamente, con la condicion de que todas entren en religion. Esta última cláusula no deja dudar que se trata de queridas oscuras: en efecto, sus nombres no son citados en crónica alguna, y sin este testamento serian completamente desconocidos. Mari Ortiz, hermana de Juan de San Juan, parece ser la preferida, porque lleva el legado de las dos mil doblas: las otras son Mari Alfon de Fermosilla, Juana García de Sotomayor y Urraca Alfon Carrillo. La forma de estos nombres no indica un nacimiento ilustre, y se notará que ninguno va precedido de la palabra *doña* que en esta época se daba sin embargo por cortesía á las mujeres cuyos padres ó maridos no gozaban del privilegio del *don*.

El rey recomienda á su hija y á sus sucesores que mantengan en sus oficios á todos sus leales servidores, y en terminos espresos nombra á Diego de Padilla, su cuñado; á los maestros de Santiago y de Alcántara; al prior de San Juan, Garcí Gomez Carrillo; á Martin Lopez, su camarero; á Martin Yañez, su tesorero; á Mateo Fernandez, canceller del sello privado; á Rui Gonzalez, su escudero ma-

yor, y por último á Zorzo, capitan de los ballesteros de su guardia, que habia batido á una escuadra aragonesa.

La cuestion de la tutela de sus hijos era seguramente la mas grave que el rey tenia que resolver. Hubiérase creido que la eleccion recaeria en Diego de Padilla, tio de sus hijas y mas interesado que ningun otro en la conservacion de sus derechos; pero sin embargo, al maestre de Santiago, Garci Alvarez, es á quien el rey llama para estas importantes funciones, y en defecto suyo á Garci Carrillo, prior de San Juan, por mas que estuviese aliado á una familia en hostilidad abierta contra él. A pesar del favor constante de que gozaba Diego de Padilla cerca de su señor jamás habia poseido su entera confianza, de lo cual he referido muchas pruebas.

He analizado en detalles este documento notable porque mi objeto no es solamente dar á conocer los acontecimientos que tuvieron lugar en el reinado de D. Pedro, sino estudiar tambien el carácter de este principe tan diversamente juzgado. Su testamento puede considerarse como la expresion de sus pensamientos intimos, y bajo este título merecia, en mi concepto, ser examinado con esmero particular. El déspota se revela en él á cada línea; pero tiene su grandeza.

No creyó D. Pedro que un testamento bastase para asegurar la corona á la primogénita de sus hijas, y quiso consagrar sus derechos por un acto mas solemne todavia, pidiendo á los representantes de la nacion para la infanta Beatriz el juramento que habian prestado el año precedente á su hermano D. Alfonso. En contra de la costumbre convocó las cortes fuera de las fronteras de Castilla, en Bubberca, villa aragonesa, de la cual acababa de apoderarse. Reuniendo á la asamblea en medio de un campo y sobre una tierra conquistada por sus armas tal vez

queria demostrar que los límites del reino habian retrocedido y que reinaba en todas partes donde habia clavado su bandera. No fue esta la sola innovacion que se observó en estas cortes, cuyas actas son, por desgracia, muy poco conocidas. Habiendo sido solemnemente proclamada la infanta Beatriz heredera de la corona previó el rey y arregló, como lo habia hecho en su testamento, los derechos eventuales de sus otras dos hijas para el caso en que su primogénita muriese sin posteridad. No sé que hiciera tambien mencion del hijo natural llamado en su testamento á suceder á las infantas: tal vez temeria exigir demasiado de la obediencia de sus pueblos. Despues de haber recibido el juramento de las cortes hizo redactar un acta de la sesion, en la cual pusieron sus firmas todos los diputados presentes, formalidad singular y absolutamente inusida en esta época; y luego, como si quisiese asociar toda la nacion á su venganza, hizo proclamar en medio de la asamblea la lista de los señores desterrados del reino y declarados culpables de alta traicion. Esta lista de proscripción era la mas larga que se habia conocido hasta entonces, y aunque no tuvo lugar ninguna protesta no por eso dejó entonces de ser menos vivamente reprobada por toda la nobleza. En esto se habia convertido aquel privilegio tan querido de los ricos-homes de cambiar á su voluntad de patria y de soberano. Esclavos ahora, veian siempre el hacha levantada contra cualquiera que intentase romper sus cadenas.

FIN DEL TOMO II.

HISTORIA DE
DON PEDRO DE CASTILLA.

HISTORIA DE

EL REINO DE CASTILLA

HISTORIA
DE
DON PEDRO DE CASTILLA,

por

M. PROSPER MERIMEE.

TRADUCCION DE F. DE V.

TOMO III.

MADRID:
IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DEL SIGLO.
calle de Cervantes, núm. 6.

—
1848.

HISTORIA

de

DON PEDRO DE CASTILLA,

por

M. PROSPER MERIMEE.

TRADUCCION DE F. DE V.

TOMO III.

MADRID:

IMPRENTA DE LA BIBLIOTECA DEL SIGLO.

calle de Ferrantes, núm. 4.

1848

HISTORIA DE DON PEDRO I, REY DE CASTILLA.

XVII.

Operaciones militares en el reino de Valencia.—Muerte del infante de Aragon.—Defeccion del rey de Navarra.—1363.

I.

Los triunfos obtenidos por D. Pedro habian estimulado el celo de sus aliados. Gil Carvalho, maestre de la órden portuguesa de Santiago, le llevó trescientos hombres de armas escogidos; el infante Luis de Navarra y el capital de Buch se agregaron á sus banderas con un cuerpo numeroso, llevando la noticia de algunas conquistas ya hechas en Aragon por el rey de Navarra; y en fin, el rey de Granada, Mohamed, envió al ejército de Castilla un capitan mahometano á quien los autores contempo-

ráneos tratan de caballero y llaman D. Farax de Reduan, con el encargo de operar contra el reino de Valencia con seiscientos ginetes granadinos. Al pedir á la municipalidad de su buena ciudad de Murcia una acogida hospitalaria para sus aliados mulsulmañes la comprometia el rey á reunir sus milicias á la caballería mora, «para asolar el territorio de Orihuela; para hacer en él *guerra cruel*, y para cortar la cabeza á todos los aragoneses que cayeran en sus manos. Guardad mis órdenes, añadía, pues los que se hagan culpables de desobediencia, la pagarán con su vida.» Hacia algun tiempo que esta fórmula acompañaba á todos los mandamientos del rey (1).

A pesar del número y del ardor de las tropas castellanas la fuerte línea militar del Ebro, obstáculo casi insuperable para un ejército de esta época, detenía sus progresos en el Norte de Aragon, y D. Pedro habia resuelto volver sus armas contra el reino de Valencia, pues esperaba encontrar allí un país mas rico, una resistencia menos porfiada por parte de los habitantes y, en fin, tal vez contaba tambien con que la antigua rivalidad entre valencianos y aragoneses haria mas fáciles sus conquistas. Con el grueso de sus fuerzas marchó resueltamente contra la capital, mientras que los contingentes de Murcia y los moros de Farax atacaban el Mediodía de la provincia. Pocas ciudades osaron resistirle: Teruel, Castelfavib, Segorbe y Murviedro fueron sucesivamente ocupadas por sus tropas, y solo fue Daroca la que se defendió con honor. Mientras mas avanzaba el ejército castellano hacía el Sur mas se iba debilitando, obligado como estaba á dejar destacamentos en todas las plazas que caian en su

(1) Cascales, «Hist. de Murcia.»

poder. Los hombres de guerra contemporáneos criticaron á D. Pedro que hubiese diseminado así sus fuerzas en vez de tenerlas reunidas para un golpe decisivo. El 24 de mayo de 1363 llegó á la vista de Valencia, y habiendo reconocido el recinto desesperó poder tomarla por un golpe de mano, pues en su rápida marcha no habia podido hacer que lo siguieran sus máquinas de guerra, y ademas porque no era prudente emprender en aquel momento el sitio de una plaza tan bien fortificada, por cuanto se anunciaba que el rey de Aragon se iba acercando con fuerzas considerables. Por espacio de ocho dias escaramucearon los castellanos á las puertas de Valencia, y entre tanto la fértil llanura que la rodea, y que se llama con razon la Huerta, era presa de horribles estragos. Desde el convento de Zaidia, donde D. Pedro estableciera su cuartel general, veia quemar las mieses, arrancar las viñas, cortar los olivos é incendiar las chozas y quintas aisladas (1). Así era como se hacia la guerra en la edad media. D. Pedro tenia alguna afición á las artes, como lo demuestran los monumentos que hizo construir en Sevilla, y haciendo quitar de un palacio de recreo, antigua morada de los reyes de Aragon, muchas columnas antiguas de jaspe, ordenó que fuesen trasportadas á Sevilla para decorar el alcázar, donde levantaba entonces grandes construcciones (2).

La llanura de Valencia, tan fértil y tan rica, estaba ya convertida en un desierto cuando el rey salió de ella para ir al encuentro del ejército aragonés, fuerte de tres mil hombres de armas, mandados por Pedro IV en persona, y

(1) Ayala.—Zurita.

(2) Zurita.—Arch. gen. de Aragon.

en cuyas filas ondeaban las banderas del conde de Trastámara, del infante D. Fernando, de D. Tello y de D. Sancho. Tal vez era entonces inferior en número el ejército castellano; así es que en lugar de ofrecer la batalla D. Pedro dió sus disposiciones para recibirla, y se atrincheró en una fuerte posición al pie de los muros de Murviedro. No menos prudencia mostró el aragonés por su parte; pues luego de haber avanzado hasta el puente de Almenara, á dos leguas poco menos de Murviedro, hizo alto sin querer pasar el río Canales que lo separaba de las avanzadas castellanas. Ambas partes se desafiaban; pero cada cual estaba determinada á no abandonar la posición ventajosa que eligiera, y muchos días se pasaron de esta suerte. El abate de Fecamp, á quien el cardenal Guy de Boloña había dejado los poderes de la Santa-Silla al salir de España, se aprovechó de la inacción de los dos ejércitos para parlamentar con sus jefes: dirigiéndose primero al infante Luis de Navarra, como desinteresado en la querella, obtuvo que se abocase con el rey de Aragon, y despues determinó á este último que hiciese á D. Pedro proposiciones de acomodo. El conde de Denia fue encargado del primer mensaje, y muy pronto despues tuvo Bernal de Cabrera muchas entrevistas con el rey de Castilla en el castillo de Murviedro. Recuérdese que el año precedente se habia tratado de cimentar la paz por el matrimonio de D. Pedro con una princesa aragonesa, y este proyecto fue ahora discutido mas seriamente quizás que la vez primera. Las ventajas obtenidas por los ejércitos castellanos en las dos últimas campañas del reino de Valencia obligaban al rey de Aragon á consentir en una cesion de territorio. Sus enviados solo trataron de disimular la humillacion: ahora proponian que las ciudades de Tarazona y Calatayud, ya en poder de los castellanos, fueran consideradas como la dote de la

infanta Juana, que debía casarse con D. Pedro. Alicante, Orihuela y algunos castillos, como tambien una fraccion del territorio de Valencia, contiguo al reino de Murcia, debian ser igualmente reunidos á la Castilla. En cambio se pedia que D. Pedro devolviese á Teruel, Segorbe y sus otras recientes conquistas en el reino de Valencia; y por una nueva ficcion diplomática esta restitucion debía ser la dote de la infanta Isabel, tercera hija de D. Pedro, cuya mano se pedia para el duque de Geróna, hijo primogénito del rey de Aragon y su presunto heredero. Tales fueron las proposiciones sometidas á D. Pedro, que probaban bien la angustia de su adversario, á menos que ocultasen una intencion diversa ó que solo tuviesen por objeto ganar tiempo deteniendo así los progresos de los castellanos.

Implacable en sus resentimientos D. Pedro queria antes de todo vengarse de sus enemigos. Pidió que el rey de Aragon hiciese prender ó matar al conde de Trastamara y al infante D. Fernando (1), pues por tener sus cabezas hubiera consentido voluntariamente en devolver una parte del territorio que acababa de conquistar. Entre dos hombres, tales como D. Pedro y Pedro IV, una cláusula semejante no debía impedir la ratificacion de un tratado: verosimil es que fuese discutida, y si hemos de dar crédito al cronista Ayala, Bernal de Cabrera quedó comprometido en nombre de su amo á dar la satisfaccion solicitada (2). De este modo un doble asesinato iba á sellar la reconciliacion de los dos soberanos y preceder á la union de sus hijos. Esta fue, á decir verdad, la única condicion que pudo

(1) Ayala.—Zurita.

(2) Ayala.—Zurita admite la existencia de este tratado secreto.

obligar á D. Pedro á resignarse á un matrimonio para el cual siempre habia mostrado una viva repugnancia, y sobre todo en este momento, en que enamorado de una dama, llamada Isabel, de la cual habia tenido un hijo, estaba mucho mas dispuesto á darle una corona que á partir la suya con la hija de su antiguo enemigo. Ya hacia tratar á doña Isabel como á una reina, y queria que por do quiera que pasase se le hicieran honores estraordinarios, llegando hasta el punto de exigir que los obispos la acompañasen (1). Entre tanto los plenipotenciarios aragoneses y castellanos estaban de acuerdo sobre las cláusulas patentes del tratado, para lo cual se habian dado primeramente la mano, besándose las en seguida, y despues abrazándose segun antigua costumbre de España (2). El rey de Navarra habia salido garante de las convenciones suscritas por entrambas partes, y habia hecho ocupar por sus tropas muchas ciudades que las dos partes contratantes ponian en sus manos como prendas de su buena fe. La paz parecia asegurada y solo faltaba la aprobacion definitiva de los dos soberanos que en este momento se habian alejado de Murviedro: el rey de Aragon estaba en Castellon de la Plana y D. Pedro en el castillo de Mallon, en el reino de Valencia.

II.

A pesar de la reconciliacion efectuada por los cuidados de Pedro IV entre el conde de Trastamara y el infante D. Fernando poco despues de la batalla de Nájera, los dos principes se odiaban mortalmente y tenian siempre

(1) Cascales. «Hist. de Murcia.»

(2) Zurita.

dividida con sus intrigas á la corte de Aragon. La importancia de D. Enrique se habia aumentado mucho despues de su vuelta, y sobre todo despues del tratado secreto de Monzon. Ya representaba con bastante evidencia el papel de pretendiente y de libertador de Castilla, y queria ser tenido como el jefe de los emigrados y como el único competidor de D. Pedro. Aunque Pedro IV no lo tratase todavía abiertamente como á un soberano favorecia en toda ocasion sus tendencias orgullosas y le mostraba una parcialidad manifiesta. D. Fernando tenia sobre la corona de Castilla pretensiones mucho mejor fundadas que don Enrique, porque la legitimidad de los hijos de María de Padilla permanecia siempre sospechosa, y su reconocimiento por las cortes de Sevilla y de Bubierca no tenia mas fuerza que la de un acto arrancado por el temor; de este modo si D. Pedro moria jóven habia una gran probabilidad de que la nacion no vacilaria entre un niño incapaz de gobernar y un principe belicoso, cuyos títulos eran los únicos legítimos á los ojos de un gran número de gentes. Enrededor de D. Fernando se agrupaban los ricos-homes mas notables emigrados de Castilla; poseedor de vastos dominios en Aragon, y disponiendo de un pequeño ejército y de una numerosa clientela, el infante era demasiado poderoso para no causar sombra á un principe tan desconfiado y tan celoso de su autoridad como era Pedro IV, que nunca habia visto en su hermano mas que un rival y un enemigo, y que se estremecia al pensar que ese principe, hoy vasallo suyo, podria ser mañana un soberano mas poderoso que él. En el conde de Trastámara, por el contrario, encontraba esa docilidad y delicadeza que tanto agrada á los déspotas. A cualquier precio que un desterrado compra la proteccion de que tiene necesidad siempre la recibe como un beneficio, y de aquí

esa preferencia acordada al conde de Trastámara y esos compromisos extraordinarios que no temia contraer con un aventurero.

Cuando la agresion imprevista de los castellanos obligó á Pedro IV á buscar por todas partes soldados, el infante y muchos ricos-homes aragoneses se opusieron vivamente á la admision de la compañía de aventureros que don Enrique mandaba. «¿Por qué comprar tan caramente, decian, los servicios de un extranjero, cuando tan mal se recompensan los nuestros? En vano reclaman nuestros soldados su haber, y todo se concede á los del bastardo de Castilla.» Vanas fueron estas representaciones; D. Enrique reapareció en Aragon, y el rey prohibió á todos, menos á él, que reclutasen gentes en Francia (1). Era evidente que esta orden tendia á disminuir las fuerzas y la importancia de D. Fernando; mas sin embargo, y á despecho del rey, un gran número de aventureros, la mayor parte emigrados castellanos, despues de haber pasado los montes con el conde de Trastámara lo dejaron para ir á alistarse en la bandera del infante de Aragon, á quien consideraban como su señor natural; y ¡cosa notable! los primeros que dieron el ejemplo de esta desercion fueron los mismos hermanos de D. Enrique, D. Tello y D. Sancho. El rey de Aragon se manifestó vivamente ofendido; pero en medio de una guerra cruel, acosado por un enemigo tal como D. Pedro, la prudencia le obligaba á disimular su resentimiento, que solo dejaba vislumbrar por una serie de humillaciones y desaires sistemáticos, con los cuales atormentaba á su hermano, al mismo tiempo que afectaba los miramientos cada vez mas lisonjeros para D. Enrique.

(1) Zurita.

Furioso de ver siempre bien pagadas las bandas del bastardo, mientras que las suyas carecian de lo necesario, el infante no perdonó ni las súplicas ni aun las amenazas. Hallándose en Zaragoza, cansado de reclamar inútilmente el sueldo debido á sus tropas, entró á viva fuerza en casa de un tesorero del rey, hizo romper sus arcas á hachazos, y distribuyó á sus gentes lo que contenian (1). Este golpe atrevido tenia lugar en el momento mismo en que D. Pedro amenazaba á Valencia, con riesgo de ser tomada, si los refuerzos que el infante conducia no hubiesen puesto al ejército aragonés en estado de presentarse para hacer levantar el sitio. Sin duda que la accion tenia una excusa en el inminente peligro y en la necesidad de satisfacer á los soldados para contenerlos bajo sus banderas, cuando tanto importaban sus servicios; pero Pedro IV olvidó que tal vez debia á esta victoria la conservacion de la segunda capital de su reino, y solo vió en ella un acto de vandalismo, ó mas bien de autoridad, que no le perdonó. La enemistad palpitante entre los dos hermanos era alimentada hábilmente por el conde de Trastamara, trabajando cada dia por envenenarla mas y mas. Resuelto á exasperar al infante, cuyo carácter violento é impetuoso conocia, aconsejaba al rey todas las medidas que podian llevar la irritacion á su colmo y producir por último una esplosion terrible. Para ejecutar este complot encontró un auxiliar poderoso en uno de sus propios enemigos, que era Bernal de Cabrera; y sin concertarse, ambos á dos trabajaron con igual ardor en la pérdida de D. Fernando (2). Cabrera odiaba igualmente al infante y al conde de Tras-

(1) Zurita.

(2) Feliu. «An. de Cataluña.»

tamara, no solo como á los dos hombres que le disputaban su autoridad, en otro tiempo omnipotente en Aragon, sino tambien como á los adversarios declarados de su politica. Siempre habia aconsejado á su amo que hiciese la paz con el rey de Castilla y que no espusiera su reino á las mayores desgracias por los intereses de extranjeros turbulentos, y por esto lo acusaron de haber sido ganado por D. Pedro; pero esta imputacion, que nadie autoriza, no es necesaria para explicar su conducta. Representante del partido aragonés en la corte de Pedro IV era necesariamente el enemigo abierto de la bandería de los castellanos emigrados.

Desde el momento en que fueron públicos los preliminares del tratado concluido en Murviedro, el infante, que acababa de oponerse con todos sus esfuerzos á un acomodo con el rey de Castilla, anunció claramente que siendo inútiles sus servicios á su pais iba á pasar á Francia para ofrecer su espada al regente, seguro de que trataria segun sus méritos á los bravos que militaban á sus órdenes. Su tropa, ó, como se decia entonces, su compañía, estaba compuesta de cerca de mil lanzas de emigrados castellanos y de sus vasallos aragoneses, viejos soldados adictos todos á su fortuna. Al saber esta declaracion demostró Pedro IV la mayor sorpresa, y mandó decir á su hermano que le pedia permaneciese á su servicio, prometiendo satisfacerlo cumplidamente en lo sucesivo. En este momento estaba dividido el ejército aragonés en dos campamentos muy inmediatos entre si, pero que se observaban con todas las precauciones que se toman en presencia del enemigo. Por una parte el infante ocupaba á Almanzora con sus hombres de armas, y por otra el rey se habia alojado en Castellon de la Plana con las tropas de su casa y la compañía del conde de

Trastamara. Despues de largas conferencias pareció que D. Fernando se rendia á las representaciones de los enviados del rey y á las súplicas que le dirigian un gran número de ricos-homes aragoneses, cuyo afecto hacía su persona conocida, y consintió en permanecer en Aragon, aceptando la entrevista que se le proponia en Castellon, para oir de boca misma del rey la confirmacion del tratado que para siempre lo adheriria á su servicio. Pedro IV lo recibió con los brazos abiertos y le invitó á comer con algunos señores aragoneses y castellanos. Era el 10 de julio, tiempo del mas intenso calor, y despues de la comida se retiró el infante á una sala baja para dormir la siesta, segun la costumbre española. Rara vez se separaba entonces un gran señor de sus familiares, especie de guardia que exigia tanto la prudencia como el fausto feudal, y D. Fernando estaba acompañado por cuatro de sus caballeros, dos castellanos y dos aragoneses: uno de los primeros era Diego Perez Sarmiento, antiguamente muy favorito de D. Pedro, y á quien vimos pasar á Aragon poco despues de la batalla de Araviana. De improviso se presenta un alguacil de corte en la puerta de la sala, despierta al infante y le declara en nombre del rey que es su prisionero. «¡Yo prisionero! esclama D. Fernando saltando de la cama; ¿quién se atreve á prender á gente de mi condicion?» En el mismo instante tira de la espada y esclama á su vez Perez Sarmiento: «Antes morir con las armas en la mano que rendirse.» El alguacil huyó y ellos se parapetan en la sala con muebles y se disponen á vender caras sus vidas. Apenas resonó el primer grito de alarma en la habitacion del rey cuando apareció el conde de Trastamara á la cabeza de una tropa numerosa y armada de todas armas, precaucion que indicaba claramente que la causa del tumulto le era cono-

cida de antemano. Mientras que unos se esforzaban por romper á hachazos la puerta de la sala, otros abrian agujeros en el techo para tirar sobre las cinco victimas: en tal estremidad, y no escuchando el infante mas que su valor, abre por sí mismo la puerta, y con espada en mano se precipita sobre los sitiadores seguido de los dos emigrados de Castilla. Fuese cobardía ó traicion, los dos caballeros aragoneses saltaron por una ventana y consiguieron salvarse. Al ver el infante á D. Enrique se lanza sobre él como un furioso, y del primer golpe tira muerto á sus pies á un escudero del conde que se había puesto delante de su señor. Sin mas armas que sus espadas estos tres hombres, exaltados por la desesperacion, hicieron retroceder un instante á la multitud de sus adversarios; ¿pero qué podia el valor contra una tropa numerosa y cubierta de hierro? Herido el infante por Pero Carrillo, mayordomo del conde de Trastámara, cayó en tierra acribillado de golpes, y Sarmiento y su compañero se hicieron matar sobre su cuerpo (1).

La noticia de este asesinato pasó en un instante al campo de Almanzora, y persuadidos D. Tello y D. Sancho de que el rey de Aragon les reservaba la misma suerte gritaron á las armas desplegando la bandera del infante y se forman en batalla con toda su compañía á la entrada del pueblo. Pronto vieron llegar á D. Enrique con sus castellanos, reforzados por muchas bandas aragonesas. Dióse por ambas partes el grito de guerra, y ya bajaban las lanzas para cargarse cuando un heraldo, revestido de su tabardo con las armas de Aragon, se adelanta entre los dos ejércitos y grita en nombre del rey que nada tenían

(1) Ayala.—Zurita.—Carbonell.

que temer los emigrados si permanecian en su deber, y que el rey no los creia cómplices en la traicion, cuya pena acababa de sufrir su jefe. Al mismo tiempo el conde, quitándose el almete y llamando á los principales caballeros de la compañía del infante, los conjuró á que no se espusieran á una pérdida cierta rehusando obedecer las órdenes del rey de Aragon. Ahora que D. Fernando habia muerto sus soldados solo podian optar entre dos partidos: ó salir de España, ó servir fielmente al príncipe que los habia acogido en sus estados. Habituaados á la vida de aventuras la mayor parte de ellos no tenian otro medio de existencia que su lanza y su caballo; y como D. Enrique hacia brillar á sus ojos el oro del rey de Aragon y les aseguraba que en lo sucesivo les seria pagado exactamente su sueldo, casi todos consintieron en engancharse en su compañía. Despues del infante el conde de Trastamara ocupaba el primer rango entre los emigrados de Castilla, y naturalmente debia heredar un ejército á cuyo jefe acababa de hacer degollar. Viéndose abandonados D. Tello y D. Sancho se sometieron como los otros, y D. Enrique incorporó sin oposicion los emigrados de Almanzora en sus propias fuerzas; pero algunos señores aragoneses, menos confiados que los castellanos en las promesas de amnistia de su señor, abandonaron precipitadamente su corte. El vizconde de Cardona huyó de Castellon con todos sus vasallos, y no se creyó seguro hasta encontrarse entre los muros de su castillo feudal (4).

III.

Parecia que la muerte de D. Fernando habia de hacer

(4) Ayala.—Zurita.—Carbonell.

mas fácil la ratificación de la paz. Estaba convenido entre los plenipotenciarios castellanos y aragoneses y el rey de Navarra, que había aceptado el papel de árbitro, que la ejecución de la cláusula principal del tratado; es decir, la entrega de las plazas cedidas recíprocamente, tendría lugar el 20 de agosto; y el 4 del mismo mes se reunieron en Tudela para arreglar las últimas formalidades. Presentando los castellanos dificultades nuevas pretendieron aplazar la entrega de las plazas que debían ser devueltas al rey de Aragon, y se comenzó á temer que tuviesen instrucciones secretas para romper el tratado. Lejos de dispersarse el ejército castellano recibía diariamente refuerzos; en toda la frontera de Castilla solo se veían preparativos de guerra, y en Sevilla, donde había ido D. Pedro durante las conferencias de Tudela, se armaba con actividad una escuadra formidable, á la que se agregarían diez galeras enviadas por el rey de Portugal. Todo anunciaba que D. Pedro reunía sus fuerzas para una nueva campaña, y el rey de Aragon, en la triste situación de sus negocios, no podía esperar que le fuese mas afortunada que las precedentes, á menos que consiguiese dividir á sus enemigos.

Sabemos que el rey de Navarra no había tomado parte en la guerra sino obligado por una especie de sorpresa, pues temía tanto como el aragonés la ambición de D. Pedro, y su interés manifiesto era oponerse al engrandecimiento de tan peligroso vecino. Mezcla de timidez, de avaricia y de perfidia, el carácter del rey de Navarra se reasume en el renombre de *Cárlos el Malo* que le dieron sus contemporáneos y que la posteridad ha confirmado despues. Un principillo no existía entonces sino á fuerza de astucia y de duplicidad, y así merecía el nombre de político. Tratábase para el rey de Aragon de com-

prar su alianza, ó cuando menos su neutralidad, y aquí comienza una serie de intrigas oscuras, en las que Pedro IV., Carlos y el conde de Trastamara luchan en amañes, desconfianza y mala fe. Segun Zurita, que parece haber consultado sobre estas negociaciones documentos perdidos en el día, fue propuesta por Pedro IV al rey de Navarra una entrevista secreta á instigacion de D. Enrique (1). Si este dió el consejo el aragonés solo se ocupó de sus propios intereses. Los dos monarcas se vieron con mucho misterio el 25 de agosto en Uncastillo, sobre el mismo límite de sus estados. Combatido Carlos por la codicia y el temor que le inspiraba el poder de D. Pedro acabó, despues de largas vacilaciones, por prometer una alianza secreta, á condicion de que le fuera caramente pagada. Aquí refiero segun el concienzudo analista de Aragon, que desgraciadamente no ha citado sus autoridades, las principales condiciones del pacto concluido entre las dos coronas. Una suma considerable de dinero que debia ser contada al Navarro en un plazo de cuatro meses y muchas plazas importantes puestas en sus manos responderian del pago, porque ninguna confianza podia tener en una promesa cuando no tenia prendas para garantirla; y tambien se comprometia el de Aragon á darle subsidios para pagar sus tropas, aun en el caso de que no operasen inmediatamente contra Castilla. Estipulose, en fin, que si Carlos, por cualquier medio que fuese, llegaba á hacer morir á D. Pedro ó á entregarlo al rey de Aragon, este pagaria la cabeza de su enemigo con un

(1) Zurita.—No he encontrado trazas de estas negociaciones en los archivos de Barcelona; pero Zurita es por punto general tan exacto, que no dudo tuviera á su disposicion datos positivos.

donativo de doscientos mil florines y la cesion de la ciudad y territorio de Jaca.

Ya hemos visto que en todas las transacciones diplomáticas se pretendia estrechar las ligas políticas por medio de matrimonios. Pedro IV pidió la mano de una hermana del rey de Navarra para su hijo el duque de Girona, poco antes prometido á la hija de D. Pedro por el tratado de Murviedro. En caso de agresion de los franceses Aragon debia tomar partido por Navarra y defender sus posesiones mas acá y mas allá de los montes: en resumen, Cárlos obtenia del rey de Aragon las ventajas que habia encontrado en su alianza con Castilla, y ademas subsidios que á sus ojos tenian mas precio que una proteccion incierta. Con estas condiciones se comprometia á declararse contra D. Pedro, conservando siempre la facultad de elegir el momento que juzgase mas favorable; en otros términos, aquel en que creyese no tener ningun peligro que correr.

No debo olvidar las precauciones minuciosas y extrañas concertadas entre los dos reyes para asegurar el cumplimiento exacto de todos estos convenios, pues demuestran el punto de refinamiento á que habia llegado la política en el siglo XIV. Claro es que hombres que conocian sus numerosos perjurios no se fiasen de juramentos pronunciados ante los altares y que necesitasen prendas materiales y sólidas contra su mala fe. Primero se estipuló que las plazas ofrecidas por Pedro IV en garantía de los subsidios prometidos serian entregadas á un caballero aragonés, llamado Pedro Aleman, el cual deberia comenzar por *desnaturalizarse*; es decir, por reconocerse vasallo de Cárlos prestándole juramento. Este cambio de nacionalidad tenia por objeto exonerar al gobernador depositario de una plaza de la obediencia debi-

da á su señor natural. El navarro pidió tambien que Bernal de Cabrera, del cual desconfiaba, suscribiese el tratado y saliese garante de su leal ejecucion, para cuyo efecto se haria deudo suyo y vendria á residir á sus estados. Por este cuidado de multiplicar sus precauciones demostraban ambos reyes la poca confianza que tenian en sus propios juramentos y confesaban que la palabra de sus caballeros valia mas que la suya. Un punto importante y difícil era ocultar todas estas transacciones á D. Pedro, aun cuando fuese por poco tiempo, pues la entrega de las plazas y el cange de rehenes podian denunciarlas. Pedro IV consentia en entregar á su ministro; pero en cambio pedia al infante Luis de Navarra, y se convino en que el príncipe se dejaria sorprender, cayendo prisionero de D. Enrique, que lo conservaria por cuenta del aragonés.

Los dos monarcas estaban de acuerdo; pero cuando fue preciso dar parte de estas convenciones á Bernal de Cabrera encontraron en él la oposicion mas terca. El astuto ministro no tuvo trabajo en adivinar la influencia del conde de Trastámara en todas estas intrigas, y comprendió que el bastardo no queria alejarlo de la corte de Aragon sino para dominar solo en ella y quizás para perderlo. Por mucho tiempo rehusó cambiar de nacionalidad; pero vencido por las instancias y promesas de Pedro IV cedió al fin, aunque con disgusto, y prestó el juramento de homenaje al rey de Navarra, con la restriccion de que no podria exigir de él nada que fuese contrario al servicio del rey de Aragon ó del duque de Gerona, su hijo. En cuanto á entregar su persona al navarro, su nuevo soberano era demasiado prudente para consentir en ello, y siempre encontró algun pretesto para permanecer en Aragon.

El tratado de Uncastillo fue firmado por los dos reyes, por cierto número de ricos-homes y por el conde de Trastámara; pero algunos artículos permanecieron secretos para este último. Despojado de una parte de sus estados Pedro IV no abandonaba la esperanza de hacer conquistas en Castilla, y ya las repartía con su nuevo aliado, estipulando que, si llegaban á espulsar á D. Pedro de sus dominios, los reinos de Murcia y de Toledo serian reunidos al Aragon, y que Carlos tendria por su parte de despojos las provincias de Castilla la Vieja y Alava, que en época muy remota habian formado parte de la corona de Navarra, garantizándose mutuamente este aumento del territorio contra D. Enrique para el caso en que intentase ponerle algun obstáculo (1). Esta era la tercera vez que Pedro IV dividia la Castilla en imaginacion: primero con D. Fernando, despues con D. Enrique, ahora con el rey de Navarra, y siempre sin poseer en ella una pulgada de terreno. Esta presuncion es singular en un príncipe tan prudente, á quien no cegaba su ambicion hasta

(1) Zurita.—Segun Ayala esta entrevista tuvo lugar en Sos y no en Uncastillo; y refiere que los aliados, despues de haber firmado el convenio que hemos referido, quisieron sellarlo con el asesinato de D. Enrique; pero falló el golpe por no prestarse á esta traicion el castellano de Sos. Esta es la version de Ayala, en mi concepto inverosímil, pues es evidente que en esta época gozaba D. Enrique del mayor favor cerca del rey de Aragon. Acababa de obtener la muerte del infante, lo cual no era muy difícil sin duda; pero si que comenzase á suplantar á Cabrera, mediador infatigable de la paz con Castilla. Tal proyecto no podia tener otro motivo que el deseo de obtener la paz con Castilla. ¿Pero cuál era el objeto de la alianza de los reyes de Aragon y de Navarra sino proseguir esa guerra á todo trance? Probablemente repitió Ayala los rumores esparcidos entre los emigrados castellanos, que despues de la muerte del infante siempre esperaban alguna nueva traicion de Pedro IV.

el panto de perseguir una quimera. ¿No será esto una prueba de su claro juicio? Mientras que D. Pedro sembraba á lo lejos el temor una tempestad terrible se formaba á sus espaldas: ya no era una parte débil de su nobleza que queria reconquistar sus privilegios; era toda la nacion castellana, que cansada del despotismo tendia los brazos á un libertador. Pedro IV conocia bien la situacion de su enemigo y no desesperaba.

Poco tiempo despues cabalgaba mal acompañado el infante Luis de Navarra por la frontera de Aragon, y cayó en una emboscada, donde fue hecho prisionero por el conde de Denia, hijo del infante En Pere y hermano de armas del conde de Trastamara. Al saber este golpe los capitanes castellanos gritaron traicion y corrieron á las armas, pidiendo se les entregara el castillo de Castelfavib, que con arreglo á las convenciones de Murviedro estaba depositado en manos de un gobernador navarro, el cual lo ocupaba en nombre de su amo, árbitro y garante del tratado. Bien que los castellanos no fuesen juguete de la fingida sorpresa del infante D. Luis, ó bien que sospechasen al gobernador de inteligencia con el aragonés, por cuanto rehusaba abrirles las puertas, ellos embistieron al castillo, y despues de una resistencia vigorosa fueron pasados á cuchillo la guarnicion navarra y los aragoneses que la sostenian (1). Por todas partes vuelven á comenzar las hostilidades. Saliendo D. Pedro de Sevilla al primer rumor de guerra corrió á la frontera de Murcia, y encontrando ya reunidas sus tropas se lanzó sobre el reino de Valencia, tomando en algunos dias á Elche, Alicante y otras muchas plazas que en otro tiempo habian

(1) Zurita.

hecho parte del patrimonio del infante D. Fernando. Des-
haciase en quejas contra la mala fe de sus enemigos y
juraba hacer en ellos una venganza ejemplar; las apa-
riencias estaban en su favor, y parecia que esta vez re-
chazaba una provocacion desleal. Sea que no reconociese
aun los nuevos compromisos del rey de Navarra; sea que
despreciase demasiado á este principe para temerlo, di-
rigió sus esfuerzos hácia el Sur y anunció el intento de
marchar sobre Valencia en el momento en que su escua-
dra se viera en estado de hacer una poderosa diversion
sobre la costa (1).

Esta brusca invasion y los progresos irresistibles de los
castellanos aumentaban las alarmas del aragonés y ser-
vian poderosamente á los proyectos ambiciosos de don
Enrique: mientras mas apremiante era el peligro mas se
engrandecia su papel. General de un ejército ya numero-
so, y reconocido por los emigrados como pretendiente al
trono de Castilla, exigia ahora que el rey de Aragon lo tu-
viese espresamente como tal. Parece que reinaba enton-
ces algun desaliento entre los desterrados castellanos,
pues fuera por desconfianza en el éxito, fuera por pena
de la muerte del infante, su antiguo jefe, muchos de ellos
hablaban de pasar á Francia, tomar en ella servicio y hacer
la vida de aventuras en un pais donde habian hallado for-
tuna tantos extranjeros. D. Enrique alimentaba estas dis-
posiciones y vociferaba públicamente el favor de que go-
zaba en la corte de Francia y las magnificas ofertas que
de ella habia recibido. Anunciar el deseo ó la intencion de
pasar los Pirineos era un medio seguro de hacer pagar
mas caros sus servicios al rey de Aragon que veia al ene-
migo en el corazon de su reino.

(1) Ayala.—Zurita.

El 10 de octubre de 1363 se firmó un nuevo tratado en Benifar entre el rey de Aragon y D. Enrique para confirmar y esplicar las reducidas convenciones de Monzon. Tratábase de determinar exactamente cuál era esa sesta parte de la Castilla que debia ser cedida por el pretendiente. D. Enrique se obligó á entregar á Pedro IV el reino de Murcia y diez ciudades importantes de las dos Castillas (1) á titulo de indemnizacion por los gastos considerables que iba á arrastrar consigo la conquista; y por su parte el rey prometió conducir por sí mismo un ejército aragonés para apoyar la invasion. Informado de que D. Enrique trataba secretamente con el rey de Navarra, porque cada uno de los tres aliados tenia sus intrigas particulares, temió que Carlos diese mas precio por su venta, y estipuló que cualquiera que fuese la parte de este último en la conquista de Castilla la parte de Aragon seria tres veces mas considerable. Es de notar que este tratado tan importante fue firmado únicamente, contra el uso, por dos testigos, simples caballeros y ugiere de armas del rey de Aragon (2). Estas convenciones fueron aceptadas sin dificultad por el conde de Trastamara; pero se mostró exigente sobre las garantías que debian asegurar su ejecucion: pidió rehenes, y no rehenes ordinarios, en razon á la gravedad de las circunstancias. Primero quiso que un hijo del rey, el infante D. Alonso, fuese puesto en manos de un tercero que él debia nombrar para que lo tuviese en un castillo fuerte, y despues designó ademas á los hijos de los principales consejeros de Pedro IV, porque los

(1) Requena, Moya, Otiel, Canyet, Cuenca, Molina, Medina-Celi, Almazan, Soria y Agreda. Recuérdese que en el tratado de Uncastillo se reservó Pedro IV «todo el reino de Toledo.»

(2) «Arch. gen. de Aragon.» Benifar 10 de octubre de 1363.

niños, como mas fáciles de custodiar que los hombres, eran preferidos por los negociadores prudentes. Tuvo cuidado de pedir al nieto de Cabrera, su enemigo, á fin de tener una garantía contra la mala fe de este ministro, de quien sospechaba, no sin razon, que quisiese comprar á sus espensas la paz con Castilla. El rey de Aragon prometió á su propio hijo, y obtuvo el consentimiento y la firma de sus consejeros, inclusa la del mismo Cabrera, sin comunicarles, al parecer, las cláusulas del tratado que sus hijos debian garantir (1). Todavía no era nada tener promesas, y promesas firmadas; era preciso que los rehenes fuesen entregados realmente, y los consejeros del rey, sobre todo Cabrera, demostraban tanta repugnancia á cumplirlas que era bastante evidente que su adhesion habia sido sorprendida ó forzada (2). Entre tanto D. Enrique, tranquilo espectador de los progresos de don Pedro, solo se ocupaba de hacer subsistir su compañía y de proporcionarles cómodos cuarteles: sabia que estaba próximo el momento en que seria necesario someterse á todas sus exigencias.

IV.

El rey de Navarra, por otra parte, no se mostraba mas celoso por servir á su nuevo aliado, quien, en la penuria de su hacienda, no podia suministrarle los subsidios prometidos. Pero en su cualidad de árbitro elegido para la ejecucion del tratado de Murviedro pronunció contra don

(1) «Arch. gen. de Aragon.» Convencion para cange de rehenes. Benifar 6 de octubre. «Indice alfabético del rey D. Pedro IV.»—Ratificación del convenio precedente. Benifar 10 de octubre de 1363. Ibid.

(2) Feliu. «An. de Cataluña.»

Pedro y se autorizó con su decision, no para hacerle la guerra, sino para observar la neutralidad. Ya esto era mucho; pero Pedro IV quiso obtener mas, y pidió á Carlos una segunda entrevista, en la cual se convino que D. Enrique se hallase en ella, porque ya tenia bastantes soldados para que se tratase con él como de potencia á potencia. Nada pinta mejor las atroces costumbres del siglo XIV que los contratos sin cesar renovados, los juramentos prodigados sin pudor, y sobre todo la desconfianza que se manifestaban en todas ocasiones estos principes que acababan de jurarse sobre los Evangelios una amistad eterna. El castillo de Sos, en la frontera de Navarra, fue escogido para esta conferencia; pero antes de concurrir á ella quiso D. Enrique que el mando de la plaza fuese dado á un señor aragonés que él designaria, y fijó el número de hombres de que se compondria tanto la guarnicion como el séquito que cada uno llevase: cuando entró en Sos dejó delante de los fosos ochocientos hombres de armas de su compañía. Allí debatieron de nuevo las condiciones de una alianza entre los dos reyes y las de un tratado particular de estos con el conde de Trastamara. A falta de dinero prometió Pedro IV entregar al navarro muchas ciudades de su reino como fianza de los subsidios que la escasez de su tesoro le obligaba á aplazar. En seguida procedieron los tres confederados á la particion de la Castilla, modificando el tratado de Benifar y haciendo á Carlos ventajas considerables, pues debia quedarse con Castilla la Vieja y Vizcaya y algunas ciudades de Castilla la Nueva, entre otras Soria y Agreda, cedidas poco antes al rey de Aragon. La parte de este último se componia de los reinos de Murcia y de Toledo. D. Enrique dió en rehenes á su hija doña Leonor, á su hijo natural, llamado D. Alonso Enriquez, y á los de muchos emigrados: el rey

de Navarra entregó al infante D. Martín, su hijo, y á muchos jóvenes de las primeras familias de su reino; y el conde de Trastámara exigió además que todos los señores navarros prestasen juramento sobre la Eucaristía de acompañarlo á su expedición en Castilla y de servirle fielmente, so pena de ser declarados infames y traidores (1).

A pesar de tantos juramentos y de tantas minuciosas precauciones el tratado de Sos tuvo la misma suerte que los convenios que le habían precedido: el rey de Aragón no suministró subsidios; el de Navarra continuó observando la neutralidad, y solo D. Enrique ganaba en estas negociaciones, en las cuales era tratado como soberano, y en las que solo daba lo que aun no poseía. En cambio de esto alcanzaba del rey de Aragón el sacrificio del único hombre que aun podía destruir sus ambiciosos proyectos: la pérdida de Bernal de Cabrera fue resuelta en Sos y muy pronto cumplida.

La negativa mas ó menos diestramente disimulada de entregar á su nieto en rehenes no era la primera señal que había dado de su oposicion al engrandecimiento del conde de Trastámara, pues jamás había cesado de aconsejar al rey que le retirase su proteccion ó hiciese una paz sincera con Castilla, cosa que aun en este momento creía Cabrera posible. Ordinariamente ven los despotas con placer las rivalidades de sus vasallos, pues los celos y el odio de sus cortesanos les dan muchas veces á conocer la verdad. Siguiendo los consejos de D. Enrique tal vez Pedro IV hubiera continuado contemplando á Cabre-

(1) Refiero, segun Zurita, el tratado de Sos, cuyas huellas no he podido encontrar en los archivos de Aragón. Segun este cronista, siempre tan exacto, el tratado tuvo lugar el 2 de marzo de 1364.

ra si el odio del bastardo no hubiera estado poderosamente secundado por el rey de Navarra, por la reina de Aragón y por una gran parte de los súbditos de Pedro IV. Los catalanes, sobre todo, irritados de tiempo atrás por la administración parcial y tiránica de Cabrera negaron al rey subsidios si no hacia justicia de un ministro aborrecido (1). Solo contra todos, y no teniendo mas apoyo que un amo ingrato y sin corazon, sintiendo Cabrera que su crédito se debilitaba de dia en dia demostró en varias ocasiones su deseo de abandonar el timon de los negocios, anunciando la intencion de resignar todos sus empleos y acabar su vida en el retiro. Tal vez no era sincero al ofrecer de este modo dejar el campo libre á sus enemigos, pues era raro en esta época que semejante renuncia no fuese el preludio de una rebelion abierta, y los reyes del siglo XIV tenian la costumbre de no separar á un ministro de sus consejos sino para enviarlo al cadalso. Pedro IV rehusó aceptar la dimision de Cabrera, y en varias ocasiones le dió seguridades de que continuaba en su buena gracia: á fuerza de promesas y de adulaciones consiguió engañar su desconfianza y atraerlo al castillo de Almúdover, donde habia ido con D. Enrique y el rey de Navarra poco tiempo despues de las conferencias de Sos. Es extraño que el astuto político que acababa de hacer caer al infante D. Fernando en un lazo semejante no reconociese el peligro sino cuando ya se encontraba en manos de sus adversarios. Apenas habia llegado al castillo de Almúdover cuando el de Navarra y D. Enrique se presentaron á pedir cuenta al rey de Aragón de un rumor que, segun ellos, se habia esparcido en todo el ejército, pues aca-

(1) Zurita.

habían de advertirles que ambos iban á ser asesinados por orden suya (1). En este tiempo no tenía nada de improbable semejante rumor, y el mismo Pedro IV nos hace conocer esta acusación, concertada, según toda apariencia, entre los enemigos de Cabrera. El rey se justificó y quiso descubrir los autores de esta calumnia; al instante le nombraron á su ministro; pero advertido este del complot ya había tomado la fuga. No fue necesario más para que lo declarasen culpable de los crímenes menos averiguados y absurdos (2), y perseguido con calor pronto fue preso y entregado á su nuevo soberano el rey de Navarra, quien después de haberlo encerrado por algún tiempo en un calabozo, avergonzado quizás del papel de verdugo, lo entregó á Pedro IV, su señor natural: después de un juicio irrisorio rodó la cabeza de Bernal de Cabrera (3). Su hijo, el conde de Osona, prisionero en Castilla desde el sitio de Calatayud, obtuvo de D. Pedro el favor de ser puesto á rescate: muy luego tomó servicio en Castilla, y habiéndose desnaturalizado aceptó el mando de una de las galeras enviadas de crucero á las costas de Aragón (4).

El conde de Trastámara encontraba reyes para matar á sus enemigos políticos y se encargaba de vengar por sí mismo sus injurias particulares. Pero Carrillo ocupaba el primer rango entre los señores castellanos adictos á su fortuna que formaban su reducida corte. El era su mayordo-

(1) Carbonell.

(2) Llegaron hasta á acusarlo de haber encargado al almirante Perrellós que insultase al rey de Castilla en el puerto de San Lúcar y de haber provocado esta guerra, contra la cual nunca cesó de protestar.—Zurita.

(3) Zurita.

(4) Zurita.

mo, que jamás lo había abandonado desde su fuga de Sevilla en 1350; á él debía su libertad la condesa de Trastámara; él era quien había dado el primer golpe al infante de Aragon, y jamás se había desmentido su fidelidad en medio de las intrigas y disensiones continuas que dividian á los emigrados en enemigas facciones. Buscábase una causa á una adhesion tan rara en esta época, y la atribuian en voz baja al amor que doña Juana, hermana de D. Enrique, había inspirado á Pero Carrillo. Ya he contado cómo esta señora, casada primero con D. Fernando de Castro, lo había abandonado poco tiempo despues para ir á vivir en Aragon al lado de su hermano. Su matrimonio había sido disuelto por causa de parentesco, y D. Fernando profesaba un odio mortal á D. Enrique, acusándolo de haber tomado este pretexto para romper una union que al principio había favorecido. En Aragon distinguió doña Juana á Carrillo; pero el orgullo del bastardo se indignó de que un simple caballero olvidase el respeto debido á la sangre de los reyes. Es un proverbio español que «á secreta injuria secreta venganza;» y habiendo atraído D. Enrique á Carrillo á un lugar apartado estando en una partida de caza, lo mató con un dardo. En las costumbres del tiempo podía pasar por un acto honroso este asesinato, pues un hermano era el señor de su hermana y el guardian celoso de su honor. Así es que Ayala, celoso ordinariamente por escusar los crímenes del principe á quien debió su fortuna, refiere este asesinato sin comentarios, teniéndolo sin duda por justificado segun las leyes de la caballería.

XVIII.

Guerra en el reino de Valencia.—1364—1365.

MIENTRAS que el rey de Aragon y el conde de Trastámara luchaban en astucia y en perfidia, y en tanto que asesinaban á sus mas fieles servidores, D. Pedro arrasaba impunemente el reino de Valencia y ponía sitio á la capital. Dueño de la mayor parte de las ciudades de las cercanías estableció su cuartel en el Grao, á fin de cortar las comunicaciones de los sitiados con la mar y asegurar las suyas con su escuadra, esperada de un momento á otro. Valencia tenia una guarnicion numerosa y un gobernador fiel y valiente; pero estaba mal provista, porque la invasion de los castellanos habia destruido el año precedente la cosecha y hecho refluir á la ciudad casi toda la poblacion de los campos. Al cabo de algunos dias de bloqueo faltó el pan, quedando solo arroz para alimentarse, y esto en poca cantidad. Si tardaban algunas semanas los socor-

ros pedidos con instancia y repetidas veces al rey de Aragón Valencia era perdida; y D. Pedro, que no ignoraba la angustia de los sitiados, se limitaba á cerrar el paso á todos los convoyes, esperando con paciencia, encerrado en su campamento, que el hambre combatiese por él. Sus cuarteles estaban fortificados con esmero, y solo tenia que rechazar salidas que no podian producir resultado. Durmiéndose en esta seguridad engañadora no sospechaba absolutamente que tuviera un ejército aragonés en la orilla derecha del Ebro. Despues de mucho tiempo perdido en sus negociaciones con el rey de Navarra, pensando al fin Pedro IV en la situacion alarmante de Valencia, habia obtenido á fuerza de súplicas que D. Enrique reuniese sus tropas al ejército de Aragón. Creyéndose entonces en estado de ofrecer la batalla avanzó hácia Valencia á marchas forzadas, mientras que su escuadra, cargada de municiones de toda especie, seguia sus movimientos costeando la orilla. Instruido de la posicion de los castellanos esperaba caer de improviso sobre sus cuarteles y obtener una victoria fácil sorprendiéndolos dispersados. Su ejército, compuesto de cerca de tres mil hombres de armas (1) y de siete á ocho mil peones, avanzaba rápidamente costeando la ribera por rutas no trilladas, y aunque lejos todavia del enemigo el rey habia dado orden, para ocultar mejor su aproximación, que no se encendiesen fogatas durante la noche. Probablemente habria permanecido D. Pedro hasta el último momento en la seguridad mas completa si un aviso enviado por un traidor no le hubiera revelado la inminencia del peligro.

(1) Ayala.—Carbonell da al rey de Aragón mil setecientos veinte y dos hombres de armas. Probablemente solo contó á los aragoneses y no á los castellanos de D. Enrique.

D. Tello no había cesado nunca de mantener relaciones secretas con él, bien fuera porque incierto del éxito quisiere proporcionarse á todo evento los medios de volver á su gracia, bien que celoso de D. Enrique sacrificase sus propios intereses al odio que profesaba á ese hermano cuya autoridad le era insoportable. Ya sabemos que cuando su expedición á Castilla había meditado una defección, descubierta y deshecha por la vigilancia del conde de Trastámara. Por una traición nueva envió esta vez uno de sus escuderos á D. Pedro para advertirle la aproximación y los proyectos del ejército aragonés (1). Grandes fogatas sobre las torres de Murviedro, señal de alarma dada por las avanzadas castellanas, confirmaron muy pronto la relación del escudero, al mismo tiempo que otros fuegos encendidos en lo alto de las montañas anunciaban á los habitantes de Valencia la llegada de sus libertadores (2). D. Pedro no perdió un momento. A la caída de la noche reunió todas sus tropas, levantó el campo y por la mañana ya estaba en Murviedro ocupando una posición ventajosa y defendiendo el camino que conduce á Valencia.

Los castellanos estaban en batalla al pie de los muros de Murviedro cuando el ejército aragonés se presentó en la llanura. Parecía inevitable un conflicto. Pedro IV se apresuró á ordenar sus soldados, y corriendo á lo largo de los batallones á medida que se formaban los arengó y exhortó á cumplir con su deber. «Juro, dijo á los hombres de armas, dar yo mismo el primer golpe: que los pies delanteros de vuestros caballos pisen los de detrás del

(1) Carbonell.—Ayala.

(2) Ayala.—Feliu. «Hist. de Cataluña.»

mio (1).» D. Pedro entre tanto no abandonaba las alturas, y despues de una estacion bastante larga para ofrecerle la batalla la infanteria aragonesa se replegó sobre las montañas y se atrincheró enfrente de los castellanos, mientras que la gendarmeria, tomando la izquierda del camino, se acercó á la mar y siguió en buen orden por la playa su marcha hácia Valencia. Necesitaba pasar un riachuelo bastante profundo por un puente estrecho, y podia temerse que el enemigo se aprovechase del momento en que hubiese pasado la mitad de esta caballeria para caer sobre la retaguardia. El conde de Trastamara se ofreció con su compania para cubrir el desfile; pero el rey de Aragon no quiso ceder á nadie este puesto de honor, y dijo: «Mientras que haya ciento de mis hombres de armas en la ribera izquierda enfrente del enemigo yo permaneceré á su cabeza (2).» D. Pedro con el grueso de sus fuerzas observaba sin hacer un movimiento el desfile de la columna aragonesa. Lo unico que hizo fue destacar contra ella á sus ginetes andaluces y á los moros auxiliares; pero fue en vano que esta caballeria ligera intentase comprometer una escaramuza lanzándole dardos, ó detener al enemigo volteando alrededor de su retaguardia: vestida de hierro la gendarmeria aragonesa no se dignó prestar atencion á adversarios indignos de ella, y sin romper sus filas ni alterar su orden de marcha continuó su movimiento, y llegó pronto á la Huerta sin haber sido cortada. Al mismo tiempo la escuadra echaba anclas en el Grao y desembarcaba víveres y municiones que al instante fueron

(1) Carbonell.

(2) Carbonell.

dirigidos á Valencia. Los habitantes acogieron á Pedro IV. con trasportes de alegría, que probaban bien la angustia á que habian estado reducidos, y todos se apiñaban á su paso besando sus manos, su armadura y hasta el arnes de su caballo (1). Estos testimonios de amor de los aragoneses por su señor contrastaban de un modo extraño con los sentimientos que D. Pedro inspiraba á sus vasallos: solo habia conseguido este hacerse temer.

Esta era la segunda vez que en el mismo lugar y casi en las mismas circunstancias rehusaba D. Pedro una batalla decisiva ó perdía la ocasion de darla. Puede suponerse que la vez primera, viendo debilitado su ejército por los destacamentos dejados en sus nuevas conquistas, creyó prudente no aventurar un conflicto general contra un enemigo superior en número; pero ahora sus fuerzas eran por lo menos iguales á las del rey de Aragon, y para explicar su inaccion preciso es buscar otro motivo. La nueva actitud del conde de Trastamara; las audaces esperanzas de los dos reyes aliados, y esa particion resuelta del reino de Castilla no eran vanas bravatas, y D. Pedro lo sabia muy bien. A los ojos del vulgo parecia en el apogeo de su poder; pero él mismo se sentia mortalmente herido en medio de sus victorias, y en vano intentó ocultar el secreto de su debilidad á sus adversarios. Un descontento sordo agitaba á todo su reino y presagiaba una catástrofe cercana: ya no podia castigar mas, porque sus súbditos no tenian una sola cabeza para cortarla. Sin embargo, solo veia enrededor suyo dóciles esclavos; pero la obediencia desusada de estos ricos-homes, poco antes tan turbulentos, era un síntoma que redoblaba sus inquietu-

(1) Carbonell.

des: él no se hacia ilusion sobre el odio que lo profesaban sus pueblos, cansados de la guerra é indignados de su despotismo. ¡Cómo habia de osar comprometer un combate contra un ejército, cuya tercera parte se componia de desterrados castellanos, parientes, amigos y compatriotas de estos ricos-homes cuya lealtad le era tan sospechosa! La defeccion, la vacilacion sola de un cuerpo de tropas habria bastado para arrastrar su ruina. De este modo se perdió la batalla de Araviana, y ahora se veia rodeado de gente que habria mirado una derrota como la señal de su libertad. D. Pedro tenia ademas otro motivo para contemporizar, pues esperaba á su escuadra, con la cual contaba mas que con su ejército de tierra, porque la mayor parte de sus buques estaban mandados por extranjeros, de los cuales se creia seguro. Por último, esta guerra de sitios que hacia le proporcionaba grandes ventajas; sus tropas vivian á espensas del enemigo; cada ciudad y cada castillo que caía en su poder le daba los medios de satisfacer á algunos de sus avarientos nobles, y el fácil botín contenia al soldado en sus deberes. Tales eran, en mi concepto, las consideraciones que le obligaban á prolongar la guerra; sin embargo, se guardaba muy bien de confesarlas, y aun se quejaba de no haber podido obligar al rey de Aragon á venir á una batalla decisiva. «Hace la guerra como almogavare, decia (1).» Llamábase así una milicia irregular compuesta especialmente de catalanes, andadores infatigables, tan hábiles en sorprender al enemigo como

(1) Las armas ofensivas de los almogavares consistian en muchos dardos y un hacha de forma particular. Jamás dormian en las casas y soportaban el hambre y la sed con una perseverancia sorprendente. Su grito de guerra era: «¡Hierro, despierta!» Véase la crónica de Mun-taner y la expedicion de los catalanes á Morea, por Moncada.

mo en ocultarse á su persecucion. Aunque los almogavares hubiesen batido en Morea á los barones de Francia y á sus hombres de armas, la gloria de sus empresas no hacia olvidar que eran campesinos salvajes, y su nombre era casi una injuria para caballeros, aun aragoneses, que tenian á gala hacer la guerra como pro-hombres, segun los principios. El dicho de D. Pedro picó en lo vivo al rey de Aragon, y se apresuró á responder á él por un cartel en forma, ofreciendo al rey de Castilla presentarse en dia fijo con todas sus fuerzas en una llanura designada entre Murviedro y Valencia para ventilar alli su querella en un solo combate (1). El dia indicado avanzó hasta una legua de Murviedro y aguardaba á su adversario en orden de batalla; pero D. Pedro no hizo mas caso de esta bravata que del reto que la habia precedido.

II.

Los dos ejércitos permanecieron en inaccion durante doce dias: los aragoneses en Valencia y los castellanos en Murviedro. Al fin apareció la armada de Castilla, fuerte de ochenta velas; veinte galeras de Sevilla, diez de Portugal y el resto de buques de transporte. Al instante D. Pedro, dejando toda su caballeria en su campo, se embarcó con lo escogido de sus ballesteros y bogó contra la escuadra enemiga, que inferior en número se habia refugiado en el Júcar, cerca de Cullera. La embocadura estrecha del rio, los atrincheramientos que la defendian y la presencia de Pedro IV con todo su ejército en la ribera no permitian que los castellanos tentasen un ataque á viva fuerza. Pasa-

(1) Carbonell.

ronse algunos dias en reconocimientos, en escaramuzas y en esfuerzos inútiles para atraer al enemigo al combate ó para forzar la entrada del rio; y para bloquear mas estrechamente á la escuadra aragonesa D. Pedro hizo sumergir en las aguas á tres de sus bajeles (1). Jamás salia de su galera y vigilaba por sí mismo con su actividad ordinaria los movimientos del enemigo; mas de repente un viento impetuoso del Este puso á su armada en el mayor peligro de ser arrojada contra la costa, y los pilotos prácticos de estos parajes desesperaban poder resistir á la tormenta. A cada instante corrian los aragoneses á la playa esperando ver caer en sus manos al rey de Castilla, cuya capitana, que baraba muy cerca de tierra, estaba mas espuesta que el resto de sus navíos. Desde la orilla seguian todas sus maniobras de angustia, y durante todo un dia pudo ver á sus enemigos prepararles hierros. Sucesivamente perdió su buque tres anclas, cuyos cables se rompieron; pero la cuarta resistió por fortuna y lo salvó. Al ponerse el sol cayó el viento, y la escuadra castellana, á pesar de sus averías, pudo aprovecharse del buen tiempo para ganar la anchura. En lo mas recio de la tempestad habia hecho voto D. Pedro, si escapaba de la furia del mar, de ir en peregrinación á la iglesia de Nuestra Señora del Puig, inmediata á Murviedro y celebrada por sus milagros. Creo que esta fue la única vez que la grandeza del peligro le arrancó algunas palabras que demostrasen sus sentimientos religiosos. Sincero ó no este voto fue cumplido fielmente de vuelta á Murviedro, y fue á la iglesia del Puig en camisa, con los pies desnudos y una soga al cuello, como un condenado que llega á pedir perdon (2).

(1) Feliu. «Hist. de Cataluña.»

(2) Ayala.

imediatamente despues salió del reino de Valencia para volver á Sevilla dejando una parte de su ejército para guardar las plazas que habia tomado en esta campaña y en la precedente. Alterada su salud por duras fatigas érale preciso tomar algun descanso durante los terribles calores del estío: ademas la campaña se habia prolongado mas de lo ordinario, y ya hemos visto que estaba resuelto á no dar la batalla. Puede tambien que el deseo de consagrar las grandes construcciones que hacia en el alcázar de Sevilla contribuyese á que volviera mas pronto á su residencia predilecta. Entonces fue cuando hizo la inauguracion de este palacio célebre, notable por la elegancia de su arquitectura, aun completamente árabe, y en cuya portada se lee la inscripcion siguiente: «Muy alto, muy noble, muy poderoso conquistador D. Pedro, rey de Castilla y de Leon, hizo construir este palacio y esta fachada el año de la era MCCCCII (4).»

Su permanencia en Sevilla no fue de larga duracion. Sabiendo en el mes de agosto que el aragonés habia hecho una demostracion contra Murviedro reapareció en el reino de Valencia y comenzó de nuevo esa guerra de sitios y de pillajes que parecia no tener mas objeto que la ruina completa del pais. Sus correrías se extendieron desde Calatayud hasta mas allá de Alicante. La caballería ligera andaluza le daba por la rapidez de sus movimientos una gran ventaja sobre su adversario, que solo podia oponerle su pesada gendarmería. Entre el gran número de ciudades y de castillos que cayeron en su poder en el discurso de esta campaña Castelfavib fue la única plaza que sostuvo un sitio en regla. Los habitantes se habian su-

(4) Zúñiga. «An. de Sevilla.»

blevado y degollado á la guarnicion castellana, y para reducirlos fue preciso que el rey los atacase con el grueso de sus fuerzas y que llevase máquinas que batieron las murallas por espacio de un mes. Para construir estos ingenios y dirigirlos hizo el rey venir de Cartagena á dos moros, hijos de un ingeniero célebre que se llamaba mae-se Ali (1). Sabido es que entonces en España casi únicamente los musulmanes cultivaban las ciencias y las artes: arquitectos moros fueron los que edificaron el alcázar de Sevilla, y para destruir murallas como para levantarlas era necesario recurrir á los conocimientos superiores de los artistas árabes.

Despues de la toma de Castelfavib se dirigió D. Pedro contra Orihuela, una de las plazas mas importantes del reino de Valencia, y el rey de Aragon resolvió arriesgarlo todo por prevenir el sitio. Llamó á todas sus fuerzas disponibles, y reuniéndolas hácia fin de noviembre alrededor de Aljecira, en número de tres mil hombres de armas y quince mil peones, las puso en movimiento el 4.º de diciembre con un gran convoy de viveres: todo este ejército se desplegó al dia siguiente en un lugar llamado Campo de la la Matanza, muy cerca de Lix, donde acampaba el rey de Castilla. Los aragoneses habian andado diez y ocho leguas en dos dias, marchando siempre por caminos no trillados y desiertos. El reino de Valencia, tan poblado y tan rico bajo la dominacion de los moros, habia cambiado estraordinariamente de aspecto, de lo cual se juzgará por el hecho siguiente referido en las memorias de Pedro IV. Avanzando su ejército por una línea inmensa á cada momento levantaba una cantidad de caza innu-

(1) Ayala.—Cascales. «Hist. de Murcia.»

merable, matando diez mil perdices y bastantes liebres para llenar con ellas cien carretas. En esto se habia convertido esta tierra tan fértil y tan bien cultivada en otro tiempo (1).

A pesar de las fatigas del camino, divertidos los aragoneses con esta caza milagrosa estaban llenos de ardor y de confianza, persuadidos de que esta vez iban á terminar la guerra con una batalla. Pedro IV participaba de estas esperanzas, pues contaba con sorprender á su enemigo de improviso, y no ocultaba su seguridad de la victoria. Al llegar á su cuartel se echó sobre un colchon para tomar algun descanso antes de la jornada del siguiente dia. «Dormid ahora, señor, le dijo el conde de Trastámara; ya os veis en el término de estas marchas tan penosas; pero así es como los grandes reyes confunden á sus débiles adversarios. Por vuestra diligencia habeis hecho saltar hoy el ojo derecho del rey de Castilla, vuestro enemigo (2).» Esta confianza de los aragoneses; esta certidumbre de la victoria estaba fundada sin duda en sus inteligencias secretas con los descontentos del ejército castellano. D. Pedro, sin embargo, no se dejó sorprender, y advertido por sus espías se habia apresurado á hacer salir de Lix todas sus tropas, ordenándolas en batalla: tenia seis mil caballos, hombres de armas ó ginetes, y once mil peones. Al salir el sol se encontraron los dos ejércitos en presencia y bastante cerca para que de una parte y otra se pudiesen distinguir las banderas. D. Pedro reunió á todos sus capitanes para celebrar consejo, y dijo: «El rey de Aragon marcha sobre Orihuela para impedir-

(1) Carbonell.

(2) Carbonell.

nos que pongamos sitio á esta plaza. ¿Debemos atacarlo?» Hubo un gran silencio y todos miraban al maestre como para comprometerlo á que hablase en su nombre. «Señor, dijo el maestre: hace mucho tiempo que Dios hizo la parte de la casa de Castilla y la parte de la casa de Aragon; y si se dividiese la Castilla en cuatro partes todavía una de ellas seria un reino mas grande que el de Aragon. Dueño de toda Castilla sois el rey mas grande de entre los cristianos, y podria añadir sin mentir del mundo entero. Por consiguiente si atacais hoy al rey de Aragon con todo vuestro poder lo vencereis y sereis rey de Castilla y de Aragon, y tal vez, con la ayuda de Dios, emperador de España.» Considerado Padilla como cuñado del rey y confidente de sus sueños ambiciosos tal vez revelaba en este momento los pensamientos mas secretos de su amo, y todos los otros capitanes, creyendo conocer las intenciones del rey, estuvieron unánimes en aconsejar la batalla y en presagiar la victoria. Mientras que ellos hablaban, D. Pedro, en pie y agitado, comia un pedazo de pan que acababa de pedir á un paje. «¿Conque, repuso, todos estais de acuerdo en que debo dar batalla al aragonés? ¡Pues bien! yo os digo que si tuviese por mis vasallos naturales á los que tiene el rey de Aragon me batiria sin temor contra vosotros y contra toda España: ¿pero sabeis cuáles son mis vasallos?... ¡Con este pedazo de pan hartaria á todos los leales que hay en Castilla (1)!»

(1) «E lo dit rey de Castiella pres lo dit pa é dix aytales paraules ó semblants: «A mi semeia que vosotros todos seades de acuerdo que ponga batalla al rey de Aragon, de que yo digo en verdat, que si yo tomase con mi los que el dito rey de Aragon tiene en sí, é los havia por mis vasallos ó por mis naturales, que senes todo miedo pelearia con todos vosotros é con toda Castiella é ahun con toda Hes-

Despues de esta respuesta, dejando el rey á todos sus capitanes estupefactos y confusos montó á caballo y dió orden de volver á Lix, abandonando el camino al ejército aragonés que cuidó al instante de abastecer á Orihuela. Pasó con banderas desplegadas á vista del campo enemigo, donde todos deploraban con mas ó menos sinceridad el humor desconfiado de D. Pedro. Perdía, exclamaban, la ocasion mas favorable para destruir á su adversario, é imprimia una mancha de deshonor en las armas de Castilla. Muchos de sus capitanes osaron dirigirle vivas representaciones; pero estuvo inflexible y los rechazó con dureza. Parecia tener el secreto de alguna traicion urdida contra su persona, y si no castigaba era sin duda por ser los traidores demasiado numerosos.

Despues de haber hecho entrar al convoy en Orihuela y de haber aumentado su guarnicion, tomando de nuevo el aragonés el camino de Valencia volvió á desafiar al ejército castellano y á desfilar á poca distancia de sus líneas, rehusando D. Pedro esta vez como la anterior comprometer el combate. Solo que vencido por las importunidades de su camarero, Martin Lopez, consintió en confiarle dos mil ginetes para acosar al enemigo y molestarlo en su marcha. A la cabeza de estos dos mil caballos cargó Martin Lopez tan vigorosamente, que puso á la retaguardia aragonesa en el mas completo desórden, y se cree que la victoria habria sido brillante si el resto del ejército hubiese apoyado el ataque de esta caballeria ligera (1). Pronto fue sofocada por un reves esta victo-

panya, é porque sepais yo en que vos tiengo, es asin, que con este pan que tiengo en mi mano pienso que se hartarian cuantos leales ay en Castiella. Carbonell.

(1) Ayala.—Zurita.—Carbonell.

ria estéril. Un convoy castellano que el maestro de Alcántara conducía á Murviedro se dejó sorprender por un destacamento aragonés salido de Valencia, y el maestro perdió la vida en esta refriega, que pronto tuvo las consecuencias mas funestas para D. Pedro, porque la guarnicion de Murviedro estaba mal provista de víveres y contaba con este convoy para remediarse. Sin embargo, el rey no hizo ninguna tentativa para llevarle socorros (1). La aproximacion del invierno lo condujo á Andalucía y terminó la campaña. Por precio de su brillante hecho de armas obtuvo Martin Lopez el cargo de maestro de Alcántara, sobre el alto favor que ya gozaba y que hemos visto por qué servicios lo habia merecido.

III.

Ningun plan fijo habia en las guerras de la edad media. Despues de haber pasado algunas semanas en Sevilla, don Pedro volvió á salir de esta ciudad para poner sitio á Orihuela, donde habia dejado entrar víveres sin oponerse. Pero antes de penetrar en territorio enemigo pasó por Cartagena, donde hizo matar á los capitanes y tripulaciones de cinco galeras aragonesas capturadas recientemente por su escuadra: solo la chusma fue perdonada para ser repartida en los buques de los vencedores. Ya vemos que la insolencia de Perellós debia costar cara á los marineros catalanes: estas galeras habian sido apresadas en una refriega sobre la costa de Berberia, donde el conde de Osona, hijo de Bernal de Cabrera, que montaba la capitana de Castilla, se distinguió por su valor en comba-

1) Ayala.

tir contra sus compatriotas (1). En los dos campos habia emigrados y estos eran los mas ardientes en atizar el fuego de la guerra.

El sitio de Orihuela comenzó al mismo tiempo que el de Murviedro. Los dos reyes apresuraban los trabajos con igual actividad, y ambos esperaban obligar al enemigo á renunciar á su empresa; pero cada cual se obstinaba por su parte y queria una victoria para él solo, indiferente á la suerte de sus capitanes. Fue en vano que el gobernador de Murviedro enviase mensaje sobre mensaje á D. Pedro para instruirlo de su posicion casi desesperada, pues el rey no respondió á ellos sino redoblando sus ataques contra Orihuela. Despues de ocho dias de combates y de asaltos continuos se apoderaron los castellanos de la ciudad; pero nada habia hecho mientras el castillo se mantuviese firme. Este pasaba entonces por una de las mejores fortalezas de España, y su gobernador, valiente caballero y rico-home de Aragon, llamado Martinez Eslaba, estaba resuelto á defenderse en él hasta el último extremo. Mientras que pudo animar á sus soldados con su presencia y su ejemplo ellos sostuvieron valerosamente todos los ataques del enemigo; pero fue herido gravemente y sus hombres perdieron el valor y rindieron las armas. Se dice que habiéndolo llamado algunos caballeros castellanos para parlamentar se presentó en las almenas sin desconfianza, y el rey entre tanto, que en este momento se hallaba en un bastion elevado al pie de la muralla, ordenó á dos ballesteros que le apuntasen. Herido Eslaba en la cabeza murió pocos dias despues de la rendicion de Orihuela envenenado por los ci-

(1) Ayala.—Zurita.

rujanos del rey, segun un cronista que no encontró aparente que dos flechas bastasen para matar á un tan cumplido caballero (1). Satisfecho de su conquista y dejando en Orihuela una guarnicion considerable volvió D. Pedro á Sevilla, sin curarse en lo mas mínimo de la situacion de Murviedro, reducido al último extremo por el hambre.

Delante de esta plaza abandonada, ó mas bien entregada por su dueño, encontró el rey de Aragon una resistencia que de ningun modo esperaba. El prior de San Juan, que mandaba la guarnicion, hacia continuas salidas y mas bien parecia sitiar al ejército aragonés que defender su fortaleza. A los pocos dias del sitio faltó el pan en la plaza y semataron las mulas y después los caballos de guerra, hasta que estos mismos alimentos llegaron á faltar. Ninguna esperanza tenia de ser socorrido, pues D. Pedro olvidaba, en medio de las delicias de Sevilla, los padecimientos de sus fieles soldados. En tal estremidad el prior creyó deber conservar la esforzada gente á quien el desfallecimiento iba á quitar muy pronto hasta el recurso de morir con las armas en la mano: á este efecto obtuvo la capitulacion mas honrosa, segun la cual debia salir con armas y bagajes y entrar en Castilla escoltado por un destacamento aragonés. La guarnicion, compuesta de cerca de seiscientos hombres de armas sin caballos y de un número proporcionado de peones, fue conducida á la frontera por el conde de Trastamara y su compañía, el cual no aceptó esta mision sin oculto designio. Hábil en seducir, puso todos sus talentos en uso para corromper á estos valientes soldados á quienes no habia podido vencer,

(1) Ayala.

y sus caricias, los elogios que les prodigaba y sus cuidados por los enfermos y heridos causaron en ellos mas efecto que sus armas. Deciales que habian sido indignamente sacrificados, y que á su vuelta en vez de las recompensas debidas á su valor les aguardaba la venganza de un tirano inexorable, porque D. Pedro castigaba la mala fortuna como una traicion. Despues ponderaba con destreza el poder del aragonés, armado por su querella y por la libertad de Castilla, y sobre todo anunciaba con énfasis la llegada de las compañías de aventureros, que eran lo escogido de las dos naciones mas belicosas de la Europa. Sus jefes, decia, le traen del otro lado de los montes un ejército innumerable, y puesto él mismo á su cabeza irá á purgar á la Castilla del monstruo que la oprime. Sin anunciar abiertamente sus pretensiones á la corona dejaba adivinar que de él solo dependia el reposo de Castilla, y que de él solo debian esperarse honores, empleos y recompensas de toda especie. A los que abandonando á un amo ingrato quisiesen pasar á sus banderas ofrecia un sueldo ventajoso y la esperanza de compartir su fortuna; pero á nadie pretendia obligar. «Cualquiera que, decia, al presente ó mas tarde, descontento de D. Pedro, busque un señor mas liberal y mas fuerte, que venga á mí seguro de ser bien acogido, porque yo no he tomado las armas sino para devolver á la nobleza castellana sus antiguos privilegios, hollados en el dia.» Tales eran los discursos del conde y de sus emisarios mientras conducian á la frontera de Castilla á la guarnicion de Murviedro. Dejándose ganar por sus promesas un gran número de soldados se engancharon en su bandera, y los otros, aunque espantados por ellos mismos de la defeccion de sus camaradas, pero fieles á su juramento, entraron en su patria mas bien para ocultarse en ella que para

pedir el premio de sus servicios. Interesados por la cortesía del pretendiente, ya ganados á medias y llenos de desconfianza en la fortuna de D. Pedro, iban á esparcir por todas partes alabanzas de D. Enrique y á anunciar la aproximacion de los terribles auxiliares con que amenazaba á Castilla hacia cuatro meses (1).

Mientras que aun se resistia Murviedro se firmó un nuevo tratado entre Pedro IV y D. Enrique en medio de los trabajos del sitio. Este convenio reproducia la sustancia de los precedentes relativos á la particion de Castilla, á la alianza ofensiva y defensiva de las dos partes contratantes, y por último la estrechaba todavia mas estipulando el matrimonio de doña Leonor, hija del rey de Aragon, con D. Juan, hijo primogénito del conde de Trastámara, tan pronto como ambos prometidos hubiesen llegado á la edad legal para esta union (2). Entre tanto el infante de Aragon debia ser entregado al conde de Trastámara, que lo conduciria al castillo de Opoll ó al de Taltaull, dados por Pedro IV como seguridades del contracto hasta la conquista definitiva de Castilla. La dote de la jóven princesa, fijada en doscientos mil florines de oro, debia ser adelantada á D. Enrique para subvenir á los gastos de la expedicion que meditaba; y ademas de esta suma estaba autorizado para vender las tierras y castillos que tenia del rey de Aragon hasta en cantidad de setenta mil florines. Tambien se le pagaron los atrasos debidos á su compañía y dos meses adelantados para el sueldo de mil hombres de armas y otros tantos peones; por último, los condes de Denia y de Foix debian seguirlo á Castilla con un

(1) Ayala.

(2) «Arch. gen. de Aragon.»

cuerpo ausiliar y permanecer con él mientras tuviera necesidad de sus servicios, con la condicion de que D. Enrique se comprometiese á defenderlos como á su propia persona. En estas convenciones, tantas veces reproducidas, esta era la vez primera que se espresaban claramente las pretensiones del bastardo al trono de Castilla, y el último artículo declaraba que cuando el conde fuera rey haria reconocer por su sucesor á su hijo D. Juan y presentaria á la infanta Leonor á las cortes como su reina futura.

XIX.

Llegada de la gran compañía á España.—1366.

I.

CUANDO en las soledades de Africa y en medio de los ahullidos confusos lanzados por la multitud de animales salvajes que se disputan su presa se hace oír el rugido del leon cesan repentinamente estos clamores y reina el mas profundo silencio. Este es el homenaje del terror rendido al monarca del desierto. De este modo al anuncio de que la gran compañía estaba en marcha para pasar los Pirineos sucedió de repente una calma estraña á esas interminables escaramuzas que hacia tanto tiempo desolaban á España. Retirados ambos reyes en su capital se preparaban en silencio al último esfuerzo; pues conocian que la guerra iba á cambiar de faz y que habia llegado el momento solemne de un duelo á muerte.

Despues de largas negociaciones los capitanes de los

aventureros franceses é ingleses, en paz los unos con los otros, segun las treguas concluidas entre sus principes, pero no ociosos, porque devastaban la Francia de concierto, se habian decidido á buscar una presa nueva en la península. Las relaciones que el conde de Trastamara habia conservado con algunos de ellos; las promesas del rey de Aragon, del de Francia y del papa, y algunos subsidios distribuidos á propósito, habian coligado las diferentes bandas y hecho acoger por ellas con alegría el proyecto de una invasion en Castilla. El rey de Francia sobre todo, mas desinteresado que nadie en desembarazar á su pais de estos huéspedes incómodos, habia secundado poderosamente las apremiantes solicitudes de D. Enrique y del rey de Aragon. El mismo habia dado un jefe á los aventureros, y este jefe era el hombre en quien descansaba toda su confianza, el mejor de sus capitanes, el famoso Beltran Du Guesclin. A él solo, en efecto, correspondia la difícil mision de organizar un ejército con estas hordas de bandidos, de disciplinarlos y arrastrarlos lejos del pais que arruinaban para tentar una empresa aventurada y buscar un provecho incierto.

Nacido de una familia ilustre de Bretaña, Du Guesclin se habia adherido á la casa de Francia y la servia con entera fidelidad. Toda su vida se pasó en esfuerzos por llevar á cabo la fusion en una monarquía poderosa de los numerosos señoríos que un vasallaje equívoco hacia dependientes de la corona. Todo revela en él esa virtud olvidada en la edad media: el patriotismo; no esa afeccion estrecha á una provincia ó á una ciudad, sino un amor ilustrado á la ventura y á la gloria de un gran pueblo. Nacido breton se habia hecho frances, y su valor, su actividad, su destreza en los ejercicios militares, sus triunfos y hasta sus mismos reveses le habian adquirido, jóven aun, el re-

nombre de una buena lanza y de un capitán consumado.

Bajo facciones groseras é innobles; bajo la apariencia de un vigor brutal ocultaba una inteligencia profunda, y sabia ser, como el general de Machiavelo, leon y zorro al mismo tiempo. Su ancha espalda, su cuerpo *huesudo*, su rostro negro y quemado por el sol, y sus puños enormes (1), que hacian voltear una pesada hacha de armas como una caña ligera, imponian respeto á las gentes de guerra en una época en que el peso de las armaduras hacia de la fuerza fisica la primera cualidad del soldado. En el consejo era penetrante, elocuente algunas veces, y mezclando á propósito la audacia y la prudencia se hacia perdonar su buen sentido por medio de bufonadas. Pobre capitán de aventuras, siempre supo ordenar la obediencia de los grandes señores que le daba por tenientes la voluntad del rey; y era tal su destreza en contemplar todas las susceptibilidades de una nobleza orgullosa é indisciplinada, que los favores de que fue colmado no escitaban la envidia ni parecian mas que la justa recompensa de sus servicios.

Du Guesclin se presentó en Châlons-sur-Saône para conferenciar con los jefes de los aventureros á quienes llevaba únicamente promesas de los dos reyes; pero como cosa de mas valor les ofrecia su espada, su reputación y su antigua experiencia. Soldado hacia veinte y cinco años, amigo ó enemigo de los capitanes de aventura, él tenia la estimación de todos, y engancharse á las órdenes de se-

(1) •Li uns á autre dit: il est bien aprestez
Pour meurdrir marchans, maints en á desrobez
Regardez qu'il est fort con a les poins carrez!
Il est fort et poisant et moult noir et halez.

•Crón. en verso de Du Guesclin.»

mejante general era acometer una empresa provechosa, para cuyo éxito su nombre solo era suficiente garantía. Después de haber reunido á los principales jefes franceses, ingleses y bretones, Beltran les espuso sus designios con la ruda franqueza que le era ordinaria, y quizás era mas bien un cálculo que una costumbre adquirida en los campamentos. «Haceis una vida de facinerosos, les dijo, y todos los dias arriesgais haceros matar en pillajes que no os enriquecen. Vengo á proponeros una empresa digna de caballeros y os abro un nuevo pais. En España os aguarda gloria y provecho; alli encontrareis un monarca rico y avaro que tiene grandes tesoros, que es aliado de los sarracenos y medio pagano él mismo. Se trata de conquistar su reino y de darlo al conde de Trastamara, nuestro antiguo camarada, buena lanza, como sabeis, gentil caballero y liberal, que dividirá con vosotros esa tierra que legareis contra los judíos y sarracenos del malvado rey don Pedro. Vamos, camaradas: *¡hagamos honra á Dios y dejemos al diablo (1)!*»

Entre los capitanes de los aventureros se hallaban muchos caballeros de familias ilustres, nutridos en ideas caballerescas, ansiosos de gloria tanto como ávidos de botin, y susceptibles hasta de cierto entusiasmo religioso. Destronar á un príncipe cruel, sospechoso de heregía, asesino de una princesa jóven y hermosa, y dividirse sus tesoros, ¿no era una empresa grata y romancesca? Esto era poner en accion el antiguo tema heroico cantado por los ménestrales y los juglares. El discurso de Du Guesclin fue acogido con unánimes aclamaciones; pues para soldados agenos á los finos sentimientos de sus jefes poco importaba

(1) Crónica de Du Guesclin.

el enemigo á quien tenian que combatir con tal que fuese rico. «Mosen Beltran, decian, da todo lo que gana á sus hombres de armas; es el padre del soldado; ¡marchemos con él!» El convenio se concluyó bien pronto; pues para gentes que sólo veian en la guerra una especulacion, seguir á un jefe venturoso y hábil era asegurarse inmensos beneficios.

Cuando Du Guesclin volvió á Paris á dar cuenta de su mision y á despedirse del rey, abrazándolo Cárlos V delante de toda su corte exclamó que su bravo breton habia hecho mas en su servicio que si le hubiera ganado una provincia. Y decia verdad; evacuando las compañías la Francia le devolvian su reino.

Sin perder tiempo reunió Du Guesclin todas las bandas y formó con ellas un ejército considerable, uniéndose á los aventureros un gran número de voluntarios ilustres, atraídos por la reputacion de su general y por el deseo de *hacer armas*, como se decia entonces. Viose correr á su bandera al mariscal de Audencham, que pocos años antes habia fracasado en una mision análoga á la que ahora terminaba Du Guesclin. El mariscal era entonces prisionero, bajo su palabra, del príncipe de Gales, y á ejemplo suyo muchos esforzados caballeros, mal tratados por la fortuna en la última guerra, se pusieron alegremente en camino para España con la esperanza de reparar sus pérdidas y desquitar sus rescates á espensas de D. Pedro. Un príncipe de sangre real, el conde de la Marche, no desdeñó engancharse en esta tropa de atrevidos voluntarios: pariente de la desdichada Blanca, habia jurado vengarse de su asesino, y á su lado marchaba tambien el señor de Beaujeu, del mismo modo pariente de Blanca, siendo los únicos á quienes un móvil puramente caballeresco condujese á España.

Todas las bandas reunidas ascendían á mas de doce mil hombres, la mayor parte gendarmes; es decir, ginetes pesadamente armados. Las dos terceras partes eran de franceses ó bretones, y el resto de ingleses ó gascones, súbditos del rey de Inglaterra. Ninguno de estos últimos se habia tomado la molestia de pedir á Eduardo III el permiso para combatir contra un príncipe aliado de la Gran-Bretaña: cada capitán se creía entonces libre de dedicar su lanza á quien mejor le pagase, y los mas escrupulosos alistándose al servicio de un jefe extranjero estipulaban únicamente que no combatirían contra su legítimo soberano. Sir Hugo de Calverly mandaba las compañías inglesas, y adversario por mucho tiempo de Du Guesclin hoy era el mas hábil de sus tenientes.

En esta época el equipo de los hombres de armas franceses é ingleses era muy superior al de los españoles, de lo cual es una prueba la sorpresa que causó á estos últimos la vista de las armaduras que estaban en uso entre los guerreros del Norte (1). Componíanse estas en el siglo XIV de planchas de acero ó de hierro forjado que cubrían todas las partes del cuerpo, vistiendo sobre ellas un jubon de cuero y algunas veces una cota de malla, como si se hubieran querido combinar y reunir las ventajas del arnés moderno y de la antigua manoplia. Por punto general en el momento del combate echaban pie á tierra los hombres de armas para manejar mas fácilmente la lanza, pues no se servían de los caballos de batalla, llamados *corceles*, sino para la persecucion ó la retirada.

(1) En Ayala hay un pasaje curioso, donde el cronista cita con sus nombres franceses todas las piezas de estas armaduras desconocidas en España antes de la entrada de la gran compañía.

da, y algunas veces, aunque raras, para romper la línea enemiga. La infantería inglesa era la mejor, ó mas bien la única de Europa; armados de grandes arcos de madera de tejo, los peones ingleses se parapetaban detras de puntales clavados en tierra, y protegidos así contra la caballería lanzaban flechas de una vara de largo, á las cuales pocas corazas podian resistir. Era tal su reputacion de destreza que en la frontera de Escocia se decia, por alusion al número de flechas que llevaban en su carcaj, que un arquero ingles llevaba veinte y cuatro escoseses en su aljaba. En los ejércitos franceses era preferida la ballesta al arco; pero esta arma no era manejada con destreza sino por extranjeros, la mayor parte genoveses, que se hacian pagar muy caro. Las mejores armas y los mejores soldados de Francia y de Inglaterra estaban reunidos bajo la misma bandera en la compañía blanca, y su táctica era tan nueva como sus armaduras para el pais que iban á invadir. Acostumbrados los españoles á la guerra de escaramuzas rápidas contra los moros habian adoptado su manera particular de combatir, y cubiertos de cotas de mallas ligeras ó de sobrevestas de cuero acuchillado lanzaban sus ginetes flechas al galope, y en seguida volvian grupas sin cuidarse de ordenar sus filas. A escepcion de las órdenes militares, mejor armadas y disciplinadas que los ginetes, la caballería española estaba lejos de poder resistir en línea á los gendarmes ingleses ó franceses. Compuesta la infantería de contingentes suministrados por las ciudades y de paisanos conducidos por su señor no tenia mas arma defensiva que la rodela, y combatia con azagayas ú hondas que no la hacian temible sino detras de las rocas ó murallas. En una llanura no podia disputar la victoria á soldados sin patria, cubiertos de hierro é igualmente ejercitados en

combatir de cerca que de lejos. Todo indicaba, pues, que la entrada de la compañía grande en España iba á echar en la balanza un peso irresistible.

II.

Esta compañía se puso en movimiento á mediados del año de 1365. A pesar del entusiasmo que le demostraban sus nuevos soldados Du Guesclin juzgó prudente alejarlos cuanto antes del pais donde tenían sus costumbres, porque era de temer que la inconstancia natural en semejantes reclutas los condujese de nuevo á su anterior género de vida. En sus banderas y sobrevestas llevaban pintadas cruces, y publicaba Beltran que los conducia á Chipre contra los sarracenos. El no esperaba sin duda engañar al rey de Castilla; pero probablemente quiso proporcionar á los capitanes ingleses un pretexto para permanecer bajo su bandera, porque se decia que el príncipe de Gales, segun los términos de su tratado con D. Pedro, iba á prohibir á sus súbditos que hiciesen armas contra un soberano aliado de la Inglaterra (1). Pero todos conocian ya el objeto de la expedicion, y á pesar de las cruces enarboladas en sus estandartes pensaban mas en hacer botin que en ganar indulgencias.

Estos nuevos cruzados, tan temibles á las iglesias como á los castillos y cabañas, aun se encontraban bajo el peso de una ex-comunion lanzada por la Santa-Silla, y era preciso libertarlos de este anatema antes de conducirlos á un pais donde pretendian sostener la causa de la religion;

(1) Rymer. De impediendo soldarios qui in comitiva se ponunt, ne ingredientur in Hispaniam.º 6 de diciembre de 1365.

asi es que su general queria pedir al paso una absolucion al papa. Pero tambien tenia otro designio: convencido de que sus soldados no se mostrarian dóciles si no estaban bien pagados, se proponia llenar su caja militar á espensas del tesoro apostólico. A fines del año 1365 los habitantes de Villeneuve-les-Avignon vieron con espanto que la compañía blanca sentaba sus reales delante de sus muros. Grande fue la alarma en la corte del padre santo, y al instante despachó emisarios á los jefes de los aventureros para intimarles la órden de evacuar el territorio de la iglesia, con promesa de relevarlos de la ex-comunion en que habian incurrido: la mision tenia sus peligros, y no sin vacilar consintió el cardenal de Jerusalem en encargarse de ella. Apenas hubo atravesado el Ródano se encontró en presencia de una tropa de arqueros ingleses que le preguntaron con insolencia si les llevaba dinero (1). ¡Dinero! gritaba una multitud de soldados feroces que corrian á su paso. Conducido á la tienda de Du Guesclin fue recibido el cardenal con la mayor política; pero se le significó que el ejército no saldria del territorio pontificio sino despues de haber recibido un subsidio considerable. Algunos jefes espresaban su sentimiento de elevar semejantes pretensiones y protestaban de su respeto hácia la iglesia; pero confesaban que no tenian autoridad sobre sus tropas. Burlándose otros sin piedad del cardenal le decian que dispuestos como estaban á esponer sus vidas por la mayor gloria de la fe merecian muy bien los socorros de la iglesia. Du Guesclin le representó todo el peligro que corria el padre santo si diferia pagar la contribucion solicitada.

(1) «Bien soyez-vous venus, apportez-vous argent?»

«Crón. de Du Guesclin.»

«Nuestras gentes, dijo, se han hecho hombres de bien á pesar suyo, y muy prontamente volverian á su antiguo oficio.» A pesar de la inminencia del peligro quiso el papa ensayar el poder de los rayos apostólicos y resistió algun tiempo; pero pronto conoció que no hacia mas que irritar la audacia de los bandidos acampados á sus puertas. Desde las ventanas de su palacio veia entregadas al pillaje las casas de recreo y las quintas de Villeneuve, y á cada instante amenazaban los aventureros atacar el puente de Saint-Benezet, ó pasando el rio en barcas estenderse por las ricas campiñas de Aviñon. Entre tanto Du Guesclin respondia á todas las quejas: «¿Qué quereis? mis soldados están ex-comulgados, tienen el diablo en el cuerpo y nosotros ya no somos los amos.» Muy pronto no se disputó mas que sobre el importe de la contribucion, y despues de algunas conferencias los jefes de la compañía blanca tuvieron á bien contentarse con cinco mil florines de oro, cuya mayor parte aprontaron los vecinos de Aviñon, y que tal vez nunca les fue reembolsada (1). Absueltos y cargados de botin, los aventureros se alejaron alegremente proclamando alabanzas de su nuevo capitan. Tal fue su despedida de la Francia.

III.

Entre tanto continuaban con mucha actividad las negociaciones entre los reyes de Aragon y de Navarra. Carlos protestaba hasta el último momento contra la entrada de las compañías en España, pues en Francia habia aprendido á

(1) Véase la «Crón. de Du Guesclin» y la «Hist. de Provenza» de Notre-Dame.

conocer á los aventureros, y, temblando de que sus estados fuesen el teatro de la guerra, no cesaba de conjurar á Pedro IV á que los alejase de sus fronteras (1). El tratado de Sos no habia sido observado ni por una ni por otra parte, y el rey de Aragon tenia demasiada prudencia para dar subsidios á un aliado de tan mala fe como era el rey de Navarra, fuera de que su tesoro estaba agotado por las exigencias de D. Enrique y de los aventureros, y no se hallaba en estado de hacer nuevos sacrificios. El año anterior se habia visto obligado á apoderarse y hacer fundir los ornamentos de oro y plata encerrados en las iglesias, hasta los cálizes é incensarios, para subvenir al sueldo de sus tropas (2). Mientras tanto se esforzaba por entretener al navarro con nuevas promesas, y siendo demasiado cara una alianza manifiesta se habian llegado á debatir las condiciones de una neutralidad parcial que Cárlos queria hacerse pagar bien. Primeramente pedia que el hijo primogénito del rey de Aragon se casase con la infanta de Navarra *sin dote* (3): luego que Pedro IV le garantizase sus estados contra los ataques de la Francia; y en fin, que era sin duda el punto capital de la negociacion, que, considerando su buena voluntad, se le entregasen cuarenta mil florines de oro, subsidio cuyo motivo seria disfrazado por la cesion hecha al aragonés de algunos castillos sin importancia. Viendo el rey de Navarra que habia exigido

(1) «Arch. gen. de Aragon.» Propositiones dirigidas al rey por mo- sen Juan de Arellano de parte del rey de Navarra.

(2) «Axi com son retaules d'argent, creus, calzers y lanties, y encensers.» Carbonell.

(3) «Que non le sia tengut donar ni livrar terres ni argent e sera li fet e assignat dodari e cambra axi tal como jó á doña Maria de Navarra.»

demasiado bajó hasta veinte mil florines. El rey de Aragón por su parte consentia en el matrimonio de su hijo (1), ya comprometido con muchas princesas por otros tantos tratados diferentes; prometia subsidios para el porvenir, y publicaba órdenes para prohibir la entrada en sus estados á la gran compañía (2). Paso en silencio los juramentos sin cesar repetidos, porque ya no engañaban á nadie estas solemnidades. Al mismo tiempo que Pedro IV trataba con el rey de Navarra enviaba á sus embajadores en París instrucciones secretas para concluir una alianza ofensiva y defensiva con la Francia, cuyo objeto debia ser la ruina del navarro y la particion de sus estados. De este modo, en el momento en que las provincias mas hermosas de su reino estaban en manos de sus enemigos, Pedro IV soñaba siempre en la conquista de la mitad de la España; pero todo parecia posible teniendo por auxiliares á los aventureros. D. Enrique y el rey de Aragón apremiaban su marcha con frecuentes mensajes y hacian grandes preparativos para recibirlos, debiendo esperarlos en los pasos de las montañas viveres y conductores seguros. Todos los desterrados castellanos y un cuerpo de voluntarios aragoneses mandado por el conde de Denia se reunian ya en la frontera de Castilla; y segun un últi-

(1) Propositiones á mosen Juan de Arellano. El rey consiente en el matrimonio con la condicion de que enviará gentes de su confianza «para veer la infanta á huelga, la sanidat é apostamiento de su persona e haver informazion de su persona.»

(2) Instrucciones á mosen Perellós, embajador en Francia.—Proyecto de un tratado con el duque de Anjou para hacer la guerra al rey de Navarra.—Tratado de alianza ofensiva y defensiva con la Francia contra el rey de Navarra, en el que se conviene que el duque de Anjou lo atacará en persona con cuatrocientas lanzas lo menos. Archivo gen. de Aragón.

mo convenio firmado en Zaragoza Pedro IV no debía tomar parte personalmente en la expedición, sino estar dispuesto á aprovecharse de los primeros triunfos de D. Enrique para hacerse de las ciudades recuperadas por los castellanos en el reino de Valencia: sus capitanes tenían orden de avanzar hasta el reino de Murcia y de apoderarse de él, si les era posible, en virtud del tratado de particion concluido en Benifar, ratificado en Murviedro y últimamente en Zaragoza. Persuadido de que la salvacion de su reino dependia enteramente de este último esfuerzo, el rey de Aragon no habia retrocedido ante ningun sacrificio: su tesoro estaba agotado; pero vendia sus bienes patrimoniales (1), y encontraba nuevos recursos para pagar los doce mil mercenarios que iban á decidir de la suerte de Castilla y de Aragon.

Al fin aparecieron, precedidos algunas jornadas por sus jefes, á quienes Pedro IV recibió en Barcelona con grandes honores y en un festin que les dió. Du Guesclin se sentó á la derecha del rey, que tenia á la izquierda al infante D. Ramon Berenguer, su tio (2). Pero el Breton no era hombre para contentarse con estos regios favores, pues venia á reclamar los subsidios prometidos á sus tropas y á exigir otros nuevos. Pedro se habia comprometido á entregar á los jefes de la compañía grande cien mil florines de oro, con la condicion de que atravesaria sus estados sin cometer en ellos desórdenes, y fue preciso añadir á esta suma un suplemento de veinte mil florines mas. Sin embargo, las compañías, que habian pasado los montes en el trascurso de enero, se presentaron todavía

(1) «Arch. gen. de Aragon.»

(2) Carbonell.

mas indisciplinadas en Aragon que lo habian estado en Francia, pues creyéndose ya en pais enemigo todo lo llevaban á sangre y fuego á su paso. En Barbastro saquearon las casas y degollaron á los vecinos ó los pusieron en tormento para sacar de ellos rescate. Algunos de estos infelices, refugiados en la iglesia principal, intentaron defenderse en ella; pero los aventureros pusieron fuego á los techos y quemaron de este modo mas de doscientas personas (1).

Todo era permitido á estos extranjeros; y era tal el espanto que inspiraban, que obtenian recompensas, como de un beneficio, del daño que no causaban. Los súbditos del rey de Aragon se dirigian á los capitanes franceses é ingleses para obtener privilegios de su amo, y estas recomendaciones, tal vez interesadas, siempre eran acogidas con favor (2).

IV.

Mientras que este torrente descendia de lo alto de los Pirineos D. Pedro se aprestaba lo mejor que podia á contener el choque. Ordenando levass por todas partes recorria su reino en todas direcciones para dar mas actividad á los preparativos de la guerra, y habia señalado á Burgos como punto de reunion á los diferentes cuerpos de su ejército, donde él mismo se presentó al comenzar el año 1366, cuando ya el enemigo ponía el pie en el territorio castellano. Allí encontró tropas numerosas, pero poco aguerridas é intimidadas por los rumores que corrian so-

(1) Zurita.

(2) «Arch. gen. de Aragon.» Privilegios concedidos á maese Roberto de Estanleu, vecino de Zaragoza, á súplica de mesir Hugo de Calverly. Zaragoza 4.º de marzo de 1366.

bre el número, valor y ferocidad de los nuevos adversarios que iban á combatir. Sus mejores soldados se hallaban en el reino de Valencia, diseminados por todas partes, guardando las ciudades de que se habian apoderado en las últimas campañas. Si advertia mucho desaliento entre los ricos-homes y los caballeros reunidos enrededor de su bandera, tambien recordaba con cruel inquietud todos los motivos que tenia para odiarlos. ¿No eran los parientes y amigos de tantos señores sacrificados á sus sospechas asesinados por sus órdenes ó sentenciados de alta traicion? ¿Era para defendêrlo ó para entregarlo á su enemigo por lo que toda esta nobleza se mostraba hoy tan activa? Todos los dias aumentaban su ansiedad los mas alarmantes rumores. Poco antes el temor de una defeccion le habia impedido arriesgar una batalla decisiva, cuando á la cabeza de tropas victoriosas habia penetrado hasta el corazon de Aragon; y ¡cuántos nuevos motivos no tenia para temer una traicion, ahora que don Enrique, con los mejores soldados de la Francia y de la Inglaterra, entraba en Castilla tendiendo la mano á los descontentos! En la situacion en que se hallaba D. Pedro todo excitaba su desconfianza; hasta los mismos testimonios de fidelidad y de adhesion que en la cercania del peligro le daban sus mas leales servidores. La prudencia hubiera debido aconsejarle disimular sus sospechas ó inquietudes; pero las manifestaba por su brusca y mayor altanería; y acusando á la ventura prorumpia sin cesar en quejas irreflexivas y provocaba la defeccion por amenazas que ya se habian hecho impotentes.

Mientras que dudoso entre cien resoluciones contrarias esperaba la tormenta sumergido en un desaliento apático vió llegar á Búrgos al señor de Albret, vasallo del rey de Inglaterra, á quien su ódio contra los reyes de

Navarra y de Aragon hacia un aliado natural de Castilla. Compañero de armas ó pariente de algunos jefes de la compañía grande, venia á ofrecer á D. Pedro su mediacion para atraerlos á su servicio, ó al menos para obligarlos á dejar el del conde de Trastamara. Parecia fácil sobre todo separar á las bandas de ingleses y gascones que tenían un pretesto especioso para abandonar á Du Guesclin en la desaprobacion pública que el principe de Gales acababa de dar á una expedicion dirigida contra un principe amigo de la Inglaterra: bastaba indemnizar á los capitanes y ofrecer una paga ventajosa á los soldados, pues sin dinero ningun tratado era posible con los caballeros de aventura. D. Pedro, liberal únicamente con sus queridas, desechó las ofertas del señor de Albret, renovadas en seguida, aunque tambien inútilmente, por Iñigo Lopez de Orozco, que llegó á él con proposiciones formales de parte de muchos jefes ingleses (1). Sin embargo, las cajas del rey estaban llenas, que era entonces la única ventaja que tenia sobre sus enemigos, y apenas se concibe tal ceguedad en un principe que media, no obstante, toda la grandeza del peligro.

Retardando el invierno la apertura de la campaña habia detenido á los aventureros en el territorio aragonés bastante tiempo para que sus huéspedes sintiesen cruelmente el peso de su presencia. Sus furiosos excesos producian represalias, y los belicosos montañeses de Aragon y de Navarra respondian á sus pillajes atacándoles sus convoyes y degollando á sus guardias. Ya era tiempo de lanzar á esta horda detestable sobre el pais enemigo (2).

(1) Ayala.

(2) «Arch. gen. de Aragon.» Mandamiento del rey de Aragon para

A principios de marzo de 1366 sir Hugo de Calverly comenzó el primero las hostilidades atacando á Borja, ocupada hacia mucho tiempo por las tropas de Castilla. Al acercarse la vanguardia inglesa la guarnición abandonó la plaza apresuradamente, arrastrando en su fuga un cuerpo considerable de tropas castellanas acantonadas en Magalon. Después de este triunfo fácil todo el ejército de don Enrique se puso en movimiento, entró sin obstáculo en Navarra, pasó el Ebro y franqueó la frontera de Castilla á mediados de marzo, no lejos de Alfaro. Sin detenerse en el sitio de esta plaza fuerte, defendida por Iñigo de Orozco, se dirigió rápidamente sobre Calahorra, ciudad muy considerable, pero medianamente fortificada. Allí se habían dado cita los partidarios de D. Enrique y se aprestaban á recibirlo. D. Fernando de Tovar, el obispo de Calahorra y algunos otros ricos-hombres encargados por D. Pedro de poner esta plaza en estado de defensa, fueron los primeros en abrir sus puertas tan pronto como aparecieron las banderas enemigas (1).

Esta primera defección era grave, pues probaba cuán detestado era D. Pedro, y por tanto que en Calahorra era donde D. Enrique debía proclamar públicamente sus pretensiones. La escena estaba preparada y los papeles aprendidos de antemano, pues se trataba de dar solemnemente la corona al jefe de la gran compañía. Beltran Du Guesclin, en nombre de los franceses; sir Hugo en el de los ingleses, y el conde de Denia, jefe de los aragoneses au-

«repoplar» á Pina, saqueada por las compañías de Francia.—Orden del rey para entregar al conde de Urgel cincuenta reses vacunas, arrebatadas por los habitantes de Perthusa á los franceses, que las habían robado en Antillon, dominio del conde.

(1) Ayala.

siliares, habían preparado un simulacro de elección. La cuestión nada tenía de difícil para estos cumplidos caballeros que creían que el oficio de aventuras conducía á todo, aun á los mismos tronos. Du Guesclin tomó la palabra por sus compañeros y dijo á D. Enrique: «Sed rey, pues debeis este honor á tantos nobles caballeros como os han reconocido por jefe en esta expedición; por otra parte, D. Pedro, vuestro enemigo, rehúsa el combate, y por este mismo hecho reconoce que está vacante el trono de Castilla (1).» Esta elocuencia puramente militar debía agradar en extremo á los doce mil bandidos que rodeaban al orador, en cuya arenga no hizo cuestión del pueblo de Castilla, pues le bastaba presentar á los aventureros como humillados de no ser dirigidos por un rey. A pesar de tan especiosos argumentos D. Enrique resistió bastante tiempo con modestia fingida para que los castellanos uniesen sus instancias á las de los capitanes extranjeros, y cedió al fin dejándose ceñir la corona. Entonces D. Tello, desplegando el estandarte real, atravesó el campo al grito de «¡Castilla, Castilla por el rey Enrique!» Y acompañado después de ardientes aclamaciones fue á plantar la bandera sobre una eminencia que estaba en el camino de Burgos. Todos se apresuraron entonces á pedir alguna gracia al nuevo rey, como para darle el gusto de hacer un acto de soberanía, y nada negó, mostrándose liberal en dar lo que iba á ganar con la punta de la lanza. Representada esta comedia volvió á ponerse en marcha el ejército y se dirigió á Burgos á grandes jornadas sin encontrar obstáculos. Las ciudades no aguardaban la intimación de los heraldos para enviar sus llaves, y de todas

(1) Ayala.

partes llegaban á porfía nobles y plebeyos apresurados á besar la mano de su nuevo señor. Solo delante de Briviesca se apercibieron de la presencia del enemigo. Mandaba la plaza Men Rodriguez de Senabria, en otro tiempo familiar de D. Enrique, ahora servidor fiel de D. Pedro, é intentó defenderse trabándose un combate bastante vivo en las barreras; pero habiendo caído en tierra el gobernador y apresado por un caballero de Gascuña, la guarnicion rindió las armas antes de sostener el asalto (1).

V.

El terror y la confusion reinaban en la corte de D. Pedro, y subieron al mayor grado cuando se supo en ella que Briviesca no habia podido detener ni un solo dia la marcha impetuosa de los aventureros. A pesar del número de tropas reunidas en Búrgos se veia bien que el rey no se atreveria á dar la batalla, ni mucho menos á encerrarse en una plaza, poco fortificada entonces, para sufrir en ella los azares de un sitio. Encerrado D. Pedro en su palacio era inaccesible; no daba orden alguna ni hacia nada para animar á sus partidarios, todavia muy numerosos entre el pueblo. Entre tanto continuaba avanzando el enemigo; sus avanzadas habian aparecido á pocas leguas de Búrgos, y con una sola marcha podian presentarse delante de la ciudad. La víspera del Domingo de Ramos se notó un movimiento desacostumbrado en el palacio, en el cual se ensillaban caballos y mulas y se cargaban precipitadamente los bagajes. Seiscientos caballeros moros, guardia ordina-

(1) Ayala.

ria de D. Pedro, mandados por D. Mohamed-el-Cabezani, enviado del rey de Granada, estaban formados en batalla delante de las puertas, y al instante se esparció el rumor de que iba á marchar el rey. Ninguno de los magistrados estaba prevenido, ni habia instruido de sus designios á ninguno de los ricos-homes que llegaran á ofrecerle su espada, ni dado ninguna disposicion para la defensa de la plaza ni para la seguridad de un tesoro considerable encerrado en el castillo. Parecia que todo lo habia olvidado el rey, á escepcion de una venganza que ejercer, una traicion que castigar. Por órden suya acababan de dar muerte en el recinto del castillo á Juan de Tovar, hermano del gobernador de Calahorra, que habia entregado su ciudad al pretendiente.

Reunido el pueblo alrededor de su palacio contemplaba con mudo abatimiento los aprestos de marcha, y gritos de desesperacion se mezclaron á las aclamaciones al presentarse el rey. Los principales del vecindario se arrojaron á sus pies y le conjuraron que no los abandonase. «Tenemos víveres y armas, decian, y queremos defendernos. Todo lo que poseemos en el mundo os lo ofrecemos, señor; pero quedaos con vuestros fieles súbditos.» Con voz poco segura respondió el rey que les daba gracias por su fidelidad, mas que su marcha era necesaria porque estaba instruido de que el conde y la compañía habian resuelto marchar sobre Sevilla, y era preciso proveer á la seguridad de las infantas y del tesoro real. Algunos vecinos intentaron representarle cuán improbable era que D. Enrique pensase en dirigirse á Andalucía, pues las noticias mas recientes atestiguaban que aprestaba todas sus fuerzas contra Búrgos; mas á pesar de estas reflexiones el rey permaneció inflexible. Los magistrados de la ciudad le preguntaron entonces respetuo-

samente qué órdenes les daba al dejarlos así en el momento del peligro. «Haced lo mejor que podais, respondió con impaciencia.—Señor, repuso el orador de los vecinos: quisiéramos tener la dicha de defender esta ciudad, que es vuestra, contra sus enemigos; pero una vez que vos mismo, disponiendo de tan buenos caballeros, no creéis poder hacerlo, ¿qué quereis que hagamos?» Guardando D. Pedro silencio, repuso el alcalde: «Por si acontece, señor, lo que Dios no quiera, que nos viésemos en tal necesidad que fuera imposible resistir, tened á bien relevarnos de antemano del juramento de fe y homenaje que os hemos rendido: os lo pedimos una, dos, tres veces.—Consiento en ello, dijo el rey;» y en el mismo instante tomó acta un escribano de esta declaracion. Uno de los tesoreros preguntó despues qué haria de las sumas confiadas á su custodia y depositadas en el castillo. «Defended el castillo, exclamó el rey montando á caballo.—¡Pero si toman la ciudad no puede defenderse el castillo!...» Y sin dignarse responder metió espuelas seguido de los ginetes granadinos, únicas tropas á cuya lealtad se confiaba todavía (1).

Solo un corto número de los ricos-homes reunidos en Burgos lo acompañó en su retirada (2); pues la mayor parte permanecieron en la ciudad ó en las cercanias para esperar los sucesos, y muchos se ocuparon desde luego en tratar con D. Enrique con las mas ventajosas condiciones. Viendo que el mismo rey se abandonaba el desaliento se había apoderado de sus mas fieles servidores. Los comandantes de las plazas situadas delante de

(1) Ayala.

(2) Pero Lopez de Ayala siguió al rey hasta Toledo.

Búrgos creían dar una prueba de adhesión abandonando sus murallas para seguir á su señor en su fuga; pero el mayor número de ellos se declaraba por el vencedor. Todos los puentes levadizos se bajaban ante el pendon de Castilla conducido por los aventureros, y habia bastado al pretendiente presentarse para quitar al rey legitimo la mitad de sus estados.

En el momento en que D. Enrique pasaba la frontera D. Pedro habia despachado correos á todos los gobernadores de las plazas conquistadas en Aragon, y sobre todo en el reino de Valencia, con órden de evacuarlas al instante, quemar las casas, dismantelar las fortificaciones si podian y reunirse á él con todos sus soldados. El punto de reunion que les designó fue Toledo, porque aun conservaba la esperanza de detener al enemigo en los pasos de las montañas que dividen á las dos Castillas. Por lo que en el dia puede juzgarse de su plan, contaba con que cediendo terreno á su adversario lo atraeria, por decirlo asi, al corazon de sus estados; podria destruirlo por esa guerra de emboscadas que le era familiar, y creia que la intemperie del clima, la fatiga y la miseria serian bastantes para disgustar á los aventureros y privar á D. Enrique de sus fuerzas principales. Tal ha sido muchas veces la táctica de los generales españoles, siempre coronada por el éxito cuando el pueblo se ha declarado contra los invasores. Pero la causa de D. Pedro no estaba sostenida por la opinion nacional, y no tardó en conocer que ya no debia contar con sus súbditos. Verdad es que al recibir sus cartas algunos de los capitanes se dirigieron apresuradamente á Castilla la Nueva ó se replegaron sobre el reino de Murcia; pero creyendo la mayor parte que todo estaba perdido para D. Pedro se dispersaron despues de haber vendido al rey de Ara-

gon las plazas que tenían orden de dismantelar (1).

En el momento en que D. Pedro salió de Búrgos, desanimados ya los vecinos y testigos de las malas disposiciones de los ricos-homes que quedaron dentro de los muros, solo pensaron en su salvacion y no vacilaron en enviar una diputacion á D. Enrique. Las credenciales del concejo del comun iban dirigidas al conde de Trastamara; pero le prometian reconocerlo como á rey desde el momento en que hubiera jurado guardar los privilegios y libertades de la ciudad. En esta revolucion rápida solo pensaban en sus intereses, nobles y villanos, y todos pretendian obtener del nuevo señor alguna gracia particular. D. Enrique iba á comprar su reino en vez de conquistarlo. Juró mantener las antiguas franquicias de Búrgos; prometió, segun se dice, esceptuar á la ciudad de todo impuesto (2), é inmediatamente se abrieron las puertas para su entrada triunfal. Al dia siguiente se hizo coronar con gran pompa en la iglesia del monasterio de las Huelgas, á cuya ceremonia asistieron muchos ricos-homes y diputaciones de grandes ciudades de Castilla, porque la fuga precipitada de D. Pedro parecia á toda la España una confesion de su impotencia y, como habia dicho Du Guesclin, una abdicacion de su soberanía. Los primeros actos del pretendiente fueron acordar gracias á los hombres que de capitan de aventuras lo habian hecho rey. El dinero que halló en el castillo de Búrgos y que el tesorero de D. Pedro se apresuró á entregarle, y una contribucion extraordinaria impuesta á los judíos de la ciudad, sirvieron para pagar el sueldo de sus mercenarios extranjeros y alguna defeccion

(1) Ayala.

(2) Cascales. «Hist. de Murcia.»

subalterna. Títulos de nobleza, concesiones de tierras y feudos reales fueron distribuidos con una liberalidad inaudita hasta entonces entre los principales de sus compañeros de armas, y particularmente á los jefes de la gran compañía. A Beltran Du Guesclin le dió el condado de Trastamara, añadiendo á él el rico señorío de Molina con dominios inmensos: sir Hugo de Calverly recibió el título de conde de Carrion, con el patrimonio considerable que de él dependia; y el conde de Denia, jefe de los auxiliares aragoneses, á quien D. Enrique habia llamado su hermano de armas durante su destierro, fue nombrado marques de Villena, con todos los bienes que habian compuesto la dote de la condesa de Trastamara. Hecho rey D. Enrique nada queria conservar de su fortuna privada. D. Tello recuperó el título de señor de Vizcaya, y tambien obtuvo la investidura del señorío de Castañeda: D. Sancho, su hermano, tampoco fue olvidado, y fue su parte la inmensa fortuna del famoso D. Juan de Alburquerque, que despues de la muerte de su hija se habia incorporado á la corona. Antiguos servidores, compañeros de destierro, tráfugas ó adversarios, se disputaban el rico botin dado por la victoria; y no parecia sino que D. Pedro habia acrecentado el patrimonio real solo para servir á las prodigalidades de su enemigo. Los títulos de conde y de marques, reservados hasta entonces á los miembros de la familia real, fueron dados por la vez primera á ricos-homes y aun á capitanes extranjeros (1), y fue tal la generosidad, ó mas bien la profusion del nuevo rey, que dió lugar á una espresion proverbial usada por mucho tiempo en España.

(1) Pellicer. Justificacion de la grandeza de D. Fernando de Zúñiga.

Mercedes Enríqueñas se llamaron desde entonces las gracias concedidas antes de merecerlas.

VI.

Mientras que D. Enrique se hacia coronar en Búrgos D. Pedro entraba fugitivo en Toledo y paraba allí algunos dias como sorprendido de que no lo persiguieran; pero las noticias que recibia de todás partes aumentaban su desaliento, y á pesar de habérsele agregado algunas tropas llegadas del reino de Valencia se sentia menos que nunca en estado de tentar la fortuna de las armas. Un resto de terror que aun inspiraba habia hecho que se le uniesen muchos millares de soldados; pero no se disimulaba que su prestigio estaba perdido y que ya no podia hacerse obedecer. No siendo Toledo á sus ojos un asilo mas seguro que Búrgos se dispuso á abandonarlo pronto para volver á Andalucía, y despues de haber exhortado á los habitantes á defenderse con valor les dejó por gobernador á Garci-Alvarez, maestre de Santiago, con unos seiscientos hombres de armas: despues corrió á Sevilla, conservando apenas la esperanza de prolongar la lucha en un pais que amaba y sobre el cual habia derramado sus favores mas que sobre ninguna otra de las provincias de España. En vez de hacerse seguir por sus tropas aguerridas del reino de Valencia las distribuyó imprudentemente en algunas ciudades de Castilla la Nueva, al mando de señores que aun creia adictos á su persona, y solo conservó á su lado un corto número de ricos-homes, que por poseer propiedades en Andalucía podian ejercer allí una influencia útil á su causa. Poco tardaron los que dejaba atras en someterse al vencedor, y ni el recuerdo de sus beneficios, ni el temor de su venganza detuvieron ya á nadie. Los hom-

bres que siempre se habian mostrado dóciles ministros de su despótismo quisieron hacer olvidar sus viles complacencias por una diligencia todavia mas cobarde en humillarse ante el príncipe á quien por tanto tiempo habian perseguido.

Iñigo de Orozco, encargado de defender á Guadalajara, corrió á llevar sus llaves á Búrgos: el maestre de Calatrava, D. Diego de Padilla, hermano de aquella á quien D. Pedro habia declarado reina, no fue uno de los últimos en ir á besar la mano que desheredaba de un trono á las hijas de su hermana (1); y menos apresurado que los otros Garcí-Alvarez hizo ademan de querer resistir en Toledo; pero solo el tiempo necesario para hacerse comprar su defeccion. Era maestre de Santiago por la voluntad de D. Pedro desde la muerte de D. Fadrique; y Gonzalo Mexía, antiguo servidor de D. Enrique y emigrado desde las primeras turbulencias, habia tomado el mismo título por su parte y sido reconocido en calidad de maestre por los caballeros de la orden desterrados como él. Entre estos dos rivales no podia ser dudosa la eleccion de D. Enrique. Viendo Garcí-Alvarez el alcázar y el puente de Alcántara en poder de los vecinos insurrectos se tuvo por feliz con obtener en cambio de su renuncia propiedades considerables y una buena cantidad de dinero (2). A este precio vendió á Toledo, ó mejor dicho á la parte de la ciudad que sus tropas ocupaban todavia. D. Enrique fue recibido con aclamaciones del pueblo, escitado por el clero y la nobleza, sobre los cuales habia pesado duramente el despotismo de D. Pedro.

(1) Ayala.

(2) Ayala.

Por espacio de quince días tuvo su corte en Toledo, recibiendo los homenajes y sumisiones de las ciudades que de todas partes le enviaban sus diputados; los procuradores de Cuenca, de Avila, Madrid y Talavera llegaron á prestar el juramento de fidelidad en sus manos, y recibieron en cambio la confirmacion de sus privilegios, y tambien quizás libertades nuevas. D. Enrique no habia olvidado la conducta de los judios de Toledo, que pocos años antes contribuyeran tan poderosamente á espulsarlo de sus muros; y, lo mismo que en Burgos, una fuerte multa castigó su adhesion á la causa de D. Pedro. La Juderia de Toledo fue obligada á pagar el sueldo de los aventureros, siendo exigida esta contribucion arbitraria con el mayor rigor (4). Estas exacciones eran agradables al pueblo, y sobre todo al clero; pues mal tratados los eclesiásticos por D. Pedro asian con diligencia la ocasion de vengarse, y animaban al pueblo bajo á que se sublevase contra un príncipe que el cielo abandonaba. De una parte el rey legítimo, buyendo rodeado de ginetes musulmanes, y de otra el usurpador poniendo á rescate á los judios, no era necesario mas para inculcar en el espíritu de la poblacion la impiedad del uno y la ardiente fe del otro.

D. Pedro llegó á Sevilla y tambien encontró allí el desaliento y los síntomas de insurreccion que habia observado en todo el camino. Los andaluces, cuyos campos habian sido arrasados muchas veces por los moros, no veian sin estrema inquietud los preparativos del rey de Granada para socorrer á su aliado, y habian oido esclamar á don Pedro en un momento de cólera que si era victima de la traicion de sus súbditos podia contar al menos con la

(4) Ayala.

fidelidad del rey Mohamed, que le era deudor de su corona. Estas palabras imprudentes eran comentadas con malevolencia por los clérigos y por los emisarios del pretendiente: publicaban que D. Pedro estaba esperando un poderoso ejército de Granada, y que iba á poner en manos de los moros las principales ciudades de Andalucía. Añadían algunos que habia prometido á su aliado Mohamed abjurar la fe cristiana, y que, como el conde D. Julian, iba á sacrificar á su venganza su religion y su patria. El populacho acogió estos rumores absurdos: grupos sediciosos se formaban en las calles inmediatas al alcázar, donde en cierto modo bloqueaban al desventurado rey, y hasta llegó á dudarse de que pudiera sostenerse en él con el reducido número de soldados que le permanecian fieles. En tal estremidad, despues de haber tomado consejo del maestro de Alcántara, Martin Lopez; de Mateo Fernandez, su canciller, y de Martin Yañez, su tesorero, se determinó á salir de Sevilla para ir á implorar el auxilio del rey de Portugal, su tio y su antiguo aliado.

Antes de los últimos reveses de D. Pedro reinaba entre los dos principes la union mas íntima, y habian resuelto estrecharla todavia mas por un matrimonio entre sus hijos. Doña Beatriz, hija primogénita de Maria de Padilla, heredera presuntiva de la corona, debia casarse con don Fernando, hijo primogénito del rey de Portugal; pero la edad de la princesa no habia permitido que el matrimonio fuera celebrado. Confiando sin embargo D. Pedro en la palabra de su aliado, inmediatamente despues de su llegada á Sevilla se habia apresurado á enviar á su hija á Portugal con la dote estipulada en el tratado de alianza, y ademas una suma considerable de dinero, con gran cantidad de pedrerías que habian pertenecido á Maria de Padilla. Habiendo hecho traer á Sevilla pocos dias despues todo el oro

y plata acuñada que guardaba en el castillo de Almodovar del Rio lo embarcó en una galera y encargó á Martin Yañez que marchase con su tesoro á Tavira, en Portugal, y que allí esperase sus órdenes. Encerrado él en el alcázar, y casi sitiado por sus súbditos, seguia con ansiedad los movimientos de D. Enrique, dudando aun en abandonar su reino, cuando estallando la revuelta vino á abreviar su incertidumbre. Amotinado el populacho se dirigió en masa contra el alcázar para asaltarlo, y ya se habia apoderado del arsenal y de las galeras. No habia un momento que perder, y montando el rey á caballo salió casi furtivamente de Sevilla con las dos infantas, Constanza é Isabel, y una hija natural de D. Enrique, que hacia muchos años guardaba á su lado como una prenda estimable. Seguiale el maestre de Alcántara, Martin Lopez, su canceller y algunos caballeros de su casa, y se dice que á pesar de su triste opinion de la inconstancia de los hombres no pudo menos de manifestar amargamente su sorpresa viendo el corto número de servidores que se asociaban á su fortuna. Pero hubiera sido imprudente aguardar mas tiempo á los amigos fieles que podia dejar atras, porque apenas habia salido del alcázar el populacho echó abajo las puertas y todo lo entregó al pillaje (1). Entre tanto su almirante, el genovés Bocanegra, bajaba el Guadalquivir con algunas galeras y se dirigia hácia las costas de Portugal. Por orden del rey habia abandonado el reino de Valencia, y unido á él en Toledo lo acompañó hasta Sevilla, donde terminó su adhesion. Ahora queria conciliarse la buena gracia del amo que le esperaba, y como primera prueba de su nuevo celo se puso en persecucion del buque que

(1) Ayala.

montaba Martin Yañez con el tesoro de D. Pedro : dióle alcance en las aguas de Tavira y lo capturó sin trabajo, porque tal vez, como se sospechó luego, Yañez estaba de acuerdo con el genovés para dejarse apresar (1).

A pesar de las inquietudes de D. Pedro sobre la suerte del navío cargado con sus últimos recursos, en vez de dirigirse á Tavira solo pensó en acercarse lo mas pronto posible al rey de Portugal, que se hallaba entonces en el palacio de Vallada, cerca de Santarem. No tardó en conocer la acogida que le esperaba en tierra extranjera. En Corneha, sobre la orilla izquierda del Guadiana, encontró á su hija doña Beatriz, que le enviaba ignominiosamente ese aliado, en el cual fundaba toda su esperanza. Sin tomarse el trabajo de colorar su falta de fe el rey de Portugal hacia conducir á la jóven princesa fuera de sus estados con la respuesta: «Que el infante D. Fernando ya no queria casarse con ella (2). Casi al mismo tiempo llegó un señor portugues á significarle de parte de su amo que no se podia recibirlo en Santarem ni darle un asilo en Portugal. Se dice que D. Pedro escuchó este mensaje con aire sombrío y sin responder palabra; y quedándose luego solo con uno de los caballeros de su séquito buscó en su escarcela algunas monedas de oro y las arrojó por cima del tejado de la casa en que habia parado. Sorprendido de esta accion el caballero le indicó que seria mejor dar ese oro á alguno de sus servidores en vez de sembrarlo de aquel modo en una tierra inhospitalaria. «Si, lo siembro, dijo el rey con sonrisa feroz; pero dia llegará en que

(1) Ayala.

(2) Ayala.—Duarte do Liao. «Crónicas dos reis de Portugal.»

venga á recoger su cosecha.» Calló el caballero y lo dejó entregado á sus sueños de venganza (1).

Rechazado de Portugal intentó D. Pedro volver á Castilla y se acercó á la ciudad de Alburquerque; pero esta le cerró sus puertas, y tuvo el dolor de ver que la mitad de su reducida tropa lo abandonaba para reunirse á la guarnicion rebelde. Fuerza le fue repasar otra vez la frontera, y vencido por la necesidad se humilló hasta el punto de pedir al rey de Portugal un salvo-conducto y una escolta para atravesar sus estados y penetrar en Galicia, donde al menos esperaba encontrar un amigo fiel en D. Fernando de Castro, que mandaba en jefe en esta provincia.

Al instante le despachó el rey de Portugal al conde de Barcelós y á D. Alvar, su favorito, hermano de la famosa Inés de Castro; pero las consideraciones debidas á la desgracia parecían ya muy penosas para con un príncipe tan manifiestamente vendido por la fortuna. Los dos caballeros declararon al fugitivo que se esponían á la cólera del infante, hijo de su señor, si ellos lo acompañaban según sus instrucciones. Sin embargo, una suma de seis mil doblas, con el regalo de dos magníficas espadas y cinturones de plata ricamente trabajados, los determinó á conducirlo hasta Lamego. Al separarse allí del rey exigieron que les entregase la jóven Leonor, hija de D. Enrique, que el rey de Portugal queria devolver á su padre para hacerle olvidar la proteccion irrisoria que por un instante habia concedido al monarca fugitivo.

Una romancesca leyenda se refiere á esta jóven, á quien llamaban Leonor de los Leones. Algunos años antes, si se ha de dar fe al testimonio de un antiguo cronista, D. Pedro

(1) Duarte do Liao.

la habia hecho arrojar en una cueva donde guardaba leones hambrientos; y estos animales, menos feroces que él, respetaron á la inocente niña y no le hicieron el menor daño. Esta leccion de generosidad que le daban los leones no fue perdida para D. Pedro, pues hizo educar á Leonor con cuidado y la consideró menos como presa que como compañera de sus hijas (1).

Reducido á una escolta de menos de doscientos caballeros el rey atravesó rápidamente, y no sin peligro, la provincia portuguesa de Tras-os-Montes, y pisó de nuevo el territorio castellano en Monterey, ciudad pequeña de Galicia situada en la extrema frontera. Este, que poco antes mandaba como señor absoluto en toda la Castilla, y que por medio de sus ejércitos ocupaba las mas hermosas provincias de Aragon, despues de haber perdido sus conquistas y sus estados hereditarios en menos de dos meses entraba hoy furtivamente en su reino, llevando sobre caballos cansados á sus tres hijas, estenuadas por las veladas y por las fatigas, y temblando de que cada desfiladero y cada choza ocultase una celada ó una traicion. Despues de estos dos meses de continuas angustias, de decepciones amargas y de sufrimientos morales y físicos de toda especie, debió ser para D. Pedro un momento de felicidad aquel en que algunas voces leales saludaron su vuelta á Castilla. En Monterey encontró algunos caballeros enviados por D. Fernando de Castro para anunciarle que ya se habia puesto en marcha con fuerzas considerables. Cartas de Zamora le informaban tambien de que aun cuando la ciudad estuviese sublevada el castillo permanecia fiel, y su gobernador, Juan Gascon, prometia reducir á los re-

(1) Duarte do Liao.

beldes en cuanto recibiera algunos refuerzos (4). El ataque de D. Enrique había sido tan rápido, que los gobernadores adictos á D. Pedro pudieron contener la insurrección en todas partes donde no le había prestado fuerzas irresistibles la presencia de los aventureros y del usurpador. Astorga, Soria y Logroño aun estaban por el rey legítimo y parecían resueltas á defenderse vigorosamente.

VII.

Apenas estuvo en Castilla el primer cuidado de D. Pedro fue escribir al príncipe de Gales y al rey de Navarra para recordarles sus tratados y pedirles socorros. Pronto acudió D. Fernando de Castro á Monterey y le presentó los principales ricos-homes gallegos llenos de ardor y de resolución, que conducían á sus vasallos armados en número de quinientos caballos y dos mil peones. Con este pequeño ejército, protegido por las ásperas montañas de Galicia, que jamás han franqueado impunemente los caballos de Castilla, podía esperarse con seguridad la respuesta del príncipe inglés y del rey de Navarra. Fernando de Castro, el maestro de Alcántara y algunos de los mas adictos servidores del rey opinaban porque se tomase inmediatamente la ofensiva, pues nada mas fácil, segun ellos, que penetrar en el castillo de Zamora por una de sus puertas que daba al campo: una salida vigorosa los haria dueños de la ciudad, desde la cual marcharian sobre Logroño. D. Fernando no dudaba que la presencia de D. Pedro reanimase á sus partidarios y que consiguiese restablecer su autoridad en provincias que el pretendiente

(4) Ayala.

había atravesado rápidamente mas bien que sometido; pero por otra parte el canciller Mateo Fernandez y algunos otros, confidentes como él de los mas secretos pensamientos de su amo, demostraban que era peligroso esponer la persona del rey por un golpe de desesperacion á los azares de una traición nueva. Segun estos las disposiciones de Galicia eran inciertas, y muy dificilmente se conseguiria llevar fuera de su pais á los montañeses armados por D. Fernando. El mejor medio de asegurar la victoria era obtener el apoyo del principe de Gales y apremiar por la ejecucion del tratado de alianza ofensiva y defensiva concluido dos años antes. El carácter leal y los sentimientos caballerescos del principe no permitian dudar de que volaria en auxilio de su aliado. Tales eran los consejos de Fernandez, y tales probablemente las intenciones de D. Pedro. A su natural desconfianza y al desaliento, consecuencia inevitable de sus reveses, se juntaban las vivas inquietudes por la seguridad de sus tres hijas, compañeras de su fuga, y ya se sentia sin valar para desafiar nuevos peligros con ellas. La respuesta que recibió del rey de Navarra acabó de decidirlo. Carlos el Malo vacilaba aun entre los dos hermanos; pero al traves de las vagas promesas que hacia al monarca vencido era fácil ver que iba á declararse por el vencedor.

Permaneciendo neutral la Navarra, ó mas bien sospechosa de parcialidad por D. Enrique, hubiera sido el colmo de la imprudencia apoyarse en sus fronteras para emprender las hostilidades en el Norte de Castilla. Resolvióse que el rey se embarcaria en la Coruña y que marcharía á Burdeos al lado del principe de Gales; y en tanto que él negociaría para la entrada de un ejército ingles en España, D. Fernando de Castro, con el título de adelantado de los reinos de Galicia y de Leon, debia escitar el celo

de las provincias del Norte y sostener la guerra contra el usurpador. Antes de alejarse recompensó el rey su fidelidad dándole el título de conde de Lemos.

Saliendo de Monterey, despues de una permanencia de tres semanas, se dirigió D. Pedro á Santiago de Compostela, adonde las fiestas de San Juan atraian en este momento una multitud de peregrinos de todos los ángulos de la península, y cuyo lugar era el mas á propósito para recoger noticias exactas sobre el estado de los ánimos y la situacion de las diferentes provincias. El arzobispo de Santiago, D. Suero, natural de Toledo y emparentado con las mas ilustres familias de esta ciudad, salió al encuentro de D. Pedro con una comitiva de doscientos caballos y fue recibido friamente. Verdad es que parecia presentarse á disgusto y que la sinceridad de sus ofertas podia ser puesta en duda, con tanta mas facilidad, cuanto que sus parientes de Toledo se habian declarado por D. Enrique arrastrando en su defeccion á sus conciudadanos. La presencia de D. Suero pareció recordar á D. Pedro la pérdida de la ciudad mas importante de su reino, y sin duda por esto fue corta la entrevista. Despues de haber presidido la celebracion de la fiesta el arzobispo fue á dormir á su castillo de la Rocha, probablemente porque habria cedido su palacio de la ciudad á D. Pedro, el cual lo mandó llamar al dia siguiente despues de la hora de siesta. Al instante volvió á Santiago con un séquito poco numeroso, compuesto casi esclusivamente de eclesiásticos. Al llegar á la plaza de la catedral apercibió á D. Pedro que se paseaba sobre uno de los terrados de la iglesia. En este momento un escudero gallego, llamado Fernando Perez Churrichao, seguido de unos cuantos ginetes armados, apareció detras del arzobispo como si fuera aumentando su escolta. De repente, y cuando el prelado echaba

pie á tierra en el atrio mismo de la catedral, Churrichao y sus compañeros dieron sobre él, y en un abrir y cerrar de ojos dispersaron su escolta. Desde lo alto del terrado les gritaba D. Pedro que no matasen al arzobispo: este y un canónigo que lo acompañaba se refugiaron en la iglesia esperando encontrar un asilo; pero los asesinos los siguieron dentro con espada en mano y los hirieron con mil golpes á los mismos pies del altar. Seguros de que sus víctimas habian espirado volvieron á montar á caballo, atravesaron toda la ciudad sin obstáculo y huyeron por el campo (1).

No dejaron de atribuir á D. Pedro la muerte de D. Suerro, y muchas presunciones se reunian para hacerlo responsable de ella. Delante de sus familiares habia dejado entrever su odio contra el prelado acusándolo de complicidad con los rebeldes de Toledo; y ademas, en el mismo momento en que el arzobispo era sacrificado en medio del coro, el padre de Churrichao se encontraba al lado de don Pedro, como si hubiera ido á garantizar la fidelidad de su hijo en ejecutar una venganza ordenada. Por último, el secuestro que inmediatamente recayó sobre los bienes del prelado; sus fortalezas dadas á D. Fernando de Castro, y esa diligencia en recoger los frutos del crimen, ¿no parecian designar claramente el verdadero autor? Ayala refiere, sin embargo, que D. Pedro negó constantemente en lo sucesivo toda participacion en este delito, asercion grave de parte de un príncipe que se creia con derecho absoluto sobre la vida de sus súbditos, y que, lejos de reprobar sus mas crueles actos, espresó muchas veces sentimiento por haber perdonado á algunos de sus enemigos.

(1) Ayala.

Quizás la muerte de D. Suero fue únicamente el resultado de una venganza particular; quizás también habría ordenado el rey que se asegurasen de su persona, pero no que lo asesinasen. En tiempos de anarquía y de revolución los odios privados se disfrazan muchas veces con el nombre de atentados políticos, y no sería extraño que Churri-chao traslimitase sus órdenes, si es que las había recibido. Por lo demás, esta ejecución sangrienta hizo perder al rey muchos de sus partidarios mas adictos: Alvar de Castro, hermano de D. Fernando, iba á Santiago para ofrecer sus servicios, cuando supo la muerte del prelado; y sobre la marcha torció el camino, se encerró en su castillo y se declaró por D. Enrique. Su ejemplo fue imitado por muchos ricos-homes gallegos (1).

Cuando llegó D. Pedro á la Coruña halló á un enviado del príncipe de Gales, que le aconsejaba fuese á Inglaterra cerca del rey su padre, prometiéndole de antemano la acogida mas favorable. Con esta seguridad se embarcó inmediatamente con sus tres hijas y lo que habia podido salvar entre diamantes y oro, pues aun le quedaban cerca de treinta mil doblas y pedrerías de un valor extraordinario.

(1) Ayala.

XX.

Gobierno de D. Enrique.—Guerra civil.—1306—1367.

I.

La fortuna había trocado los papeles: D. Pedro mendigaba la protección de una corte extranjera; y D. Enrique, sorprendido de la facilidad de su conquista, ganaba todos los días una ciudad nueva y era recibido por todas partes con entusiasmo por la nobleza y por la plebe. En Sevilla fue tan grande la afluencia del pueblo para presenciar su entrada, que necesitó muchas horas para atravesar la multitud ávida de contemplar sus facciones; pues llegando á las puertas de la ciudad muy de mañana no pudo entrar en el alcázar hasta la hora de nona (1). Allí encon-

(1) Ayala.

tró á muchos de los antiguos servidores de D. Pedro, que fueron á besarle la mano y á ofrecerle por homenaje tardío excusas que fueron fácilmente aceptadas. El almirante Bocanegra se habia preparado la acogida mas favorable poniendo á los pies del nuevo rey el tesoro de su enemigo, del cual acababa de apoderarse, por valor de treinta y seis quintales de oro y gran cantidad de pedrerías, presa mas importante que la conquista de una provincia, y en cuya recompensa recibió el tráfuga genovés el rico señorío de Otiel (1). Ni una ciudad, ni un solo castillo de Andalucía vaciló en seguir el ejemplo de la capital; y el mismo rey moro, después de una débil demostración contra la frontera, persuadido de que la causa de su antiguo protector estaba perdida para siempre, pidió la paz y la obtuvo sin trabajo. Libre ya de esta inquietud y viendo á todo el reino sometido, á escepcion de Galicia, creyó D. Enrique que debia deshacerse cuanto antes de auxiliares que comenzaban á ser incómodos, pues no encontrando los aventureros ocasion de batirse no perdian la de saquear y robar. De todas partes se elevaban quejas contra sus violencias, y ya en algunas provincias se armaba el pueblo en tumulto contra ellos. D. Enrique despidió á la mayor parte de estos mercenarios después de haberlos colmado de presentes, y solo quiso conservar á su servicio á Du Guesclin y á Calverly y quinientas lanzas escogidas entre las bandas francesas y bretonas (2). A instigación de Du Guesclin, en quien tenía toda su confianza, había conservado por preferencia á los franceses á su lado, y si

(1) Salazar. «Casa de Lara.»

(2) Ayala.

también detuvo á sir Hugo de Calverly, fue probablemente con la esperanza de que este capitán afamado podría servirle de intermediario útil cerca del príncipe de Gales, cuya actitud le inspiraba ya graves cuidados. El conde de la Marche y el señor de Beaujeu salieron de España con el cuerpo principal de aventureros, persuadidos de que habían vengado á la reina Blanca, su pariente, conforme á sus juramentos caballerescos. Habían descubierto en Sevilla á un ballestero de la guardia de D. Pedro, designado por el rumor público como el asesino de la infortunada reina, y después de haber alcanzado de D. Enrique que este hombre les fuese entregado lo hicieron ahorcar sin estrépito de juicio. A la ejecución de este miserable se redujeron las empresas de estos dos señores, únicos que por un motivo desinteresado se hubiesen unido á la bandera del pretendiente. La compañía grande encontró mas ocasiones de hacer uso de las armas á su vuelta que durante su larga marcha al traves de la España, pues necesitó combatir á castellanos, navarros y aragoneses, levantados contra ella, y abrirse por todas partes paso con las armas en la mano; pero ningún obstáculo detenía á estos intrépidos veteranos. Franquearon los Pirineos en buen orden y despedazaron á un ejército frances que pretendió vanamente detenerlos á la bajada de las montañas (1).

Aunque D. Enrique no ignorase que la Galicia y algunas ciudades del Norte de Castilla rehusaban todavía reconocer su autoridad, permaneció cerca de cuatro meses en Sevilla, tiempo necesario para organizar su gobierno y restablecer el orden, por todas partes conmovido después

(1) Froissart.—Dom Vaissette.

de tan violento sacudimiento. Necesitaba á la vez negociar con los reyes vecinos, satisfacer la codicia de la nobleza, contentar á los comunes, obtener de todos una obediencia olvidada durante una anarquía de muchos meses, y prepararse, en fin, para una guerra formal; porque no se disimulaba que los ingleses, haciendo suya la causa de D. Pedro, intentarían algún esfuerzo poderoso en su favor. Lejos de esperar socorros de sus antiguos aliados D. Enrique tenía que temer ahora las exigencias del rey de Aragon, y se apresuró á enviarle á Du Guesclin. General y diplomático á la vez, el astuto breton iba á emplear toda la autoridad de su nombre y á estrechar la alianza tantas veces jurada con Pedro IV. Después de haber sondeado al paso las disposiciones del rey de Navarra tenía Du Guesclin la misión de pasar desde Barcelona á Francia y solicitar el apoyo de Carlos V contra la invasión inglesa. Al mismo tiempo despachaba D. Enrique á Lisboa á Mathieu de Gournay para obtener del rey de Portugal que permaneciese neutral y pasivo en la lucha que iba á comenzarse (1). Por la manera con que Pedro de Portugal había tratado á D. Pedro, fugitivo en sus estados, había mostrado con bastante claridad cuál era su política, y Mathieu de Gournay sacó de su misión las mas satisfactorias seguridades de paz.

Cuando D. Enrique creyó poder abandonar á Sevilla se dirigió á largas jornadas hácia Galicia, con la esperanza de anonadar los restos de la facción enemiga antes de que pudiera ser socorrida por la intervencion extranjera.

(1) Vizconde de Santarem.—Quadro de relações políticas e diplomáticas de Portugal. Mathieu de Gournay era súbdito del rey de Inglaterra.

Todas las ciudades abiertas le enviaron su sumision conforme se acercaba; pero D. Fernando de Castro, que habia concentrado sus fuerzas en Lugo, se defendió en esta plaza con extraordinario vigor. Despues de un sitio, ó mas bien de un bloqueo de algunas semanas, desesperando don Enrique de forzar el puesto, y llamado á Castilla por apremiantes intereses, creyó salvar su honor por medio de un tratado que aceptó el lugarteniente de D. Pedro, resuelto á infringirlo desde el momento en que se sintiera con bastante fuerza. Segun esta convencion fue proclamada una tregua de cinco meses entre las partes beligerantes, y se estipuló que si antes de Pascuas del año 1367 no era socorrido D. Fernando entregaria Lugo y todas las fortalezas ocupadas por sus tropas á los capitanes de D. Enrique; y que entonces tendria la eleccion de salir libremente del reino con todos sus bienes ó de permanecer en él conservando sus honores y su nuevo título, con la condicion de prestar el juramento de homenaje al soberano reconocido por toda la Castilla. Confiado en esta tregua salió D. Enrique de Galicia para ir á Búrgos, donde habia convocado las cortes; pero su brusca retirada despues de la inútil tentativa contra Lugo acreció la audacia de los partidarios de D. Pedro, y no encontrando ya D. Fernando ejército capaz de resistírsele volvió á emprender sus correrías, aumentó sus tropas y aun se apoderó de muchas ciudades ó castillos fuertes. Estendidos sus emisarios por las provincias del Norte anunciaban altamente la vuelta próxima del monarca legítimo á la cabeza de todas las fuerzas de la Guyena (4).

(4) Ayala.

En efecto, ya no eran dudosas las disposiciones de la Inglaterra. Apenas supo el príncipe de Gales la llegada de D. Pedro á Bayona salió de Burdeos á su encuentro; pero el rey destronado en su impaciencia se le adelantó y reunió en el cabo Breton, siendo recibido, no solamente como un rey, sino como un aliado. Sus desgracias y la presencia de sus tres jóvenes hijas, salvadas de tantos peligros, habrían bastado para interesar á un príncipe que se envanecía de practicar todas las virtudes caballerescas, aun cuando la política no hubiese estado de acuerdo con su natural cortesía; pero la revolucion de Castilla era obra de un frances; el usurpador habia estado á sueldo del rey de Francia, y esto era bastante para irritar los celos de Eduardo. Sin vacilar un momento en la primera entrevista prometió á D. Pedro la proteccion de su padre y la suya, y lo condujo de nuevo á Bayona, donde se les reunió el rey de Navarra. Acostumbrado á traficar con su alianza queria Carlos examinar por si mismo si debía violar ó cumplir los juramentos que acababa de hacer al rey de Aragon y á D. Enrique. Ni el príncipe ingles ni D. Pedro ignoraban los compromisos del rey de Navarra; pero tambien sabian su manera de observarlos; los pasos de las montañas estaban en su poder y era preciso comprarlos á mas precio que el de las ofertas recibidas ya por el astuto navarro.

D. Pedro encontró mas lealtad en el príncipe de Gales, pero no sin embargo una proteccion desinteresada. Hacia mucho tiempo que los ingleses codiciaban los puertos admirables practicados por la naturaleza en las escarpadas costas de la Vizcaya, y la ocasion parecia

favorable para obtener de un rey reducido al último recurso la cesion de una provincia separada ya del resto de la península por sus instituciones, su lengua y sus costumbres. La Guyena, que contaba súbditos vascos, podía asimilarse á otros, con tanta facilidad como la Castilla habia reunido las provincias privilegiadas bajo la dominacion de sus reyes. Avido de venganza D. Pedro era pródigo en promesas, y aceptó sin vacilar la compra que se le ofrecia; ¿pero lo hizo de buena fe? Ya nos lo dirán los acontecimientos. En cambio de su facilidad encontraba en Eduardo un ardor casi igual al suyo: la perspectiva de una campaña y la esperanza de nuevos triunfos trasportaban á este príncipe belicoso y le hacian olvidar el mal estado de su salud dándole una fuerza ficticia. Defendia para con su padre la causa de D. Pedro con toda la elocuencia de su ambicion, conjurándole á que enviase tropas á España; y para responder de antemano á las objeciones que preveia anunciaba que el rey caído conservaba aun un tesoro considerable que bastaria para subvenir á los gastos de la expedicion. Todo esto faltaba, sin embargo, para que D. Pedro pudiese tener á sueldo un ejército. El oro que llevara habia desaparecido prontamente en la corte de Burdeos, gastado en presentes ofrecidos á los favoritos del príncipe, y ya le servian sus diamantes para el mismo uso: los mas hermosos de ellos los hizo aceptar á la princesa de Gales y quiso vender los restantes; pero Eduardo se apresuró á recibirlos en depósito, adelantándole sumas considerables sobre estas prendas de un valor incierto. A los ojos de su padre y de sus consejeros afectaba el príncipe de Gales calcular friamente sus ventajas, y ocultaba con cuidado su generosidad temiendo que se tratase su empresa de sueño caballeresco y esforzándose por

justificarla con el nombre del interes y de la politica. Seguro ya del príncipe de Gales D. Pedro había despachado á Lóndres al maestre de Alcántara para tratar del matrimonio de sus hijas con príncipes ingleses, y sobre todo para apresurar los armamentos y desvanecer las dificultades que aun oponia el prudente Eduardo III á la fogosidad belicosa de su hijo. A las instrucciones remitidas á su embajador iba adjunta una justificacion estudiada de su conducta, ó mas bien una recriminacion contra sus enemigos, escribiéndole: «Vos, Martin Lopez, nuestro leal servidor, direis al muy poderoso rey de Inglaterra, nuestro primo, lo que sigue: le direis de qué manera ha turbado D. Enrique nuestra tierra, queriendo arrojarnos de nuestros reinos de Castilla y de Leon, de los cuales somos heredero á buen derecho, y no el tirano, como él dice. Y en cuanto á que trabaja con grande perfidia en pretender cerca del padre santo y del rey de Francia que Nos no debemos reinar, sosteniendo malvadamente que tratamos con crueldad á nuestros ricos-homes y violamos los privilegios de nuestra nobleza, direis que nada de esto es verdad. Que es notorio cómo siendo todavia muy jóven perdimos á nuestro señor y padre el rey D. Alfonso; y que ese D. Enrique y otro hermano mio, D. Fadrique, ambos á dos mayores que Nos, que debian defendernos y aconsejarnos, lejos de esto y codiciando nuestra herencia se ligaron contra Nos en Medina-Sidonia. Que habiendo Dios deshecho sus planes intentaron por otros caminos indisponernos con nuestros ricos-homes, nuestras ciudades y comunes; y porque no nos plegamos á sus voluntades nos tuvieron preso, como sabeis, en la ciudad de Toro. La muerte que por orden nuestra recibió D. Fadrique fue bien merecida por este hecho y por otros. Decid tambien que me llaman cruel y tirano porque he castigado á

los que rehusaban obedecerme y hacian grandes ultrajes á las buenas gentes de mi reino. Direis de viva voz, como de Nos lo habeis oido, cuáles fueron los crímenes de cada uno de aquellós á quienes hemos castigado; y, en una palabra, añadireis de nuestra parte todo lo que os parezca propio para conducir bien las proposiciones de que sois portador, como tambien los matrimonios que sabeis (1).»

Se observará que en esta apologia no se trata ni de legitimidad ni de derecho divino: estas ideas, en efecto, eran apenas conocidas en la Europa de la edad media y ciertamente de todo punto estrañas á Castilla. D. Pedro solo trata de justificarse del cargo de tiranía, pues segun él no hacia mas que castigar á nobles turbulentos. Enemigo constante de la anarquia feudal su causa debia ser la de todos los reyes.

Eduardo III, tan déspota como el castellano, le concedió su proteccion y le prometió restablecerlo en su trono. Despues de algunas semanas de negociaciones D. Pedro concluyó en Liorna el 23 de setiembre de 1366 un doble tratado con el principe de Gales, estipulante en nombre de su padre, y con el rey de Navarra. Comprometiase á ceder al primero una parte de la Vizcaya, particularmente los puertos de mar, y se reconocia su deudor por una suma de quinientos cincuenta mil florines de oro de la moneda de Florencia. Esta cantidad y otros cincuenta y seis mil florines adelantados por el principe y pagados al rey de Navarra á título de subsidios debian ser reembolsados en el término de un año. Las jóvenes infantas, hijas de Maria de Padilla, como tambien las mujeres y los hijos

(1) Rades. «Crón. de Alcánt.»

de los señores castellanos emigrados, permanecerian entre tanto en Burdeos en clase de rehenes hasta el integro pago de esta deuda; y por su tratado particular con el rey de Navarra D. Pedro le cedió la provincia de Guipúzcoa y la de Logroño, independientemente del subsidio que acaba de ser mencionado. En cambio los dos principes debian unir todas sus fuerzas á las suyas para conducirlo á su reino y arrojar de él al usurpador.

D. Pedro se comprometió tambien, en caso de guerra contra los infieles, á ceder el puesto de honor, ó, como se decia entonces, *la primera batalla* á los reyes de Inglaterra ó á sus hijos primogénitos, si tomaban parte en la cruzada. ¿Esta deferencia honorífica para con su aliado no indicaria que D. Pedro, siempre grande en sus proyectos, meditaba desde entonces una expedicion contra Granada?

Esta conjetura se justificaria hasta cierto punto por el carácter vengativo del rey, que siempre sentia con mas viveza las últimas ofensas, y que probablemente no podia perdonar á Mohamed la paz reciente que hiciera con don Enrique.

Desde el momento en que fueron firmados y jurados solemnemente estos tratados, el principe Eduardo desplegó la mayor actividad para apresurar el momento de entrar en campaña. Sus capitanes necesitaban dinero para equiparse, y D. Pedro habia vendido ó empeñado sus últimas pedrerías; pero el principe hizo convertir en moneda su propia vajilla y distribuyó el producto entre sus oficiales (1). Ahora que ya habia probado su adhesión al rey de Castilla por tantos sacrificios se creyó con derecho para darle consejos y hablarle con franqueza, de-

(1) Froissart.

mostrándole hasta qué punto su pasado rigor había sido impotente para contener á sus súbditos en el deber, y conjurándole á que siguiese otro camino cuando estuviera restablecido en el trono: «Tratad dulcemente á vuestros vasallos, decía; pues mientras no hayais conquistado su afecto jamás estará firme vuestra corona.» D. Pedro pareció persuadido y juró perdonar á todos los rebeldes, exceptuando de la amnistia á un corto número de ricos-hombres condenados ya por traicion antes de la entrada del usurpador (1). Que esta promesa fuese sincera, ó bien arrancada por la necesidad, bastó para contentar al príncipe y destruir los escrúpulos nacidos en su generoso corazón por las relaciones de sus capitanes que volvian de Castilla. Prevenidos por D. Enrique; seducidos tal vez por sus presentes, y testigos ademas del odio del pueblo contra el rey desterrado, los caballeros ingleses que habian servido á las órdenes de Du Guesclin llevaban á Burdeos una opinión poco favorable sobre el carácter de don Pedro.

III.

Mientras que los preparativos militares se hacian con la mayor actividad en Guyena, á vista de D. Pedro y del príncipe de Gales, D. Enrique convocaba la cortes en Burgos y les pedia los medios de resistir á la invasion de los ingleses: la situacion del nuevo rey era muy grave.

(1) Rymer. «Tratado de Liorna.» Item, todos los prisioneros... avran hy tal hecho como ellos han acostumbrado en las guerras de Francia, salvando los traidores juzgados por el rey D. Pedro, D. Tello y D. Sancho, sus hermanos, los cuales si presos fueran serán dados al rey D. Pedro, pagando el tal suma como el Príncep ordenará.

y él no se hacía ilusión sobre los peligros de que estaba rodeado. En víspera de una guerra contra el capitán mas grande y los mejores soldados de la Europa veía la insurrección organizada y triunfante en una de sus provincias. Las exigencias de los aventureros y de los ricos-hombres habían agotado en algunos meses los recursos inesperados que debía á la captura del tesoro de D. Pedro, y no se disimulaba que sus rápidos triunfos eran debidos en gran parte al cansancio que había producido en Castilla la prolongada guerra contra Aragon; ahora debía temer que, desanimados los pueblos, le rehusasen los nuevos sacrificios que exigía una guerra mucho mas peligrosa. El mas sincero de los aliados de D. Enrique, el rey de Francia, no se hallaba en estado de prestarle socorros eficaces; el rey de Navarra le hacía traicion abiertamente, y por último, el de Aragon, en lugar de enviarle refuerzos amenazaba llamar al marques de Villena, y reclamaba imperiosamente la ejecucion del tratado que debía entregarle la mitad de Castilla. Consentir en semejante cesion hubiera sido esponerse al ódio, al desprecio y al abandono de sus nuevos súbditos; así es que prodigando á Pedro IV las espresiones de su respeto y reconocimiento se escusó de no poder entregarle las provincias que le había prometido, pues aun poco firme en el trono no podía ajar el orgullo nacional que tanto le importaba contemplar. Era preciso esperar que la victoria le diese alguna tranquilidad y entonces se apresuraria á cumplir sus promesas. También rehusó D. Enrique, y esto era en su posicion un acto de valor y de generosidad, entregar á Pedro IV el conde de Osona, hijo de Bernal de Cabrera, proscripto de Aragon y en otro tiempo al servicio de don Pedro. A fuerza de contempORIZACION y de instancias obtuvo que Pedro IV no llamase al pequeño cuerpo de

tropas aragonesas que estaba á las órdenes del marques de Villena y que continuase tratándolo como aliado. Era un triunfo importante demostrar á la Inglaterra la union de las dos mayores monarquias de España contra el rey desposeido; pero de todos los ausiliares de D. Enrique el mas poderoso era el terror que inspiraba á la nobleza y á los concejos de las ciudades la vuelta del implacable D. Pedro. Rebelde á un rey que jamás habia perdonado, Castilla no tenia ya mas esperanzas que en el triunfo del jefe que acababa de escoger. En efecto: á pesar de la penuria general las cortes pusieron la mayor presteza en suministrar los recursos pedidos, y votaron unánimemente un nuevo impuesto que cargaba el diezmo de un dinero por maravedí sobre todas las ventas. Este impuesto, llevado con rigor, produjo en el año 1366, cerca de diez y nueve millones de maravedis, cantidad considerable para aquellos tiempos (1). Menos difícil era entonces procurarse soldados que subsidios: la nobleza corrió á las armas con entusiasmo, y todas las provincias enviaron á Búrgos numerosos reclutas. El recuerdo de los pillajes cometidos por los aventureros escitaba á los paisanos á defender valerosamente sus hogares contra una nueva invasion extranjera.

Naturalmente afable y cortés, D. Enrique nada perdonaba por conciliarse el afecto de sus súbditos; pero era una tarea ruda la de contentar una nobleza orgullosa y tanto mas exigente cuanto que sus servicios se hacian mas necesarios. La susceptibilidad de los ricos-hombres le causaba sin cesar graves embarazos. Un caballero zamorano que habia ido á Búrgos para dirigir alguna peticion

(1) Ayala.

al rey fue despedido por los ugières del palacio. Furioso con esta afrenta juró vengarse, y volviendo al instante á Zamora hace que se subleven sus conciudadanos y proclama á D. Pedro. El castillo aun se mantenía por este príncipe, pero sitiado en cierto modo por la ciudad; y la guarnicion, reducida á estar á la defensiva, reunida á los vecinos hizo correrías por la provincia, y pronto se dió la mano con los descontentos de Galicia: algunas tropas enviadas de Búrgos fueron batidas, y redoblando su audacia la insurreccion hizo progresos rápidos en el Norte del reino de Leon (1).

En medio del desórden general todos los medios parecían buenos para ganarse el favor del pueblo y asegurarse su obediencia. Ya hemos visto que D. Tello, casado con la heredera de Lara, tenía por dote de esta el señorío de Vizcaya; y habiendo muerto esta señora, prisionera de D. Pedro, sin dejar hijos, D. Enrique había devuelto á su hermano esta rica herencia que el rey don Pedro había reunido á la corona. Esta donación tuvo lugar en contra de los usos de esta provincia y con desprecio del voto manifestado en la junta de Guernica en 1357, cuando los diputados vizcainos eligieron al rey de Castilla por su señor.

D. Tello no ignoraba que su único título al señorío de Vizcaya era á los ojos de sus vasallos su alianza con la casa de Lara; y concluida en la actualidad esta era dudoso que quisiesen confirmar la decision de D. Enrique. Pero de pronto se supo que una mujer se presentaba en Sevilla tomando el nombre de doña Juana de Lara, señora de Vizcaya. Inmediatamente se le hizo venir á Búr-

(1) Ayala.

gos, y D. Tello, que sin duda sabia mejor que nadie á qué atenerse sobre el origen de esta pretendida princesa, la reconoció públicamente por su mujer, y nada perdonó para acreditar la fábula que recitaba ella sobre el misterio de su desaparicion y de su libertad. Algun tiempo vivió con ella tratándola como á su mujer, hasta que por último, viniendo á confirmarse de una manera auténtica la muerte de la verdadera doña Juana, la impostura comenzó á ser mas peligrosa para él que la misma verdad (1).

(1) Ayala.

XXI.

Intervencion del principe de Gales.—1367.

I.

EN el Norte y en el Sur de los Pirineos se reunian dos ejércitos numerosos, uno y otro en las fronteras de Navarra. Para pasar de la Guyena á Castilla no habia entonces mas que un camino practicable para los caballos, que era el que partiendo de San Juan de Pie de Puerto entra en el famoso valle de Roncesvalles, y que, despues de haber franqueado las montañas, sigue el curso del Arga para ir á desembocar en Pamplona. El valle de Roncesvalles conduce á un desfiladero que un puñado de hombres puede defender, y todos los españoles saben que ha sido y puede ser todavía la tumba de un ejército extranjero. Este paso dependia del rey de Navarra, y estaba en su arbitrio abrir ó cerrar las puertas de Castilla á los ingleses: no debe, pues, sorprender que su alianza

fuese tan ávidamente buscada y comprada por D. Pedro. D. Enrique, por su parte, no habia perdido la esperanza de obtener, ya el concurso, ya la neutralidad del navarro: ademas de una suma considerable de dinero le ofrecia la provincia de Logroño y una parte de Alava y de Guipúzcoa; es decir, casi la misma cesion de territorio que su adversario habia prometido, tratándose tambien de devolver á la Navarra provincias que antiguamente habian sido separadas de ella. La eleccion entre estas ofertas era un embarazo grave para Carlos, pues habia recibido cincuenta y seis mil florines de D. Pedro y sesenta mil doblas de D. Enrique, y era preciso adivinar de qué parte se encontraba la fuerza, ó cuál de los dos pretendientes al trono de Castilla tenia mas probabilidades de triunfo. Apenas hubo firmado con D. Pedro el tratado de Liorna cuando entabló otra negociacion con D. Enrique: los juramentos le costaban poco y era pródigo de ellos. En una conferencia que tuvo lugar secretamente entre los dos príncipes en Santa Cruz de Campeszo juró el navarro sobre los Evangelios lo contrario de lo que jurara en Liorna; y se obligó á cerrar el puerto de Roncesvalles, á reunir todas sus fuerzas á las de D. Enrique y aun á sostenerle *con su cuerpo en batalla*. Para este nuevo compromiso le hubiera bastado variar un solo nombre del tratado de Liorna; pero fue estrechado á dar seguridades, y consintió en ello sin mucha pena. Tres de sus castillos de Navarra fueron entregados en manos de tres señores, testigos y garantes del convenio, que eran el arzobispo de Zaragoza; Ramirez de Arellano, caballero navarro al servicio de Castilla, y Beltran Du Guesclin, que acababa de llegar á España conduciendo algunos voluntarios franceses y bretones.

Mientras que los dos ejércitos permanecieron inmóviles

no tuvo Carlos dificultad en representar su papel para con los dos hermanos rivales, repitiendo á cada uno las mismas promesas y juramentos; pero al fin llegó el momento decisivo. A pesar del rigor del invierno avanzó el príncipe de Gales hácia los Pirineos, y á fin de enero de 1367 ya estaban en movimiento todas sus tropas. El navarro trató de detenerlo algunos dias mas bajo veinte pretextos diversos; pero el príncipe de Gales no era hombre que se pagaba de semejantes efugios, y la vanguardia inglesa salió bruscamente de San Juan de Pie de Puerto resuelta á forzar el paso de Roncesvalles si osaban disputárselo. Puesto Carlos en tal estrechidad, y queriendo conservar las apariencias hasta el último momento, dió órdenes para defender el puerto, y otras órdenes para dejarlo sorprender. Intimidado á un tiempo por D. Enrique y por D. Pedro para que compareciese en persona á combatir segun sus juramentos, imaginó el espediente que sigue para engañarlos á ambos y reservarse el medio de protestar de su fidelidad á quien quiera que favoreciese la suerte de las armas.

Olivier de Mauny, caballero breton, ocupaba con algunos hombres de armas el castillo de Borja, en Aragon, sobre la misma frontera de Navarra, del cual era gobernador por su primo Beltran Du Guesclin, á quien se lo habia dado en investidura el aragonés el año precedente. Era Mauny una buena lanza, que solo veia en la guerra una ocasion de enriquecerse, y con quien el rey de Navarra por consecuencia podia entenderse á las mil maravillas. Despues de una conferencia secreta que con él tuvo salió Carlos de Tudela para una partida de caza en la frontera de Aragon en el momento mismo en que el ejército ingles se aventuraba en Roncesvalles. Separado de la mayor parte de sus cazadores el rey se encontró de súbito ro-

deado de hombres de armas bretones mandados por Mauny, que lo hicieron prisionero y lo condujeron a Borja, publicando que esto era buena presa, puesto que habia violado la neutralidad dando paso al principe de Gales; pero en realidad la emboscada se habia concertado entre el rey y el capitan de aventuras para permanecer cautivo hasta la conclusion de la campaña, debiendo pagar la complacencia de su carcelero con una renta de tres mil francos y la ciudad de Guibray en sus dominios de Normandía (1). Puede preguntarse hasta qué punto pudo permanecer oculta esta transaccion desleal á Du Guesclin, de quien Mauny era teniente, y al rey de Aragon, de quien uno y otro eran vasallos. La politica astuta de Pedro IV y la rapacidad de los aventureros autorizan todas las sospechas; pero los autores contemporáneos solo han acusado á Olivier de Mauny, y nosotros debemos imitar hoy su reserva. Al saber Martin Enriquez, lugarteniente general del reino de Navarra, el cautiverio de su señor, protestó contra su arresto, que declaró alevé, y siguiendo instrucciones, probablemente recibidas de antemano, se reunió con trescientas lanzas al ejército ingles cerca de Pamplona. Sin duda alguna lo habria reprobado Carlos si el principe de Gales se hubiera visto obligado á repasar los montes.

Siendo ya evidente la guerra entre la Inglaterra y el rey de Castilla, sir Hugo de Calverly, que con su nuevo título de conde de Carrion habia permanecido hasta entonces en Burgos al lado de D. Enrique, llegó á pedir á este su licencia y el permiso de reunirse á la bandera del principe de Gales, su señor natural. Segun sus capitulaciones los aven-

(1) Ayala.—Froissart.

tureros ingleses debian llevar las armas contra todos los enemigos del rey de Castilla, salvo el rey de Inglaterra y su hijo. Ambas partes se condujeron con lealtad y cortesía. El capitán inglés alegó sus juramentos, espresó su viva pena y ofreció llevar al príncipe de Gales proposiciones de acomodo. Sir Hugo solo tenia trescientas ó cuatrocientas lanzas y hubiera sido muy fácil destruirlo; pero D. Enrique se mostró generoso; le dió gracias por sus servicios pasados, y lo despidió haciéndole regalos magníficos, sin esperanza de que su empresa obtuviese algun éxito.

II.

Al rumor de la entrada de los ingleses en España todos los partidarios de D. Pedro alzaron la cabeza y algunas ruidosas defecciones vinieron a alarmar al usurpador. Muchas ciudades de Castilla se sublevaron; un cuerpo de seiscientos caballeros destacado en la provincia de Soria para reducir la villa de Agreda se reunió todo entero á los rebeldes, y Salvatierra proclamó á don Pedro, abriendo sus puertas á las avanzadas del ejército inglés, cuyas diferentes divisiones se concentraban enrededor de Pamplona. Salvatierra es la primera ciudad de Castilla que se encuentra en el camino que conduce á Burgos atravesando la provincia de Alava; y no creyendo D. Enrique que el príncipe de Gales se dirigiese por esta parte, pasó el Ebro cerca de Haro con todas sus tropas y fue á acampar en Treviño, separado algunas leguas de Salvatierra. Reunidos allí todos sus capitanes en consejo de guerra les comunicó una carta que el rey de Francia le dirigia para invitarle á que no tentase la fortuna en una batalla contra un general tan hábil como el príncipe

de Gales y contra soldados tan temibles como las aguerridas bandas que llevaba en su séquito. Beltrán Du Guesclin, el mariscal de Audenham y la mayor parte de los aventureros franceses apoyaron este consejo, declarando que los ingleses eran invencibles en batalla ordenada y que era preciso molestarlos con escaramuzas continuas, atraerlos lentamente á lo interior del país, donde las fatigas, el clima y la falta de víveres diezmarian en poco tiempo tan hermosas tropas, y proponiendo, en una palabra, el plan que el mismo Du Guesclin ejecutó en Francia algunos años mas tarde contra un ejército ingles mucho mas considerable. Pero esta guerra, hacendera en un país como la Francia, fiel á su rey y armándose con entusiasmo por la defensa comun, ofrecia grandes peligros en Castilla, donde los pueblos se dividian entre los dos pretendientes al trono. Los capitanes castellanos representaban, no sin razon, que si se daba un paso atras la retirada parecia una confesion de inferioridad; que las provincias cedidas á la invasion se declararían al instante contra D. Enrique, y que la defeccion se haria muy pronto general. Recordaban que el año precedente habia perdido don Pedro su reino por no haber osado dar una batalla, y lo que imitarlo ahora era prepararse idéntica suerte. Después de haber oido en silencio entrambas opiniones don Enrique se pronunció por el partido de los mas audaces. Dijo que el honor le prohibia abandonar á la venganza de su enemigo los hombres y ciudades que se habian sacrificado por su causa, y para terminar la discusion declaró que estaba dispuesto á ponerse en manos de Dios para que juzgara entre su rival y él. Sin embargo, á fin de conciliar cuanto fuera posible la prudencia con esta resolucion atrevida, apoyó su ejército en las montañas que separan la provincia de Alava de la de Búrgos, haciendo ocupar

todas las gargantas de ellas. Concentrando despues el grueso de sus fuerzas en Zaldiaran, en una posicion muy fuerte escogida por Du Guesclin, esperó que los ingleses intentaran forzarle aquel paso (1). De esta suerte cubria la capital de Castilla la Vieja, objeto de los esfuerzos del enemigo, y ofrecia al mismo tiempo la batalla al principe de Gales, pero con todas las probabilidades en su favor; porque su infanteria, ligera y acostumbrada á la guerra de montaña, debia tener una gran ventaja sobre tropas pesadamente armadas y combatiendo en un terreno del todo nuevo para ellas.

D. Pedro habia prometido á los ingleses una victoria fácil, y la acogida que hallaron en Salvatierra alimentó su ilusion sobre las disposiciones del pais, avanzando por él llenos de confianza: preciso fue que un descalabro grave viniese á probarles que habian despreciado mas de lo justo á su enemigo. Mientras que sus forrajeadores se esparcian por la llanura de Alava, D. Tello, con un cuerpo de caballeria compuesto de gendarmes franceses y de ginetes castellanos, cayó de repente sobre ellos y apresó ó mató un gran número, introduciendo la alarma hasta en el cuartel del duque de Lancaster, que mandaba la vanguardia inglesa. Despues de haber barrido la llanura, replegándose esta caballeria hacia las montañas se encontró inopinadamente cerca de Ariñiz, á dos leguas de Victoria, con un destacamento enemigo que, á las órdenes de sir Tomás Felton, senescal de Guyena, se habia separado mucho del cuerpo de su ejército. Felton no llevaba mas que doscientos hombres de armas y otros tantos arqueros, mas sin perder valor, viéndose rodeado por mas de tres

(1) Ayala.—Froissart.

mil caballos, hizo echar pie á tierra á sus gendarmes y los formó sobre un cerro escarpado. Solo William Felton, hermano del senescal, no quiso abandonar su montura, y metiéndose en medio de los castellanos con la lanza en ristre atravesó de parte á parte del primer golpe á un hombre de armas con su coraza de hierro; pero al instante fue hecho pedazos. Unidos sus camaradas alrededor de su bandera combatieron largo tiempo con el valor de la desesperacion, hasta que al fin, guiados los aventureros por el mariscal de Audencham y el béguer de Vilaines, echaron pie á tierra, y formándose en columna rompieron la falange inglesa, mientras que los ginetes castellanos la cargaban por detras. Todo fue pasado á cuchillo en el primer furor de la victoria; pero la resistencia heroica de este corto número de gendarmes ingleses escitó la admiracion de sus mismos enemigos. El recuerdo de esta gloriosa derrota de Felton se ha conservado en la provincia, y aun hoy dia enseñan cerca de Ariñiz el cerro en que cayó acribillado de heridas despues de haber peleado un dia entero: en la lengua del pais le llaman *Inglesmendi*: el cerro del Ingles (1).

Advertidos de la presencia del enemigo por la fuga precipitada de sus forrajeadores, el príncipe de Gales y D. Pedro se apresuraron á formar todas sus tropas en batalla sobre la altura de San Roman, no lejos de Vitoria. Su retaguardia estaba todavía á siete leguas del cuerpo de batalla, y no dudaban que D. Enrique los acometiese. «Este dia, dice Froissart, tuvo el príncipe cierta angustia en el corazon porque su retaguardia tardaba

(1) Ayala.—Froissart.

tanto en llegar.» Sin embargo, estaba resuelto á no rehusar el combate, y su sangre fria no le abandonó un solo instante. En vísperas de tomar parte en una batalla era costumbre que los nobles jóvenes que aun no estaban armados caballeros se hiciesen dar el espaldarazo, ceñir la espada y calzar las espuelas de oro por los jefes de su ejército. Tal era la ceremonia que conferia el título de caballero, título ya sin importancia y que servia todo lo mas para probar que quien lo llevaba habia concurrido á una batalla. D. Pedro quiso recibir la orden de caballería de manos del príncipe Eduardo, que la confirió en seguida á su hijastro el príncipe Tomás de Holanda y á otros muchos señores jóvenes. Mas de trescientos escuderos fueron armados caballeros este dia, ya por el príncipe, bien por los nuevos caballeros ó por los jefes mas notables del ejército ingles (1). Pero no era sobre este terreno donde los jóvenes guerreros debian ganar sus espuelas. D. Enrique permaneció inmóvil sobre las alturas cerrando el camino de Búrgos y determinado á no abandonar su excelente posicion; pero Eduardo tenia demasiada experiencia para atacarlo en ella, y se resolvió á buscar otro campo de batalla.

Salvo las defecciones de que hemos hablado nada tenia de consolador el principio de la campaña para el ejército ingles, que ya dejaba detras un gran número de enfermos. La nieve, el cambio de alimento y aun el hambre habian hecho perecer muchos caballos. El soldado, lleno al principio de seguridad, comenzaba á mirar con desaliento esas montañas inaccesibles siempre cargadas de nieblas, y á temer esa guerra de sorpresas que tan

(1) Froissart.

nueva le era; el merodeo y el pillaje eran casi imposibles ante los numerosos ginetes castellanos y los ágiles montañeses de Vizcaya. Desesperando el príncipe de Gales poder sostenerse en Alava volvió á Navarra para desembocar en Castilla por otro punto. La ciudad de Logroño, que permanecía fiel á D. Pedro, tiene un puente sobre el Ebro que abre un camino de Navarra á Castilla, evitando los pasos difíciles que presentan las montañas al Sur de Vitoria y conduciendo mas seguramente, aunque con mas lentitud, á Burgos. En el momento en que don Enrique tuvo noticia de este movimiento repasó el Ebro y entró en Nájera, que es la primera ciudad de Castilla que se encuentra despues de Logroño en el camino de Burgos, y estableció su campamento cerca de la ciudad, en un sitio que fue teatro de su derrota en 1360. El Najerilla, uno de los afluentes del Ebro, le formaba una especie de atrincheramiento natural; los ingleses estaban ya en la orilla derecha del Ebro ocupando la aldea de Navarrete, y solo mediaba entre los dos ejércitos un intervalo de cuatro ó cinco leguas (1).

El 4.º de abril de 1367 se presentó un heraldo del príncipe de Gales en las avanzadas castellanas, y entregó á D. Enrique una carta de su señor, dirigida al conde de Trastámara. Queriendo evitar el príncipe la efusion de sangre lo invitaba en nombre de Dios y del señor San Jorge á desistir de sus pretensiones al trono de Castilla, y con esta condicion le prometia obtener del rey D. Pedro que le devolviese su gracia y le concediese en el reino un estado conforme á su rango; pero que si persistia en su usurpacion lo desafiaba y sometia su causa al juicio de Dios.

(1) Ayala.—Froissart.

Segun los usos caballerescos D. Enrique hizo un rico presente al heraldo y en seguida reunió á los principales de sus capitanes, castellanos ó extranjeros, y les consultó la respuesta que debia enviar al príncipe de Gales. La mayoría era de parecer que no era necesario darle ninguna, por cuanto el príncipe ingles no habia escrito al rey de Castilla y porque el rey D. Enrique no tenia para qué tomar conocimiento de una carta dirigida al conde de Trastamara. Otros, por el contrario, decian que en el momento de venir á las manos un esceso de cortesía no podia ser imputado á debilidad, y habiéndole convencido esta opinion envió al príncipe de Gales la siguiente respuesta:

«D. Enrique por la gracia de Dios, Rey de Castilla é de Leon: Al muy alto é muy poderoso D. Eduardo, fijo primogénito del Rey de Inglaterra, Principe de Gales é de Guyena, Duque de Cornouailles, Conde de Chester, salud. Recebimos por vuestro Haraute una vuestra carta, en la qual se contenian muchas razones que vos fueron dichas por parte desé nuestro adversario que y es; é non nos parece que vos avedes seido informado de como ese adversario nuestro en los tiempos pasados que ovo estos Reynos los rigió en tal guisa é manera, que todos los que lo saben é oyen se pueden dello maravillar porque tanto tiempo él aya seido sofrido en el señorío que en el dicho Reyno tovo: cá él mató en este Reyno á la Reyna doña Blanca de Borbon, que era su mujer legitima; é mató á la Reina doña Leonor de Aragon, que era su tia, hermana del Rey D. Alfonso su padre; é mató á doña Juana, é á doña Isabel de Lara, fijas de D. Juan Nuñez, Señor de Vizcaya, é sus primas; é mató á doña Blanca de Villena, fija de D. Fernando, Señor de Villena, por heredar las sus tierras que estas tenian, é gelas tomó; é mató á tres hermanos suyos, D. Fadrique, Maestre de Santiago, é

D. Juan é D. Pedro; é mató á D. Martín Gil, Señor de Alburquerque; é mató á muchos Caballeros é Escuderos de los mayores deste Reyno; é tomó contra voluntad muchas dueñas é doncellas deste Reyno, dellas casadas; é tomaba todos los derechos del Papa é de los Perlados. Por las quales cosas, é otras que serian luengas de contar, Dios por su merced puso en voluntad á todos los Reynos que se sintiesen desto, porque non fuese este mal de cada dia en mas. E non le faciendo home en todo su señorío ninguna cosa, salvo obediencia, é estando todos juntos con él para le ayudar é servir, é para le defender el dicho Reyno, Dios dió su sentencia contra él, que él de su propia voluntad desamparó este Reyno, é se fue: é todos los de los Reynos de Castilla é Leon ovieron dende muy gran sentimiento, é plazer junto, teniendo que Dios les avia enviado su misericordia por los librar de tal señor tan duro é tan peligroso como tenian: é de su propia voluntad todos vinieron á Nos, é nos tomaron por su Rey é por su Señor, así Perlados, como Caballeros, é Fijosdalgo, é ciudades é villas del Reyno. Lo qual non es de maravillar, cá en tiempo de los Godos que enseñorearon las Españas, donde Nos venimos, así lo ficieron, é ellos tomaron, é tomaban por Rey á qualquier que entendian que mejor los podría governar; é se guardó por grandes tiempos esta costumbre en España; é aun oy dia en España es aquella costumbre, cá juran al fijo primogénito del Rey en su vida, lo qual non es en otro Reyno de Cristianos. E por tanto entendemos por estas cosas sobredichas, que avemos derecho á este Reyno, pues por voluntad de Dios é de todos nos fue dado, é non avedes vos raxon nenguna porque Nos lo destorvar. E si batalla oviese de aver, quanto á Nos sabe Dios que nos desplace dello; pero non podemos escusar de poner nuestro cuerpo en defen-

sa destos Reynos, á quien tan tenudos somos, contra qualquier que contra ellos quisiese ser. E por ende vos rogamos é requerimos con Dios é con el Apóstol Santiago, que vos non querades entrar así poderosamente en nuestros Reynos; cá faciéndolo, non podemos escusar de los Nos defender. Escrita en el nuestro Real de Nájera segundo día de abril (1).»

He creído conveniente referir íntegro esta especie de manifiesto que espresa tan terminantemente el derecho del pueblo castellano á elegirse un monarca, y que hace remontar este privilegio á los tiempos mas atrasados. Es curioso unir este documento á la carta de D. Pedro al rey de Inglaterra: el primero proclama la soberanía del pueblo; la segunda la reconoce implícitamente, y ambas demuestran la opinion de la edad media en España sobre una cuestion tan larga y tan cruelmente debatida despues.

Tambien debe notarse la naturaleza de las acusaciones lanzadas contra D. Pedro. Probablemente el objeto de D. Enrique al acumular de ese modo esos asesinatos de mujeres era herir fuertemente el ánimo generoso de Eduardo, aunque se curaba poco de probar sus asertos, dejando inciertos la mayor parte de los crímenes que enumeraba, muchos de los cuales no han sido relatados por ningun historiador. La muerte de D. Gil de Alburquerque, por ejemplo, es atribuida por Ayala á una causa natural, y sabemos, sin embargo, el cuidado con

(1) Ayala. «Abreviada.» Otros manuscritos dan otra version, confirmada por la autoridad de Rymer; pero no me ha sido posible encontrar en Lóndres el original ó copia de ella. En la «Vulgar» no aparecen las palabras relativas á los asesinatos cometidos por D. Pedro, ni las referentes á la sucesion á la corona.

que este cronista ha registrado todas las acusaciones dirigidas contra D. Pedro. También se busca en vano algun testimonio que impute á este príncipe la muerte de doña Blanca de Villena; y segun toda apariencia D. Enrique reprodujo en su carta todos los rumores esparcidos contra su enemigo. Puede parecer extraño que no se encuentre en este manifiesto ninguna alusion á las violaciones de los privilegios de la nobleza, causa principal del odio que se habia atraído D. Pedro. ¿Seria tal vez porque siendo ya rey sentia cierta indulgencia para semejante atentado, ó bien omitiria esta acusacion persuadido de que apenas repararia en ella el hijo del rey de Inglaterra?

III.

Por el cuidado que el nuevo rey tenia en representarse como obligado á rechazar una agresion injusta debia suponerse que solo por conservar las apariencias hasta el último momento esperaria á los ingleses detras del Nájera, y repetia la maniobra que ya le diera buenos resultados en Zaldiaran; pero no fue así. Inmediatamente despues de haber respondido al príncipe de Gales declarando que queria terminar la guerra por un solo combate pasó el rio y condujo su ejército á la llanura que hay entre Navarrete y Nájera. Los capitanes de los aventureros, que veian con disgusto que abandonase un puesto ventajoso, pretendieron, aunque en vano, combatir su resolucion. Pero sus triunfos contra la vanguardia inglesa habian exaltado su valor; el número y valor de sus soldados le inspiraban una confianza nueva; y por último, su honor caballeresco le representaba la carta de Eduardo como un reto que no podia rehusar sin cubrirse de vergüenza. La suerte estaba echada; de una parte y otra

se disponían á la batalla. Al saber el príncipe que el ejército castellano desembocaba en la llanura exclamó encantado de esa temeridad que no esperaba: «¡Por San Jorge que este bastardo es un valiente caballero (1)!»

El arte de la guerra habia degenerado mucho en la edad media. A la sábia táctica de los romanos, que sometía los movimientos de las mayores masas al mando de un hombre solo, habia sucedido otra táctica grosera y apropiada á la anarquía feudal. Ahora la suerte de las batallas no dependía de la habilidad del general, sino del valor, y sobre todo del vigor de sus soldados: ya no se maniobraba, sino se daban citas en un terreno como en un campo cerrado, y una batalla no era mas que un gran duelo, en el que la destreza en la esgrima y la fuerza física decidían la victoria. Compuestos en su mayor parte de caballería los ejércitos de la edad media no tenían la movilidad ni la firmeza de las legiones romanas, y la dificultad de encontrar forrajes hacia que muchas veces abortase una expedición preparada con inmensos gastos. El puesto de honor estaba confiado á los hombres de armas, pesadas estatuas de hierro que se entrechocaban un instante, torpes para herir é impenetrables á los golpes. Rara vez era sangriento el primer choque entre hombres cubiertos de pies á cabeza con espesas planchas de acero ó de hierro; pero al instante entraba el desorden en estos compactos batallones. Caían algunos jefes ó banderas, y el partido mas débil ó el mas desalentado pronto volvía la espalda y tomaba la fuga: entonces comenzaba la carnicería. Todo guerrero que caía por tierra era muerto ó apresado; pues antes de que pudiera levantarse, clavado como estaba en

(1) Froissart.

el suelo por el peso de su armadura, lo sacrificaban como á una res en el matadero, á menos que la riqueza de su atavío ó el blason de su sobrevesta no enseñase al vencedor que tenia un rescate que ganar. La mayor parte de los soldados, aun los arqueros, siempre marchaban á caballo; pero en el momento de una pelea los hombres de armas echaban pie á tierra, se quitaban las espuelas y requerian sus lanzas.

Cada señor alzaba una bandera, alrededor de la cual se apiñaban sus vasallos, y decidida la victoria todos volvian á montar á caballo; el vencido para huir mas y el vencedor para perseguirlo. Detras del grueso de los hombres de armas, ó, para hablar el idioma militar de la edad media, detras de las *batallas* quedaban los escuderos teniendo por la brida los caballos que conducian á sus señores en el momento crítico: de este modo nos pinta Homero á los héroes griegos sintiendo á sus espaldas el soplo de sus fieles corceles (1).

En el ejército del príncipe de Gales gerdarmes y arqueros eran hombres escogidos que habian hecho la guerra por espacio de mucho tiempo y asistido á grandes batallas. Las tropas de D. Enrique, por el contrario, se componian en su mayor parte de reclutas sin disciplina; y la infantería, sobre todo, estaba tan mal armada como desprovista de experiencia: solo tenia un corto número de ballesteros, y la mayor parte de los peones, campesinos arrancados de sus faenas, no llevaban mas armas que hondas ó azagayas: la caballería, que estaba mejor equipada, contaba sin embargo muchos mas ginetes que gendarmes. En resumen, el ejército castellano, temible en las escaramuzas

(1) Iliada, xvii, 501.

y excelente para la guerra de montañas, perdía todas sus ventajas poniéndose en línea contra las aguerridas bandas de la Guyena: y á los ojos de los capitanes franceses era una temeridad aventurarse en una llanura contra las tropas inglesas; pero ya no era tiempo de dar consejos. Resueltos á cumplir con su deber como gentes de corazón, no podían desechar los presentimientos mas funestos.

IV.

El orden de combate estaba fijado de antemano para los dos ejércitos desde su entrada en campaña. Cada uno se dividía en cuatro cuerpos ó *batallas*. La vanguardia de D. Enrique, compuesta de aventureros franceses y bretones, y de lo escogido de los gendarmes castellanos, estaba á las órdenes inmediatas de Du Guesclin. D. Sancho, hermano del rey, y los caballeros de la Banda, entre los cuales se hallaba el historiador Ayala, hacían parte de esta división, que en nada cedía á los gendarmes ingleses. Un poco mas atras dos gruesos cuerpos de caballería flanqueaban la batalla de los hombres de armas de Du Guesclin que debían combatir á pie: el de la izquierda estaba á las órdenes de D. Tello, y el de la derecha, que se componía de los auxiliares aragoneses y de los caballeros de las órdenes militares, tenía por jefe al conde de Denia, ahora marques de Villena. Entre estas dos alas de caballería, y en segunda línea, se formó la cuarta batalla, compuesta de infantería y caballería, cuyo mando se reservó el rey. La disposición del ejército inglés era la misma poco mas ó menos; solo que los hombres de armas de las tres batallas de la primera línea debían echar pie á tierra todos en el momento de la acción. En el centro y enfrente de Du Guesclin se veían ingleses y aventureros

de todas las naciones, formados bajo la bandera del joven duque de Lancaster. El famoso Juan Chandos, condestable de Guyena, y uno de los mejores capitanes de su tiempo, prestaba al joven príncipe los auxilios de su antigua experiencia y debía iniciarlo en el oficio de la guerra, como ya había servido de mentor á su hermano el príncipe de Gales en los campos de Poitiers. Despues de él se distinguía sir Hugo de Calverly, con las cuatrocientas lanzas que había sacado de España y que iban á cambiar los primeros golpes contra sus antiguos camaradas. A la derecha de este cuerpo y opuestos á D. Tello estaban los hombres de armas gascones, conducidos por el conde de Armagnac y el señor de Albret. A la izquierda, haciendo frente al marques de Villena, el captaí de Buch y el conde de Foix ordenaron sus vasallos y muchas tropas de aventureros. La cuarta batalla, que era la mas numerosa de todas, estaba compuesta de ingleses, castellanos y navarros; y en un puesto de honor ondeaba la bandera de don Pedro con la del príncipe de Gales; la del rey de Navarra, que por ausencia de este llevaba su senescal Martin Enriquez, y la del rey de Nápoles, hijo de D. Jaime, último rey de Mallorca, desposeido por Pedro IV de Aragon. Ayala, testigo ocular, evalúa la fuerza del ejército ingles en diez mil lanzas y otros tantos arqueros; es decir, á mas de cuarenta mil combatientes; pues es sabido que cada lanza servia para muchos ginetes, cuyo número variaba de tres á cinco, y solo da cuatro mil quinientas lanzas al ejército castellano, sin decir el número preciso de los ginetes ni de los peones. Froissart da á D. Enrique, segun relaciones inglesas, veinte y siete mil caballos y cuarenta mil hombres de á pie, sin hacer conocer el número de tropas inglesas presentes en Navarrete; pero segun su relacion no se componian á su

entrada en España mas que de veinte y siete mil caballos, que debian haberse reducido mucho al cabo de dos meses por las enfermedades y el hambre. Parece evidente la exageracion de los primeros guarismos de Froissart; pero puede sospecharse que el patriotismo de Ayala le ha hecho disimular la fuerza del ejército castellano. Comparando los dos testimonios debe conjeturarse que los ingleses tenian mas gendarmes que los castellanos, y que, por el contrario, estos últimos eran mas fuertes en infantería.

Ambos ejércitos se habian puesto en movimiento antes del alba, y á favor del desorden de una marcha nocturna, algunos ginetes y la bandera del comun de San Estéban del Puerto se destacaron del ejército de D. Enrique y fueron á presentarse á D. Pedro. Esta desercion de poca importancia, en cuanto al número de los soldados, era sin embargo muy alarmante por la desconfianza que inspiraba en el resto del ejército: todos examinaban á su compañero con inquietud y temian alguna traicion.

Los ingleses habian tenido tiempo para escoger su posicion y estudiar el terreno. Ya estaban sobre las armas sus batallas, cuando Chandos salió de las filas y se adelantó hácia el principe de Gales llevando en la mano una bandera enrollada. «Monseñor, le dijo: tomad; esta es mi bandera; os suplico me permitais alzarla hoy, pues á Dios gracias poseo tierras y heredades para tener un estado como pertenece á un caballero mesnadero.» Asi se llamaban los señores que podian llevar á la guerra cierto número de soldados, gozando del privilegio de enarbolar su propia bandera, distinguida por su forma cuadrada del pendon triangular de los simples caballeros. Chandos habia entrado en España seguido de doscientos estandar-tes. El principe entregó la bandera á D. Pedro, que la

desplegó, viéndose que era de barras de gules en campo de plata, y cortada en punta como un estandarte. El rey cortó con su puñal esta punta y la devolvió por el asta al nuevo mesnadero diciéndole: «Enarbolad vuestra bandera, mosen Chandos, y que Dios le dé honor y fortuna.» En seguida la llevó Chandos á la vanguardia é hizo jurar á sus compañeros defender esta insignia que desde entonces debía guiarlos.

Al nacer el sol descubrió D. Enrique al ejército ingles ya formado en línea en un orden admirable. Las banderas y pendones ondeaban sobre un bosque de lanzas, pues ya habian echado pie á tierra todos los hombres de armas. La vanguardia castellana se apresuró á imitarlos, avanzó en buen orden aunque con lentitud, y despues hizo alto un momento como para recoger todas sus fuerzas antes de venir á las manos. El príncipe de Gales hizo devotamente su oracion, y despues de haber tomado al cielo por testigo de la justicia de su causa tendió la mano á D. Pedro y le dijo: «Señor rey: dentro de una hora sabreis si sois rey de Castilla.» Y en seguida exclamó: «¡Banderas adelante, en nombre de Dios y de San Jorge!» En el otro campo, montado D. Enrique en una *mula poderosa al uso del pais* (1) recorría las líneas de su ejército exhortando á su gente á cumplir con su deber, prometiendo darles él ejemplo. Dieron la señal las trompetas, y las dos vanguardias se abordaron con la mayor resolucion; una al grito de «¡Castilla por D. Enrique!» y la otra al de «¡San Jorge y Guyená!» Los ingleses llevaban para reconocerse una cruz roja sobre dalmáticas blancas, y los castellanos una banda (2). Los arqueros ingleses, que por punto general se

(1) Froissart.

(2) Ayala.

colocaban en primera fila, no empeñaron el combate esta vez, bien fuese porque el ardor de las dos vanguardias no les dejase tiempo para hacer uso de sus dardos, bien porque el príncipe de Gales temiera esponer sus arqueros á las rápidas cargas de los ginetes castellanos.

Fue tan impetuoso el choque de la batalla mandada por Du Guesclin, que por un instante hizo ceder á la línea enemiga. Un caballero castellano, llamado Martin Fernandez, *que era muy afamado entre los españoles por su valor y atrevimiento* (4), reconoce á Chandos en la confusion y lo provoca á un combate singular. Atácanse con furor, y sus impenetrables armaduras resisten á todos los golpes: confiando el castellano en su fuerza gigantesca agarra á su enemigo por la mitad del cuerpo y lo echa por tierra; pero Chandos lo arrastra en su caída haciendo un esfuerzo desesperado: por algún tiempo luchan juntos en el fondo; mas como Fernandez estaba encima anonadaba á Chandos con su peso y le tenia puesta una rodilla sobre el pecho. Entonces el ingles, conservando su sangre fria en esta lucha encarnizada, saca el puñal y busca con la punta un hueco de la coraza, por el cual lo penetra con golpes redoblados. Entonces rechaza de sí aquella masa inerte, y todo cubierto de sangre se levanta en el momento en que sus compañeros conseguian penetrar hasta el sitio en que estaba. Entre tanto habian retrocedido los ingleses algunos pasos, y ya gritaban victoria los aventureros, cuando el conde de Armagnac avanzó atrevidamente contra la caballería de D. Tello, que, bien por traicion ó terror pánico, no esperó el choque y volvió la espalda sin esperar el combate. Los gascones de á pie, en lugar de entretener-

(4) Froissart.

se en perseguir á los ginetes enemigos, se dirigen ea seguida contra la batalla de Du Guesclin y la cogen por un flanco. Casi en el mismo momento el capta! de Buch, que acababa de poner en derrota la otra ala de caballería, ejecutaba la misma maniobra contra el flanco derecho de la vanguardia castellana. Envueltos por todas partes los gendarmes franceses y españoles se apiñan valerosamente alrededor del estandarte de la Banda y combatieron algun tiempo con el mayor esfuerzo y contra un enemigo tres veces mas numeroso. En vano fue que D. Enrique, á la cabeza de sus hombres de armas á caballo, cargase en persona y repetidas veces para libertar á tan heróica gente, pues pronto tuvo encima la segunda línea del ejército ingles, conducida por el principe de Gales en persona. La infantería castellana, cuyas hondas habian introducido al principio algun desórden en los ingleses, se desbandó cuando hubo sufrido las mortíferas descargas de sus arqueros, y desde este momento fue perdida la batalla para D. Enrique. [Sin embargo, hizo esfuerzos inauditos para ordenar á sus soldados y llevarlos á la pelea gritando por todas partes á los fugitivos: «¡Grandes señores! ¿Qué haceis? ¿Me hareis traicion hoy, vosotros que me habeis hecho rey? ¡Haced frente, y con ayuda de Dios será nuestra la jornada (1)!» Mientras que vió ondear el estandarte de la Banda lo enseñaba á sus gentes y los exhortaba con su ejemplo y sus gritos á penetrar hasta los que lo defendian; pero al fin cayó esta bandera y la derrota fue general. Caballos y peones, todos se desbandan y confunden huyendo por la llanura hasta la entrada del puente de Nájera, único retiro de este grande ejército, acosados de

(1) Froissart.

cerca por los gendarmes ingleses. Una crecida súbita del Najerilla vino á aumentar el desastre. Hombres y caballos se arrojaban mezclados en el río, que en un instante se vió rojo de sangre y lleno de cadáveres. Algunos caballeros de las órdenes militares intentaron defender el puente y se parapetaron en una casa grande á la entrada de la ciudad; pero pronto fueron forzados y penetró el enemigo en las calles. La noche que sobrevino, la fatiga de los vencedores cansados de matar y el saqueo que los entretenia en la ciudad y en el campamento de D. Enrique salvaron los restos del ejército castellano (4).

Tal fue la batalla de Nájera ó de Navarrete, aun mas decisiva que sangrienta. Los castellanos dejaron en el campo de quinientos á seiscientos hombres de armas y siete mil peones, y solo el cuerpo de Du Guesclin perdió cuatrocientos hombres de armas, la mitad de su efectivo. Todos los demas fueron muertos en la derrota ó se ahogaron al pasar el Najerilla. Segun Froissart, el príncipe de Gales no tuvo mas pérdida que la de cuatro de sus caballeros, dos gascones, un ingles y un aleman, con unos veinte arqueros y cuarenta peones; pero le dejó la responsabilidad de este cálculo, que puede parecer sospechoso, aun cuando se recuerde que en los combates de la edad media la pérdida de los vencidos era siempre desproporcionada á la del vencedor. El número de los prisioneros fue extraordinario. Beltran Du Guesclin; el mariscal de Audencham; los capitanes franceses; D. Sancho, hermano de D. Enrique; Felipe de Castro, su cuñado; el marques de Villena; todos los caballeros de la Banda, y todos los que quedaron vivos en la vanguardia castellana, esta-

(4) Ayala.—Froissart.

ban en poder de los ingleses. Esos eran los mejores soldados y los mas adictos del pretendiente.

D. Pedro, que durante el combate se habia lanzado en lo mas recio de la pelea, se encarnizó largo tiempo en perseguir á los fugitivos, viéndosele galopar por la llanura, montado en un caballo negro, llevando delante su bandera blasonada de Castilla, buscando á su hermano en todas partes donde habia combate y gritando sofocado por la carnicería: «¿Dónde está ese bastardo que se dice rey de Castilla (1)?» Tiempo hacia ya que los clarines ingleses habian tocado retirada, y aun seguia D. Pedro en su persecucion; pero al fin consintió en volver la rienda, porque estaba anonadado por el cansancio. Dirigiase hácia el estandarte del príncipe de Gales, que veia ondeando sobre un cerro lejano, cuando se encontró á un caballero gascon que llevaba prisionero á Iñigo Lopez Orozco, en otro tiempo uno de sus familiares, que lo habia abandonado poco despues de su fuga de Búrgos. A la vista de un hombre á quien habia colmado de honores y á quien hallaba en medio de sus enemigos, el rey se enfureció y lo mató con su propia mano, á pesar de los esfuerzos del gascon para protegerlo. Esta fue su primera infraccion á las promesas hechas al príncipe de Gales. Los ingleses se mostraron indignados de esta venganza bárbara, pues matar á sus prisioneros era robarles sus rescates. Eduardo manifestó por ello el mas vivo descontento, y sobre el mismo campo de batalla en que acababan de triunfar cambiaron duras palabras, síntomas de una aversion mútua que pronto estallaria con mas fuerza (2).

(1) Froissart.

(2) Ayala.

La corona de Castilla parecia asegurada para siempre en la frente de D. Pedro por la batalla de Nájera; solo un hombre juzgaba mas cuerdamente, y este hombre era el principe de Gales. Cuando llegaron á darle cuenta los caballeros encargados de reconocer los muertos y cautivos, les preguntó en el dialecto gascon que hablaba habitualmente: «*E lo bort, ¿es mort ó pres?*» Y el bastardo, ¿ha sido muerto ó cogido?» Respondiéronle que habia desaparecido del campo de batalla y que habian perdido sus huellas. «*Non ay res fait*, exclamó el principe: nada hay hecho.» Estas palabras eran proféticas.

V.

A pesar de la indignacion de Eduardo al saber el asesinato de Lopez Orozco, D. Pedro dejaba conocer que no estaba satisfecha su sed de venganza. Al dia siguiente de la batalla se pasó revista á los prisioneros, y como casi todos se habian rendido á nobles ingleses ó gascones se hallaban bajo la salvaguardia de la lealtad caballeresca. Sin embargo, pidió D. Pedro que le fuesen entregados los castellanos, ofreciendo pagar sus rescates al precio que se fijara, suplicando al principe que saliese garante de su oferta para con los caballeros á quienes pertenecian. «Yo les pagaré, decia con sonrisa terrible; y haré tanto, que se quedarán á mi servicio. De otro modo, si llegan á fugar-se ó á pagar sus rescates, serán enemigos que siempre encontraré encarnizados contra mí.—No desagrade esto á V. A. R., respondió el principe en tono severo, pues no haceis con buen derecho esa demanda. Esos señores, caballeros ú hombres de armas á mi servicio, han combatiendo por el honor, y sus prisioneros son muy suyos. Mis caballeros no os los entregarian por todo el oro del mundo,

sabiendo bien que solo los pedís para hacerlos morir. En cuanto á los caballeros vasallos vuestros, contra quienes ha recaído sentencia de felonía antes de esta batalla, consiento en que os sean entregados.—Puesto que así lo queréis, exclamó D. Pedro, tengo mi reino perdido para mí mas que lo estaba ayer: si dejais vivir á esos hombres nada habreis hecho en mi favor; vuestra alianza me ha sido inútil, y en vano es que haya gastado mis tesoros en pagar á vuestra gente.—Señor primo, repuso Eduardo: para recobrar vuestro reino teneis medios mas seguros que esos, por los cuales habeis creído conservarlo, y que de seguro os lo han hecho perder. Creedme: renunciad á vuestros rigores de otro tiempo y pensad en haceros amar de vuestros caballeros y de los comunes de vuestro reino. Si volveis á vuestros antiguos errores os perdereis y pondreis en tal estado, que ni monseñor el rey de Inglaterra ni yo podremos venir en vuestro auxilio, aun cuando tuviéramos voluntad para ello (1).»

Mientras duraba este debate la mayor parte de los prisioneros castellanos espresaban su arrepentimiento y hacían suplicar á D. Pedro que les concediese el perdón. Anunciando el rey que les haría gracia en consideración al príncipe de Gales, consintió en recibir sus juramentos y aun abrazó á su hermano D. Sancho prometiéndole olvidar su conducta pasada. Gomez Carrillo y Sancho Sanchez Moscoso, comendador mayor de Santiago, fueron, sin embargo, esceptuados de la amnistía, como declarados traidores por sentencia antes de la revolución, y decapitados delante de la tienda del rey. Garci Jufre Tenorio, hijo del almirante D. Alonso Jufre (2), fue igualmente degollado al-

(1) Ayala.

(2) Muerto de orden del rey en 1358.

gunos dias despues y por el mismo motivo. Despues de estas ejecuciones ambos principes se separaron descontentos el uno del otro. D. Pedro, con D. Sancho y el maestro de Alcántara, Martin Lopez, se dirigió hácia Búrgos á la cabeza de la vanguardia inglesa, mientras que Eduardo le seguia lentamente con el resto de sus tropas (1).

En tanto que D. Pedro hacia cortar la cabeza á sus súbditos ingleses, el principe de Gales daba un ejemplo de moderacion que contrastaba fuertemente con el rigor de su aliado. Entre sus prisioneros se hallaba el mariscal de Audencham, viejo guerrero de sesenta años, estimado hasta entonces como un valiente y leal caballero. Cogido en la batalla de Poitiers combatiendo al lado del rey de Francia, fue puesto á rescate, y siguiendo el uso del tiempo y la cortesía ordinaria del principe recobró la libertad antes de haber pagado completamente su deuda; pero con el juramento de no hacer armas contra el rey de Inglaterra ó su hijo, á menos que no fuese bajo la bandera del rey de Francia ó de un principe de su familia. Al reconocerlo en medio de los franceses Eduardo arrugó el entrecejo y lo llamó perjuro y traidor. «Señor, dijo el viejo mariscal: sois hijo de rey y yo no puedo responderos otra cosa sino que no merezco los nombres que me dais.—¡Pues bien! dijo el principe: ¿os sometéis al juicio de un tribunal de caballeros?» El mariscal consintió en ello al instante, y fueron nombrados doce caballeros para conocer de la acusacion: cuatro ingleses, cuatro gascones y otros cuatro bretones. Presentándose el principe como acusador, habló primero, recordando el juramento del mariscal, y concluyó en pocas palabras que, no habiendo en el ejército ene-

(1) Ayala.—Froissart.

migo ningún príncipe de la casa de Francia, el acusado habia faltado á su palabra y á su honor. El mariscal se defendió á sí propio, y respondió que era cierto habia jurado no armarse contra el rey de Inglaterra ni contra su hijo; pero que no habia infringido su juramento no habiendo sacado la espada contra ellos. «No os desagrade esto, monseñor, le dijo: vos no sois el jefe del ejército contra el cual me he batido; pues habeis venido á esta llanura como capitán á sueldo del rey D. Pedro, contra el cual, jefe de vuestro ejército, me he batido yo, pobre capitán de aventuras al sueldo del rey D. Enrique.» Esta argumentacion, que hoy nos parece mas sutil que justa, apoyada como estaba por la reputacion sin mancha del viejo mariscal, fue acogida con favor, pues todo lo que podia estender esa independendencia de que eran tan celosos los nobles de la edad media debia agradar á los jueces del mariscal, capitanes de aventuras como él. Fue absuelto por unanimidad, y el príncipe mismo, siempre generoso, admitió sin vacilar una defensa que le quitaba la gloria de la jornada de Nájera, y lo dejaba reducido al papel de un simple mercenario: lejos de darse por ofendido atestiguó claramente su aprobacion de la sentencia, y aseguró al mariscal que le devolvía todo su aprecio (4).

VI.

Antes de relatar las consecuencias de la batalla de Nájera debo hacer conocer la suerte del rival de D. Pedro. Arrastrado D. Enrique por el torrente de los fugitivos se

(4) Ayala.

alejaba del combate montado en un caballo enjaezado de hierro, cuando fue encontrado y reconocido por uno de sus escuderos, llamado Rui Fernandez de Gaona, quien, advirtiéndole que apenas podía marchar el caballo del rey, le dió el suyo equipado á la ligera: algunos instantes despues Gaona y el caballo de D. Enrique eran apresados por los ingleses (1). Gracias á su nueva montura pudo D. Enrique ocultarse á los que iban en su persecucion, y despues de atravesar, no sin trabajo, el puente de Nájera, se dirigió hácia Soria, camino de Aragon, en vez de tomar la carretera de Búrgos; pues conocia muy bien que estando vencido ninguna ciudad se espondria á recibirle. Al dia siguiente de la batalla, seguido únicamente de tres caballeros que lo habian alcanzado, entró en territorio de Soria, donde le esperaba un nuevo peligro. Esta provincia, sublevada antes de su desastre, era recorrida en todas direcciones por partidas enemigas: reconocieronlo algunos caballeros, y adivinando su mala fortuna por el estado de su equipaje intentaron prenderlo; pero mató por su mano á uno de los enemigos y obligó á los otros á que le dejaran libre el paso. Llegó á Aragon atravesando mil peligros, y fue acogido por D. Pedro de Luna, famoso despues bajo el nombre del anti-papa Benedicto XIII, que le sirvió de guia por las montañas y lo condujo hasta Orthez. El conde de Foix, señor del pais y vasallo del rey de Inglaterra, por más que fuese mas interesado que nadie en no escitar la ira del príncipe de Gales, no por eso dejó de recibir al proscripto con todas las consideraciones debidas á su rango y á sus desgra-

(1) Rymer.

cias, y le dió caballos y una escolta para llegar á Tolosa, donde ya pudo respirar con libertad (1).

D. Tello, sobre quien habian hecho recaer graves sospechas la mala conducta del cuerpo que mandaba en Nájera, pareció desmentirlas por su diligencia en sustraerse á la venganza de D. Pedro, y lo mismo que su hermano buscó desde luego un asilo en Aragon, adonde se dirigian todos los jefes del partido vencido. Al saber la noticia de la derrota de D. Enrique, su esposa doña Juana tomó apresuradamente el mismo camino con la infanta Leonor de Aragon, prometida á su hijo, y algunos dias despues entraba en Zaragoza con una comitiva de dueñas y doncellas, estenuada de cansancio y muriéndose de terror. Doña Juana era conducida por el arzobispo de Zaragoza, encargado por Pedro IV de residir cerca de ella; y á la presencia de ánimo y adhesion de este prelado debió que pudiese escapar de todos los peligros que le esperaban en su fuga. Nadie tenia aun noticias de D. Enrique, y D. Pedro publicaba en las cartas que dirigia á todas las ciudades de Castilla que su enemigo habia muerto en Nájera (2). Los fugitivos fueron mal acogidos en la corte de Aragon; pues indispuerto ya Pedro IV con D. Enrique por su lentitud ó mala fe en la ejecucion de sus tratados, lo abandonaba abiertamente despues de su derrota, temiendo ademas indisponerse tambien con el principe de Gales. Por eso se apresuró á retirar á su hija Leonor del lado de la princesa, á quien pocos dias antes llamaba la reina de Castilla. Ahora desechaba muy lejos la idea de una alianza con una casa caída para siempre. Bien pronto

(1) Ayala.

(2) Cascales, «Hist. de Murcia.»

llegaron sir Hugo de Calverly, en nombre del rey de Inglaterra, y un señor castellano, enviado de D. Pedro, para pedir con altivez la estradicion ó el alejamiento de todos los miembros de la familia proscripta, ofreciendo en cambio la alianza y amistad de los vencedores. Gracias á la enérgica intervencion de una parte de la nobleza aragonesa doña Juana y los desterrados castellanos que la habian seguido obtuvieron algun tiempo una hospitalidad precaria. La poderosa familia de los Luna, á la cual pertenecia el arzobispo de Zaragoza, hacia cargos al rey porque sacrificaba un aliado que le habia hecho señalados servicios á un enemigo implacable que durante diez años habia llevado el hierro y el fuego por todo su reino; pero Pedro IV no se picaba mas de generosidad que de buena fe. La batalla de Nájera era á sus ojos la irrevocable condenacion de D. Enrique, y no puso ninguna dificultad para entrar en negociaciones con D. Pedro y el príncipe de Gales. Por lo demas, los mismos castellanos le daban el ejemplo del olvido de sus juramentos. Búrgos abrió sus puertas antes de ser intimada, y la sumision de todo el reino fue todavía mas rápida que lo fuera su insurreccion algunos meses antes. Un corto número de ricos-homes llenos de desconfianza se ocultaban en sus castillos ó pretendian pasar á pais extranjero, y nadie pensaba en protestar contra la sentencia dictada en las márgenes del Najerilla.

XXII.

Restauracion de D. Pedro.—1267—1268.

I.

EL príncipe de Gales entró en Búrgos algunos días después que D. Pedro. En esta ciudad estalló de nuevo su mala inteligencia y desacuerdo. Quejábase el primero amargamente de que su aliado le vendiese demasiado caros sus servicios, y el segundo de que no se ejecutase fielmente el tratado de Liorna. Como el príncipe quería tomar un alojamiento fuera de la ciudad, lejos del rey, que se había establecido en el castillo, todo el mundo conoció que desconfiaban el uno del otro. Eduardo ya no era consultado sobre nada, y D. Pedro pretendía gobernar solo como en lo pasado. Apenas llegó á Búrgos hizo prender al arzobispo Juan de Cardalhac, nacido en Gascuña y pariente del conde de Armagnac, uno de los principales

jefes del ejército inglés; y para hacer imposible toda intercesion en su favor lo hizo marchar precipitadamente para el castillo de Alcalá de Guadaira cerca de Sevilla, donde le aguardaba uno de esos calabozos subterráneos, invencion horrible del despotismo feudal. Poco tiempo despues fue conducido á la misma fortaleza Diego de Padilla, maestre de Calatrava y cuñado del rey. Ya hemos visto la diligencia que habia puesto en hacer su sumision á D. Enrique, aun antes que D. Pedro abandonara sus estados; y por la prontitud de esta defeccion obtuvo del usurpador la conservacion de su alta dignidad, ó D. Enrique se abstuvo de pronunciar entre él y D. Pedro Moñiz, que tambien se pretendia maestre de Calatrava (1). Padilla intentó hacerse olvidar ocultándose en cierto modo en los castillos de su orden; y cuando la aproximacion de los ingleses obligó á D. Enrique á reunir todas sus fuerzas, él por medio de lentitudes calculadas hizo de manera que se quedó atras y no asistió á la batalla de Nájera. Instruido del resultado de ella corrió al lado de D. Pedro á la cabeza de doscientos caballeros de su orden, llamados por él, segun decia, para volar en socorro de su legítimo soberano. Pero D. Pedro no fue víctima de esta mentira, y en cuanto vió la Castilla sometida hizo prender al traidor, quemurió al cabo de algunos meses, habiendo sido reemplazado en sus funciones por Martin Lopez, maestre de Alcántara.

II.

Al saber estas prisiones y sobre todo la del prelado gas-

(1) Torres y Tapia. «Crón. de Alcánt.»

con, el príncipe de Gales creyó ver un ultraje directo á su persona, y reclamó, aunque inútilmente. D. Pedro le declaró que ya no tenía necesidad del ejército inglés, que era para él una pesada carga, y le invitó á volver á Guyena, suplicándole no obstante que le dejase por algun tiempo mas un millar de hombres de armas. No habiendo ya batallas que dar ni nueva gloria que adquirir Eduardo no deseaba otra cosa que volver á sus estados, á mas de que su salud, debilitada hacia largo tiempo, estaba empeorada por las fatigas de la última campaña, y tambien porque algunas demostraciones amenazadoras del rey de Francia hacian necesaria su presencia en Burdeos; pero antes de salir de España queria que sus capitanes recibiesen las indemnizaciones que les eran debidas y que él mismo habia anticipado ó salido garante de su satisfaccion. Exigia ademas la entrega de los puertos de Vizcaya que por el tratado de Liorna estaba D. Pedro obligado á cederle; mas nada indicaba la menor disposicion á cumplir estas promesas por parte del rey de Castilla. Eduardo reclamó no sin dureza, y por ambas partes se nombraron comisarios, porque los dos aliados no se correspondian sino por medio de embajadores. Los ministros castellanos respondieron por otras reclamaciones, alzándose primero contra las violencias cometidas por el ejército inglés, que por su indisciplina y hábitos de pillaje en nada cedia á los aventureros de D. Enrique: despues se quejaban de que durante la permanencia del rey en Guyena el oro y la plata acuñadas que habia llevado de España y distribuido á los capitanes ingleses para los preparativos de su espedicion no fue aceptado sino con un derecho de cambio usurario; que los diamantes cedidos por D. Pedro al príncipe para el mismo objeto no habian sido evaluados mas que en la mitad de su precio,

y reclamaban que antes de tratar la cuestion de los subsidios debidos al ejército ingles se hiciera nueva estimacion de todos los valores adelantados por el rey antes de su entrada en campaña. Los ingleses replicaban que era imposible volver á hablar de estas transacciones, y sostenian que ellos mismos habian perdido en recibir el oro y las pedrerías llevadas de Castilla, obligados como estaban á deshacerse de ellas á vil precio para comprar armas y caballos de guerra. Durante algun tiempo se porfió en esta discusion, hasta que fue evidente que el tesoro del rey estaba vacío; y fue preciso que el príncipe, que saliera fiador de D. Pedro para con los capitanes ingleses, consintiese en dar tiempo á su aliado para el desquite de su deuda; pero pidió para su seguridad veinte fortalezas en Castilla. Esta pretension humillante para el orgullo nacional fue desechada con firmeza. A cada instante se aumentaban las dificultades, y los comisarios no estaban cerca de entenderse sobre ningun punto: la misma cantidad de subsidios debidos era vivamente disputada, y despues de muchos debates inútiles pidieron los castellanos que toda otra cuestion fuera aplazada hasta tanto que de comun acuerdo se hubiera arreglado la suma de las cantidades debidas por el rey. Era esta una nueva cuestion muy mala de tratar y muy mala de resolver, porque cada parte presentaba una cuenta á la cual rehusaba la otra su aprobacion. D. Pedro se mostraba fácil en apariencia en cuanto á la cesion de las ciudades de Vizcaya, y aun apremiaba á la diputacion provincial por la ejecucion del tratado de Liorna; pero le acusaban de enviar en secreto emisarios portadores de instrucciones diferentes. Además, los hombres que conocian las leyes y las costumbres de los vascos sabian muy bien que estos pueblos no reconocian en nadie el derecho de disponer de ellos,

y que estaban sobre todo muy lejos de consentir en hacerse súbditos del rey de Inglaterra (1).

Las exigencias de los ingleses y las lentitudes calculadas de los castellanos prolongaron las negociaciones por espacio de muchas semanas. Despues de vivos altercados los comisarios se entendieron al fin sobre el aprecio de los gastos de la expedicion, y como era imposible pagarlos en aquel momento se convino en que el principe de Gales permaneceria garante del rey para con los capitanes sus acreedores. D. Pedro prometió pagar la mitad de la deuda en un plazo de cuatro meses, durante los cuales el ejército ausiliar, pagado por él, ocuparia la provincia de Valladolid. Hasta el pago definitivo de todos los subsidios las princesas hijas de D. Pedro debian quedar como rehenes en Bayona; comisarios ingleses y castellanos fueron encargados de proceder á la entrega de los puertos de Vizcaya, y se convino por último en que serian dados á Juan Chandos la ciudad y señorío de Soria en pago de las sumas que habia prestado ó gastado en la expedicion. Sir Hugo de Calverly se hizo igualmente confirmar la donacion del condado de Carrion, cuya investidura habia recibido ya de D. Enrique. Arreglado todo de esta manera fueron ratificadas las convenciones por los dos principes y juradas solemnemente por ellos en la catedral de Búrgos, despues de cuya ceremonia se separaron, Eduardo para ir á tomar sus cuarteles en la provincia de Valladolid, y D. Pedro para recorrer su reino y apresurar como prometia el cobro de las contribuciones destinadas al ejército ingles (2).

(1) Ayala.

(2) Ayala.—Froissart.

Pasaron cuatro meses y no tuvo lugar el primer pago prometido; pues aunque hubiera querido francamente desquitar su deuda, la penuria de su hacienda no se lo habria permitido. Las ciudades de Vizcaya rehusaron abiertamente recibir á los comisarios ingleses, y se pusieron en defensa, no ocultando que estaban autorizadas para ello por su legítimo señor el rey de Castilla. Entre tanto la ociosidad, la embriaguez y la disenteria diez-maban rápidamente al ejército de ocupacion: el sol ardiente de España vengaba á los vencidos de Nájera. Cada día inventaban un nuevo pretesto los oficiales de D. Pedro para diferir la ejecucion del tratado de Búrgos, y cuando Chandos fue á reclamar su título para la investidura del señorío de Soria se le exigieron unos derechos tan exorbitantes de cancilleria, que tal vez escedian del valor del dominio que se le daba. Aturdido el príncipe de Gales por las quejas de sus capitanes; cansado de las lentitudes interminables opuestas sin cesar á sus reclamaciones; enfermo y furioso de verse burlar abiertamente, volvió á Gascuña al fin del Otoño, llevando apenas la quinta parte de su brillante ejército y sin sacar de España mas que la estéril gloria adquirida en la llanura de Nájera.

Si D. Pedro no ejecutaba las promesas hechas al príncipe de Gales establecido con un ejército en el centro de su reino, bien se concebirá que usó de menos miramientos aun con respecto al rey de Navarra, aliado menos leal y vecino menos peligroso; así es que no pensó en cederle la provincia de Logroño, ni sé si Carlos tuvo la impudencia de reclamarla. Dejamos á este príncipe astuto prisionero voluntario de Olivier de Mauny en el castillo de Borja, esperando para quitarse la máscara que la victoria se hubiese declarado por uno de los dos pretendientes á la corona de Castilla, y habiendo hecho cesar

todas sus incertidumbres la batalla de Nájera, solo pensó ya en salir de su cárcel sin que le costase nada. Ya hemos visto que habia comprado la connivencia del capitán breton por la promesa del señorío de Guibray y una renta de tres mil francos. Engañar á un aventurero no era cosa fácil; pero el navarro no tenia igual en punto á maldades. Dejando en rehenes en Borja á su hijo el infante D. Pedro, tuvo el arte de persuadir á Mauny que lo acompañase hasta Tudela, donde decia que le habia de pagar el rescate, y Mauny no conoció con qué hombre andaba en tratos sino cuando ya estaba en poder de su prisionero y encerrado en un calabozo de Tudela. Su hermano intentó salvarlo y fue muerto por los satélites del rey. El mismo Olivier se tuvo por feliz en recobrar su libertad soltando al hijo de Carlos. Tal fue el desenlace de esta innoble comedia.

III.

El mas horrible desorden reinaba en Castilla. Despues del primer momento de estupor cada cual se puso á calcular las fuerzas y recursos de D. Pedro, que no pudiendo pagar á los ingleses perdia el apoyo que le daba el terror de sus armas. Ya podia preverse que despues del alejamiento de esos temibles auxiliares se encontraria desnudo de todo enfrente de un pueblo descontento y humillado que acababa de aprender cuán fácil era hacer una revolucion. Entre tanto se habian roto por todas partes los lazos de la obediencia, pues hay en el carácter español una fuerza de inercia que combate todavía cuando toda resistencia parece imposible y que sabe reparar las derrotas mas desastrosas. Dar tiempo al tiempo es un axioma nacional que encuentra su aplicacion, especial-

mente en las grandes conmociones políticas. Anunciando su victoria á todos los comunes de su reino reclamaba para sí el pago de los impuestos votados en las cortes de Burgos para D. Enrique: declaraba que habian sido acordados indebidamente al usurpador, y sin embargo se veia reducido á invocar los decretos de una asamblea que pronunciara su destitucion. Por esta ficcion estraña, obligado á rendir homenaje á la autoridad de las cortes, única que aun respetaba el pais, parecia confesar públicamente su impotencia para mandar por sí mismo. La mayor parte de las ciudades no respondieron á sus demandas por negativas directas; pero inventaban mil pretextos para diferir el pago de un impuesto cuyo destino lo hacia mas odioso al orgullo nacional. Si el rey encontraba tan poca obediencia entre los comunes, sobre cuya adhesion tenia la costumbre de contar, bien puede juzgarse de la resistencia de sus grandes vasallos, en todo tiempo indóciles á su autoridad. Los ricos-homes escapados de la derrota de Nájera ó sospechosos por su conducta durante la usurpacion de D. Enrique se fortificaban en sus castillos, resueltos á esperar con paciencia la ocasion de tratar con el rey legítimo si su gobierno se consolidaba, ó á volver á tomar las armas contra él si el partido vencido alzaba de nuevo la cabeza. Sin dinero y sin ejército D. Pedro, y no teniendo ni la voluntad ni el poder de comprar los servicios de los ingleses, en vano buscaba enrededor suyo una obediencia leal ó una rebelion abierta. Seguido de algunos hombres de armas iba de ciudad en ciudad activando la ejecucion de sus órdenes, dando el espectáculo de su debilidad á los pueblos que queria intimidar.

Pero no se desmentia la inflexibilidad de su carácter en medio de esta triste situacion: nada le habia enseñado la desgracia, ni nada le enseñara á olvidar; y aunque cono-

ció que ya comenzaban á no temerle, no tuvo la menor pretension de hacerse amar. Sacerdote, noble ó pechero, cualquiera que se habia hecho notar por su diligencia en servir al usurpador, encontraba en él un juez tan inexorable como en los tiempos de su prosperidad. Antes de salir de Búrgos ordenó la ejecucion de uno de los principales caballeros y de uno de los mas ricos vecinos de esta ciudad, como si hubiera querido diezmar á todas las clases. En Toledo hizo que le dieran rehenes como en una plaza conquistada, y los arrastró consigo á Andalucía, y en Córdoba prendió á diez y seis caballeros de las primeras familias, que pronto entregó en manos de los verdugos como convictos de haber llamado á D. Enrique dentro de sus muros. Otras ejecuciones no menos sangrientas señalaron su entrada en Sevilla; pero algunas de estas podian parecer justas, tales como la muerte del genovés Bocanegra y de Martin Yañez, cuya traicion habia tenido tan funestas consecuencias para D. Pedro (1). Mas despues del castigo de estos grandes culpables se alzaron cadalsos indistintamente para los magistrados y oficiales subalternos que habian aceptado oscuras funciones en tiempo del usurpador. Parecia que la mala fortuna redoblaba la crueldad del monarca, pues su ciega venganza se extendía hasta los parientes de los rebeldes, y, lo que era mas horrible á los ojos de los castellanos, ni aun perdonaba á las mismas mujeres. La ejecucion de doña Urraca de Osorio escitó sobre todo la pública indignacion. El único crimen de esta señora era que su hijo, D. Alfonso de Guzman, habia rehusado seguir al rey en su destierro; pero lejos de llevar las armas contra él vivia retirado en Andalucía en el

(1) Ayala.

momento de la batalla de Nájera, y temeroso de la ira del rey habia buscado despues un asilo en la ciudad de Alburquerque. Esta plaza, punto de reunion de los descontentos del Mediodia, era entonces como un foco de insurreccion. No viéndose D. Pedro en estado de reducir á estos rebeldes volvió su furor contra la madre de D. Alfonso, á la cual acusó de estar en correspondencia con ellos. Horrible fue su suplicio, pues, si hemos de creer á los cronistas locales, fue quemada viva fuera de las murallas en un sitio convertido hoy en paseo público. Cuéntase que habiéndose desarreglado sobre la hoguera los vestidos de doña Urraca en el momento en que los verdugos iban á ponerle fuego, una de sus mujeres, llamada Leonor Dávalos, se arrojó en medio de las llamas y pereció con ella cubriéndola con su cuerpo (1).

Estas horribles ejecuciones y abominables venganzas no hacian mas que aumentar el número de los descontentos y suscitar conspiraciones nuevas, en las cuales tomaron parte algunos señores, que, fieles hasta entonces á D. Pedro, se alejaban ahora de él como de un insensato que corria á su pérdida. Entre todos los servidores del rey, aquel que por las repetidas pruebas de su adhesion parecia mas al abrigo de sospechas era Martin Lopez de Córdoba, compañero de su destierro y embajador suyo cerca del rey de Inglaterra. Despues de la vuelta de don Pedro á Castilla confirió á Martin Lopez la dignidad de maestro de Calatrava, de la cual despojó á Diego de Padilla, cuya traicion ya he contado, como mas ventajosa que la de Alcántara, que precedentemente gozaba, aña-

(1) Ayala.—Zúñiga. •An. de Sevilla.

diendo tambien á esta gracia el gobierno de Murcia y el de Córdoba. En esta última ciudad, su patria, habia fijado Martin Lopez su residencia, y tanto como en otro tiempo se habia hecho notar por su inflexibilidad en el cumplimiento de las órdenes mas rigurosas de su señor ahora era diferente su conducta, pues solo se aplicaba ya á ganarse el afecto de sus compatriotas, deplorando con ellos la severidad de su amo, y atribuyéndose el mérito de los raros favores concedidos por D. Pedro. Bien que cediese á algunas sugerencias estrañas, bien que solo siguiera los consejos de su propia ambicion, ello es que pronto comenzó á dejar adivinar un proyecto que no podía menos de producir cierta impresion en la nobleza castellana, mucho mas celosa de su autoridad que de la grandeza de su pais. Criticando abiertamente la política del rey decia que ya era tiempo de poner un término á sus insoportables violencias; que era preciso defender al rey contra sus propios furores, y darle una tutela para el gobierno de Castilla. Estas funciones, añadia, no podian ser confiadas á mejores manos que á las del principe de Gales, perfecto modelo de la caballería. D. Pedro entre tanto seria obligado á vivir en Toledo; lo casarian, y así libertarian al reino de ese semillero de bastardos cuyas pretensiones podian causar los desórdenes mas graves á la muerte de aquel. Todo el reino se dividiria en cuatro grandes gobiernos, administrados por señores del pais, porque la tutela del principe ingles debia ser puramente nominal y honorífica. Martin Lopez se reservaba para si la Andalucía y Murcia, de las cuales ya era virey. Fernando de Castro tendria por su parte los reinos de Leon y de Galicia, donde ejercia de hecho una autoridad casi soberana; á Diego Gomez de Castañeda seria confiada la Castilla la Vieja; y por último, la provincia de Toledo,

con la Mancha y la Estremadura, seria el lote de Garcí-Fernandez de Villodre.

Refiero este plan fundado en la autoridad de Ayala, y me parece demasiado conforme á las ideas y á los votos de la nobleza castellana para que pueda ser puesto en duda como impracticable. Desde que D. Pedro tomó por si mismo con mano fuerte las riendas del gobierno, su política constante habia sido reducir á sus grandes vasallos á un papel subalterno, y la irritacion de estos últimos habia preparado las vias á la usurpacion de D. Enrique. Pero si la nobleza estaba unánime en sacudir el yugo de D. Pedro tambien se dividia cuando se trataba de darle un sucesor. Un gran número de ricos-homes, orgullosos con sus blasones sin mancha, reprochaban á D. Enrique la desgracia de su nacimiento; y por otra parte, la parcialidad que mostraba á los extranjeros que le dieran un trono heria las susceptibilidades nacionales. Entre los ricos-homes que temian el despotismo de D. Pedro y los que despreciaban el origen de D. Enrique queria Martín Lopez alzar un tercer partido, y nada habia mejor combinado que su plan para satisfacer á las pasiones dominantes de los grandes vasallos. Un fantasma de rey bajo un tutor demasiado lejano para ser incómodo, y cuatro jefes del palacio, verdaderos soberanos sin llevar el título, ¿qué mas seductor podian soñar esos nobles señores demasiado orgullosos para sufrir un amo? Añadamos que semejante sistema de gobierno no era nuevo en España; pues habia existido muy naturalmente en la época en que los cristianos comenzaron á lanzar á los árabes hacia el Sur de la península, y mas recientemente, mientras la minoría de D. Alfonso, el reino de Castilla estuvo dividido de esta suerte entre sus tutores. Después de tan grandes revoluciones estaba bien escogido el momento para re-

partirse los despojos del poder real. Hoy no puede saberse si el príncipe de Gales estaba instruido del papel que le reservaban, y si Martin Lopez conspiraba de concierto con los ricos-homes; pero puede creerse con alguna verosimilitud, que descontentos los ingleses de don Pedro veían sin disgusto las disposiciones de la nobleza castellana, y hasta la alentaban á la ejecucion de un proyecto que aumentaria su influencia. En cuanto á los señores designados para gobernar la Castilla con Martin Lopez, la adhesion singular que D. Fernando de Castro y Garci-Fernandez de Villodre mostraron al rey hasta el último momento no permite sospechar que hubiesen entrado en una conspiracion contra un príncipe por quien se sacrificaron valerosamente en lo sucesivo. Yo creo que el maestre de Calatrava se valió de sus nombres, en razon de la influencia extraordinaria que ejercian en ciertas provincias, y que al asociárselos era su objeto únicamente asegurar á sus designios el asentimiento general.

Esperando el momento de obrar no perdía Martin Lopez una ocasion de desacreditar al rey y de hacerse de partidarios. Un dia reunió á comer á los jefes de las mas ilustres familias de Córdoba; les declaró que D. Pedro habia resuelto hacerlos morir, y aun se asegura que les comunicó una orden del rey, verdadera ó falsa, para este objeto (1). Pero tuvo cuidado de añadir que mientras él mandase en Córdoba sus conciudadanos no tenían que temer que él se convirtiera en su verdugo. Mas fácil le era á Martin Lopez arruinar la autoridad real que fundar la suya, y así es que hizo odioso á su señor sin conseguir para sí el aprecio de sus compatriotas. Instruido de estos

(1) Ayala.

proyectos resolvió el rey prevenir la esplosion del complot, y se confió á D. Pedro Giron, á quien acababa de hacer maestre de Alcántara, prometiéndole la sucesion de Martin Lopez si conseguia ponerlo en sus manos. Pedro Giron lo atrajo al castillo de Martos, del cual era gobernador; hizolo cargar de cadenas, y ya se disponia á enviarlo á Sevilla; es decir, á la muerte, cuando el rey de Granada, Mohamed, ligado hacia mucho tiempo en estrecha amistad con Martin Lopez, intervino en su favor. No teniendo D. Pedro mas aliado que el rey moro era de su mayor interes el contemplarlo, por cuya consideracion hizo gracia por la primera vez de su vida; y no solo devolvió la libertad al maestre de Calatrava, sino que muy pronto despues, bien porque se dejase persuadir de su inocencia, ó porque se creyese demasiado débil para castigarlo, pareció olvidar lo pasado y le devolvió su entera confianza (1).

IV.

La vuelta prevista del pretendiente iba á aumentar la agitacion y anarquía de Castilla. A su llegada al Languedoc solo habia encontrado D. Enrique una hospitalidad fria y timidamente concedida, pues aunque el duque de Anjou, gobernador de la provincia, le dió algunos socorros de dinero, esta especie de limosna fue hecha en secreto, y solo con trabajo obtuvo el rey fugitivo el permiso de ver al principe y de conferenciar con él sobre el estado de los negocios de Castilla. La entrevista tuvo lugar con cierta clase de misterio, porque la corte de Francia

(1) Ayala.

no se atrevia aun á declarar abiertamente sus simpatías por temor de una ruptura con la Inglaterra. Sin embargo, Carlos V tenía demasiado interes en sustraer á la España de la dominacion inglesa para abandonar del todo al pretendiente. Pronto se supo el descontento del principe de Gales y el mal estado de su salud, noticia que dió algun atrevimiento al rey de Francia, comenzando por dar una pensión á D. Enrique, y luego el condado de Cessenon, cerca de Beziers, por el cual recibió abiertamente su homenaje. Estos no eran todavía mas que socorros debidos á un grande infortunio y un asilo concedido á un hombre que en otro tiempo habia servido á la Francia; pero al mismo tiempo recibia en secreto promesas y esperanzas. Retirado en su nuevo dominio, estaba á distancia de estudiar cómodamente la situacion de Castilla y de corresponderse con sus partidarios secretos ó declarados: de todas partes le llegaban relaciones propias para entretenir sus esperanzas y animar su valor, pintándole el desórden general, la indignacion escitada por los nuevos rigores de D. Pedro, la nulidad de sus recursos, el descontento de los comunes recargados con nuevos impuestos y la actitud hostil de algunos grandes vasallos. Por otra parte, muchos capitanes ingleses ó gascones, que D. Enrique habia tenido el arte de atraerse mientras estuvieron á su servicio, le advertian secretamente la mala inteligencia que reinaba entra D. Pedro y el principe de Gales, y le aseguraban que este último, acusando la mala fe de su aliado, declaraba en voz alta que de alli en adelante no haria él ningun esfuerzo por defenderlo.

XXIII.

Vuelta de D. Enrique.—1368—1369.

I.

DON Enrique empleó útilmente el dinero del rey de Francia; pues pagó con él los rescates de sus compañeros de infortunio, compró armas y caballos y reclutó soldados. Los gobernadores franceses secundaban con celo estos preparativos, fingiendo sin embargo ignorarlos, y el mismo Carlos V inventaba pretextos para suministrarle subsidios. Así fue como le compró dos veces seguidas las tierras que él le había dado (1). Por otra parte, furiosos los capitanes ingleses contra D. Pedro, y desesperando obtener de él las indemnizaciones que les había prome-

(1) Ayala.—Dom. Vaissette. Hist. de Languedoc.

tido, se mostraban generosos para con sus prisioneros, contentándose con módicos rescates y aun poniéndolos en libertad bajo su palabra. Entre los caballeros de Francia y de Inglaterra reinaba esa especie de cortesía que se encuentra entre los jugadores, y no era raro que un señor prestase á sus prisioneros armas y caballos permitiéndoles que fuesen á batirse, con la esperanza de que siéndoles favorable la fortuna podrían satisfacer en alguna ocasion sus deudas. A mediados del año 1367 un gran número de franceses y de castellanos prisioneros de Nájera se hallaban libres y al lado de D. Enrique ardiendo en deseos de reparar sus pérdidas. Este príncipe habia trasladado su residencia al castillo de Pierre-Pertuse, nuevo regalo del rey de Francia en la frontera del Rosellon, adonde veia llegar diariamente algunos de sus compañeros de armas. Mientras que se reunia un pequeño ejército en el Norte de los Pirineos estallaban muchos levantamientos en lo interior de Castilla. El hijo de la desventurada doña Urraca y el maestre de Santiago, D. Gonzalo Mexia, se habian fortificado en la ciudad de Alburquerque, y desde alli hacian en toda la Estremadura una guerra temible de partidarios, ejemplo que pronto fue imitado por otros ricos-homes y por importantes comunes. Segovia y su alcázar, fortaleza admirable, enarbolaron el estandarte de D. Enrique, del mismo modo que Avila y algunas otras ciudades de Castilla la Vieja; é inmediatamente despues de la partida del príncipe de Gales, irritadas Valladolid y una parte de las provincias vascas por los escesos del ejército ingles, se sublevaron contra D. Pedro, á quien hacian responsable de sus males (4). Un gran número de prisione-

ros de Nájera que habian vuelto á España armaban á sus vasallos y anunciaban el próximo regreso del pretendiente, y los ingleses iban á tener mucho en que ocuparse por la parte de Francia para que pensaran en una nueva intervencion. Publicábase que iban á romperse las treguas; bandas numerosas de aventureros, escitadas y pagadas por Carlos V, hacian incursiones en Guyena, y el príncipe de Gales no pensaba ya en otra cosa que en hacer respetar sus propias fronteras.

II.

D. Enrique creyó que no era conveniente dejar enfriar el celo de sus amigos. Despues de una conferencia que tuvo en Aigues-Mortes con el duque de Anjou y el cardenal de Bolonia, seguro de la proteccion y asistencia de Carlos V y del papa, y provisto por ellos de una suma considerable, reunió á todos sus parciales á mediados de agosto y se puso en marcha para entrar en España. Aun no tenia mas que cuatrocientas lanzas, pero se componian de hombres escogidos, castellanos, franceses y aragoneses, mandados por el bastardo de Béarn, el bégue de Villaines y el conde de Osona, y bastaban para escoltarlo hasta las fronteras de Castilla, donde debia encontrar un ejército capaz de conquistarle un reino ó una muerte gloriosa, digna de un jefe de desesperados. Queriendo probar á sus compañeros que estaba resuelto á sacrificarlo todo por el éxito de su empresa, llevó consigo á su mujer y á su hijo, dejando únicamente en el castillo de Pierre-Pertuse á su hija y un gran número de damas que habrian servido de embarazo en la expedición.

Para penetrar en Castilla érale necesario atravesar el territorio aragonés. Ya he dado á conocer cuáles eran las

disposiciones de Pedro IV desde su alianza con la Inglaterra; pero si la corte de Barcelona se mostraba contraria al pretendiente, todo el pueblo y una parte de la nobleza hacian votos por el triunfo de su empresa, y el tio mismo del rey, el infante En Père, secundaba los desig-
nios de D. Enrique y lo comprometia á seguir adelante. Al saber el rey de Aragon los preparativos que se hacian en Pierre-Pertuse mandó significar á D. Enrique que su alianza con el príncipe de Gales le obligaria á considerar como un acto de hostilidad toda tentativa para pasar por sus tierras; pero sin hacer caso D. Enrique de esta amenaza oficial pasó los Pirineos sin encontrar enemigos para impedirselo, y fue á desembocar en el condado de Ribagorza, señorío perteneciente al infante En Père, que le habia enviado guias seguros que lo condujeran por aquel pais salvaje y erizado de obstáculos naturales. Ya en territorio aragonés, escribió D. Enrique á Pedro IV para recordarle su antigua alianza y los considerables servicios que habia prestado al Aragon, puesto que el año precedente habia bastado su entrada en Castilla para obligar á D. Pedro á que en un solo dia evacuase ciento veinte ciudades ó castillos de que se habia apoderado. Prometia respetar el territorio que le era necesario pisar para entrar en sus estados; pero tambien anunciaba su firme resolucion de rechazar con la fuerza toda tentativa que se opusiese á su marcha. En realidad no sufrió esta mas retraso que los propios á las dificultades de los caminos y algunas demostraciones poco serias de los montañeses contra su vanguardia; mas al llegar al condado de Ribagorza encontró en abundancia viveres y refrescos de toda especie preparados por la prevision del infante En Père. Don Enrique no se detuvo mas que el tiempo necesario para descansar; hombres y caballos, rendidos de tan larga jor-

nada, y un poco mas lejos, en Estadilla, atravesó los dominios de su cuñado Felipe de Castro, rico-home aragonés que aun retenia prisionero D. Pedro en el castillo de Burgo. En todas partes le tenian preparados sus partidarios viveres y guias. En Barbastro supo que el rey de Aragon enviaba desde Zaragoza un cuerpo considerable de tropas para batirlo; pero los jefes de este ejército le advirtieron cortesmente su aproximacion y le atestiguaron que ellos obedecian de mala gana unas órdenes reprobadas por todos sus compatriotas. Probablemente contaba Pedro IV con la desobediencia de sus capitanes, y no tenia otro objeto que probar al príncipe de Gales que era extraño á los proyectos de D. Enrique. Atravesando este con rapidez una parte del territorio navarro, que no se pudo ó no se quiso disputarle, pasó el Ebro cerca de Azagra, y al fin se halló en Castilla, delante de Calahorra, donde habia sido proclamado rey el año precedente.

Al tocar la orilla derecha del Ebro preguntó D. Enrique si estaba en Castilla, y habiéndole respondido afirmativamente bajó al punto del caballo, se arrodilló, hizo una cruz en la arena y la besó esclamando: «Juro por esta cruz, imagen del instrumento de nuestra redencion, que por mas peligros ó desgracias que me sobrevengan no saldré vivo de este reino de Castilla. ¡En Castilla esperaré la muerte ó la ventura que el cielo me depare (1)!» En seguida armó á muchos caballeros, como en un dia de batalla, entre los cuales se contaba el bastardo de Béarn, á quien hizo en lo sucesivo conde de Medina-Celi.

Calahorra no habia esperado su presencia para decla-

(1) Ayala.

rarse en su favor. Un gran número de sus partidarios se habian dado cita en esta ciudad, que en este momento reunia de quinientos á seiscientos hombres de armas, castellanos ó franceses, cuya mayor parte habian combatido en Nájera, todos bien montados y llenos de ardor. Don Enrique pasó muchos dias en esta ciudad para reunir en ella á los voluntarios que de todas partes se presentaban, y viéndose ya á la cabeza de una fuerza respetable marchó audazmente contra Búrgos, siendo acogido en el tránsito con trasportes de alegría. Logroño fue la única ciudad que le cerró sus puertas; pero no siendo tiempo de entretenerse en un sitio, y despues de una escaramuza en las barreras, volvió á emprender su marcha con rapidez sobre Búrgos, que ya estaba bloqueado por sus partidarios. Dos facciones dividian esta gran ciudad; la mayor parte de los vecinos querian acoger á D. Enrique; pero el castillo tenia una guarnicion de doscientas lanzas; y los judíos, siempre fieles á D. Pedro, habian tomado las armas y se fortificaban en su barrio resueltos á defenderse. Tan pronto como fue desplegada la bandera real, el arzobispo, todo el clero y los principales vecinos salieron en procesion llevando las llaves, y condujeron á D. Enrique en triunfo al palacio, mientras que el castillo y la Judería lanzaban flechas y tiros de lombarda contra la ciudad. Preciso fue emprender dos sitios á un tiempo. Viendo los judíos al cabo de algunos dias que su muralla estaba minada y puestos los ingenios en batería contra ella, pidieron gracia y obtuvieron por precio de una fuerte contribucion que serian respetadas sus vidas y haciendas. El castillo tardó mas tiempo en rendirse; pero al fin, instruido el gobernador de que los minadores estaban ya bajo los muros, y no teniendo ninguna esperanza de socorro, ofreció su sumision y entregó la fortaleza.

Al entrar en ella puso D. Enrique en libertad á su cuñado Felipe de Castro, que estaba allí preso desde la batalla de Nájera, adquiriendo por otra parte un prisionero de importancia en el hijo del último rey de Mallorca, á quien una enfermedad habia impedido salir de Búrgos. Esta era una captura considerable, porque el rescate del príncipe, pagado inmediatamente por su mujer la reina de Nápoles, fue de ochenta mil doblas de oro (1).

La toma de la antigua capital de Castilla no podia menos de producir la mas viva impresion en todo el reino: ya no vacilaron en declararse los partidarios secretos de D. Enrique, y en pocos dias arrastraron la defeccion de casi todas las ciudades del Norte. Propagándose la insurreccion con rapidez increible, se extendió hasta las provincias mas apartadas; y la misma Andalucía, hasta entonces tranquila, sumisa y contenida ademas por la presencia del rey legítimo, sufrió sin embargo el contagio del ejemplo, y el fuego de la guerra civil se encendió, por decirlo así, á vista misma de D. Pedro. Al escitar á la sedicion á los habitantes de Córdoba no habia creído Martin Lopez trabajar sino por su causa; mas no tardó en conocer que habia preparado el camino al pretendiente. A fines del año de 1367 entraron los vecinos en comunicacion con Gonzalo Mexia, maestre de Santiago, que hacia muchos meses guerreaba por D. Enrique en la frontera de Portugal, y lo llamaron dentro de sus muros, tomándolo por su jefe (2). La defeccion de Córdoba consternó á los amigos del rey legítimo y llevó al colmo del entusiasmo las esperanzas de los rebeldes. Desconfiando D. Pe-

(1) Ayala.

(2) Ayala.

dro de su fortuna, y no creyéndose ya en seguridad en Sevilla, solo se ocupaba en fortificar la ciudad de Carmona, de la cual queria hacer su plaza de armas, abasteciéndola de provisiones inmensas: en esta ciudadela, que se esforzaba por hacer inespugnable, pensaba encerrar á sus hijos (1) y á sus tesoros, y tal vez encontrar alli el último refugio para sí mismo. Al mismo tiempo reunia tropas, apremiaba á los moros de Granada á que le enviasen recursos, y nada olvidaba para reanimar el valor de sus partidarios; pero en ninguna parte encontraba diligencia en servirle, y acusaba la lentitud de los moros y la apatía de sus vasallos. Amenazas y súplicas, todo lo ponía por obra para apresurar los armamentos; y sin embargo, no hallándose en estado de entrar en campaña se veia obligado á abandonar á su fortuna el corto número de leales servidores que aun pretendian sostener su causa en el Norte del reino. Su principal teniente en Castilla la Vieja, Rodrigo Rodriguez, estaba sitiado en el castillo de Dueñas por el mismo D. Enrique, y se vió obligado á capitular despues de una larga resistencia.

Solo el invierno retardaba los progresos del usurpador. Los últimos meses del año 1367 y los primeros del siguiente se pasaron por ambas partes en preparativos militares, sin que ninguna de ellas pretendiese combatir. Mientras que D. Pedro llamaba á las armas á todos los vasallos que aun le permanecian fieles, recorriendo don Enrique la Castilla la Vieja y el reino de Leon se presentaba á sus partidarios exhortándolos á redoblar sus esfuer-

(1) D. Pedro tenia muchos hijos ilegítimos de otras mujeres que Maria de Padilla. Las tres hijas de esta estaban entonces en Bayona.

zos; reclutaba soldados, compraba ó tomaba castillos y obtenia de los comunes socorros de dinero en cambio de inmunidades y privilegios para el porvenir. Siempre tenía que elogiar el celo de la nobleza y de los comunes, y solo en su familia era donde debia encontrar la oposicion mas peligrosa. Muchas veces he advertido la envidia de D. Tello, sus repetidas traiciones y sus intrigas continuas; sospechoso á su hermano desde la batalla de Nájera, habia corrido sin embargo á su lado despues de su entrada en España, é imponiéndole en cierto modo su alianza lo acompañaba en todas sus expediciones. Poco tiempo despues de la toma de Búrgos esparció la alarma en el campo de D. Enrique anunciando que el príncipe de Gales llegaba á Bayona á la cabeza de un ejército, presentando en apoyo de esta noticia una carta que habia hecho confeccionar por uno de sus amanuenses. ¿Cuál era su intento? Dificil es adivinarlo. Tal vez esperaba por esta mentira escapar á la vigilancia secreta de que estaba rodeado por D. Enrique y hacer que lo enviasen á Vizcaya, donde so pretesto de oponerse á los ingleses trabajaria por crearse una soberanía independiente. Tal habia sido siempre la ambicion de D. Tello, y en el desórden de este tiempo la idea de independendia absoluta era la preocupacion de todos los ánimos. Las ciudades querian franquicias que las constituyesen en repúblicas: los señores querian hacerse reyes.

Sea lo que fuere, el artificio de D. Tello fue descubier-
to por el hombre que escogiera para instrumento de él. Su secretario lo denunció á Pero Lopez de Ayala, que al instante previno á D. Enrique; quien, acostumbrado á disimular las perfidias de su hermano, no le hizo ningun cargo, no tuvo ninguna esplicacion con él y aun tomó grandes precauciones para recompensar al amanuense cuya

revelacion habia disipado sus inquietudes (1). D. Telle se aprovechó de la primera ocasion para huir á Vizcaya, donde únicamente se ocupó de sus intereses particulares hasta el fin de la guerra civil.

III.

D. Enrique proseguia sus conquistas á pesar del invierno, y sitiando á Leon á mediados de enero de 1368 se hizo dueño de la plaza al cabo de algunos dias. Desde aqui pudo dar la mano á sus partidarios de Asturias, que todos los dias ganaban terreno contra los tenientes de D. Pedro. Poco despues se apoderó de Tordehumos, á pesar de la vigorosa resistencia de la guarnicion, y en uno de los asaltos que dirigió en persona perdió á uno de sus mas valientes compañeros de armas, el conde de Osona, que lejos de heredar el odio de su padre, Bernal de Cabrera, contra D. Enrique se habia adherido enteramente á su servicio. Buitrago sucumbió del mismo modo despues de algunos dias de resistencia. Madrid, villa medianamente poblada; pero importante entonces bajo el punto de vista militar por las fortificaciones que la rodeaban, se defendió con éxito por algun tiempo; pero un traidor, llamado Domingo Muñoz, abrió una puerta á los sitiadores, quienes, para castigar á los habitantes por su fidelidad al rey legitimo, entregaron las casas al saqueo (2).

(1) Ayala.

(2) Ayala.

D. Enrique veía, por la toma de todas estas fortalezas, establecida sólidamente su autoridad en las provincias del Norte, y deliberó si se dirigiria con todas sus fuerzas á Andalucía para atacar á D. Pedro en sus últimos atrincheramientos ó si pondria sitio á Toledo, que pasaba entonces, con razon, por la plaza mas fuerte del reino. Por una parte, espantados los habitantes de Córdoba de los preparativos de D. Pedro pedian con instancia que fuesen á socorrerlos; mas por otra faltaba dinero para una expedicion lejana, y la mayor parte de los capitanes tenian por estremada imprudencia pasar la Sierra-Morena dejando detras un ejército encerrado en Toledo. Esta opinion prevaleció; la riqueza del pais por otra parte ofrecia ventajas á los aventureros, y la esperanza del botin los hacia menos exigentes en reclamar sus sueldos atrasados. Antes de comenzar las operaciones del sitio, la reina doña Juana, acompañada de muchos prelados, entre otros el arzobispo de Toledo, fue á establecerse á poca distancia de la plaza, intentando por medio de seducciones y promesas que los habitantes se determinasen á abrir sus puertas; pero la guarnicion era numerosa y fiel, compuesta de mas de seiscientas lanzas, sin contar los ballesteros y los vecinos que habian tomado las armas, y los judíos, que se mostraban los mas ardientes para la defensa. En fin, los dos capitanes que mandaban en la plaza, el alguacil mayor Fernando Alvarez y D. Garci-Fernandez de Villodre, eran adictos á D. Pedro, y esperaban verlo aparecer pronto á la cabeza de un ejército: por eso rechazaron con fiereza las ofertas del pretendiente y respondieron á sus amenazas con orgullosas bravatas. No obstante sus esfuerzos, no habia podido llevar D. Enrique delante de Toledo mas que un millar de lanzas, fuerza á la verdad suficiente para un bloqueo, pero no para tentar un ataque serio contra una ciudad

tan bien fortificada. Por lo demas, los obstáculos naturales que impedían al sitiador llevar sus operaciones con fuerza le permitían estrechar á la guarnición en el recinto de sus murallas por trabajos poco considerables. Por medio de castillos levantados delante de los puentes de San Martín y de Alcántara pudo D. Enrique cerrar las salidas principales de la plaza y esperar que la obligase á capitular el hambre.

En la primavera del año 1368 el reino de Castilla se dividía casi igualmente entre los dos hermanos rivales. Don Pedro conservaba la superioridad en las provincias del Mediodía: Murcia, Andalucía y Estremadura obedecían sus órdenes, á escepcion de Córdoba y de algunas plazas pequeñas sobre la frontera de Portugal. Dominada Galicia por D. Fernando de Castro, permanecía fiel, así como una parte de Asturias; pero casi todas las otras provincias del Norte se habían declarado por D. Enrique, aunque su hermano conservaba en ellas puestos aislados, de grande importancia militar algunos. Tenía guarniciones en Zamora, Soria, Vitoria, Logroño, y en las plazas marítimas de Vizcaya y Guipúzcoa. Redúzcome aquí á indicar las grandes divisiones, porque en cada provincia y en cada distrito había castillos y casas fortificadas que protestaban contra el partido adoptado por la masa de la población. Entonces cualquiera que poseía un torreón y algunas armaduras de hierro era un jefe independiente, declaraba la guerra á todos sus vecinos y saqueaba enrededor suyo, esperando que la victoria le enseñase á cuál de los dos reyes debía vender su adhesión.

IV.

Después de haber puesto en movimiento todos sus re-

cursos no habia podido reunir D. Pedro mas que mil quinientas lanzas y seis mil peones; pero á este ejército iba á reunir todas sus fuerzas el rey de Granada. Los dos reyes habian resuelto dirigir contra Córdoba su primer esfuerzo y D. Pedro jurado hacer con ella un ejemplar que espantase para siempre á los rebeldes. Ya hemos visto que habiéndose metido en Córdoba el maestre de Santiago con algunos hombres de armas se apresuraba á ejecutar trabajos de defensa: los vecinos le secundaban con mucho celo; pero carecian de armas y de experiencia. Lejos de D. Enrique, rodeados de bárbaros y condenados por un déspota inexorable, ya se consideraban como víctimas y agotaban un valor nuevo en su desesperacion, aprestándose á morir en la brecha antes de implorar su gracia. Pero un socorro inesperado vino á escitar su ardor. Al acercarse los moros, D. Alfonso de Guzman, que ocupaba el castillo de Hornachuelos, abandonó el fuerte con toda la guarnicion, y pasando la noche en medio de los granadinos sin ser reconocido fue á encerrarse en Córdoba, resuelto á compartir la suerte de sus habitantes. Débil refuerzo era este; pero al ver que los mas nobles señores del pais se asociaban á sus peligros los vecinos se creyeron mas fuertes, y lo fueron en efecto.

Mohamed llevaba á D. Pedro cinco mil ginetes y treinta mil hombres de á pie, cuyo mayor numero se componia de ballesteros escelentes: esto era en cierto modo una leva en masa de los moros de Granada. Córdoba, capital de los árabes andaluces durante mucho tiempo, permanecia en la imaginacion de los musulmanes como una ciudad santa; y á sus ojos la célebre mezquita construida por Abderraman, convertida en iglesia cristiana, pero virgen aun de las adiciones que le hizo Carlos V, era un santuario tan venerado como el templo de Jerusalem para

los cruzados del siglo XII. Una expedicion contra Córdoba escitaba el fanatismo en todos los musulmanes de la península y los inflamaba de un ardor guerrero. Así es que marchaban contra esta infeliz ciudad como en una cruzada, y no existia una sola villa mora que no hubiese enviado sus voluntarios á esta santa empresa.

Viendo aparecer al enemigo, el maestre de Santiago y sus caballeros esperaban una escaramuza delante de las barreras, pues así comenzaban entonces todos los sitios. Los mas valientes de la guarnicion se habian colocado en la Calahorra, gruesa torre que formaba como una cabeza de puente sobre la ribera izquierda del Guadalquivir, y creian romper únicamente algunas lanzas ó cambiar dardos con los jóvenes emires granadinos; pero se engañaban. Aquello no fue una escaramuza, sino un asalto general dado con furor el que tenian que sostener, pues aprovechándose los moros de su número atacaron la plaza por muchas partes á un tiempo. Con un diluvio de flechas desalojan sus ballesteros á los cristianos de sus puestos avanzados del parapeto de la Calahorra; y colocando despues escalas en todas partes con la mayor resolucion, los mas bravos asaltan esa cabeza de puente, mientras que pasando el rio otras columnas embisten el cuerpo de la plaza y se esfuerzan en socavar la base de las murallas y en practicar brechas. Despues de un vivo combate, un emir, llamado Aben-Faluz, se apodera de la Calahorra, y casi al mismo tiempo dan paso á los musulmanes seis brechas, ó mas bien seis agujeros, abiertos en la muralla del antiguo alcázar. En este momento creen las mujeres tomada la ciudad, y se lanzan á las calles con los cabellos sueltos dando gritos lamentables: llaman á los hombres de armas; les llenan de injurias unas veces echándoles en cara su cobardía, y otras, con lágrimas y sollozos, los conju-

ran á tentar el último esfuerzo para arrancarlas á la esclavitud y á la brutalidad de los infieles. Este espectáculo reanima á los cristianos, que se precipitan con la rabia de la desesperacion sobre los puestos ya ocupados por los moros, y los rechazan en las brechas que aun no habian tenido tiempo de ensanchar. Al ardor de los granadinos sucede un terror pánico. Sus mas valientes soldados son arrojados desde lo alto de las murallas, arrancan sus estandartes negros desplegados un instante sobre la Calatayud, y esta torre y las brechas del alcázar, obstruidas de cadáveres, son recuperadas por los cristianos. Por todas partes se desbandan los infieles, y una vigorosa salida mandada por el maestro de Santiago acaba de ponerlos en derrota y los lleva huyendo hasta el pie de las colinas donde habian plantado sus tiendas. Cuando la retirada de los moros puso fin al combate, una parte de los habitantes, en la embriaguez de la victoria, pasó la noche cantando y danzando en las calles á la luz de fogatas de alegría, mientras que otros mas prudentes se apresuraban á cerrar las brechas de los muros, á reparar las plataformas y las máquinas, y á llevar sobre las cortinas piedras, dardos y todos los proyectiles necesarios para rechazar un nuevo asalto (1).

Los moros, que habian tenido pérdidas considerables, no intentaron comenzar de nuevo el ataque, pues de la confianza habian pasado al desaliento. «Alá, decian, no quiere darnos la ciudad santa.» Además estaban desprovistos de viveres y tampoco habian tenido tiempo para conducir un material de sitio. Todo este grande ejército se dispersó en algunos dias, y despues de vanos esfuer-

(1) Ayala.—Conde. «Hist. de los árabes.»

zos para retener á sus aliados, el mismo D. Pedro se vio obligado á volver á Sevilla; pero antes de levantar el campo mandó á un heraldo que proclamase á las puertas de la ciudad sitiada que Córdoba era declarada toda entera culpable de traicion, y que cuando entrase en ella la entregaría á las llamas y haría pasar el arado sobre los cimientos de sus edificios.

El triunfo inesperado de los cordobeses y la indignacion causada por los estragos de los moros obligaron á muchas ciudades de Andalucía á sublevarse y á proclamar al pretendiente. Jaen y Úbeda pagaron cara su audacia, pues ambas fueron destruidas completamente por el rey de Granada (1). Los aliados musulmanes de D. Pedro, viendo enemigos en todos los cristianos, llevaban el hierro y el fuego hasta las puertas de Sevilla. Todos los castillos conquistados por el rey en la última guerra cayeron en algunas semanas en poder de los moros, algunos cedidos á Mohamed como precio de su alianza, y otros tomados á viva fuerza como culpables ó sospechosos de defeccion al pretendiente. Muchas aldeas y algunas villas considerables fueron impiamente saqueadas, y un gran número de hombres y de mujeres conducidos en esclavitud á Granada. A once mil se hace elevar el número de personas de toda edad y sexo que se llevaron los musulmanes del solo territorio de Utrera distante pocas leguas de Sevilla (2). Lejos de oponerse D. Pedro á estas devastaciones parecia animarlas concentrando la mayor parte de sus tropas en Sevilla y en Carmona, en tanto que los paisanos exasperados publicaban que el rey habia abjura-

(1) Ayala.—Argote de Molina. «Nobleza de Andalucia.»

(2) Ayala.

do su religion para tomar la de su aliado el moro de Granada.

V.

Ni el espectáculo de la Andalucía incendiada, ni las súplicas de las infelices villas víctimas de esta guerra bárbara, podían arrancar á D. Enrique del sitio de Toledo, pues la corrupcion y la fuerza abierta fracasaban ante la firmeza de la guarnicion y la vigilancia de su jefe. Algunos vecinos ganados llegaron á apoderarse de una de las torres del recinto, llamada la torre de los Abades, y enarbolaran en ella el estandarte del pretendiente al grito de: *¡Castilla por D. Enrique!* Pero nadie respondió á este llamamiento de lo interior de la ciudad. Unos cuarenta soldados del ejército sitiador escalaron la torre y plantaron en ella cinco banderas; y á ser vigorosamente sostenidos Toledo sucumbia sin duda aquella misma mañana; pero acudiendo los habitantes con faginas y sarmientos reunieron estas materias inflamables á la puerta de la torre de los Abades y les pusieron fuego. No solamente impidió este muro de llamas que los enemigos penetrasen en la ciudad, sino que tambien, envueltos estos en humo y amenazados de ser quemados vivos, se tuvieron por felices con poder escaparse por las escalas de que se sirvieran para subir á la plataforma de la torre (1). No tuvo mejor éxito otra tentativa para entregar una puerta á D. Enrique, y todos los complots tramados en favor suyo eran descubiertos y severamente castigados: ademas el arte de los ingenieros era impotente contra las magníficas fortificaciones de Toledo, que rodeado por el Tajo

(1) Ayala.

solo era vulnerable por dos puntos: las torres colocadas delante de los puentes de San Martin y de Alcántara. Después de haber batido mucho tiempo y sin efecto la primera de estas dos obras, los sitiadores intentaron minarla, al mismo tiempo que el gobernador hacia construir una fuerte muralla detras de la torre de San Martin para cerrar el paso del puente si aquella caia en poder del enemigo. De la rapidez en la ejecucion de estos trabajos contrarios dependia la suerte de la plaza. Los minadores de D. Enrique llegaron por una galería subterránea á los cimientos de la Torre, y, socavándola á medida que penetraban, la creyeron suspendida, por decirlo asi, sobre las escavaciones que habian practicado, y se retiraron despues de haber puesto fuego á los blindajes, persuadidos de que la destruccion de los puntales arrastraria la caída de todo el edificio. El muro que los sitiados construian á la entrada del puente no estaba aun bastante adelantado para ofrecer un obstáculo serio; y todo el ejército de D. Enrique, formado en batalla en la desembocadura del mismo, esperaba con impaciencia el resultado de la mina para lanzarse en la ciudad sobre las ruinas de la torre. Pero los ingenieros se habian engañado en sus cálculos y la antigua mampostería permaneció en pie despues del incendio de sus puntales. Ya no era tiempo de pensar en ensanchar la mina, porque advertidos los sitiados por el humo que se escapaba de la galería subterránea estaban decididos á cortar el puente de San Martin, obra del siglo XIII, que pasaba entonces por uno de los monumentos mas notables de España.

A pesar de los tiros lanzados por las máquinas para incomodar á los trabajadores, los sitiados quitaron rápidamente las claves del arco maestro y lo hicieron precipitar

en el Tajo (1); y perdiendo desde este momento D. Enrique toda esperanza de llegar á viva fuerza al cuerpo de la plaza limitó todos sus cuidados á apretar mas estrechamente el bloqueo. Para impedir la entrada de los convòyes aumentó el número de castillos y añadió nuevas obras á sus líneas de circunvalacion, construyendo en cierto modo una nueva ciudad enrededor de Toledo. Apremiado por la falta de dinero en medio de estos inmensos trabajos, hizo acuñar en Búrgos unas monedas de menos ley que su valor, á las cuales llamaron *sizains*, porque tenian el nominal de seis dineros. Con estos recursos precarios, entonces muy en uso, pagó por algun tiempo á su ejército (2).

Las ciudades del Norte de Castilla, que aun estaban por D. Pedro, aisladas en medio de provincias tambien aisladas, no tenian para defenderse los medios que la naturaleza y el arte habian acumulado enrededor de Toledo. Habiéndose concertado los concejos de Logroño, Vitoria y algunas otras ciudades de la provincia de Alava, escribieron al rey pidiéndole socorros y *aplazándolo*, segun la práctica de la edad media; es decir, fijándole un término, fuera del cual se tendrian por libres de sus juramentos de obediencia. Parece que el sitio ó el bloqueo de estas plazas no se llevaba con mucho rigor, porque los enviados de los concejos llegaron sin ser detenidos hasta Sevilla, donde, juzgando que el rey no se hallaba en estado de conducir un ejército al Norte, le pidieron el permiso de darse al rey de Navarra mas bien que someterse á D. Enrique, haciéndole tambien presente que esta cesion de territorio determi-

(1) Ayala.

(2) Ayala.

naría probablemente al rey de Navarra á intervenir en su favor. D. Pedro respondió con su inflexibilidad ordinaria, conjurándolos á defenderse hasta el último extremo, y añadiendo, que si haciéndole traicion la fortuna se veía en la imposibilidad de llevarles socorros, queria que se rindiesen á D. Enrique antes que al rey de Navarra. «Acordaos, les dijo, que lo que importa antes de todo es que la corona de Castilla se conserve entera (1).» Respuesta verdaderamente régia, y tanto mas notable en esta época, en que eran casi desconocidas las ideas de patriotismo, y en la que, desde el soberano hasta el vasallo, nadie conocia otra regla de conducta que su interes personal. En el triste estado de sus negocios era magnífico sostener la integridad de una corona que tal vez iba á abandonar á su mortal enemigo. Desgraciadamente no comprendieron este noble lenguaje los concejos de las ciudades sitiadas. El navarro estaba á sus puertas, pródigo como siempre de promesas, y de acuerdo D. Tello con él habia corrido para exhortarles á la defeccion. Siempre bajamente envidioso este príncipe, esperaba asegurarse de este modo la proteccion del rey de Navarra, y ademas creia ganar bastante si hacia perder alguna cosa á su hermano. Logroño, Vitoria, Salvatierra y Santa Cruz de Campezo enarbolaron en sus muros los estandartes navarros.

El año de 1368 iba á concluir y aun permanecia indecisa la lucha, pues por ambas partes se balanceaban casi igualmente los triunfos y los reveses. La miseria del pais habia llegado á su colmo: la Andalucía, entregada á los estragos de los musulmanes; Alava y la Rioja, vendidas al extranjero; por todas partes las ciudades saqueadas; el pue-

(1) Ayala.

blo hollado por las gentes de guerra, y la anarquía y la desolacion universales: tal era la situacion de un reino, floreciente antes cuando únicamente obedecia á su señor.

A pesar de la igualdad aparente de las fuerzas no era difícil prever el éxito de la lucha, y para predecirlo con seguridad bastaba comparar los caracteres de los dos príncipes que se disputaban la Castilla. La inflexibilidad y la altivez de D. Pedro le robaban cada día algunos de sus partidarios; la delicadeza de D. Enrique y su liberalidad espontánea ó calculada le adquirian mas que la fuerza de sus armas. Siempre desconfiado el uno, no perdonaba una falta y castigaba la indiferencia lo mismo que la rebelion; olvidando las injurias el otro, trataba a los últimos llegados como á los compañeros cuya adhesion no se habia desmentido jamás. D. Pedro creia que el sacrificarse por él era solo un deber; D. Enrique se consideraba como obligado á aquellos que no le atacaban abiertamente. Pero lo que tarde ó temprano debia dar al pretendiente la mayoría de la nobleza y de los comunes era que para comprar el poder estaba dispuesto á sufrir todas las condiciones, mientras que fuerte con su derecho D. Pedro no queria ceder á despecho de su mala fortuna.

De todos los príncipes vecinos el rey de Francia era el único que tomaba una parte activa en los negocios de Castilla. Los reyes de Aragon y de Portugal observaban la neutralidad con mas ó menos franqueza. El rey de Navarra, fortificándose en el territorio de que acababa de apoderarse, prometia recíprocamente su alianza á los dos rivales; y el príncipe de Gales, arruinado por la última campaña y amenazado de una guerra con la Francia, habia dejado de volver los ojos hácia la península.

Carlos V, protector declarado de D. Enrique desde sus últimos triunfos, le pasaba algunos subsidios, y á falta de

un ejército iba á enviarle el hombre cuya experiencia militar parecia bastar para asegurarle la victoria: este hombre era Beltran Du Guesclin. Prisionero de Eduardo desde la derrota de Nájera, habia recibido de él las mas honrosas distinciones: pero Du Guesclin, á la cabeza de las tropas francesas, habia hecho demasiado daño á la Inglaterra para que se juzgase prudente devolverle la libertad en el momento en que la Francia amenazaba á la Guyena con una invasion formidable. Los consejeros del principe estaban unánimes en que rehusase poner el prisionero á rescate: ¿qué importaba la pérdida de algunos millares de florines cuando se privaba á la Francia de su mas entendido general? Estando Du Guesclin en Burdeos, adónde fuera conducido, fue instruido de esta resolucion por los mismos capitanes ingleses, entre los cuales contaba mas de un admirador y un amigo; y como habia aprendido á conocer la debilidad del principe de Gales, se propuso atacarlo en su orgullo. Una mañana que se entretenia Eduardo en conversar familiarmente con su prisionero le preguntó si se hallaba bien en Burdeos. *Monseñor*, respondió Beltran con su rudeza afectada, *me encuentro mejor que nunca; y es derecho que asi suceda, porque yo soy el mas honrado caballero del mundo; aunque viva en vuestras prisiones ya sabeis cómo y porqué.* El principe manifestó alguna sorpresa. *Se dice en el reino de Francia*, repuso el astuto breton, *que recelais y me temeis tanto, que no os atreveis á ponerme en libertad.* El golpe estaba dado, y el principe exclamó estremeciéndose á la idea de que sospechasen temia á ningun hombre del mundo: *¿Cómo! monsen Beltran: ¿penseis que os tememos por vuestra caballería? Fijad vos mismo vuestro rescate, y aunque sea un tallo de paja me contentaré con él.* Al instante agarró Du Guesclin esta palabra; pero no quiso que se le echara en

cara haberse dejado vencer en generosidad, y aunque pasaba por pobre, pues no tenia mas que *su cuerpo*, por servirme de una espresion usada de su tiempo, dijo con orgullo: *Por mas pobre caballero que sea, yo encontraré en la bolsa de mis amigos cien mil florines de oro, y tendré buenos fiadores.* Sorprendido el principe no quiso humillar este gran valor rehusando tan enorme rescate: preveia que la Inglaterra iba á perder en la venta; pero tenia demasiado honor para retirar su palabra (4). Aquel mismo dia Chandos y otros capitanes ingleses ofrecieron á Du Guesclin adelantarle sumas considerables; pero él las rehusó con política, y se apresuró á escribir á Francia y á Bretaña para hacer conocer el precio de su libertad. No le engañó su noble confianza, pues pronto llegaron á Burdeos una multitud de escuderos, llevando cada uno el sello de su señor, del cual debia hacer uso Beltran para fijar la suma que imponia á cada uno de sus amigos, y de la cual salia garante su sello, que, segun Ayala, era signo sagrado porque llevaba el nombre y las armas; es decir, el honor del caballero. Jamás se prestó un homenaje mas unánime á la virtud guerrera. Toda la Francia queria rescatar á su gran capitan; pero el rey se encargó de pagar él solo la libertad de aquel á quien ya habia escogido como el instrumento de sus vastos designios, añadiendo un presente de tres mil francos de oro para que Beltran pudiese remontar sus bagajes (2). En el momento en que este se vió libre se apresuró á rescatar á sus mejores hombres de armas, y despues de una corta entrevista con el rey de Francia tomó á largas jornadas el camino de Castilla, llevando á don

(4) Froissart.—Ayala.

(2) Froissart.

Enrique unos seiscientos hombres de armas, gente escogida, bien armada y montada. En este momento; es decir, á principios del año 1369, estallaba de nuevo la guerra entre la Francia y la Inglaterra. Para privarse en tales circunstancias de su mejor capitan y de sus mas valientes soldados era preciso que el prudente Carlos V diese un gran valor al restablecimiento de D. Enrique en el trono de Castilla. Los acontecimientos probaron que no se engañó al escoger su aliado.

VII.

Precediendo Du Guesclin á sus soldados alcanzó á don Enrique delante de Toledo. La ciudad estaba estrechamente bloqueada y el hambre comenzaba á hacerse sentir: el gobernador, D. Garci de Villodre, se vió en la necesidad de matar todos los caballos para alimentar á la guarnicion. Diariamente escribia á D. Pedro para representarle el horror de su situacion y conjurarle á que no abandonase una ciudad fiel, que por adhesion á su rey sufria por espacio de diez meses las mas duras estremidades; y que si tardaba en enviarle socorros, y aún en marchar en persona para hacer levantar el sitio, el hambre triunfaria de la constancia heroica de los toledanos. D. Pedro habia pasado la mayor parte del invierno en Carmona, trabajando sin descanso en añadir nuevas obras á sus fortificaciones, almacenando víveres inmensos, y despues de haber agotado sus arsenales habia hecho trasportar hasta los remos de las galeras de Sevilla para hacer con ellos palos de flechas (1). Se dice que habiéndole pronosticado un astró-

(1) Ayala. «Crón. de D. Enrique II.»

logo que seria sitiado, estudiaba para hacer un castillo inespugnable. Lleno de desconfianza sobre las disposiciones del pueblo de Sevilla, habia escogido á Carmona, no solo por el punto que ocupaba, sino tambien porque su reducido vecindario no podia impedir la resistencia de una poblacion adicta. Tal vez era su proyecto esperar á D. Enrique en estas murallas formidables; pero las instancias de los toledanos le obligaron á cambiar de resolucion; el honor y la política le prohibian abandonar á subditos que se sacrificaban por él y que despues de haber rechazado los asaltos de un poderoso ejército iban á sucumbir al hambre. A fines de invierno reunió D. Pedro todas sus tropas disponibles, agregándoles un cuerpo auxiliar de ginetes granadinos, y despues de haber dado orden á todos los partidarios que le quedaban en el Norte de que se uniesen á él en la desembocadura de Sierra-Morena, se puso en marcha resuelto á presentar la batalla á D. Enrique ante los muros de Toledo. Al salir de Andalucía dejó en Carmona los hijos que tenia de diferentes queridas, su tesoro y una guarnicion considerable. Carmona era su último refugio si la fortuna le era contraria.

Saliendo de Sevilla atravesó la Sierra-Morena por una de sus gargantas menos elevadas, siguiendo probablemente el camino que pasa por Constantina para ir á Llerena. Su marcha era lenta, porque llevaba un gran convoy, y se detenia continuamente en parajes fijados de antemano para esperar los refuerzos que de lejos le iban llegando. Despues de haber franqueado sin obstáculo en los primeros dias de marzo la barrera de las montañas que separan la Andalucía de la Mancha, hizo alto en una de las grandes llanuras de esta provincia y en el mismo sitio en que se alzaba en otro tiempo el magnífico castillo de Ca-

latrava, capital de la órden militar de este nombre. Entonces se hallaba á unas veinte leguas de Toledo.

Su ejército se componia de los contingentes suministrados por los comunes de Sevilla, Ecija, Carmona y Jerez, además de su casa militar y sus vasallos particulares. Habiendo atravesado D. Fernando de Castro toda la Castilla le llevó algunas tropas de Galicia y un destacamento de la guarnicion de Zamora, y otros pequeños cuerpos levantados en Estremadura y aun en Castilla se encontraron igualmente reunidos en Calatrava, ascendiendo todas estas fuerzas á cerca de tres mil caballos, gendarmes ó ginetes cristianos, y mil quinientos caballos ligeros de Granada. Su infantería era poco numerosa, pues se componia únicamente de las banderas de las cuatro ciudades que acabo de nombrar.

El camino directo para ir de Calatrava á Toledo atraviesa ásperas montañas, cuyos pasos pueden ser con facilidad defendidos por un puñado de hombres. Temiendo el rey comprometerse en ellos prefirió dar un largo rodeo para llegar á las vastas llanuras de la Mancha, donde sus caballos debian encontrar forraje y un terreno favorable á sus operaciones; y tal vez tambien queria D. Pedro recoger al paso los contingentes de los reinos de Jaen y de Murcia, que sabia estaban en marcha, como tambien las guarniciones de algunas ciudades de la frontera de Valencia que le permanecian fieles. Su objeto era llegar delante de Toledo con una fuerza superior á la del ejército sitiador, y en su posicion no podia desperdiciar ningun refuerzo. Cualquiera que fuese su intento, ello es que en vez de dirigirse en linea recta hácia el Norte tomó la parte del Este, saliendo de Calatrava, y fue á acampar al lado de Montiel, rica encomienda de Santiago, cuyo gobernador,

llamado Garci Moran, era uno de sus antiguos servidores (1).

A la noticia de esta marcha reunió D. Enrique á todos sus capitanes y les consultó sobre el partido que se debía tomar. Todos fueron de parecer que era preciso adelantarse á D. Pedro y atacarlo antes de que se presentase delante de Toledo: una parte del ejército debía quedar allí guardando las obras de circunvalacion, mientras que el resto saldria al encuentro del enemigo. Dejando á la infanteria en sus atrincheramientos, D. Enrique avanzó en persona á Orgaz, situado en el limite de la Mancha, para vigilar los movimientos de su adversario; y al mismo tiempo escribió al maestre de Santiago, Gonzalo Mexia, para que se le agregase lo mas pronto con todas sus fuerzas disponibles, sin debilitar por eso demasiado la guarnicion de Córdoba.

Gonzalo Mexia pasó la Sierra-Morena, por el camino que va de Córdoba á Ciudad-Real, con cerca de mil quinientos caballos, y desembocando en la Mancha se halló sobre el flanco derecho del ejército real, que habia atravesado las montañas mucho mas al Oeste, y se puso á observar su marcha, precediéndole siempre, á fin de estorbar ó interceptar las comunicaciones del rey con sus adherentes de Castilla (2). Cerca de Orgaz se unió con D. Enrique, que acababa de agregarse á las seiscientas lanzas francesas de Du Guesclin, con cuyos refuerzos ascendia el ejército del pretendiente á tres mil hombres de armas escelentes; pero no tenia gente de á pie ni caballeria ligera. A pesar de su inferioridad numérica, testigo

(1) Ayala.

(2) Ayala.

del ardor que manifestaban sus gentes, y animado por los capitanes franceses, marchó derecho sobre Montiel.

El destacamento de Córdoba no había permitido á don Pedro adquiriese noticias; por eso estaba persuadido de que D. Enrique lo aguardaba en Toledo; y era tal su seguridad, que permitió á sus tropas al llegar á Montiel que se esparciesen por las aldeas inmediatas para buscar víveres y forrajes: una distancia de muchas leguas separaba los diversos destacamentos de su ejército; en tanto que D. Enrique, perfectamente servido por sus espías, solo distaba una jornada de Montiel.

En la noche del 13 al 14 de marzo la ronda del castillo de Montiel que habitaba D. Pedro distinguió un gran número de fuegos en movimiento por las montañas. Eran las antorchas de la vanguardia de Du Guesclin, que avanzando al traves de los campos por en medio de las tinieblas, indicaba su direccion al resto del ejército. El comendador Garci Moran despertó al rey para comunicarle la observacion de la ronda; pero el rey le dijo que no tuviese inquietud, porque esos fuegos eran de la tropa del maestre Gonzalo Mexía que iba huyendo delante de él (1). Sin embargo, por un esceso de precaucion, segun á él le parecia, hizo que algunos ginetes fuesen á reconocer el número y continente de esas tropas, y se volvió á dormir tranquilamente. Al nacer el sol volvieron los caballos á rienda suelta anunciando que se acercaba todo el ejército enemigo. En efecto; ya estaba D. Enrique á vista de Montiel, avanzando rápidamente sus tropas en dos batallas. La vanguardia, á las órdenes de Du Guesclin, compuesta de los caballeros de las órdenes militares y de los

(1) Ayala.

aventureros; y la reserva, mucho mas numerosa, mandada por el pretendiente en persona.

Al instante hizo D. Pedro alzar su bandera, enrededor de la cual se formaron los ballesteros de la guardia, los gendarmes de su casa y los mil quinientos caballos granadinos que componian su escolta ordinaria, y espide correos en todas direcciones para que sus bandas dispersas se dirijan sin descanso al castillo, designado como punto de reunion general. Pero ya se empeñaba la accion, y el grueso del enemigo cargaba con furia á su pequeña tropa, todavía en desórden y *sorprendida sobre un pie*, segun la espresion pintoresca de Froissart. Entre tanto la batalla de Du Guesclin habia perdido algun tiempo en atravesar un paso difícil (1) y dejádose adelantar por el cuerpo de reserva, que mejor dirigido marchó recto á la bandera real y cayó con ímpetu sobre el escaso número de hombres de armas que la defendian. Aquello fue una sorpresa mas bien que un combate. D. Pedro sostuvo, sin embargo, vigorosamente el primer choque; pero pronto fue vencida su guardia en razon al mayor número, y la llegada de Du Guesclin acabó la derrota, haciendo imposible la reunion de los dispersos. El pánico se hizo general, y arrastrado el rey por los fugitivos se metió con algunos señores de su séquito en el castillo de Montiel; pero lo habian reconocido por sus armas. El bègue de Vilaines lo siguió hasta la barrera, delante de la cual plantó su estandarte para reunir á los hombres de armas que se abandonaban á la persecucion de los fugitivos (2). Las otras divisiones del ejército del rey fueron batidas á medida que se pre-

(1) Ayala.

(2) Froissart.

sentaban, ó se dispersaron al saber la derrota del cuerpo principal. Reuniendo Martin Lopez cerca de ochocientos caballos volvió á pasar precipitadamente las montañas, y llegó á Carmona sin ser molestado. Ninguna victoria costó jamás menos sangre, pues solo un señor de nota del bando de D. Pedro, Juan Jimenez de Córdoba, perdió en ella la vida (1); porque advertido el vencedor de que el rey estaba en Montiel no dió caza á los dispersos y volvió á bloquear todas las avenidas del castillo. Pero los moros auxiliares, distinguidos por su traje, fueron atacados en todas partes por los paisanos de la Mancha y de Andalucía y hechos casi todos pedazos. Una sola hora habia bastado para que D. Pedro se encontrase reducido al estrecho recinto de un castillo medianamente fortificado y desprovisto de víveres y municiones.

VIII.

En vista de la actividad extraordinaria que desplegaban los vencedores para rodear los muros de Montiel de anchas trincheras y de paredes de piedra, y del cuidado con que guardaban todas las salidas, el desgraciado rey comprendió que era conocido su retiro y que el enemigo se aprestaba á forzarlo en él. Sin embargo, intentó engañarlo, y por orden suya el comendador Garci Moran envió un heraldo á los sitiadores ofreciendo entregar la plaza si en el término de un mes no se presentaba don Pedro con fuerzas suficientes para obligarles á abandonar su empresa. Este mensaje fue recibido con amargas burlas, respondiendo que antes de un mes el castillo y

(1) Ayala.

D. Pedro estarian en poder de D. Enrique. Ninguna esperanza habia de abrirse un paso con espada en mano ó de engañar la vigilancia de los numerosos guardias que día y noche cercaban los atrincheramientos: solo quedaba una esperanza de salvacion, que era seducir á uno de los capitanes extranjeros al servicio de D. Enrique. Aun podia contar con que esos soldados mercenarios se dejarían ganar á fuerza de oro y le proporcionarían los medios de fugarse. D. Pedro encargó de esta negociacion á Men Rodriguez de Senabria, cuya inteligencia y fidelidad habia probado en muchas ocasiones: gobernador de Briviesca en 1366, Men Rodriguez dió el primer ejemplo de una resistencia desesperada cuando todos los otros capitanes del rey bajaban sus puentes levadizos ante las banderas de los aventureros. Había nacido en el condado de Trastámara, y por consecuencia tenia ahora por señor natural á Du Guesclin, á quien D. Enrique habia dado el título que llevaba antes de su coronacion. Despues de la toma de Briviesca Du Guesclin, que honraba al valor aun en adversarios, rescató con su dinero á Men Rodriguez, y pretendió, aunque inútilmente, hacerlo entrar al servicio de D. Enrique. Sin embargo, la generosidad del capitán frances habia hecho una viva impresion en su prisionero, y se habian separado, no solo con cortesía, sino hasta con verdadera cordialidad. En estas relaciones de algunos dias fundaba Men Rodriguez la esperanza de salvar á su amo, y pidió permiso á Du Guesclin para conversar con él en secreto. Obtenido este fue de noche á su cuartel, y allí, solo en su tienda, sin andar en inútiles rodeos, le declaró que era enviado por D. Pedro y le suplicaba salvase á este desventurado principe de la venganza de su hermano. «Su reconocimiento, dijo, será proporcionado á tan gran servicio; y yo, mosen Beltran, os

conjuro á que tengais piedad de un rey tan noble. Esto os hará grande honor cuando todo el mundo sepa que á vos solo debe su vida y su reino.» Un poco sorprendido Du Guesclin de la proposicion, respondió recordando que él era súbdito del rey de Francia y que estaba á sueldo de D. Enrique, y le dijo: «Amigo, vos que habeis recibido de mí alguna cortesía no deberíais tenerme tal lenguaje. Enviado aquí por monseñor el rey de Francia para combatir á un aliado del ingles, yo faltaria al honor salvando á un enemigo de mi amo.» Men Rodriguez redobló sus súplicas y ofertas, y le dijo: «Si consentis en poner al rey en lugar seguro, se compromete á daros en herencia las ciudades de Soria, Atienza, Almazan, Monteagudo, Deza y Seron, y ademas doscientas mil doblas castellanas de oro. Sereis el primero de su reino y siempre os mirará como á su salvador y al mas firme apoyo de su corona.» Beltran escuchaba en silencio y con aire impasible, hasta que puso bruscamente fin á la conferencia pidiendo tiempo para reflexionar en estas proposiciones y consultar á sus camaradas. Persuadido Men Rodriguez de que el cebo del oro obraria aun con mas fuerza sobre los capitanes de aventura que sobre su jefe, entró lleno de esperanza en el castillo de Montiel.

En efecto, Du Guesclin se apresuró á reunir á sus parientes y amigos, y les dió parte de las ofertas que acababa de recibir; pero declarándoles que su intencion decidida era no hacer nada contra el servicio del rey de Francia, su señor, ni contra D. Enrique, con quien estaba comprometido: solamente queria consultar á sus compañeros de armas sobre un punto de honor caballeresco: ¿podia y debia comunicar á D. Enrique las proposiciones de Men Rodriguez?... Todos fueron de dictámen que tal era su deber, añadiendo que no habia ningun miramiento que

guardar con un príncipe que osaba pedirle una traición (1). Según estos casuistas militares, siendo reprobadas por la caballería las proposiciones trasmitidas á Du Guesclin, el que las dirigia no tenia derecho para pretender ser tratado como caballero: en otros términos, una tentativa de traición autorizaba otra traición. Insisto en estas sutilezas porque pintan las costumbres de la edad media, y porque hasta cierto punto escusan lo que hay de poco leal en la conducta de un hombre cuyos grandes servicios han hecho querido su nombre de todos los franceses. El valor moral de una acción depende siempre de la idea que se refiere á ella, y me agradaría pensar que en esta circunstancia se creyó Du Guesclin con derecho á usar de represalias contra un enemigo que por su deslealtad habia atentado á las leyes de la caballería.

A consecuencia de esta consulta entre los capitanes franceses, informado D. Enrique de todo por Beltran comenzó por asegurarle que él se encargaba de desquitar las promesas de D. Pedro, y que él le daría los señoríos y el enorme rescate que acababan de ofrecerle (2); y después le suplicó que atrajese á D. Pedro fuera del castillo, fingiendo que accedía á sus proposiciones. Du Guesclin vaciló: sus compañeros se juntaron á D. Enrique para vencer sus escrúpulos, y entre tanto continuaban las conferencias y entrevistas misteriosas con Men Rodriguez de Senabria. Nadie puede saber cuáles fueron las reciprocas promesas de ambas partes; pero parece cierto que D. Pedro tuvo lugar de creer que podia contar con Du Guesclin.

(1) Ayala.

(2) Ayala.

Hacia muchos dias que duraban estas negociaciones, y estando ya reducido el castillo á la última estremidad por falta de víveres y aun de agua, era preciso huir ó rendirse. Ayala, tal vez testigo ocular de las escenas que voy á referir, admite que el infortunado D. Pedro recibió los juramentos mas solemnes de algunos capitanes franceses intermediarios de Du Guesclin, ó al menos que se decian tales; pero desde el momento en que la negociacion fue revelada á D. Enrique no podia menos de ser dirigida en pró de sus intereses y segun sus instrucciones; por eso el pretendiente no quería venir á una capitulacion, porque los ricos-homes de su partido habrian querido dictar los artículos de ella. Tampoco se sentia bastante poderoso para juzgar á su hermano y su rey, y temia que faltase corazon á sus propios partidarios para condenar á su soberano y legítimo señor. Segun toda apariencia no creian los capitanes franceses que estuviera amenazada la vida del príncipe que entregaban, y hasta me inclino á creer que habian hecho algunas estipulaciones sobre este punto con D. Enrique; pero resuelto este á deshacerse de don Pedro calculaba friamente el medio de conseguirlo. Entonces se podia matar á un rey, pero no juzgarlo; y era preciso que su muerte fuera un accidente, una especie de sorpresa. Hé aquí por qué conociendo D. Enrique la situacion desesperada de Montiel en vez de esperar que el hambre le entregase á su enemigo le tendió un lazo á favor de estas negociaciones, cuyo motivo calculado no adivinaron quizá los capitanes franceses.

La noche del 23 de marzo de 1369, diez dias despues del combate de Montiel, salió D. Pedro del fuerte, acompañado de Men Rodriguez, de D. Fernando de Castro y de algunos otros caballeros, en el mayor silencio, y se presentó en el cuartel de los aventureros franceses. Al bajar la

rampa del castillo todos conducían por la brida caballos de carrera con los cascos envueltos en trapos para no hacer ruido: el rey había dejado sus vestidos ordinarios y llevaba una cota de malla ligera, envuelto además en una ancha capa. Prevenidos los centinelas le permitieron pasar la especie de circunvalación de piedras que habían alzado enrededor de Montiel, y lo condujeron á Du Guesclin, que lo esperaba mas allá de este muro rodeado de sus capitanes. «¡A caballo! mosen Beltran, le dijo el rey en voz baja; ya es tiempo de partir.» Nadie le respondió. Este silencio y el aspecto turbado de los franceses parecieron de mal agüero á D. Pedro, que hizo un movimiento para saltar á caballo; pero un hombre de armas tenía por la brida á su montura: estaba cercado. Le dijeron que esperase, entrando en una tienda inmediata (1), y siguió á sus guías, porque era imposible la resistencia. Pasáronse algunos minutos en un silencio mortal. De pronto aparece en medio del cerco formado alrededor del rey un hombre armado de todas armas y con la visera alta: era don Enrique, y todos le hacen sitio con respeto. Hállase frente á frente con su hermano, á quien no había visto hacia quince años, y paseando sus miradas sobre los caballeros venidos de Montiel, dijo: «¿Dónde está ese bastardo; ese judío que se dice rey de Castilla? (2).» Un escudero frances le señala á D. Pedro, y le dice: «Ese es vuestro enemigo.» Todavía incierto D. Enrique lo miraba fijamente, cuando esclama D. Pedro: «Sí, yo

(1) La de Iyon de Lakonnet, segun Froissart.

(2) Sigo la version de Froissart como mas verosimil; el proyecto de D. Enrique era evidentemente provocar á D. Pedro, á fin de tener un pretesto para matarlo.

soy (1); yo soy el rey de Castilla. Todo el mundo sabe que soy hijo legítimo del buen rey D. Alfonso: el bastardo eres tú!» Al instante D. Enrique, contento con el insulto que habia provocado, tira de su daga y le hiere ligeramente en el rostro. Los dos hermanos estaban demasiado cerca uno de otro, en el estrecho círculo que formaban los aventureros, para sacar sus largas espadas; así es que se agarran por el cuerpo y luchan algun tiempo con furor, sin que nadie intente separarlos. Sin soltarse caen uno y otro sobre un lecho de campaña en un rincón de la tienda; pero, mas alto y mas vigoroso, D. Pedro tenia á su hermano debajo, buscando un arma con que herirle, cuando un caballero aragonés, el vizconde de Rocaberti, agarrando á D. Pedro por un pie lo deja caer de lado; de suerte que D. Enrique, que lo estrechaba con fuerza, se encontró encima. Este coge entonces su puñal, levanta la cota de mallas del rey, y se lo introduce en el costado. Los brazos de D. Pedro dejaron de oprimir á su enemigo, desasiéndose de ellos D. Enrique, mientras que muchos de sus gentes acababan al moribundo. De los caballeros que acompañaban á D. Pedro, dos únicamente, un castellano y un ingles, intentaron defenderlo, y fueron hechos pedazos: los otros se rindieron sin resistencia y fueron tratados humanamente por los capitanes franceses (2).

(1) Ayala.—Froissart.

(2) Según la tradicion popular uno de los aventureros á quien pareció este duelo de reyes un espectáculo digno de verse, exclamó: «¡Juego limpio!» Según otra version, Du Guesclin echó por tierra á D. Pedro, diciendo: «Ni quito ni pongo rey; solo sirvo á mi señor.» El vizconde de Rocaberti es nombrado por Froissart y por un autor catalan anónimo citado por Llaguno. Otro, citado por Argote de Molina, atribuye la misma accion y palabras á un escudero de don

D. Enrique hizo cortar la cabeza de su hermano y la envió á Sevilla (1).

IX.

Así murió D. Pedro, á la edad de treinta y cinco años y siete meses. Era de elevada estatura, robusto y bien proporcionado; sus facciones regulares, y su tez clara y fresca. Si se ha de juzgar por su estatua pintada, que aun existe en Madrid en el convento de religiosas de Santo Domingo, tenia los ojos y los cabellos negros, en contra de la tradicion que le da ojos azules y pelo casi rojo (2). Era prodigiosamente activo y apasionado á los ejercicios violentos; de una sobriedad extraordinaria, aun en su país, donde son casi desconocidos los excesos de la mesa, y tenia suficiente con algunas horas de sueño. Hablaba fácilmente y con gracia, aunque siempre conservó esa pronunciacion particular á los sevillanos (3). Criado bajo el sol ardiente de Andalucía y rodeado de seducciones desde sus primeros años, amó á las mujeres con furor; pero, á escepcion de María de Padilla, ninguna obtuvo el menor imperio sobre su espíritu. Se le acusó de avaricia,

Enrique, llamado Fernando Perez de Andrada, que recibió en recompensa castillos y tierras.—Froissart no habla de las negociaciones entre D. Pedro y Du Guesclin, y la muerte del primero fue enteramente fortuita. Pero las apariencias están en contra de esta version, y los favores extraordinarios prodigados por D. Enrique á Du Guesclin confirman demasiado la relacion de Ayala.

(1) Carbonell.

(2) Sin embargo, Ayala dice en sus dos crónicas: «E fue asaz grande de cuerpo, é blanco é rubio etc.»

(3) «E ceceaba un poco en la fabla.» Ayala.

y se cita como prueba el cuidado que tuvo toda su vida en reunir tesoros y las pedrerías y sumas inmensas halladas despues de su muerte en el castillo de Carmona. Jamás perdió una ocasion de aumentar los dominios de la corona, bien diferente de su adversario D. Enrique, generoso hasta la prodigalidad. Creo sin embargo que don Pedro no tuvo mas que la apariencia del feo vicio que le han echado en cara muchos historiadores: en mi concepto amó el dinero únicamente por el poder que da; su gran pasion fue la de dominar, y en un tiempo como el suyo el mas rico era el mas poderoso.

La primera leccion de política que recibió fue cruel, y en Toro se vió obligado á rescatar su libertad y su corona de sus grandes vasallos rebelados. Vendido en muchas ocasiones por aquellos á quienes su padre y él mismo habian colmado de beneficios, por sus hermanos y por su madre, se hizo desconfiado, suspicaz y muchas veces injusto para con sus fieles servidores. Su disimulo y sus perjurios son los vicios de su época, pues eran, si puedo esplicarme así, las necesidades y tal vez las condiciones de la monarquía en la edad media. Quiso gobernar solo, y para ser obedecido comenzó por hacerse temer; pero los grandes y los prelados no se sometieron sin resistencia al yugo que pretendia imponerles. Toda contradiccion lo hacia mas absoluto en sus voluntades, y haciendo cruda guerra al clero y á la nobleza atacaba á un tiempo á los enemigos mas temibles de la monarquía. Oprimido el pueblo por los ricos-homes vió con placer al poder real crecer y levantarse sobre las ruinas de la antigua anarquía feudal. Los rigores de D. Pedro solo atacaban á los grandes, y justo es decir que las mas de las veces hirieron á traidores á su pais y á su soberano. Siempre se mostró severo é inexorable para las rebeliones sin

cesar renovadas por una nobleza facciosa; pero mientras que hacia caer las cabezas mas ilustres, el pueblo respiraba y celebraba la justicia de un señor que exigia de grandes y pequeños una igual obediencia. Un despotismo imparcial era un beneficio para los pueblos en el siglo XIV. Los judios y los musulmanes, estraños á los debates politicos que dividian la Castilla, lo bendijeron como al mejor de los señores, porque estimulaba las artes, el comercio y la industria, y porque su despotismo era dulce alli donde encontraba dóciles esclavos. Cuando la guerra de Aragon le obligó á aumentar los impuestos y á llevar á espediciones lejanas los contingentes de las ciudades, acostumbrados á no tomar las armas sino para rechazar un ataque contra sus muros, D. Pedro perdió rápidamente su popularidad; y tan pronto como un ejército extranjero vino á disipar el terror que inspiraban sus numerosos castigos, su poder se desplomó como un edificio construido sobre arena. La anarquía feudal volvió á quedar encima, y el déspota se encontró desarmado en medio de sus esclavos. Desde este momento quedó destruido su prestigio, y en vano un ejército ingles lo restableció sobre un trono, del cual cayó apenas hubo aquel pasado los montes.

Tres príncipes con el nombre de Pedro reinaron al mismo tiempo en la península, y todos recibieron de sus contemporáneos el sobrenombre de *Cruel*, y todos tendieron al mismo objeto, que fue el de abatir el poder de los grandes vasallos y poner término á la anarquía feudal; pero nos engañaríamos gravemente en suponer en ellos la menor preocupacion patriótica. Su único móvil fue la ambicion; pero sin embargo, D. Pedro de Castilla, mas que ninguno de sus homónimos, parece haber soñado la gloria, el orden y la grandeza de su pais: no sé de ningun

otro soberano que en esta época haya dicho: «Primero el triunfo de mi enemigo que la desmembracion de mis reinos.»

A las desgracias de su situacion particular añadió grandes faltas D. Pedro: fue demasiado violento, demasiado inflexible en sus planes, cediendo siempre á la pasion del instante en vez de escuchar los consejos de la prudencia: debió tratar de dividir á sus enemigos, y los reunió, por el contrario, sin medir sus fuerzas; solo queria hacer frente á la nobleza, al clero y á las potencias vecinas. La empresa que intentó tal vez era imposible en la época en que osaba concebirla; pero preparó la elevacion del poder real en España, y cuando llegó el tiempo de librar para siempre al pais de la tiranía de los grandes vasallos, se acordaron de D. Pedro y de su audacia. Los reyes católicos, que, mas afortunados, concluyeron la obra que él habia comenzado, apreciaron su valor y los obstáculos contra los cuales se estrelló; y protestando la reina Isabel contra el sobrenombre que ajaba su memoria, no quiso que se dijese *Pedro el Cruel*; sino que, de acuerdo con el pueblo, que jamás pierde el recuerdo de los príncipes que le han hecho algun bien, lo llamó *Pedro el Justiciero*.

FIN.











